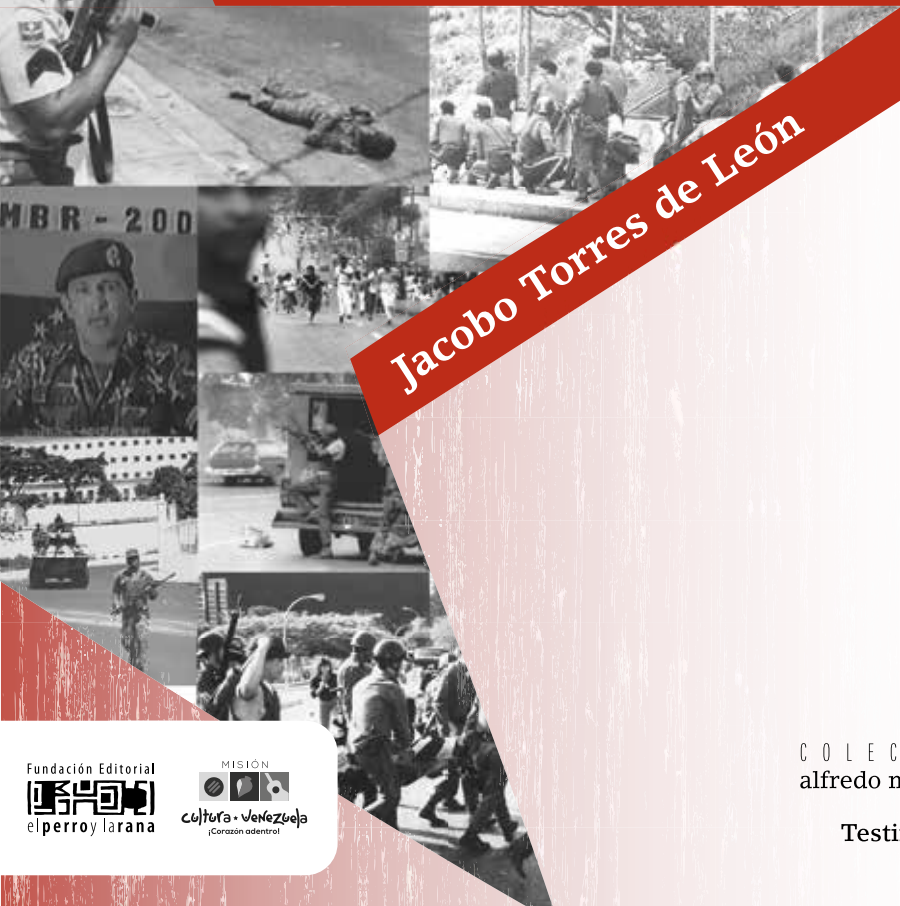


Testimonio de un prontuario

Hechos inéditos de la Revolución Bolivariana

Jacobo Torres de León



Fundación Editorial
elperroylarana

MISIÓN
Cultura • Venezuela
Corazón adentro!

COLECCIÓN
alfredo maneiro
Serie
Testimonios



Testimonio de un prontuario

Hechos inéditos de la Revolución Bolivariana

Jacobo Torres de León

COLECCIÓN
alfredo maneiro
Serie
Testimonios

Caracas, Venezuela 2012

© Jacobo Torres de León

© Fundación Editorial El **perro** y la **rana**, 2019 (digital)

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.

Teléfonos: 0212-7688300 / 7688399.

Correos electrónicos:

comunicacionesperroyrana@gmail.com

atencionalescritorfepr@gmail.com

Páginas web:

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Redes sociales:

Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

Twitter: @perroyranalibro

Diseño de la colección:

Dileny Jiménez

Hernán Rivera

Edición al cuidado de: Douglas García, Jenny Moreno

Corrección: José Jenaro Rueda

Diagramación: Jairo Noriega

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal DC2019000798

ISBN 978-980-14-3211-1

La Colección Alfredo Maneiro, *Política y sociedad*, publica obras puntuales, urgentes, necesarias, capaces de desentrañar el significado de los procesos sociales que dictaminan el curso del mundo actual. Venezuela integra ese mundo en formación, de allí la importancia del pensamiento, la investigación, la crítica, la reflexión, y por ende, de las soluciones surgidas del análisis y la comprensión de nuestra realidad.

Firmes propósitos animan a esta colección: por una parte, rendir homenaje a la figura de Alfredo Maneiro, uno de los principales protagonistas de los movimientos sociales y políticos que tuvieron lugar en Venezuela durante los duros y conflictivos años sesenta, y por la otra, difundir ediciones de libros en los cuales se abordan temas medulares de nuestro tiempo.

Testimonios: serie orientada a recopilar trabajos documentales y testimoniales que alimentan los valores y saberes nacionales, regionales y locales, refrescando y robusteciendo la memoria histórica. Incluye también el trabajo biográfico, autobiográfico, el análisis de hechos y la entrevista.

A QUIÉN DEBO ESTAS PÁGINAS (A MANERA DE DEDICATORIA)

A lo largo de mi vida he escrito muchos documentos; todos ellos de carácter político, siempre vinculados al quehacer cotidiano como revolucionario. Este es mi primer esfuerzo por volcar en unas páginas pasajes de mi vida; no pretendo que sean “memorias” o verdades absolutas de lo que ha acontecido en algo más de cuatro décadas de mi vida, y prefiero que sirva para que mis hijos Meroe, Héctor, Nohelí, Natalia, Grecia y Gabriela tengan un testimonio de lo que he hecho a lo largo de mi existencia. Que sepan, en definitiva, quién ha sido su padre; sin falsos heroísmos, simplemente este soy yo.

Modestamente, un pequeño reconocimiento a quien desde hace dos décadas ha soportado mis “ires y venires” en las condiciones que ha impuesto este largo y tortuoso camino a la revolución: Nohelia. Pues jamás hubiera escrito una sola página —aunque me lo propuse muchas veces, sobre todo después del 13 de abril— si ella, en complot con los camaradas de la Misión Cultura, no me hubieran obligado a estudiar y con ello a hurgar en mis recuerdos para llegar a este relato.

A ellos dedico este trabajo del que aún no sé cuál será su derrotero, pero con la confianza de que a mis hijos les servirá para entender a este nómada que los tiene a ellos como el centro de su

existencia; pues si bien he militado por convicción toda mi vida, con su presencia permanente hacen que la vida y nuestra lucha valgan la pena.

POR QUÉ PRONTUARIO

Cuando comencé este proyecto, muchos de mis amigos me preguntaban por qué prontuario y no trayectoria. La respuesta para mí era evidente. Los revolucionarios acumulamos largas jornadas de transgresión a las leyes que impuso la clase dominante, mientras muchos (y no los critico por eso) se dedicaron a estudiar o se domesticaron en la sociedad que los dominó.

Cuando comenzamos a trabajar en la Alcaldía de Caracas en 1993, María Cristina Iglesias, recién estrenada como Directora de Desarrollo Social de la gestión de Aristóbulo, trajo a una compañera que se encargaría de atender el tema de reclutamiento de personal y desarrollo de gestión. Yo, que para ese entonces era bachiller a duras penas, estaba como parte del equipo político que acompañaría a María. La amiga me preguntó por mi currículum vitae y me impresionó mucho, pues ella había estado en La Sorbona, Salamanca, y vaya usted a saber por cuál otra ilustre casa de estudios habría pasado, que confieso que me achicopalé; frente a semejante resumen académico y mi muy escueta hojita profesional le manifesté que yo no tenía currículum, que a duras penas podía presentar un prontuario y que los soportes se encontraban en la Disip, por lo cual, si verificaba esa información, en vez de obtener un empleo lo que podía era ir preso. Pues en la vida nos dedicamos a conspirar y no a estudiar.

Desde entonces acuñé esa frase no por calificarnos como delin-
cuentes (por lo de prontuario), sino imbuido en aquella letra de la
Cantata de Fabricio de Gloria Martín con la letra de los Presos del
Cuartel San Carlos, que dice:

Presos están
irreductibles son,
levantan entre rejas
banderas de redención.
Obreros altaneros,
bandoleros;
campesinos cimarrones,
bandoleros;
estudiantes bochincheros,
bandoleros;
guerrilleros, guerrilleros,
bandoleros;
guerrilleros, guerrilleros,
bandoleros;
guerrilleros, guerrilleros,
bandoleros.
Bandoleros, los llaman bandoleros,
bandoleros son;
asaltantes del poder,
pioneros de la revolución.

Y en definitiva eso somos los que durante décadas enfrentamos
—unos más otros menos— desde cada trinchera y nivel de compro-
miso, las jornadas de lucha que han hecho posibles las revoluciones.

Sin embargo, comprendo que para que una revolución triunfe,
todos son necesarios: académicos y políticos, porque un revolucio-
nario debe ser integral y eso va desde armar la política hasta poner
un bombillo.

TESTIGOS DEL ESCRIBIDOR O PRÓLOGO COLECTIVO

Los criollos

Este prólogo pudo hacerse sin leer el texto, pero esto hubiese sido injusto con el amigo y sus circunstancias históricas y geográficas: de tanto conocer al escritor de *Testimonio de un prontuario* y de haberlo escuchado en reiteradas oportunidades haciendo un balance de esta autobiografía, pudo hacerse una referencia sin mayores pretensiones.

Este testimonio ilustra con claridad el transitar en décadas muy duras en Centroamérica, Venezuela y en Cuba. Es un testimonial de todo lo que se puede hacer para apoyar la causa libertaria más allá de las fronteras y dentro de ellas, y que nada es pequeño en la contribución a las luchas de liberación nacional y de defensa de la revolución.

De no ser por este testimonio, estos aportes habrían pasado a la bruma del olvido y se perderían detalles que impactan en su trascendencia, como lo es el rol de alfabetizador de guerrilleros salvadoreños y la atención a los heridos de esa conflagración.

Asimismo, resalta la postura digna en las distintas diatribas internas, la línea de mantenerse en la izquierda y apostar por la

liberación y luchar por esta desde cualquier posición. Pasando por encima del hecho que este accionar tenga un bajo o un alto perfil. Hacer lo posible al margen de cualquier reconocimiento y no encumbrarse cuando los méritos son reconocidos es una conducta permanente en Jacobo Torres de León.

Desde el punto de vista histórico, como toda autobiografía, refleja el tiempo y los espacios en donde se desarrolla y transcurre la existencia, expresando en símbolos un estrecho y denso compendio de lo vivido en la confluencia convulsa del fin del siglo XX y el parto estruendoso del siglo XXI, en estas latitudes septentrionales de este Sur que hoy es nuestro Norte.

Algunos pasajes de lo escrito en *Testimonio de un prontuario*, probablemente, por otra pluma no serían reseñados. El apego a su verdad, aun cuando esta pudiera generar ceños fruncidos o posteriores reclamaciones, expresan con claridad el talante del autor y su vocación para que lo escrito —aunque sea incómodo para algunos— sirva de lección, y que este aprendizaje no quede apollado y destruido en la desmemoria de aquello que no se puede leer porque nadie lo escribió.

Hay un valor adicional en las líneas de este texto testimonial: aborda los inicios de la construcción sindical en tiempos de Revolución, sus confrontaciones iniciales, las motivaciones que motorizaron la iniciativa de la Fuerza Bolivariana de Trabajadores —hoy llamada Fuerza Socialista Bolivariana de Trabajadores, en un agregado al nombre en donde también participó Jacobo Torres de León—. Estas líneas sobre la FBT, su inicio, su vanguardia, son las primeras que leo en este sentido.

Jacobo también expresa el sentir de centenares de miles de activistas, sean de base, medios o de dirección. La reivindicación a la militancia abnegada, desprendida, conforma un valor que hilvana el texto desde el comienzo hasta el fin.

He tenido la oportunidad de leer distintos textos sobre las gestas del año 2002 y de comienzo de 2003, normalmente desarrollados con una carga más periodística o de entrevistas a los distintos protagonistas. El *Testimonio* de Jacobo logra compendiar lo que

implica escribir sobre vivencias propias y ajenas en ese momento, turbulento y confuso.

Dentro de su polifacético transcurrir, *Testimonio* también abre una gran ventana al aspecto internacional: de la actividad de propaganda en terrenos más allá de las propias fronteras, de promover el necesario conocimiento mundial de la lucha revolucionaria nacional; bien en las duras condiciones de la lucha armada, o bien en el caso de una revolución en curso y que desde el gobierno se defiende de la canalla propaganda transnacional, apoyándose en las organizaciones sociales para ir más allá de los estrechos márgenes de la diplomacia oficial.

José Ramón Rivero
Coordinador Nacional de la Fuerza Socialista
Bolivariana de Trabajadores

Puerto Ordaz, Venezuela, marzo de 2011

Con aires guanacos

¡Qué belleza! Es increíble la cantidad de riqueza humana y revolucionaria que envuelve este *Testimonio de un prontuario*. Es toda una historia revolucionaria y familiar de cuatro generaciones: desde la familia de León hasta los Torres; es un deleite para los que disfrutamos conocer lo que muchos y muchas latinoamericanos y latinoamericanas han dado a la historia y al desarrollo social y económico de Nuestra América, ¡la América de Simón Bolívar!

Es un recorrido por las diferentes etapas de la vida de un revolucionario —desde el vientre materno— que no hay que perderse, pues es grande su contenido histórico y al ir leyéndolo la imaginación vuela como un pájaro en búsqueda de la libertad de Nuestra América.

El revolucionario hijo de Bolívar marcado por lo propio dentro de las filas de Tendencia Revolucionaria y por la revolución de otros pueblos... Nicaragua, El Salvador, Cuba... Este *Testimonio* es un poema a la libertad que tanto se merecen los latinoamericanos,

pues trae a la memoria a Alí Rodríguez, Armando “Chino” Daza, Doris Francia, Julio Chirino (el Cabito), Lídice Navas, Hernán Vera “Maravilla”, David Nieves y al padre Jesús Gazo, a quienes conocí en diferentes momentos en Venezuela, Cuba y El Salvador... ¡Verdaderos hijos de Simón Bolívar!

La convivencia con los combatientes salvadoreños en La Habana marcó mucho la vida revolucionaria de Jacobo, y a nosotros, los salvadoreños, nos la marcó su humanismo, solidaridad y honestidad.

Para un revolucionario, la lectura de este *Testimonio de un prontuario* es muy enriquecedor, pues trae a la memoria los altibajos que han vivido nuestros pueblos en su incansable camino hacia el desarrollo social y económico. Al autor no se le ha escapado ningún detalle de sus vivencias, experiencias, enseñanzas y acumulaciones que la vida de revolucionario le ha otorgado; es enfático en lo construido por los venezolanos para lograr la Revolución Bolivariana que los lleva al Socialismo del siglo XXI, y lo que el pueblo salvadoreño logró a través de la lucha armada: llegar al poder político, a ser gobierno, lo cual constituye, hasta el momento, un ejemplo esperanzador para los pueblos que están en la lucha para lograr las transformaciones sociales que los dignifiquen.

En este *Testimonio*, fácilmente se descubre la sencillez y la grandeza del revolucionario, el compañero, el amigo, el hijo, el esposo y el padre que todo buen luchador social lleva; los desencantos, frustraciones y amarguras que conlleva el quehacer por el bienestar de otros que ni siquiera conocemos, pero que existen y es nuestra responsabilidad velar y luchar por sus intereses individuales y sociales. Jacobo Torres de León hace un excelente autorretrato en prosa.

Una compañera salvadoreña
MARGARITA MARÍA GONZÁLEZ DE JULIÁN

San Salvador, El Salvador, octubre de 2010

AL SON DE LA HABANA

Escribir el prólogo de un libro es siempre una alta responsabilidad para el prologador, aunque conozca el tema del cual trata el texto y conozca a su autor, como es el caso de Jacobo Torres de León. Consciente de eso, acepto la solicitud que me hace de prologar su texto *Testimonio de un prontuario* como un reto al equilibrio entre el amigo y el escritor.

El ensayo escrito revela un importante valor que ha cultivado su autor; la coherencia entre lo que piensa y lo que dice y entre lo que dice y lo que hace, atributo que debería caracterizar a los seres humanos, pero que cada vez se desdibuja más ante el empuje avasallador de la globalización neoliberal, para la cual la única coherencia funcional es la del pragmatismo y el mercado.

Sin embargo, Torres de León ha recreado y enriquecido ese valor durante la mayor parte de su vida, pues no es ahora como adulto que refleja esa coherencia, sino que más de veinte años atrás cuando lo empecé a conocer en La Habana, Cuba, en los albores del decenio de los años ochenta del siglo XX, ya era un joven coherente.

Escribo “empecé a conocer a Torres” porque casi nunca se conoce absolutamente a un ser humano aunque se ejercite la convivencia — que no es el caso —, en el entendido que todos somos únicos e irrepetibles.

Yo mismo, que coincidí en tiempo y espacio —sin saberlo— con el autor a su término de estudiante en la Escuela Nacional de la Unión de Jóvenes Comunistas Julio Antonio Mella, de Cuba, desconocía la importante labor docente-política que ese joven desarrolló en la capital cubana a favor de otros jóvenes como él, de nacionalidad salvadoreña, miembros del FMLN.

Fui profesor de Jacobo Torres de León en la citada escuela cubana hace más de un cuarto de siglo. Mirando en retrospectiva, estimo que lo que más le aporté a su formación fue instrucción académica en el área de la Economía Política Marxista Leninista, método de estudio y de investigación autodidacta, algo de disciplina e instrumentos para interpretar las complejidades e injusticias económicas y sociales del mundo en que vivíamos en el decenio de los años ochenta —agravadas en lo que va de siglo XXI—, y bases para intentar su transformación porque educación en general y educación política en particular, ya Torres de León las traía incorporadas en su ser y en su conciencia de joven revolucionario venezolano.

Reconozco que como profesor le enseñé algunas variables importantes a ese joven, pero ratifico que Torres no era en ese momento —ni creo que sea ahora en ningún proceso docente educativo— un reservorio pasivo de conocimientos, sino un ente activo que aprendía y a la vez enseñaba.

Aprovecho la oportunidad de escribir este prólogo para agradecer a Torres, como parte de decenas de jóvenes revolucionarios venezolanos que también conocí en La Habana, la fidelidad que hoy me caracteriza al pensamiento de Simón Bolívar y en especial mi respeto al pensamiento de Simón Rodríguez, pues tanta era la vehemencia con la que esos jóvenes —Torres incluido— defendían a esos dos gigantes de la historia de América, que terminaron impregnando a varios de sus compañeros de aula y a algunos profesores de su amor por los “dos simones”. Yo me considero privilegiado por haber recibido de ellos (as) tanto ardor para entrar a investigar en la amplia obra del maestro Rodríguez, y desentrañar hasta donde me ha sido posible su esencia científica.

Si solo fuera por el valor de la coherencia de su autor, volcada en su obra humana y social, probada en su patria y fuera de ella durante varias décadas de su vida, ya valdría la pena acercarse al texto *Testimonio de un prontuario*. Pero como hay más que eso: hay humildad, hay homenaje a sus compañeros de lucha, a sus padres, en especial a su madre —según interpreto—, y se aspira a dejar algún ejemplo para sus hijos (as) al leer este material en los renglones y tras los renglones; estudiar los pasajes narrados y analizar las enseñanzas que dejan a amigos, compañeros de lucha y familia, debatir, comulgar y polemizar con él constituyen algunas de las principales fortalezas —implícitas y explícitas— del texto que el autor coloca en sus manos.

Probablemente, el mejor reconocimiento que Usted pueda tributarle a Torres de León sea acercarse a su vida, sintetizada en este texto; pero no básicamente para admirarlo, sino para eso y para superarlo.

JOSÉ ÁNGEL PÉREZ GARCÍA

Licenciado en Economía Política Marxista Leninista

Máster en Relaciones Económicas y Relaciones

Políticas Internacionales

Profesor de la Universidad de La Habana

Investigador del Centro de Investigaciones

de la Economía Mundial de Cuba

La Habana, Cuba, noviembre de 2010

MÁS ALLÁ DEL GRAN CHARCO

No hay duda de que los de León y los Torres han sido una fuente continua de rebeldía y lucha inquebrantable por un mundo mejor. Este Torres de León, nuestro contemporáneo Jacobo, se crió al alero de una madre que, jugando el rol de retaguardia estratégica, mantuvo vivo el vínculo vital con esa tradición revolucionaria que caracterizó a estas ramas de la familia. Jacobo tenía, por ende, pocas posibilidades de escapar al destino, casi inexorable, que ha marcado a la familia por generaciones. Los desesperantemente opacos, injustos y corruptos años de Herrera Campins hicieron el resto: Jacobo se une con entusiasmo a la lucha política estudiantil. Sería el terreno en que haría sus primeras armas, pero empresas de mayor envergadura le depararían: Cuba, El Salvador, Nicaragua. De golpe, Jacobo asume, con una concreción desusada en un militante de la izquierda revolucionaria, su transformación en internacionalista.

En *Testimonio de un prontuario* la prosa de Jacobo Torres de León, por momentos, se eleva con una elegancia poética reticente, que revela el amor vertido en el quehacer político, pero simultáneamente la aridez del militante que precisa obtener resultados y busca evitar la pomposidad:

Cuando [mis primeros alumnos] rindieron su primer examen, aproximadamente a los tres meses de haber iniciado nuestro cursillo de emergencia, con cara de quien va al degüello, con sus letras infantiles, grandotas, ingenuas, y su miedo a la ignorancia, entregaron sus hojitas garabateadas con la respuesta a las preguntas realizadas...

La vuelta a Venezuela le significa dejar el hervidero de humanidad centroamericano que combate por la esperanza, dando la vida diariamente con la generosidad requerida contra la brutalidad del opresor, para reinsertarse en un mundo fragmentado, sectario y quebradizo de una izquierda que trata pero que no logra. Difícil mantener la adhesión entusiasta a algo que permanentemente se volatiliza. Sin embargo, la búsqueda no dogmática de construir sembraría una simiente cuyos alcances gigantes nadie —en aquel momento, 1980— podía siquiera vislumbrar: Maneiro, uno de los líderes de la izquierda persuade a un teniente del ejército, Hugo Chávez, de “permanecer dentro de la FAN y construir una propuesta cívico-militar, que se convertiría tiempo después en el MBR-200”. Se estaba cambiando la historia sin percibirlo.

El Caracazo sorprendió a todo el mundo —aunque este Torres, con la dedicación y entrega que le caracterizan, estuvo en el vórtice de los acontecimientos (“en pleno desarrollo”, como dice a diario el presentador de Dossier en VTV)—, pero dejó sin respuesta a gran parte de la izquierda en formación. Había que comenzar de nuevo. En el contexto de la degeneración acelerada de la IV República, la insurgencia parecía ser la única vía. El 4 de Febrero, por unas horas, pareció confirmar como correcta esta alternativa pero, pese a que fue una derrota, Jacobo señala perceptivamente que “abrió los diques del pueblo: el mismo día del alzamiento grandes masas se volcaron a la calle a demostrar simpatías por los militares rebeldes del MBR-200, y desde ese día no paró la movilización popular hasta nuestros días”. Vino el segundo alzamiento, 27 de Noviembre, que también resultó en derrota y donde Jacobo —con la honestidad que le caracteriza— nos cuenta del inmenso susto que le dejó pálido al ser confrontado por un policía que blandía una metralleta en su cara, y que le

preguntaba por qué andaba en ese vehículo, en ese lugar, “a esa hora y con lo que estaba ocurriendo”.

Un atisbo de triunfo y del potencial revolucionario contenido se expresa en la elección de Aristóbulo Istúriz a la alcaldía de Caracas. Pero las deficiencias de la izquierda se exacerban y la Causa R se divide. La coronación de estas debilidades vendría con el gigante fraude electoral contra Andrés Velásquez, en 1993. Todo esto presagiaba grandes eventos, pero nadie sabía muy bien cómo se manifestarían. Jacobo continúa en el frente de batalla, “y entre una cosa y otra formalicé mi relación con Nohelia, con quien llevo muchos años de vida en común, con nuestros altibajos, pero compartiendo este sueño de liberación”. Pero ese momento político se llena de traiciones y el devenir parecía cada vez inalcanzable. Con Patria Para Todos busca crear una patria para todos los venezolanos, cuya condición *sine qua non* es el entierro de la IV y la creación de la V República, con Chávez como el líder máximo de tal proyecto. Esto comenzaría a cumplirse en diciembre de 1998.

Hombre de familia a quien la política no le da tregua: su hijo Héctor “nació justo cuando se realizaba la primera reunión política y de trabajo de la FBT para ordenar la actividad de ese año y las próximas tareas y retos de nuestra novel organización”.

El golpe de abril de 2002 permite que su experiencia de trabajo en la clandestinidad sea de significativa utilidad. Y como siempre, en la primera línea:

Todo el día doce lo pasamos moviéndonos en el carro por toda Caracas, para evitar detenciones y tratando de poner operativa una mínima estructura de funcionamiento para la resistencia... entre otras cosas trascendentales que me tocó anunciar [desde el portón del Regimiento de la Guardia de Honor] estuvo la recuperación de VTV, la detención de Carmona, el pronunciamiento de las guarniciones de todo el país y lo más importante: el arribo del Comandante Chávez, sano y salvo, al Palacio de Miraflores.

Como se sabe, el golpe fue derrotado. Y también lo fue el paro-sabotaje.

Testimonio nos permite identificar, con nombres y apellidos, a varios de esos hombres y mujeres que han estado, como Jacobo y junto a él, en la primera línea de fuego defendiendo la revolución de las embestidas del imperialismo y sus lacayos nacionales. Cada una de las acciones de estos dedicados revolucionarios es una molécula de este poderoso organismo llamado Revolución. *Testimonio* es también un homenaje a todos ellos.

En Gran Bretaña hemos tenido el placer y el privilegio de conocer personalmente a este Torres de León. Jacobo es un cuadro —como dijo otro compañero acá, es un “cuadrazo”— de esos que son indispensables para el mundo mejor que construye Venezuela y gran parte de América Latina.

Le hemos visto desplegar su ideario ante trabajadores británicos, en donde ha hecho despliegue de su formidable pedagogía política —esos cursos de cuadro para América Central y Cuba dieron buenos resultados— para explicar el proceso revolucionario venezolano, sin evadir las debilidades o las complejidades que le aquejan.

Testimonio de un prontuario nos relata una experiencia riquísima aunque no común. Experiencia que ha sido enriquecida por las actividades internacionales y, por supuesto, por la vigorosa dedicación a la Revolución Bolivariana de este Torres de León. *Testimonio* es un legado de experiencia —de lo que hay que hacer, así como de lo que no hay que hacer— para las nuevas generaciones. En *Testimonio* la autobiografía es una ventana al universo complejo, sacrificado, generoso y profundamente comprometido, del amor del revolucionario por la humanidad. Todos debemos mirar a través de la ventana de *Testimonio*; aprender para enseñar y enseñar para seguir creando ese mundo mejor al que todos aspiramos.

DR. FRANCISCO DOMÍNGUEZ
Director del Centro de Estudios Brasileños y Latinoamericanos
Universidad de Middlesex, Londres, Gran Bretaña, Secretario
Nacional Campaña de Solidaridad con Venezuela

Gran Bretaña, febrero de 2011

DE LA LASAÑA AL ASADO

Y Chávez qué hace...

No sé cómo ha hecho Chávez para llevar adelante una Revolución, a pesar de los venezolanos. Ese fue mi comentario al ver la organización del FSM de Caracas. Jacobo se puso a reír de esa manera sincera y enérgica, como todo lo que él hace. Faltaban menos de dos semanas y en las oficinas del Foro no había una impresora que funcionara; el programa de los seminarios y otras tantas actividades estaban envueltos en una gran nebulosa. Me dijo: "Aquí estamos acostumbrados a resolver las cosas a último momento, ya verás...".

Nos habíamos conocido en Milán, cuando con los compañeros de Punto Rosso organizamos el encuentro nacional en preparación del Foro de Caracas. Jacobo brillantemente compartió los paneles con distintas personalidades¹, autoridades y representantes políticos. Sus discursos públicos fueron claros, prolijos y de fuerte contenido. Pasados dos días de trabajo, salimos a la calle. Nevaba intensamente. Era la primera vez que Jacobo veía nevar; como un niño abría la

¹ Samir Amin, Ana Esther Ceceña, Claudia Korol, Raúl Suárez Ramos, José Luiz del Roio, Giorgio Riolo, Quintín Cabrera, Luiz Gonzaga Belluzzo, Giulio Girardi, Vittorio Agnoletto.

boca intentando comerse los copos de nieve. Así, con esa curiosidad y simpatía, consiguió estrechar relaciones y construir proyectos.

Efectivamente, todo ocurrió como Jacobo había predicho. El Foro Social Mundial 2006 de Caracas fue un gran éxito. Su artífice: el grandote del brazo corto que llevaba tres celulares en la cintura, uno con el canto de un gallo como tono de llamada, otro con “Alma Llanera” y el tercero — me parece — con una frase del Presidente.

No estaba nunca en su despacho, siempre en los pasillos y para las reuniones reservadas, las escaleras. Siempre hablando con dos o tres personas al mismo tiempo, dando disposiciones o resolviendo problemas; mientras tanto, contestando brevemente los teléfonos. Tomaba nota de todo y llevaba una agenda más que prolija, pero solamente en su cabeza; así es, ni un papelito.

Este es el compañero Jacobo, pero no es solo esto. Sería solamente un personaje folclórico y gran organizador, si nos limitamos a estos aspectos. Su fuerza estaba en el hecho que conocía muy bien el Movimiento, de dónde venía, de sus fortalezas y sus debilidades. Tenía muy claros los intereses, culturas y políticas diferentes que “mágicamente” se encontraban en un proyecto común; un proyecto que partía masivamente de las reivindicaciones puntuales que llegaban a esta enorme cantidad de pequeñas y grandes organizaciones que, interpretando los problemas de fondo, ponían en el centro de la escena los grandes temas de la humanidad: tierra, trabajo, ambiente, cultura. Un movimiento que siempre está balanceando los aspectos del encuentro cultural, social y humano con los aspectos políticos y estratégicos. Si uno de ellos prevaleciera, desequilibraría la esencia del Foro.

Probablemente en el panorama mundial la Revolución Bolivariana es uno de los procesos más seductores, a pesar de sus contradicciones. Una revolución que justifica de alguna manera tantos muertos, tantos desaparecidos de nuestra América. Son ellos los que se reflejan en las banderas levantadas por una nueva generación, que tiene el mismo sueño socialista de aquella que combatió contra las dictaduras y por la revolución. Una Venezuela que hace de catalizador y motor de un proceso de unidad latinoamericana,

que paralelamente reconoce derechos a los pueblos indígenas, a los marginados históricos del país y hace pasos de gigante en educación y salud, poniéndose como ejemplo a nivel mundial. Yo pude conocer las distintas Misiones verificando la presencia capilar del proceso revolucionario en territorio y en cada categoría social de la nación; pude asimismo participar en importantes reuniones de carácter sindical, conocer el ambiente y los debates de la Casa Amarilla; fui observador electoral internacional, participé en distintos debates sobre la información, etcétera. Este conocimiento de Venezuela, seguramente parcial pero apasionado, me ha convencido que solo el trabajo militante y comprometido de tantos cuadros revolucionarios permite este camino hacia el Socialismo.

Un día estaba en un barcito de Caracas donde a pocos metros dormía en el piso un borracho. Una señora escandalizada, teatralmente dijo: “¿Dónde está Chávez?..”, con la misma capacidad dialéctica de la prensa internacional. El Presidente no está ni puede estar en todos lados; la presencia revolucionaria, lúcida y articulada existe en miles de militantes que cumplen su deber cada día y en cada sector. Algunos tienen una misión más complicada porque se trata de mantener relaciones con sectores sociales y políticos internacionales, y además con intereses sectoriales muy complejos. En este caso se necesitan revolucionarios especiales, como Jacobo.

JOSÉ LUIS TAGLIAFERRO

Latinoamericano nacido en Argentina,
exiliado en Italia por más de 30 años.

Actualmente vive entre Montevideo y Buenos Aires.

TESTIMONIO DE UN PRONTUARIO

*Vamos a las armas con fe, con alegría,
como quien va hacia el reencuentro de la patria.*

CANTATA DE FABRICIO OJEDA, 1977

No pretendo que este escrito sea un análisis objetivo de la realidad histórica ni un análisis histórico de la realidad objetiva. Conversando con varios compañeros sobre este proyecto, llegamos a la conclusión que en las últimas cuatro décadas, más concretamente entre lo que se llamó la guerra del sesenta y las sucesivas oleadas de combatientes y militantes revolucionarios en los setenta y ochenta del siglo pasado, nunca se ha realizado un balance objetivo de varias generaciones que entregaron su vida a la causa de la revolución. Por lo que tampoco pretendemos ir más allá de una crónica que refleja con mi acción una parte de nuestra historia, pues hablar de uno mismo siempre es y será complicado; se trata de reflejar las vivencias, recuerdos y episodios, que construyen la memoria de cada uno y siempre tendrá una carga de subjetividad propia de quien es el centro de lo que escribe. Donde se mezclan reminiscencias gratas y otras dolorosas.

Antecedentes

Vengo de una familia guerrera, contestataria, rebelde, aunque todavía estamos investigando y se remonta —según la infalible memoria de mi madre— a los tiempos en que Isabel La Católica se dedicó con fruición a perseguir a los judíos sefardíes, lo cual obligó al primer de León a emigrar clandestino a estas tierras, detrás de las huellas de los Welsares, asentándose en la Vela de Coro entre 1528 y 1550. De Jacobo de León el viejo y Jacobo de León el joven (primer de León nacido en América) saltamos a Salomón de León, otro judío que emigró a Curazao y que tuvo dos hijos: Daniel de León, fundador y padre del sindicalismo y el Partido Socialista de los Trabajadores de Estados Unidos, y Abraham de León, padre de mi bisabuelo, Jacobo de León, a quien debo mi nombre, y padre de mi abuelo, Edmundo de León, desaparecido entre Coro y Maracaibo en 1926 en medio de las montoneras antigomecistas. Por el lado de los Novo, los generales liberales Rafael y Cosme Novo (mi bisabuelo) lucharon contra la dictadura gomecista hasta sus muertes: El primero, Rafael, envenenado en su exilio colombiano; y Cosme, en el propio Coro, también envenenado por órdenes de Gómez al presidente del estado Falcón, general León Jurado. De esa liga, por un lado Edmundo de León y por el otro Carmela Novo, hija del general Cosme, vio la luz el 3 de diciembre de 1920 Meroe de León Novo, mi madre.

Por otro lado, misioneros españoles a finales del siglo XIX bautizaron a una india wayúu como Victoria Torres, pobre mujer que sacaron de su ambiente natural en las cercanías de Sinamaica, para perderse en la maraña de la urbe; ella trajo al mundo a mi abuela, Graciela Torres, cuyo paso por esta tierra lo marcó su participación en 1931 en la fundación del Partido Comunista de Venezuela en el estado Zulia, y como participante en la lucha armada en la década del sesenta junto a su hijo —mi padre, Héctor Esteban Torres—, encargado de una Unidad Táctica de Combate UTC también en el Zulia, entre 1962 y 1968, año en que muere en un accidente de tránsito en Maracaibo. Ambos, mi abuela y mi padre, participarían en la creación del Partido

de la Revolución Venezolana, en 1966. Mi abuela estaría presa en La Planta entre 1968 y 1970, siendo indultada por el gobierno de Caldera.

Según Ramón Padrón, quien fuera jefe de explosivos en las UTC de la Costa Oriental del Lago, mi padre siempre se destacó por su arrojo y el querer estar en las tareas más arriesgadas y, como él mismo dice, muchos niegan esas historias porque ellas opacan las propias miserias.

Mi padre, mi abuela, mi mamá, como tantos otros, son aquellos que sin algarabías aportaron su grano de arena a construir esta torre de babel revolucionaria; son, como asertivamente los llamó Jorge Amado, los “Subterráneos de la Libertad”.

Héctor y Meroe se encontraron por vinculaciones familiares y amistades a finales de los años 50; se unieron en matrimonio en 1958, naciendo yo de esa unión el 11 de enero de 1963 en Cabimas, estado Zulia, población intermedia entre las accidentadas vidas de los de León, los Torres y los Novo, que hicieron del corredor Zulia-Falcón el espacio vital de su existencia.

Primeros años

Desde mi nacimiento hasta la muerte de mi padre a la temprana edad de 28 años —a quien guardo en las nebulosas de mi pensamiento, pues a su muerte apenas contaba con cinco años de edad recién cumplidos—, puede decirse que mi niñez era la de cualquier niño de su época. Luego de eso comenzó el largo peregrinar de mi madre por dotarme de educación, vida, salud y las ansias de cualquier mortal de verme crecer sin las azarasas vicisitudes y necesidades que padeció ella en su niñez.

La memoria de mi padre, más allá de mi borroso recuerdo, la alimentaron en el seno de nuestra familia, pues con el decir de mis tías más cercanas, mi madre y mi abuela comencé a escuchar en las horas de encuentro familiar, o cuando mis viejitas se ponían nostálgicas, anécdotas de mi papá en su paso por la guerra del sesenta; la veneración y el respeto de toda la familia por su memoria, que se tradujo en un profundo cariño volcado hacia mí ante la ausencia

de Héctor en nuestra familia. Siempre recordaré esas sesiones evocadoras de Héctor el hombre, lo que me animó de alguna forma a seguir sus pasos.

La influencia de mi madre fue determinante en mi futura formación como revolucionario, toda vez que siempre —y poniendo la conducta de mi padre por delante— me inculcó tres cosas que se convirtieron en la guía de todo lo que he hecho hasta ahora: primero, dignidad, como principio rector de nuestra existencia; segundo, honestidad a toda prueba, como obligación con la vida; y tercero, compromiso con el sueño por el cual mucha gente ha dejado la vida en este mundo. Aunque nunca fue militante, era —como ella misma decía— la retaguardia estratégica de mi papá, y aun muerto él no perdió el vínculo con la lucha clandestina y apoyó a mi abuela y se apoyó en ella como colaboradora. En mi niñez, por mi casa desfilaron algunas de las personalidades revolucionarias de la época como Alí Rodríguez, Doris Francia, Julio Chirino, o leyendas como Armando “Chino” Daza, quienes de tanto en tanto recalaban en mi casa para pernoctar o para hacer reuniones clandestinas, en un ambiente de seguridad para quienes estaban involucrados en la lucha revolucionaria de aquellos años.

Primeros pasos por la acción

Como ya dije, crecí arrullado por los cuentos y narraciones de la guerra del sesenta y lo que me tocaba ver en mi adolescencia, sirviendo a veces de “campana” cuando se hacían las reuniones clandestinas en mi casa.

Cuando entré en el liceo, tuve mis incipientes acciones en el periódico escolar que se llamaba *Ángulos*, dirigido por nuestra profesora de Castellano y Literatura, Gertrudis Núñez. Redactábamos, diagramábamos y de paso salíamos a vender entre los vecinos y la comunidad cercana al liceo. Ahí, por cierto, tuve mis primeras contradicciones con la censura, pues a veces en sus páginas intentaba denunciar algunas situaciones e irregularidades que observaba en el entorno de nuestro liceo, pero por el lenguaje

medio soso de nuestro periodiquito era “inconveniente” romper con su línea editorial; claro, para unos adolescentes entre 12 y 14 años era mucho pedir criticismo y cierta congruencia en su accionar.

Cuando paso a cuarto año, a los 14 años, comienzan mis verdaderas andanzas políticas, un poco más coherentes estas, menos cándido en mis apreciaciones y hago mis primeras lecturas de marxismo; recuerdo haber leído *Conceptos elementales de materialismo histórico*, de Marta Harnecker; *Principios elementales de filosofía*, de George Politzer, y pasaron por mis manos algunos libros que eran tabú para la época como *Marx para principiantes*, del mexicano Rius, entre los que puedo evocar. En esos días formamos junto a Aismyn Manaure, José Félix Ribas, el negro Manuel Longa, Sergio Briceño hijo y Francisco Gómez nuestro primer círculo de estudios. Por avatares de la vida, este manojo de adolescentes veníamos de vínculos diversos en lo político: por el lado de Aismyn y José Félix, Primero de Mayo; por la de Sergio y la mía, Ruptura, e hicimos quizás la primera experiencia unitaria en un mar de divisiones y contradicciones entre la izquierda reformista y la izquierda revolucionaria, y entre las distintas organizaciones revolucionarias.

Cuando mi mamá me vio con esa literatura, preocupada comenzó a indagar de dónde había salido. Me la había proporcionado José Félix, con quien nos reuníamos en el entonces Parque del Este (hoy Parque Francisco de Miranda) dos veces por semana, durante las vacaciones. Mamá me advirtió sobre esto y me recomendó tener mucho cuidado con quiénes me juntaba para estas cosas.

En esos años, a través de Aismyn conocí a la Chiche Manaure; ella junto con mi mamá y los padres de Sergio eran como nuestros espías en la sociedad de padres y representantes como se usaba antes. Con ellos levantamos varias banderas y denuncias en nuestra lucha cotidiana en el liceo y en la construcción del movimiento estudiantil. En esos años también fundamos el Frente de Reorganización Estudiantil del “Gustavo Herrera” (Fregh), un pequeño movimiento clandestino dentro del liceo que llegó a controlar la Asamblea de Delegados y el Centro de Estudiantes, siendo yo secretario de finanzas de este último mientras permanecí en el plantel.

Con el Fregh pudimos ganar en experiencia militante, pues con el mismo esquema de la izquierda revolucionaria funcionábamos como un movimiento clandestino en el liceo: con su parte abierta o legal que era la asamblea de delegados, con José Félix a la cabeza, y en la conquista del centro de estudiantes y el Frente Cultural “Águiles Nazoa” (Frecañ).

Largas jornadas de discusión se desarrollaban en mi casa, en casa de Aismyn o donde Sergio. De ahí salió la política para la Asamblea de Delegados y la confirmación de la plancha que iría a derrotar a la reacción y al reformismo representado en el MAS.

Vale la pena hacer un alto aquí para narrar cómo llegamos al Fregh. En los primeros días de mi 4º año llegó al aula un estudiante de 5º año a darnos la bienvenida en representación del Centro de Estudiantes del “Gustavo Herrera”, y a pedir nuestra incorporación en las horas libres a su sede.

El compañero, del cual no recuerdo su nombre, era militante del MAS y con ellos comencé a ir a la sede del CE en mis ratos libres. El MAS aún tenía —imagino por lo reciente de su separación del Partido Comunista (6 años aproximadamente)— una aureola de revolución, de intelectuales, de viejos guerrilleros; un poco de la leyenda de lo que fue la lucha armada en los años sesenta, donde mi papá y mi abuela habían participado, y esa política que atraía por lo original al movimiento joven. Ellos tuvieron el primer Fregh que dominaba el Centro de Estudiantes del “Gustavo Herrera”.

Sin embargo, rápidamente se le vieron las costuras: una vez fui a una reunión en Petare y me encontré con que quien dirigía la reunión era un policía, y aunque no tenía todavía grandes y sesudas ideas políticas, comencé a intuir que algo estaba mal.

Con el tiempo, y mucho más fogueado políticamente, comprendí que esa generación que se desprendió —bajo críticas “novedosas”— de la lucha armada, en definitiva abandonaba el campo de la revolución con una verborrea supuestamente revolucionaria.

Por ello, y en franca contradicción con sus dirigentes, nos dispusimos a desplazarlos de la política del Liceo Gustavo Herrera.

La primera manifestación, en la que no solo participé sino que estuve en su organización, fue en aquella marcha estudiantil en 1979, la más multitudinaria de esos años cuando miles de estudiantes salimos en marcha desde todas partes de Caracas para concentrarnos en la esquina de Salas, denunciando al gobierno de Luis Herrera Campins. Como toda marcha que se respetara, culminó en la brutal agresión de los famosos cascos blancos de la PM a los estudiantes; esa fue mi primera aparición pública, pues salí fugazmente en el noticiero del mediodía corriéndole a los policías por el centro de Caracas con rumbo desesperado hacia la avenida Baralt.

Su preparación me dio una dimensión de nuestras luchas. En una de las jornadas preparatorias, fui en representación de mis compañeros al Liceo Manuel Palacio Fajardo de la parroquia 23 de Enero; entramos por una puertita por la cual, con las justas, pasaba yo que nunca he sido un dechado de esbeltez y comenzó la discusión: cuánto movilizaba cada liceo, la ruta de la marcha, las medidas de seguridad, etcétera. Mientras estamos en eso, entra al aula donde estábamos reunidos un compañero y comunica que el liceo estaba rodeado por la Policía Metropolitana y que de un momento a otro allanaban la institución; se toma la decisión que a los delegados de los distintos liceos de Caracas había que garantizarles su salida a cualquier costo. Dicho compañero insistió en que apuráramos, pues la situación no daba para mucho y que ellos habían decidido enfrentar a la PM. Al tiempo que salió comenzaron a escucharse las primeras detonaciones, por lo cual salimos del aula y nos replegamos en la parte de atrás del local para buscar alguna salida, toda vez que en la entrada principal estaban en batalla campal; como siempre, piedras y cohetones contra balas, perdigones y bombas lacrimógenas.

Al fin logramos salir y mis camaradas me esperaban ansiosos en casa de Sergio para que informara y poder actuar en consecuencia. Los compas le pusieron un mundo para proteger nuestra salida del Manuel Palacio; al día siguiente en los diarios amarillistas, que son los mismos de hoy, por cierto, pude ver a todo color y en las páginas

de crónica roja lo que fue el allanamiento del Liceo Manuel Palacio Fajardo: a alguien arrastraban por el cabello, casualmente al mismo que corrió a avisarnos de la inminente agresión policial, y otros muchachos que se enfrentaron para impedir que a nosotros nos capturaran y poder garantizar llegar a nuestras respectivas zonas a coordinar la manifestación. Muchos años después volví por esos predios y vi un enorme muro en la parte trasera del liceo, pregunté que desde cuándo estaba ahí ese muro y me respondieron que desde siempre; por lo cual todavía hoy me pregunto cómo hice yo, con semejante tamañote y peso que desde siempre he tenido, para brincar ese muro tan alto y salir por ahí. Creo que nunca tendré la respuesta, pero dice mucho de lo que es capaz de hacer un ser humano cuando su integridad física y su vida están en peligro, sobre todo cuando no es precisamente un derroche de temeridad.

Ya en plena manifestación lo tradicional de una marcha; las consignas, los brincos y carreras; los insultos al ministro de Educación, a quien llamábamos “Muñequito de torta” por su carita de medroso personaje, pero tan siniestro como el gobierno que representaba. Cuando arribamos a la esquina de Salas, donde se encuentra la sede ministerial, desde varios puntos de Caracas íbamos llenando poco a poco la calle frente al edificio. Era emocionante ver cómo llegaban uno tras otro los contingentes de jóvenes procedentes de toda la capital. Y emocionaba, además, cómo se iban mezclando los colores de cada liceo gritando y haciendo toda la bulla posible.

Los ánimos se recalentaban a ratos hasta que en un momento se hizo silencio. Es de imaginarse una concentración de 20 mil personas y aquel silencio de chicharras cuando va a llover. En la entrada del Ministerio había un cordón policial con todos sus aperos antimotines y una multitud apretujada frente a ellos presionaba hacia dentro; como siempre, se nombró la inevitable delegación estudiantil que se reuniría con las autoridades del gobierno y comenzó esa tensa calma de la que hablo. Los compañeros responsables de la seguridad informaban que había que estar mosca porque se podía producir una agresión, y había que proteger al

máximo posible a esta abigarrada masa que esperaba la salida de sus representantes. Alguien comienza a cantar el Himno Nacional, entonces arrancamos a todo gañote a entonar la primera estrofa; en el cordón se produjo un forcejeo y cuando estábamos cogiendo aire para gritar “Gloria al Bravo Pueblo” por segunda vez, como manda el himno, se produjo la primera detonación y con ella el pandemónium. Resulta que una compañera que perdió el equilibrio en los escalones, entre empujones y jalones, antes de caer se agarró del policía que tenía frente a ella; este “interpretó” que quería atacarlo y le sopló un peinillazo que le lesionó la mandíbula; acto seguido comenzó la plomazón y la consecuente corredera de la multitud, tratando de guarecerse de la lluvia de perdigones, lacrimógenas y plomo que a montones nos prodigaba la PM.

Yo estaba pegado al muro frente a la entrada — en lo que era un terreno baldío y hoy es la Plaza del Banco Central — y salí corriendo hacia la avenida Baralt, cuando escuché un grito muy enojado dando órdenes: “¡Agarren a los grises!”; no sé si lo comenté, pero en la época cada liceo o escuela tenía un uniforme de distinto color y diseño: el del Gustavo Herrera era gris claro el de los varones y azul oscuro el de las muchachas, ambos bien feos por cierto. Bueno, al escuchar esa tajante orden volteo a ver de donde procedía y veo a un inspector de la PM con un pañuelo lleno de sangre en la cara, de una pedrada que le propinó alguien de mi liceo y pareciera que fue lo que alcanzó a ver. Apuré la carrera, pues claro, yo de gris y lento, los policías se concentraron en tratar de agarrarme; de los nervios corrí como pude sintiendo que ya me alcanzaban los famosos cascos blancos de la PM que eran casi atletas. Pudieron más mis nervios que sus condiciones físicas, pues a pesar de que me lanzaron, sin éxito, varios peinillazos, les saqué como media cuadra de ventaja. A la medida que corría hacia la esquina de Balconcito, mi menguada fuerza se agotaba y veía cómo se acortaba la distancia entre los policías y yo; cuando estaba a punto de pararme, desde la esquina surgió un grupo y comenzó a lanzarle piedras a los que me perseguían, mientras me gritaban que corriera. Eran unos hermanos del liceo Fermín Toro que casi contaban los pasos para mi detención,

y para darme tiempo de llegar hasta ellos, encendieron a peñonazos a los policías. Cuando llegué donde estaban me iba a quedar para apoyarlos en la refriega, pero uno de ellos me reconoció y me conminó a retirarme, pues, como delegado del Gustavo Herrera, debía llegar a mi liceo para organizar la casi ya rutinaria tarea de chequear heridos, detenidos, desaparecidos y, por supuesto, las nuevas acciones.

Mi madre, que casi con religiosidad no se pelaba el *Noticiero Meridiano*, por supuesto que me vio corriendo alterado tratando de sacarle ventaja a los policías, y de paso una compañera de trabajo le comentó haberme visto cuando íbamos rumbo al centro. Fue toda una sorpresa su reacción. Primero, como midiendo sus palabras, se reprochaba a sí misma el que yo estuviera en esas andanzas. Luego de un sonoro suspiro que sonó más a resoplido, como asumiendo su destino, me dijo otras reglas de oro: que no me dejara manipular por seudolíderes que usan a los “tontos” como trampolín para escalar posiciones políticas, que tuviera cuidado con mi seguridad y de quienes me acompañaran; y la más importante: que ya que había escogido ese camino que ella no hubiera deseado para mí, contara — como lo hizo con mi padre y hacía con mi abuela —, mientras ella estuviera viva, con una retaguardia segura y alerta.

En el Fregh se editaba un periodiquito doble carta, a ocho páginas, que imitaba a un famoso periódico humorístico de la época llamado el “Sádico Ilustrado” y que nosotros bautizamos el “Dañado Ilustrado”. Más que imitación era un pobre remedo de humor político, pero en lo sustancial apuntaba a denunciar (con las limitaciones propias de los adolescentes) las cosas de la política que privaba en esos días de oscuridad copeyana. Y lo utilizamos para denunciar cosas como las que acabo de narrar, aunque luego lo cambiamos por un sobrio boletín del Fregh que expresaba mucho mejor la mística con la que asumimos nuestra tarea política, y marcaba distancia de la práctica bonchona y apolítica que tenía la organización antes de nuestra llegada. También siguiendo la tradición que impuso el Movimiento de los Poderes Creadores del Pueblo Aquiles Nazoa-Mpcpan; una política llevada adelante por

el PRV, que en la década del 70 acercó a diversos sectores sociales a la lucha política desde el Congreso Cultural de Cabimas en 1970, y marcó a los sectores progresistas y revolucionarios en cuanto a tener la identidad cultural como factor de movilización y organización del pueblo. Nosotros creamos el Frente Cultural Aquiles Nazoa-Frecan, que desde lo cultural apoyaba la tarea política que desarrollábamos.

Con el Frecan y la Asamblea de Delegados decidimos realizar el I Festival de Salsa del que se tenga historia en todos los años de existencia del Liceo Gustavo Herrera. Realizar ese evento fue todo un reto al conservadurismo de sus autoridades; para ellos era todo un desafío a su mando que este pelotón de desarraigados, contraviñendo sus órdenes, realizara una actividad al margen de su control. En dicha actividad participó todo el mundo: profesores progresistas a los que encontraría años después en la lucha política, la mayoría estudiantil, y hasta el personal obrero y administrativo colaboraron con nosotros en la realización de nuestro arriesgado evento.

Era tan artesanal nuestro trabajo, que los afiches salieron a mano. Eso fue pintar y dibujar hasta encalambrarnos los dedos, ir por todos los salones anunciándolo, martillando a todo el mundo para conseguir recursos. Retar al director y hacer el festival casi nos cuesta a algunos la expulsión y a otros que les echaran el ojo. A José Félix, por ejemplo, Luis Correa lo amenazó con expulsarlo y los demás correríamos la misma suerte si osábamos seguir adelante con la actividad. La Chiche, mi mamá, la mamá de Sergio y otros padres se pusieron al lado de nosotros hasta doblregar al siniestro personaje. ¡Eso sí! Nada de curda, nada de baile y ejemplar conducta en el auditorio. El derrotado se retiraba dejando el esterero de su fracaso.

Fue tremendo acto. Colaboró gente de distintas tendencias políticas que nos acompañaron en su realización. Era hasta cómico ver a los profesores como guardias de prisión revisando a la gente y los bolsos y mochilas bajo la severa mirada del subdirector, Boscán, que esperaba cualquier pretexto para cancelarlo. Ciertamente, decomisaron varias botellas de ron o anís que era lo que se

bebía en esos tiempos; de hecho, yo me llevé varias para mi casa. Aquí pudimos medir el potencial y la creatividad de la gente. En mi salón el compañero Raúl Esté armó velozmente un grupito de salsa; aparecieron, por generosos contactos de nuestros colaboradores, Natty y su orquesta y otras que no recuerdo; que para la época eran ilustres desconocidas.

Más allá del intento de represión con las “prohibiciones” del Director daba risa ver, antes de que se acomodaran los músicos y comenzara el festival, las filas de una rectitud impresionante: los alumnos sentados, disciplinaditos y muy serios, como quien se dispone a escuchar ópera. Hasta que sonó el primer acorde de un sabroso son con la influencia afrocaribeña que nos caracteriza, que descansaba fundamentalmente en la orquesta Fania All Stars, y que era y sigue siendo la mayor franquicia musical de todos los tiempos; se desataron los demonios de nuestras raíces, primero tamborileando con los dedos y después en la irrefrenable cadencia que invitaba a bailar.

Hay un personaje que apareció en esos días del festival, llamado Felipe, que de la mano de Sergio Briceño vino a colaborar con nuestro esfuerzo en el Frecan. Después de celebrar nuestra contundente victoria y luego de una justa y merecida celebración, lo llevé a mi casa a dormir y a continuar la conversa que iniciamos en el camino. Cuando llegamos, mi mamá estaba esperando ansiosa para saber el resultado de nuestra experiencia y se sentó a escuchar nuestra cháchara, emocionada, mientras libábamos un ron; la conversación derivó a la política y mi mamá sutilmente indagaba de dónde había salido Felipe. El compañero, según le había dicho yo a ella, pertenecía a Ruptura y como buen “perrevecó” y ya entonado con los rones le decía a mi mamá, con aire de sobrado, que cuando ella quisiera le traía al mismísimo Douglas Bravo a su sala. Ella, que desde hacía muchos años apoyaba a los compañeros, desvió la conversa y simplemente lo desarmó preguntándole —con una dulzura que no presagiaba nada bueno— el porqué endiosar un hombre cuando se trata de enaltecer a todos los que luchan. Medio ebrio, Felipe trataba de refutar, hasta que mi madre tajante lo atajó

y lapidariamente le dijo que no le decía nada Douglas Bravo; que seguía ideas, por lo que no hacía falta que lo llevara a su presencia.

Luego de irse Felipe, me recordó que en mi casa pernoctaban y pasaban con frecuencia compañeros de las FALN, que no podíamos quemar la casa con cualquier tipo de visitas. Aceptaba a mis compañeros del Fregh porque los conocía, pero debía evitar llevar a extraños a casa.

Para ese momento el Centro de Estudiantes estaba acéfalo, ya que su último presidente se había graduado el año anterior; desde el Fregh evaluábamos la pertinencia de reconquistar ese espacio para nosotros.

Como no podíamos presentarnos como Frente, creamos una plancha “independiente”, pero era casi un secreto a voces que los candidatos de la plancha ocho éramos indudablemente los muchachos del Fregh. Habíamos crecido con una camada nueva de militantes: mis vecinas provenientes del Básico “José Cortés de Madariaga”, Carolina Izquierdo y Margarita Padrón; otras compañeras de Petare: Olga Gutiérrez y Marisela Prieto, Méndez y Núñez, Elizabeth, del Mirador, que llegaron creo que con Sergio; y con caras más frescas y no tan quemadas como nosotros, desarrollamos la campaña electoral. Jocosa la situación, los candidatos —preparando volantes y afiches, tratando de levantar una campaña electoral y desde la clandestinidad— dirigiendo la política, mientras nuestros electores esperaban el pronunciamiento del Frente. Otra compañera, Diajan, de la misma promoción de Margarita y Carolina, trajo varios bocetos diseñados por un tío con eslogans de campaña y unos muñequitos de lo más graciosos; de ahí sacamos uno que recuerdo por su utilidad política: “Ocho razones para votar por la ocho” y con este hicimos el tríptico oficial de la campaña. Recuerdo que una noche estábamos en casa de Sergio revisando la campaña y nuestra estrategia, y se acercó su mamá para elogiar lo que hacíamos y a preguntar si no podíamos unificar la plancha nuestra con la de ellos en el Magisterio, que era la nueve en su campaña para el Colegio de Profesores; con mucho respeto, en aras de nuestra independencia política, rechazamos su propuesta, pues

éramos muy celosos de nuestro esfuerzo y que este no se identificara con ninguna corriente o partido. En esos tiempos se estilaba —gracias a Chávez eso murió— que cada corriente política se identificara en las elecciones sindicales o gremiales con un número; así, AD siempre se identificó con el 1, Copei con el 3, el MAS con el 2, el MIR con el 5; y la izquierda cercana a Ruptura, Liga Socialista o Bandera Roja con el 9, 10 o 15. Por eso nosotros, cuidando celosamente nuestra identidad propia, escogimos el 8.

En una de nuestras salidas clandestinas casi al final de la campaña electoral, como a dos días de las elecciones, la gente se preguntaba sobre la posición del Fregh, pues mientras las otras planchas apelaban a la amistad y al jolgorio, nosotros estábamos en nuestra letanía de las “Ocho razones para votar por la ocho”. Preparamos un volante bastante escueto donde la dirección del Fregh, palabras más palabras menos, le anunciábamos a la comunidad herreriana que luego de ver la campaña y a los candidatos, el Fregh apoyaba decididamente a la plancha 8, por lo cual invitaba a los estudiantes a reafirmar con su voto la victoria de la plancha revolucionaria. El mecanismo que usamos para difundir el volante fue el siguiente: los más conspicuos (José Félix, Aysmin y yo) a la hora del receso, mientras los estudiantes corrían a las cantinas a comprar, nosotros nos ubicaríamos en los sitios más visibles del área. José Félix se ubicó por los lados de la dirección del plantel, Aysmin en la placita de la entrada y yo en la cantina, mientras un grupo colocó volantes en todos los baños y áreas comunes; Elizabeth, Carolina y otro compañero desde el último piso lanzaban los volantes en el área de la cantina, y otro grupo con Margarita, Olga y Mariela hacían lo propio en el otro extremo del liceo. Cuando cayó la lluvia de volantes en la cantina se armó un alboroto, pues todo el mundo quería hacerse a uno; daba gusto ver cómo caían los papeles desde el 4º piso y yo, embelesado y riéndome satisfecho, vi cómo comentaban ávidos el contenido con la posición del misterioso Fregh, de cara a las elecciones del Centro de Estudiantes para el período 1979-1980.

Por cierto que una de mis primeras satisfacciones políticas fue el haber derrotado a Liliana Hernández, quien pretendía, con

minitecas y bonche, ganarnos el Centro de Estudiantes y recibió una aplastante paliza de nuestra parte al ocupar cinco de los siete puestos en las elecciones de 1980.

Ya finalizando el quinto año, y habiendo desatendido mis deberes académicos, dejé los estudios en el régimen diurno para incorporarme a trabajar, pues mi madre, ya con 59 años a cuesta, estaba lista para pensionarse y yo no podía seguir estudiando en régimen regular porque era repetir el año, por eso me inscribí en el liceo nocturno que funciona en la misma sede del Gustavo Herrera. Con este método de enseñanza para adultos, saqué una materia que arrastraba desde el cuarto año y pasé en seis meses todas las materias, menos una del quinto año. En ese mismo ínterin, continué en mis actividades políticas desvinculado de mis viejos compañeros, pero gravitando siempre alrededor del tema estudiantil. En esos días participé en la fundación de la Coordinadora Regional de Estudiantes de Educación Media.

Estos fueron quizás —y varios de mis camaradas de la época coinciden— los últimos aguerridos años de los estudiantes, pues creo que fue la generación que cerró un ciclo en el movimiento estudiantil; lo demás fueron estertores de la inercia. Luis Correa, en su represión y forma de dirigir el liceo, simplemente estaba extirpando para el régimen político la sabia más importante, la era, la irreverencia de la juventud y la fogosidad con la que asumimos estas luchas. De ahí en adelante, en picada cayó la combatividad de educación media. Una de sus características: los nuevos ingresos, luego de 1980, eran cada vez más jóvenes, de una robusta clase media que disfrutaba su estatus, por lo cual se apagó la resistencia. En el sitio donde funcionó nuestro orgulloso Centro de Estudiantes es hoy una gris oficina administrativa, que acusa —cuando uno pasa por su frente— la ignominiosa afrenta de lo que se perdió en los años bobos.

Entre 1978 y 1979 se dan con alguna frecuencia reuniones en mi casa. Allí, el Chino, Doris, una hermana que no he nombrado: Betty Martínez y su compañero Tato Colina, quien al igual que ella militaba en la Tendencia Revolucionaria; y quien fue uno de

mis primeros guías en la incorporación a las responsabilidades de la organización: el Tabanuco Rogelio Castillo Gamarra, a quien desaparecieron en el año 1982 luego de los sucesos de Coro. Era que se estaba produciendo la división del PRV, naciendo en 1979 la Tendencia Revolucionaria; hecho que mi madre, en su excelente visión crítica, pues se me olvidó decir que mi madre —auto-didacta— tenía una mezcla de existencialista con anarquista en sus concepciones políticas, quizás por eso siempre se negó a militar formalmente en ninguna organización, por muy revolucionaria que fuera. Con su visión crítica reclamaba que se mantuvieran posiciones revolucionarias y menos reformistas en la naciente organización.

Avanzando en la responsabilidad revolucionaria: de la Tendencia Revolucionaria a La Causa R

Mi vida cambió radicalmente en 1982, pues en ese aciago año murió mi madre una mañana de marzo, dejándome solo a mis 19 años. Fueron días de mucha confusión y dolor que casi me hacen perder el rumbo, pues con su muerte perdí no solo a mi madre —a quien a pesar de haber pasado tantos años la extraño como el primer día de su ausencia—, sino que con ella se fue mucha de la seguridad que tenía, siempre protegido por ella y su forma de ver las cosas que eran alertas certeros a cualquier imprudencia mía; se fue la madre, se fue la amiga, se me fue parte de la vida. Para mí el año 82 está marcado de muerte: primero mi madre, luego mi bisabuela, y más adelante Tato Colina, el esposo de mi hermana Betty. En ese tiempo tenía más de un año laborando en Publicidad Vepaco, y a su muerte me dediqué con mucho ahínco a la militancia.

Mi hermana Betty me invita en septiembre a la II Asamblea Nacional de la Tendencia Revolucionaria, y vi y conocí a muchos compañeros de los cuales no me he separado desde entonces. Ya sin las ataduras familiares y con poca experiencia en el trabajo político, a pesar de haber estado vinculado de una manera u otra desde aproximadamente los doce años a las organizaciones revolucionarias y

a la clandestinidad de sus principales cuadros de los años setenta y ochenta, en esa reunión nacional de la TR me incorporo de lleno, justo en el momento en que la organización —que todavía olía a clandestinidad, a misterio, a medidas de seguridad, a complicidad y leyenda— decide salir a la luz pública y anunciar su incorporación a la alianza para la candidatura de José Vicente Rangel de 1983.

Por mi lado, traté de formar un sindicato en la empresa. Al principio todo marchó bien, contactamos a varios obreros y junto a uno de los empleados de la oficina de recursos humanos preparábamos la constitución del Sindicato de Publicidad Vepaco; sin embargo, nunca falta un cobarde: uno de los obreros nos delató con la gerencia y sin aviso ni protesta me despidieron junto con varios obreros, entre ellos Jaime Rivas, un viejo amigo que pintaba vallas para la empresa. Según él, se debió a una broma que en su sano buen humor tenía; cada rato repetía, por las anécdotas de los obreros más viejos: “No se preocupen, camaradas; el sindicato va”, y largaba la carcajada; no tenía absolutamente nada que ver con nuestra actividad. A mí me comunican mi despido estando en Maracaibo, pues en la propia celebración de su cumpleaños, Tato —mi hermano y compañero de vida de Betty— muere de una embolia, por lo cual salí con mi último sueldo a Maracaibo a acompañar a la familia y a compartir el dolor de mi hermana y el mío propio. Despedido, dolorido y limpio regresé a Caracas, y en vista de mi desocupación quedé a disposición de mis compañeros y de la lucha política.

Ese diciembre, en vista de la pelazón que tenía, me puse de acuerdo con Margot, la compañera de Tabanuco; con Cheo, a quien le decíamos Nelson; y Aracelis, compañera de Víctor Ángel —quien estaba en Nicaragua para la fecha—, montamos un tarantín para vender artículos navideños en Petare. Mi familia, asombrada, veía con malos ojos esta actividad: cómo un Torres de León se iba a convertir en buhonero; era el horror. Pero de algo había que vivir y a esas alturas ni tenía trabajo ni nadie me lo iba a dar, pues izquierdoso y mocho no era precisamente un candidato óptimo para aspirar a un empleo.

Con este trío estuve hasta enero en esas lides, vendiendo lo que fuera para ganarnos unos reales. En enero, luego de un álgido mes de trabajo en la calle, con 900 bolívares abrí mi primera cuenta de ahorros de la que tenga recuerdo; nunca antes lo hice, pues no había nada que ahorrar y por eso no valía la pena.

En 1983 con una crisis económica terrible, sin ninguna fuente de ingresos estable y sobreviviendo con la generosidad de mis camaradas, comencé a vender libros en el Pedagógico de Caracas, gracias al compañero Carlos Méndez. Continué con mis vínculos en el movimiento estudiantil a través del Frente Cultural del Pedagógico, uno de los espacios sobrevivientes de los aparatos de masas de Ruptura y el PRV, que había quedado en manos de gente de la TR.

En ese tiempo organizamos algunas actividades como el Festival de Salsa “Concierto por la Unidad Latinoamericana y Caribeña de la Bachata Abierta”, un grupo de salsómanos que activaban en el Pedagógico, muy vinculado a la Liga Socialista, donde colaboré organizando la parte de orden y seguridad; participé también como seguridad en el concierto de Pablo Milanés y Silvio Rodríguez en la Concha Acústica de Bello Monte, y lo menciono porque estas actividades marcaron una parte del rumbo que llevaría mi vida como activista político en los años siguientes.

La Tendencia Revolucionaria cuando salió a la luz pública heredó muchas de las relaciones internacionales del PRV. Un grupo importante de sus cuadros se enteraron de su nacimiento en Nicaragua, que recién salía de la guerra; en El Salvador, que estaba en lo más profundo de su propia guerra; entonces Paúl del Río, Alí Gómez —muerto en Nicaragua defendiendo la Revolución sandinista en 1985—, la Flaca Raquel y Hernán Vera Maravilla, desde sus respectivas trincheras centroamericanas asumen su incorporación a la Tendencia y de alguna forma representar a la organización, frente a la política de Douglas Bravo que se deslastró de estas relaciones políticas construidas en largos años de clandestinidad y política revolucionaria. Una de esas tareas fue reconstruir las relaciones con la Revolución cubana, deterioradas desde años antes.

En ese marco, en 1982 me incorporo a los Comités de Solidaridad con El Salvador y Nicaragua, activando con gente como Lídice Navas, quien perdió a su esposo Julio César Guzmán y a su hijo mayor Julio César en la guerra de El Salvador; Taide Camacho, Eduardo Garcés; nuestro inolvidable Alí Primera, con quien organizamos las ediciones de *Una Canción por la Victoria del Pueblo Salvadoreño* y la *Canción Bolivariana* en el Año Bicentenario de El Libertador. Ahí, más que activista de la solidaridad, representaba a la TR y eventualmente coordinaba la parte de seguridad de los eventos con mis compañeros y otras organizaciones populares que formaban parte de estos Comités.

En marzo de 1984 se realizó la IV edición de *Una Canción por la Victoria del Pueblo Salvadoreño*. La actividad fue febril; tensamos nuestras fuerzas a todos los niveles. Un compañero hizo un bastidor y a mano se imprimieron 500 afiches en batea; técnica bastante artesanal que consiste en un marco de madera al cual se le coloca una especie de tela, sobre ella el diseño y con una paleta se esparce la pintura uniformemente. Pasé toda una semana sacando los afiches, mientras otros compas trabajaban el tema de distribución y venta de boletos: Berta Barrios, su hermana y cuñado; el equipo del Movimiento Universitario de Solidaridad MUS con Juan José, Isabel Piña, Isabel Delgado, y esa camada amiga del Movimiento 80, por supuesto, Lídice Navas y Magally Urrutia.

Junto con los universitarios y equipos de los partidos presentes en el Comité de Solidaridad, armamos la parte de orden y seguridad y mis compañeros del Pedagógico me ayudaron en esta tarea. Resulta que llego a la Parroquia Universitaria a entregar los afiches; faltaba como una semana para el acto. Este, por cierto, coincidía con el aniversario del asesinato de monseñor Romero, mártir salvadoreño, en cuya muerte se involucra un siniestro personaje venezolano, embajador de Venezuela en El Salvador y connotado agente de la CIA: Leopoldo Castillo. Llegando a la reunión, estaba Alí Primera hablando de la posibilidad de suspender el acto, pues estaba muy floja la convocatoria y, a menos de una semana, podían fallar los cantores y artistas invitados. Yo venía muy cansado

de estar sacando los afiches y al escuchar aquello casi me da un síncope, pensando en el esfuerzo que se había realizado para sacar adelante la actividad. Le dije que ese evento no podía suspenderse, pues tenía una semana en la calle y mucha embarcada en su realización, recursos invertidos, y de ñapa qué haría con los 500 afiches; que así estuviéramos nosotros solos en el Nuevo Circo, la IV edición de la *Canción por la Victoria* debía realizarse. Allí respondió con paciencia infinita que entendiera quiénes eran esos artistas y la necesidad de preservarlos; que si fuera por él y los panitas no había ningún problema, pero con gente de la talla de Simón Díaz había que tener cuidado. Después de una acalorada discusión el propio Alí cedió, por lo tanto, apretamos el acelerador para llegar con éxito al final de esta jornada.

Llegó el sábado en cuestión y al principio estaba floja la cosa, cuando de repente llegaba y llegaba gente. Como siempre, los coleados con consignas de “solidaridad moral, no monetaria” y pidiendo “puerta franca” comenzaron a crear tumultos en la entrada, tratando de agredir a los que estaban en la seguridad. Visto en retrospectiva, un evento se podía considerar exitoso si cumplía las siguientes condiciones: Primero, suficiente gente pagando su boletería para garantizar cubrir los costos; segundo, porque horas antes de su inicio los buhoneros se instalen en los alrededores; y tercero, que ese grupo en nombre de la solidaridad arremeta para tratar de sabotear el evento y hacerlo fracasar.

La verdad sea dicha: para mí fue uno de los eventos más significativos que se realizaran en la arena del Nuevo Circo y, si no me equivoco, la IV *Canción por la Victoria del Pueblo Salvadoreño* sería el último acto en el Nuevo Circo de Caracas y también el último acto de nuestro inolvidable Alí Primera. Once mil personas colmaron la gradería del coso taurino del centro. Es memorable recordar a Simón Díaz: con una flor en la mano desgranó lo mejor de su verso para el pueblo salvadoreño; y Alí, que con su verbo incendiario entre canción y canción gritaba: “¡Que se oiga en toda Venezuela, que trascienda las fronteras y se escuche en toda América; y más, que traspase toda América y llegue a la Casa Blanca...” para decirle

al mundo que desde la Patria de Bolívar siempre daríamos un paso al frente en defensa de la justicia y los más débiles, frente a las arteras garras del imperialismo y sus lacayos! Ya casi terminando el acto me aproximé a la tarima y veo a Alí con su eterna cantimplora azul ahíta de ron, me acerqué y le dije susurrado: “Viste, Alí, no había que suspender el acto”. Me ofreció la cantimplora y me dio un fuerte abrazo.

Paralelamente a nuestra lucha con la solidaridad, otras tareas eran las políticas electorales. La Tendencia, desde su nacimiento y por eso su nombre, salió del PRV con los principales cuadros de Ruptura, sobre todo de Caracas, y una buena cantidad de cuadros militares que estaban dentro y fuera de Venezuela; buscaba ansiosamente la unidad revolucionaria, por eso éramos una tendencia en el campo de los revolucionarios que buscaba contribuir a la unificación. Una de sus tesis más certera era la necesidad de acercar los revolucionarios al pueblo, pues eran décadas de aislamiento y estigmatización y entender que había que trascender los métodos de lucha planteados, e ir a correr la suerte que corriera el pueblo en su resistencia.

Y fue un contraste de posiciones de seguridad, con los viejos hábitos a cuestas nos incorporamos a la campaña de José Vicente Rangel en la “Alianza por la Unidad del Pueblo”; yo, abstencionista contumaz, debuto en la política militante haciendo campaña presidencial. Mezclarnos con la fauna de la izquierda “legal” no fue tarea fácil, el gran desespero de los comandos de campaña era parecerse cada vez más a la derecha dominante, buscando muchachas jóvenes de buen ver, contratando orquestas, y prácticamente solo un embrutecedor desfile de francachelas con una pertinaz ausencia de propuestas políticas, o siquiera un mínimo debate sobre una aproximación de país. Mientras el MAS y el MIR lanzan a Teodoro Petkoff, lo que este llamó el chiripero apoyó a José Vicente: el PCV, la Nueva Alternativa (partido electoral disidente del MIR), la Liga Socialista, y los más pendejos de la partida, la TR, arrancamos esta campaña electoral.

Una anécdota muy jocosa de este paso es que Tato representaría a la Tendencia en una rueda de prensa con el candidato, y era un ser tan sencillo y despreocupado que andaba vestido para tan magna ocasión con un ropaje que se parecía a Gualberto Ibarreto: pantalón mezclilla, camiseta, unos zapatos deportivos y sin medias; apresuradamente salió un compañero a comprarle medias y una camisa, ante la incomodidad de Tato que se sentía — como él mismo lo decía — como una hallaca mal amarrada.

En un acto en la avenida Bolívar, que los adecos y copeyanos llenaban holgadamente, se realizó nuestro cierre de campaña; obviamente, se veían unos vacíos casi oceánicos frente a las apretadas concentraciones de AD o Copei. Con iniciativa de Nelson y el apoyo de varios compañeros, realizamos un bastidor con la denuncia de las desapariciones de Rogelio Castillo Gamarra y Carlos Castillo, su cuñado, desaparecidos ambos en mayo de 1982. Trabajamos encerrados en la Facultad de Arquitectura de la UCV gracias a la colaboración de Quintín Aular, un camarada que se lanzó a ese maratón con Nelson y conmigo, llevamos el bastidor a la avenida Bolívar y la gente que circulaba en nuestro magro acto nos veía como bichos extraños, pues eran elecciones no denuncias.

Una de esas anécdotas aleccionadoras de esa vieja izquierda, acomodada y con su bozal “democrático”, es que una vez en medio de las tareas de campaña la policía golpeó a un compañero militante de una organización minúscula y casi antinatura denominada Partido Obrero Revolucionario trotskista-posadista POR, volándole todos los dientes delanteros. Digo antinatura porque era la única corriente trotskista (que yo conozca) que era prosoviética. Cuando llegamos con el compañero ensangrentado a la sede del comando de campaña, la preocupación de los “dirigentes” no estaba puesta en la agresión sufrida por el camarada, sino en la repercusión negativa que podía generar que se hiciera pública — como era nuestra pretensión —, pues otros menos firmes podían achicoparse por la actitud represiva; eso generó una muy acalorada discusión bien sazónada con insultos, descalificaciones y casi agresiones físicas. En un punto muerto de esa discusión, un compañero mío le enrostra

a los tipejos que muchos de nosotros habíamos arriesgado la vida y la tranquilidad de la familia intentando hacer una revolución, y que habíamos perdido hombres como Tabanuco en esas lides, para tener que calarnos a gente como ellos, que no había arriesgado nada en su vida y pretendía hablar desde la izquierda. La respuesta me causó un estupor que recuerdo con la misma indignación de ese día; airadamente nos respondió: “Gran cosa, ustedes arriesgaron la vida; nosotros hemos arriesgado nuestro prestigio que valía tanto como el pellejo de nosotros”. Era gente que robó el erario público; que jamás en su vida puso en peligro nada que no resolviera con real, ¡eran los aliados en esta contienda! Lo veo ahora desde lejos y menos mal que esa podredumbre nunca tuvo la oportunidad de gobernar; aunque pensándolo mejor, ellos de una forma u otra ya estaban gobernando, eran el perfecto comodín de las clases dominantes para mantener el espejismo democrático, pues siempre serían (como hasta ahora) los extras y rellenos del sainete puntofijista, con puestos de gracia en la CTV y uno que otro diputado, y peor aún, servían con su edulcorado lenguaje izquierdista como el anestésico perfecto a la posible ebullición de las masas frente a las miserias del capital.

En esa búsqueda de la unidad revolucionaria, con Alí escarbando en todas partes esa posibilidad, nos topamos en el camino, por ahí en 1983, con un grupo disidente del MAS encabezado por Tirso Pinto; Carmen, la eterna esposa del viejo Eloy Torres, y otros que no recuerdo. Iniciamos con un muy emotivo acto en Parque Central el Movimiento de Integración por la Patria Socialista-PASO; largos días de discusión para intentar consensuar dos posiciones diametralmente opuestas. Por un lado, nosotros los que veníamos de la TR con nuestro bagaje político y los muertos todavía frescos en nuestras mentes y, por el otro, estos compañeros que saltaron del MAS con tibios recuerdos — por no decir fríos — de sus viejas glorias de dos décadas atrás, pero más acostumbrados a ese mundillo del reformismo y las pugnas palaciegas de la izquierda de ese entonces. Parecía que hablábamos el mismo idioma, pero en el método, con décadas de diferencia entre su accionar y el nuestro, existían

abismos casi infranqueables. El padre Jesús Gazo me bromeaba sobre este experimento, pues cada vez que me veía llegar a la Parroquia Universitaria de la UCV comenzaba socarronamente a cantar “pasito tun tun, pasito tun tun” a ritmo de guaracha, y la verdad es atípico ver a un personaje con fuerte acento español cantando con tantas ganas una melodía muy afrocaribe.

La ilusión duraría poco, algo así como debut y despedida. En vez de negociar en bloque como dirección unificada, mientras nosotros debatíamos con los compañeros de la Liga Socialista, Tirso y su combo negociaba con la Nueva Alternativa sus propias posiciones.

No se salvó nadie. Por un lado, nosotros defendiendo la candidatura de David Nieves, quien fue uno de los detenidos del caso Niehous y que estaba en la calle gracias a la actitud militante de los ligosos que largaron la vida por sacarlo de la cárcel en 1978. No hay que olvidar que por este mismo caso mataron a Jorge Rodríguez y persiguieron a un gentío, y para la gente de la Tendencia, hasta por reflejo, mantener a David en la calle era casi un problema de principios. Por el otro, gracias al pitazo que nos dio una vieja compañera que estaba en la Dirección Nacional de la NA nos enteramos de la artera posición de Tirso, que a todas luces no le importaba la suerte de un compañero revolucionario por obtener una curul de aquel mal circo llamado Congreso en los tiempos del bipartidismo.

Así sería el virus electorero que los carcomía, que en conversaciones entre la TR, la Liga Socialista y los Comités Unidad Popular, hasta Alí Primera — nuestro Cantor del Pueblo, que prestó su nombre para encabezar por el estado Lara en esa lógica de mantener a David Nieves libre— fue expulsado de los CUP (movimiento fundado por él), pues los compañeros oportunistamente pretendían utilizar el nombre y prestigio del Cantor para medrar en la contienda electoral.

Ese 1983 dejó como saldo negativo más divisiones en la izquierda, más frustraciones en quienes creían y buscaban esa unidad y, peor aún, más gente domesticada por una derecha que a punta de populismo, demagogia y represión doblegó y manipuló a la izquierda, hasta postrarla y llevarla a su funesto carnaval democrático. Sin embargo, con ese resultado negativo, el objetivo

que costó más fracturas y desánimos lo cumplimos: David Nieves, teniendo como suplente a Alí Rodríguez, entró por los pelos para ese período tan terrible de Jaime Lusinchi en la presidencia y los adecos más atornillados que nunca en el poder.

Mientras se hacía eso en el terreno electoral, algunos compañeros de Caracas acordamos abrir un trabajo vecinal en las Lomas de Urdaneta, más concretamente en el bloque 12. Escogimos este sitio porque ahí vivía la compañera Dinorah Figuera y cerca estaba la casa del flaco Fabricio, en el bloque 6. Esta es mi primera experiencia política distinta al medio estudiantil, aunque en ella, tomando como base el Frente Cultural, iniciamos un incipiente trabajo de masas del cual guardo muy gratos recuerdos. Nuestros primeros contactos fueron los vecinos de Dinorah: Toño Hernández y su familia y Tania Celis, quienes desde su inocencia política veían con simpatía nuestro esfuerzo por organizarlos.

Lo primero fue un diagnóstico de la zona: alta inseguridad, deterioro del edificio, mucha basura acumulada y unos niveles de desidia desesperantes en los vecinos de este bloque. Hecho este primer esbozo iniciamos con ahínco la tarea. Lo primero fue organizar un cineclub, pero las primeras películas fueron un desastre, pues eran de tal contenido que aburrían a nuestro auditorio: *Yo hablo a Caracas*, del cineasta Carlos Azpúrua; muy interesante denuncia sobre las “Nuevas Tribus”, pero que poco le decía a nuestra audiencia. Luego proyectamos *Miami nuestro*, otra denuncia sobre el desenfrenado consumismo de la época de las “vacas gordas” del rentismo petrolero, que fue bautizado como la generación de los “Ta’barato”. Los niños, esperando ver otra cosa, cuando vieron a los personajes de Disney se alborotaron, pero como era apenas un pasaje del documental, su interés se apagó rápidamente.

Esos primeros intentos por sintonizar con los vecinos costaron mucho por nuestra inexperiencia en el trabajo vecinal, puesto que casi condenó a la izquierda de todos los matices a un profundo aislamiento de la gente, hablando la jerigonza incomprensible muy cargada de ideología y poco de la sencilla cotidianidad de quienes pretendíamos transformar y organizar.

Con espíritu bastante autocrítico revisamos esto y dividimos el trabajo en varias áreas: uno, el cultural donde se desarrolló con mejor tino el cineclub y las actividades culturales; el deportivo, aprovechando a nuestros compañeros del departamento de Educación Física del Pedagógico de Caracas, para impartir clínicas de basquetbol y otros deportes; y también el vecinal, concretamente al plantearnos el rescate del ascensor, la limpieza y saneamiento del bloque 12 y la creación de la asociación de vecinos del bloque 12 de las Lomas de Urdaneta. Poco a poco se incorporaba la gente a nuestro esfuerzo. Toño y sus hermanas, Tania y su familia, y una compañera que aportó su muy entusiasta esfuerzo: mal vista por muchos y agradable para la mayoría que veía su empuje; los que la veían mal era por esa estúpida doble moral que cuestionaba que la compañera trabajara de fichera en un bar, pero supo poner su creatividad a mejorar esta pequeña comunidad catiense.

Cuando me desprendí de este trabajo se había rehabilitado el ascensor —después de más de 10 años—; no era nada fácil tener que subir 12 pisos, tres y cuatro veces, por lo cual fue un alivio poder contar con este recurso. Se creó la asociación de vecinos y reclutamos para nuestra política a gente como Toño y Tania, quienes a casi tres décadas de aquello se mantienen, cada uno en su trinchera, aportando su granito de arena a la revolución; a diferencia de Dinorah, a quien su inconsistencia política la llevó en su derrotero a terminar como pieza de Primero Justicia, luego de una pasantía por La Causa R y en su seno despolitizarse cada vez más, acompañando a otros como Alfredo Ramos, quien hizo de la traición un muy lucrativo negocio.

En septiembre de 1984, luego de meses de espera, me comunican que iba para Cuba a atender mi problema de salud, pues es bien conocido que padezco de una atrofia en mi brazo derecho, producto del parto, y me iban a tratar de “arreglar” en La Habana. Es así como la madrugada del 14 de septiembre de 1984 salí rumbo a Cuba por un tiempo estimado de dos a tres meses, mientras los médicos diagnosticaban y me aplicaban el tratamiento a que hubiere lugar o me operaran —que era lo que yo creía en mi fuero

interno que iba a ocurrir—, y entre una cosa y otra me quedé tres años en tierras de Fidel. Era esta mi primera salida al exterior y no fue un viaje sencillo, pues salí de Venezuela con rumbo a Panamá donde recibiríamos la visa cubana en la taquilla de Cubana de Aviación. Iba medio preocupado, pues estaba acompañado de Manuel Zamora, el “Curro”, viejo combatiente de las tropas de Magoya en Falcón, y tenía la sospecha que tendría prohibición de salida del país; sin embargo, no hubo novedad. Arribamos a Panamá y cuando llegamos a la taquilla no había visa ni nadie que informara. El vuelo a La Habana salía más o menos en hora y media y sin la visa no podríamos abordarlo; más aún, el siguiente vuelo sería cuatro días después; si perdíamos este, se nos complicaba la vida. Yo apenas disponía de 20 dólares que me regaló Alí Rodríguez y no sabía cuánto tenía el Curro. Los cambiamos y con el teléfono de la embajada que me había dado un compañero en Caracas, desesperado llamé preguntando por Cabrera —el embajador de Cuba para la época— y me respondió amablemente la recepcionista cubana, que estaba camino al aeropuerto. Faltando como 10 minutos para que cerraran el vuelo, llegó el compañero Cabrera con un paquete de visas, pues de varios países estaban ahí esperando para poder embarcar hacia la isla. Cabrera tuvo que solicitar el retraso de la salida del vuelo para embarcarnos.

Cuando por fin me senté dentro del avión y escuché a la azafata diciendo con encantadora y tranquilizante sonrisa: “Bienvenidos, compañeros, a Cubana de Aviación”, y la vi cuando ofrecía una bebida de recibimiento, entendí la dimensión simbólica: la jefa de azafatas y sobrecargos de Cubana de Aviación era una encantadora señora de mediana edad, que rompía el prototipo de las muñecas jovencitas que hacen ese trabajo. Cosa que me agradó sobremanera, pues daba una señal inequívoca del valor del trabajo en la Revolución y caí en cuenta de varias cosas: la primera, que este sería mi primer contacto con el muy variopinto mundo de la solidaridad, vi en su más elemental longitud ese enorme esfuerzo que por décadas han desplegado los hermanos cubanos para atender de la mejor manera a ese abigarrado ejército humano, que día a día y desde

todos los puntos cardinales desembarcaba en Cuba buscando aliento, esperanzas y solidaridad. Segundo, sentí por primera vez la dimensión de lo que significa el internacionalismo como práctica militante. Una cosa es leerlo y expresarlo como actitud natural de la militancia política, y otra, ser parte de esa impactante torre de babel de muchos idiomas y costumbres, pero que en común tienen la causa de los pueblos. Tercero, sentir en lo más recóndito de mí ser las palabras de mi madre, cuando en sus ratos de reflexión y remembranza me recalca que de no haber conocido a mi padre y no haber nacido yo, se hubiera ido a Cuba a entrenarse para hacer la revolución, pues sin ataduras evidentes bien valía la pena entregar la vida por la Causa, como gustaba decir.

Llegué a La Habana con una carga de sueños y expectativas, pensando en los grandes revolucionarios que desde siempre alimentaron páginas y páginas de heroísmo. Y sin perder de vista mi principal misión, que era mi problema médico, consulté con mis compañeros para realizar otras actividades que no fueran solamente las de salud. La misma noche de mi llegada, llevando una encomienda para Julio Guzmán —el hijo de Lídice, asesinado en El Salvador— conocí a Violeta Gómez y a José Sierra, una pareja que me abrió su casa y su vida para hacer más soportable mi estadía en Cuba; con ellos amanecí hablando hasta acalambarnos la lengua, sobre todo tratando de apagar mis expectativas sobre la revolución, la vida en el país de tantas heroicas cosas. Y aunque parezca mentira, esa venenosa propaganda enemiga caló tanto en la psique, que preguntaba, por ejemplo, donde podía comprar cigarrillos, partiendo de la estúpida pero enraizada concepción sobre las restricciones y demás majaderías con las que alimentaban y alimentan diariamente a nuestros pueblos. Y para mi vergüenza me miraban de arriba abajo, diciéndome con la mirada qué preguntas tan tontas hacía.

La casa de Violeta se convirtió en el lugar regular de llegada y junto a Sierra se convirtieron en confidentes; su morada, en lugar obligatorio de llegada de quienes se vinculaban a nosotros. En ese sitio, muy cerca del estadio Latinoamericano de béisbol y la Plaza

de la revolución, estuve en mi primera celebración de los Comités de Defensa de la Revolución (CDR) tan satanizados por todas las derechas y tan ejemplares como modelo de poder popular para los revolucionarios

Por ahí desfiló toda nuestra generación y muchos otros, entre quienes puedo recordar los dos hijos de Lídice Navas, Américo y Julio César Guzmán, Nicolás Maduro, Javier Istúriz, Edmundo Hernández, Gineth Morales, y Gladis Aranibar, combatiente peruana exiliada en Suecia, entre los que me puedo acordar.

Su casa se convirtió en una suerte de ONU donde recalaba medio mundo a recibir esa cálida solidaridad que envolvía a esta pareja de viejos amigos. Violeta es otro “subterráneo de la libertad” que dedicó una vida a la revolución; primero en Venezuela, de donde salió forzada luego de la muerte de Livia Gouverneur, y después en Cuba en las horas más difíciles de la revolución. Por su militancia pagó, como tantos revolucionarios, con soledad su decisión indeclinable. Sus tres hijos vivieron su propia diáspora: el mayor, a quien no conocí, se fue a Francia; Hiroshima se vino a Venezuela, para terminar en Miami como una más; y Coralita, la última de la raza, se radicó en Venezuela y está integrada a la Revolución Bolivariana.

A muchos, conociendo a esa guerrera incansable que era Violeta, nos sorprendió saber que se había ido a Miami. Sierra, quien siempre habla con respeto y afecto, atinó a decir que era por su hija, pues Violeta, cuando yo la conocí, no se había recuperado de la desertión de Hiroshima. Yo atino a entenderla y jamás cuestionaría su decisión de irse. ¡Coño, le nació el primer nieto y debió ser muy importante para ella, para irse como lo hizo, quemando las naves de su existencia! Por lo menos sé que a diferencia de muchos que se vendieron por el mendrugo de la visa gringa y despotricaron a sus anchas —cada uno más escandaloso que el otro dependiendo del tamaño de su traición, por Radio Martí, la Voz de las Américas, o en cada emisora de las grandes transnacionales de la información; gente despreciable que era consentida y mimada por el pueblo cubano y se fueron detrás del oropel de su perfidia para hundirse en el charco de su fracaso—, Violeta se fue callada,

sin ceder un milímetro en sus convicciones. Al decir de sus familiares en Caracas, a quienes veo de tanto en tanto, es Violeta Gómez la latina más odiada de Miami, por su doble condición de cubana y venezolana; y lo puedo creer, pues su característica fundamental es su muy sana faramallería y su hablar incontenible de metralleta.

A la semana de llegar a esta ciudad encontré a Ramón Velásquez, un compañero de Río Caribe que, al igual que yo, estaba en tratamiento médico por una atrofia producto de una severa y mal tratada poliomiélitis en la pierna. Ramón estaba en La Habana desde julio y mientras estaba en tratamiento el Chino lo incorporó en la Escuela Nacional de Cuadros de la Unión de Jóvenes Comunistas “Julio Antonio Mella”. Nos reunimos en las inmediaciones del hotel donde yo estaba y me habló con entusiasmo de su nueva tarea; como yo no vi contradicción entre lo médico y lo político consulté al Curro, que estaba en la Escuela Superior del Partido “Nico López”, la posibilidad de mi incorporación; me dijo que consultaría con el Chino y me avisaba, así que con la aprobación del Chino Daza y por decisión de los compañeros cubanos ingresé como alumno regular de la Escuela Nacional de Cuadros de la Unión de Jóvenes Comunistas “Julio Antonio Mella”, en el curso de 10 meses que impartían a una comunidad internacional muy amplia. Como activista de la solidaridad en Venezuela y por los vínculos de la Tendencia Revolucionaria con las organizaciones latinoamericanas como el FSLN de Nicaragua, el FMLN de El Salvador, la URNG de Guatemala, el MLN-Tupamaro de Uruguay, el (ERP) de Argentina, el MIR de Chile, entre las más reconocidas, contacté a sus representantes en La Habana y casi inmediatamente, siempre con autorización de mi organización, me dediqué —junto al plan de formación de la Escuela— a trabajar en la solidaridad; fundamentalmente con los compañeros del FMLN, con quienes la TR tenía vínculos históricos desde 1972, por lo menos en el caso del PRS-ERP, del cual algunos compañeros fueron fundadores y donde habían varios venezolanos en las distintas organizaciones que conformaban este gran frente político-militar.

Pasé todo el año 1985 en mis estudios político-ideológicos. Hasta mediados de año cuando finalizamos el curso, que fue bastante intensivo, por cierto. Culminado este y habiendo abandonado todo tratamiento médico, se toma la decisión de darle continuidad a mis sesiones de terapia y me aboqué al trabajo político con el FMLN casi a tiempo completo, a través de la representación del PRS-ERP. Es por ello que a fines de ese año pasé a formar parte del equipo de la representación del ERP en Cuba y de la Comisión Político Diplomática del Farabundo Martí para la Liberación Nacional.

Alí llega a Cuba, invitado al evento de diálogo sobre la Deuda Externa en La Habana, que convocó a lo más granado del pensamiento económico e intelectual de la izquierda de la época. Bien temprano salía yo de la sede de la Escuela a desayunar con Alí, aprovechaba para variar la rutina de alimentación que teníamos en la Julio Antonio Mella, y me di banquete al tener el privilegio de conocer a muchos de los personajes que marcarían el pensamiento político latinoamericano. Personajes de la talla de monseñor Méndez Arceo, arzobispo de Cuernavaca, México, que junto a Ernesto y Fernando Cardenal, de Nicaragua; a Frei Betto y Leonardo Boff, de Brasil, y otros como Jesús Gazo y el padre Olaso, en Venezuela, levantaban las banderas de la Teología de la Liberación, congeniando el evangelio con la emancipación como principios cristianos y de vida. A través de Alí conocí también a un compañero que siempre recordaré con admiración y cariño; me refiero a Enrique Gorriarán Merlo, el entrañable “Pelao”, hombre legendario que en una acción revolucionaria sin precedentes penetró clandestinamente en Paraguay —país silenciado por la férrea dictadura de Alfredo Stroessner—, lugar de exilio de Tacho Somoza, y en nombre de los pueblos y de los miles de asesinados por la dinastía Somoza en Nicaragua ajustició al dictador en las narices de sus custodios y guardaespaldas.

El Pelao era un hombre de ese humor muy fino —característico de los argentinos— y cuando me lo presentan me dice: “¿Che, sos venezolano? Y estrechándome la mano vigorosamente, se lanza a contar una anécdota de sus andanzas. Me dijo —en cuestión— que

teniendo más o menos mi edad (23 años) realizó su primera operación internacionalista y como debía ir a Europa, concretamente a Berlín, le entregan un pasaporte falso. Su primera impresión es que a él, argentino, blanco y con rasgos caucásicos, le entregaban un pasaporte venezolano; además, la forma de hablar de los argentinos es muy conocida. A lo que el compañero que le suministró el documento, le dijo: “Ven acá, chico, no te preocupes por eso. Los europeos no distinguen un acento argentino o cubano o venezolano; para ellos todo es lo mismo”. Enrique, no muy convencido, se fue a cumplir con la misión. Cuando llega a Berlín, va al hotel donde estaba la reserva a nombre del venezolano del pasaporte. Cuando lo entrega al recepcionista, sin decir palabras, este muy sonriente le dice: “Ah, venezolano. Qué bien, yo viví en Venezuela antes de emigrar a Alemania”. Resulta que el trabajador era de origen chileno. El Pelao le arrebató el pasaporte balbuceando una excusa; del susto se encerró en un baño hasta el cambio de turno, no sin comprobar que el que relevaba al chileno tuviera pinta de teutón. Mientras lo contaba, con toda clase de aderezos verbales y chispeantes comentarios, reconoció que estuvo muy molesto con los compañeros que montaron la operación, que con un desparpajo olímpico no verificaron las condiciones de la seguridad y le hicieron pasar el susto de sus primeros pasitos en el maravilloso y arriesgado mundo del internacionalismo clandestino.

También conocí a uno de los incansables luchadores por la independencia de Puerto Rico, el hermano Rafael Cancel Miranda, eterno héroe caribeño, quien junto a Lolita Lebrón y otros patriotas puertorriqueños en los años 50, en un acto legítimo de protesta, irrumpieron en el Congreso de Estados Unidos y tirotearon a varios congresistas, exigiendo con este acto desesperado la devolución de su soberanía escamoteada con un eufemismo mal llamado “estado libre asociado”. Cancel nos dio una lección de humildad y firmeza y en su explicación afirmó la decisión de su pueblo de permanecer como nación, aunque sometida por el colonialismo, pero resistiendo hasta lograr su absoluta independencia, frente a los anxio-nistas y los que mantienen el statu quo de libre asociación.

Tan cierto es, que en distintas épocas el pueblo puertorriqueño ha reafirmado su deseo de emancipación en consultas referendarias para mantener el español como idioma oficial, y acumulando fuerzas para la liberación definitiva.

En ese ínterin regresa a La Habana el Chino Daza. El cubano José Cordero —un viejo amigo de Venezuela y en particular de los locos de la Tendencia— llegó a buscarme al apartamento que teníamos en la zona de Alamar para decirme que sabía de su arribo, pero no sabía dónde estaba. Como no sabíamos en que condición regresaba, pasamos toda esa noche visitando distintos hoteles con la esperanza de encontrarlo; tarea bastante ardua, pues no sabíamos con qué nombre se había registrado: Hernán, Sergio, Julián, con toda una gama de combinaciones de apellidos. Después de la infructuosa búsqueda me atrincheré en el apartamento a esperarlo; no salí en tres días esperando que apareciera. Al tercer día, a eso de las 7:30 a.m., aparece el “polaquito naranja”: un carrito que teníamos asignado —más parecido a un sacapuntas plástico que a un vehículo—; como yo no manejaba, estaba estacionado en el parqueo del Comité Central, por lo cual supuse que era ese nuestro carro. Me asomé a la puerta y sale el inconfundible Chino, a quien fugazmente había visto en mi adolescencia y que frecuentó mi casa en aquellos días de definiciones que dieron paso al nacimiento de la TR. Lo recibí con un fuerte abrazo y lo primero que me conmovió fue la mención tan especial que hizo de mi mamá, con respeto, admiración y afecto. Esa es una cosa del Chino que siempre rescato: una humanidad a toda prueba que se funde en las lealtades y los afectos. Efectivamente, el compa tenía como tres días en La Habana y estábamos jugando al gato y al ratón, pues él me buscaba a mí y yo hacía lo propio; coincidimos en el sitio, pues cada quien razonó que al no encontrarnos en puntos intermedios el sitio sería el apartamento.

El Chino, hombre también medio atravesado, no llegó solo; con él estaba su compañera y su hijo, por lo tanto iba a ser muy incómodo tres adultos y un niño. A través de sus contactos tramitó mi traslado a un hotelito que tenía el Partido por los lados de Miramar, donde viví hasta mi retorno a Venezuela. Mi salida de este apartamento le

permitió a Armando permutarlo por otro más grande, en el Reparto Guiteras en otra zona del este habanero.

Ya en el hotelito, mi vida mejoró sustancialmente: mis tres papas diarias, mi tratamiento médico con puntualidad y un seguimiento importante, y mi trabajo con el FMLN —gracias al estímulo del Chino—, más intenso que nunca.

El FMLN en estos años, quizás los más duros de la guerra, tenía un cuadro bastante crítico en su seno. Creo que es oportuno recordar que la guerra de El Salvador, hasta los acuerdos de paz, tuvo alrededor de 75.000 muertos y profundas grietas en la sociedad salvadoreña, sobre todo los sectores campesinos y pobres que soportaron los estragos de este conflicto. Parte de mi tarea con la Comisión Político-Diplomática-CPD era la atención a los lisiados de guerra, que a montones llegaban a La Habana procedentes de los distintos frentes de lucha; en mi área, fundamentalmente de Morazán y Santa Ana, donde estaba concentrado el grueso de las fuerzas del Ejército Revolucionario del Pueblo, del cual yo formaba parte.

En la medida en que fui compenetrándome en la tarea, me tocó asumir varias responsabilidades de índole política, como revisar la prensa internacional, captar Radio Venceremos, preparar los partes de guerra y los análisis políticos para informarle a los combatientes hospitalizados o residentes en La Habana del desarrollo de la guerra; aparte de atender sus necesidades más elementales como ropa, calzado y atención política. Muchos de estos combatientes eran apenas niños de 12 a 16 años que se vieron obligados a madurar en las crueldades de la propia guerra; que en su mayoría no sabían leer ni escribir y que por sus manos habían pasado fusiles, granadas, bombas, pero nunca un lápiz.

Recibí casi por casualidad la noticia de que mi abuela, Graciela Torres, había fallecido, cuando me encontré con una vieja amiga de la familia que me traía noticias de ellos: Reina Malaver, esposa de uno de nuestros mártires de los sesenta, Felipe Malaver, desaparecido en el TO-3 en 1967. Me senté en el malecón a derramar mi tristeza, pensando como consuelo que por lo menos pudo sobrevivir a mi madre, a Tato, y a Victoria. Años después me contaría una

de mis tías, quien ya en el ocaso de su existencia se cansó de vivir y en una cama de hospital simplemente planteó a sus hijos y nietos presentes: “¡Déjenme morir en paz!”. A diferencia de mi madre, quien hasta el último día de su vida rendía homenaje al simple hecho de amanecer despierta todas las mañanas, y quien me confesaría que a pesar de estar preparada para la muerte sencillamente no quería morir, pues faltaba mucho por ver en este mundo.

A mediados de 1986 nuestra organización se dispone a la tarea de comenzar pequeños cursos de formación político-ideológica en dos niveles: uno para los cuadros de la representación de nuestro partido en la CPD, y otro para los combatientes que se encontraran en La Habana en esos momentos —alrededor de 400, regados por la ciudad al momento de estas memorias—, partiendo de los rudimentos que otro compañero salvadoreño y yo poseíamos en esa materia. Aníbal, ese era el seudónimo del camarada. Un año después que yo pasó por la Escuela de la UJC, en el marco de una iniciativa lanzada por la Comandancia General, que se llamaba Combatientes Organizadores del Pueblo (COP) y que consistía en preparar cuadros para organizar a las masas en medio de la guerra; es decir, cuando se ocupara un pueblo, estos combatientes tuvieran la capacidad de informarle a los pobladores del porqué de la guerra y dejar organización a su paso.

Acá nos enfrentamos a varios problemas; el primero y más difícil: la poca experiencia pedagógica tanto de Aníbal como mía. Aun cuando dominábamos razonablemente los fundamentos ideológicos que nos animaban, jamás habíamos impartido clases y mucho menos política. El segundo, nuestro objetivo de formación: los combatientes del FMLN a nuestro cargo no tenían ni siquiera la más elemental formación académica; y tercero, era poner a prueba la paciencia de los muchachos que estaban acostumbrados a la batalla y nada más.

Por otro lado, lo difícil de darle clases a un grupo de cuadros que ganaron sus jerarquías en combate y no en una aula, pues a pesar de fungir yo como instructor, por encima estaban camaradas con una carga académica de segundo grado y que desde

hacía muchísimo tiempo no agarraban un libro. En otras palabras, mis “jefes” sabían de bombas, de sabotajes, de paradas militares y combates, pero absolutamente nada de educación formal; ya no hablemos de formación político-ideológica.

La primera evaluación que hicimos Anfbal y yo fue dar un grado mínimo de instrucción a los que despuntaran, e iniciar un apurado plan de alfabetización con los más atrasados que, tristemente, era la inmensa mayoría de estos jóvenes, quienes dejaron casi sus vidas en la búsqueda de la libertad tantas veces negada por la barbarie imperialista que asoló Centroamérica en la década de los años ochenta.

Puestos en la tarea, era medio cómico ver la cara de susto y nervios de los compañeros el primer día de clases, encerrados en el apartamento de la jefa de la representación: La Margarita, diez personas alrededor de una inmensa olla de café aguado —que es como lo toman los salvadoreños— abrí mi inefable manual de materialismo histórico —cortesía de la Escuela, que me apoyó con entusiasmo en esta tarea—, y comenzar a vomitar conceptos y categorías ante la mirada angustiada de los prospectos de alumnos que iniciaban sus primeras nociones de marxismo en manos de estos principiantes. Sin embargo, salimos adelante; en cuatro meses volcamos en ellos todo lo que habíamos aprendido nosotros, siempre buscando la forma más sencilla de explicarnos. Cuando rindieron su primer examen, aproximadamente a los tres meses de haber iniciado nuestro cursillo de emergencia, con cara de quien va al degüello; con sus letras infantiles, grandotas, ingenuas, y su miedo a la ignorancia, entregaron sus hojitas garabateadas con la respuesta a las preguntas realizadas. Nosotros aplicábamos un sistema que aprendimos con los cubanos; este consistía en colocar aleatoriamente preguntas de las cosas que habíamos discutido con ellos en las sesiones de estudio, y una vez desarrollado por cada uno el tema que le hubiera tocado en suerte, tenían que desarrollarlo oralmente. Fue muy grato ver, más allá de la profundidad de lo que dijeran, el orgulloso esfuerzo de estos hermanos para superarse y tratar de comprender su propia realidad.

Otra cosa fue la de los COP. Ahí el esfuerzo era mucho más arduo, toda vez que nuestros receptores pasaban del centenar, divididos en dos grupos de 50, y con mucha más dificultad por ser anal-fabetos la mayoría.

Acá tuvimos que aplicar el ingenio: Primero para captar su atención, pues no resulta grato madrugar un domingo para escuchar a un par de “babosos” hablando de cosas extrañas a sus oídos. Para ellos la realidad terminaba en sus respectivos tratamientos médicos y en casos más graves como manejarse con una prótesis de brazo, pierna o un ojo. O como el caso de David, un muchacho de 17 años que colocando una mina artesanal perdió los dos ojos y las dos manos (le sobrevivieron dos dedos de la mano izquierda), y entre acostumbrarse al par de metras —como le decía yo en broma— en la cuenca de sus ojos y una mano de plástico, se sentaba disciplinado a las 8 a.m., a esperarnos para recibir su clase; la preocupación de David ni siquiera era su situación física, sino que los combatientes que lo veían en ese estado no aflojaran y nos instaba a Aníbal y a mí para que incluyéramos un curso de explosivos en nuestro improvisado y atropellado cursillo de formación.

Lo resolvimos aplicando comparaciones entre lo que pretendíamos abordar como materia ideológica y alguna situación de sus realidades inmediatas, ya fuera en su medio natural —los campamentos guerrilleros de los diversos frentes— o en el espacio donde convivíamos. Un ejemplo de ello fue explicar el tema de la plusvalía y la renta: cuando se nos agotaron los argumentos altisonantes con jugosas frases de las categorías científicas, y viendo sus caras de angustia y pena por no entender ni papa, apelamos a los símiles. El ejemplito, un tanto trillado él, consistía en preguntar cuánto ganaba trabajando como peón, cuánto le reportaba al patrón, cuánto invertía este en la producción, y así hasta que se le empezaba a iluminar la cara como señal de entendimiento... y una sonrisa de lo más contagiosa como reconocimiento a que por fin podían desenmarañar algo de nuestra diatriba ideológica. Siendo honesto, la verdad es que siempre me quedó la duda de haber podido romper esas barreras que nos separaban, pues no solo era la barrera

cultural, eran también los modismos en el lenguaje como fuente de comunicación, aunque en ese período terminé hablando como cualquier salvadoreño común y —cosa grata—, rotas esas trabas, me aceptaron como uno más y dejaron de verme con el recelo del baboso que venía a importunar a la “mara”.

De las cosas que lamento en esa etapa es no haber podido fijar en mi memoria el nombre legal de ninguno de ellos, pues, si bien por mi trabajo de registro manejaba sus nombres de pila, por las razones de la guerra solo nos dirigíamos los unos a los otros a través de seudónimos. Por cierto que mis compañeros me asignaron un nombre de guerra; para ellos no era Jacobo sino Joaquín Navarro, bautizado así en honor del entonces comandante general del ERP, Joaquín Villalobos, quien luego del armisticio traicionó a esa lucha convirtiéndose en lacayo del imperialismo.

Para mí también fue un aprendizaje mi pasantía con estos salvadoreños, que —como dije— me asimilaron como uno de ellos y fueron fuentes de alegría en su eterna esperanza a pesar de la rigurosidad que la vida les impuso; pues en mi caso —a menos que me hubieran destacado para el frente de Morazán (que en algún momento estuvo planteado) a seguir con la labor de los COP—, que tenía donde retornar o simplemente quedarme en La Habana, vi entrar y salir a muchos hermanos de nuestros dispositivos organizativos. Vivíamos entonces en plena ciudad de La Habana en régimen de campamento; algunos aún deben acordarse de mí, el gordo feo que hablaba mucho y les martirizaba sus modestas vidas cada domingo.

También conocí algunas personalidades como el padre Punceles, un cura belga comprometido con los pobres y desposeídos. Era el cura de Morazán; ese que salía en los documentales de Radio Venceremos en pleno monte, casando a los guerrilleros y bendiciendo a ese ejército de desarrapados que casi logró doblegar con su terquedad y mística al imperio. Era admirable ver a la novia con su vestido blanco de confección casera, agarrada de su futuro marido; ambos con fusiles y ametralladoras en bandolera, muy solemnes escuchando la misa de Punceles en su “guanaco” entreverado con su fuerte acento nórdico. O a los músicos de “Los Torogoses”, una

bandita de música típica nacida al calor de la guerra en los campamentos y que reunía a los que estaban en nuestro campamento para entretener al resto de la mara, luego de que los liberáramos de la tortura dominical Aníbal y yo.

Punceles era un fanático rabioso de la música clásica, al punto que estrenaron en Cuba la película *Mozart* y, violando las normas de compartimentación y seguridad, me hizo sacarlo de su lugar de alojamiento dos veces para verla, y luego una muy instructiva caminata por el cementerio de La Habana. Tanto le agarré el gusto, que la vi en Caracas años después para recordar las caminatas con este cura que olía a demonios, pero que era el alma mística de mis compañeros de viaje.

Uno de esos personajes que me marcaron fue Jonás, segundo comandante del ERP, a quien sacaron de Morazán con una peligrosa lesión en las dos rodillas, y con un aparataje bastante extraordinario lo logran trasladar a Nicaragua y de allí a La Habana. Mi primera impresión era la de un ser que ha pasado por todo; a pesar de su investidura era de una humildad impresionante. Con Jonás me tocó revisar el tema de los COP; yo, emocionado por el honor de ver a uno de los jefes de nuestra guerra y compartir con él, me lancé rápidamente a una serie de explicaciones sobre nuestros progresos y deslicé algunas ideas para optimizar nuestro trabajo. Me manifestó su satisfacción y me encomendó la tarea de tratar de sistematizar algo de la historia de El Salvador, para uso de los combatientes; yo le repliqué que se podía trabajar una monografía sobre el tema y — ante mi asombro frente al jefe — me preguntó qué era esa babosada de “monografía”. Le expliqué dentro de mis limitaciones como pude, y acordamos trabajar en el “chunche” ese dos horas diarias; lamentablemente nunca lo concluimos, pues casi cuando poníamos manos a la obra comenzaban las primeras negociaciones y él, jefe al fin, debía retornar al frente de guerra en Morazán.

Otro que me impresionó fue Miguel Mármol, indio tallado a cincel; un viejito dicharachero, presto a la broma, de risa fácil, que todos los mediodía se instalaba con su radio a almorzar tarareando una canción, principalmente ranchera. Yo había tenido noticias

de él tiempo atrás, cuando empezaba mi relación orgánica con el FMLN; leí esa biografía que realizara el poeta salvadoreño Roque Dalton, convertida en Premio Casa de las Américas, que ilustraba al detalle la historia de este personaje que tuvo el terrible honor de ser el único sobreviviente de la insurrección encabezada por Farabundo Martí en 1932. Hablamos mucho y, si de algo me percaté, es que menos mal que el libro de Roque se escribió en 1966, pues ya senil cambiaba las versiones una y otra vez, siempre con esa peculiar forma de hablar de los campesinos salvadoreños. Una de las cosas que me llamó la atención era su veneración a la Unión Soviética, especialmente a Lunacharsky, quien atendió a esa delegación de campesinos salvadoreños por ahí por 1928; y otra, su ortodoxia muy marcada donde entre risotadas decía que en El Salvador hasta los perros son guerrilleros, para delicia de sus oyentes.

Durante todo ese tiempo iban y venían compañeros de distintos países, internacionalistas como yo —que a esas alturas ya podía considerarme uno— y aprovechamos para dar unos cursillos sobre otras cosas como lectura de mapas, seguridad personal, entre otras cosas; esos espacios y conocimientos los utilizamos para preparar a compañeros de Venezuela, Perú, Colombia, y aunque no eran de rigurosidad científica, nos permitieron a muchos de nosotros desenvolvemos en situaciones delicadas en más de una ocasión.

En septiembre arriba a Cuba un nuevo contingente de latinoamericanos que iban a la escuela de cuadros. Con gran alegría recibí a varios compatriotas, pues siempre es grato, a pesar de nuestras medidas de seguridad, encontrar compañeros de tu país; más cuando llevaba más de dos años sin probar una arepa y con poca relación con la colonia venezolana residente y los que iban en calidad de turistas o a hacer otras cosas. Entre los que llegaron estaba Nicolás Maduro, quien llega en representación de la Liga Socialista para la escuela de la UJC. Trabajamos amistad rápidamente y casi como anfitrión le di un paseo por La Habana apenas se instaló, eso sí, en “guagua” que es la forma más expedita de conocer una ciudad. Nicolás me abrió una ventana a Venezuela: más de dos años de ausencia me habían desconectado, y escucharlo hablando

de las nuevas tendencias musicales que yo desconocía, y sobre la situación de nuestro país. Me contó lo ocurrido en Tazón, pues tenía alguna idea y por su intermedio supe de los hechos. Un autobús que venía repleto de estudiantes fue detenido en la entrada de Caracas y masacrado por la policía. Repercutió el hecho, pero nada que desestabilizara el nefasto gobierno de Lusinchi.

Ya finalizando 1986, por ahí en octubre, la Comandancia General del FMLN lanzó la consigna de “un solo partido, un solo ejército”; comienza el proceso de reorganización para unificarse y me tocó a mí desprenderme de la tarea que con ahínco abracé durante ese tiempo. El grueso de combatientes que me había tocado atender estaban de regreso a sus frentes respectivos; otros salieron hacia Managua, se estaba reorganizando también la CPD, así como la distribución de los compas en otros espacios fuera de la ciudad de La Habana.

Paralelamente a mi trabajo político, cada día durante casi año y medio me tocó asistir al Hospital Frank País para mi terapia en el brazo, hasta que llegamos a un punto muerto en que mi brazo, sometido en ese largo tiempo a todo tipo de terapias traumatológicas, no daba para más; según el jefe del equipo médico que me atendió en ese lapso, doctor Cuco Herrera, ni era operable ni se podía hacer más nada a nivel de terapia, que me aguantara unos cinco años para intentar, con el progreso científico, otras vías de recuperación. La verdad es que reflexioné y me dije que era hora de partir; no podía convertirme en una carga para los cubanos, quienes generosamente me atendieron por esos dos y pico de años, y solicité mi retorno a Venezuela, pues Centroamérica seguía sus propios derroteros y hasta para ellos podía ser más útil en Caracas que en La Habana, toda vez que no estaba en los planes mi salida hacia El Salvador.

Antes de despedirme de toda la mara, en una reunión con los responsables del FMLN acordamos reforzar el Comité de Solidaridad con El Salvador y preparar una gira por Venezuela a los compañeros del grupo folclórico salvadoreño “Cutumay Camones”; a ellos, a Eduardo, Lolo, Teresita, Israel y Paco, los había conocido cuando Ali Primera montó la *Canción Bolivariana*, y era la fachada perfecta para profundizar la relación política del FMLN en la región.

En diciembre por fin me dieron mi permiso de salida hacia Venezuela y en la madrugada del 19 partí con la incertidumbre de tanto tiempo de ausencia. Desde mi asiento en el avión, comienzo a ver los cerros de La Guaira y cuando escuché “en estos momentos estamos arribando al Aeropuerto Simón Bolívar de Maiquetía”, se me aguaron los ojos. Retornaba a mi patria luego de una larga pasantía lejos de ella.

De estos años saqué lecciones muy valiosas. La primera, muy vigente hasta nuestros días: que Cuba es un país como cualquier otro, con una sociedad que apostó a una nueva forma de vida bajo la guía del Comandante Fidel y, con sus dificultades, lo hace con amor y alegría; esto me lleva a decir, rememorando mis años habaneros, que “entre bonche y revolución, no hay contradicción”.

La segunda, como me advirtiera el viejo amigo Douglas Zabala, mejor conocido en los senderos de la subversión como “Marco Polo”, antes de mi salida en 1984: Cuba — como cualquier país — también tiene una importante lucha de clases, pues aún persisten rémoras del capitalismo. Pero lo más importante, y ahí sí, a diferencia de los demás países, no es de carácter antagónico e involucra a la sociedad en su conjunto en la construcción de su socialismo tropical y, por encima de todas las cosas, muy cubano.

La tercera, los valores de ver un pueblo hecho uno, empujando el carro de la historia; o como canta Pablito Milanés: “La historia lleva su carro y a muchos los montará, por encima pasará de aquel que quiera negarlo”.

Cuando llegué no tenía donde ir. Se suponía que me esperaba una tía, pero por temor a represalias — pues trabajaba como Jefe de Proyectos en la Armada — ni siquiera me comunicó su decisión de no buscarme. Como era la única dirección con la que contaba, con 200 bolívares que me dieron en La Habana llegué a su casa justo cuando salía para el cementerio a llevar unas flores a mi abuela. Graciela está enterrada cerca de la tumba de mi madre, así que aproveché para ver en qué estado estaba esta. Gesto simbólico, pues nunca he creído que los seres queridos estén reflejados

en esas tumbas frías o mausoleos, sino que siempre están vivos en nuestra memoria y con ellos hablamos, reímos, recordamos.

Llamé a todo el mundo, pero todos estaban en sus preparativos navideños. Mi tía ya me había advertido a mi llegada que podía dormir esa noche en su casa, pero al día siguiente debía buscar para dónde irme, ya que mi presencia era incómoda y —como ya dije— temía represalias si se sabía de la estancia en su casa de un comunista recién llegado nada más y nada menos que de la Cuba Revolucionaria.

Para mí en esos años de ausencia todo lo veía extraño: la gente, la ropa, la dinámica; acostumbrado a una ciudad si se quiere más bucólica, me aturdía entrar en el bullicio que es Caracas.

Mi primera visita —una vez instalado— fue a mis eternas amigas Margarita Padrón y Carolina Izquierdo, aprovechando para ver mi casa que comenzaba a tratar de recuperarla de un mal negocio que hizo uno de mis primos en mi ausencia.

Por fin, el 20 de diciembre di con Jaime Rivas, viejo amigo de mis tiempos de adolescente, quien generosamente me tendió una mano en mi desesperación por ver dónde pernoctaba, ante la amenaza de mi tía, y me dio un espacio para dormir en una habitación que tenía alquilada por Los Chorros, hacia el este de Caracas; eso me dio tiempo para ordenar las cosas, contactar otra gente y, en fin, tratar de estabilizar mi situación en una ciudad que en las primeras de cambio se me presentaba hostil. Como a la semana de haber llegado me encontré, por esos azares de la vida, con un primo materno, quien me llevó a la casa del hermano de mi mamá; casi inmediatamente me mudé, pues al enterarse de que no tenía dónde vivir me dieron una habitación en su casa. Mi tío Marcos de León, si bien no era un desborde de cariño, me trató bien y me ayudó a agarrar mínimo en mis primeros meses en Venezuela.

Siempre andariego, una vez terminadas las festividades navideñas me puse a la tarea de volver a contactar a mis compañeros; además, traía varias encomiendas desde La Habana para nuestro trabajo internacional y una de ellas era montar la gira al grupo “Cutumay Camones”.

A todo evento, esa gira fue un éxito, aunque muy azarosa su realización toda vez que no disponíamos de recursos suficientes para movilización, propaganda y, de paso, recabar recursos para las necesidades de la solidaridad y el propio Frente. Fue toda una negociación la llegada de los compas.

Primero, dónde dormían, ¿en la casa de mis tíos?, imposible. Cinco personas, además de izquierda... mi tía pegó el grito en el cielo y negó esa posibilidad. Al fin Roberto Leal, un compañero del Comité, prácticamente nos alojó en su casa, nos alimentó y, de paso, sirvió de chofer para el grupo.

Acordamos la gira que arrancaba en Mérida. Lídice Navas y el padre Gazo consiguen los pasajes para irnos; de ahí para Maracaibo, de Maracaibo para Caracas, de allí para Barquisimeto y nuevamente hacia Caracas.

Montamos el operativo de recepción de los compas y nos enteramos que solo llegaba Eduardo, director del grupo y responsable político de esta gira. Los demás no pudieron salir de Managua en esa fecha, teniendo que montar otro operativo para buscarlos unos días después. Como la actividad estaba montada, recogimos los boletos aéreos y arrancamos él y yo la gira prevista. Llegamos a Mérida una tarde de mayo, un día antes de la actividad. A esa hora, a los compañeros del movimiento 21 de la ULA que nos recibieron les tocó conseguir mínimo cuatro músicos y un lugar donde ensayar, para que Eduardo cumpliera con el programa previsto. Y fue medio cómica la cosa, pues nos llevaron a una tasca que ellos frecuentaban, hablaron con los compañeros de la Fundación “Ricardo Quintero” —organizada en homenaje a los muertos del grupo Madera— y nos fajamos a ensayar. Fue tragicómico que cuando llevábamos un rato ensayando se fue la luz en el sector; nos trasladamos a otro sitio y también se fue la luz; fuimos a otro y volvió a irse la luz. Era como si nos persiguiera la oscuridad; hasta que volvimos al punto de partida y en la madrugada, muy agotados, terminamos de ensayar; hasta yo —que cuando canto llueve— tuve que hacer los coros, pues, salvo Eduardo, nadie más se sabía las letras de las canciones.

Culminada la presentación en el Aula Magna de la ULA, partimos para Maracaibo; como no había pasaje desde ahí, en un carro de la universidad llegamos hasta Santa Bárbara del Zulia para poder abordar un avión hacia Maracaibo. Cuando llegamos nos esperaban dos compañeras del Comité de Solidaridad con los Pueblos, del estado Zulia; como no nos conocían, se acercaron con recelo y preguntaron, ¿ustedes son los del grupo salvadoreño? Yo, con igual recelo, asentí y distendiendo las caras se presentaron Teresa Rea —maracucha al mil por ciento— y Soledad —*errandonea*: un híbrido de maracuco con uruguayo que solo puede encarnar ella—. Lo jocoso fue que cuando se acercaron a nosotros creían que el salvadoreño era yo: alto, aindiado, de piel mestiza, frente a Eduardo cuya fisonomía era nórdica de perinola, blanco lechoso, y si bien hablaba perfecto español con muchos modismos salvadoreños, lo hacía con el inconfundible y fuerte acento de los anglosajones y europeos. Cómo se reían las compañeras por esa confusión. Como los músicos lo habían hecho muy bien y ya después de tanto ensayo más o menos se sabían las melodías y letras, decidimos que nos acompañaran a Maracaibo. Se fueron en autobús y luego de un accidentado viaje llegaron justo a la presentación en el auditorio de la Facultad de Humanidades de LUZ; cumplida esta parte, con algo de desilusión de la gente que quería ver al grupo completo, recibimos la noticia que los compas llegaban al día siguiente a Venezuela.

El brusco cambio de clima, del frío y húmedo merideño al caliente y seco Maracaibo nos afectó sobremanera la garganta; Eduardo, que cantaba en horas, estaba casi mudo, y yo que compartía las entrevistas con él, también. Un locutor nos recomendó un tallito llamado “palomatía”, muy amargo, que normalmente ellos utilizan para aclarar la garganta y atenuar la afonía, por lo cual pasamos varias horas masticando el montecito en cuestión. Faltando minutos para la presentación seguíamos igual y ya preocupaba. A instantes de iniciarse el concierto veo a uno de los músicos merideños sacando de un bolso una botella de ron que, según me dijo, lo usaba para calentar las cuerdas vocales y aclarar la garganta. Pensé, encogiéndome de

hombros: no perdemos nada, y llené un vaso grande de ron y le dije a Eduardo, muy serio: “Tómame el ron, si no, no cantas bien”. Me miró severamente y me dijo: “Vos sabés muy bien que yo no bebo”. Y como sabía que esa iba a ser su respuesta, le dije: “Tranquilo, Eduardo, el guaro es para que te aclares la garganta”. Dubitativo, agarró el vaso, todavía midiendo mis palabras, y lo presioné por el lado que más duele. Le dije: “Deja la cosa, Eduardo, los pueblos no se equivocan; esto es lo que beben los músicos aquí para calentar las cuerdas vocales; de hecho aquí el compa Nene lo trajo con ese fin”. Como no estaba acostumbrado a beber, en vez de tomarse un traguito y antes de poder advertirle, se mandó el vaso completo en dos tragos prácticamente. Cantó como un ruiseñor, las canciones salieron fluiditas y sabrosas y la gente disfrutó de un buen espectáculo político cultural. Cuando terminamos, volteó a verme tratando de enfocar la vista y con voz tartajosa me dijo: “Agarráme, que ando mareado y me voy a caer”. Me dio mucha gracia porque Eduardo estaba rojo como un semáforo. Lo llevé hasta el carro y mientras recogíamos los bártulos lo dejamos dormir la mona que cargaba, pues en la noche, antes de irnos a dormir, teníamos que cumplir con una reunión política bien regada con ron y buena música.

Una nota de esta fecha es que en el marco de esa reunión etílico-política los compañeros de la Liga le pidieron a Eduardo una “conversación privada”, en alusión a mi presencia, pues —ellos de la Liga Socialista y yo de la Tendencia Revolucionaria— mi presencia sería algo incómoda. Hice el movimiento para levantarme y dejarlos en su tertulia, cuando Eduardo me detiene y les dice: “Con gusto podemos platicar, compa, pero mi responsable político en Venezuela es Jacobo, por lo tanto, no tiene por qué retirarse”. No hicieron de eso un problema, pero estoy muy seguro de que no le expresaron todo lo que querían. Cuando ya nos retirábamos me dice el compañero: “Aprendé, cabrón. Tú estás aquí como representante del ERP y del FMLN, no de la pinche Tendencia, y quien atiende nuestros asuntos políticos cuando yo me vaya. Si yo acepto tu salida, te desautorizo como mi representante en esta jodida y no avanzamos nada. Tamaña lección, pues quién se podía imaginar un

muchacho de 27 años que tendría tal honor y responsabilidad; el celo y la seriedad con que los compas veían mi trabajo en la CPD.

Para ir a recibir a los camaradas busqué a un diputado, por si acaso se presentaba algún problema con ellos, pues al venir de Managua y siendo salvadoreños se podían poner cómicos los funcionarios en el aeropuerto. El único que respondió fue David Nieves, diputado por la Liga Socialista; hombre famoso que fue detenido y torturado en la Disip por el caso Niehous —del cual hablé más atrás—, y que logró su libertad al salir electo diputado en 1978 y reelecto en 1983.

Ya con todo el grupo en el país, culminamos exitosamente la gira con presentaciones en Barquisimeto, Maracay y Caracas. En Maracay ocurrió algo curioso: estuvimos alojados en un centro cultural llamado la “Miseree” de un grupo cultural de Aragua, pero fuimos a la casa de Hanoi —compañera de estas luchas, que hoy es una de las más celebradas cantautoras de Venezuela en el movimiento de la canción necesaria—. Resulta que saliendo de su casa, luego de una reunión de balance de la gira y las tareas de solidaridad planteadas en este recorrido, la Disip allanó la vivienda, estando más de 15 días presa Hanoi y otra compañera sin ninguna explicación. Siempre creímos que era un acto de provocación del gobierno que, al no poder hostigarnos directamente porque la presencia del Cutumay era pública, nos atacaron por los flancos para intimidarnos.

En el ínterin entre la llegada de ellos y el resto de la gira, Eduardo y yo fuimos a Barquisimeto a la reunión nacional de Solidaridad con El Salvador; fui designado como Coordinador de la Solidaridad para Venezuela, cargo que ejercí, no sin cierto orgullo, hasta los acuerdos de paz en 1991-1992.

La Tendencia Revolucionaria estaba en su diáspora. Aquel vigoroso y entusiasta grupo que salió del PRV se estaba disgregando, y aunque siempre actué como su representación en los espacios en los que me desenvolvía, andaba por la libre en mis actividades. Y digo esto porque todo el montaje de esta gira comprometida por nosotros en La Habana descansó fundamentalmente en los grupos de solidaridad,

básicamente el universitario, y en gente como el padre Gazo, Lídice Navas y yo.

En 1988 volví nuevamente a Mérida con quien era Secretario Internacional de la FCU-UCV por el MIR, Armando Fonseca, pero esta vez a acompañar la organización del “Encuentro Internacional por la Paz, el Desarme y la Vida”, realizado por la ULA con la participación de un grupo importante de movimientos populares de Venezuela y América Latina. Allí concretamente montamos el “I Encuentro Binacional Colombo-Venezolano de Juventudes”, acto que nos ayudó a reafirmar la integración de ambos países y el fortalecimiento de las relaciones con las organizaciones hermanas de Colombia. Lo montamos en respaldo y colaboración con la Asociación de Amistad Venezolana-Colombiana que dirigía el camarada Edgar Olmos y varios compañeros de Colombia, como Judith, Ramón y otros; pido disculpas por no acordarme de apellidos, aunque las caras de muchos de ellos las tengo talladas en la memoria. Como se realizaba al amparo del Encuentro por la Paz, servía para respaldar la política que se desarrollaba en Colombia; era nuestra contribución a la Unión Patriótica y la pacificación de nuestra hermana república. 72 colombianos y alrededor de 100 venezolanos nos dimos cita en esta reunión binacional. Tanto Armando como yo tuvimos que sortear toda clase de maniobras de los partidos tradicionales y movimientos que querían, sin trabajar, capitalizar la actividad; sin echar un tiro ganar la guerra. El MAS, que todavía presumía su pasado de izquierda; el PCV, que siempre se creyó el hermano mayor del internacionalismo; hasta la UJR de Bandera Roja hizo lo imposible por hacerse del control del evento. A nosotros nos respaldaban los movimientos emergentes de Mérida como el FOCO, un movimiento de cineclub de la ULA; el M-21, dirigido por el gran amigo Diógenes Andrade, el renombrado “Fantasma”; el M-13, hoy acérrimo enemigo de la revolución, dirigido por Caracciolo León, militante del PRV-Ruptura en sus años de oro y ya en esos días en franco proceso de deterioro moral y político; y los entrañables amigos del grupo Caleb, de Lara, con Nazario a la cabeza, quienes junto a mí y a Armando impidieron que el encuentro se convirtiera en un sainete. Yo

bromeaba mucho con Fantasma, pues desde siempre Diógenes Andrade, Caracciolo, el reputado rector de rectores don Pedro Rincón Gutiérrez y la loca Amalia, una señora senil que deambulaba por las calles y pasillos de la universidad, “mascota” de los estudiantes, eran las cuatro instituciones patrimoniales de la Ciudad de Mérida. Y los hermanos del Caleb, quienes con su ejemplar conducta me enseñaron a ver a los militantes evangélicos desde una óptica distinta, que se acercaba mucho a la teología de la liberación de la feligresía católica. Trataban de conciliar su creencia religiosa trascendiendo la “caridad cristiana”, que en mi opinión nunca ha sido tal, para transformarla en la prédica de la solidaridad con los desposeídos.

Paralelamente se estaba desarrollando a nivel nacional la conformación de un frente unitario conformado por las organizaciones de izquierda de la época. Allí participamos gente de Bandera Roja, la Tendencia Revolucionaria, el Mpdin-Mopo, la Liga Socialista; una división del PCV llamada Movimiento Popular Revolucionario que, aunque nunca se concretó, estaba en plan de fusión con la TR, y algunas individualidades “independientes”. Entre lo que recuerdo, al principio fue una experiencia bien interesante porque permitió a estas organizaciones romper ese nivel de ostracismo al que las habían llevado años de sectarismo, cierta dosis de fanatismo y su poca capacidad de comunicación con las masas. Pero no dejó de ser un intento más, planteado desde la primera división de 1966, pasando por las elecciones de 1978 y 1983. La miopía política, sobre todo de Bandera Roja, impidió concretar ese acuerdo, ya que se impuso la maniobra como método para su construcción; un instrumento tan atractivo, habiendo tenido tan buen arranque, se disolvió al año con más frustración, más divisiones y menos perspectivas históricas.

Milité en la solidaridad gracias al compañero Roger Pinzón, responsable de esa área en la TR, quien me hizo debutar casi solo en aquella primera reunión en la Parroquia Universitaria, que atendería hasta su extinción por la forzada paz en Centroamérica. Sin abandonar el internacionalismo, otras tareas y otros escenarios ocuparían mi tiempo, esfuerzo y atención.

De La Causa R al triunfo de la revolución

Aun cuando la Tendencia participaba de esta iniciativa política, buscaba sus propios derroteros, y es así como a finales de 1988 se integra formalmente a la Causa R, siendo Alí Rodríguez candidato a diputado por esta organización. Nosotros entramos a La Causa R porque desde hacía algunos años Alí, Julio, el Chino y otros compañeros, habían contactado primero con su fundador, Alfredo Maneiro, y a su muerte con Pablo Medina y José Lira “El Cojo”, y entramos con la finalidad de incorporarnos a la conspiración que ya estaba en marcha. La Causa R en ese momento era una organización fresca, con algún atractivo de alternativa, y sus principales cuadros medios tenían bastante experiencia en el trabajo sindical y social, pero muy poca en la práctica clandestina y militar; por esto se suponía que quienes ingresábamos de la TR llenaríamos ese espacio tan importante para los sucesos que ocurrirían cuatro años después. Siempre bajo la óptica de lo que llamábamos las cuatro patas de la mesa: la sindical, la intelectual, la vecinal, la estudiantil y... la quinta pata, la innombrable, la militar.

Sin embargo, en la Tendencia había un debate. El último cónclave —que yo me acuerde— se congregó en Acarigua, en una finquita que facilitó el compañero Douglas Pérez; el primer mal síntoma: varios compas, sin ver la importancia de la reunión, se presentaron borrachos y haciendo escándalo, otros veían la actividad con indiferencia, pues a esas alturas les importaba poco el destino de este esfuerzo que duró alrededor de 9 años.

Roy, Alí, el Cabito y otros compañeros defendieron nuestro ingreso a La Causa R, aduciendo que era una organización consolidada, con inserción de masas y, lo más importante, con planes serios para la toma del poder. Otros, como yo, defendíamos la vigencia de la TR y veíamos con recelo esa integración. Eso pudo ser producto de los fracasos que tuvimos con Patria Socialista, Frente Popular y los disidentes del PCV del 88. Por esto creíamos que si teníamos la estrategia correcta, perfectamente la podíamos desarrollar con

perfil propio. Sin embargo, privaron los argumentos de la Dirección y avanzamos en ese rumbo.

La Causa R tenía muchos años con planes conspirativos; por allá por los años 70 Federico Ruiz, discípulo de Alfredo Maneiro, llevó a este a una conversación con el teniente Hugo Chávez, quien se iba a dar de baja del Ejército. Maneiro lo convence de permanecer dentro de la FAN y construir una propuesta cívico-militar, que se convertiría tiempo después en el MBR-200. Con la muerte de Maneiro en 1982, Pablo Medina lo sustituye en la relación con los militares y convence a la dirección de La Causa R de que aceptara nuestro ingreso a la organización, para que nos incorporáramos en el plan. Eso dio como resultado que lo que quedaba de la TR se incorporara en cada parte donde tuviéramos presencia en los equipos de La Causa R.

Aunque nunca militó en la Tendencia, junto con nosotros se incorporó el compañero Rafael Uzcátegui, viejo militante del PRV, quien en esos mismos días, a instancias de Alí, se reincorporaba a la lucha; tenía tiempo sobreviviendo impermeabilizando techos.

Una de mis primeras tareas con el Negro fue acompañar la lucha contra las camaroneras en Puerto Píritu, El Hatillo, La Cerca y varios caseríos cercanos. En ese estuario natural donde confluyen la laguna y el mar pretendían formar criaderos de camarón, en detrimento de los pescadores y la población de la zona. Una vez más, con el apoyo de los compas del Pedagógico, fuimos a prestar solidaridad con esta gente. Allí conocí a Marilú, quien fue compañera de vida del Negro y una de las fugadas del Cuartel San Carlos en 1976; que junto a Olga, su madre, libraba en su población esta lucha contra los depredadores. Fue un fin de semana interesante, pues salvo tres o cuatro compañeros de la zona, la mayoría no luchaba políticamente sino por su sobrevivencia y la de sus caseríos. Gracias a la colaboración del presidente de la asociación de vecinos pudimos dormir en la escuela de La Cerca, y desplegamos toda nuestra creatividad e iniciativa en defensa del pueblo. Después de mucha movilización lograron parar esta terrible empresa que iba a acabar con todo el medio ambiente de esta hermosísima región oriental.

Había un equipo cerrado que, con aires de misterio, bautizaron como “Los conjurados”. Más tarde supimos que estaba compuesto por los cinco Comandantes del 4-F y seis civiles, entre quienes se encontraban Lucas Matheus, José Lira, Roger Capella, Pablo Medina, Eleuterio Benítez y Alí Rodríguez. Detrás de ellos un contingente bastante pequeño, donde operaba yo con otros compañeros que no nombro por no tener autorización para usar sus nombres. Inmediatamente que nos incorporamos a La Causa R, además de estar en los espacios cerrados, nos incorporamos a la campaña electoral de Andrés Velásquez, lo cual generó muchos enfrentamientos entre los dirigentes regionales de la organización que no habían asimilado nuestra integración. Claro, dos métodos distintos, dos visiones distintas y lo fundamental: una ausencia total de debate político-ideológico, sustituido por un pragmatismo casi enfermizo, frente a quienes veníamos de una tradición de debate ideológico e investigaciones. Creo que privaba mucho el celo por perder muchos de ellos la exclusividad en la acción política de sus respectivos trabajos.

Pasado el hecho electoral, donde La Causa R obtuvo tres diputados, por proposición de Alí me incorporan a la plantilla de la fracción parlamentaria de la organización. Desde allí, apenas un mes y algo de habernos instalado en el Congreso, se dan los sucesos del 27 de febrero; fecha trágica para una generación que solo de oídas conocía lo más brutal de la represión, de toques de queda, de uniformados en la calle disparándole a la gente sin ton ni son. El hecho sorprendió a todo el mundo: años esperando levantamientos populares y estos ocurrieron en nuestras narices causando más estupor que otra cosa, y el enemigo, siempre claro en sus objetivos, aprovechó esta coyuntura para desarticular al movimiento popular y ahogar en sangre la movilización del pueblo.

Cuando me replegaba hacia donde pernoctaría esos días, sentí la magnitud de la tragedia que enlutaba a Venezuela. Salí de la esquina de Pajaritos tratando de buscar un carro que me llevara a El Paraíso y pude ver el infierno desatado en la avenida Baralt: humo y gente corriendo frenéticamente de un lado a otro, los carros a punto de

atropellar a los que corrían, y miedo, mucho miedo en la gente que desorientada no hallaba para dónde agarrar. A la altura de la Plaza Caracas vi a una señora que inútilmente y con cara de espanto intentaba agarrar un taxi. Le grité: “¡Señora, camine, no hay carro!”, y le pregunté hacia dónde se dirigía, y angustiada, a punto de llorar, presa de una crisis de nervios, me balbuceó que hacia El Paraíso. La tomé por el brazo y comencé a caminar con ella Baralt abajo. Cuando llegamos al edificio de Nutrición oteé hacia San Juan y vi el dantesco cuadro de una tanqueta atascada a mitad de una calle, disparando hacia los edificios y la gente lanzando de todo a la tanqueta. En ese instante agarré por un brazo a la señora y me le atravesé a un carro que pasaba y le grité al chofer que parara para montarnos; me hacía gestos, con muchos aspavientos, de que no nos podía llevar; casi literalmente metí a la señora por la ventana en el vehículo y más atrás me instalé yo. Con el señor, y creo que por eso su pánico, estaban acurrucados dos niños como gaticos en el asiento trasero, muy asustados por lo que ocurría a su alrededor; muy nervioso me preguntó que para dónde iba y al responderle que hasta el Pedagógico, accedió a llevarnos. Con él cruzamos hacia El Paraíso, tuvimos suerte de que esa era su ruta, aunque en la situación en la que nos encontrábamos no habría tenido ningún empacho en obligarlo a trasladarnos hasta nuestro destino. Llegamos a la altura del Instituto Pedagógico de Caracas; hasta ahí nos llevaba el carro y me fui caminando hacia mi destino que era Las Fuentes del Paraíso, me quedaban unas cuantas cuadras largas de camino.

Al bajar del carro, volví a estremecerme viendo lo que acontecía. De una ferretería cercana al Pedagógico, la Guardia Nacional sacaba arrastrados por los pelos a un par de muchachos —calculo yo, vecinos de la zona—, y a golpes y patadas los empujaban a una jaula. Apresuré el paso y llegando a la bomba en la siguiente esquina, un borracho —que nunca falta en las situaciones más difíciles— gritaba desahogado contra Carlos Andrés y la policía, llamando la atención de los represores, que inmediatamente lo abordaron e igualmente, a punta de golpes y patadas, lo conducían a la misma jaula.

Para mí resultó una noche terrible: la pasé en vela y en vilo, escuchando disparos y explosiones. Cuando salí a buscar cigarrillos a la mañana siguiente, mis pasos me llevaron hasta los alrededores del Pedagógico y pude constatar la locura que ese 28 de febrero de 1989 ensombreció nuestra historia.

Nuestro pequeño núcleo de trabajo se portó a la altura; logramos guardar alguna gente que —a nuestro juicio— corría peligro de ser detenida y me obligaron a salir de la casa de mi familia, que en ningún caso me hubiera apoyado. Frente al peligro de un allanamiento o una detención creamos un “corraje” de información entre Caricua, 23 de Enero, El Paraíso y La Vega, y le comunicamos a la Dirección que estábamos listos para cualquier contingencia. Eso más que acuerdos generó pánico, pues el reflejo de los “históricos” de La Causa R era más bien el ostracismo y nos conminaron a quedarnos tranquilos.

En las acciones de 27 de febrero murió, sospechosamente, el mayor Felipe Acosta Carlez, cuando con una patrulla incursionaba por el barrio Vengas, de Coche. Días después llegó a mis manos un manuscrito que debía pasar en limpio, reproducir alrededor de 200 ejemplares y buscar algunos mecanismos seguros para su distribución a la prensa, fiscalía y algunas personalidades de una lista que me suministraron. Si me detenían con ese material, mínimo me abrían un juicio por rebelión militar.

Encerrado en mi casa transcribí cada una de las páginas, cuyo contenido hacía un análisis profundo de la coyuntura política que vivía Venezuela, y una denuncia certera sobre el asesinato de Acosta Carlez en manos de una artera conspiración del entonces jefe de la Disip, general Carlos Peñaloza y del general Heinz Azpúrua. Lo firmaba por el MBR-200 un Coronel Bolivariano. Años después sabría que el redactor de ese manuscrito era el Comandante Hugo Chávez Frías, quien desde la clandestinidad luchaba contra la impunidad del asesinato de su compañero de armas y conjurado Felipe Acosta Carlez.

La derecha de estos tiempos ha tratado de justificar los acontecimientos del 27 y 28 de febrero para tapan la matanza que se hizo contra una población indefensa, que desesperada salió a la calle

contra el “paquetazo” de CAP. Para ellos ni fue masacre ni fue rebelión popular contra las medidas neoliberales del gobierno. Fueron las “hordas” incontroladas que en connivencia con los bandoleros atentaron contra su estabilidad “democrática”. La verdad sea dicha; absolutamente nadie puede acreditarse esta colosal movilización popular: la derecha, aplastándola a sangre y fuego; la izquierda oportunista, desconcertada y balbuceando cualquier análisis que no la sacara de su muy cómoda y democrática oposición parlamentaria; la izquierda revolucionaria, intentando articular algo que acompañara a las masas insurreccionadas; y los eternos “ultrosos” que todavía hoy justifican sus tesis anarquizantes, bajo un supuesto despertar de las masas sin dirección política que las pudiera llevar a una eventual victoria.

El 27 de Febrero ciertamente marcó un hito en la historia. Si bien hay a quien no le gusta, es el punto de inflexión entre la IV y la V Repúblicas. Sin embargo, también marcó una profundísima recesión de las luchas populares, que pasaron los siguientes años en la inmovilización y la desesperanza; los miles de muertos — que nunca sabremos a ciencia cierta cuántos fueron — en esos aciagos días de profunda represión y ensañamiento burgués significaron un *shock* que frenó la movilización popular hasta bien entrado 1991.

Esta situación creada a raíz del 27-F nos metió en una vorágine organizativa de vértigo, pues, en mi caso, comencé a redactar, diagramar y distribuir como tres periodiquitos para algunos estados y para varias parroquias de Caracas; teníamos *Tu Causa* para el suroeste de Caracas; *El Gavión*, para el sector construcción; y unos periodiquitos para Lara, Cojedes y Aragua.

Desde esa fecha intentamos incursionar en el movimiento de trabajadores, pero quienes en esa época dirigían “el nuevo sindicalismo” nos acusaban de no ser trabajadores, por lo tanto, negaban cualquier posibilidad de colaboración entre nosotros y los cuadros de este movimiento de trabajadores afín a La Causa R.

Ese mismo año se realiza en Piongyang, Corea del Norte, el XII Festival de la Juventud y los Estudiantes. Yo, que venía representando a la TR en su Comité Promotor Nacional, ejerzo lo mismo por

la Causa R. Una vez incorporados a esta, las reuniones de CPN eran de los más tortuosas: por un lado, los Partidos que por años mantuvieron el monopolio de este tipo de relaciones, MAS, PCV, MEP, MIR y, por el otro, gente vinculada a Corea del Norte como Landaeta, quien era el asistente de José Rafael Núñez Tenorio, director de la Cátedra sobre la Idea Juche del Camarada Kim Il Sung, presidente de la República Popular Democrática de Corea; y el grupo que desde los Comités de Solidaridad universitarios y otros como nosotros que intentábamos abrir los espacios para la participación real de la juventud militante, no necesariamente en los partidos sino en los movimientos que todavía en 1989 mantenían la llama de un movimiento estudiantil combativo y protestatario —hablo de gente como el M-80 de la UCV, M-21 de Mérida, M-20 en Zulia, Proyecto 8 en Oriente—. Sin embargo, la maniobrita como cuchillito de palo melló esa posibilidad. A tal punto era esta grosería, que estuvo en la delegación un viejito mepista que había estado en el primer festival en Helsinki en 1948. Por fin se armó la delegación y en junio de 1989 salgo para Corea, pasando por Cuba y por la Unión Soviética.

Mi paso por La Habana luego de tres años me impresionó mucho, ya que en tan poco tiempo se inició un deterioro acelerado de su situación y yo, acostumbrado a la era soviética, quedé impactado. Era el comienzo de lo que los cubanos llamaron posteriormente “Período Especial” y que duró unos cuantos años. Me impactaba ver cómo el transporte, que era un dechado de puntualidad en sus paradas y en “confronta” (horario nocturno que garantizaba que cada hora pasara un ómnibus) de mis tiempos habaneros, podían pasar hasta tres horas sin que apareciera uno. Se popularizaron los “boteros”, aquellos enormes vehículos de los años cuarenta y cincuenta, y unos pequeños buses que cobraban más caro que los cinco centavos de la “guagua” —por veinticinco o cincuenta centavos—. En fin, el quebranto de Cuba era el preludio de lo que acontecía en el mundo: se derrumbaba a pasos acelerados el bloque socialista.

Inmediatamente pisé tierra cubana me fui a buscar a los salvadoreños; en la representación quedaban algunos de los que habían

trabajado conmigo y estaba casi intacto el equipo del ERP que dejé cuando partí a finales de 1986.

Aún siendo delegado por Venezuela al Festival, mis viejos compas me encomendaron la tarea de ser el segundo responsable de la delegación del FMLN que iba a Corea; el jefe de la delegación era Andrés, uno de los sobrevivientes de la guerra que yo alfabetiqué y eduqué políticamente en 1986. Cuando yo los dejé, Andrés estaba en plena recuperación de una amputación de pierna y manejaba la prótesis de tal forma que casi corría. Mi tarea con ellos iba a consistir en establecer contactos con las distintas delegaciones del mundo que estarían presentes en la cita de Piongyang y dictar algunas conferencias sobre El Salvador y el FMLN. Por otro lado, tenía la responsabilidad propia de abrir contactos para nuestra propia organización, la Causa R, que era totalmente desconocida en el ámbito internacional.

Salimos en un vuelo de Aeroflot que duró 36 horas, lo bauticé el tren lechero. Este vuelo había salido de Buenos Aires, pasando por Perú, recalando en Bogotá hasta llegar a La Habana. Ahí recogió a nuestra delegación y comenzó su largo recorrido hasta Moscú. Primero Gander en Canadá, luego Luxemburgo, más tarde Shanon en Irlanda para entrar casi día y medio después en Moscú de paso hacia Asia.

Durante el maratónico viaje, cada vez que el avión realizaba una parada lo usual era que apenas despegara sirvieran comida. Irremediablemente desde la primera cena, saliendo de La Habana, servían pollo. Ya en el tercer despegue habíamos redactado un periodiquito que bautizamos "Aeropollo", donde relatábamos con humor las vicisitudes de esta aventura. Una nota desagradable es que estando en Luxemburgo, y uno limpio (atravesé el mundo con apenas 80 dólares), viendo las tiendas y negándose hasta la posibilidad de tomar café u otra cosa por lo que pesaba cada dólar, escuchamos una algarabía en la tienda del aeropuerto. Resulta que a uno de esos siniestros oportunistas que en nombre de la Juventud comunista de Venezuela (JCV) estaba en este viaje, lo agarraron in fraganti con un manojo de corbatas, que como un ratero cualquiera había birlado en una

vitrina. Eso provocó cuchicheos múltiples de las otras delegaciones que iban al Festival; recordemos que este tren lechero recogió delegaciones de Ecuador, Argentina, Perú y Venezuela. Daba pena ajena ver a ese sinvergüenza tratando de justificar su estupidez. Como siempre, entre lobos, la automática solidaridad con el compinche cuyo delito era haber sido descubierto por la seguridad de la tienda; se molestaron porque mi posición era que el personaje debía pagar por lo robado y, en tal caso, saliendo del aeropuerto estaba para un lado Roma y para el otro París; que buscara su repatriación, pues era una raya para la delegación venezolana tener gente como esa, además con la complicidad de sus conmlitones. El capitán de Aero-flot se apiadó del tipejo y una vez devuelta la mercancía robada entró como un paria al avión. Todo el mundo lo miraba mal, aunque tengo la sospecha de que le importaba poco lo que pensarán de él.

Para un joven como yo era muy emocionante estar en los mismos espacios donde se gestó parte de la historia revolucionaria de la humanidad. Como era muy rápido nuestro paso por ahí, me tuve que contentar con conocer la Plaza Roja, la fachada del Kremlin y una fugaz pasada en trolebús por la Universidad Patricio Lumumba, universidad moscovita que lleva su nombre en homenaje al Presidente mártir del Congo.

Después de descansar en Moscú salimos rumbo a Piongyang. Parada en Tovarov, frontera de la URSS con China, y de ahí a la capital norcoreana. Corea es un país que intimida, ya sea por historias como la detención de Alí Lameda y, por qué no, por la propaganda anticomunista occidental; creí entrar en otra era. Entre un idioma extrañísimo a los oídos, una actitud poco amistosa de los funcionarios norcoreanos, lo que se me antojaba era que estaban incómodos con nuestra presencia en este país. Ya en Corea puse manos a la obra: lo primero, conocer a toda la delegación de El Salvador, pues más del 80% de sus integrantes no me conocían, venían de Managua o del frente de guerra; Andrés tuvo que explicarles mi misión con ellos y que estaban subordinados a lo que yo orientara. Hecho esto, los distribuí para abarcar el máximo de delegaciones posibles y me dediqué a contactar a las delegaciones más

importantes, según lo discutido en La Habana; estas eran principalmente las europeas y suramericanas. Como a mí también me servía, hice el trabajo pensando en mis dos necesidades. Entre las más importantes delegaciones contactadas estaban el PT de Brasil, la izquierda europea y, por supuesto, la delegación del *komsomol* y de nuestros anfitriones, los coreanos.

Corea del Norte ha sido un país muy cerrado, luego de la guerra con Seúl y Estados Unidos se encerró en sí mismo. Su capital es una ciudad técnicamente nueva, pues la bombardearon inmisericordemente hasta dejarla en escombros. Por ello la presencia de alrededor de 28.000 extranjeros debía ser perturbadora para este pueblo acostumbrado a su aislamiento.

Nuestros anfitriones hablaban con mucho orgullo de los avances del socialismo y uno muy reiterado consistía en decir que previamente al triunfo del Gran Líder el 90% de la población era budista, y que gracias al Partido del Trabajo la población había superado esa religión para abrazar la causa del socialismo. La verdad es que sacando cuentas, la sociedad norcoreana —guiada por el Partido— sustituyó el budismo por el culto a la personalidad del Gran Líder camarada Kim Il Sung, pues para la generación de la posguerra la infalibilidad del Líder estaba fuera de toda cuestión o razonamiento. Una de las cosas que llevé a Corea como un pequeño tesoro fueron unos 10 ejemplares del libro de Alí, *Servir al Pueblo*; un análisis exhaustivo de nuestra realidad donde se esbozaban parte de aquellas tesis que machaconamente debatíamos una y otra vez en la TR. Resulta que con gotero entregaba un libro aquí, otro allá, reservando ejemplares para dar a conocer nuestras teorías políticas y tesis sobre la Revolución venezolana. Y se me ocurre la brillantísima idea de enviar uno para el líder de Corea Democrática y otro para la Universidad de Piongyang; con todo el protocolo y seriedad me acerco al camarada Kim, coronel del Ejército norcoreano, quien era el *attaché* principal de nuestra delegación para entregar el obsequio. Su respuesta me dejó enrojecido de la vergüenza y asombrado de los niveles de aislamiento y culto a la personalidad de esa sociedad. Me inquirió sobre qué trataba el libro; cuando le dije con orgullo que era un libro sobre la realidad venezolana y las

posibilidades de nuestra revolución, me dijo que si no era un libro en homenaje a Kim Il Sung no valía la pena obsequiarlo, peor aun cuando remató diciendo que el Gran Líder en su infinita genialidad lo sabía todo, que no era necesario explicarle nada. Muy a tiempo rescaté los dos libros para darles un mejor destino en otros terrenos, y rojo de la vergüenza ajena pedí disculpas por mi ofensivo ofrecimiento.

Aunque hay que reconocer que los norcoreanos botaron la casa por la ventana. El XII Festival vino a ser una respuesta desde la izquierda a las Olimpiadas de Seúl meses atrás. Olimpiadas que tuvieran notorias ausencias del bloque socialista, por cierto.

Aun en su poca costumbre para relacionarse, hicieron en sus limitaciones todo el esfuerzo por hacer grata nuestra estancia. Gracias a ello conocí los dos mares, el de China y el de Japón, ambos en la península coreana. Una anécdota que dice mucho del choque cultural entre ambos pueblos es que nos llevaron a un paseo y arribamos a una posada de camino donde paramos para almorzar. Cuando se paran los vehículos, Kim abre la maleta y saca dos cajas de cerveza y ahí mismo las destapó; nosotros, acostumbrados a beber cerveza fría, no nos acostumbramos a beber a temperatura ambiente, por lo tanto sabía a rayos la bendita cerveza. Luego de degustar a la vera del camino las dos cajas de cerveza, entramos al sitio dispuesto para la comida. Enormes mesas redondas con capacidad para 50 invitados estaban dispuestas para nosotros. Muchachas con trajes típicos repartían toallitas calientes y ponían al lado de cada comensal una piedra de río caliente, casi hasta el rojo vivo, y un platico pequeño. Acto seguido, venía otra joven y colocaba con una gracia de bailarina y con su par de palillos unas tiras muy finas de carne en la piedra y con ese calor se cocinaba. Esa era la gracia del ritual culinario: ver la carne cocinarse en la piedra. Una entrada para hacer estómago antes del opíparo almuerzo.

Yo notaba que a los coreanos que nos acompañaban en la medida que iban sirviendo la carne se les hacía agua la boca. También noté que la carne en cuestión era de un rojo muy intenso, así que antes de probarla le pregunté a uno de los traductores en mi inglés de bachillerato:

—*Li, please, what is this meat?*

Li, con cara de gula me respondió:

—*This meat is "piyu"* — así es como suena—. Como no sabía qué diablos era eso, repregunté:

—Ajá, Li, *and... what is "piyu"*? A lo que me contestó:

—*"Piyu" is dog.*

Al ver lo bien alimentados que estaban los compañeros coreanos, el gusto con el que esperaban su golosina canina, cavilando aquello de que "donde fueres haz lo que vieres" y pensando "lo que no mata engorda", atacué con curiosidad y gusto el extraño platillo. A mi lado estaba una compañera de Venezuela que, sin preguntar nada, se atiborró de la carnita roja, degustándola con verdadera fruición. Cada repetición implicaba una nueva piedra y un nuevo rito al poner a cocinar el manjar. Disimuladamente le pregunté a Paola qué le parecía el entremés de perro que saboreaba; riendo me contestó que yo era muy gracioso, a lo que le reposté: "¡Pregunta, tonta, para que sepas lo que comes! Inocentemente, Paola preguntó a nuestro coronel Kim por el plato en cuestión; este respondió igual que Li: "Esa carne es 'piyu'". Me miró y la conminé a que preguntara el significado de "piyu", y cuando graciosamente le consultó a Kim, este respondió en su español fuertemente oriental: "Esa carne es pelo", con igual gula que Li. Acto seguido, Paola, con un rictus de asco, salió como alma que lleva el diablo al baño a devolver el atracón que se había dado. La atajé antes de llegar y le dije que entendiera que esa es otra cultura y que para ellos es una exquisitez comer ese bien aderezado platillo de perro, así como la ensalada de algas, cultivada en un lago cercano, que sirvió de acompañante al plato principal de este agasajo. La pobre no probó más bocado, pero no hizo el desaire de devolver lo ya consumido.

En las sucesivas comidas, los compañeros coreanos se cuidaron bien de ofrecer nuevamente sus especialidades culinarias, advirtiendo con cartelitos en las bandejas de comida un letrerito en cuatro idiomas indicando si era vaca, cordero u otro tipo de carne. Tanto fue el impacto del manjar coreano, que una vez, luego de cenar, estábamos en el bulevar de la juventud Quan Voc y nos

pusimos a cantar y echar broma, y nos rodeaban los coreanos aplaudiendo y riendo con nuestras gracias. En eso, rajuñando un cuatro, Vladimir Villegas se pone a cantar una estrofa de una gaita muy famosa sobre el galgódromo de Margarita. La versión original dice: "Ahí viene el conejo y los galgos atrás, que corra más duro, los van a atrapar"; y Vladimir, sin reprimir la risa, cantaba: "Ahí vienen los perros y un coreano atrás, que corran más duro, los van a guisar". Y un verso de su inspiración que decía: "Te lo juro, hermano, te juro hermanito, cuando esté en Caracas dejaré la vaca y comeré perrito", y así. Nosotros risa y risa y los paseantes coreanos batiendo palmas y riendo con nosotros, hasta que llegó el aguafiestas de rigor a advertirnos que nos íbamos a meter en problemas si alguno de los coreanos presentes entendía español, por lo que dejamos de cantar la gaita de "Piyu", como la bautizamos.

Los norcoreanos son un pueblo muy orgulloso; su Gran Líder les imbuyó un espíritu nacional que, sin ser chovinista, los colocaba en posiciones para nosotros bastante incómodas; por ejemplo, visitamos el metro de la ciudad y el ingeniero jefe nos decía con orgullo que todo, absolutamente todo, era tecnología y hechura norcoreana. Respondí casi pensando en voz alta mi extrañeza por parecerse tanto al metro de Moscú, mismas dimensiones, misma profundidad y mismo propósito. Enormes, muy hondos en la tierra y como refugio antinuclear. El ingeniero me taladró con la mirada la insolencia de poner en duda su afirmación.

Otro pasaje. Cuando nos llevan al Palacio de la Ópera de Piongyang, donde pasamos pena y trabajo, pues no he dicho que estábamos a 13 horas de diferencia entre Caracas y Piongyang, de manera que el reloj biológico estaba súperdescontrolado. Mientras había luz diurna uno estaba activo, pero apenas se apagaba la luz inmediatamente uno se dormía casi ipso facto; era como si al estar a oscuras te apagaran el interruptor interno y te dormías. Bueno, el asunto es que comienza la ópera y en ¡coreano! Por lo que a cada lado del escenario había sendas pantallas con traducción, al francés a la derecha y al inglés a la izquierda; no había traducción al castellano, así que quien no manejara ninguno de estos idiomas pasaba trabajo, más cuando ya la ópera de por sí es

tediosa. Nuestro guía, el coronel Kim, hablaba muy orgulloso y emocionado de la trama de la ópera de marras, y con sueño y en coreano fue todo un suplicio. Como yo estaba al lado de Kim, me daba una pena horrible que descubriera que me estaba durmiendo. Mientras hacía de tripas corazón luchando contra el sueño, podía, con malsana envidia, escuchar los plácidos ronquidos en los asientos de atrás. Cuando medio alcancé a entender el acto, me di cuenta de que era una versión adaptada a la guerra de Corea de la muy conocida obra *La Violetera*, aderezada con la lucha épica del pueblo por la liberación y la unificación de las dos Coreas. Esta vez no cometí la estupidez de opinar sobre este hecho, pero era un granito más de mis ya urgentes ganas de salir de este país.

La gota que derramó el vaso fue casi en los últimos días de nuestra estancia, cuando muy ceremoniosamente nos llevan al Museo de la Revolución. El Museo de la Revolución de Cuba, al lado de esta monstruosa edificación, es ínfimo, 128 salas recrean para sus visitantes la epopeya de Kim Il Sung y su pueblo. Alcanzamos a ver, en casi un día entero caminando en su interior, apenas 28 salas; cuando ya estábamos a punto de salir, vimos un enorme óleo que presidía la fachada interior donde se veía un niño de la mano de su padre. Solemnemente, ante nuestra mirada entre asombrada y curiosa, la guía nos narra con voz trémula que ese lienzo plasmaba el momento en que a la edad de 4 años el Gran Líder, camarada Kim Il Sung, acompañado de su padre en una manifestación contra las tropas coloniales, en ese preciso instante... ¡pronunció por primera vez la palabra independencia!, para guiar a su pueblo a la liberación. Confieso que apenas escuché aquello, brotaron sentimientos encontrados entre intentar entender esa psicología tan extraña a nosotros y las urgentes y casi irreprimibles ganas de salir corriendo de ahí; huir de tanta sumisión al liderazgo del Líder y de nuestra incompreensión de su forma de ver el mundo.

Antes de salir de Corea del Norte, la delegación venezolana sostuvo una reunión con el *komsomol* soviético. Con ellos conversamos sobre la "perestroika y la *glasnost*", las políticas que adelantaba Mijaíl Gorbachov como Primer Ministro de la URSS y Primer

Secretario del Partido Comunista de la Unión Soviética-PCUS. Al principio, confieso que sonaba interesante la propuesta que traducida, palabras más palabras menos, hablaba de transparencia y renovación política en la nación más importante, junto con China, del mundo socialista. Creo que para esta generación de dirigentes soviéticos asimilar esas posturas estuvo más allá de sus capacidades y/o deseos. Los que hablaron por nuestra delegación me hicieron recordar aquellas viejas historias de la guerra del 60, cuando los dirigentes de la guerra llegaron a mentir olímpicamente sobre las posibilidades revolucionarias de nuestro país. Una en particular, que aún sonrío cuando la escucho es de un jefe guerrillero venezolano que tuvo el enorme privilegio de conocer al legendario tío Ho, al líder de la Revolución vietnamita Ho Chi Minh, y comenzó a relatarle con todo su caradurismo los “ingentes avances” de la guerrilla venezolana, al punto que esta guerrilla de marras estaba tecnificada que hasta se comunicaban con radios de una columna guerrillera a la otra. El tío Ho, dando dos imperativas palmadas, llamó a un combatiente de su ejército y en vietnamita le dio instrucciones; este, raudo y veloz a cumplir su misión y volteando de cara al venezolano, le espetó irónicamente: “Estos son los radios de nuestra revolución”.

Los “picos de plata” venezolanos, con un muy escaso sentido del ridículo, le hablaban al Primer Secretario del *Konsomol* como si en Venezuela las masas populares estuvieran a la vuelta de la esquina del poder; como si sus partidos, MAS, MEP, MIR y otras especies de esa fauna política estuvieran al frente de los destacamentos del proletariado criollo, y —craso error— que lo ocurrido en febrero de 1989 era una muestra fehaciente, con todos sus muertos, de lo que tan alegremente afirmaban. Los rusos, con una diplomacia que perfectamente pudiéramos llamar fastidio, hablaron puras generalidades y así concluyó la reunión.

De regreso, por uno de esos azares de la vida tuvimos la oportunidad de quedarnos en Moscú 5 días, y me di el enorme lujo de conocer el mausoleo de Lenin, la tumba de John Reed —el escritor norteamericano enterrado al pie de la muralla del Kremlin, autor del maravilloso libro *Los diez días que estremecieron al mundo*, cerca

de donde están enterrados Stalin, Lunacharsky y otras leyendas de la historiografía oficial soviética; por supuesto, el interior del Kremlin donde vivieron estos personajes, la habitación de Lenin y, aunque nadie lo mencionara, dos puertas más allá donde vivió León Trotsky.

Así como llegué a Cuba con expectativas, mi arribo a Moscú no fue menos expectante. El primer día recorrí la Plaza Roja, casi milimétricamente, y gracias a un venezolano de apellido Patiño —que estudiaba en la Universidad Patricio Lumumba— pude recorrer algo de esa inmensidad que es la ciudad. Así como se ve en el mapa, la arquitectura rusa es grandísima, pesada, intimidante, digna de su historia expansionista de Iván el Terrible y Pedro el Grande y, por supuesto, de la era de Stalin que creó una forma “socialista” de vivir en contraposición a su adversario histórico capitalista. Sin embargo, ya era una sociedad en decadencia. El mercado negro campeaba por sus fueros e imperaba la impunidad de cualquier forma. La cotización del rublo estaba al cambio oficial en un rublo por dólar; en el hotel 10 rublos por dólar, en la universidad 27 por uno y si uno escarbaba más podía fácilmente llegar a 30 por dólar. Ese tipo de corrupción estaba generalizado en todos los niveles; cada quien se procuraba su tajada. Me pude dar cuenta de esto por dos tristes y aleccionadores episodios que viví en el hotel. Primero, después de uno de esos paseos por la ciudad llegamos a un reservado del restaurante del hotel que estaba dispuesto para nuestro almuerzo; una vez instalados por instrucciones del que fungía de jefe, sacan a nuestros intérpretes del área, es decir, ellos comerían en otro lado mientras nosotros nos dábamos el gran banquete. Varios nos negamos a comer hasta que los compañeros estuvieran instalados junto a nosotros; ellos, por su lado, nos rogaban que lo dejáramos así, que no valía la pena. Estábamos muy indignados. Como es eso que en la cuna del socialismo contemporáneo existiera semejante discriminación. Pronto entendimos el porqué de esta conducta... apenas empezamos a comer, el capitán de los mesoneros que atendían el reservado hizo una seña y cerraron las puertas; casi inmediatamente se abrió en manos de los mesoneros el gran mercado

negro: latas de caviar a 15 dólares, cambio de rublos a 10 por uno, y otras chucherías para la avidez consumista que ellos deliberadamente estimulaban para hacerse del cochino dólar capitalista.

Una de las características del bloque socialista, salvo (y no estoy del todo seguro) Corea del Norte, consistió en disponer de tiendas para turistas y diplomáticos. En Cuba era la Diplotienda y las tiendas Intur en la red de hoteles; en Moscú se conocían como Berioskas donde, al igual que en Cuba, se compraba en divisas y estaba restringido para los extranjeros y turistas. Por eso, al hacerse de dólares un ruso, contaba con la posibilidad de adquirir productos que en otras condiciones no podía. Eso y un floreciente mercado negro, abarata costos al turista o extranjero al comprar rublos mucho más barato que en el cambio oficial.

Advertido por Patiño, me negué a ese festín de tráfico de mercancías, pues mis magros dólares debía rendirlos a como diera lugar, así que me fui con él para la universidad a cambiar mis poquitos dólares. Si hubiera cambiado con los mesoneros del hotel, por mis pinches 30 verdes me hubiesen dado 300 rublos; comprando en la universidad me dieron casi 800 por el mismo dinero. Con ese dineral fui a comprar en rublos lo que en las tiendas para turistas me salía como mil veces más caro. Llegué a la tienda de fotografía a comprar una cámara rusa, del mismo tipo que usaban mis compas de Radio Venceremos en El Salvador, y cuál es mi desconcierto al encontrar dentro de la tienda todos los accesorios para todos los modelos de cámara fotográfica y... ¡estas brillando por su ausencia! Dateado por Patiño, me dirigí a las afueras y, ¡oh, sorpresa!, había varias personas en los alrededores, cada una con un modelo de cámara colgado. Con ellos negociabas la máquina y luego entrabas a la fototienda a comprar los complementos. Compré la mía con todos los periquitos que pude cargar y feliz seguí en mi *tour* moscovita; esa cámara aún la tengo y aunque es obsoleta a estas alturas, todavía funciona.

Otra cosa que me desconcertó fue ver mendigos y pordioseros en las adyacencias del metro. Para mí era inconcebible que en el país de los sóviets y el socialismo existiera eso que ahora llamamos

“marginalismo”. También aquí tuve mi gotita de amargura. Una tarde, regresando al hotel, vi mucha gente en los alrededores de la Plaza Roja, muy cerca del hotel, y ante mi asombro una manifestación de religiosos denunciando acoso de las autoridades. No es que tenga nada contra ninguna manifestación religiosa y aquí somos tolerantes a cualquiera, pero era otro contraste ver este tipo de demostraciones, toda vez que durante 70 años alimentaron las tesis socialistas como alternativas de vida para la humanidad.

Siempre es odioso establecer comparaciones, pero entre aquella realidad desconcertante y los heroicos esfuerzos de la Cuba Revolucionaria distaba una vida. Ya el Comandante Fidel, a partir del período de rectificación de errores en 1986 y sus certeras reflexiones de lo que ocurría en el oriente europeo, asomaba la tragedia que viviríamos un año después de mi paso por la URSS. En Cuba, por muy malas que se vieran y estuvieran las cosas, jamás se vieron o se han visto mendigos o indigentes en las calles. Si bien tampoco ha sido ajena a desviaciones de un pequeño grupo de la población, nunca percibí los niveles de declive y corrupción que socavaban las bases del bloque socialista; por el contrario, una mística y autoridad moral que han trascendido en la historia. Razón tuvo Fidel al decir, con su acostumbrada vehemencia, que la Revolución Cubana resistiría porque fue el fruto de la epopeya de este generoso pueblo que con su sangre conquistó el poder; a diferencia del bloque socialista que llegó a su “socialismo” en las bayonetas del victorioso Ejército Rojo, y el reparto del mundo entre las potencias triunfantes: la Unión Soviética, el Reino Unido y Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial.

Salí de Moscú con una sensación de vacío, con la impresión de haber llegado tarde: Lenin, una atracción turística; el boato de los zares traducido en los jerarcas del PCUS y, sin saberlo aún, asistí al ya casi evidente derrumbe de una esperanza para la humanidad.

Regresando a América nos tocó quedarnos en La Habana, y justo el día en que llego me entero de la fatal noticia de que Alí estaba hospitalizado, muy grave, que casi pierde una pierna en un “accidente” ocurrido en Caracas; pensé lo peor y fui corriendo al

hospital Hermanos Ameijeiras, donde había llegado el día anterior procedente de Caracas. Me tranquilizó verlo; a pesar de su estado estaba de excelente humor. Llegó luego el Chino Daza — quien para ese entonces era residente permanente en la isla— y acordamos que nos turnaríamos para cuidarlo en su operación y convalecencia. Rendí cuentas en la representación del FMLN junto a Andrés, quien llegó unos días antes que yo y tuve la oportunidad de ver a Farid Handal, el hermano de Schafik Handal, con quien trabé amistad en los años ochenta; sería la última vez que lo viera con vida, porque al poco tiempo murió de un infarto.

Ese año Cuba fue sacudida por el desenmascaramiento de una red de narcotráfico que involucraba altas autoridades; proceso que se conoció como “Expediente # 01-89” y que levantó a este pueblo como el gigante que ha sido en la historia. Estábamos aún en Corea cuando Alejandro Aguilar, de la delegación cubana, se me acerca sigiloso y me comenta en voz baja que en La Habana habían detenido al general Arnaldo Ochoa. Me lo dijo por ser conocido que este general fue combatiente internacionalista, que combatió en Venezuela en los años 60 con gente muy cercana a mí, por lo tanto, a Alejandro le pareció correcto decírmelo antes de que se hiciera público. Cuando salió a la luz el juicio a Arnaldo Ochoa fue un pandemónium generalizado: opiniones de todo tipo, y cuando se supo que él y varios de sus colaboradores detenidos habían sido condenados a muerte, se agudizó la polémica, sobre todo en nuestra delegación que tenía una gama muy variada de posiciones políticas e ideológicas. Hubo compañeros que asumieron la más conservadora, poniendo el acento en la violación de los derechos humanos y el acto de barbarie que significa la pena de muerte. Otros, donde me ubiqué yo, defendimos el derecho de la Revolución cubana de defender su territorio, su integridad y su soberanía, agregando que cómo puede hablarse de derechos humanos cuando usando los privilegios que da el poder, este se utiliza para envenenar a miles de jóvenes. Es complicado; lo ocurrido con el general Ochoa es una triste página de la revolución que incorpora varias enseñanzas a la reflexión revolucionaria.

Arnaldo Ochoa fue un general de las Fuerzas Armadas Revolucionarias que desempeñó en su vida importantes cargos en la revolución, y era un hombre admirado por su pueblo por su dilatada trayectoria como internacionalista. Escaló con ejemplar conducta los escalafones de las exigentes responsabilidades que le imponía su condición de militar de carrera en las FAR cubanas; además, el reconocimiento de otros pueblos por su decidida participación en labores internacionalistas en Venezuela y Angola. Asociado a Patricio La Guardia, otro héroe de la revolución, dedicó sus últimos años a desbaratar lo que con tanto empeño le reconocía el pueblo de Cuba y el mundo; hizo de su misión en Angola el caso de latrocinio más grave que conozca la historia: prostitución; tráfico de marfil, piedras preciosas y otros productos producidos por el país; tráfico de influencias para quienes le servían en su entorno y un alucinante tren de ostentación y lujo, que ponía en entredicho la solidez y seriedad de la revolución que le confió el mando en una misión, donde Cuba se jugó la vida en el gesto solidario con Agostinho Neto y el MPLA contra la agresión surafricana e imperialista. Regresó a Cuba en vísperas de ser nombrado en el puesto más alto después de Fidel y Raúl: general del Cuerpo de Ejército de Occidente, y dedicó su esfuerzo más denodado para convertir las costas de Pinar del Río en correa para la infiltración de drogas en Estados Unidos, en una macabra alianza con los capos narcotraficantes de Colombia —su tocayo Ochoa y el siniestro Pablo Escobar Gaviria—, poniendo la excusa de que el dinero e ingresos, producto del trasiego de drogas y contrabando, eran para obtener recursos para enfrentar el bloqueo. El juicio militar, la condena de sus camaradas de armas y las reflexiones de Fidel y el Consejo de Estado —que tuve oportunidad de ver años más tarde— dan cuenta del desenfreno, libertinaje y deterioro moral en el que estos personajes —con el que casi comprometen el prestigio humano, internacionalista, ético y moral de la revolución—, fundamentalmente con su acción, le daban chance a los enemigos históricos de Cuba de desprestigiar la gigante figura del Comandante de América, Fidel Castro Ruz. Ochoa, los hermanos La Guardia y sus cómplices en

esta infernal actividad criminal confesaron absolutamente toda su participación en este demencial acto contra Fidel y la revolución.

Vale la pena reabrir ese debate, no sobre lo que hizo Ochoa, no tiene sentido; ya los enemigos arguyen que Arnaldo Ochoa era un gran patriota cubano que fue asesinado por el, ¡reeeégimen comunista!, porque le disputaba el liderazgo a Fidel. Se trata de discutir sobre derechos humanos; pienso que es puro maniqueísmo poner como dilemático el derecho a la vida. Obviamente es inviolable, pero frente a un sádico pederasta o sujetos como Ochoa... ¿Tiene más valor su vida o la de los millones de personas que se intoxican y mueren por su felonía? ¿El derecho a la vida de un criminal está por encima de los derechos de todo un pueblo? ¿Quién es más criminal, el que ejecuta a un reo de alta traición o el criminal que puso en peligro a todo un pueblo y sus valores?

La gran mayoría, por un acto de humanidad, respondería que el derecho a la vida es inviolable. Yo, por supuesto, creo que la vida se defiende... peero así mismo creo que alguien de ese calibre no tenía absolutamente ningún derecho cuando en nombre de la confianza traicionó, una y otra vez, los postulados que en su oportunidad lo convirtieron en Héroe de la Revolución, título que muy pocos hombres han detentado en las revoluciones. A lo mejor el violador es salvable, pero no quien detenta el poder y atenta contra toda una nación y sus principios. Decía el Che, palabras más palabras menos, que mientras más alto es el cargo más alta es la responsabilidad, por lo tanto, no puedo ni podría condenar a Cuba por esta decisión; pues para resolver y garantizar los derechos humanos, se debe resolver lo que los provoca. Si la Dirección Cubana hubiera titubeado un segundo en nombre de la lástima y la caridad, o en su defecto hubiera antepuesto la condena internacional de amigos y enemigos a la necesidad de extirpar este cáncer social, y dar una ejemplar lección a quienes acaricien la peregrina idea de usar a Cuba como corredor delictivo, sería la invitación a violentar la soberanía y la ética de un pueblo y una revolución que ha sido, sin duda alguna, faro de los pueblos que luchan por su liberación. Dicho, sigo con mi relato.

Alí tuvo que permanecer en Cuba un año completo en rehabilitación y yo, cumplidas mis obligaciones ahí, retorné a Caracas.

A mi llegada encuentro que mis compañeros habían avanzado mucho en la organización de La Causa R en el suroeste y me habían designado como responsable de este sector en mi ausencia. Por otro lado, se aceleraban cada vez más los planes de la conspiración, poniéndonos en alerta constante ante lo que pudiera ocurrir. Mejoramos el tiraje y la presentación del periodiquito.

En el marco del fortalecimiento de nuestro trabajo en el suroeste nos incorporamos a los Factores de La Yaguara, un ensayo post-27F que agrupaba vecinos de Antímano, obreros de La Yaguara y estudiantes del Politécnico “Luis Caballero Mejías”; fue una experiencia importante, pues allí nos juntamos distintas visiones del quehacer político y logramos crear una estrategia común, frente a los ataques de la derecha y la construcción de una plataforma común de los movimientos sociales.

Desde mi trabajo en el Congreso Nacional atendía al representante del FMLN para Suramérica, Carlos Calles, quien en una representación oficiosa comenzó a venir a Venezuela con cierta regularidad. Eso se debía a que se estaba preparando en Venezuela lo que se llamó el diálogo de Caracas, entre el FMLN y el Gobierno Salvadoreño, para poner fin a la guerra. Con Carlos las tareas fueron distintas a las anteriores. Ya no era el trabajo de divulgación y propaganda o la solidaridad con el pueblo salvadoreño, era brindarle una plataforma logística para que pudiera accionar desde Venezuela, adonde venía a veces hasta tres y cinco veces en lapsos de uno a tres meses.

Algo poco conocido es que a finales del 89 se define el primer intento de alzamiento, específicamente el 17 de diciembre, donde nosotros tendríamos un papel importante con la incorporación de distintos factores sociales y civiles. Por distintos factores no se concretó y pasamos de largo al año siguiente.

Qué contraste ver el espejismo de la democracia burguesa desde el Consejo Supremo Electoral, mientras nosotros intentábamos levantar una insurrección cívico-militar. Eran las elecciones

municipales en Venezuela, donde por primera vez se llevaba a cabo la elección de alcaldes y gobernadores, y la Causa R estaba en el CSE para defender el triunfo de Andrés Velásquez en el estado Bolívar, así que el anuncio de un posible alzamiento no estaba en la mente de casi nadie. En la misma terraza del ente electoral, mientras unos compañeros revisaban actas y contaban, aproveché con el negro Uzcátegui para decirle a algunos compañeros lo que se cocinaba en las sombras de la conspiración. Xiomara Lucena, quien era una de las presentes, nos miraba con una cara de incredulidad de antología y tuvo razón, no pasó nada pero las expectativas crecían lenta pero inexorablemente.

Con esa vorágine de cosas entramos en el año 90, año de recomposición y de esfuerzos por consolidar espacios políticos desde los movimientos sociales, por un lado; por otro, seguía fuertemente el tema de las visitas del compañero Carlos del FMLN a Caracas, y fuertemente con la conspiración.

En ese año se anuncia en Colombia la pacificación del M-19 y la candidatura presidencial de Carlos Pizarro; me plantearon ir a tratar de contactarlo a la rueda de prensa en el hotel Eurobuilding, porque teníamos en Caracas a “Pacho” —responsable militar del M-19 en Medellín— y “La Chiqui” —negociadora y vocera del M-19 en la toma de la Embajada de República Dominicana—. Ambos venían de La Habana; tenían que entrar a Colombia y no disponían de contactos con su organización. Fui y las medidas de seguridad implementadas por la Disip impedían que nos acercáramos al personaje, por lo tanto, hubo que crear otras formas para llegarle a sus compañeros. Por fin dimos con el hijo de Rosemberg Pabón —uno de los jefes históricos que era el responsable de su gente acá—, luego de tres contactos, algo risible el primero, pues como no nos conocíamos me tocaba llevar un ejemplar del vespertino *El Mundo* y una naranja. Él iría igual y nos tropezamos en el Gran Café de Sabana Grande; por fin conectamos a través de Adriana Castro, una periodista novia del hijo de Rosemberg. A La Chiqui le entró desconfianza y cortó los contactos, creo que había un poco de nerviosismo por su situación. Pacho toma la decisión de continuar viaje a Medellín, al riesgo, ya que venía de un tratamiento

renal desde La Habana y no podía estar sin atención médica; decidió continuar y como iba convaleciente pensaba que no lo iban a molestar mucho. La Chiqui decidió esperar porque su situación era de mucha más incertidumbre por su evidente actuación en varias acciones. Me tocó rehacer los contactos, ahora por otras vías, y comisionar a un compañero que la llevara por lo menos hasta Cúcuta. La operación se realizó sin contratiempos y después llamó La Chiqui desde Bogotá, anunciando que había llegado sin novedad.

En mayo se produce la histórica reunión del FMLN y el gobierno salvadoreño en Caracas. En la delegación venía Hernán Vera, quien me trajo saludos de la gente nuestra desde Morazán y Managua. El proceso de paz siguió su curso, por esta razón me fui desvinculando del FMLN; Carlos Calles espació sus visitas a Venezuela y eso me dejaba tiempo para dedicarme a las tareas de La Causa R, en la parte que nos correspondía en el suroeste de Caracas. En esos días participaba en la redacción de dos periódicos locales: *Tu Causa*, que lo distribuimos en el suroeste de Caracas; y el de los Factores de La Yaguara, que se distribuía principalmente en Antímamo y la propia Yaguara. Iniciamos con el compañero Vidal Escobar “Chefi” una de las primeras experiencias —por lo menos que yo conozca— de una emisora comunitaria en el barrio Las Margaritas de La Vega, y aunque no era una cosa del otro mundo, nos dio una noción de la comunicación popular y alternativa. La radio consistía en varias cornetas colocadas en la calle y equipo de sonido, un micrófono, y gente dispuesta a hablar y hacer comentarios y reportajes; esta funcionaba los sábados, que era cuando los compañeros podían realizar este trabajo, y transmitía cuatro horas en la mañana y cuatro en la tarde.

No volvimos a saber de intentos de alzamiento durante el 90, pero sí estábamos pendientes de levantar la movilización popular junto a las organizaciones y las constantes denuncias contra el genocida gobierno de Carlos Andrés Pérez, porque los preparativos continuaban frenéticamente.

Así entramos en el año 91, con muchas expectativas y ganas de acelerar las cosas. Ese año marcó para mí un viraje importante en mi vida: nace el 31 de mayo Meroe Valentina, mi primera hija; en ella resumí el recuerdo de mi madre y mis esperanzas y sueños, por eso su nombre. Con su nacimiento acuñé una frase que le gustaba a Meroe, la abuela: "Con su nacimiento dejaba huella de mi paso por este mundo"; nunca olvidaré cuando a pocas horas de nacida la tenía entre mis brazos, dándole la bienvenida al mundo, y abrió su sonrisa para mí al escuchar mi voz y temblaba como reconociéndose; debiera decir que se acabaron los días de agite y conjura, pero su nacimiento fue más bien un acicate para continuar en la lucha. En ese tiempo yo vivía en El Paraíso y desde la casa se llevaban las actividades de la conspiración.

Meroe ha pagado con su soledad mi dedicación a este esfuerzo revolucionario, pues mi relación con su mamá, Susana Trejo, se agrietaba a pasos agigantados en la misma medida en que se acercaban las acciones que desembocarían en los alzamientos del año siguiente. Nosotros nos lanzamos febrilmente a la construcción de la alternativa política que sacara a nuestro país del túnel de ignominia en la que los gobiernos del bipartidismo nos habían metido.

El pueblo en esa época aún no había salido del terror del 27F; los niveles de movilización eran sumamente bajos, persistía el miedo por la mortandad de años anteriores y la brutal represión que desde tiempo atrás sometía sistemáticamente cualquier protesta.

El gobierno de CAP seguía su marcha inexorable en la aplicación del neoliberalismo, en la privatización de las empresas públicas, en fin, en el desmantelamiento del Estado. Nuevamente, así como en 1989, se anunció el aumento de la gasolina. Por la exitosa iniciativa de los Factores de La Yaguara se crea una instancia unitaria llamada la Coordinadora Popular de Caracas, espacio que, al igual que los Factores, reunía en su seno a diversas manifestaciones organizativas de la capital; su debut fue precisamente la organización de la movilización popular para enfrentar las medidas económicas del gobierno. En mayo realizamos por primera vez una marcha de los trabajadores que sobrepasó las expectativas de los convocantes;

ese fue el síntoma que el pueblo y sus organizaciones comenzaba a despertar. Teniendo como vanguardia indiscutible a los compañeros del sindicato textil de Telares Los Andes, con Régulo Barreto a la cabeza, dimos una demostración de fuerza bastante importante, en contraste, toda vez que alrededor de ellos agrupamos a las principales fuerzas y partidos para realizar la marcha.

La segunda actividad importante fue el paro de Caracas, convocado para el 27 de agosto como presión popular para detener el aumento de la gasolina. Entre mayo y agosto se realizaron muchas reuniones en toda Caracas, aprovechando la presencia de Darío Vivas como vicepresidente de la Cámara Municipal, quien a través de la figura de cabildos abiertos nos dotó de logística, prensa, espacios para reunirnos en la planificación de nuestra actividad contra CAP y su nefasto gobierno.

El día 27 de agosto a las 4 de la mañana, nuestro grupo se concentró en la Redoma La Vega y sonaron los primeros cohetes anunciando el inicio del paro de Caracas; ese día la PM había desplegado su terrorífica fuerza policial, quedando rodeado por muchos efectivos de esta fuerza el grupo que estaba en La Vega; fueron momentos bastante tensos, pues si los policías se deciden a reprimir, nos iban a dar una paliza de antología; fueron horas y horas de forcejeo, pues nosotros con megáfonos y poniendo nuestros cuerpos como muro de contención impedíamos que las camionetas salieran en su recorrido para entrar o salir de La Vega. Como en ese tiempo no se habían masificado los celulares, en la casa de Armando Fonseca y Ofelia Rivera teníamos de guardia a su hermana recibiendo información de otras zonas de Caracas, mientras en la oficina de La Causa R funcionaba una especie de comando para tener información de toda Caracas. Por lo que sabíamos a media mañana, el paro había sido todo un éxito. En Catia, Petare, La Pastora, Antímano, Caricuao y Macarao la circulación había sido poca, porque bastante emocionados le advertíamos al comandante de la policía que no cometiera una locura al intentar reprimirnos, pues por la contundente respuesta popular le saldría caro cualquier intento de agresión.

Estuve en YVKE Mundial, enviado por mis compañeros, para hablar sobre el éxito del paro y las nuevas acciones que vendrían a futuro. De acuerdo a mis registros, era la primera vez que hablaba ante un medio de comunicación y uno tan escuchado como esa emisora. El periodista me preguntó sobre el desarrollo del paro, dónde se había verificado la paralización y demás preguntas sobre este; una que me llamó la atención fue que despuntando el día se escucharon detonaciones por todo el valle de Caracas, y con voz de preocupación preguntó que ocurrió. Resulta que desde hace años se convirtió en una tradición anunciar las actividades en los barrios lanzando cohetones a esa hora. Es muy efectivo porque en los cuatro puntos cardinales de la ciudad se enteraban de lo que iba a pasar. La revolución ha institucionalizado esa práctica, añadiendo nuevas formas y sonidos como la diana, que cuando suena rayando la madrugada alerta a los compatriotas de la hora de despertar a Venezuela; y a la contrarrevolución de que cada vez más temprano comienza su pesadilla en esta confrontación.

Quizás el paro del 27 de agosto del 91 marcó el inicio del fin de la postración del pueblo. Nuevas fuerzas se congregaban contra CAP y los adecos, y el movimiento popular —por su parte— cobró nueva confianza en sus nacientes fuerzas. Se convirtió en un magnífico entrenamiento para la movilización que nos ha caracterizado desde hace por lo menos 20 años. No debo saltarme que, paralelo a esto, seguían viento en popa los planes de conspiración. Desde una concepción insurreccional se ideó conjuntamente con las fuerzas populares cuáles serían los puntos del levantamiento, una vez que las fuerzas militares entraran en acción.

Me correspondió atender la zona del suroeste de Caracas, concretamente la zona Caricuao-Macarao y con Antonieta Di Stefano, Fernando Pérez, Roberto Rodríguez y Luz Carrera, de Caricuao; Carlos Ortega, Carmelo González, Miguel Hurtado y Rafael Fernández, de Macarao, tomar medidas porque se entendía que esa zona sería la retaguardia estratégica a la hora del repliegue. La labor de los muchachos fue buena; a pesar de la inexperiencia lograron detectar movilización de tanques en el campamento de la Guardia Nacional que está

en el Parque Macarao, y nuestra misión consistía en frenarlos en el levantamiento, si intentaban bajar por Las Adjuntas hacia Caracas. Paralelamente a estas planificaciones, en el seno de La Causa R se gestaba la traición: Lucas, Tello y Andrés preparaban su retirada del escenario tan laboriosamente construido.

En octubre, en una complicadísima reunión de la dirección de La Causa R, Lucas Matheus, el “Cojo Lira” y Tello Benítez deciden romper la relación con el MBR-200, dejándonos casi clandestinos en nuestro propio partido; pues ahora, aparte de cuidarnos de los organismos de seguridad, teníamos que cuidarnos de los compañeros de la organización que abjuraron de lo que se estaba preparando desde hacía 16 años.

Un grupo pequeño con Pablo Medina, Roger Capella, Alí Rodríguez, Rafael Uzcátegui, Carlos Melo y yo, junto con otros compañeros que prefieren mantener su nombre en reserva, continuamos con los preparativos junto a los compañeros militares del MBR-200.

Uzcátegui, intentando ser responsable con las cosas, aprovechó un momento en que Aristóbulo estaba solo en su oficina y trató de informarle sobre los preparativos; él, desentendiéndose de eso, en un gesto muy genuino de su parte, saltó como un resorte de la silla y entre grandes aspavientos decía: “Negro, no me cuentes esas cosas, yo soy un demócrata; hagan lo que tengan que hacer, pero no me cuenten nada”. Fue medio cómico ver a Uzcátegui corriendo detrás de él, pidiéndole que se calmara, que no gritara porque se iba a enterar todo el mundo. Aristóbulo encendió un cigarrillo y dio por cancelada esa conversación. Reseño esto no como una crítica a Aristóbulo, pues no se trata de un problema de valentía o cobardía; era simplemente que en su convicción no era ese el camino a seguir, y no enterarse facilitaba la acción y la imposibilidad de alguna indiscreción de su parte.

Una nota de esta situación es que había días en que debía ir a la casa de un compañero a recibir una llamada de nuestro enlace con la conspiración; la tarea consistía en esperar una llamada de “Caridad”, quien rápidamente me decía un día, un sitio y una hora de reunión con alguien de nuestra dirección, ya fuera Pablo, Alí o

Roger, para coordinar las tareas de la rebelión. Tiempo después me enteraría que el que llamaba en esos momentos era el Comandante Hugo Chávez, jefe del ala militar de la insurrección.

Pasamos prácticamente lo que quedaba del 91 y principios del 92 en los preparativos del alzamiento. Mientras tanto seguíamos desarrollando nuestras acciones políticas públicas en La Causa R y, en mi caso, con los Factores de La Yaguara y la Coordinadora Popular de Caracas, combinando el tema insurreccional y la movilización con la preparación para las elecciones municipales, donde llevábamos a Aristóbulo Istúriz como candidato a la Alcaldía de Caracas.

A finales de enero ya parecía inminente el alzamiento; era casi vox pópuli que algo estaba ocurriendo, el ambiente político estaba muy tenso en la medida en que se aceleraban los acontecimientos.

En medio de nuestro aislamiento de la Dirección Nacional intentamos alertar a cuadros del Partido en varias regiones, tratando de no delatarnos y ver las condiciones de los compañeros, pues siempre hay rajados que por pusilanimidad o disciplina acatan, a veces sin estar de acuerdo, decisiones como la asumida en octubre por La Causa R. En esa búsqueda, voy a Mérida a hablar con los compañeros Homero Monsalve y Alejandro Landaeta, a quienes junto con compañeros del equipo regional les informo por dónde iban los tiros. Resulta que en vez de informarles yo a ellos sobre el inminente alzamiento, ellos se franquearon conmigo y me dieron un informe completo de lo que estaban planificando y desde cuándo. Ellos, aun sabiendo de la traición de los capitostes de LCR, habían decidido por su cuenta y riesgo acompañar la acción militar en ciernes.

La noche del tres de febrero se reunió la dirección regional de La Causa R en un local prestado en Chacaíto, y tanto Pablo como Alí participan, para alertar sin decirlo, que esa noche comenzaba la insurrección; la discusión era muy ardua con unos compañeros, quienes entre el temor y el repudio hacían razonamientos contra cualquier pronunciamiento de corte militar. Recuerdo a un coronel retirado, de apellido Sanabria, quien insistía una y otra vez sobre el “espíritu y la tradición democrática” de las FF. AA., un par de horas

antes de iniciarse el levantamiento. De él diría el Cojo Lira, tiempo después, que por eso no había ascendido, pues tan caído de la mata era el señor, que no se explicaba cómo llegó a teniente coronel.

Sin haber logrado ningún gesto de solidaridad o mínima inquietud de estos compañeros, Alí y Pablo parten a sus respectivos puestos de combate, y Uzcátegui y mi persona seguimos en el debate con los compañeros, para no hacer muy notoria nuestra participación en los sucesos del 4F. A eso de las once de la noche llegué a mi casa con el negro Uzcátegui y otros compañeros para esperar instrucciones; chequeé Macarao y Caricua y nos dispusimos a esperar. A eso de media noche arriba Alí Rodríguez, que no había hecho contacto con la columna que venía de Maracay, los esperó en Tazón hasta que decidió regresar; el compañero que debía ir a buscar las armas para apoyar desde el 23 de Enero informa que tiene acuartelada a su gente esperando instrucciones. Alí vuelve a salir y los demás compañeros se retiran a sus respectivos escenarios de acción, menos yo que, habiendo fallado el carro que debía buscarme, tuve que contentarme con monitorear mi sector por teléfono.

De paso, el negro Uzcátegui y yo nos dedicamos a llamar a nuestros camaradas en todo el país anunciando el inicio de operaciones: Douglas Pérez en Portuguesa, Alberto Mendoza en Lara, Roy Daza en Maracay y Choncho Finol en el Zulia, fueron algunos de los compañeros que contactamos esa noche. O el Cabito, quien pasó la noche intentando entrar en Valencia

El Negro, al llamar a los compas, parecía estar anunciando una proclama por teléfono; faltaba la musiquita marcial de fondo de nuestra "epopeya": ¡De pie! ¡Levantarse! ¡Llegó la hora!, a unos todavía adormilados camaradas que salieron raudos a encontrar sus contactos.

Vi por televisión todo el desarrollo de los acontecimientos y escuché las detonaciones de enfrentamientos menores en La Vega, hacia los lados del Comando de la Guardia por la Plaza Madariaga. Luego total silencio, hasta ver al comandante Chávez en aquel histórico "Por Ahora", rindiendo el esfuerzo de varios años.

Con sinceridad, nunca sabremos lo ocurrido en esas horas. Chávez se ve obligado a la rendición por no contar con la victoria asegurada, y la verdad que era muy arriesgado sostener el combate cuando ya el gobierno había recompuesto sus cuadros. Nunca sabremos por qué nuestras fuerzas no pudieron entrar en contacto con los militares; ni Alí, quien inútilmente esperó en el punto acordado, ni el que por instrucciones del mismo Alí fue hasta el Museo Militar a buscar, contra santo y seña, las armas que esperaba el sector civil para incorporarse.

A eso de las once de la mañana, luego de pasar la noche en vela esperando el desenlace, Alí me va a buscar a la casa para ir a la oficina de La Causa R en el Congreso Nacional, y esperar los resultados de la convocatoria hecha de urgencia a los diputados para declarar la suspensión de garantías y, según la reacción, “estabilizar” al país.

Los diputados se fueron al Hemiciclo y el Negro, otros compañeros que no recuerdo y yo nos plantamos a esperar; en mi fuero interno pensé que nos iban a allanar y a llevarnos presos, porque estoy seguro que los aparatos de seguridad sabían de nuestra participación en el alzamiento del 4 de Febrero.

En la evaluación, a Pablo ese mismo día se le ocurre decir: “Bueno, perdimos”, y comenzó a distribuir tareas entre los compañeros: Alí y el Negro, a ver que quedaba dentro de las Fuerzas Armadas; Carlos Melo, los compas del 23 de Enero y yo, a reconstruir las fuerzas populares y rehacer los planes para un nuevo alzamiento.

El 4 de Febrero, aun siendo una derrota militar, abrió los diques del pueblo. El mismo día del alzamiento, grandes masas se volcaron a la calle a demostrar simpatías por los militares rebeldes del MBR-200, y desde ese día no paró la movilización popular hasta nuestros días. Comenzó un período donde la inventiva popular hizo lo suyo; de antología fueron las actividades generadas: la marcha del silencio el 2 de marzo, el cacerolazo del 8 con la consigna “El ocho a las ocho, contra el gocho”, o la del 10 de marzo “El diez a las diez, vete ya Carlos Andrés”, y así sucesivamente.

Paralelamente se puso de moda la conspiración; todas las organizaciones de una u otra forma buscaban desesperadas conectarse

con el nuevo intento insurreccional. En el caso nuestro, junto con la Coordinadora Popular de Caracas, los Factores de La Yaguara y los partidos de izquierda, comenzamos a planificar frenéticamente actividades y movilizaciones como las ya mencionadas. Recuerdo una en particular que fue la del 8 de marzo; con el compañero Demars Figueroa en la Biblioteca Popular Gual y España, ubicada en la histórica casa de Carmen Clemente Travieso, organizábamos conferencias y foros sobre el acontecer político y cultural. Estábamos nosotros en plena conferencia y a las 8 p.m. en punto se inició el cacerolazo más grande que yo haya escuchado en mi vida; por todos lados retumbaban ollas, perolitas, pitos, cornetas de carro, en fin, Caracas entera atendió al llamado repudiando a CAP y su gobierno y enviando un mensaje de respaldo a los oficiales insurrectos detenidos en el Cuartel San Carlos. Como ya dije, 1992 fue todo un despliegue de creatividad popular en las mil y una formas de movilizarnos.

Una nota triste. Estando en la oficina, llegan unas personas a poner una denuncia sobre el asesinato de un muchacho el 4F; eran los hermanos del capitán Joaquín Suárez Montes que venían, por instrucciones de su hermano detenido en el San Carlos, a buscar ayuda. “El Oso”, como le decían a este capitán, contaba que en medio de los combates en Miraflores le tocó sacar herido en una pierna a su furriel —lamentablemente no recuerdo su nombre—; lo trasladó hacia el puesto sanitario creado por los tomistas de Miraflores para atender a los heridos, y apareció muerto dos días después, es decir, el 6 de febrero en la morgue de Bello Monte, con un disparo en la cara que lo desfiguró todo. El muchacho había sido asesinado por los leales al gobierno de CAP. No sería esa la única denuncia sobre asesinatos en los días del levantamiento. Atendí el caso y fui hasta la humilde casa de este joven ubicada en Catia La Mar, a acompañar a su familia en nombre del capitán, junto a sus hermanos.

Lamentablemente, cuando comenzábamos a actuar, los oportunistas de siempre constituyeron un comité de solidaridad con los familiares del 4F y todo quedó diluido en el estrellato de un Ochoa Antich, quien usaba esos espacios para su proyección política y no

para generar respuestas a las víctimas, y en este caso a los familiares y presos del 4 de Febrero.

En esos días seguíamos de frente con los preparativos insurreccionales. Estando con Alí Rodríguez en El Junquito, escuchamos la noticia de la sustracción de armas en Fuerte Tiuna por un teniente de apellido Álvarez Bracamonte. Inmediatamente bajamos de allí a contactar a nuestra gente, pues esas armas y al teniente nos tocaría cuidarlos a nosotros; no a mí, que mientras menos supiera mejor, toda vez que mis tareas en esta etapa no eran de primera línea, sino más bien de retaguardia. Lastimosamente, quizás por la novatada y mucho liberalismo, el teniente Bracamonte cae por una delación; tras él caen algunas de estas armas y quedó delatada alguna gente vinculada directamente con su sustracción y con la nueva operación cívico-militar.

El 4 de Febrero marcó la definitiva ruptura con mi compañera. A lo mejor con razón, me pidió que me fuera para no poner en riesgo a las niñas, Grecia y Meroe — mis hijas —, quienes con ocho años y ocho meses, respectivamente, estaban en peligro por mis acciones y las de mis compañeros, recordando lo ocurrido la madrugada del 4 de febrero en pleno alzamiento.

Ya fuera de allí, me concentré en mi tarea y junto con los mismos de febrero preparamos los planes, esta vez más organizados, mejor planificado y en vez de quedarme en el centro me instalé en Caricuao para no estar lejos del área de la acción. Esta vez, los que se habían retirado antes del 4 de febrero teniendo como enlace al Cojo se incorporaron a medias a la tarea. Justo es reconocer, en el caso de este compañero, que con puntualidad británica entregaba el dinero que se usaría para la defensa de Chávez y los demás oficiales; cada fin de mes, religiosamente, me tocaba ir a su oficina a recoger la designación para la defensa y lo hizo sin chistar y sin el menor asomo de dudas. Paralelamente le hacíamos campaña a Aristóbulo para la Alcaldía de Caracas.

Por fin el 24 de noviembre los compañeros anuncian que está servida la mesa para el segundo intento. Como ya dije, muchísima gente estaba involucrada; tanto, que creo que en esta oportunidad

el levantamiento estaba delatado de antemano. Todo el mundo sabía lo que iba a ocurrir. Resultado: se inician las acciones con una fuerte movilización popular y, al contrario de la vez anterior, hubo menos acción de fuerzas militares.

Durante los preparativos me presentan a Nohelia Aparicio, quien fungiría como mi enlace en esta oportunidad. Aprendió rápido, pues no tenía ninguna experiencia política, pero sí una convicción y entusiasmo que suplía con creces cualquier vacío; ella, con la resistencia de su familia y de algunos compañeros como Carlos Ortega, que con su inexperiencia y lo que comprometía otros aspectos generaba rechazo a su participación. Una lección con ella es que montamos un tallerito sobre manejo de armas en casa de una compañera en Caricuao, coordinado por Antonieta y Fernando. La mayoría de los asistentes por primera vez en su vida tenían un FAL entre sus manos; era tan viejo este fusil de instrucción y estaba tan desgastado, que le faltaba la mira y la guía, y se le caía uno de los tornillos cuando lo estaban manipulando. También se dieron sorpresas de compañeros que no menciono por razones obvias: con mucha honestidad plantearon que los sacáramos del grupo porque se ponían nerviosos y no querían poner en peligro la operación.

El 27 de noviembre a las cinco de la mañana sale en pantalla el video de Chávez, y el compañero donde pernoctaba en vísperas del alzamiento me despertó emocionado. Asumí en ese momento que era el casete electoral, y lo que estaba pensando era en un megáfono que necesitaba para un recorrido que teníamos pendiente en El Guarataro; me levanté como una bala y apenas con unos sorbos de café en el estómago salimos disparados para la calle a hacer lo que teníamos que hacer. Nos juntamos con los demás frente a la Academia de la GN que está entrando a Caricuao y comenzó a bajar gente de todas partes a apoyar el levantamiento. Junto con Larry Gouveia, Roger Pinzón, Antonieta y Roberto Rodríguez, recuperamos una camioneta por puesto, propiedad de un compañero de la UD-3, y nos fuimos a Macarao a ver al resto de los compañeros. Al pasar por la zona donde está el módulo de la policía en el polideportivo Las Nieves, una alcabala de policías que venían

tiroteados desde Los Teques nos detiene; previamente habíamos rociado con ron la camioneta para tener como coartada que llegábamos de una fiesta, y Larry, que estaba manejando, se suponía que nos estaba haciendo la carrera desde Caricuao. El agente que nos para, temblando, me apunta con el arma; confieso que al ver frente a mí el cañón de una metralleta no me dio por ningún acto heroico ni mucho menos, me puse pálido e intenté razonar con el policía. Él preguntaba con insistencia para dónde íbamos a esa hora y con lo que estaba ocurriendo; respondí que vivía en Las Adjuntas y me dirigía a mi casa, que estaba de rumba y me sorprendió el “golpe” en la calle. El tipo bajó el arma y nos dio la voz de paso; conminé a Larry a que como yo estaba semiparalizado que avanzara rápido, no fuera que el policía se arrepintiera y comenzara a disparar contra nosotros. La treta funcionó, pues entre el penetrante olor del ron y nuestras caras de tensión, trasnocho y susto, nos dejó pasar sin más trámites. Llegué a la casa lívido, recuperándome del susto y Nohelia preocupada me preguntó qué ocurría; medio farfullé lo ocurrido y los demás compañeros lo relataron, pues yo no tenía tiempo para recuperarme, toda vez que tuve que ponerme en contacto con el resto de compañeros en el resto de Caracas.

Pasó el avión Bronco que se suponía que era el aviso para el levantamiento general a eso de las diez de la mañana y, en vez de eso, marcó la señal para el repliegue. Por segunda vez nos habían derrotado.

Cada quien por su lado, salimos a resguardarnos. Retorné a la casa de Caricuao de donde habíamos salido para la operación. Cuando llamé para saber de las niñas, Grecia estaba con una crisis de nervios empeñada en verme; hablé con ella y todo, pero no se calmaría hasta que me viera, así que al día siguiente fui a El Paraíso. Como ya no vivía con Susana, me trasladé a la casa del negro Uzcátegui, quien a esas alturas, junto con otros compañeros, no había aparecido. Su tarea consistía en ir a Yare a rescatar a Chávez; pasarían varios días hasta tener noticias de ellos.

Cabe decir aquí que, frente a situaciones como esta, el valor cobra su verdadera dimensión, pues —como ya dije— no era

precisamente un acto heroico ni mucho menos lo que motivaba a actuar; el miedo a morir, el instinto de supervivencia priva por encima de cualquier razón. El gesto valiente —repito— no está en creerse “superman”, sino en ser capaz de combatir el temor, superarlo y que este no se convierta en cobardía. ¡Tampoco! En esos pocos segundos de incertidumbre ves pasar la película de tu vida; estás buscando la manera de sobrevivir al hecho. La verdad sea dicha: superar mis miedos —y, sobre todo, el temor a la muerte— ha sido el acto más valiente que me reconozca.

Una anécdota bastante graciosa fue la del compatriota Héctor Rodríguez, un compañero de Catia que apenas se iniciaron las acciones como primer acto fue a rendir al Jefe Civil de la Parroquia Sucre. Muy educado tocó la puerta y cuando este abrió le dijo, para tranquilizarlo: “Bueno, fulano, llegó la hora. Ríndete, entrégame tu placa, tu revólver, que comenzó la revolución. Le dio garantías sobre su integridad física y la de su familia y se retiró a seguir. Una vez derrotados, el mismo Héctor envió un emisario al Jefe Civil a devolverle los aperos de su cargo y su arma, con unas muy educadas disculpas de su parte. Del tiro y para fregarlo lo bautizamos “Cisco Kid”.

La verdad es que estábamos desmoralizados. Dos intentos, dos fracasos, pero el pueblo nos daría la respuesta. El negro Uzcátegui y otros compañeros sin aparecer y Carlos Melo preso el mismo 27 de noviembre, no era nada alentador el panorama que tuvimos en medio del repliegue. Al contactar con otros compañeros que estaban en el CSE, me entero que a raudales estaba llegando gente a ponerse a la orden para ser testigo electoral de La Causa R; ese fenómeno ocurría en todo el país. Inmediatamente me fui a la sede de LCR en el CSE —previa confirmación de que a mí no me estaban buscando— a colaborar con la gente allí; no se daban abasto para atender a quienes acudían a sus espacios. Como dijo una anciana a quien en suerte me tocó atender; me dijo, entrecortada, que por su edad y achaques no podía personalmente apoyarnos, pero que nos ponía a la orden a sus hijos y nietos como testigos electorales y para lo que fuera necesario.

Con un fajo de papeles de toda Caracas contacté a nuestros compañeros en cada sector, para que articularan con la gente que se estaba incorporando a la defensa del voto radical. Eso, lo confieso, levantó el ánimo; el pueblo salió a la calle para no retornar jamás y nos dio una enseñanza imborrable: cuando un pueblo se decide, no hay poder humano que sea capaz de detenerlo. Y a nosotros, supuesta vanguardia, nos costó entender este fenómeno político-social que marcaría la acción en los años siguientes.

Nuevamente me tocó asumir el papel de instructor. Por la demanda, creamos un tallercito electoral de media hora para instruir en sucesivas tandas las oleadas de gente que, ávidas de participación, prácticamente asaltaban los locales de La Causa R para incorporarse. Entre el 29 de noviembre y el 4 de diciembre instruimos alrededor de 300 personas en las sedes que teníamos en la Rueda, en las Lomas de Urdaneta, en la casa de Chefi en el barrio Las Margaritas de La Vega; al local de San Juan, a una cuadra de Cantaclaro, a la sede del PCV llegaba gente a buscar información y a solicitar credenciales para ser testigo, o que la pusiéramos donde quisiéramos, pero que no la dejáramos fuera.

El día de las elecciones me tocó en suerte estar en la Escuela República del Ecuador, en la avenida San Martín, y luego de haber participado en elecciones de cualquier tipo (presidenciales, locales, regionales, vecinales, sindicales, etcétera), escuchar los escrutinios era una muy agradable melodía a mis oídos. Esta escuela es uno de los centros electorales más grandes de Caracas. Acostumbrado a escuchar en cada elección: de 30 votos emitidos, 15 para AD, 10 COPEI, tres para el MAS y uno o nada para la izquierda no tradicional, en esta oportunidad, al escuchar como un bingo de la esperanza el escrutinio CR, CR, CR, AD, CR, CR, CR, COPEI, CR, CR, CR, AD, y así sucesivamente, y además repitiéndose esta emocionante aritmética política en todas partes de Caracas, después de años de escuchar lo contrario emocionaba hasta las raíces. El estupor, desconcierto e incredulidad de los representantes de los partidos hasta ese momento hegemónicos, no dejaba lugar a dudas de cómo se batía el chocolate ese diciembre de 1992. Con la victoria

de Andrés Velásquez en 1989 y 1992, y la victoria de Aristóbulo en 1992, podemos decir sin temor a equivocarnos que lo ocurrido en El Caracazo en 1989, las rebeliones de 1992 y esta composición electoral quebraban la hegemonía del puntofijismo en Venezuela.

El triunfo de Aristóbulo y La Causa R para la Alcaldía de Caracas, más que ningún otro acontecimiento político, demostró que la tesis de Alfredo Maneiro de producir una excusa democrática para asaltar el poder estaba en plena vigencia. Maneiro, en aquellas primeras conversaciones con el teniente Chávez, proponía un plan que por ser tan sencillo sonaba a increíble; se trataba de la acumulación de fuerzas de los factores populares y revolucionarios en las “cuatro patas” que he mencionado acá, y la militar que se tejía lenta y pacientemente en los cuarteles de la República. Una vez que el pueblo caraqueño se percató de su resonante victoria, derrotando a Claudio Fermín y a la maquinaria adeca tradicional, se movilizó como nunca antes para defender su triunfo. La Plaza Caracas se pobló hasta el último rincón por varios días, hasta que el Consejo Supremo Electoral proclamó al Negro como nuevo alcalde de la capital.

Siempre dijimos que para consolidar un poder distinto al régimen burgués harían falta no menos de 600.000 cuadros políticos. Preparando la instalación oímos por primera vez las palabrejas técnicas de la burocracia puntofijista, comisión de enlace, comisión técnica, organigramas, y toda suerte de cosas para abrumar al más pintado y abigarrado trabajador. Ocurrió lo inevitable: la ausencia de cuadros dio paso a toda laya de oportunistas y “expertos”, que como marabuntas asaltaron nuestra primera gestión gubernamental de izquierda en Caracas. Algunos llegaban a felicitar a Aristóbulo y salían con sendos cargos. Desarrollo Social, Administración y entes descentralizados fueron ocupados por gente que en nuestra vida habíamos visto y eran la nueva burocracia radical. Fundarte, Dirección del Despacho, etcétera, se plagaron de cualquier cantidad de personajes donde abundaron los doctorados, maestrías; hacían derroche de intelecto y sabiduría,

pero sin ese sabor a pueblo que se supone es la savia de la revolución y los cambios.

Y ni qué hablar de los concejales, de 25 La Causa R obtuvo 13, es decir, el 51%; fue, salvo honrosas excepciones como Demars Figueroa, Xiomara Lucena, Teresa Aguilar, Néstor González, Alexis Vielma y alguno que se me escape, la mayor pléyade de improvisación de la historia local de Venezuela. Con mayoría absoluta no tuvimos capacidad para acompañar la posibilidad de cambios en nuestra gestión.

En esa oportunidad, quien esto les escribe pudo haber sido concejal de Caracas. Era el candidato natural de El Paraíso y muchos pensaban que sería yo, pero, como toda mi vida he apostado a la política y no a la veleidad de ser candidato, coordiné y comenzaron a salir personas de cierta raigambre social como el doctor Reynaldo Acuña, viejo amigo de Aristóbulo vinculado a Fernando Bianco y a la izquierda del Colegio de Médicos del Distrito Federal, por lo que me fui bajando de posición en la plancha hasta que me salí. No sé si hubiera sido buen concejal, pero si sé que hubiera tratado de dar lo mejor de mí para afianzar la política revolucionaria en Caracas; por nuestros vínculos con el movimiento popular y sin considerarme el papá de los helados, creo que pudimos haber avanzado más.

Claro, ganamos en condiciones adversas. Así como Acción Democrática registró el golpe de su derrota, para nosotros también fue una enorme sorpresa haber conquistado la principal plaza política del país. La ausencia de cuadros se convirtió en un hecho dramático para quienes gastamos nuestros principales cartuchos militares y civiles entre los alzamientos de febrero y noviembre, y obtener la Alcaldía del Municipio Libertador en diciembre de 1992.

El primer acto popular y de masas realizado por la gestión fue la presentación de la orquesta Fania All Stars, nada más y nada menos que en la avenida Sucre del oeste de la ciudad. Mucha gente quiso criticar esta audaz iniciativa, toda vez que la Fania se ha caracterizado por ser la música que anima la vida en nuestros barrios populares, y había el miedo de que se desbordaran las pasiones en la multitud de gente que acudiría al magno concierto. A pesar de nuestros ingentes intentos por controlar a la gente, la caña y otras

cosillas corrieron como ríos a lo largo y ancho de esas cincuenta mil personas, que desde todos los puntos de la Caracas barrial bajó a la avenida Sucre a ver a sus músicos preferidos. Aristóbulo, a quien si algo enaltece es su sagacidad e intuición, tuvo que negociar con el Ateneo de Caracas para lograr que salieran de su actividad comercial y cantaran para el pueblo, venciendo los agoreros pronósticos de los infaltables temores de quienes veían un siniestro en cada cuadra de la calle de la salsa. Vencidas estas dificultades, nos aprestamos a poner en escena a las leyendas salseras de más de una generación de caribeños y venezolanos. Yo, que estaba atendiendo la seguridad del acto y el perímetro de la tarima, tuve el grandísimo privilegio de estrechar la mano de cada uno de los personajes que me hicieron bailar en mis mejores años, y que todavía hoy —cada vez que los escucho— aunque sea la pepa de los ojos me baila y tarareo y tamborileo los sabrosos compases de los cientos de canciones que los hicieron famosos: Larry Harlow, Johnny Pacheco, Héctor Lavoe, Ismael Miranda, Papo Luca, Cheo Feliciano y demás magníficos integrantes de la orquesta. Mi emoción llegó al tope cuando, luego de estrecharme la mano y en medio de una furiosa descarga de percusión, Pacheco, como echando ramazos con el micrófono y santiguándose, bendijo al alcalde y a mí que era el que estaba más cerca.

Ni un herido, ni una pelea que lamentar; eso sí —sin muchos aspavientos—, muchos ebrios y otros síntomas, pero felices de un concierto antológico inolvidable para mí.

Envalentonados, nos aprestamos para el segundo asalto de esta jornada. Probamos en la avenida Sucre y salió bien, por lo cual Aristóbulo nos tenía la sorpresa de la presentación de Rubén Blades en la Plaza Caracas.

Amanecimos en los preparativos; y todavía faltaban como tres largas horas y ya el lugar estaba lleno. Estábamos muy confiados por el éxito con la Fania; no imaginamos ni un segundo que pudiera aparecer ningún percance. A eso de las siete comienza la gran fiesta con Soledad Bravo y su mejor repertorio caribeño como apertura del concierto; la gente bailó, brincó, saltó, pataleó, bebió hasta

la embriaguez y la euforia crecía por oleadas. Cuando Soledad termina con ese torrente de voz arrolladora, se va la luz y el sonido. Nadie tenía idea cómo sucedió semejante percance. Con el compañero Enrique, del Banco Central, revisamos cable por cable y nada; llegaron bomberos, electricistas, ingenieros, asomados, opinadores de oficio y nada que regresaba la bendita luz. Los bomberos incluso prendieron y trataron de conectar una planta eléctrica, pero por el humo que despedía y el ensordecedor ruido que hacía no permitía continuar el concierto. El pueblo congregado ahí se estaba impacientando por el apagón y nosotros tensando nuestra fuerza para resolver el entuerto creado. Al fin, entre los bomberos y nosotros descubrimos que alguien había saboteado la toma eléctrica de la plaza, por lo tanto, la única posibilidad estaba en llevar los cables hasta el tablero matriz en los sótanos de las torres. Corrimos hasta allá arrastrando el cable de nuestra salvación; Enrique —no sé de dónde la sacó— llevaba un hacha, y justo cuando llegamos a la puerta del tablero nos salió al paso un vigilante diciendo que estaba prohibido abrir. Le pedí a gritos las llaves y las negó este fariseo, que me imagino que esperaba que se alborotara la masa que estaba arriba esperando a Rubén Blades. Enrique, con su prodigiosa hacha y sin esperar por nadie, empujó al tipo de marras y reventó los candados; mientras él estaba en eso, subí corriendo con un radio para chequear que se conectaba la luz. A todas estas, cuando llego al sitio donde tienen a Rubén escucho una fuerte discusión entre el cantante y Aristóbulo. Aquel, en vista del apagón, se negaba a cantar argumentando cualquier cosa, una más absurda que la otra; me acerqué a escuchar asombrado la diatriba de alguien que saltó a la fama con sus versos y canciones de contenido social. David Paravisini argumentó, presionó, aduló a Blades y nada; arrogante, negaba una y otra vez la posibilidad de que cuando se restituyera la luz se reiniciara el concierto. Aristóbulo se creció en esa discusión, apeló a su orgullo recordándole su condición de candidato presidencial en Panamá, acompañado por un grupo progresista de efímera existencia llamado Papa Egoró, y diciéndole con firmeza: “¿Y tú quieres ser candidato y no aguantas un sabotaje?, ¿así pretendes gobernar

un país? ¡Rubén, entiende, acabamos de ganar esta alcaldía y los enemigos están saboteando para joder la gestión! En eso suena el transmisor y Enrique preguntó qué ocurría arriba; en ese momento acababan de restablecer la conexión eléctrica del tablero central. Dejé esta discusión y corrí a la tarima a esperar a que apareciera la luz. Solo escuchaba el ruido sordo de la multitud impaciente por escuchar a Rubén Blades. En eso veo en fila india, silenciosos y con preocupación evidente a los músicos; Rubén subió no muy convencido, pero comprometido a cantarle a la Caracas radical que se dio cita para verlo. Casi no pude escuchar cuando sonó en la radio: ¡Ahora! Y se prendió la luz y escucho los primeros acordes de *Muévete*; me desinflé recostado en una columna al sentir, más que oír, las 80 mil gargantas que vitoreaban a Rubén Blades. Este, como aprendiendo su lección, se dirigió al público al terminar la primera canción para agradecerle a este pueblo su paciencia, su dedicación y su decisión de no caer en provocaciones. De este acto, aparte de reconocer al cantante en la flor de su fama con sus sentidas melodías que remueven la conciencia social: *Pablo Pueblo*, *Juanito Alimaña*, *Maestra Vida*, *El Padre Antonio* y *Desaparecidos*, descubrí al político que para mi decepción no tenía absolutamente nada de extraordinario: timorato, engreído, soberbio y con nada de sensibilidad más allá de su ego; y un Aristóbulo que enfrentó la dificultad con nervios de acero y sagacidad de delantero de fútbol, para sortear los obstáculos que se fueron presentando.

Nos tocó asumir el gobierno municipal y entramos en una especie de competencia entre Andrés Velásquez y Aristóbulo; el primero desde la Gobernación de Bolívar y el segundo desde la Alcaldía de Caracas, ambos con liderazgos propios y una artificial separación entre ambas agrupaciones políticas.

Iniciamos la gestión con la expectativa de que por primera vez poseíamos un gobierno propio. Pagamos la novatada y nos recibió AD con un paro de trabajadores, como anunciando cuáles serían las relaciones de los que hasta ese momento se creían dueños del patio y los advenedizos que les arrebatamos su coroto. Esto, aderezado por la agudización de las contradicciones internas en La Causa R, la

derrota del 4F y el 27N — como ya dije —, trajo aparejado un resquebrajamiento acelerado de las partes enfrentadas casi desde la integración de la TR a las filas de LCR.

En esos días Lucas trató de poner en cuestionamiento la integración. A la luz de la derrota, concluía que el ingreso de Alí y nosotros no había sido exitosa, por lo que era el momento de que nos fuéramos de la organización para ellos continuar con su política —pudiéramos entender ahora, reformista—. La respuesta la dieron algunos compañeros de la vieja guardia de La Causa R al replicarle que el debate no era TR-LCR; era entre una visión y otra de la política y la coyuntura. Por ejemplo, Andrés condenó el alzamiento del 4 de febrero con los mismos argumentos de un Morales Bello, mientras Pablo defendía a los alzados, acusando a CAP de haber llevado al país a esta situación. Y ciertamente la maniobra de Lucas no pasaría, no por lo dicho por el compañero Alfredo Arcila, quien fue el que respondió, sino porque la fusión se produjo de tal manera que alguna gente que venía de la TR, como Dinorah Figuera, Alfredo Ramos y José Guerra, se pasaron con todo y bagajes a la más extrema derecha de la organización. Mientras, José Paredes, Aristóbulo, los principales cuadros de la vieja Causa R nos acompañaban en nuestra postura política frente a Lucas, Andrés o Tello.

Ante la ausencia de debate redacté un documento político que circuló en Caracas, tratando de darle una explicación a lo ocurrido en el año 1992; antes de difundir, ese documento lo discutimos con Orlando Castillo, Juan José Álvarez y creo que William Mantilla. Ahí, convertido en documento colectivo, apuntamos en esencia a buscar mecanismos para la toma del poder, pues como lo demostraba el 4F —donde accionaron casi solos los militares— o el 27N —donde fueron los civiles los que llevaron la mayor carga—, junto con la victoria de Aristóbulo en Caracas, nos obligaba a buscar fórmulas intermedias en lo cívico-militar para acceder al poder. La relación, luego de los alzamientos, hizo que tanto Orlando como Juan José y Armando Fonseca se incorporaran a la militancia en La Causa R.

En 1993, año en que sale CAP del poder por acuerdo de los partidos dominantes y en una transición que trataba de salvar al

sistema, nos obligó a profundizar los mecanismos conspirativos desempolvando parte del plan Maneiro-Chávez: construir una justificación democrática para alzarnos con el poder. La salida de Carlos Andrés Pérez la festejó el pueblo como nunca. Nos instalamos con María Urbaneja —directora de Salud de la Alcaldía— y su equipo a ver por televisión el juicio del que fue objeto; brindamos solemnemente por este acontecimiento histórico, pues no solo se enjuiciaba por primera vez a un presidente en su ejercicio, sino que con él se ponía otro remache a la tumba del puntofijismo, que aún tuvo varios años para regatear su posición en el poder. Todo ese año fue preparándonos para los comicios. La efervescencia popular vaticinaba un triunfo de Andrés Velásquez en las presidenciales y —habiendo la certeza de que las fuerzas enemigas no reconocerían nuestra victoria— nos preparamos como cuando Aristóbulo: desde la calle, imponer con el pueblo un gobierno popular.

La campaña electoral para 1993 marcó mucho de nuestras actividades, aún aferrados a nuestro esquema insurreccional, con Chávez y los comandantes de Febrero y Noviembre presos, y una candidatura que crecía a ojos vista. Lo sintomático es que el desarrollo de la propuesta electoral se parecía cada vez más al suavizado discurso de la derecha. Para hacerse una idea, el acto de presentación de la Propuesta de país se realizó con todo el histrionismo posible en el Gran Salón del Hotel Caracas Hilton y, aunque daba una sensación de victoria, no faltaba la sensación de que el proyecto se desviaba a la derecha: un Andrés Velásquez rodeado de tecnócratas e intelectuales y cada vez menos pueblo. Recuerdo a unos de los nuevos aliados, Jorge Roig, o a Eliécer Calzadilla, que hablaban —y Andrés repetía con gusto— del gran archipiélago de “micro-empresas” rodeando a Sidor y demás empresas básicas.

Es cierto que a veces las circunstancias determinan las acciones. Me explico: según quienes hablan de Maneiro, este siempre buscó alternativas que permitieran destrancar el poder para la revolución, por eso se aventuró en 1982 a proponer a Jorge Olavarría, un oligarca de los más rancios, pero irreverente como él solo. Por eso nació —en mi entender— la candidatura de Andrés Velásquez entre

1983 y 1993; de perfil propio, identificada con la clase trabajadora, pero abierta a estos tiempos. En el mismo orden, Lula da Silva no hubiera podido acceder al poder si no establece una alianza con los sectores de la burguesía enfrentados al neoliberalismo, o Daniel Ortega en Nicaragua, en fin. Acá lo preocupante era qué tan en boga estaba el neoliberalismo, que en Caracas se hablaba de la aldea global y en Guayana del archipiélago microempresarial.

Por haber actuado antes del 92 en el suroeste, atendí con el equipo de Macarao y Caricuaó las acciones en la zona; esta vez de corte electoral no conspirativo, pero, preparando más que testigos y logística para las elecciones, añadía los dispositivos para la movilización de masas el propio día de la votación.

Mucha gente se acercó, buscando hacer causa común con nosotros; tan efervescente era la candidatura de Andrés y las posibilidades electorales, que comenzaba a llegar de todo: unos oportunistas, arribistas y acomodaticios, y otros con genuina intención de colaborar con la posible victoria. Uno de esos genuinos fue Nicolás Maduro, quien en nombre de la Liga Socialista junto con Rodolfo Pérez llegó a una reunión que realizábamos en la esquina de Pajaritos, para explorar la posible incorporación de la LS a la candidatura. La Causa R siempre se caracterizó por su sectarismo fanático, conducta que yo compartía. Lamentablemente esta actitud sectaria no se correspondía a los enunciados de Maneiro, quien siempre cuestionó a la izquierda al punto de llegar a decir —en varias entrevistas antes de su muerte— que si esa era la izquierda, entonces él y su organización no lo eran. Pues incapaz de unirse esta en torno de objetivos comunes, era presa fácil de las clases dominantes y de su obcecación, por consiguiente —a su juicio— no valía la pena retrasarse en ella. El trato que le di a Nicolás y a Rodolfo fue de lo más malcriado, inmaduro, echón; burlándome de ellos les decía, simplemente, manden a votar por Andrés, pero en la tarjeta de La Causa R no pierdan su tiempo en creer que compartiremos la candidatura. Me puedo dar con una piedra en los dientes; yo, que he criticado el subdesarrollo de la izquierda venezolana y su intrínseca inmadurez y atraso, terminé siendo igual o peor que eso, bajo el argumento de

que estábamos muy cerca de la victoria y no la íbamos a compartir, que quien quisiera que se pegara. Los acontecimientos — como se verá — dieron cuenta de mi estupidez política y una lección que entendería pasado el tiempo.

El día de las elecciones, desde muy temprano en la mañana, todos los cuadros estábamos movilizados para el gran acontecimiento, por primera vez con dispositivos como radios, algunas armas cortas y bien engranados.

La primera noticia desagradable es la detención del negro Uzcátegui en las inmediaciones de San Agustín. Saliendo de un centro electoral, dos carros lo interceptan y entre golpes lo llevan a la Disip; eso puso en alerta a todo el mundo, se movilizaron los parlamentarios para garantizar su vida y — cosa importante — nadie se replegó por este suceso, sino que en todas partes, estando alertas, redoblamos el esfuerzo para responder al reto de ese día.

La detención de Uzcátegui fue uno de esos lamentables episodios de nuestra historia política. Por otro lado, en medio de la campaña electoral Pablo Medina tiene un enfrentamiento con el ministro de la Defensa, Radames Muñoz León, y le entrega un casete donde el teniente Eliécer Otaiza plantea que las armas en su poder, capturadas el 27 de noviembre, eran las que había sustraído Álvarez Bracamonte, quien además estaba detenido en la Disip. Meses después el teniente Álvarez Bracamonte se presenta ante los medios de comunicación acompañado de sus captores, delatando a medio mundo: a quién le entregó las armas, quién lo había guardado solidariamente, e incriminando a quienes a su vez lo habían delatado a él. En sus declaraciones, publicadas por todas las primeras planas de la prensa nacional, aparece que él, una vez recuperadas las armas, se las había entregado a un tal Juan y que este se las había llevado, así como lo condujo a su lugar de “enconchamiento”. El Negro, por su lado, sabiéndose ya a esas alturas que estaba entre los que buscaban los aparatos de seguridad, andaba de lo más tranquilo por la calle y organizando en San Agustín nuestro partido y equipos electorales, al punto de ser detenido el mismo día de las elecciones. Una vez capturado, en rueda de espejos el teniente

Álvarez Bracamonte lo identifica como el “Juan” que recibió de su parte las armas, que ya Pablo había anunciado como recapturadas a Otaiza el 27 de noviembre.

Terminada la jornada me concentré en la casa de Nohelia, que era donde funcionaba nuestro comando electoral en Macarao, y con un gentío rodeando la casa nos aprestamos a esperar el reporte de los resultados; fueron horas de tensión, los principales boletines daban como ganador a Andrés Velásquez y ningún candidato su victoria.

A esas alturas solo esperábamos la orden de movilización hacia el CSE. En algún momento de la noche las televisoras dejaron de emitir boletines, y a eso de las dos de la mañana había mucha impaciencia de la gente que, convencida de la victoria, reclamaba la publicación de lo que estaba pasando tras bastidores. De pronto, desde la sede del comando de campaña Andrés Velásquez reconoce el triunfo de Rafael Caldera. Apenas terminaba su declaración cuando ya no quedaba nadie en la casa, salvo los militantes; a los derrotados y traidores no los quiere nadie. Esta decisión del comando de campaña —y habrá quien pueda hablar con muchísima más propiedad de esto— señaló el pobre destino de La Causa R como alternativa política al puntofijismo, y el de Andrés, quien de ahí en adelante rodaría en su miseria hasta ser hoy una de las estrellas fulgurantes de la derecha venezolana, de esas estrellitas que dan pena ajena. Andrés se parece mucho al malandro que se convierte en evangélico: trata por todos los medios de demostrar su redención, por lo cual es más papista que el papa. Con su cloaca mental intenta —desde su capitulación vergonzosa de diciembre del 93— que es digno de la derecha que lo unció al carretón de la muerte que ellos significan. El carro de la historia le pasó cerca, le tuvo miedo y terminó enyugado a quienes lo jodieron una y otra vez en sus tiempos de sindicalista. Fue la última posibilidad de producir un cambio político con la famosa “excusa democrática” que tanto propugnara Maneiro, y fue, tal vez, el último acto de la derecha desenmascarada por aferrarse al poder y a los privilegios que con ella detentaron.

En esos tiempos conocí al compañero Andrés París, miembro de la Comisión Internacional de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo Farc-Ep, quien fungía como representante de oficio de dicha fuerza beligerante colombiana en Venezuela. Ariel, que era su seudónimo, no llegó por nosotros, sino como parte de la política internacional del gobierno de Carlos Andrés Pérez y continuada por Caldera, tal y como ya habían hecho con Carlos Calles tiempo atrás, o con los panameños que quedaron varados en Venezuela luego de la invasión gringa a Panamá en 1989. Carlos Andrés siempre se creyó líder del Tercer Mundo en una megalomanía exacerbada por sus acólitos; así como en 1978 reconoció al Frente Sandinista de Liberación Nacional-FSLN y colaboró junto al general Omar Torrijos de Panamá en la victoria popular de Nicaragua en 1979, abrió espacio a las distintas insurgencias latinoamericanas. Mucho de lo que hablamos en esa época tiene una vigencia tan actual, que pareciera que fue ayer que lo pensamos. Con Ariel mi discusión se centró en la apreciación que, en tantos años de guerra civil, esta estaba estancada y que no habría salida militar a corto plazo; ni para la insurgencia ni para la oligarquía. Por esta razón —dentro de mi discreta experiencia— había que apuntar a una audaz y agresiva campaña de reconocimiento de los insurgentes del ELN y las Farc-Ep como fuerzas beligerantes en la guerra, para lograr una paz negociada. Partía de entender que los acuerdos alcanzados en El Salvador, poco tiempo antes, comenzaron a hacerse posibles cuando en un gesto inusual los gobiernos de México y Francia reconocieron al FMLN como interlocutor y despejaron los caminos. Ciertamente, esta guerra que superó las 70.000 víctimas llegó a un punto muerto, pues la guerrilla no tenía, por más que lo intentó obstinadamente diez años, capacidad operativa para asaltar el poder y el gobierno de la ultraderecha, Movimiento de Reconstrucción Nacional-MORENA, a pesar de los millones de dólares que invirtió Estados Unidos, tampoco era capaz de liquidar a la insurgencia. Por lo tanto, en mi saber y entender sería deseable una paz negociada en Colombia.

Cuando Ariel se despidió de Venezuela para regresar a su frente de guerra, me presentó a su sustituto. De este no me acuerdo ni el seudónimo, las tareas internas me absorbieron fuertemente. También sería mi último contacto formal con camaradas de las Farc-Ep pues, una vez Chávez en el gobierno, orientaron suspender las relaciones bilaterales con Colombia, teniendo como argumento —muy válido para mí— que en la construcción de la política exterior “tantas manos en la sopa ponen el caldo morado”, por lo delicado y muy sensible del tema colombo-venezolano. Y es prudente aclarar que no se trata —por mi lado— de repudiar a los compañeros como si fueran leprosos; se trata de que en la preservación de nuestra revolución, para ese tipo de situaciones deba haber una sola voz de mando y esa, sin duda alguna, en este caso le corresponde al Comandante en Jefe y Presidente de la República.

Como aún estábamos en la gestión de la alcaldía, seguimos en nuestro trabajo. Nohelia como coordinadora cultural de Macarao y yo en la Dirección de Pequeños Comerciantes de la alcaldía, desde donde —entre otras cosas— instruíamos a los efectivos de la Policía de Caracas en el manejo de las ordenanzas. Como jefe del Departamento de Capacitación, dicté talleres sobre procedimientos a las tres primeras promociones de Policaracas.

Una de las cosas que marcaron en la gestión y se puede ver la podredumbre del sistema fue la enorme corrupción que carcomía todas las estructuras del Estado, y el municipio Libertador no podía ser la excepción. Resulta que en la última etapa de la gestión me comisionan para trabajar con José Manuel Rodríguez, director de la Gestión de Control Urbano, por el tema del reordenamiento de los espacios de la ciudad y la regulación de la actividad de la mal llamada economía informal, siendo esa actividad un coto de cualquier tipo de mafias y donde AD y sus dirigentes medraban a más no poder; asumimos la decisión de atacarlos a fondo para desbaratar sus nidos y madrigueras. A mi gestión habíamos incorporado a algunos de los compañeros del grupo Zeta de la PM, que bajo las órdenes de Freddy Bernal se alzó el 27 de noviembre en Caracas. Con ellos, que se suponía tenían experiencia en lides de control de

la calle, y con otros funcionarios que habíamos heredado de la vieja gestión de Claudio Fermín, comenzamos los procesos de revisión, censo y otras medidas para poder ordenar la actividad en las calles de nuestra capital.

En ese trabajo detectamos que varios de los puestos de venta de hamburguesas y perros calientes, los famosos “asquerositos” de Plaza Venezuela, eran fachadas para el tráfico al detal de drogas, por lo cual procedimos a negar los permisos toda vez que el tráfico de estupefacientes escapaba de nuestra jurisdicción. En ese ínterin, uno de los muchachos del Zeta —que no menciono por su nombre para no rayarlo más, ni a otros de sus compañeros que pululaban en diversas instancias de la alcaldía— por el pago de 200.000 bolívares había comprometido el permiso de venta ambulante que habíamos negado. Lo terrible es que el personajillo le decía a quienes aspiraban al bendito permiso que los reales eran para mí y les subía cada tanto el precio de su servicio. Como nosotros le habíamos asestado un mazazo a sus ingresos, buscaron la manera de hacer el mayor daño posible, optando por grabar al funcionario cuando lo presionaba por el dinero. Una vez obtenida la grabación y no pudiendo guardar su secreta conspiración con nosotros, se les fue la lengua y por todos lados se rumoreaba la existencia del soborno y el involucramiento de “altos funcionarios” de la administración, como queriendo encochinar al negro Aristóbulo en el tráfico de permisos para vender en la calle; por cierto, lomito de los adecos en la consecución de los recursos mal habidos con los cuales gobernaron cuarenta años. Dentro de sus torpezas y con la complicidad de funcionarios cercanos, le hacen llegar a un concejal nuestro copia del famoso casete que me incriminaba en el cobro ilegal de los permisos.

Estos delincuentes cometieron un craso error al suministrarle a Demars Figueroa “las pruebas de mi corrupción” y, por ende, la descalificación a la titánica tarea del Alcalde por adecentar la ciudad y hacerla menos hostil para los ciudadanos. Demars, cuando recibió el paquete y la explicación de quien se lo suministro —que a su vez estaba en connivencia con los hampones—, me llamó

alarmado y en un tono misterioso me citó a las ocho de la noche en el viejo mercado de San José, y cargando un grabador me puso a escuchar el casete donde el funcionario presionaba pidiendo dinero, alegando que era para mí como jefe del Departamento de Concesiones de Control Urbano.

Casi a medianoche me presenté en el despacho del Alcalde, con el concejal, el casete y mi renuncia escrita. Y renuncié por la simple razón de que para la gestión yo era prescindible, pues el objetivo era Aristóbulo, no yo. Aristóbulo siempre supo que jamás lo interrumpía a menos que fuera urgente y, como ni siquiera pedí permiso para hacerlo, me atendió inmediatamente; primero entregué el casete y mi renuncia y Demars le explicó cómo había llegado a sus manos. El Negro agarró la carta de renuncia, la ojeó por encimita y la volvió picadillo. Siempre he dicho que se le salió el malandro de Casalta III. Me miró fijamente y largando una carcajada me soltó a bocajarro: “¿Tú eres gafo, muchacho? Eso es exactamente lo que ellos quieren, meter cizaña entre nosotros y enlodar la gestión”. Da la casualidad que en su despacho estaba reunido el comando de seguridad de la Policía de Caracas; acto seguido llamó al jefe de investigaciones y entre Demars y yo le echamos el cuento completo. Esa noche no dormí entre la rabia y el asombro de tanta saña; más que rabia (no tengo otras palabras más decorosas), era la profundísima ira que me producía el hecho que unas alimañas rastreras quisieran manchar el nombre de uno por sus ambiciones y trapacerías.

A primera hora, con una comisión de Policaracas detuvimos al funcionario y pusimos en cuarentena el resto; horas más tarde encabecé el decomiso de los carros de perros calientes de la Gran Avenida de Sabana Grande, y casi detuvimos a los delincuentes.

Nunca me cansaré de agradecerle a Aristóbulo y a Demars la confianza que ambos me dispensaron en este trance tan fuerte para mí, pues un revolucionario que no ha amasado fortuna, que siempre ha vivido con decoro y sin grandes pretensiones, lo único que le puede legar a sus hijos son sus libros, su dignidad y, si algo significa, el humilde apellido que le permita, ¡siempre!, llevar la

frente muy en alto como únicos patrimonios probables; aparte, por supuesto, de los múltiples problemas que acarrea ser hijo de un revolucionario convencido, no de esos que se trasmutan en tales cuando en realidad no lo son.

Mientras, en otro lugar ya el daño estaba hecho. La Causa R, que tuvo posibilidades de acariciar el poder, se desmoronaba lentamente, mantenida por la inercia de sus años.

Entre 1994 y 1996 fue poco lo que avanzamos; las rivalidades entre el liderazgo de Andrés y el de Aristóbulo se traducían en un sordo enfrentamiento entre Guayana y Caracas.

Nosotros desde la Dirección Regional dimos una feroz batalla por preservar la organización; prácticamente me convertí en conferencista, iba a los estados y reunía a los cuadros principales, preparándonos para tener la mayoría de la militancia en caso de división, además de hacer el análisis de la coyuntura política: La Causa R se iba para la derecha o se afianzaba como factor de izquierda.

Estas contradicciones internas, el llamado a la abstención de Chávez y el MBR-200, y el sectarismo con el que se trató esta reelección — pues la Dirección Nacional no aceptó ningún tipo de alianzas como la que proponía el MAS, MEP y otras fuerzas de la izquierda como BR y LS —, hicieron que por miserables ocho mil votos Aristóbulo perdiera las elecciones municipales y le pusiera un clavo más al ataúd de La Causa R. De ahí en adelante, con 43 parlamentarios y una política de calle, tratamos de perfilar una política de izquierda y el no desmembramiento de nuestra militancia.

El debate nos lleva a la redefinición de LCR como organización y el cambio de su dirección nacional. Se da el primer enfrentamiento público entre ambos sectores por la Secretaría General, que hasta ese momento estaba en manos de Pablo Medina, y el grupo Guayana proponía a Lucas Matheus en sustitución de aquel. Frente a aproximadamente 600 delegados de todo el país, la pugna entre sus principales líderes hizo que casi se rompiera la organización en ese espacio. Se intentó una conclusión de compromiso,

proponiendo al Cojo Lira para la Secretaría General; este denuncia el pacto y se cuadra con Lucas y su equipo.

Salimos de ahí sin conclusión, pero con la sensación de estar haciendo lo correcto al enfrentar las posiciones de derecha en nuestro partido. La Causa R, ya a esas alturas, dejó de ser un “movimiento de movimientos” como fue su concepción al nacer, para constituirse como lo que en realidad era desde hacía bastante tiempo: un partido político carente de política, de plan para el poder y —lo que es peor, a mi juicio— de vocación para el poder.

Dos meses después se haría una nueva reunión en Valencia, donde los de Caracas íbamos dispuestos a todo. Según me confesó un compañero de Guayana, Ángel Marcano, las instrucciones que llevaban era acabar con la reunión si no se llegaba a un acuerdo. En esa, luego de un debate bastante fuerte, Pablo, Alí, David Paravisini y Carlos Melo aceptan a Lucas Matheus en la Secretaría General y se solventó, por lo pronto, el fantasma de la división que se respiraba en el ambiente.

En ambas asambleas, sin querer, me tocó asumir algunas posiciones de cierta relevancia: en la primera, en un discurso acusé a Lucas de tenerle miedo a la militancia y que por eso las maniobras a las que nos querían someter. Luego, asumiendo en nombre de mis compañeros de Caracas la fórmula de transacción acordada por los miembros de la Dirección, lo cual me valió un enfrentamiento con Aristóbulo, quien nos acusó de sabotear su intervención ya que, en medio de su arenga y producto de su cuadro con Lucas, fue pitado por la delegación de Caracas. Por primera vez el Negro vio sometido al escarnio su liderazgo, pues —como dije ese día—: “A propósito de Bertolt Bretch, si el pueblo se opone al Comité Central, disolvemos al pueblo y ratificamos al Comité Central”. Y esa Dirección quería sellar su viraje a la derecha, endosándole a la militancia su futura traición.

En la segunda, Paravisini, quien coordinaba la mesa en la que yo estaba, me dice que tanto Alí como Pablo habían reconocido la designación de Lucas en la Secretaría General. Mi respuesta en nombre de los cuadros de Caracas fue que felicitaba a ambos por

haber recuperado la confianza en el compañero en apenas dos meses de la crisis, pero que el mandato de los delegados de Caracas era llevar hasta el final la decisión y que debían derrotarnos en el debate y no en componendas entre “gallos y medianoche”. Con eso, aun asumiendo el pacto tácito al que se había arribado en Valencia, se ganó tiempo para lo que a futuro era inevitable.

En 1996 Andrés sorprende con una declaración pública, conminando a aceptar la división “como necesaria” y a tratar de garantizar que su facción se quedara con las siglas y recursos. El día de esa declaración estábamos realizando un pleno regional de Caracas y ahí coincidió el Cojo, quien estaba en la reunión como miembro de la Dirección Nacional y que —una vez al tanto de la jugada de Andrés y Lucas— tuvo que asumir la postura de la asamblea, que era de rechazo a que se ventilara la división por los medios de comunicación, máxime cuando en distintos estados se estaban dando estos plenos. Aristóbulo, que no sabía absolutamente nada de lo que estaba ocurriendo, quedó al descubierto, toda vez que él había defendido las posiciones de transacción arribadas meses antes de esta declaración.

Eso marcó la división entre La Causa R de mayoría, a la que llamaban medinista, y la de Andrés como cabeza visible. Estuvimos así casi un año. Continué con las conferencias por todo el país, esta vez para tratar de captar la mayor cantidad de militantes posibles frente a la política de derecha de Andrés, Lucas y su gente, e incursión por primera vez en el mundo sindical.

Este escenario lo tenían casi como monopolio los dirigentes del Nuevo Sindicalismo: Ramón Machuca, Alfredo Ramos, Tello Benitez, entre los que me acuerdo, y cada uno con sus áreas de influencia en Sidor, Cantv, etcétera. A través de la edición de un nuevo periodiquito llamado *Causa R mayoría*, nos preparamos para captar la mayor cantidad de cuadros posible de la agonizante Causa R. El balance no fue malo. La mayoría de la Dirección Nacional, la mayoría de los Parlamentarios, la mayoría de los equipos regionales incluida Guayana, se plegaron a nuestra mayoría; si las estadísticas

no me fallan, creo que arrastramos detrás de nosotros a más del 85% de los militantes, simpatizantes y activistas de la organización.

Irónicamente, Andrés —imagino que fue por su influencia como antiguo dirigente metalúrgico— se llevó consigo al grueso de los dirigentes sindicales agrupados en el Nuevo Sindicalismo. Los que se destacaron por su profunda ausencia de conciencia política y de clase, y los que se supone que la tenían, como Alfredo Ramos, la echaron por la borda en eso que Clemente Scotto denominó “crisis de realismo”; estos personajes se tragaron hasta la hez de la máxima de Fukuyama: que estábamos en presencia del “fin de la historia”.

Una vez consumada la división, se realizó en la iglesia de San José una reunión con quienes quedamos de este lado de la talanquera. Clemente, Pablo, Alí, el negro Uzcátegui, Aristóbulo, Lelis Páez, María Cristina, el Cabito, Julio Chirinos, Roger Capella, David Paravisini, Albert Reverón y yo, entre otros, comentamos por primera vez el cisma producido y por primera vez algunos de ellos escucharon sobre nuestra participación en las rebeliones de 1992. Lelis, por ejemplo, a cada rato repetía como un casete: “No puede ser”, con una incredulidad y asombro que conmovía. Resulta que en todos esos años, en nombre de la confianza, el consenso y la política, convirtieron a muchos cuadros en “pendejos útiles” hasta ponerlos en nuestra contra para facilitar sus propios planes.

En medio de eso, junto con Orlando Castillo y Régulo Barreto contacté a compañeros del sindicato del Metro, como Luis Primo; de Cadafe, Daniel Durán y Joaquín Malavé, y otros que fueron apareciendo en el camino para reconstruir el espacio sindical que abandonaban nuestros excompañeros.

Hicimos las primeras reuniones en la sede parlamentaria y sacamos un nuevo periódico entre Orlando y yo, llamado *Trabajadores*, donde comenzábamos los rudimentos de una postura de La Causa R mayoría que entonces dirigía Pablo Medina; entre los dos lo escribíamos y yo lo diagramaba.

En ese pugilato se convocó una reunión nacional para levantar un acta que legitimara la Dirección Nacional de La Causa R ante los organismos legales, y es así como en septiembre de 1997, en el

Salón Naiguatá del Hotel Tamanaco, se realiza esta asamblea con alrededor de 600 delegados de todo el país; la mayoría —como ya dije— de los equipos regionales, los parlamentarios y la inmensa mayoría de la Dirección Nacional, incluidos algunos que, a nuestro juicio, hasta por sus vínculos históricos debieron acompañar a Lucas y Andrés en la liquidación, y lamentando por otros que sinceramente creímos que en esta confrontación nos iban a acompañar.

Como quiera que sea, Andrés cobró bien su traición del 2003 y el CSE les da la representación de las siglas, cerrándose para nosotros un capítulo más en esta lucha por conservar la política. Es triste que una de las personalidades históricas de la revolución se vio escamoteada al ubicarse Ana Brumlick del lado de La Causa R, entregándoles a ellos el archivo histórico de Alfredo Maneiro, como custodios de su memoria, en vez de entregarlo a los factores revolucionarios que insurgimos contra la política derechizante y traidora de las concepciones revolucionarias.

Recuerdo que debutamos en octubre, en un evento realizado por el Congreso y el Parlamento Latinoamericano que fue “La deuda externa y el fin del milenio”, aprovechando la presencia de Pablo en la vicepresidencia con “Patria Para Todos”. Sonaba extraño aún usar otro nombre, acostumbrados como estábamos a LCR; Farruco Sesto fue el artífice del nombre, el color azul y el símbolo que lo identifica como partido; la rosa de los vientos o la estrella de cuatro puntas. Varios compañeros se activan, entre ellos Luis Primo, pues ya no ven con desconfianza la Dirección Política —que tenía secuestrada la camada que se fue—. Y junto con quienes ya mencioné empezamos los ensayos de organización de los trabajadores, bajo una concepción de un movimiento de trabajadores que no tuviera la impronta del partido, pero que reflejara en su debate y accionar las ideas que se transformaban en el debate del PPT; así nació, como primer intento, el Movimiento por la Refundación Sindical, pero lo liquidamos rápido porque los compañeros bromeaban que la sigla “Refunsin” sonaba a jarabe para la tos.

Con estos pocos activos comenzamos a participar en diversas iniciativas populares, las cuales, dentro del sectarismo y la miopía

política que teníamos en LCR, no frecuentábamos desde los tiempos del paro de Caracas y las acciones post 4F. Unas de estas iniciativas fueron la Coordinadora Popular de Caracas y la Coordinadora en Defensa de las Prestaciones Sociales. Si algo demuestra lo farisaico de la “alternancia democrática” del bipartidismo es que si bien el pueblo enfrentó a Carlos Andrés Pérez por sus pretensiones neoliberales, la gestión de Rafael Caldera —teniendo como pivote a Teodoro Petkoff— fue a profundidad en imponer los dictámenes del Fondo Monetario Internacional, y en nombre de su estabilidad llevó a niveles astronómicos la inflación y, peor aún, se lanzó en una carrera privatizadora: Cantv, Sidor, el desmembramiento del sector eléctrico en un archipiélago de “empresitas” y con la gravedad en un acuerdo tripartito Fedecámaras.

La CTV y el gobierno de Caldera firman la liquidación de las prestaciones sociales; este acto sin precedentes, que lesionaba un derecho fundamental de la clase obrera, contó con el consenso de quienes en nombre de los trabajadores estamparían su rúbrica en la nefasta acta de acuerdo, que con tantos bombos y platillos anunció Petkoff en apoteosis de infamia. Adecos, encabezados por Federico Ramírez León; copeyanos, encabezados por Carlos Navarro y Marcela Máspero, arteralmente entregaron nuestro derecho. Dentro de sus propias filas se produjeron escisiones importantes, gente que nunca fue de izquierda: como una ola levantó su voz de protesta contra la felonía neoliberal Egleé Sánchez, dirigente gráfica de Copei. Wilmer Nolasco, dirigente del sector construcción del MEP; Emilio Platt, dirigente del cemento independiente, junto con nosotros denunciaron una y otra vez y se negaron a firmar el acta de compromiso que legitimaba el desmantelamiento del Estado.

Algunos de ellos, como Marcela Máspero, niegan hoy su participación en esta estafa social, alegando que no era diputada cuando se privatizaron Sidor o Cantv o cuando se liquidaron las prestaciones sociales. En su caso es mucho peor, pues lo realizó como jefa indiscutible del Frente de Trabajadores Copeyanos-FTC y que, como perfecto comodín de Acción Democrática en el poder, desde su representación sindical aprobó todo lo que los desclasados

le pusieron por delante. Hoy, como supuestamente conversa, pretende ser más chavista que Rosa Inés y se coloca en el discurso a la izquierda de Lenin. Su conducta me hace recordar aquel pasaje de un personaje de la Revolución bolchevique llamado Malinowsky, quien jugó roles importantísimos en la dirección bolchevique; llegó a ser representante de su fracción en la Duma zarista y con el triunfo de la revolución, al revisar los archivos de la “Ojrana” — policía política de la monarquía — resulta que era un infiltrado que tenía más de 10 años pasándole información al enemigo y delatando a sus camaradas revolucionarios. Muchos cayeron por sus arteras delaciones. ¿Por qué Malinowsky me hace recordar a Marcela? Porque cuenta la leyenda leninista que Malinowsky siempre se destacó por ser el más radical entre los radicales, el más osado y arrojado militante. Todo esto como fachada para facilitar su labor de zapa en las filas de la revolución.

Inmediatamente nació, el PPT comenzó su nueva diáspora, toda vez que el cambio de siglas y lo que habíamos vivido los dos últimos años no rompieron de manera definitiva con las viejas prácticas que heredamos de LCR. Paralelamente al proceso de fundación del PPT, el movimiento MBR-200 estaba en su propio debate, con Chávez a la cabeza, en el sentido de mantener el carácter insurreccional de la organización o transitar como válido el camino electoral negado en 1995. Sin entrar en ese análisis, creo justo decir que ese cambio parecía extraño y — como dije antes — hubo muchísimas cosas que nunca fueron aclaradas ni el 4F ni el 27N, por lo tanto, la brecha entre los que estuvimos en ambas acciones se hacía cada vez más ancha.

Al fin, en ese mismo 1997, con un fuerte desprendimiento desde la izquierda a través de Domingo Alberto Rangel a la cabeza, Chávez y el MBR-200 deciden participar en las elecciones de 1998, produciéndose la creación del Movimiento Quinta República; con esa genialidad publicitaria nace un aparato de masas denominado MVR, que se asemejaba fonéticamente al MBR-200 que no podía — por razones legales — usar los símbolos y colores de la bandera y el escudo nacional.

En las desavenencias que existían, debo reconocer que muchos de nosotros estuvimos envenenados por un discurso antichavista. Por lo que se debatía en el interior de la dirección, de loco para arriba decían del líder y, debido a su poca experiencia mediática y a la misma inexperiencia como luchador político-social, desconfiábamos de su discurso y sus intenciones. Pablo tuvo mucha influencia en eso; sin embargo, Alí y otro grupo de compañeros sostenían la tesis contraria: que una vez despejado el panorama electoral, debíamos avanzar en torno a la candidatura de Hugo Chávez.

En medio de esa polémica, busco una reunión con Alí y una mañana en su casa le hago estas mismas reflexiones sobre Chávez y sobre lo ocurrido en el 92. Ante mi asombro, replica que lo correcto era apoyar una vasta alianza, con Chávez a la cabeza, y que él con toda su trayectoria y carisma lo apoyaba; sobre la tesis de que si buscábamos un político de izquierda como los que conocíamos, estábamos equivocados en la apreciación. Que él no dudaba del carácter revolucionario del líder y su capacidad para intuir y asumir los retos más importantes en la construcción de la política; eso, aderezado con lo que habíamos reflexionado en la crisis de La Causa R: que unas vez rotas las relaciones en 1991, nos habíamos quedado sin plan para el poder y mucho menos plataforma para construir la nueva Venezuela. Con tales elementos en la mano, me convertí en defensor de esa política de unidad y, a diferencia de los años anteriores, intenté deslastrarme de todo síntoma de sectarismo y buscar la unidad como fórmula para la construcción revolucionaria.

En esos días, en un esfuerzo financiero sin precedentes, comenzamos a editar el periódico *Patria*. Esfuerzo editorial de la Dirección Nacional dirigido magistralmente por Alberto Nolia, periodista que se destaca por saber la vida y obra de toda la clase política venezolana y por sus muy aguzados comentarios sobre el acontecer político; posee aún hoy una lengua de hacha capaz de derribar las más conspicuas personalidades de la fauna política venezolana, y cuidado si no más allá. *Patria* vería alrededor de 10 números, como

medio de difusión de nuestras ideas. Formé parte de su equipo editorial, encargado de la parte de los trabajadores y el movimiento sindical, antes de que la lucha interna lo liquidara.

Después de un arduo debate en enero de 1998, el pleno nacional de cuadros del PPT — al cual asisto en calidad de dirigente regional y fundador— decide la participación electoral con Chávez, pero una maniobra de Pablo impide que ese acuerdo se haga público; calculo yo que era para ganar tiempo, a ver si se implementaba otra política distinta a la acordada ese día. Desde noviembre de 1997 algunos compañeros como Lelis Páez, María Cristina Iglesias y Pedro Duno aupaban, contra todo pronóstico, una candidatura con “perfil propio”; eso escondía las pretensiones de Pablo de convertirse en el candidato presidencial del PPT. Alí atajó la maniobra, declarando en la reunión de la Dirección que el acuerdo era apoyar a Chávez y que esa posición era mayoritaria entre los militantes de base y los principales dirigentes regionales y nacionales del partido. La reacción de Pablo fue muy virulenta, acusando a Alí de deslealtad al haberse adelantado a lo acordado.

En febrero, siendo ya incontenible la presión de la militancia, se hace el primer acto de incorporación a la campaña de Chávez y a servir de puente para que otros factores se adhirieran a la candidatura. En lo que a mí correspondió, me incorporé al naciente Frente Nacional Constituyente de los Trabajadores con Luis Primo y Orlando Castillo, siendo este mi primer acercamiento a muchos factores amigos con los cuales no compartía desde los días del 92, y que mucho antes que nosotros se incorporaron en el esfuerzo de hacer a Hugo Chávez Frías Presidente de la República.

Allí me reencontré con Nicolás Maduro, a quien no veía desde 1991 y como Director de Movilización del MVR le correspondía la tarea de organizar los trece frentes que se crearon para esos días. En ese espacio incorporé noticias y visiones a la redacción de *Patria* que salía semanalmente.

Las divergencias internas comenzaron a aflorar, pues si bien estábamos incorporados a la campaña del Polo Patriótico, producto de las contradicciones entre PPT y MVR —en medio de

las negociaciones electorales — se inició una pugna por quién hacía primero las cosas. En el FNCT quizás era uno de los pocos escenarios donde apostábamos a la unidad de objetivos, pero si PPT hacía un acto más o menos grande, el MVR tenía que superarlo; si el MVR adelantaba una política, desde el PPT se respondía tratando de hacerla mejor. En honor a la verdad, ambas organizaciones hicieron lo suyo para tratar de hegemonizar la candidatura y los cargos a diputados, senadores, etcétera.

Aunque siempre actué con lealtad hacia la Dirección Nacional del PPT, no estaba al margen de las contradicciones que poco a poco se iban generando. Las primeras defecciones que se producen son Carlos Melo y Mari Pili Hernández; ambos abandonan las filas azules y se van con todo y mochila al MVR, en una especie de presión para que se asumiera de una vez por todas la incorporación a la candidatura; luego se van alejando otros compañeros, mientras los que manteníamos una posición unitaria recibíamos injustos ataques de nuestros compañeros.

En el FNCT trabé relación con compañeros de distintos sectores sindicales: Oswaldo Vera, José “Chino” Khan, Reinaldo García y Oscar García, que eran parte de la dirección del Frente; al principio me veían con cierto recelo por recordar esa etapa de sectarismo y, por qué no, de infantilismo, de mis tiempos en La Causa R. De hecho, el objetivo de su presencia en el FNCT, junto a José Félix Escalona, era el de marcarme; mi fama de sectario me antecedió. En poco tiempo se eliminó esa desconfianza, al punto que he hecho política con ellos desde entonces; eso lo pude evidenciar porque en el periódico *Patria* regularmente salían las noticias y posiciones del Frente, sin mezquindad y discutido colectivamente entre nosotros. Juntos nos tocó enfrentar posiciones que ponían en peligro la política, como el Primero de Mayo de 1998: como ya era tradición, sacábamos frente a la CTV la marcha alternativa y los asesores de Chávez inventan llevarlo a esa marcha, hasta que en una salida salomónica deciden que no participe en ninguna, siendo Nicolás su vocero en nuestra marcha.

El FNCT se reunió con el candidato Chávez como uno de los 13 frentes constituyentes, fundados con los distintos movimientos sociales que acompañaban su aventura electoral. Existían expectativas varias, pues sería la primera vez que estaría frente a frente al líder del proceso. Ahí explicó con detalles el porqué de la candidatura. No hay que olvidar que Chávez en 1996 llamó decididamente a la abstención y a no reconocer los árbitros electorales ni las candidaturas, apostando a un proyecto insurreccional cívico-militar; explicó, además, los escenarios posibles para la victoria, la necesidad de la mayor incorporación posible de factores políticos y sociales, y lo llamó el “escenario francés”. En ninguno de los escenarios propuestos por el Comandante aparecía una eventual derrota. Yo, imprudente, tímidamente alcé la mano y con mucha vacilación le manifesté que vista toda la exposición en esta campaña, no se contemplaba por ningún lado una posible derrota de nuestras fuerzas, olvidando que todo el engranaje del Estado estaba en manos de las clases dominantes, así como el CSE, la CSJ y demás instituciones. Me miró fijamente y tuvo una sola frase que se me quedó grabada en la memoria: “Tenemos prohibido perder, no cabe el fracaso ni la retirada; si nos derrotan habremos perdido todo”. Lo dijo con tal gravedad, que dejó mudo al auditorio, no sonaban ni los zancudos; tan fuerte era la convicción de la victoria y la fuerza con que transmitía su furia verbal.

El último año electoral estuvo signado por el derrumbe de la derecha. Durante el año 1998 el mundo político se dedicó a posicionar a sus candidatos. Hugo Chávez, quien arrancó con un escaso 5%, construye a su alrededor una gran alianza popular con los más disímiles personajes y organizaciones, donde había de todo: MAS, MEP, PCV, PPT, IPC, sectores disidentes de AD y Copei, hasta gente medio fascista y del movimiento popular de izquierda: trabajadores vecinales, estudiantiles; en fin, una abigarrada unidad que le acuñaron el nombre de Polo Patriótico por su muy marcada carga de nacionalismo de todos los pelajes. En el otro estaba perfilándose un variopinto menú candidatural; Alfaro Ucero “El caudillo”, en AD, Irene Sáez —tamaño ironía de la vida— lanzada por Copei. Y

La Causa R... daba grima ver los colores azul y amarillo que tanto imprimimos y la famosa R al revés; es decir, aquel aguerrido y original grupo fundado por Alfredo Maneiro en los años 70, gracias a las trapisondas del conjurado Lucas y su monaguillo Andrés, dio su último paso hacia el abismo que lo caracteriza hasta hoy, cada vez más enchiquerados en las viles jugadas de la oposición bufa de la década transcurrida. Como una mercancía cualquiera con calcomanías y propaganda con Irene y la R al revés; claro, a la luz de lo que se convertiría este partido, en vez de ellos cambiarle la R en la conciencia a la *miss* Universo, ella les enderezó la R a los hasta, hace poco, radicales. Bandera Roja, que en un principio se acercó a Chávez, fue corrida por la alianza; al que no lo pudiera entender, de las pocas cosas que siempre se supieron es que —salvo las excepciones que están en el proceso como Blanca Eekhout, Daniel Hernández, Abdón Ruiz, cariñosamente el “Loco Pepe”, el gordo Pedro Penso, Luis Figueroa, Carlos López, Rodolfo Ascanio, Elías Jaua y otros que no recuerdo— eran los cuerda floja de la oscura política que siempre los caracterizó. Hoy son, sin lugar a dudas, la guardia pretoriana y perros de presa de la derecha más recalitrante de este país. Y Salas Römer, un gris personaje excopeyano postulado por Proyecto Venezuela.

A medida que se desarrollaba la campaña, ese 5% fue creciendo como “río en conuco” y las candidaturas de la derecha se desinflaban aceleradamente. La primera maniobra de la derecha, aún con el control del poder y sus expresiones, fue separar las elecciones parlamentarias de las presidenciales, pues como ya se oía su derrota se les acabó el *glamour* e hicieron todo lo posible por frenar el arrollador ascenso de la candidatura del Comandante. En medio de sus maniobras y ya seguros de lo inevitable, intentaron unificar alrededor de un solo candidato sus frustrados intentos: por un lado, el CEN de AD le retira el respaldo a su propio caudillo para dárselo a Salas Römer; lo propio hizo Copei con Irene, y la cenicienta sin zapatico de cristal de La Causa R de la noche a la mañana se quedó sin candidato, toda vez que la glamorosa Irene no iba a salir retratada sola con la plebe. Por esta razón, en un mal remedo

de la primera candidatura de Andrés en 1983, lanzó a Alfredo Ramos; así estarían, que Lucas —que todavía era el flamante secretario general de ese cascarón— en una entrevista le preguntaron por qué no se lanzaba él a la candidatura con perfil propio, y dentro de su laconismo clásico respondió que tenía sentido del ridículo como para creerse candidato. Llama a risa, pues Alfredo quedaría entonces como el triste bufón que a la larga —y a la corta también— se convirtió.

El día de las elecciones también actuamos juntos. En un carro proporcionado por nosotros recorrimos como observadores los distintos centros de votación y se convirtió en tradición hacer un solo esfuerzo en las elecciones. Un nuevo esfuerzo, un nuevo ensayo. Una vez confirmada la victoria del comandante Chávez, por riadas en todos los rincones del país la gente se concentraba emocionada saboreando ver a un Chávez victorioso, llamando a cumplir su principal y única promesa electoral: la convocatoria a la Asamblea Constituyente, inmediatamente asumiera la Presidencia de la República. Se repitió la escena de Aristóbulo, esta vez frente al Teatro Teresa Carreño donde una multitud espontáneamente se congregó a esperar el boletín oficial del CSE, anunciando que el comandante Hugo Rafael Chávez Frías se convertía en el décimo y último presidente de la IV República, y en el primero de la V República.

Doce años de revolución y trece de gobierno

Luego del 6 de diciembre, Nicolás nos informa que había que hacer un gran evento de trabajadores; agarrando todo diciembre en su preparación, la efervescencia del triunfo movilizó a todo el mundo y el 29 de diciembre, cuando normalmente la gente está en sus fiestas de fin de año, convocamos en Parque Central la reunión organizativa de todas las tendencias y grupos que gravitaban alrededor de la política bolivariana; desde los trotskos hasta oportunistas, como Ronald Golding, acompañaron el esfuerzo que nos llevaría el 27 de enero a realizar un monstruoso evento en Los Caracas, con más de 1.400 delegados de todas las tendencias del

país, para acordar la política que desarrollaríamos — ahora desde el poder —, tanto en materia laboral como hacia la CTV.

Dentro del PPT la contradicción se agudizaba. Los celos entre los distintos bandos se acrecentaban: entre los que pugnaban por una política desmarcada de Chávez y el gobierno, y los que creíamos que era el momento de construir la unidad. Así, construyendo la política con esas divergencias, me toca asumir la coordinación de la FNCT, que se reunía religiosamente en el Sindicato Gráfico de Caracas en la Avenida San Martín.

El Frente tuvo su momento de auge cuando se promulga la convocatoria a la Asamblea Nacional Constituyente, pues con muchísimo entusiasmo nos dedicamos a recorrer el país difundiendo el debate que se libraría en este escenario. En mi fuero interno, confieso que me hubiera gustado ser constituyente, pero lejos estaba de padrinos y de las negociaciones políticas que se realizaron entre las organizaciones políticas de la Alianza. Así que cada quien puso a quien tenía en sus entornos más inmediatos y, como en el propio PPT no tenía a nadie que me apadrinara; aun cuando desde la FNCT propusimos algunos candidatos, ninguno entró y en el propio MVR la lucha era tenaz por un puesto en la ANC. De verdad me hubiera gustado rubricar el instrumento que dio paso a la construcción de la Revolución Bolivariana.

Trabajamos arduamente sacando periódicos, folletos; incluso redactamos una propuesta de Ley Constituyente que fue el decreto de emergencia sindical, lo cual provocó hasta una visita a Venezuela de una delegación de la OIT por el giro que tomaba el asunto sindical. Varios compañeros nos tildaron de locos y en un rico debate redactamos esta ley. Pero la mano peluda de Luis Miquilena lo hizo público antes de presentarlo en las sesiones de la ANC, y lo descalificaron como instrumento para sacar del secuestro al movimiento sindical.

Assumiendo que la Asamblea Nacional Constituyente se entendía como un instrumento supranacional, la Dirección del Frente redacta un decreto de emergencia sindical que, así como ocurrió con el Congreso de la República, disolvía las

instancias sindicales como CTV, CUTV, Codesa, CGT y todas las instancias sindicales, para ir a un proceso de unificación sindical con el concurso de todos los trabajadores del país. El depositario del decreto fue Froilán Barrios, a los efectos constituyente por el estado Zulia y por la FNCT. Se dio un intenso debate en el seno del Frente. José Ramón Rivero, con cara de asombro, estupor e incredulidad, como enlace con los compañeros de Guayana nos acusó de estar locos y que no contáramos con ellos para semejante aventura; no ahorró epítetos para descalificar nuestra osada propuesta de decreto. Otros, como Armando Guerra, no sin reticencia firmaron el documento para retractarse al día siguiente con horror, una vez que Anahí Arismendi, una compañera periodista de nuestros tiempos de los años ochenta, quien era su pareja, literalmente le “armó un peo” por haber rubricado nuestro texto.

En el propio seno del PPT se libró un durísimo debate, pues Aristóbulo, a los efectos primer vicepresidente de la ANC, cuestionaba el decreto de emergencia sindical; yo, que no acostumbro a quedarme callado, le espeté que no confiábamos en la directiva de la Asamblea por lo cual conminábamos a abrir el debate en todas las instancias, siempre argumentando el carácter supranacional de la ANC.

Mientras tanto, salió en las primeras páginas de los principales diarios nacionales el decreto con pelos y señales. Yo estoy convencido que Froilán le entregó copia del documento a Miquilena y este, a su vez, lo filtró a los medios. Nos dieron con todo y desde todas partes. Eso provocó una reunión del Frente con la directiva de la ANC. Yo había conocido a Luis Miquilena en la campaña electoral y por segunda vez lo veía; soberbio, con su tabaco cubano en la mano, nos recibió con Aristóbulo en el despacho de la Asamblea Nacional. Aristóbulo, quien abre la reunión, arranca comentando el debate que desde el Frente se suscitó y muy sonriente dice que el problema estribaba en que nosotros no confiábamos en él. Nos respondió que no se trataba de confianza sino de “alta política”, por lo cual, con desdén, rechazaba nuestro intento legislativo de arrinconar a la mafia sindical puntofijista. Miquilena no creía en la sustitución de la CTV, muy por el contrario, estimulaba la “unificación” de todo

el movimiento sindical venezolano en la CTV. Miquilena simplemente escondía su intención de mediatizar la gestión de Chávez en ese plan gatopardiano de que todo cambie para que todo quede igual.

Tanto dieron, con don Luis a la cabeza, que aceptaron una misión de la OIT que atendía denuncias de violación a la libertad sindical, abortando nuestro decreto de emergencia sindical —para alivio de José Ramón y los compas de Guayana—, y se produjo a instancias de la ANC un diálogo sindical en la sede del Palacio Federal Legislativo.

De alguna forma el decreto de emergencia sindical se convirtió en una muy rentable noticia, por tal razón me invitaron a un programa de TV donde compartí el panel con Alfredo Ramos sobre el decreto y la realidad del mundo sindical venezolano. Confieso que todavía me quedaban restos de simpatías, respeto y afecto por Alfredo Ramos y me alegré de verlo después de tantos años. En el programa, este se dedicó a generalidades y lugares comunes como para no comprometer sus opiniones; con el tiempo me daría cuenta de que Alfredo, como la inmensa mayoría que se quedó en LCR, desde hacía mucho tiempo le vendieron su alma y principios al diablo burgués, por eso su connivencia con AD y Copei les impedía fijar una posición por lo menos decente. Yo aproveché para desenmascarar a la CTV y, como siempre, dijimos: “Más fácil es elegir al presidente de la República que al presidente de la CTV”; y de colofón denuncié a Manuel Cova, pues este personaje, todo un *gentleman* del sindicalismo, cobraba como delegado sindical en varias construcciones, aparte de ser dueño de varias constructoras. Supe, tiempo después, que los adecos o, mejor dicho, todos los sindicalistas estaban pendientes del programa. Un amigo me alertó que Cova pegó el grito en el cielo cuando me vio denunciándolo como lo que siempre ha sido: un gánster en el sindicalismo venezolano.

En una actividad promovida por el MAS me tocó intervenir y cuando terminaba me abordó el iracundo Cova; al verle las manos y estando solo pensé: “Si este señor me da un manotazo, me desbarata todo”, entonces subí el tono de mi voz para llamar la atención...

primero muerto que bañado en sangre. Me dijo que yo era un irresponsable al manchar su nombre en los medios, bla, bla, bla; casi gritando, le respondí a su diatriba que no me culpaba de su rayada imagen, que esa información la había suministrado su propia gente de Cariaco en el estado Sucre y el expediente que reposa de él en los tribunales, cuando fue expulsado de AD y del Sindicato de la Construcción donde era dueño y señor (aunque después lo volvieron a recoger), y del tiempo que estuvo preso en la Cárcel Modelo de Caracas por choro. El capítulo terminó cuando el compañero José Arias, mi compadre “Cepillín”, se acercó amenazante y me preguntó en voz muy alta: “¿Algún problema, compadre?” —aunque seguía siendo desigual la pelea: el compadre flaquito y yo medio mocho—. Manuel Cova se achicopaló y se retiró rezongando. Creo que poseer nosotros su expediente penal es una de sus principales debilidades, pues con qué moral defiende algo si fue repudiado por choro y estuvo preso como tal.

En plena campaña para la redacción y aprobación de la Constitución, se sucedieron hechos que pusieron en peligro la posibilidad de enterrar —por lo menos en la intención— a la vieja República. Las múltiples emboscadas políticas que tuvo y un hecho natural que explotó días antes, teniendo como cenit el mismo día de la consulta sobre la Constitución. En el primer caso, los agazapados agentes enemigos, así como delataron el decreto de emergencia sindical, intentaron meter gazapos como la aceptación de posibles “asociaciones estratégicas” en las empresas básicas y estratégicas, la fulana doble vuelta electoral; y la definición de “descentralización y federalismo” que dibujaba aquel intento neoliberal de dismantelar al Estado, por la vía de entregar las responsabilidades a gobernaciones y alcaldías. Entre la denuncia y la movilización logramos parar las maniobras de nuestros “quintacolumna”, que por varias trochas buscaron quitarle la esencia al cambio propuesto por Chávez desde los duros días de la prisión y la campaña presidencial de 1998.

El otro, un acontecimiento fortuito, incalculable; la naturaleza cobrando el uso y abuso que ha hecho de ella en su afán

depredador el ser humano. Desde octubre se desató una pertinaz lluvia en el Waraira Repano, en las cabeceras de ríos y manantiales. Los últimos 15 días de diciembre la ira natural buscó corregir lo que la mano humana había destruido o modificado a su capricho. El 15 de diciembre, mientras acompañábamos a Oswaldo Vera a ejercer su voto en La Guaira, la lluvia casi hace que nos devolviéramos a Caracas. Por todos lados nos llegaron reportes de inundaciones y la furia incontenible de las aguas, que en todo el estado Vargas arrasaba con lo que encontrara a su paso. Hasta el día de hoy no existe una cuantificación de la cantidad de muertos que se sucedieron en cuestión de días. El pueblo, desafiando a la naturaleza, concurrió masivamente a respaldar al Comandante en una votación sin precedentes en toda nuestra historia republicana. Y es la primera vez que la Carta Magna de la República se debatió, se redactó y se aprobó por un pueblo movilizadísimo. Más del 70% del electorado le dio un SÍ rotundo a la Constitución Bolivariana, frente a un 28% del NO opositor. Mientras tanto, la madre tierra cobró lo suyo: miles de muertos y desaparecidos, poblaciones arrasadas hasta las cimientos y una población en *shock* por el castigo tan feroz de la lluvia y la tierra.

Cuando nos recuperamos, Oswaldo me pidió que lo acompañara a buscar a su familia; llegamos a la casa de sus padres y el desolador cuadro impactaba por lo dantesco. A unos metros de la casa un cadáver nos dio la bienvenida, tapado con una lona y atiborrado de cal para evitar la proliferación de la descomposición. Constatamos que su papá estaba bien, encerrado con chopo ante cualquier intento de invasión, y de tal hijo tal padre: se negó a salir para llevarlo a lugar seguro en Caracas. Como pudimos, llegamos más allá de la Plaza El Cónsul y hasta donde se encontraba la madre de sus hijos mayores. Otro infernal cuadro de desolación. Cabe decir como los literatos: un silencio de muerte nos saludaba a nuestro paso. Al llegar, volteo y veo decenas de carros, unos arriba de otros, que arrastrados por las aguas se amontonaron en una calle cercana a la principal. Hablamos con la compañera y, como el papá de Oswaldo, se negaba a salir de su casa, toda vez que se corría el

riesgo de saqueos e invasiones mientras persistiera la situación de emergencia que desde el 15 de diciembre impactaba al país. Al fin la convencimos y la sacamos para la casa de otros familiares en Montesano, en la entrada de La Guaira.

Un hecho, para mí terrorífico, fue ver un cadáver sin cabeza y maltrecho entre los vehículos que mencioné, y la imperturbabilidad de quienes hacían labores de escombreo y salvamento, que especulaban sobre la edad, procedencia y la más macabra de las preguntas: ¿Dónde está la cabeza? En el ínterin, habíamos dejado a mi cuñado David que salió a Catia La Mar a rescatar a Abimael, que si bien estaba en una zona no tan castigada, sí estaba sometida a la acción del hampa al igual que el resto de Vargas.

Así se aprobó el 15 de diciembre de 1999 nuestra Constitución Nacional, bajo las aguas, enfrentados a un suceso natural de magnitudes catastróficas, pero con una gran decisión popular de refrendar su voluntad para respaldar los cambios que se iniciaban en Venezuela.

A ojos vistas y cumplido su cometido, el Frente Nacional Constituyente de los Trabajadores debía transformarse para estar acorde con los nuevos retos que se imponían en la coyuntura política nacional. Por su parte, en el PPT estalla la crisis: Pablo, Aristóbulo y Albornoz fuerzan a montar tienda aparte de la alianza, y lanzarse solamente a las elecciones de relegitimación de ese año 2000, generando un conflicto en la militancia que veía como natural el apoyo a la reelección de Chávez. En nombre de la Dirección Regional de Caracas, y creo que recogiendo el sentir de la mayoría de mis camaradas, acusé a la Dirección Nacional de haber asumido unilateralmente la ruptura con Chávez; pues mientras nosotros estábamos reunidos en la sala 2 de Parque Central, tanto Pablo como Aristóbulo estaban declarando su separación de la Alianza. Eso provocó otras salidas de compañeros que no se calaban estas decisiones; mi posición fue darle libertad a la militancia para que votara como quisiera en las presidenciales. Esa política se pagó cara, pues — salvo Manuitt en Guárico y Liborio Guarulla en Amazonas— el PPT

perdió en todas partes; ni siquiera Aristóbulo con su carisma pudo enfrentar esta debacle.

Allí se mantuvo al margen de esta diatriba, ya que su posición siempre había estado clara con respecto a las maromas de la Dirección Nacional del PPT. Esta crisis permitió ubicar algunas cosas: por un lado, la agonía de la FNCT; me tocó pagar los platos rotos de la política díscola de los azules, cuando los militantes del MVR abandonan la política frentista. Por el otro, por mis divergencias con la Dirección Nacional —y en especial con Pablo Medina— comenzó un proceso de aislamiento contra mí, aduciendo prácticamente una política de descrédito y descalificación por no asumir sumisamente la política oficial del Partido. Así que ya obstinado de esos estira y encoge, y viendo que lo sustancial que nos alejó de La Causa R se repetía con menos clase en el PPT, comienzo a acariciar la idea de salirme y dedicarme, sin las ataduras del partido, a lo que realmente creo que es la unidad, la construcción del espacio de la clase trabajadora y apuntalar la revolución y el liderazgo del presidente Chávez.

El alejamiento de los principales dirigentes del MVR del Frente Constituyente se debió, en parte, a las políticas implementadas por Froilán Barrios, quien utilizando a los desempleados petroleros como su fuerza de choque, debutó en lo que ahora es común en la oposición: la violencia como método de manifestación; luego nos enteraríamos con pelos y señales dónde, cuándo y cómo, sobre todo, cuánto dinero le dieron para ser reclutado por la CIA, la ruta completa de su traición. Por esa razón, regresó de un viaje a Estados Unidos ya en plan de plegarse a la reacción y convertirse —“por la izquierda” — en uno de los que se incorporarían a los planes de conspiración y provocación contra Chávez; con la necesidad expresada por ellos de construir un aparato propio del MVR. Acá la estrategia la impuso Chávez cuando objeta la creación de la Fuerza Bolivariana Laboral del MVR y propone la creación de la Fuerza Bolivariana de Trabajadores, como movimiento que trascendiera a la FNCT y fuera al encuentro de los trabajadores venezolanos.

Por mi parte, me apresté a dar la última batalla en el PPT y asistí a mi última reunión como militante de ese partido. Fue en Villa de Cura, en un retiro que no presagiaba nada bueno; entre bromas y otras actitudes me acusaban a mí, a Vladimir Villegas, a Rodolfo Sanz y a otros del equipo de Miranda de ser infiltrados del MVR en el PPT.

Estoy seguro de que esa especie la dejó correr Pablo Medina para lograr el objetivo de acallar cualquier disidencia que se diera en esa reunión; dimos el debate, ya acordado de antemano. Como ya no tenía más nada que hacer ahí, marqué mi salida planteándole a Pablo su inconsecuencia con la lealtad y la amistad; reiterando mi posición de que sin Chávez no existe plan posible para el poder, y que debíamos apostar a la unidad revolucionaria y no a seguir manteniendo cenáculos como ese, para seguir jugando a la política sin ponernos a la altura del momento histórico, por tratar de imponer un liderazgo que estaba muy por debajo de las expectativas. Pues si de lealtad se trataba, lo habíamos acompañado en el 92 en los dos alzamientos; como dije, en el primero perdí mi matrimonio y en el segundo casi pierdo la vida; más aún, en la refriega de la división le entregamos un Partido al traernos el grueso de la militancia a nuestro lado y todavía más. Lo denuncié frente a la asamblea, pues ya desde esos días estaba convencido de que Pablo tenía su propio plan y esa militancia le estorbaba para poder desarrollarlo. Les recordé que la principal característica de La Causa R de Maneiro tuvo como virtud una incommensurable vocación para el poder, pero que este PPT — heredero directo de esas tradiciones —, sin plan ni vocación para el poder, al convertirse en un fin perdió de vista que cualquier plan para dicho poder, gústele a quien le guste, pasa por el liderazgo de Hugo Rafael Chávez Frías.

En el debate de la Villa pude ver que la gran mayoría estaba de acuerdo conmigo. Lo de Pablo era más que evidente, dados sus vínculos con gente como Ángela Sago, su marido Napoleón Bravo y otros que se destacarían como él mismo durante el golpe de Estado de 2002. Pero en toda sociedad de cómplices se reparten las cargas en compromisos grupales y no por desarrollo de la política. Regresé a Caracas con la desazón de que no tenía sentido mi permanencia

ahí, por tanto, la decisión de irme estaba tomada y así lo hice saber a mis compañeros de la Dirección Regional, Henry Peña, Xiomara Lucena, Ofelia Rivera, Armando Fonseca, Teresa Aguilar y Orlando Castillo; no me tomaron en serio y convocaron a la conformación de la delegación caraqueña para la Asamblea Nacional del PPT. Si bien los estatutos nos daban el derecho a ser delegados natos al cónclave, le restaban participación a la militancia, pues a Caracas le correspondían apenas 25 participantes y solo la DR se llevaba 13; se toma la decisión de dejar que los militantes escogieran los delegados que les diera la gana, renunciando a la prerrogativa estatutaria. Aun cuando todo el mundo sabía que yo estaba de salida, por abrumadora mayoría me eligieron delegado a la Asamblea Nacional del PPT; para mí sería la última. Participé por la decisión de la militancia de Caracas, aunque a los efectos yo ya estaba ido de la organización.

De verdad que la reunión fue una mala repetición de Villa de Cura. Lo sorprendente para mí fue que la gran mayoría de las delegaciones regionales me propuso para la Dirección Nacional — 18 de 23 estados me querían en la DN —, sin embargo, una vez más se repartieron por pactos y compromisos su composición, y una vez más, sin padrino, me dejaron fuera. En otro tiempo este hecho me hubiera deprimido, contrariado; esta vez simplemente constaté y, por ende, ratifiqué mi despedida de la militancia azul. Cuando culminó la asamblea nos instalamos en una tasca en Parque Central y entre cerveza y cerveza les comuniqué formalmente a mis — hasta ese día — compañeros de partido mi decisión irrevocable de salirme de Patria Para Todos y buscar otros derroteros políticos. Alguno debe acordarse que les dije que no me invitaran ni siquiera a la fiesta de fin de año, pues estaba asqueado y decepcionado de lo que se había convertido el PPT. Orlando, Iván Villamizar, Xiomara me reconvenían que no me fuera, que yo tenía razón y que deberíamos dar la pelea dentro de la organización. Mi respuesta: “¡Me cansé!, hay otros espacios, otros instrumentos”; que de ellos no dudaba de su condición, que lamentaba que se quedaran en ese infiernillo azul y que estaba seguro de que en el camino de la revolución nos reencontraríamos.

Sin embargo, no me pelaron. Ese diciembre la Dirección Regional de PPT me invitaba a la fiesta y que llevara la ensalada; me reí muchísimo y, por supuesto, ni me molesté en devolver la llamada.

Entre 1988 que nos incorporamos hasta esa fecha del 2000 cerraba un capítulo de 13 años de mi existencia como hombre y como revolucionario: 9 en La Causa R y casi 4 en el PPT.

Debo reconocer que hubo compañeros que me alertaron de la conducta de Pablo Medina. Incluso Alí Rodríguez discretamente me señaló los vínculos con disidencias como las del general Visconti, Ángela Sago y otros que abandonaban subrepticamente este carro de la Revolución Bolivariana, empujando hacia el despeñadero al PPT y a su militancia; por eso confieso, sin ningún rubor, que una vez asumida esta decisión eché a un lado las desilusiones y frustraciones de seguir militando en un partido que —amargamente reconozco— jamás creyó en mí como cuadro, salvo mis compañeros más cercanos.

Como le repetí una y otra vez a Oswaldo —y le encanta repetir a Oscar García— en maratónicas reuniones donde me conminaba a dar el paso y desmarcarme de esa gente: mientras ellos practicaban la “política del perro salvaje”, que consiste en acorralar a la presa hasta que la capturan, preferí cerrar este ciclo. Como reiteraré, no iba a dar el salto sin dar el debate que me debía conmigo mismo y salir sin remordimientos de esa organización. De hecho, tiempo después me encontré con Roy Daza y este me dijo que mis amigos que se quedaron —él entre ellos—, comprendieron la decisión de renunciar al PPT como el único paso posible para mí. También me ratifica los niveles de soledad y aislamiento en los que me encontraba.

Para ese momento, 1º de septiembre de 2000, se realiza en Parque Central la Fundación de la Fuerza Bolivariana de Trabajadores, invitada por Nicolás y Oswaldo Vera. Yo, que desde el principio del proceso había estado en primera línea de acción, por primera vez entré como un espectador más; un invitado frente a la altisonante posición de la nueva jerarquía fundadora de la FBT. Salvo Oswaldo Vera, José Félix Escalona, el “Chino” Khan y Nicolás

Maduro, el resto de los organizadores no quería nuestra presencia en el acto y mucho menos en su Dirección. Con un gesto que creían que me humillaría, con cierta actitud despectiva me dieron el carné 1.132 por Caracas, y a Luis Primo, quien me acompañó, el 1.134. Otros compañeros como Rafael Chacón, Alexis Corredor, Octavio Solórzano, Eduardo Piñate estaban fuera, pues aunque el Presidente prácticamente ordenó abrir los diques de la participación, los factores oportunistas que estuvieron en la primera Dirección de la FBT pusieron todos los obstáculos para evitar nuestra incorporación. Nos llamaban despectivamente “los intelectuales”. Frente a la actitud de Nicolás, el “Chino” Khan y Oswaldo, tuvieron que replegarse para tratar de bloquear nuestro trabajo en la FBT.

Nos tocó enfrentar el oportunismo de esos sectores. A través de mi gestión y la de Oswaldo, paulatinamente fueron incorporándose compañeros, despreciados como yo, en la FBT. Primero Eduardo Piñate, detrás y muy cerca Alexis Corredor, luego Chacón, Octavio y los otros. A la vuelta de 8 meses pude colgar mi carné 1.132 para convertirme en Coordinador Nacional de la FBT por decisión de los compañeros; cargo que ejercí hasta noviembre de 2004, cuando le entregué a Oswaldo Vera —el testigo— para dedicarme de lleno a la tarea internacional. El carné aún lo conservo en lugar visible, siempre para recordar que no podemos bajar la guardia frente al oportunismo y la infiltración.

La Fuerza debuta ese año, proponiendo para las elecciones que se realizaban en ese diciembre el referendo consultivo para la democratización sindical; acto muy criticado por la oposición y por algunos aliados que seguían —y creo que aún siguen— con las formalidades propias de la vieja República.

Aunque no fue nada del otro mundo porque los niveles de abstención fueron muy altos, permitió diseñar una política para confrontar a la CTV y lo que ya se perfilaba como el plan de conspiración que se desarrolló entre el 2001 y 2003.

Durante un tiempo me sentí algo extraño; por primera vez en mi vida no dependía de un partido, de una dirección política. En mi estrenado papel de independiente me sobraban horas del día

sin ninguna reunión pendiente o alguna responsabilidad concreta y, aunque me sentía bastante tranquilo, no dejaba de ser rara e incómoda esa inactividad. Nohelia, quien durante esos años estuvo en la Junta Parroquial de Macarao, por mi culpa quedó también algo aislada, pues su núcleo básico con Carmelo González se había ido al MVR y, erróneamente, los que quedaron asumieron que ella se retiraba conmigo de la militancia dentro del PPT. Nunca le impuse mi línea a ella, pero — como ya dije — le tocó calarse todo el proceso que desembocó con mi retirada de la organización. Total, ese proceso era mío y no de ella.

Sin embargo, la inquietud por la unidad seguía dándome vueltas en la cabeza. Ese diciembre, llegando a la oficina del Chino Khan, me encuentro con José Ramón Rivero y otro compañero de Guayana, quienes me piden que los acompañe en la discusión que tenían con el Chino; se trataba de una propuesta para incorporar un grupo de cuadros al MVR. En ese momento les manifesté que en verdad estaba disfrutando mi posición de “agente libre” y no estaba interesado, por lo pronto, en militar en ningún partido. José Ramón me convenció con un solo argumento, habiendo agotado los más profundos: “No tenemos derecho a quejarnos; si le dejamos el camino libre al oportunismo, los espacios que no ocupamos los revolucionarios los ocupan los oportunistas”.

Es decir, no teníamos ni la excusa ni el derecho a seguir viendo de lejos la construcción de la organización revolucionaria. Una vez convencido con tan contundente afirmación, lo primero que hice fue hablar con algunos compañeros como Eduardo Piñate, Oswaldo Vera y Oscar Figuera. Confieso que era un subterfugio para no dar un sí definitivo, pero, como en mi fuero interno la decisión estaba tomada, hablé con Rafael Chacón, Néstor Ovalles y otros para hacer un debut bueno en el MVR.

En nombre de los compañeros antes mencionados, los de Bolívar y los de Caracas, hablé con Nicolás Maduro para plantearle nuestra decisión de incorporarnos al MVR. Con la misma táctica dilatoria, me puse a poner peros y a hacer exigencias como para que dijera que no y retirarme en paz con mi conciencia. Pero, para

mi sorpresa, aceptó todas las demandas que puse; una de ellas era que los nuevos adherentes queríamos hacer un acto público de ingreso al Movimiento, que nos permitieran leer un documento de incorporación y que alguien del Comando Táctico Nacional aceptara nuestra incorporación a sus filas. Nos pusimos a la tarea de ver con quiénes contábamos: entre Guayana y Caracas sumábamos trece personas, de las cuales —salvo Néstor Ovalles y yo— once compañeros eran trotskos; entonces me dediqué a rebuscar en el país gente que, como yo, se había salido del PPT. Otros que, no habiendo militado conmigo, estaban en la misma búsqueda que yo, pues se me salieron todos mis prejuicios políticos y, medio en serio medio en broma, no iba a salir solo en esa foto entre tanto trotskista. Así, a nuestro llamado se reunieron 131 compañeros y compañeras de todas partes del país; mención muy especial de Víctor Tovar, “El diablito”, quien cuando le avisamos frenó su incorporación al MVR de Nueva Esparta para hacerlo junto con nosotros. También de Alejandro Landaeta y Homero Monsalve, de Mérida, quienes no querían saber nada de militancia pero que dieron el paso por solidaridad y lealtad conmigo. Paralelo a esto, junto con José Ramón y en permanente consulta entre Caracas y Guayana, elaboramos el documento que sería nuestro plázet para entrar a la organización.

El 27 de enero el grupo mencionado, junto con los compañeros José Arias, José Bermúdez, de Zulia, y otros, nos incorporamos formalmente al MVR; siempre teniendo como guía de nuestra acción la unidad de los revolucionarios.

Me tocó abrir la reunión explicándole a los medios y a los asistentes por qué asumíamos esta decisión de incorporarnos al MVR, como una necesidad política importante para nuestro anhelo de unificar a los revolucionarios bajo una sola bandera, que da la casualidad de ser el partido del comandante y líder del proceso, Hugo Chávez. Después, José Ramón —quien desde que comenzamos esta iniciativa reiteraba una y otra vez que no se trataba de una política de “entrismo”, práctica siempre asociada a la tradición trotskista para socavar las bases de los partidos a los que les

echaban ojo—, explicaba que era una genuina incorporación de cuadros revolucionarios en la construcción de la unidad necesaria.

Tuvimos suerte. El designado por el CTN para juramentar a los noveles militantes era nada más y nada menos que Luis Miquilena. Imagínense el padrino de promoción que nos tocaba en suerte. Para ese momento era, a ojos vistas, un gran privilegio que el capo de los capos del partido, solo superado por Chávez, juramentara a la militancia entrante. Como estaba ocupado, envió en su lugar a Rafael Vargas, también dirigente nacional pero no tan “ilustre” como el designado. Nicolás, como líder nuestro, prefirió que así se desarrollara para no dejar la sensación de acaparamiento o grupalismo. Menos mal que fue Vargas y no “Don Miqui”. En un año aproximadamente, el segundo estaría fuera del gobierno y al año y medio participando en el golpe de Estado, y “nuestro padrino” al año estaría entrando al gobierno y al año y medio estaría en el epicentro de la defensa del Gobierno Bolivariano.

A todas estas, en medio de la salida del PPT e ingreso al MVR, el 12 de enero de 2001 nace Héctor Camilo, mi segundo hijo, a quien le di esos nombres por mi padre —uno de esos subterráneos de la libertad que murió sin que se supiera su legado— y por dos Camilos: Camilo Cienfuegos, el Señor de la Vanguardia, leyenda cubana de la guerra de liberación; y Camilo Torres, el cura guerrillero, quien —como lo pregonara Ali Primera— juntó el fusil y el evangelio para la liberación de Colombia.

Héctor nació un día después de mi cumpleaños número 38; el regalo más hermoso que cualquier ser humano pueda recibir, máxime cuando Nohelia tuvo un embarazo difícil y en pleno proceso del parto casi se me va. Nació justo cuando se realizaba la primera reunión política y de trabajo de la FBT para ordenar la actividad de ese año, y las próximas tareas y retos de nuestra novel organización.

Esta reunión fue trascendental para nuestro futuro; ahí encerrados en una posada que nos prestaron en la Colonia Tovar se delineó la política para atender el mundo laboral en la Revolución. Fue, quizás, una de las pocas veces donde estuvo presente la

mayoría de lo que hoy llamamos “corrientes”; hasta el PCV, encarnado en Oscar Figuera, su secretario general, nos acompañó. Aunque yo estaba ausente esperando el nacimiento de mi hijo, por teléfono seguía las vicisitudes y debates de la reunión. Fue emocionante cuando desde un celular, uno a uno, me daban las felicitaciones y bromas de rigor al anunciar el nacimiento del heredero.

La FBT nació como una montonera: muchos desempleados, pocos dirigentes, y esta encerrona sirvió para ordenar nuestra estrategia de crecimiento y consolidación como brazo político de los trabajadores en la revolución.

Mi primera tarea de envergadura fue la organización de una delegación de la FBT a Cuba, que salió a principios de abril de ese año; tarea bastante fuerte porque era organizar a 250 compañeros y compañeras de las más disímiles posiciones. La Fuerza todavía en su reciente creación no pasaba de ser — como dije — una montonera bastante organizada.

Esta visita me reencontró con Cuba luego de 12 años de ausencia. Ya la Escuela en la que estudié no existía, se la había llevado el período especial y la realidad era otra: una sociedad dolarizada y una explosión de contrabando de tabaco, medicinas y otras cosas que contrastaban con la última imagen que tenía en la mente de 1989.

El primer reto estribó en unificar una delegación que no excluiera a nadie; recordemos que en la alianza chavista había distintas corrientes y partidos, por lo cual su estructuración debía contar con este detalle. En Falcón coordinaba el compañero Luis Miquilena, “el bueno”, sobrino del viejo Miquilena — a la sazón, militante del Partido Comunista —, en Guárico coordinaba Marcos Ludeña, del PPT, y así sucesivamente. A cada estado se le dio un cupo que oscilaba, de acuerdo a parámetros de cierto desarrollo, entre 5 y 10 compañeros; a cada estado se le planteó que tenía que haber equidad en la distribución. A los de Guárico se les planteó que si no se ponían de acuerdo, no iba ninguno. En Miranda se privilegió a los dirigentes de base, por encima de algunos dirigentes nacionales; esto generó un *impasse* con el PCV, toda vez que Pedro Eusse

reclamó su puesto en la delegación, pero le argumentamos que era para los dirigentes de la base, no para “jefes”. Y la verdad que la delegación estuvo bastante equilibrada.

Cuando arribamos a La Habana y la gente estaba saliendo del avión, los compañeros cubanos preguntaban por mí a los que iban bajando. Cuando salí, mi mayor sorpresa es que me sacan de la fila de los delegados, me entregan un ramo de flores y me conducen al salón VIP; yo argumenté que mi deber era acompañar a mi delegación y, tomándome amablemente por un brazo, me dijeron: “Compañero, ya llegó a Cuba, así que relájese; usted aquí es una personalidad. En la pata del avión estaba Clarita, una compañera que conocí en mis tiempos de estudiante de la Escuela Mella, donde ella servía como traductora a los francófonos que estaban en el mismo tiempo que yo. Conocí a un personaje que me precio de haber preservado como amigo: el inefable camarada José Miguel Hernández, funcionario del Departamento Internacional de la Central de Trabajadores de Cuba, y pude, luego de tanto tiempo, reencontrarme con gente tan querida y recordada como Rita Olga Martínez y José Ángel García —el nunca bien ponderado amigo Pepito—, quienes en 1984 colaboraron con mi formación política como profesores en la Mella.

La experiencia de este viaje resultó bastante interesante por lo variopinto de la delegación; había desde marxistas convencidos hasta adecos agazapados. Y si bien los cubanos son muy flexibles en el trato con los extranjeros, nos tocó vigilar esta caótica masa que visitó Cuba a instancias del Comandante Fidel.

Visitamos escuelas, centros de trabajo; por supuesto, el Museo de la revolución, y algo muy emocionante: el Memorial del Che en Santa Clara y el Museo de Playa Girón. En Santa Clara, la recepción de la CTC provincial fue apoteósica cuando nos bajamos del autobús, frente al monumento al Che, y ponen las canciones revolucionarias y el himno de Cuba; a varios se nos hizo un nudo en la garganta. Vi a unos cuantos —como yo— haciendo de tripas corazón para no largar el llanto en tan emotivo encuentro. Cuando hicimos el recorrido dentro del Memorial, rendimos sentido homenaje al

Comandante que ha inspirado generaciones de revolucionarios, y fue un impacto tremendo para toda la delegación. Al volver a los autobuses para retornar a La Habana, una delegación que se caracterizaba por su bullicio regresó en un sobrecogedor silencio, ante tantas emociones y sentimientos acumulados. Estar en el monumento al Guerrillero Heroico y sus combatientes ha sido, junto con el Mausoleo de Lenin y la tumba de Carlos Marx, de las experiencias más emocionantes de mi vida, que en definitiva reafirman mi condición de revolucionario.

El momento culminante de esta ardua jornada habanera fue cuando, en la celebración del aniversario de la Declaración de La Habana, fuimos invitados especiales del Comandante y recibidos por un bosque de milicianos, como en 1961, quienes con los fusiles en alto recibían a sus hermanos venezolanos; y la reunión con Fidel, a quien le pude dar la mano con mucho orgullo. El Comandante, cuando me estrechaba la mano con esa sonrisa socarrona que lo caracteriza, me preguntó si yo no había estado antes ahí, pues mi nombre y mi cara le parecían familiares; dentro de lo impresionado que estaba, atiné a bromearle: “Bueno, Comandante, es que soy bastante cara común”. No pude más, pues el gentío como enjambre se le fue encima a Fidel y, como siempre hago en esas circunstancias, discretamente me alejé antes de que la masa me atropellara.

Mientras se desarrollaba el programa de la gira, a instancias de Nicolás Maduro y Pedro Ross, secretario general de la CTC, se realiza una reunión entre los compañeros del Departamento Internacional de la CTC y un pequeño grupo de nosotros, para discutir el tema internacional y la necesidad de conformar nuestro propio equipo a este nivel. Rubén Molina y yo quedamos encargados de constituir nuestra primera Comisión Internacional.

Desde la llegada de Chávez al gobierno, en el movimiento político y social internacional existían muchos recelos: primero, por el carácter militar de Chávez, y luego, por la desinformación sobre Venezuela, siendo bastante arduo llegar a esa masa internacional que, independiente de la estrecha y muy solidaria posición de nuestros hermanos cubanos, desconfiaban de lo que pasaba en nuestro

país. Regresamos a Venezuela y dos semanas después me toca representar a la FBT en el Congreso de la Central de Trabajadores de Cuba, como parte del acuerdo político suscrito entre la CTC y nosotros en la construcción de los escenarios internacionales de los que carecíamos, y para preparar las condiciones de inicio de la participación de gente de la Fuerza en los cursos de la Escuela de Formación Sindical “Lázaro Peña”. Aproveché, entretanto, para operarme luego de 27 años usando lentes a causa de una miopía que me tenía loco.

El debut fue bastante frustrante. Junto con Rubén, Ángel Rodríguez y Roberto Justiniano había preparado un guioncito para presentarnos, y elaboramos un kit que contenía una chapa de la FBT, una Constitución Nacional de bolsillo y un documento sobre la Fuerza y la Revolución. Entregábamos nuestro presente mientras explicábamos quiénes éramos y qué representábamos. Con mucho tacto, nos miraban sin gran convicción y algo de fastidio, hasta que al culminar nuestra perorata —muy corteses— nos miraban de arriba abajo con una lapidaria frase que sería el lugar común de la jornada. Simplemente, cómo se podía confiar en un “milico” que ya había intentado dar un golpe de Estado. Su reflejo era de hostilidad. De nada valió que algunos me conocieran de otros tiempos revolucionarios; de nada valió el decidido e inequívoco respaldo de los camaradas cubanos, quienes con Leonel González y José Miguel Hernández, como en una jungla, trataban de abrirnos paso en el tinglado de invitados internacionales al Congreso de la CTC.

En Cuba es tradición que el 30 de abril se realice el acto de reconocimiento a los dirigentes sindicales por años de servicios; la recepción para los invitados internacionales se aprovecha para establecer contactos y relaciones. Luego de la entrega de las condecoraciones y las palabras de la Dirección, se abre para todos los participantes la gran comilona. Estábamos los cuatro mero-deando por los distintos ambientes, cuando Leonel se nos acerca para decirnos que estuviéramos pendientes, pues Pedro Ross nos iba a llamar en cualquier momento para llevarnos a un reservado que tienen al final del salón, y que es utilizado para reuniones

más privadas. En el evento también estaba Pedro Eusse, quien en nombre de la CUTV estaba en La Habana; como que intuyó en qué estábamos porque para donde nos movíamos, detrás venía él acechando nuestros pasos. Ross salió del reservado a saludar a los invitados y se acercó a nosotros; Leonel nos hace señas y nos conduce al fondo de la sala. Eusse, quien se percató de la movida, se fue detrás de nosotros y me dio pena ajena ver que una vez pasamos los cuatro por una puerta, custodiada por dos compañeros, amablemente le bloquearon el acceso al recinto. Eusse se ha caracterizado por su torpeza política, su poco tacto para decir las cosas, una arrogancia y presunta autosuficiencia que evidencia su pobreza de espíritu y su patética conducta política.

Ya en el reservado, Pedro Ross nos presentó a varios de los dirigentes del gobierno cubano, a dirigentes y personalidades sindicales y políticas del continente. Llegó en ese momento Carlos Lage, a quien conocí en 1984, cuando él era el Primer Secretario de la UJC y yo un fraternal estudiante del Julio Antonio Mella; obviamente de mí no se acordaba, pero me saludo muy efusivamente y se puso a evocar esos años. Con Ross concretamos varios planes de acercamiento entre la CTC y la FBT. Luego de cumplir esta tarea étlicopolítica, salimos muy de madrugada a la celebración del 1° de Mayo, mi primera de este tipo desde 1986. Estando en la espera de que se iniciara el acto, el personajillo de marras de manera muy grosera arrancó a criticarlo: sobre todo, habiendo venezolanos presentes, el “error” de los cubanos de no incorporar un orador venezolano. Como dije, su torpeza era tal, que con la pedantería que lo caracteriza hizo estos señalamientos a viva voz delante de los compañeros cubanos que generosamente nos estaban atendiendo; sin medir un ápice de discreción y mesura al hacer tan bárbaros comentarios. Uno de sus inevitables oyentes fue la compañera Mayomi Averoff, Directora Internacional de la Escuela “Lázaro Peña” de la CTC y esposa de José Miguel Hernández, quien con una paciencia infinita tragó grueso para no repeler al sujeto de mala manera; lo único que susurró muy bajito fue: “¿Quién se cree este señor para criticar nuestro acto y cómo lo hacemos?”.

Terminadas las actividades oficiales de nuestra visita a Cuba, Ángel, Rubén y Justiniano regresan al país. Gracias a las gestiones del compañero Gustavo Ascanio, encargado de salud de la Embajada de Venezuela en Cuba, me traslado al complejo de salud La Pradera para iniciar los exámenes médicos que concluirían con la operación de la miopía que me aqueja desde la adolescencia.

Los cubanos son muy meticulosos a la hora de atender médicamente a alguien. La primera vez me eché más de un año entre terapia y evaluaciones clínicas de la atrofia de mi brazo derecho; en esta oportunidad, creyendo que era una simple operación de ojos, todo se transformó en un expeditivo examen general. Como todo venezolano común, le tengo terror a los exámenes médicos, por eso cuando me trasladan al Hospital Camilo Cienfuegos le decía a los compañeros que era una simple y ambulatoria operación de miopía. Inexorablemente me exhortaron a tener calma y que sin la evaluación clínica no habría operación posible. Mis primeros días fueron angustiantes, elucubraba que a cada cosa que me enviaban para chequear corazón, pulmones, caja torácica, pulso, temperatura y sangre, iba a entrar el médico a anunciarme un cáncer o cualquier otra horrible enfermedad de esas que da terror padecer. Doce días de angustia, pues aparte de lo que eufemísticamente los cubanos llaman el “preoperatorio”, lo aderezaron con despistaje de las enfermedades oculares, la más rara: retinosis pigmentaria, y otras cuyos nombres no recuerdo y ni siquiera imaginaba que existían.

¡Por fin! Luego del silencioso suplicio, entré a mi habitación el médico de guardia en el Camilo para decirme el resultado de tanto examen y a preguntarme de qué me operaban, pues todo indicaba que mis ojos estaban muy bien y que mi salud estaba inmejorable. Aliviado, le dije que de miopía; se sonrió y me comunicó que al día siguiente iría al Hospital Pando Ferrer, la famosa Liga contra la Ceguera de La Habana, a ver a los doctores que me operarían. Efectivamente, al romper el día una caravana de pacientes en dos ambulancias llegamos al hospital y las enfermeras muy solícitas nos iban distribuyendo por los distintos consultorios. A la que me atendió le tocó un señor de edad que tenía dilatación de pupila

y, para no tenerme de un lado para el otro y no estar cargando el grueso fajo de expedientes, me pidió que los tuviera y la esperaba mientras dejaba al paciente en su respectiva consulta. Me advertió que no leyera los expedientes y mucho menos el mío. Eso fue una invitación velada a echar una ojeada, así que cuando ella se alejó con el señor y cruzó un pasillo abrí —atorado y medio asustado— mi propio informe clínico. Sé muy poco de la nomenclatura médica, pero ávidamente veía indicadores y tablas en las hojas que velozmente pasaba ante mis ojos. Lo que pude esclarecer es que los indicadores básicos (triglicéridos, glucosa, urea, colesterol) estaban en perfecto orden. No se imagina nadie el alivio que se siente; no es que yo sea hipocondríaco ni nada de eso, pero sacaba una sencillita cuenta: regularmente como costillas de cochino; sin ser beodo, me echo al colete mis traguitos; de ñapa soy fumador empedernido, y enterarme que estaba bien de todo me reportó una enorme sensación de tranquilidad y sosiego.

Cuando la enfermera regresó a mi lado y me condujo a la consulta, si lo pensó se hizo la desentendida porque agarró su paquete y no comentó nada sobre mi propio expediente. Entré al consultorio y me recibió una muchacha muy joven, de unos 26 años, que para mi sorpresa era la doctora que me operaría mis ojos. Como ya dije, si algo tienen los galenos cubanos es su meticulosidad y detallismo a la hora de ejercer su profesión, por tanto, la doctora con toda parsimonia dedicó varios minutos a explicarme cómo sería la operación, qué se haría en cada ojo y las probabilidades de éxito. A los efectos, sentado ahí en el Pando Ferrer, contaba con 38 años de edad y ella me comunica que estaba pasado de la edad óptima para la intervención; que me curaría casi completamente de la miopía, pero con incertidumbre en lo que respecta al astigmatismo, que eran mis dos karmas históricos. Estableció a continuación los tiempos para operarme dejándome la opción de tratar primero uno y una semana después el otro; o los dos a la vez, lo cual reduciría el tiempo de operación, pero podría ser más difícil o molesta la recuperación. Casi la interrumpí y sin dudar un segundo le manifesté que usaba lentes desde los 11 años, que estaba obstinado de tener ese colgajo de metal en mi cara,

y que por estos me costaba respirar. Todavía hoy tengo callos detrás de cada oreja y una sensación de inseguridad, pues 9 dioptrías en el ojo izquierdo y 8,5 en el derecho me tenían esclavo del par de cristales que me acompañaban desde hacía 27 años. A determinadas horas del día no veía absolutamente nada, especialmente de noche; desde esa hora del atardecer en que deja de ser de día, pero aún no es de noche me quedaba totalmente a oscuras, aparte de que con el paso de los años y uso permanente de lentes se me torció la nariz. Por lo que le rogaba, aún con la posibilidad de quedarme ciego, que despachara los dos ojos de una sola vez.

La doctora se sonrió y me citó para operarme al día siguiente a las 2 de la tarde. No lo podía creer, me quise operar desde 1986 cuando apenas era una cirugía experimental y es en 2001, por la generosa gestión de Julio Montes y Gustavo Ascanio, que se concretaba mi sueño de salir de la ominosa miopía que me acompañó tanto tiempo.

Esa noche no pude dormir. Una mezcla de nerviosismo y emoción me desvelaron, me sentía en la habitación como un tigre enjaulado, de un lado al otro, midiendo cada paso de pared a pared; amaneciendo me recosté, para pararme al poco rato cuando entró la enfermera con el rutinario termómetro para tomarme la temperatura y el tensiómetro para la presión arterial, y para desayunar. Llegamos a la una y media al hospital y me trasladaron inmediatamente al pabellón donde me harían la cirugía; varias personas entraron conmigo en una especie de antesala donde nos ordenaron desvestirnos y nos entregaron unas batas operatorias como de plástico. Qué vergüenza me dio: el interior tenía varios agujeros y que esas enfermeras me vieran en esas fachas; luego que me puse la bata, la enfermera agarró mi ropa y me quitó los lentes, hizo un bojotico y lo guardó en un casillero que tenía asignado cada paciente. Entré en un espacio medio penumbroso; ciego de bola y sin mis lentes, trataba de enfocar lo que había, vieja maña de seguridad: ver todo lo que te rodea antes de ocupar un sitio. Pero como éramos alrededor de diez, no había tiempo para auscultar el quirófano; en el recorrido hasta la camilla pude atisbar un poco dónde

me encontraba, todo de aluminio y en la parte superior unos monitores que seguían las intervenciones que estaban en marcha. Se me aguaron los ojos y tragué grueso cuando, acercándome todo lo que pude a uno de los monitores, veo que están cosiendo un ojo. Aturdido, me senté en la plancha que me indicaron y pensé en que todo saldría bien; esto es lo que quiero y que pase lo que tenga que pasar. Entraron dos enfermeras, me acostaron amablemente y una me preguntó muy dulcemente si era alérgico al yodo; apenas esboqué un tímido no, me embadurnó los ojos de Iodex y como comencé a lagrimear se reía y me decía en perfecto habanero: “Oye, pero qué ojitos más cobardes. Una gotita de yodo y cómo llora”. En un descuido volteé a un lado y borrosamente pude ver mi silueta reflejada en las paredes de aluminio; por mera intuición dije para mis adentros que parecía un mapache con ese abundante yodo puesto en los ojos para desinfectarlos. Después, la otra enfermera comenzó a echarme, a intervalos muy cortos, un líquido transparente hasta que... entró la doctora y, suspirando —sin embargo, eran más resoplidos entre nerviosos y resignados—, me preparé psicológicamente para el *round* médico que me impuse ese mayo de 2001. Un piquetito en el ojo, levantan el cristalino, unos cortesitos que hicieron cosquillas en el ojo, vuelta a colocar el cristalino, más líquido anestésico y pase al otro ojo; el mismo procedimiento, vendas en los ojos y despachado para vestirme. Total: 14 minutos de operación y 12 días de exámenes en tres hospitales especializados en enfermedades oculares.

Todavía con anestesia en los ojos y vendados, escucho a la enfermera diciéndome: “Ven acá, niño, para vestirme”. Otra vez la vergüenza de estar casi desnudo y con un interior agujereado; gordo y feo: estimulante espectáculo, así la enfermera estuviera acostumbrada a ver eso y cosas peores en su profesión. Traté de agarrar mi pantalón y me agaché a subirlo, cuando escuché la voz de la enfermera y la propia doctora que me replicaban lo que podía y no podía hacer; una de esas cosas que no podía hacer era agachar la cabeza: la presión de la sangre en la cabeza podía poner en peligro la operación. Desde ese momento caminé como Robocop: tieso y derecho. A las cuatro de la tarde ya estábamos arribando

al Camilo Cienfuegos. Me bajé de la ambulancia, conducido por la enfermera que nos acompañó, y me fui contando los pasos desde la ambulancia hasta la escalera de la entrada: 23 pasos; de ahí hasta los 6 escalones, 25 pasos hasta el ascensor; saliendo del ascensor, 30 pasos hasta la recepción del piso uno, donde estaba alojado, y 17 hasta la cama. ¿Por qué lo sé? Porque en los 12 días previos, bajaba de mi habitación hasta la entrada a fumar, tomar aire y conversar con otros pacientes y acompañantes, y en ese ocio forzado me dediqué, a pesar de no saber cómo sería la dinámica de la operación, a contar los pasos que acabo de relatar; por lo tanto, era todo un ciego experto para desplazarme dentro del hospital. Cuando se dispó la anestesia, me entró una picazón en los ojos que desesperaba. Cada tanto entraba la enfermera a verme, el inevitable tensiómetro y termómetro, y de paso me alimentó esa noche. Es de verdad desesperante. Con los ojos vendados no podía llenar esas horas ni viendo televisión ni leyendo; de esa manera, entre tratar de controlar mis desesperadas ganas de rascarme los ojos y muy inquieto, pasé esa primera noche posoperatoria. En la madrugada, incluso, guiándome por las paredes y contando los pasos como practiqué tantas veces antes de ese día, aparecí en la recepción; tal era mi inquietud y ansiedad. La enfermera suavemente me llevó de regreso a la habitación y me advirtió que descansara, pues la operación — aunque exitosa — debía tener reposo.

Me habían comunicado que a las ocho de la mañana debía estar listo para ir a mi primer chequeo de la operación, sin embargo, a las seis ya estaba bañado, vestido y sentado en recepción, pidiendo café para ir a mi consulta. Efectivamente a la hora en punto, guiado por la enfermera, realicé el recorrido a la inversa: de la recepción al ascensor, del ascensor a la entrada, los escalones, la ambulancia y, ¡rásalo!, otra vez para el Pando Ferrer. A las nueve ya estaba instalado en el consultorio y una enfermera me quitó los esparadrapos que cubrían mis ojos. Cuando los abrí, por primera vez en mi vida — que yo recuerde — observé al mundo con tal claridad, que a pesar de que me lagrimeaban los ojos vi tan nítidamente a la enfermera, le dije muy emocionado lo bella que era y qué bonito se veía todo;

esta largó una sabrosa y contagiosa carcajada y me pasó donde el médico. Me revisó cada ojo, me dio una palmadita en la espalda, se sonrió y dijo: "Todo un éxito, quedó perfecto". Me dio instrucciones de cómo debía llevar mi proceso de recuperación y muy sonriente me soltó: "Te puedes ir". Esperaba que me volvieran a vendar los ojos, pero con mucha sorpresa salí hasta el estacionamiento donde me esperaba la ambulancia para retornarme al Camilo. Iba por la vía viendo para todos lados. Un día soleado y ver, repito, por primera vez los vivos colores de las cosas, intensos los rojos, verdes, azules; intenso el Sol que brillaba para mí esa mañana, intensa mi alegría de poder ver tan diáfananamente el mundo que me rodea. Todavía tuve que estar en chequeo clínico lo que quedaba de esa semana y, al concluir esta, prepararme para el retorno.

Algo que no mencioné es que apenas comenzaba la recuperación y me informan que viene a Cuba el primer contingente de la FBT a honrar el compromiso asumido con la Escuela Nacional de Cuadros "Lázaro Peña" de la CTC. Como he repetido hasta la saciedad, los hermanos cubanos son meticulosos hasta el detalle con sus cosas, por lo cual, en par de oportunidades me llevaron a la Escuela a ayudar en los preparativos de recepción de los compañeros, para consultar qué comían y no hacerles rutinaria su comida. Hasta llegaron a enseñarme un saco de harina de trigo, pues es sabido que la arepa es uno de nuestros más demandados manjares; es el pan de nuestra vida y nuestra historia, y es un pedacito de nuestras tierras y raíces fuera de nuestra patria. Para los cubanos la arepa es lo que en Venezuela llamamos panquecas y los gringos *pancakes*. Los hermanos hicieron un esfuerzo por facilitar y hacer cómoda la estadía de los compañeros en La Habana. Les expliqué que eso era harina de trigo; que se necesitaba era harina de maíz, pero que ante semejante esfuerzo ese saco de harina no podía perderse, entonces unas panquecas con mantequilla eran un buen desayuno para los camaradas.

El día que llegaron, los compañeros encargados de recibirlos me pidieron que los acompañara a buscarlos, y hay que ver la cara de enorme sorpresa de los compas cuando a la entrada del avión, junto

con Gerardo, el compañero de la CTC en el protocolo del aeropuerto, estaba yo para darles la bienvenida. Primero salió Saida Liendo, y más atrás Valdez y un personaje a quien le agarré un inmenso cariño: el camarada Antonio Díaz, nuestro legendario "Pope"; viejo cura que por seguir la causa de los pobres ahorcó los hábitos y se consagró a la redención de la humanidad, e hizo de la lucha de clases su apostolado. En él, el cristianismo y el socialismo se convirtieron en un solo concepto. Dicharachero, jodedor y mal hablado hasta lo impensable, pero con un profundo y denso pensamiento revolucionario. Junto a ellos el resto del contingente bolivariano.

Fueron 148 compañeros y compañeras los que pasaron por las aulas de la Lázaro a lo largo de 2001 y 2002. Hubo que cerrar los cursos, pues en nuestro afán de cumplir con las cuotas acordadas y sin disponer de recursos continuos para eso, llegamos al nivel de enviar a La Habana al que podía y no al que se debía, lo cual generó una desproporción en los participantes; desde el que haciendo ingentes sacrificios conseguía el dinero de su boleto, hasta el que por privilegios de su convención colectiva, aparte del boleto, llevaba una impresionante y abultada cartera llena de dólares. El último curso, que nos llevó a tomar la decisión de suspender el convenio, derramó el vaso de la paciencia: un compañero al llegar a Cuba alquiló un carro que permaneció en la Escuela los días que estuvo ahí, además de la ostentación y el derroche, mientras que otro compañero no tenía ni para un café y mucho menos para ese dispendioso gasto.

Estando ahí me anuncian que va a llegar a Cuba mi compañero Nicolás Maduro y realicé el mismo mandado de estar en la pata del avión esperando su arribo, para acompañarlo donde esperaban las autoridades de la CTC y del país. No más me vio, largó la carcajada y me dijo: "Te vine a buscar. Tienes la mala maña de que te envié por unos días y llevas más de un mes". Me preguntó si iba a repetir la historia de los ochenta, cuando fui por unos meses y me quedé casi tres años. Con Nicolás llegaron Cilia Flores y Eduardo Piñate.

Dejando a Piñate en La Habana para amarrar algunos compromisos, esa semana regresé a Venezuela con Nicolás Maduro para

preparar lo que sería el I Encuentro de Trabajadores contra el ALCA, que se realizaría en junio de ese mismo año. Arduo fue preparar este evento. Primero por nuestra inexperiencia: jamás habíamos montado un evento internacional, y — como dije antes — los fuertes niveles de rechazo que despertaban Chávez y la Revolución Bolivariana por esos días. Eduardo se había quedado para concretar la invitación a la estadounidense Gloria la Riva, una activista de la solidaridad con Cuba y de los cubanos presos, y por su intermedio la compañera chileno-canadiense Marcela Escribano y otros.

Con 46 invitados internacionales y 10 de la dirección de la FBT realizamos este I Encuentro. Éxito sin precedentes para nuestros niveles de improvisación. La delegación cubana que nos acompañó la encabezó nuestro amigo Pedro Ross y los infaltables Leonel González, Ernesto Freire, Ermela García y José Miguel Hernández.

Para cerrar con broche de oro realizamos el balance de la actividad reuniéndonos en un salón de la Asamblea Nacional, con Nicolás y Pedro Ross presidiendo la reunión; estaban presentes con nosotros el compañero Oscar Figuera y Pedro Eusse del Partido Comunista. Cuál sería la sorpresa que nos embargó cuando este último pide la palabra para reclamar su exclusión del viaje de los 250 en abril. No era el tema, es decir, estaba en un fuera de orden olímpico y lo dijo de una forma tan destemplada, que al propio Figuera se le notaba la expresión de bochorno que — imagino — lo embargaba. Me tocó recalcar — por haber sido quien estructuró y organizó aquella delegación — cómo la construimos y cómo tratamos que no quedara excluido ningún partido o factor sindical; que no era una gira para dirigentes, sino para la base de los trabajadores, pidiéndoles en nuestro nombre sentidas disculpas a Pedro Ross y su comitiva. Freire, quien es un fanático de las estadísticas, sacó de su bolsillo una libretita muy manoseada, pidió la palabra y nos ilustró con irrefutables números cómo estuvo conformada aquella delegación: 40% del MVR, 20% del PCV, 20% del PPT y 20% de no vinculados a los anteriores o independientes. Con mucho tacto, tanto Nicolás como Pedro Ross respondieron este exabrupto

y sortearon el desagradable *impasse* que se hubiera producido si el balance seguía por esos derroteros. Descargué mi malestar, al igual que otros compañeros, cuando fuimos a la cena que le ofrecimos a Pedro y su grupo, quienes partirían al día siguiente para Cuba, y un compa dijo: “En definitiva, ese sopla tubo qué se cree”; en mi caso, lo hice con calificativos tan subidos de tono que no vale la pena mencionar aquí.

Pasado este episodio, despedidos los invitados internacionales y satisfechos por la tarea cumplida, regresamos a nuestra rutina política. Volví a mi oficio de conferencista, pues desde el mismo nacimiento de la FBT, el 3 de septiembre de 2000, se realizó una gira que abarcó todo el país y me correspondió cubrir algunos estados en el nacimiento de la FBT en el país. Fue tan frenética esta gira, que alcanzamos a cubrir tres y cuatro estados en tres días para organizar la Fuerza Bolivariana en todos los estados.

Para octubre se realiza la elección de la CTV en la que, contra todo pronóstico, decidimos participar porque el plan del enemigo era legitimar la conspiración que ya estaba en marcha.

En nuestras giras dimos un exhaustivo debate de cara a los trabajadores, para convencerlos de que lo correcto era participar en las elecciones sindicales. Aunque ya estaba fuera del PPT, me pareció correcto invitarlos a este debate, aparte de los compañeros del PCV, independientes y todo aquel que quisiera acompañarnos en la construcción de la política. Nicolás habló con Pablo Medina y, si bien le advertí de que había que tener cuidado con él, en ningún momento me opuse a su participación. A Pablo se le vieron rápido las costuras: casi compromete lo acordado al asumir que él ya era el candidato de la FBT, cuando lo pactado era hacer unas primarias entre los posibles candidatos. Orlando Chirino, quien recién ingresaba a la Fuerza, inmediatamente se cuadró con Pablo poniéndonos en una situación bastante delicada; él, junto con otros compañeros provenientes del trotskismo, realizó sendos actos para la candidatura de Pablo Medina.

En un golpe de mano, aparece Pablo en una entrevista de dos páginas nada menos que en *El Nacional*, con titular de primera

página anunciando su candidatura a la CTV y dando gracias a la FBT y a los trabajadores por su respaldo; en compañía de sus principales aliados, “los trotskos”, y con Chirino a la cabeza, montó sendos actos en Carabobo y Aragua alrededor de un despliegue publicitario inusual en estos pequeños grupos. Hubo que movilizar a compañeros de otras regiones, —especialmente de Guayana—, que militaron con ellos en PST hace muchos años, para advertirles que su labor confusionista no sería convalidada por nadie y que si persistían en su actitud fraccional, en beneficio de la unidad que estábamos construyendo los aislaríamos de nuestras filas. Chirino, que lo que no tiene en tamaño lo tiene de astuto, se desmarcó de la candidatura de Pablo cuando este, junto con Froilán Barrios, aparece con la oposición en la marcha del 23 de enero de 2002; situación que aprovechó el personajillo para decirle que el límite era marchar con los adecos, cosa que él (Chirino) no haría jamás.

Eso obligó a una redefinición del plan y proponer a Aristóbulo Istúriz como candidato, independientemente de lo que expresara Pablo. Enviamos a Rafael Chacón a la sede del Patria Para Todos a informar la decisión irrevocable de romper la alianza, si tercicos y soberbios imponían a Pablo Medina como candidato. La decisión de la Dirección azul fue respaldar nuestra propuesta candidatural, y tan flojito estuvo Pablo que no solo renuncia a la candidatura, sino que se va del PPT y del proceso. Una mañana prendo el televisor y veo al ciudadano Medina anunciando en rueda de prensa, a casa llena, su retiro; como todos los traidores que justifican su “salto de talanquera”, arremetió contra Chávez, Nicolás, la FBT y el PPT. Sospecho, todavía hoy, que Albornoz y el negro Uzcátegui sabían que Pablo se iba, pues la opción de apoyar a Aristóbulo pasó en su Dirección sin muchos tropiezos; no sin los ácidos comentarios de Uzcátegui, quien avinagrado repetía que los obligábamos a asumir un hecho cumplido. La salida de Medina no puedo decir que me alegre, pero como dice un compañero gastando sus cinco segundos diarios de sectarismo: “No me alegra pero me da un fresquiiiiito”; entonces llamé a Orlando Castillo y a Xiomara Lucena solo para decirles “yo se los dije” y creo que más bien tardó mucho.

Pasada esta crisis nos aprestamos a la contienda sindical. Una vez proclamado Aristóbulo como candidato patriota, este nombró a María Cristina Iglesias como su representante electoral y de segundo la FBT colocó a Félix Roque. Los primeros escollos estaban en cómo armar una plancha para la CTV y para las federaciones, que expresara toda la alianza chavista. Pasaron escenas tragicómicas que de una forma u otra demuestran la condición humana. En medio de la jornada electoral, María Cristina se comunica con Nicolás y le dice que los representantes adecos en la comisión electoral estaban muy agresivos, y que habían movilizado a sus famosos cabilleros de la construcción, quienes rodeaban el edificio de la CTV. Félix Roque, quien estaba con nosotros en la oficina de Nicolás, escuchó la información y cuando se le dice que debe ir a apoyar a María, salió de la oficina con aire decidido para el “entrompe” que se produciría seguramente. Seguimos comentando la información y planificando la manera de movilizar a nuestra gente ante una eventual agresión de los adecos. No habían transcurrido diez minutos cuando reaparece en la oficina Félix, pálido y tembloroso, diciendo que él no podía ir, que debía preservarse y otras incoherencias; simplemente estaba asustado y no se iba a arriesgar a que lo golpearan en un enfrentamiento probablemente violento. María seguía llamando desde la sede de la comisión electoral pidiendo ayuda, pues estaba sola a esa hora.

De inmediato, viendo el incontrolable nerviosismo de Félix Roque, se redactó la sustitución del tipo y se nombró en su lugar a Elio Colmenares, un compañero que —aparte de tener experiencia político-sindical— tenía guáramo suficiente para enfrentar cualquier contingencia. La cosa no llegó a mayores, la alharaca adeca era un mecanismo de presión para tratar de amedrentar a nuestros compañeros, y cuando Elio llegó todo estaba en calma. Otra anécdota que todavía está fresca es la conformación de la plancha del Sunep-SAS: en la alianza colocamos a Juan García, el conocido Juan “Topocho”, viejo trotskista que una vez que se inscribió solicitó que no sacáramos afiches y se conformó con un tríptico que parecía un testamento, o más bien, un ensayo filosófico. Alegaba que su cara

era muy fea, y que en vez de atraer electores se iban a espantar al verlo con huellas históricas de un acné mal tratado. Con todo y eso logramos —con Juan a la cabeza— meter cuatro directivos en una estructura controlada por AD y Copei. Se hizo legendario el amigo Topocho. En la primera reunión del Comité Ejecutivo renunció a su cargo directivo y a Sunep-SAS. Tanto fue el “culillómetro” que le dio al enfrentarse en su escenario a Adolfo Padrón, quien con apoyo evidente de Pedro Arturo Moreno, de Bandera Roja, prácticamente lo humilló en su debut; por lo tanto, en vez de enfrentarlo prefirió huir y dejar en la estacada a los que lo acompañaron en la elección.

Otra anécdota de antología es la formación de la plancha de Fetrasalud. Nicolás Maduro comisiona al entrañable y ya desaparecido Gustavo Rivera “Paltocito o Paltosaurio” —por su maña de andar en todo momento con un saco, aun en marchas y movilizaciones—, y a Octavio Solórzano para conformar la fórmula unitaria apoyándose en los aliados, entre estos el único medianamente dirigente en el sector: Prisciliano Alfonso del MEP, quien desde el principio estaba reticente a participar en nuestra aventura sindical. Octavio sale del sitio de reunión y nos comunica que no hay acuerdo; Nicolás, un tanto imperativo, le dice que monte como sea esa plancha. Con un sonoro, “¡no joda!”, Octavio regresa a la reunión y como a la hora vuelve con cara grave y solemne, nos comunica que por fin hay acuerdo. Cuando le preguntamos cómo quedó la cosa, larga la carcajada diciendo: “El candidato soy yo”. Por puro joder, siempre le recuerdo este pasaje y se lo cuento a quien quiera escuchar algo gracioso: que lo mandamos a armar la plancha como apoyo y terminó encabezándola. Me diría Octavio que lo que ocurrió es que a Prisciliano cada vez que le nombraban a Natera, el eterno presidente de Fetrasalud, se espelucaba todo y ponía todos los peros que su imaginación y creatividad le permitían; que se la ofreció a otros que actuaron igual o peor que este amigo, y ante la negativa de todos los posibles candidatos —como Nicolás había sido tajante en su orden— la montó como salió. Hoy Octavio, de no tener nada organizado, preside la federación de salud más grande

de Venezuela al crear Fenasirtrasalud, que desplazó hace tiempo a Natera y su cadáver federativo Fetrasalud.

El desenlace ya es historia: nunca hubo resultados electorales; pude ver que las actas que reposan en el Consejo Nacional Electoral tienen tal cantidad de errores e inconsistencias numéricas, que era imposible saberse un resultado medianamente confiable. Sin embargo, Acción Democrática con apoyo de La Causa R a través de Alfredo Ramos; el FCT, de Froilán Barrios; Pedro Arturo Moreno y Dick Guanique, de Bandera Roja (BR); el Chino Navarro, de Copei, el MAS, y disidentes de otras organizaciones como Pablo Castro, proclaman el 25 de octubre de 2001 a Carlos Ortega, quien ya estaba trabajando sobre los planes conspirativos. Su primera declaración, juramentado por un militante de BR y por Daniel Santolo —de la comisión electoral de la CTV por LCR—, fue un respaldo absoluto a Fedecámaras en su llamado a “rectificar” el gobierno, y esa relación contranatural que significó el afiche de su condenación: Carmona es proclamado por Ortega para asumir la confrontación con el gobierno.

Nosotros decidimos no incorporarnos a ninguna instancia, aun cuando ganamos Fetradelta y Fetrapure y metimos varios directivos en Carabobo, Aragua y Zulia. Pero ante el monumental fraude perpetrado, no reconocíamos ni la proclamación de Ortega ni de nadie. Una vez más, esgrimiendo su autonomía, Chirino en Carabobo y Tito en Aragua se incorporaron a sus respectivas federaciones regionales, contraviniendo el acuerdo general.

Se estaban acelerando las contradicciones. Cuando se aprueban las leyes habilitantes se activó el mecanismo de la reacción a través de don Luis Miquilena, quien trató que el presidente Chávez echara para atrás las medidas que en materia social se estaban adoptando; se convirtió en el fin de la luna de miel entre Chávez y la burguesía, que hasta ese momento creyó que el ciudadano Chávez era simplemente domesticable.

Al desenmascarar las elecciones de la CTV logramos evidenciar su ilegitimidad. Pudimos, desde la FBT, enfrentar las pretensiones de la reacción donde se estaban incorporando algunos personajes hasta este momento con cargos de cierta relevancia, como Ernesto

Alvarenga, el mismo Miquilena, Pablo Medina y militares como Lameda, Vásquez Velasco y Rosendo, quienes el 11 de abril tendrían su cenit.

Cerramos ese 2001 con la salida de Miquilena del gobierno y la primera de una serie de provocaciones: el paro de la CTV-Fedecámaras del 10 de diciembre, pidiendo la derogación de las leyes de la habilitante; entramos en el 2002 con masivas movilizaciones de parte y parte. Es cuando por primera vez circula un afiche donde Carlos Ortega, a la sazón presidente chimbo de la CTV, le alza la mano al presidente de Fedecámaras en acto desafiante al gobierno. Esta acción —en mi opinión— era un globo de ensayo para ver nuestra capacidad de movilización y nuestras reacciones a un eventual levantamiento de ellos contra el proceso. El 10 de diciembre marca el inicio de la ruta opositora para derrocar al Gobierno Bolivariano.

Para abril ya estábamos en tensión total; las movilizaciones de la oposición crecían por momentos. El 11 de abril, frente a la provocación del paro convocado desde el 9, salimos a la calle a defender nuestra revolución contra las intenciones de los opositores de llegar a Miraflores. Rodeamos el Palacio y nos atrincheramos a resistir la embestida; por cierto que me acerqué hasta los lados de El Calvario —donde se produce el primer choque— a buscar a Gustavo Rivera, quien con su inseparable paltó estaba en primera línea enfrentando a los opositores. Cuando veníamos de regreso con Piñate, la PM lanzó una bomba contra el Puente Llaguno, que aterrizó en mis pies; los compañeros se tiran al piso y yo me quedé parado. Gustavo se da cuenta, se levanta y entre los dos me sacan hacia la esquina de Carmelitas donde estaba concentrada nuestra gente; aunque tenía casi un año de operado, aún temía por mis ojos, pues me tragué completita la bomba y casi pierdo la vida por ser blanco fácil de los francotiradores que estaban desde el hotel Edén disparando hacia nosotros.

Alrededor de la medianoche, con Oswaldo Vera me acerco a la tarima central y sale Elías Jaua y nos plantea que nos retiremos con la gente del lugar, que estaba en progreso un golpe de Estado y que había que preservar a la gente. Salimos de ahí; ya muchos

compañeros se estaban retirando, así que junto con Gustavo, Oswaldo, Octavio, Emilio Platt y otros que no recuerdo bien, nos retiramos a casa de un compañero de la Dirección que vivía relativamente cerca de donde estábamos; escaseaban los taxis y otros vehículos, por lo cual llegamos caminando a los alrededores de las Fuerzas Armadas, donde Octavio consiguió que un taxi lo llevara a Guarenas. Otros compañeros hicieron lo mismo, llegando Rubén Linares, Gustavo, Oswaldo y yo a la casa del compañero de Dirección. Ya estaba congregada alguna gente en ese sitio: compañeros que si bien teníamos tiempos sin vernos, nadie dudaba de su entereza política para esperar el desenlace de esta situación.

En medio de la tensión que significaba el golpe de Estado en marcha, al escuchar las primeras versiones de TV escuchamos a un Vielma Mora —para ese entonces Director del Aeropuerto Simón Bolívar— diciendo que esperaba las nuevas autoridades para entregar el cargo. Oswaldo y yo nos miramos las caras y casi al unísono dijimos: “¡Nos tumbaron!”. Inmediatamente los allí congregados analizamos la situación y fue bastante fuerte la discusión, frente a una versión que nos invitaba a hacernos fuertes en las montañas reeditando las columnas guerrilleras de antaño; y los que, como yo, sostenían que definitivamente nuestra tarea era preservar la gente y que la lucha era fundamentalmente urbana. Lo resumo con lo que fue mi posición final esa noche: vivimos en un país donde el 86% o más de la población está en la ciudad; y de ese 86% no menos del 55% está concentrado en 6 ciudades y con una población campesina que no llegaba al 3%, por lo cual, aparte de los chipos y animales del monte, cómo sosteníamos una guerrilla rural; que nuestro deber era reagrupar fuerzas y prepararnos para resistir. Que por mi parte, consecuente con eso, a diferencia de algunos compañeros que a mi juicio debían pasar a la clandestinidad esa misma noche, yo creía disponer de 24 a 48 horas para contactar, por lo menos, a los cuadros en función de organizar la resistencia. A eso de las 2:00 am un compañero me traslada a mi casa y debutamos en la lucha clandestina; alrededor de una hora más tarde me llaman Rodolfo Ascanio, Rubén González y Ricardo Dorado para hacer un

operativo de contacto con toda Venezuela. Como yo no disponía de teléfono en mi casa, dejo al compañero Rubén Linares, de Valencia, que se quedó varado en Caracas. Me van a buscar y nos instalamos en casa de Rodolfo a contactar a todo el país y tratar de ubicar a los principales compañeros de la Dirección. Mientras eso ocurría, veo la detención de Chávez y el festín de los golpistas, los anuncios de muertes y detenciones; buscaban a Nicolás, a Freddy Bernal; allanaron varias instituciones, entre ellas la casa de María Cristina Iglesias, y en tan breve tiempo siembran el terror entre la gente. A esa hora entró una llamada de un compañero; por mis relaciones fuera de Venezuela me iban a sacar del país en un plan para denunciar el golpe de Estado. Mi primera opinión fue que como para los desposeídos nunca hay puesto, si era posible que sacaran a mi esposa y a mis hijos para poder, sin ataduras, incorporarme a la resistencia. De este compañero no supe más hasta el 13 de abril, bien entrada la noche. No menciono su nombre por razones obvias, pero es quien pasaría a la posteridad como el comandante Gillete, pues cuando reapareció, el frondoso bigote que lo caracterizaba apareció bien afeitado, por lo cual a futuro se convertiría en el código de emergencia para nosotros, que planteaba que al comenzar rumores de sable o situaciones de tensión la pregunta obligada era: "¿Fulano se afeitó el bigote?" ... si no lo ha hecho es que no ocurre nada. La verdad es que nunca nos ha fallado el código de emergencia política.

Me comuniqué prácticamente con todo el país, con todas las coordinaciones regionales y a pesar del miedo, de la falta de experiencia, los compañeros respondieron con valentía. Y valentía no significa temeridad o falta de miedo; todos en mayor o menor medida estábamos enfrentando nuestros temores y fantasmas, sin embargo, la mayoría pudimos superarlo. El mensaje a cada compañero era muy sencillo: tomar medidas mínimas de supervivencia, establecer una red de contactos entre los distintos compañeros y esperar instrucciones de la Dirección; eso con la esperanza de restablecer los canales de comunicación con algún dirigente nacional que nos ayudara a orientar la situación y a nuestros camaradas.

Agotado, le pedí a Rubén que me llevaran a mi casa. Traté de dormir, hasta que entendí que solo la extenuación me haría dormir. A eso de las 5:00 am, aturdido todavía por el atropello de los acontecimientos y rezongando amargamente por la impotencia del derrocamiento, escuché el grito de un compatriota que se regresaba para su casa por la falta de transporte; con un dedo acusador se dirigió a un motorizado de la PM y le dijo: “¡Así lo tengan preso, que viva Chávez!”.

Recibí una llamada de Cuba en mi celular. Era José Miguel Hernández, compañero de la CTC, quien en medio de esa tragedia logró contactarme para saber noticias. Recuerdo clarito que le dije que la prensa enemiga decía que Chávez había renunciado, que nosotros no creíamos eso y que pasara lo que pasara resistiríamos la agresión. Con poca convicción de su parte —pues quién pudiera pensar que podíamos hacer tanto— me manifestó su solidaridad y la de sus compatriotas; cosa que le agradecí profundamente, pues sin rimbombantes discursos en otra parte del mundo alguien estaba pendiente de nosotros.

Antes del repliegue de la noche anterior, había quedado en encontrarme con Piñate en la mañana; luego de litros de café, mi esposa le pidió a unos vecinos que nos facilitaran la casa para hacer esa reunión, pues a esa hora yo pensaba que nos allanaban en cualquier momento. Nos reunimos, establecimos algunas medidas para permanecer en contacto, sacamos al compa para Valencia y hablamos con Rafael Chacón para que me recogiera en un sitio que acordamos en ese momento; tratando de aplicar todo lo aprendido en materia de seguridad y contrainteligencia, sin comunicación con nadie de la alta dirección.

Todo el día doce lo pasamos moviéndonos en el carro por toda Caracas para evitar detecciones, y tratando de poner operativa una mínima estructura de funcionamiento para la resistencia; en mi caso, tratando de levantar algún dinero para sacar a mi familia de Caracas. La última entrevista la hicimos a eso de las tres de la tarde y le planteé a Chacón que me llevara hasta Las Adjuntas, a llevar el dinero para que Nohelia y mi hijo pudieran salir de la ciudad.

Cuando llegamos frente a la casa, no viendo nada extraño en los alrededores, le dije a Chacón que si en 5 minutos no salía que se fuera, pues lo más seguro sería que llegaríamos tarde. Entré y para mi sorpresa los vecinos y familiares de Nohelia estaban guardando algunas cosas más que podían ser comprometedoras, aunque en manos de los esbirros cualquier excusa es válida para reprimir.

Nohelia, con mucho más aplomo y seguridad que yo, me planteó que en el barrio no iba a pasar nada, que quizás ese era el terreno más seguro para sobrevivir a la situación planteada. Mi respuesta fue que como a mí no me salía el camino del exilio, que en esta situación lo más seguro era morir en el intento y en caso de que eso no ocurriera, si me agarraban, iría preso; de todas formas ya me había quedado sin trabajo, por lo cual no teníamos vuelta atrás. En ese caso prefería sacarla de Caracas, para su seguridad y mi propia tranquilidad a la hora de enfrentar al enemigo. Lo mismo había hecho con Meroe, a quien el 11 en la noche, viendo por televisión lo que estaba ocurriendo en Caracas, le entró un ataque de histeria hasta que lograron contactarme, en pleno repliegue de Miraflores, y se calmó al oír mi voz que trataba de tranquilizarla; le dije a su mamá que la sacara de la casa hacia otro lado y evitara por todos los medios que viera televisión.

Una vez que confirmé que mi esposa y el niño, por un lado, y Meroe, por el otro, estaban seguros donde los envié, fui también a guardarme yo. Le dije a Chacón que me dejara en una esquina y que nos comunicáramos a primera hora de la mañana. En eso entró una llamada y era del Chino Khan, primera voz amiga desde la madrugada del 11 para el 12, que me confirmó que hasta donde sabía todos estaban bien, dentro de lo que cabía, y planteando que no perdiéramos el contacto. Alcancé a decirle algo de lo que habíamos hecho y quedamos para el día siguiente establecer otro contacto.

Un hecho curioso, que no medí en su justa dimensión sino hasta pasado el conflicto, fue que entró una llamada de José Arias, quien abatido pregunta que cómo estoy y si me había pasado algo. Le respondí, con algo de exasperación, que no era momento para eso; que cumpliera con las instrucciones, que ya habría tiempo de

saber de desaparecidos, muertos o detenidos. Resulta que acatando las tareas encomendadas, él salía para una reunión con los compañeros en Carabobo —si mal no recuerdo, hacia el sindicato de electricistas—, cuando llegó una compañera muy nerviosa diciéndole que estaba corriendo la bola que al resistirme al arresto me habían matado junto con Oswaldo Vera. Si bien el enemigo no tuvo tiempo para ejecutar su sanguinario plan, no estaban desencaminados en a quiénes iban a eliminar, pues la última persona con quien me vieron públicamente fue precisamente Oswaldo Vera, cuando nos replegábamos de Miraflores aquella lúgubre noche del 11 de abril. Medio en broma dije, tiempo después, que por lo menos en su siniestro plan de eliminación física nos daban el derecho heroico de morir resistiendo. Así mismo había circulado la versión de las muertes de Nicolás, Barreto y Freddy Bernal, o los arrestos de María Cristina Iglesias, Aristóbulo Istúriz o Francisco Ameliach, y tantos otros que se me escapan de la memoria.

Ese día 12 contacté a la secretaria del Chino Khan, que aún no sabía de su paradero, para pedirle que llegara hasta la oficina de la Asamblea y rescatara mi bolso, pues ahí tenía de todo: teléfonos, direcciones, notas y documentos, que en manos del enemigo hubieran podido servir contra nosotros. Cosa que valientemente hizo y en uno de esos pases por Caracas la abordamos para recibirlo.

A primera hora llamé a Chacón; siempre se ríe. He sostenido desde entonces que Rafael tiene sangre de orchata, sangre espesa; yo, que en el desespero ni comía ni dormía, trataba de transmitirle mi ansiedad, y con tranquilidad de paquidermo respondía y actuaba. Me dijo que lo esperara, pues iba a intentar entrar a su oficina en el Ministerio de Educación para tratar de sacar algunas cosas que podían poner en peligro a otros compañeros. Cuando me recogió estaba que me comía los dedos de angustia y había despachado muchos cigarrillos, pues de la ansiedad fumaba compulsivamente. El Chino me vuelve a llamar para decirme que en Fuerte Tiuna se estaba concentrando gente, que nos dirigiéramos para allá. Chacón me ubicó donde me había dejado y nos dirigimos a El Valle. Por equivocación y de verdad con un nivel de despiste, en vez de agarrar

hacia la autopista nos metimos hacia el Paseo de Los Próceres; atravesamos cuatro alcabalas móviles hasta toparnos con el Batallón de Tanques Ayala, que se suponía que estaba con los alzados. La primera impresión fue de una profunda extrañeza; miré a un lado y otro y lo que veo es como si fuera un domingo cualquiera: un militar paseando un perro, otro más allá trotando y haciendo ejercicios. Dándome cuenta de nuestro error, le digo a Rafael: “Hermanito, por aquí no es”, y él asintió; le dije: “Entonces, mano, retirémonos antes de que se den cuenta”. Desandamos el camino y salimos; deduzco que el enemigo estaba tan confiado que ni por asomo llegó a pensar que dos de los que estaban en la resistencia pasarían frente a sus propias narices. Como no encontrábamos a los que se estaban congregando, llamo al Chino para pasarle la novedad y en un gesto de confianza me plantea que me vaya hasta determinado punto en la carretera Panamericana, que él nos mandaría a buscar. Cuando pasamos por la puerta tres, vemos la primera gente aglomerándose, reclamando ver al Presidente; Rafael, maravillado, frena el carro y me dice: “¡Se está congregando la gente!”. Y al parar el carro, resulta que habíamos quedado exactamente donde estaban las jaulas de la Policía Metropolitana, que era el grupo de choque de los golpistas, y le digo: “Vale, avanza, ¿no ves dónde estamos parados?”. Nos consultamos qué hacer y —como ya habíamos concertado con el compañero— decidimos continuar hacia la Panamericana para ir al encuentro de Khan.

Esperando el contacto que nos envió el Chino, recibo una llamada desde Guasdalito, población fronteriza en los llanos del sur del estado Apure en Venezuela. Era el compañero Jorge Nieves, quien me comunica que había tratado de comunicarse con alguien, pues acababa de hablar con el comandante de la guarnición y que este estaba dispuesto a entregar su plaza, siempre y cuando le dieran garantías a su seguridad. Un tanto airado, le dije que qué garantías pedía el militar en semejante situación; o entregaba o no entregaba la guarnición. Le dije que concentraran la gente enfrente del edificio y que en tal caso se atuviera este oficial a las consecuencias de la ira popular que se estaba desencadenando. A todas estas,

en la medida que hablaba subía el tono de mi voz hasta que Rafael me da un codazo en las costillas y me dice: “Mano, baja la voz, se va a enterar todo el mundo y aquí nos pueden detectar”.

Minutos más tarde otra compañera me llama y con aires de misterio me comunica que la parrilla es a las dos. Creyendo que hablaba en clave, le digo que sí, que efectivamente esta venía por aire y con arpa llanera. Días después me entero por boca de la misma compañera, que cuando recibí esa llamada era porque el 13 de abril es su cumpleaños y su familia estaba planificando una parrilla para celebrarlo, pero que la suspendieron en medio de los acontecimientos. Se convirtió en el chiste de la semana la fulana parrilla de Saida Liendo.

Al fin llegó el contacto del compañero y lo seguimos hasta su escondite. Fue indescriptible este encuentro porque, aparte de la emoción de sabernos vivos y de tener noticias de otros compañeros, logramos restablecer comunicación con varios ministros y gente de las distintas direcciones; él tenía ya contactos con los que estaban resistiendo en el Ejército y con los otros que empezaban a movilizarse en todo el país. Le informamos lo que acontecía e intercambiamos impresiones y la información que cada uno poseía. Justo cuando hablaba, vuelve a sonar mi celular y era otra vez Nieves para decirme que el comandante de la guarnición se había plegado a las fuerzas leales y ambos preguntaban qué hacer a continuación. Rápidamente intercambié opiniones con el Chino y Rafael y le orientamos que cerraran con los soldados la frontera; que desde el Arauca denunciaran al mundo lo que pasaba en Venezuela.

En esta casa de la compañera Eva Carrillo comenzamos a ver la evolución de los acontecimientos; Venezolana de Televisión estaba cerrada desde el 11 de abril. Los canales privados desde el 12 trasmitiendo todo el boato del carmonazo, y en una de esas empiezan a transmitir desde la Fiscalía General donde —según los periodistas presentes— Isaías Rodríguez presentaba su renuncia al cargo. Gesto extraño, toda vez que el decreto Carmona en el acto de su coronación había disuelto todos los poderes el día anterior. Isaías, al iniciarse la improvisada rueda de prensa, sorprende a

todo el mundo al decir que el Presidente Constitucional de la República Bolivariana de Venezuela no había renunciado; nadie había presentado la famosa carta de renuncia firmada por Chávez y leída con regocijo por el periodista Napoleón Bravo en Venevisión a las seis de la mañana del 12, y repetida hasta el aburrimiento por las demás emisoras comprometidas a ojos vistas con el golpe de Estado consumado entre el 11 y 13 de abril, a las cuales el gobierno de facto había violentado por lo que estábamos en medio de un golpe de Estado. Terminaba de decir esto, cuando todas las televisoras dejaron de transmitir la rueda de prensa del Fiscal General de la República. En otra emisión que captamos, CNN era irónicamente la única que informaba una declaración del comandante Fidel y del canciller cubano Felipe Pérez Roque, quienes denunciaban el golpe de Estado fascista; es de reconocer que Fidel no ahorró calificativos para los golpistas y que había logrado hablar con una de las hijas del comandante Chávez, quien le informaba que desde la madrugada del 12 estaba retenido por el Ejército en un lugar desconocido.

A eso del mediodía José Ramón Rivero me comunica que en Guayana los compañeros estaban listos para controlar las empresas básicas y fundamentalmente la eléctrica. Le dije que esperaran instrucciones. Con esa información en la mano, el Chino Khan, Chacón y yo tomamos la decisión; no teníamos a quién consultar para convocar a una huelga general revolucionaria para ese lunes 15 de abril. Desde la clandestinidad redacté el comunicado de llamamiento a la resistencia, la movilización y la huelga general. Todavía, a pesar del “carmonazo” del 12 de abril, no se habían pronunciado los militares golpistas contra el decreto de marras.

Recibimos la noticia de que fuerzas leales habían ocupado el Palacio de Miraflores, apresando a varios de los ministros designados por el gobierno de facto, por lo cual decidimos arrancar hacia Caracas. Por la Panamericana no había paso; por La Mariposa, la Policía de Miranda en manos de la reacción puso una alcabala, entonces retornamos hacia Los Teques y entramos a Caracas por la carretera vieja; pasé a tres cuadras de mi casa 24 horas después de haberla abandonado casi prófugo. Pasando Antímamo escuchamos

por radio las valientes declaraciones de Clodosbaldo Russián, quien enfrentó a los periodistas que querían humillarlo y amedrentarlo, y ya habíamos visto en CNN la declaración del Fiscal General exigiendo ver la renuncia oficial del presidente Chávez y denunciando el golpe de Estado.

En esas mismas noticias, el mando militar golpista emite una declaración ordenando restituir la Constitución, que se convocara a la Asamblea Nacional y desconociendo el carmonazo. Al escuchar semejante noticia, comenzamos a llamar a todas partes planteándoles a los compas que ocuparan guarniciones, gobernaciones y, en fin, pa' la calle todo el mundo para restablecer el hilo constitucional y rescatar a nuestro Presidente de las garras de sus captores. Nuestra consigna fundamental fue que como ellos quisieron levantar una matriz de opinión para convencer a la prensa internacional de que Chávez había masacrado al pueblo el 11 de abril, entonces que intentaran desalojarnos de las calles. Su represión no podría parar al pueblo y tendrían que responder por los derechos humanos; fundamentalmente, por el derecho a la vida que con su artero golpe le estaban conculcando al pueblo venezolano. Que bajo ningún concepto o transacción aceptaríamos en Miraflores nada que no fuera la restitución del comandante Chávez en el gobierno.

Al llegar a Palacio había poca gente aún en los alrededores; había un camión del PPT a un costado donde pude hablar brevemente con Xiomara Lucena. Uno de los que estaban en la entrada del regimiento de la Guardia de Honor reconoció al Chino y nos dio paso franco a la garita. Mandamos a Khan adentro y apareció el comandante del Regimiento, quien se cuadra y se presenta con su nombre, grado y cargo: "Mucho gusto, coronel Jesús del Valle Morao Gardona, comandante del Regimiento de la Guardia de Honor de mi presidente Chávez".

Por mi parte, sin cuadrarme, le extendí mi mano y me presenté: "El gusto es mío, coronel. Jacobo Torres de León, coordinador general de la Fuerza Bolivariana de Trabajadores". Hechas las presentaciones, Morao Gardona nos comunica que el general Vásquez Velasco acaba de amenazarlo de que entregara el Palacio

sublevado o que bombardearían el lugar. Nos pedía que convocáramos al pueblo para impedir que se cumpliera la amenaza de los golpistas. Más allá de nosotros, que comunicábamos la buena nueva de la restitución del poder, el pueblo cumplió; se apostó a las puertas del Palacio, en Fuerte Tiuna, en cada gobernación del país, dispuesto a recuperar lo que por maniobras palaciegas y en manos de traidores como Miquilena, Alvarenga y otros, a través de un golpe de mano, creyeron que escamotearían: la decisión de vencer del pueblo venezolano.

Con el transcurso de las horas empezaron a aparecer los perseguidos de unas horas antes y resucitaron los muertos que desde la madrugada del 12 anunciaban con saña los medios fascistas. Primero llegó Oswaldo, quien se quedó en la puerta con Chacón y conmigo; más tarde Cilia Flores y Nicolás Maduro; Tarek William, a quien acababan de soltar de la Disip adonde lo llevaron violentándole todos sus derechos y su condición de diputado; Guillermo García Ponce, y así sucesivamente los principales dirigentes de la revolución. Por cierto que Nicolás y Cilia llegaron con disfraces muy originales, al punto de que cuando aparecen a mi lado les bromeo porque Nicolás estaba vestido con un mono deportivo que le quedaba muy corto, entonces le digo: “Jefe, llegaste vestido como Back Street boy’s”, pues las mangas de la chaqueta le quedaban un poco más abajo de los codos y los pantalones mucho más arriba de los tobillos; eso que aquí en Venezuela le decimos “brinca pozo” o “brinca charco”. Cilia tenía un atuendo que se parecía a la famosa Chilindrina del programa infantil mexicano “El Chavo del 8”. Mientras les decía esto, no me di cuenta que el micrófono estaba abierto y los que estaban alrededor escucharon este intercambio emocionado de saludos y bromas; nos enteramos porque frenéticamente gritaban y aplaudían cuando Nicolás, riéndose, me decía: “Ni en estas circunstancias dejas de bromear”. Esa era mi manifestación de reconocimiento y emoción con ellos, por su retorno sanos y salvos, y una forma de liberar mis propias ansiedades y tensiones.

Cuando apareció por fin el Presidente, Chacón, Oswaldo Vera y yo llevábamos 14 horas al frente de los micrófonos del regimiento,

informándole al pueblo sobre la evolución de la restauración del poder y las instrucciones que daban los militares de la “Operación Dignidad”. Entre otras cosas trascendentales que me tocó anunciar estuvo la recuperación de VTV, la recuperación del Ministerio de la Defensa y el control de Fuerte Tiuna, la principal guarnición de Caracas; la detención de Pedro Carmona, el pronunciamiento de las guarniciones de todo el país, y lo más importante: el arribo del comandante Chávez, sano y salvo, al Palacio de Miraflores.

En ese momento caigo en cuenta de que mi última comida la realicé al mediodía del 11 de abril, y desde esa hora —salvo café— no había consumido ningún tipo de alimentos ni tampoco había dormido nada. 96 frenéticas horas de resistir casi obsesivamente a la mil veces maldita agresión del fascismo. Cuando vi a Chávez desde lejos, pues estaba rodeado de gente, me dio todo junto: ganas de ir al baño, hambre y un sueño terrible; lo peor había pasado. “Pedro el breve” duró alrededor de 27 horas en el poder. Todavía hoy, cada vez que Rafael Chacón rememora abril le cuenta a quien quiera escuchar que esa ha sido la única vez —desde que me conoce— que me ha visto inapetente, porque en todas partes dejé la comida como la servían.

El cierre fue un emocionante toque de diana a cargo de la banda marcial del Regimiento de la Guardia de Honor, donde en homenaje al comandante Chávez, al pueblo de Venezuela por tan heroica acción y —como me dijo el oficial al mando— para levantar a quienes todavía no habían despertado a la nueva Venezuela; ya a esas horas de la madrugada, casi las cinco, a punto de amanecer la Patria recobraba el carácter esperanzado y alegre que la ha distinguido desde siempre. A esa hora un sargento se acerca a nosotros con instrucciones de conducirnos al Salón Ayacucho, donde ya se encontraba el comandante en Jefe y presidente Hugo Chávez. Ordenamos apagar el sonido y seguimos al sargento, que junto a cuatro soldados nos escoltaron por los laberintos del Palacio. Pasamos cerca del aula donde tenían detenidos a los “ministros” de Carmona que no alcanzaron a escapar de Miraflores cuando lo recuperaron los soldados leales a la Constitución.

Cuando llegamos al Salón, el comandante Chávez comenzaba a dar una cadena nacional y a reflexionar sobre lo ocurrido en esos tres demenciales días; más tranquilo, pude ver en un monitor a Blanca Eekhout, quien desde las pantallas recuperadas de VTV me transmitió la seguridad y confianza de que efectivamente habíamos recuperado el poder. Me instalé a escuchar al Jefe, quien abre haciendo un llamado al entendimiento, va y enseña la cruz y perdona a los golpistas de Pdvsa; sentí tal amargura, que llegué a pensar que habíamos perdido nuestro tiempo, nuestras angustias y lucha. Les dije a Chacón y a Oswaldo: “No joda, compas, tanto nadar para morir en la orilla”. Y nos fuimos molestos y frustrados, pensando, además, que ese era el momento de liquidar a la reacción y que estábamos botando por la borda esa enorme movilización popular del 13 de abril con nuestras vacilaciones. Hoy digo, sin ningún complejo, que el tiempo le daría la razón al Presidente; al país le había dado un infarto masivo: la FAN fracturada gravemente quedó muy debilitada, el país sacudido por lo ocurrido, por lo tanto, era correcto que aun habiendo obtenido la victoria estábamos forzados a prepararnos mejor para cerrar ese capítulo. El infartado no podía, en medio de su convalecencia, echar a correr a riesgo de morir en el intento; la recuperación iba a ser muy lenta. Y eso permitió el paro de diciembre.

Esa misma semana les hicimos un reconocimiento a las miles de compañeras y compañeros que se movilaron ese 13 de abril, y aunque no podemos pretender — como lo hacen algunos — afirmar que las movilizaciones se dieron por nuestra acción, no es menos cierto que en el marco de la incertidumbre y la ausencia de dirección política, la FBT y sus anónimos héroes y heroínas de toda Venezuela aportaron su grano de arena en esta página imborrable de nuestra historia revolucionaria. Amigos de Venezuela con los que conversé posteriormente, recordando la pesadilla chilena y su tenebroso desenlace, lo ocurrido en todo el Cono Sur durante los años setenta y ochenta con las sangrientas dictaduras y los miles de desaparecidos y represión, deprimidos y con esa impotencia que genera desesperación apagaron sus televisores e internet; al

despertar al otro día, por la diferencia horaria, se enteraron de que el pueblo de Venezuela restituyó su gobierno, rescató a su Presidente y por oleadas renacían las esperanzas, no solo de nuestro pueblo sino de América Latina. Uno de ellos, Francisco Domínguez, chileno; residente en Gran Bretaña desde hace casi treinta años, pero que se niega a nacionalizarse británico por preservar su ser latinoamericano, me relató con sentimientos encontrados la frustración que le dio ver cómo se perdía Venezuela en un golpe de Estado y, al conectarse a internet, ver cómo la inmensa movilización recuperaba el gobierno. Todavía se eriza al recordar este pasaje. Y es tan cierta esta afirmación, que en esos días previos al golpe de Estado yo le estaba haciendo seguimiento a la campaña presidencial de Lula en Brasil, y en las mediciones de abril publicadas por los diarios *O Globo*, *Folha de Sao Paulo* y otras prensas brasileñas, los puntos porcentuales del candidato del PT bajaron drásticamente; inmediatamente recuperado el poder, subieron como la espuma y así hasta octubre que se realizaron las elecciones que pusieron a Lula y al Partido de los Trabajadores en la ruta del poder.

En esta reunión de reconocimiento alertamos que el enemigo estaba herido pero no muerto, que debíamos prepararnos para nuevas confrontaciones y esbozamos un balance de lo ocurrido entre el 11 y 13 de abril. Lo primero que concluimos es que del estamento militar no podíamos esperar mucho. Lo segundo, que había que desarrollar un plan de contingencia que pudiera servir para retener el poder o, en su defecto, para aplastar cualquier nuevo intento por derrocar el Poder Popular. Tercero, a la luz de la conducta de la inmensa mayoría de activistas y militantes de la FBT y de lo que atropelladamente armamos esos días, con los petroleros, eléctricos, telecomunicaciones y Guayana, sistematizar esta experiencia y convertirla en plan. Eduardo Piñate y yo fuimos los encargados para armar este plan y presentarlo a la DN. Debido a lo ocurrido, Eduardo me plantea que el 12 en la madrugada se confrontaron fraternalmente dos concepciones de lucha: una que apunta a la guerra popular prolongada, que tiene un carácter más de resistencia y lucha a largo plazo y es muy marcada

por su composición rural, muy al estilo de la Revolución cubana y la China con su épica larga marcha. Y la otra insurreccional, que se afina en la huelga general revolucionaria y con un componente militar, insustituible en esos momentos; más parecida a la tradición de la Revolución rusa. En la primera, las fuerzas sobre las que descansa el hecho revolucionario son los campesinos y las grandes columnas guerrilleras en la montaña y el campo; en la segunda, son las grandes masas urbanas y los sectores progresivos del Ejército los que adelantan la revolución. Y Venezuela tiene esa especial característica como se demostró en 1992 y el 13 de abril de 2002. Eduardo planteó que yo había demostrado tener razón al identificar el carácter insurreccional de la Revolución venezolana, y por eso debería diseñar yo el plan de contingencia. Ese plan funcionaría cabalmente para diciembre de 2002.

También nos reunimos con la entonces ministra del Trabajo, María Cristina Iglesias, en otro de los episodios de la evaluación de abril, uno bastante categórico: el papel desempeñado por factores de la Iglesia como el sacerdote jesuita Arturo Sosa, quien sin corroborar las cosas apareció junto con otros capitostes de la curia bendiciendo a los golpistas. María no lo podía creer. Ella, que sufrió de cerca los coletazos del golpe de Estado, no salía de su asombro cuando le comunicamos lo que estos señores habían hecho; sacerdotes que siempre pasaron por progresistas y en los que María Cristina depositó su confianza. Con ella hicimos una primera reflexión para construir una política de articulación de los trabajadores y de conformación de las organizaciones de trabajadores afines a la revolución. En otras palabras, ponernos los pantalones largos e ir al encuentro de la clase trabajadora, decididamente chavista y bolivariana, pero dispersa en su organización.

En palacio, una vez confirmada la presencia del Presidente, con una emotiva arenga le digo a la masa compacta que esperaba ver al Comandante que el enemigo había hecho su mejor esfuerzo por asesinar los sueños de la revolución y a nuestro Comandante, que nuestra movilización abortó ese plan macabro de dar al traste con esta era de cambios; y que la mejor muestra estaba en

el impresionante levantamiento popular que frenó las ínfulas de la contrarrevolución encabezada por Carmona, el generalato en Venezuela, la CIA y el Departamento de Estado de Estados Unidos fuera de nuestras fronteras. Que con esa formidable concentración se hacía efectiva la gran contraofensiva popular y revolucionaria. Seis millones de venezolanos, pasando por encima de direcciones formales, acorralaron a la reacción hasta doblegar su voluntad y obligarlos a regresar derrotados a su madriguera. Cogiendo vuelo, rematé la intervención diciendo con aires de retador: "¡Y el próximo domingo nos vemos en *Aló Presidente!*". Para pesar de los que organizaron el golpe de Estado, que estuvieron tan cerca de liquidarnos, que acariciaron el poder por horas, se regodearon soberbios en su relativo triunfo y lo perdieron en tampoco tiempo gracias a la decisión de vencer de este pueblo y de estos militares patriotas, que hicieron honor al arrojo y valentía, signo de la tradición libertaria del Ejército Libertador y de nuestra venezolanidad.

También se ratifican lecciones que deben ser guía permanente de los revolucionarios: desconfiar de la burguesía y de los cantos de sirena de los que llaman a la conciliación; supervisar a nuestros propios dirigentes, pues entre ellos permanecen agazapados en nuestras filas muchos de los que no dio tiempo para que brincaran la talanquera en la aventura golpista, y que se quedaron para tratar de desviar los fines supremos de la revolución. Y lo fundamental: confiar y depender de nuestras fuerzas, que se han ido acerando con cada combate y cada día identifica y perfila mejor a nuestros cuadros. Por eso siempre levantaremos la consigna: "Llegamos para permanecer y a cada 11 contrarrevolucionario le saldrá su 13 de contraofensiva revolucionaria.

No hubo *Aló Presidente* el domingo 22, pero sí estábamos preparando el 1° de Mayo. Tarea ardua, todavía estaba fresca la movilización del 11, 12, 13 y 14 de abril y existía mucha sensibilidad con este tema. Cuando la FBT propone la realización de la tradicional marcha de los trabajadores, se levantaron las eternas voces conservadoras, pusilánimes y vacilantes para decir que no era conveniente, que era muy reciente el golpe de Estado, que era

un problema de seguridad y bla, bla, bla. Envalentonados y tercós, la Dirección de la Fuerza se plantó con decisión a enfrentar esta oposición a la marcha. Partimos siempre diciendo que ni en las peores circunstancias se había dejado de hacer el 1° de Mayo, que en este momento de fortaleza popular era el más indicado para demostrarle al enemigo que el pueblo movilizado era el baluarte del poder revolucionario; que los enemigos y traidores, que de ñapa estaban en fuga, tenían que recibir una lección de humanidad y revolución; que no podíamos olvidar ni por un segundo que para recuperar el poder —ante el vacío de dirección— seis millones de compatriotas, contra todo pronóstico, se alzaron por Chávez y por todos nosotros, y lo mejor: sin nosotros, sin dirección, solo con la intuición y la sabiduría popular. Hasta Chávez mostró sus dudas en cuanto a nuestro anuncio de marchar el 1° de Mayo.

Como vieron nuestra obstinación intentaron proponer variantes que neutralizaran nuestro objetivo de marchar por toda Caracas: Primero, que debíamos recordar que la “Operación Dignidad” nació en los cuarteles de Maracay, por lo cual proponían un acto en la sede del Batallón de Paracaidistas; respondimos: “Perfecto, hagan su acto en Maracay; nosotros marchamos en Caracas”. Luego contraproponen: “Está bien, Caracas, pero hagamos un acto en el Poliedro en las afueras de la ciudad; repetimos: “Bien, hagan su acto; nosotros estaremos en el centro marchando”. Por último, dijeron que marcháramos hacia El Valle en vez del centro de Caracas; exasperados, acabamos la discusión tajantemente: “No propongan más nada, hagan lo que quieran; nosotros no movemos nuestra decisión. Todavía, como a tres días del evento, el Comandante llamó a Nicolás y al Chino Khan para intentar convencernos de no hacer la marcha hacia Miraflores y contentarnos con el acto en el Poliedro; le habían vendido la idea de que podían producirse disturbios y provocaciones en nuestro recorrido, que podían apostar francotiradores y tratar de generar una situación como la del 11 de abril, usando como argumento de refuerzo que la oposición, maltrecha y todo, había anunciado su Primero de Mayo tradicional.

No sé qué habrán hecho Nicolás y el Chino, porque a eso de las dos de la madrugada llamó el Chino muy emocionado —como es él—, me grita por teléfono: “¡Jacobo, estamos metidos en tremendo lío! ¡El Presidente aprobó la marcha! Eso fue como un corrientazo. Nos quedaban tres días para organizar la ruta, la convocatoria y garantizar la presencia de la gente.

Vencida la resistencia presidencial a la marcha, nos tocaba también lidiar con los ociosos internos, los trotskistas y los desobedientes; mientras planificábamos la jornada, trataron una y otra vez de convertir esta demostración de firmeza y fuerza en una caricatura. Unos, en este caso los trotskistas, insistieron en realizar “marchitas regionales” con el afán de concentrar su magras fuerzas en Valencia y no diluirse en masas mucho más grandes. Roland Denis, un burgués que ansía usar al movimiento popular para sus ensayos y delirios “anarcoides”, argumentaba indignado que hasta cuándo le imponíamos al pueblo rutas y formas de organización, que la gente marchara por donde le diera la gana, con las consignas que le diera la gana, sin dirección y orientación. A los primeros les respondimos, para su respectivo enojo e incomodidad —parafraseando al mariscal Zhúkov, héroe de la Unión Soviética en la II Guerra Mundial—, que la dispersión nos hace daño, que es necesario golpear con el puño cerrado para doblegar al enemigo en cualquier circunstancia, por lo cual era una sola y contundente movilización. Al segundo, a Roland, ni siquiera me molesté en contestarle; con la necesidad no es necesario perder tiempo.

No nos equivocamos en nuestro cálculo, la marcha del 1° de Mayo de 2002 —en mi opinión— ha sido la movilización más fastuosa realizada en Venezuela. El pueblo, emulando el 13 de abril y reafirmando su convicción y respaldo al Gobierno Bolivariano, movilizó no menos de dos millones de personas; derrotamos a los débiles y pusilánimes y pudimos constatar el vigor de nuestra revolución y las cada vez más menguantes fuerzas del enemigo. En este glorioso día se confirmó que este país, este pueblo —sin

convertirme en panfletario — votó en 1998 para ganar el gobierno, y en el 2002 se movilizó para asaltar el poder.

En la distancia, al analizar y ver lo ocurrido en esos aciagos días llegué a esa conclusión. En 1998 el país, cruzado por una crisis política muy profunda, agotó una forma de gobernar. Chávez ganó la presidencia porque no había más remedio, porque las clases dominantes estaban tan desgastadas que perdieron la interlocución con el pueblo; como dice Gramsci: agotó el consenso social que los mantuvo en el poder el último siglo. En los albores del siglo XXI, gracias al Comandante nos hicimos con el gobierno. Sin embargo, aún perdiendo el gobierno formal, mantenía intacto el poder económico y militar de la República. El 2002, a mi juicio, fue el punto de quiebre que permitió — con la derrota de los golpistas y la reacción — que las fuerzas revolucionarias con el Comandante a la cabeza asaltáramos el poder. Dejamos de ser gobierno para convertirnos en poder. Todavía tienen poder económico, pero en esta jornada los desplazamos del poder militar y del Estado. Ahora lo decimos con tranquilidad, en aquel momento era impensable; la movilización popular no dio tiempo de que los infiltrados que no salieron de las guaridas se mostraran; no fueron solo los Miquilena, los Alvarenga, los Pablo Medina y la basta galería de militares que salieron a desalojarnos del poder. Estábamos preparándonos para resistir a largo plazo; Chávez dijo un año o dos, lo que implicaba que gradualmente los quinta columna irían saliendo para consolidar el poder de la reacción, sin embargo, el no lograr sostenerse más allá de 48 horas les facilitó a los infiltrados quedarse en sus puestos para seguir sabotando y esperar mejores tiempos para cumplir con su nefasta misión. Si la situación de facto se hubiera sostenido unos dos o tres días más, estoy seguro que en los distintos estamentos otros desertores y cobardes se hubieran pronunciado, poniendo en peligro nuestra recuperación del poder.

En julio mis compañeros de la Cámara Municipal de Caracas, en el marco de la celebración del día del empleado público, me condecoraron con la Orden “Waraira Repano” en su primera clase, por mi actuación en la jornada de abril. Como no estaba ni estoy

acostumbrado a homenajes o reconocimientos, solo me acompañó Oswaldo Vera a recibir la condecoración. Valió este episodio para hacer estas reflexiones y recordarle a mis compañeros lo que significó abril para nuestra historia política y el análisis de la realidad política. Waraira Repano en lengua caribe significa “la ola que vino de lejos” y es extraído de una leyenda indígena que relata el enojo de los dioses lares con los habitantes de Caracas. Según la leyenda, no existía esa montaña, mal llamada Ávila por Diego de Ávila y los usurpadores; Caracas llegaba al mar. Los dioses, para castigarlos, enviaron una gigantesca ola que inundaría el territorio; los pobladores se arrodillaron y les rogaron que les salvaran la vida. Los dioses, conmovidos por la devoción de los indígenas, convirtieron la ola en piedra y así se transformó el valle de Caracas que hoy conocemos. Alegórica esta leyenda, porque la avalancha popular que inundó todas las ciudades en abril era como ese Waraira Repano para salvar y consolidar la revolución. Recordé a mi auditorio parte de las lecciones y se rieron muchísimo cuando, reflexionando sobre el 12 de abril, les comenté que nunca en nuestra vida republicana se había suscitado un hecho tan democrático como el golpe de Estado del 11 de abril, que además reafirmaba la necesidad de unificación de los revolucionarios en una sola organización; es decir, la necesidad de construir con la urgencia del caso el Partido de la Revolución Venezolana; nada que ver, por supuesto, con el desaparecido PRV del discípulo Douglas Bravo. Esa madrugada, sin distinguir color político, sexo o inclinaciones, la derecha en su orgía persiguió por igual a todos los vinculados a Chávez y a la Revolución Bolivariana. María Cristina Iglesias, del PPT, sufrió los mismos atropellos que un Francisco Ameliach, del MVR; un Tareck William del MVR corrió la misma suerte de un Aristóbulo Istúriz del PPT; un Aníbal Espejo, Amílcar Carvajal o Richard Peñalver, que eran independientes, fueron acusados de asesinos; un Miguel González, a quien buscándolo con saña asesina le allanaron su casa, lo salvó que se había mudado poco tiempo antes, y cuando entraron donde lo buscaban tuvo tiempo de escabullirse, pues estaba unas cuadras más arriba. En fin, la opresión igualitaria, democrática y sin distinciones buscaba

aplastarnos para acallar la resistencia por la vía del terror, y nuevamente la avalancha del pueblo se los impidió.

En septiembre convocamos el I Encuentro Nacional de Trabajadores como resultado de una serie de encuentros y reuniones con el Presidente, Nicolás, María Cristina y la Dirección de la Fuerza Bolivariana de Trabajadores, que todavía dirigía yo. Sería largo contar todo lo que costó arribar a este evento. Sin querer, comenzaban a manifestarse las diferencias entre nosotros; aunque todavía se manejaban como conciliables, anunciaban tímidamente lo que a futuro sería la norma. El rasgo más importante del evento fue nuestro compromiso de demoler la CTV y con ella los factores políticos que la alimentaban, y la de construir nuestra propia Central Sindical; habíamos crecido en lo sindical, por lo tanto, era la hora de dar el salto organizativo. Aliados nuestros como Chirino, los trotskistas y algunos rezagados de la CTV se opusieron con uñas y dientes a esa decisión, cuando advertíamos desde hacía cuatro meses la posible recomposición y recuperación de los enemigos y nuestra responsabilidad histórica de hacerles frente con la mayor firmeza posible. En este acto nos acompañó el Presidente, quien al llegar, creyendo que íbamos a anunciar la central, me preguntó cómo iba el acto al subir a la tribuna. Le notifiqué rápidamente la presencia de alrededor de 1.300 delegados de 20 organizaciones nacionales y regionales que le leerían ahí las conclusiones, y que lamentablemente el conservadurismo frenaba la concreción de la política de confrontación con la derecha. A pesar de ese revés, nos aprestamos a la confrontación.

En octubre, invitado por el presidente de Bancoex, mi viejo camarada Víctor Álvarez, asistí a un evento sobre economía que se realizaba bajo los auspicios del Ministerio de Producción y Comercio, donde tuve la oportunidad de ver a la inmensa mayoría de quienes auparían el golpe económico y sabotaje de diciembre: Fedecámaras, Consecomercio, Fedeindustria, expertos neoliberales mexicanos, el embajador estadounidense Charles Shapiro, y funcionarios venezolanos y de otros países. Como me correspondía intervenir al segundo día del evento, pasé la primera mañana oyendo las

ponencias de varios; las posiciones escuchadas, sin duda alguna, eran una oda al neoliberalismo y un sentido poema a la globalización. Luego del almuerzo le tocó la tribuna al embajador, quien abre su discurso expresando las necesidades de estabilidad política, porque le recordaba al auditorio que una realidad del capital es su inmensa cobardía, por lo tanto, el libre comercio era garantía de desarrollo y bienestar. No bien culminó Shapiro, salí de ahí a rehacer el discurso que tenía preparado. Pensé que como trabajador mi deber era enfrentar este festín capitalista o, por lo menos aguarles la fiesta. Pasé varias horas leyendo y relejendo físicamente y por Internet las distintas posiciones que en América existen sobre esa materia, y los indicadores que arrojaba el Tratado de Libre Comercio entre México, Canadá y Estados Unidos. Con una buena recopilación de datos, desde cero hice mi discurso cerrando con dos citas, una a lo Pancho Villa: "Pobrecito México, tan lejos de Dios pero tan cerca de Estados Unidos"; y una del apóstol cubano y de toda nuestra América, José Martí, que dice: "Un pueblo políticamente libre pero económicamente dependiente termina siendo esclavo".

Con eso en la mano, me presenté al siguiente día a confrontar a los adalides neoliberales comenzando por los mexicanos, pasando por nuestros prospectos de empresarios venezolanos, hasta llegar al embajador gringo. Lo primero que casi le escupí a los mexicanos es que si era tan beneficioso y exitoso el modelo en México, por qué en los años que lleva el Tratado de Libre Comercio de América del Norte-Tlcan han quebrado más de 4.000 empresas productivas; y antes del Tratado, el maíz, producto milenario a lo largo y ancho de nuestra América, dejó de ser producido por los mexicanos y estaban condenados a comprarle a Estados Unidos el maíz que se consume, con el consecuente encarecimiento de los productos para un pueblo al que le crecía el hambre y la pobreza exponencialmente, al mismo ritmo en el que supuestamente crecía la economía. A los empresarios nacionales les espeté que no habían entendido una de las necesidades más básicas de nuestra revolución: el fortalecimiento de la economía nacional y la urgentísima creación de un sólido mercado interno; que más que nosotros los trabajadores, eran los

llamados sectores productivos los emplazados a dar los primeros pasos en la creación de manufacturas, alimentos y lo necesario para cubrir las demandas de la economía; pero claro, una burguesía que se dedicaba a ordeñar la renta petrolera descansaba todas sus ganancias en las importaciones, y por eso no era capaz de producir ni un alfiler, siendo más fácil abrazar la causa apátrida del neoliberalismo que tomar la mano generosa que le tendía el Presidente, para producir los recursos y productos que necesitaba el país, y así salir del inmenso atraso y saldar la deuda social que heredamos de la IV República. Por último, al embajador gringo, quien el día anterior destacaba que el capital era cobarde, le manifesté con franca aversión mi total acuerdo con él en ese enunciado, pero que lo que no decía era que aparte de ser cobarde el capital, por ende, lo eran los capitalistas que no tenían Patria ni Dios ni Santa María.

Por supuesto, salvo unos aplausos muy tímidos de un grupito de compañeros del movimiento popular de la parroquia San Juan, quienes tuvieron que armar un escándalo para que los dejaran participar, el resto fue un silencio de sepulcro en el auditorio. A la hora de la ronda de preguntas, los papelitos que llegaron del público eran una galería de insultos: desde cochino comunista discípulo del satanás Fidel, hasta ignorante y troglodita. Confieso que esa reacción me alegró muchísimo, el colmo hubiera sido que la canalla me aplaudiera. Pensé que no estábamos desencaminados en nuestras reflexiones y análisis; eso en una época en la que todavía hablar de socialismo era un tabú para la gran mayoría.

Cuando estaba saliendo de ahí me abordaron los periodistas y preguntaban insistentemente si el gobierno iba a desconocer la propiedad privada y a confiscar las empresas productivas del país o las vinculadas a capitales extranjeros. A pesar de no tener mucha experiencia en estos menesteres mediáticos, les respondí con el mayor aplomo posible que la Revolución venezolana no tenía planteado conculcar un derecho consagrado en nuestra Constitución Bolivariana, como es el derecho a la propiedad; pero que advertía, en nombre de la FBT y los sectores populares, que ese empresario parasitario de Venezuela estaba cometiendo fraude contra la

nación, al declarar quiebras fraudulentas que dejaban en absoluta indefensión a los trabajadores y generaban inestabilidad al país, por lo cual, “empresa que se parara sin justificación, empresa que ocuparíamos los trabajadores”. Sin saberlo, estaba preludiando el 2 de diciembre y días subsiguientes.

En octubre la tensión sube nuevamente. Los militares que estaban vinculados al golpe de Estado de abril y no se pronunciaron en esa oportunidad iniciaron una nueva estrategia, que consistió en comenzar por goteo a abandonar los distintos componentes de la Fuerza Armada Nacional y se instalaron en la Plaza Altamira, al este de Caracas, una vez más a denunciar a Chávez de cuanta cosa se les ocurría. Son tan poco originales y tan poco creativos estos personajes, que desde 1999 están denunciando “las tendencias totalitarias” del Gobierno Bolivariano. Ese hecho provocó que sucesivamente los estados mayores de cada guarnición, cuartel y batallón de los cuatro componentes de la FAN, se pronunciaran garantizando lealtad absoluta a la Constitución, las leyes y la institucionalidad democrática del país. Me emocionó bastante ver estos pronunciamientos, porque generaban estabilidad y seguridad en el pueblo y amortiguaban los afanes desestabilizadores de los que se instalaron en Altamira con el apoyo del Alcalde de Chacao, de todos los corifeos de la oposición, y el consecuente encadenamiento de los medios privados generando zozobra en la población y angustia entre sus seguidores. Estaba con una delegación uruguaya, encabezada por Gerónimo Cardozo —un viejo amigo y fundador del Frente Amplio, junto al legendario Liber Seregni— en el hotel El Conde, y vimos uno a uno los militares de todo el país.

El gobierno, sabiendo lo que ocurría por los informes de inteligencia, dejó correr a estos militares una de las medidas sin reprimirlos: consistió en quitarles los comandos que detentaban hasta ese momento, pasando a inofensivos cargos administrativos o a las órdenes de sus respectivos estados mayores. Según mi opinión, entre los que conspiraron y se alzaron en abril y los que poco a poco poblaron la Plaza Altamira se cerraba un capítulo en la historia castrense venezolana. La generación militar de la Escuela de las

Américas dejaba el poder que detentó durante décadas. No es casual que los que gestionaron el golpe de Estado son los mismos compañeros de armas del Comandante en Jefe. Incluyendo compadres de sacramento, como el gordo Rosendo, quienes por momentos confundieron y traicionaron la confianza de Chávez, siendo viejos camaradas y colegas. Calculaban que su confianza personal en varios de ellos sería el perfecto factor sorpresa para coronar con éxitos sus planes.

Junto con la respuesta institucional y constitucional de los militares con mando de tropa, concertando con María Cristina, en octubre organizamos un acto de los trabajadores con el Presidente en el Salón Ayacucho, en respaldo a la revolución, al Comandante en Jefe y ratificando la firme decisión de la clase trabajadora de restearse con el proceso. Hablé entre los últimos oradores; abrí diciéndole al Presidente que habíamos visto con mucho orgullo el pronunciamiento de los jefes de Guarnición y del Estado Mayor, por lo tanto, que este acto sirviera como el pronunciamiento del estado mayor de la clase trabajadora, con la presencia de las principales cabezas federativas del país.

Como ya asomaban rumores de una posible acción opositora de igual envergadura a la del 11 y 12 abril, teniendo como eje a la CTV y Fedecámaras, narré el privilegio que tuvimos en esos aciagos días donde entre la incertidumbre, la desinformación y las traiciones contactamos a todos los equipos regionales de la Fuerza, con la satisfacción de que todos los hombres y mujeres agrupados en la FBT, independientemente de sus temores personales, miedos y preocupaciones, dieron un paso al frente en defensa de la Patria, la Revolución y el Comandante. Rematé lanzándole un reto público a Carlos Ortega de que si intentaba paralizar el país se encontraría de frente con los trabajadores y el pueblo; que ni con “estimulantes” tendrían posibilidades de pararse frente al pueblo trabajador. El auditorio estalló en gritos y aplausos. Cuando iba a sentarme, Chávez me da un manotón en la espalda y me dice: “Muy buen discurso, muy combativo”; y María Cristina, con cara de pocos amigos: “Jacobo, ¿con estímulo? Estamos en vivo, ¿no se te ocurrió

otra cosa?”. Me eché a reír y le contesté: “Solo se me ocurrió, María, pa’ que la gente entienda, y como la pastillita azul está de moda...”; me encogí de hombros y retorné a mi asiento entre los rabiosos aplausos y señales de reconocimiento del auditorio en pleno. Después supe que VTV, Globovisión y Venevisión habían transmitido mi discurso en vivo y en directo.

Continuaba el bochinche en Altamira y se puso de moda en los sectores opositores pasar a tomarse su respectiva foto con los “militares rebeldes”. En TV se veían desfilar todas las disidencias y de diversos sectores; hasta sacaron del baúl a trabajadores del metro vinculados a Primero Justicia, a los cadáveres de Fedeunep, Sunep-SAS con sus adecos y banderosos como portaestandartes, y artistas y políticos y locos y borrachos y cocainómanos y marihuaneros y más locos y así sucesivamente.

En esos días me llamó el compañero Vladimir Ruiz y me anunció que el Presidente lo acababa de nombrar Director de Relaciones Presidenciales Nacionales en el Despacho Presidencial, y me pidió que lo ayudara a crear esa Dirección, toda vez que su misión fundamental era fortalecer la interrelación entre el Despacho de la Presidencia y los movimientos sociales de Venezuela. Así que me convertí en coordinador de movimientos sociales.

Siguiendo la secuencia de la conspiración, a finales de noviembre convocan una reunión en Miraflores para evaluar la coyuntura y escuchar de primera mano los informes que la Seguridad del Estado poseía. María evalúa la importancia de nuestra presencia y fuimos invitados. Estaban presentes algunos gobernadores, varios alcaldes, diputados y dirigentes del MVR y PPT, y los “coleados” en la fiesta: Oswaldo Vera y yo, de la FBT.

Abrió, en ausencia del Presidente, que no había llegado, José Vicente Rangel quien se desempeñaba como ministro de la Defensa. José Vicente presentó un impecable informe donde calibraba, a partir de los informes de inteligencia, los planes desestabilizadores de la oposición y el casi inminente paro forzado por la CTV y Fedecámaras como pivotes para el dos de diciembre. Los conspiradores utilizaban como argumento otra vez las leyes de la habilitante, la

renuncia del Presidente y el trillado discurso del “régimen totalitario” que Chávez pretendía imponerle a la “sociedad democrática”; eso que todavía no se hablaba de socialismo.

José Vicente, al presentar el informe, aprovechó para emitir su opinión que había que dejarlos correr y sobre la marcha enfrentarlos y derrotarlos.

Aquí quiero declarar que conociendo a José Vicente desde hace algunas décadas, y su antiguo vínculo con Miquilena, tenía mis reservas en cuanto a su posición frente a lo que acontecía. Conocida su calma, moderación y equilibrio, y considerando la radicalidad de nuestra posición, pensaba que podía ser un elemento que llamaría a la moderación y a la conciliación, haciendo concesiones a la contrarrevolución. No se imaginan la satisfacción de equivocarse. José Vicente Rangel se creció como revolucionario, como estadista y dio rienda suelta a esas cualidades políticas de las que ha hecho gala en décadas y que, por prejuicios, yo no le reconocía. Sin perder ese perfil de equilibrado me dio una lección de humanidad y estrategia, que con respeto reconozco hoy que es uno de esos revolucionarios que se merecen el insigne puesto que les ha reservado la historia.

El informe, muy conciso, resumía lo que se hacía público por los voceros de la oposición y los pasos que daban en el lado oscuro de la fuerza. Se concretaba a dar plazo al gobierno para que se eliminara la Ley Habilitante y que renunciara Chávez. En dos platos, la oposición nos invitaba a bajarnos los pantalones y pidiéndonos prestado, de ñapa, el tarrito de vaselina.

Como dije, la posición de Rangel fue tajante, dura, inflexible, no ceder al chantaje contrarrevolucionario y aceptar su desafío. Evaluando nuestras propias fuerzas, argumentó la enorme fortaleza popular y el más fuerte liderazgo del Comandante, así que cualquier fórmula de compromiso con los adversarios era una flagrante muestra de debilidad inaceptable para la revolución.

Se les vieron las costuras a muchos participantes en esta encestona. Nerviosos y cariacontecidos, varios abogaron por un diálogo directo con Fedecámaras y la CTV, la posibilidad de adelantar las elecciones, o en su defecto convocar un referendo que impidiera que

se realizara el paro que técnicamente estaba ya en plena ejecución. A lo largo del día se realizaron 48 intervenciones; apenas 5 desconocían cualquier acuerdo, transacción o atajo que fortaleciera a la reacción, y vehementemente ratificaban la necesidad de poner en tensión nuestras fuerzas: María Cristina Iglesias, Nicolás Maduro, José Khan, Oswaldo Vera y yo, junto con José Vicente Rangel, rechazamos categóricamente en nuestras respectivas intervenciones las pretensiones conciliadoras de muchos de los presentes.

A finales de la tarde aparece en la reunión el comandante Chávez y creo haber aprendido a leer entre líneas sus estados de ánimo y seguridades. El Chávez que entró al recinto desbordaba confianza, buen humor y esa fortaleza que ha conquistado voluntades. Llegó echando chistes y bromeando con los participantes. Solo se puso serio, sin perder el humor, cuando José Vicente le hace el resumen de la reunión y quedaban 10 intervenciones; hizo un gesto de que continuaran. Pensando que no me habían anotado, me sorprendí cuando me nombran para ejercer mi derecho de palabra; mis primeras voces fueron para una breve reflexión sobre la coyuntura, partiendo del hecho de que el llamado al paro no era más que otro chantaje de los que seguían empeñados en la aventura de los atajos. Segundo, recordar la satisfacción que nos produjeron las declaraciones de los distintos componentes de la FAN; le recordé al Presidente el acto de los trabajadores que en ese mismo salón habíamos realizado días antes y la reiteración de retar a los golpistas a que paralizaran el país. Tercero, cerré con una reflexión que identificaba el meollo del problema: aceptar cualquier transacción era una muestra de debilidad cuando veníamos de una contundente e indudable victoria en Abril; nadie entendería, ni dentro ni fuera del país, que con los niveles de aceptación y el vigor de nuestras fuerzas aceptáramos semejantes y obscenas demandas y lo medular de este debate.

Aceptar convocar un eventual adelanto de las elecciones o un referendo revocatorio para impedir un paro que no estaba seguro que echaran para atrás, más que debilidad era una soberana pendejera, porque si se cedía en ese punto irían por muchísimo

más; les das un dedo y van a buscar arrancarte el brazo, y lo más importante: estamos, todavía hoy, consolidando la institucionalidad revolucionaria. El hecho de hacerles el juego dentro de su formalidad democrática impediría que nuestras instituciones se consolidaran. Chávez me miró con curiosidad y me dio como un segundo aire para replicar que llamar a elecciones o convocar al revocatorio, fuera de los tiempos y mecanismos constitucionales, era una maravillosa invitación a subvertir el orden y debilitar la Constitución, las leyes y la precaria institucionalidad que se desprendía de ellas; es decir, siempre con mi nota arrabalera que gusta a muchos y aborrecen unos cuantos, concluí: “Si acepta eso Comandante, hasta el concurso *Miss Venezuela*, una junta de vecinos, o un club de bolas criollas estarían en discusión”. Si la que perdiera *Miss Venezuela* no quedaba conforme con los resultados, quién le negaba el derecho —con ese precedente— de que impugnara y convocara a una consulta, aparte de cantar fraude. Muchos compañeros asentían mis palabras y hacían gestos de comprensión, acuerdo y entendimiento. El Presidente, sacando las conclusiones con todas las de la ley, estuvo de acuerdo en que no podíamos caer en el chantaje y había que aprestarnos para resistir y, sobre todo, vencer.

La única duda estribaba en cuándo dar una demostración de fuerza antes o después de que ellos iniciaran sus acciones. José Vicente simplemente planteó que había que atajarlos, por consiguiente, la movilización debería hacerse antes o en los días inmediatos al inicio del paro. Aristóbulo más bien defendió dejarlos correr y convocar cuando se estuvieran agotando. Mi posición fue, junto con la de Oswaldo, que era un falso dilema hacerlo antes o después, que sencillamente había que hacerlo antes y después. El Presidente, que no había fijado posición, dijo que ante la ausencia de consenso y fieles a la tradición democrática debíamos votar las dos propuestas. Acto seguido, con la señal de costumbre, los que estábamos de acuerdo con la proposición de José Vicente levantamos la mano: 51 de los presentes; los que estaban de acuerdo con Aristóbulo hicieron lo propio y 47 personas alzaron su mano en apoyo. Quienes respaldamos la primera opción aplaudimos

ruidosamente y Chávez dijo: “Ya va, ya va. Aquí falta gente; hay gente afuera tomando café, otros están en el baño; deben estar todos”. Venía Luis Tascón con un café en la mano y el Presidente le grita: ¡Epa, compadre, que estamos votando chico; llama a los que están afuera para votar. A ver, Chente y Aristóbulo, argumenten en cinco minutos sus posiciones”. Y se lanzó una arenga defendiendo la segunda opción.

José Vicente, antes de hacer su apretada exposición, le dijo: “¡Hugo! Eso es ventajismo pero no importa”, y soltó nuevamente su posición; el Negro igual y procedimos a votar. Otra vez 51 de nuestro lado, pero la segunda opción subió a 49; volvemos a estallar en aplausos y vuelve Chávez a decir: “No, no, no. No está clara la votación”. Se mandó otra arenga y José Vicente lo vuelve a acusar de ventajismo; este, conciliador, le dice bromeando: “Vale, cuentas tú y Aristóbulo los votos. Por tercera vez, quienes estén de acuerdo con la primera posición, ¡arriba!: 51; y la segunda... 54”. Chávez, con una sonrisa de satisfacción, dijo: “Ahora síiii”. Protestamos, pitamos pero la decisión estaba tomada. Entonces estábamos de acuerdo. Recapitulando, no aceptamos el llamado a conciliación ni a ceder, y convocar a mediados de diciembre a la movilización en rechazo a los golpistas.

Estando en la reunión, Octavio nos anuncia que en una playa de Margarita falleció por ahogamiento el compañero Gustavo Rivera; rudo trancazo para nosotros, toda vez que “Paltocito” era uno de nuestros más entrañables camaradas, enamorado como él solo, fiel y solidario a los amigos, recto en su conducta política y bromeador hasta en las circunstancias más adversas. Oswaldo y yo teníamos que salir para Cuba al día siguiente, pero la muerte del camarada nos planteó reconsiderar nuestro viaje. Nicolás, el Chino y María estuvieron de acuerdo en que había que aprovechar ese escenario para denunciar a los desestabilizadores y alertar el nuevo golpe que se avecinaba en Venezuela.

En esta oportunidad la receptividad internacional en Cuba fue distinta. Las distintas delegaciones presentes en el III Encuentro de Lucha Contra el ALCA se interesaron ávidamente por la situación en nuestro país. Después del golpe de abril se le abrieron los

ojos a muchos y ahora veían con simpatía nuestro proceso. Irónicamente le comenté a Oswaldo: “¡No joda, Oswaldo! Tenía que pasar lo de abril para que entendieran que en Venezuela está en marcha una revolución de verdad”. Ya no más recelos. Ya no era el teniente coronel y milico; ahora preguntaban por el comandante Chávez y ponían a la orden la solidaridad que desde un año antes pedíamos y no nos paraban.

En este evento tuvimos un *impasse* con Marta Harnecker, la periodista chilena que fue esposa del legendario Piñeiro, “Comandante Barbaroja”, dirigente de la Revolución cubana y fundador del departamento internacional del PCC. Oswaldo y yo teníamos la misión de aprovechar todo el espacio posible para preparar la defensa de nuestra revolución, y Marta consiguió prestada una de las salas del Palacio de las Convenciones para hablar de la crisis venezolana. Ahí estaban otros compañeros como William Mantilla, quien junto con nosotros se aprestó a esta improvisada conferencia informativa sobre Venezuela. En esos primeros tiempos hablar sobre Venezuela, la revolución, sus avances, sobre el comandante Chávez y los ataques de Estados Unidos y sus lacayitos locales, era un proceso harto complicado, pues los niveles de desinformación eran totales; muy poco se sabía de lo que acontecía hasta el 12 de abril. Por tal razón, en el breve tiempo que teníamos había que ubicar en contexto la confrontación, perfilar la imagen del líder de la revolución para poder hablar del inminente paro anunciado por la derecha criolla. Mientras hilvanábamos esta exposición, Marta se dedicaba a promocionar su último libro consagrado a los comandantes del 4F, sin tocar ni por asomo la coyuntura que nos llevó hasta allí. Me le acerqué con todo el respeto que pude y le dije: “Marta, por favor, déjanos esta intervención a nosotros; estamos en vísperas de un paro nacional y tenemos toda la información necesaria para la denuncia, además conocemos la cotidianidad y dialéctica de nuestro país. Ella se ofendió y no me hizo caso; ni media bola me paró ante mi urgente reclamo.

Mientras ella ordenaba sus libros, Oswaldo, William y yo tomamos el micrófono y arrancamos la conferencia. Gente de

Guatemala, Nicaragua, Chile, Uruguay, Argentina, el Caribe; viejos guerrilleros y militantes —de los años ochenta la mayoría—, hablando nuestro mismo lenguaje, hicieron muchas preguntas que presumo las tendrían desde que descubrieron que nuestra muy querida Revolución Bolivariana era una revolución en serio, y que por su contundente decisión de triunfar era el objetivo de agresión de los gringos y la derecha latinoamericana. Ella se ofendió y me increpó por mi falta de respeto y usurpar el espacio conseguido por ella para su actividad. Como la conferencia se dio a la hora del almuerzo, muchos nos saltamos la comida para esta actividad. Existía tanto interés en nuestra exposición, que cuando se inició la sesión plenaria con Fidel no había mucha gente en la sala; por esa razón llegó Leonel González, alarmado por la tardanza, a cerrar nuestra conferencia para arrear a la gente, pues el Comandante tenía más de 15 minutos esperando para iniciar la sesión. Con pena nos incorporamos a la actividad central, pues esa sí era una falta de respeto dejar esperando al líder y comandante de todos nosotros, Fidel Castro, quien siempre se ha caracterizado por su muy escrupulosa puntualidad. Sin embargo, y muy a pesar de este *impasse*, estábamos satisfechos de haber cumplido nuestro cometido.

Retornamos a Venezuela el 27 de noviembre, nada menos que en el décimo aniversario del segundo alzamiento, solo para prepararnos para el 2 de diciembre. La Plaza Altamira seguía en su apogeo cada vez más pervertido como escenario de la oposición: Carlos Ortega por la CTV y Carlos Fernández por Fedecámaras, trabajando a todo vapor su paro, mientras nuestra gente a marchas forzadas estaba apertrechándose para la resistencia. Aires de guerra nos recibieron en el país.

Los golpistas derrotados en abril intentan otro golpe de mano con el famoso paro de diciembre-enero, que por 62 días tuvo al pueblo resistiendo al asedio sin gas doméstico, sin gasolina y con la comida escasa por la ausencia de transporte. Ahí, a diferencia de abril, estábamos preparados para repeler cualquier cosa; ya desde septiembre la FBT advertía de lo que estaba ocurriendo. En un evento nacional donde se suponía que crearíamos la nueva central,

denunciamos las pretensiones golpistas de Ortega y la CTV y nos aprestamos nuevamente a resistir a los golpistas; sin entrar en muchos detalles, ciertamente dimos una formidable pelea junto al pueblo, con más confianza que las oportunidades anteriores.

Los tres hechos que marcaron este período y me impactaron enormemente fueron la recuperación de la Refinería de “El Palito”, la recuperación de los distribuidores de gas de San Joaquín, en Anzoátegui, y la recuperación del llenadero de Guatire.

En el primer caso, los golpistas trancaron la principal refinería del país que abastece el 70% del mercado interno de gasolina y derivados, y buena parte de lo que exporta Venezuela. Alí Rodríguez, quien era presidente de Pdvs, envía al vicepresidente Jorge Kamkoff a negociar la entrega de la planta y el cese del paro en la refinería; este desgraciado —pues no tiene otro calificativo—, en vez de facilitar las cosas, estaba plegado totalmente a los saboteadores. Los compañeros, sabiendo la decisión de los huelguistas —quienes se suponía negociaban la no paralización de la planta— de mantener su artera acción, congregados en la entrada y viendo cómo se iba cerrando, producto del sabotaje y la complacencia criminal del vicepresidente, me llaman a través de José Arias denunciando hasta con lágrimas en los ojos que se iba a trancar El Palito. Sin perder tiempo le pregunté a Cepillín, que es como le decimos con afecto al camarada Arias, si ellos podían —sin la alta gerencia— sostener las operaciones de la planta; su respuesta fue contundente: sí había la capacidad para eso. Luego le pregunté si estaba la Guardia con ellos y respondió que sí; por último le consulté qué había opinado Alí Rodríguez y respondió que, según Alí, había que tener calma porque se estaba negociando. Hechas estas averiguaciones, le di la orientación que ocuparan la planta y desalojaran a los saboteadores, y si alguien preguntaba simplemente dijeran que yo había dado la orden de ocupación.

Transcurridas alrededor de dos horas, Cepillín me llama para decirme que ya estaba ocupada por los trabajadores la refinería y que habían desalojado a los tipos, pero que tenían un problema: los habían encerrado en una oficina de la gerencia y no hallaban

que hacer con ellos; rápidamente le dije que se los entregaran a la GN porque debían ser juzgados por traición a la patria. Los compas mantuvieron funcionando la refinería mientras hubo materia prima que procesar.

En el segundo caso, un domingo a las seis de la mañana me llama José Ramón para plantearme que por falta de gas se había cerrado la planta de Venalum, y que a Alcasa y Sidor les quedaban más o menos tres días de reserva para poder seguir operando. Llamé al ministro Ramírez y en la misma tónica me dijo que tuviéramos calma que se estaba negociando. Contrariado, le manifesté mi temor; que con esa política estábamos cavando nuestra tumba, toda vez que no habían respuestas contundentes a los golpistas e injustamente lo increpé a que si no podíamos enfrentarlos, que entregáramos el poder. Por último le dije que mientras ellos negociaban, nosotros íbamos a actuar. Nuevamente me pidió prudencia y colgó. Inmediatamente llamé a Guayana y le dije a los compañeros que definitivamente había que ir a recuperar la planta de gas, ya que dentro de la empresa los gerentes tenían prácticamente secuestrados a los trabajadores, por lo cual no teníamos aliados para enfrentar la situación.

Los compañeros se pusieron inmediatamente en movimiento. Saliendo desde Puerto Ordaz hacia la zona, hubo enfrentamientos al llegar con la policía de El Tigre, pero se logró el objetivo. Desde adentro los trabajadores y desde afuera nuestros compañeros de Guayana, se recuperó la planta de gas, restableciendo el flujo del producto a las plantas de Sidor, Alcasa, Venalum y demás empresas de la CVG.

El tercero ocurrió en el llenadero de PdVsa de Guatire. Sus trabajadores nos avisan que los camiones cisterna, que distribuyen gasolina para Caracas, habían sido secuestrados y encerrados en un estacionamiento aledaño. Envío a José Félix Escalona, quien fungía como coordinador con el Ministerio del Trabajo. Apenas evaluó la situación, me informó que encontró a los trabajadores de la planta, la Guardia Nacional y los choferes; que los funcionarios de Energía y Petróleo asomaron sus narices y se fueron sin

explicaciones y que las gandolas estaban encerradas, con gasolina hasta los topes. La instrucción que le di fue que buscara una cizalla, picara los candados, y con los trabajadores, choferes y guardias prepararan una ruta para distribuir la gasolina represada por los saboteadores. Paralelamente llamé al compañero Cruz Ortiz, diputado regional del MVR en Miranda, para que les brindara protección, pues teníamos la información que habían apostado en los alrededores de la autopista que sale de Guatire unos tipos armados para impedir la salida de los camiones.

Todos cumplieron. José Félix abrió los portones y designó un guardia por cada camión y un chofer con su ayudante. Con los trabajadores del llenadero elaboraron la ruta para la distribución, dejando por fuera Macaracuay, El Cafetal, Chacao y las zonas dominadas por los escuálidos; concentraron su esfuerzo en las zonas populares del oeste de la ciudad, que eran las que más sufrían por la falta de combustible. Por su lado, Cruz, antes de que el primer camión cisterna abandonara el llenadero, echando tiros al aire y acompañado de un pequeño pelotón de compatriotas de esos que les hiede la vida, desalojó de los alrededores a estos chapuceros francotiradores que tenían la intención de impedir que rompéramos el paro.

Estas tres experiencias me enseñaron cosas importantes que hoy respeto mucho. La primera, que contra la decisión de un pueblo nada ni nadie puede. La segunda, que quienes actúan de buena fe y confiando en la sabiduría del pueblo, tienen un futuro de paz garantizado.

Mi último acto en esta sorda guerra de posiciones estuvo centrado en Maracaibo. Estaba con la viceministra del trabajo, Edmée Betancourt, y Eduardo Piñate tomando café, y llamo a Osmedo Valecillos —nuestro coordinador en el estado Zulia— y le planteo que es necesario ocupar el llenadero de Bajo Grande. Él me riposta que eso es ilegal, y que si yo no creía que se metería en un peo si violentaba los candados del sitio donde estaban secuestradas las gandolas con gasolina. Le respondí, casi gritando, que si no era capaz de cumplir con la tarea, que se despidiera de la Fuerza; y si

yo tenía que ir a Maracaibo a abrir el llenadero, entonces que se despidiera de la vida. Con la voz pausada y lenta que es su sello me respondió: “Está bien, pues. Hablo con Brito y te aviso”. Le estaba comentando a Eduardo la conversación cuando suena su teléfono: Osmedo, luego del zafarrancho que yo le armé, quiso corroborar con él; Eduardo, tratando de contener la risa, exclamaba: “¿Sí? ¿Jacobó te dijo eso? ¿En serio? Bueno, carajito, o cumples al pie de la letra las instrucciones que te dio Jacobo, o yo mismo voy con él a cumplir con lo que te dijo. ¡Estoy con Jacobo, Osmedo, y suscribo de la A hasta la Z todo lo que te dijo!”.

No se contentó con eso. Edmée nos estaba preguntando por el escándalo que tanto Eduardo como yo teníamos en su despacho y le tocó el turno a ella; suena su celular y esta vez era el coordinador del Ministerio el Trabajo para la zona occidental, Brito, quien muy respetuoso le plantea que Osmedo Valecillos le había pedido que lo acompañara con inspectores y fiscales para abrir la entrada del llenadero de Bajo Grande, y le comentó de los insultos y amenazas que le habíamos proferido al compañero. Quien no conozca a Edmée se come el trazo de que es la tía inocente, pues escucharla respondiendo con tanta ternura a su funcionario: “¿Sí, mi amor? ¿Jacobó dijo eso? ¡No puede ser! ¿Eduardo también? Ajá. Bueno, mi amor, si no cumples con lo que te dijeron, puedes entregar el cargo hoy mismo, ¿sabes?”. Los compañeros cumplieron el cometido. No los culpo ni condeno por las vacilaciones de último minuto. A muchos les ocurrió. Como lo dije, lo reitero: el valor no se trata de temeridad y osadía; el instinto de supervivencia es más pesado que nuestro raciocinio. El valor se encuentra en la capacidad que generemos para enfrentar, superar y vencer los temores, terrores y vacilaciones. Tanto Brito como Osmedo se vieron en ese trance; Bajo Grande es un sitio en la orilla del Lago en Maracaibo que pudo haber explotado en varias oportunidades; enclavada en un barrio muy popular de la ciudad, cualquier chispita podía convertir la zona en un infierno. En consecuencia, los compañeros midieron esto; temiendo un enfrentamiento con los tomistas, pero con nuestra

firmeza de apoyo y acicate, cumplieron cabalmente la tajante orden que les dimos.

Caso contrario a lo que ocurrió en Yagua, donde María Cristina destacó a su consultor jurídico Francisco López, individuo que, como buen trotskista, tenía fama de radical y resteadado; y a Orlando Chirino, cuya fama de radical también le precedía. A pesar de que los presionamos una y otra vez, quedaron paralizados por el discurso de la negociación y el letargo, mientras hombres menos duchos que ellos salieron adelante con éxito. Los preclaros insurgentes eternos literalmente se chorrearon y dejaron que los enemigos consolidaran la plaza, hasta que la Guardia Nacional y los trabajadores petroleros la reconquistaron casi al final de esta confrontación, cuando ya teníamos control sobre el 90% de las instalaciones en todo el país. El mismo Chirino escurrió el bulto en el golpe, alegando que cuando venía hacia Caracas quedó accidentado en la autopista regional del centro, ¡qué casualidad!

En una reunión de balance de la confrontación para ver dónde habíamos avanzado y en qué estado estaban las cosas, presenté mi informe a María Cristina y a uno de los militares que acompañaban, chequeando con ellos las acciones emprendidas por nosotros en las instalaciones petroleras, y el control que manteníamos en los demás sectores: eléctrico, telecomunicaciones, público y transporte. Insistí mucho, partiendo de lo que fue la confrontación a tiros que tuvo Cruz Ortiz en el llenadero de Guatire, en estimar necesario custodiar muy bien los oleoductos desde Carenero hasta Guatire y las torres eléctricas, ya que en su desesperada derrota podían perfectamente recurrir al sabotaje terrorista, como ya había ocurrido en el ducto que transportaba asfalto del Complejo Refinador Paraguaná, en Falcón; y en Pequiven, en el Zulia. Se solidificó el producto por la deliberada acción de los fascistas de Gente de Petróleo y la meritocracia de Pdvsa.

Cuando terminaba, y resumiendo nuestro informe, le dije: “Bueno, María, solo te pido que nos llesves café, juguitos y cigarrillos cuando nos detengan, pues a esta fecha creo que hemos violado la mayoría de las leyes y el código civil: allanamiento a la propiedad

privada por lo de El Palito, Guatire y Bajo Grande; instigación a la violencia por lo de San Joaquín; asalto a la cosa pública y desobediencia a la autoridad, al pasar por encima de las instrucciones de Alí Rodríguez y Rafael Ramírez en sus llamados a la negociación y la calma. En fin, no tuvimos paz con la miseria y reiteraré en nombre de mis compañeros que pasara lo que pasara iríamos hasta las últimas consecuencias en esta confrontación. María tomó debida nota, nos dio palabras de aliento y se solidarizó con nuestra actitud, asumiéndola como propia. Dos días después el ingeniero Félix Rodríguez, en nombre del Estado y en representación de Pdvsa, introdujo un amparo constitucional que venía a asegurar que nuestra acción tuviera el marco legal y jurídico necesario en la defensa de la industria petrolera y la nación.

El 30 de diciembre yo había colapsado, estaba agotado in extremis, no coordinaba y a ratos me quedaba con la mente en blanco. Oswaldo, percatado de eso, consultó con los compañeros y me relevan del mando que tenía, después de haber estado en el Ministerio del Trabajo desde el 2 hasta el 29 de diciembre; ahí comía y dormía; raro fue el día en que podía dormir en mi propia cama, prácticamente solo iba a mi casa a bañarme y cambiarme de ropa. Así las cosas, me entregan las llaves de una cabaña en Incret Sol, un pequeño balneario en Higuerote adscrito al Incret, y literalmente me ordenan que me desconecte de lo que quedaba del paro. Sin embargo, si bien descansaba con mi familia, no podía quedarme sentado viendo pasar las cosas; mientras los míos estaban en la piscina o caminando por la playa o simplemente llevando Sol como una iguana, que es el objetivo principal del veraneo, yo me quedaba en la cabaña tratando de ver los únicos dos canales que se veían en la zona: RCTV y Venevisión, los dos medios más fieramente comprometidos con el criminal sabotaje petrolero. Ni VTV ni otro se podía captar ahí, por lo cual me tocó leer entre líneas el desarrollo del paro y la confrontación. En la radio, las noticias que se escuchan en Higuerote son locales; hasta emisoras de Guarenas llegué, pero RNV ni por todo eso. Como no aguantaba más la angustia por tener información de primera mano, llamé a Oswaldo Vera, que antes

de que dijera nada me exclamó: “¿Y quién te dijo que llamaras? Descansa, recupérate, que todo está bien y... ¡No llares más, que no te voy a contestar, tu tarea ahora es recuperarte!”. Medio contrariado, tranquilé el teléfono y regresé a los radios y la TV. Cuando se despejaba aun en los canales reaccionarios, al ver tomas y pautas que no podían ocultar la derrota que se les infringía a los golpistas, comprendí que estábamos ganando y menos ansioso me dediqué a tomar Sol, beberme unos tragos y, en fin, disciplinadamente a descansar, pues para eso estaba ahí.

Cuando se recuperó el carguero petrolero *Pilín León*, full de gasolina y otros derivados, me convencí de que la victoria estaba muy cerca, ya se oía en el ambiente. Ahí sí me puse exultante a celebrar. Chávez, saboreando el triunfo, narró la entrada del carguero al puerto de Maracaibo y anunció que su primer viaje de trabajo era para Carenero, planta distribuidora para Barlovento y Caracas, que queda exactamente frente a Incret Sol. Me apertreché de *whisky*, y campaneando un sabroso y creo que bien merecido trago —era el primero que me tomaba sin remordimientos de conciencia y complejo de culpa— me dediqué a ver desde que asomó el puntito negro en el horizonte la llegada, palmo a palmo, minuto a minuto, del carguero petrolero *Pilín León*, hasta que atracó imponente en Carenero. Entre el momento en que vi el punto a lo lejos hasta que tocó puerto, transcurrieron como dos horas en las que agarré una insolación y me entoné más allá de lo permisivo. Cuando le di el Feliz Año a mi familia, vernos ilesos, ver la lenta pero inexorable recuperación del poder, y que se desinflaba el paro y la conspiración, me conmovió tanto que abrazando fuertemente a mis hijos se me salieron incontenibles las lágrimas; y susurrándoles, repetía una y otra vez: “¡Matriculamos un año más! ¡Sobrevivimos!”. Solté en ese gesto todos los días de tensión que pasamos en esa infame y criminal acción de la oposición fascista.

Viendo en retrospectiva, la lucha titánica de este pueblo —héros y heroínas sin rostro— venció todas las dificultades en su redención. El enemigo, desde su primera declaración, apostó a quebrar a Chávez y con él la revolución en tres o cuatro días; cuando les falló

esto, sacaron sus reservas concentradas en la meritocracia de Pdvsa y se jugaron a Rosalinda en esta jugada. Sin gas, sin comida, sin gasolina, el pueblo se aprestó a resistir en una proeza sin referentes históricos. Se quemaron muebles para comer, la solidaridad cobró nuevas dimensiones; la valentía se creció en cada barrio, en cada hombre y mujer de nuestra patria.

Por nuestro lado, pudimos corroborar dos tesis: el carácter insurreccional de nuestro proceso y que la Fuerza se puso los pantalones largos. Siempre fuimos de la tesis de concentrar los esfuerzos organizativos en las principales áreas donde funciona la economía. En las principales ciudades, la paralización fundamental descansó en el comercio formal que fue suplido por buhoneros y vendedores ambulantes, lo que nos permitió resistir con un mínimo de traumas. En la FBT apostamos, sin que nos temblara el pulso, a enfrentarlos en el terreno estratégico; por eso lanzaron a los gerentes petroleros quemando sus naves ese diciembre. Trabajadores petroleros, telefónicos, eléctricos, públicos, empresas básicas, salud, educación, universitarios, transportistas y ferroviarios en cualquier esquema insurreccional, son la garantía de sostenimiento del poder como ocurrió en el paro, o paralizarlo y neutralizar como ocurrió en el golpe de Abril. Otra conclusión: los agigantados pasos que dio el pueblo de Venezuela, que si bien se movilizó en abril por la intuición que el fascismo lo aplastaría, con ello todos los derechos alcanzados por la revolución en diciembre; consciente, decidido, imponente, asumió para sí la resistencia al asedio de los criminales agrupados en la Coordinadora Democrática, que — a mi juicio — es lo más parecido al carretón de la muerte, pues, haciendo honor a su credo, el mismo diciembre dejó a sus huelguistas conteniendo y fueron a celebrar su fin de año en las mejores francachelas: Carlos Ortega en Falcón, y Carlos Fernández en Aruba; buen *whisky*, buena vida, mientras su gente se enfrentaba a nuestro pueblo, sin perder su alegría celebrando sus navidades como mejor pudo. La consigna: “Yo me como mis hallacas con Chávez”, y la más comprometida: “Con hambre y sin empleo, con Chávez me resteo”.

Ya a mediados de enero estaba tan desprestigiada esta acción, que escuché en la radio una promoción de un bingoailable patrocinado por la Polar para el sábado siguiente en Guarenas; el país volvía a la normalidad.

A finales de mes, los estertores de la inercia —al punto que escribo esto a casi 10 años de los acontecimientos y todavía formalmente no han levantado el paro—. Ortega, quien fue el último en aparecer a principios de febrero, solo dijo que ni la CTV ni Fedecámaras eran responsables del paro, que se les había escapado de la mano, y bajó el telón. Nunca más supimos del paro, salvo en los chistes de los humoristas políticos, quienes religiosamente cada aniversario celebran que el paro no ha terminado en el tiempo que lleva, le prenden velas, le pican tortas, le cantan cumpleaños y preguntan cuándo lo van a levantar.

Como la lucha continúa, saliendo de esto me comunica Rubén Molina que Orlando Chirino y yo habíamos sido designados para representar a la Fuerza en el III Foro Social Mundial que se realizaba en Porto Alegre, Río Grande do Sul, Brasil, y de allí a Uruguay y Argentina.

Nos montamos en un avión rumbo a Lima, pues el periplo era bastante largo: Caracas-Lima, Lima-Santa Cruz de Bolivia, Santa Cruz-Buenos Aires, Buenos Aires-Porto Alegre. La sorpresa más grande fue que una vez que despegamos, los sobrecargos hacen su recorrido ofreciendo bebidas y refrigerios, y comentaban hasta con fastidio que los venezolanos de las primeras filas habían agotado toda la dotación de Coca-Cola que llevaban. Nosotros, que estábamos un poco más allá de la mitad del avión, pudimos escuchar a varios viajeros con su respectiva pintica de clase media acomodada, mirando con asombro, añoranza y avidez las botellas de refresco que llegaban, y con ese tonito medio sifrino: "Oye, vale, me das, más cookiee, que no lo bebo desde el paro". Tanto Chirino como yo largamos la gran carcajada que asombró a la azafata que nos atendía en ese momento; para que entendiera, le dije, todavía conteniendo la risa: "Quién los manda. Tratan de tumbar gobiernos, ponen al pueblo a pasar hambre y necesidades... ¿y la niña sufre por una Coca-Cola?, ¡no me jodan!". Creo

que me escucharon porque no hablaron más sobre eso y me miraban, ¡de un feeeeeee! Como yo no bebo Coca-Cola, nunca lo eché en falta. Sin embargo, es bueno señalar que como las grandes distribuidoras de refrescos y golosinas se plegaron a este paro patronal, solo una marca poco conocida (que se ganó sus buenos reales y mercados) distribuyó su producto Big Kola, que fue la única bebida gaseosa que se consumió durante esos días.

Llegamos a Porto Alegre en pleno verano sureño; calores que fácilmente podían llegar a 45°. Chirino, quien en su estricta tradición trotskista posee un amplio marco de relaciones internacionales, me presentó a Luciana Genro, diputada estadual en Rio Grande do Sul, y a Roberto Robaina, de la fracción Izquierda Socialista del PT. Gracias a ella tuvimos logística, teléfono, Internet y, en algún momento, una casa donde dormir en la ciudad. Nuestra primera actividad fue en el III Encuentro de Corrientes Clasistas de la Central Unitaria de Trabajadores, invitado por Joao Batista Lemos, del PC do B, y junto con él un grupo de compañeros con quienes he tenido relación muy estrecha desde entonces. A Joao lo conocí en el 2001 en La Habana, y en este evento conocí, entre otros, a Juan Castillo del Plenario Intersindical de Trabajadores-Convencción Nacional de Trabajadores-PIT/CNT del Uruguay, y compas de la Federación Sindical Mundial que apadrinaban este evento.

Este foro tuvo la particularidad de que por primera vez alguien invitaba al Presidente Chávez a un evento de estas características y, si mis registros son exactos, era la primera vez que el movimiento popular reconocía a Chávez como uno de los suyos. El Foro es un evento que nació en el año 2001 como consecuencia lógica de la lucha por la resistencia al neoliberalismo, que reunió en su primera edición alrededor de 20.000 personas con distintos intereses, unidas en el objetivo común de enfrentar la globalización y las consecuencias de esta en la humanidad. Para el 2003, año en que voy por primera vez, era por excelencia el foro que congregaba los movimientos más disímiles del mundo desde el movimiento de género-diversidad, pasando por los movimientos políticos y juveniles, hasta los adoradores de la luna; cada edición congregaba más

y más gente hasta llegar a 180.000 personas. En ese marco Luciana y la Dirección de Izquierda Socialista, contra todo pronóstico y venciendo la resistencia de los gurús del Foro Social Mundial-FSM, invitó a Chávez a Brasil y más concretamente a la Asamblea Legislativa Estatal; todo esto aderezado con la toma de posesión de Lula como presidente el 1° de enero y la expectativa que generaba su visita al Foro.

Hay que reconocer el olfato político de Luciana y su gente, quienes vieron el potencial de la Revolución Bolivariana justo donde todavía a estas alturas provocaba rechazo, sobre todo en aquellos movimientos sociales que han hecho de sus organizaciones un *modus vivendi* de sus dirigentes. Una sorpresa muy agradable fue encontrar en ese espacio a nuestro embajador en Brasil, Vladimir Villegas —viejo camarada que lamentablemente cogió el camino de la derecha—, quien me incorporó a su comitiva en reuniones, foros y eventos a los que él estaba invitado, y me pidió que lo acompañara a recibir al Presidente, quien llegó a Porto Alegre a esta actividad con la Izquierda Socialista-IS.

Como ya he dicho, soy alérgico a las aglomeraciones que siempre acompañan al Presidente, por eso me coloqué en lo más alejado de la fila que lo recibía; también porque es mi Comandante y lo puedo ver en nuestro país y siempre, como ha ocurrido en otras ocasiones, tendré ese chance de departir con él, mientras que para los presentes son escasas las posibilidades de compartir con el líder aunque sean esos escasos minutos de un recibimiento. Vladimir fue hasta el avión a buscarlo y entró con el Comandante en Jefe, mientras el protocolo de la embajada organizaba la fila para las presentaciones de rigor. Es cómico, pues son escenarios muy tiesos. El Presidente avanza y la compañera de protocolo susurrándole en la oreja “Fulano de tal, del PC do B”, y Chávez sonreía y le estrechaba la mano: “¿Cómo estás, fulano?”; pasaba al otro: “Mengano, del PT”, y vuelve a estrechar mano y nombre; así hasta llegar al final de la larga cola de gente disciplinada que esperaba paciente para saludar al Presidente. Al llegar a la altura de donde yo estaba parado, la compañera de protocolo le sopla el que me antecedía y él

saluda y espera para el siguiente; ella no le dice nada y él voltea a ver quién sigue en el pasamano y, riéndose al reconocermelo, me dice: “¡Hermano! —y me palmotea el hombro— ¿Qué haces tú aquí?”. Me refíjame y le dije: “Qué voy a hacer, Comandante, trabajar para usted y la revolución; qué más puede hacer uno con usted cerca”. Me volvió a palmotear el hombro y me dijo: “¡Nos vemos en Caracas!”. Acto seguido la marabunta saltó a su alrededor, por lo cual hice mutis por la izquierda y corrí al carro en el que había llegado al aeropuerto, no fuera a suceder que en medio del desbarajuste me dejaran botado ahí.

En esta gira nos acompañaba un grupo de compañeros de Guayana que fungían como delegación de la FBT, de la cual era yo el jefe de delegación, y con ellos se pudo comprobar los enormes abismos que separan a la propia clase obrera, entre quienes detentan una impresionante cantidad de recursos y los que íbamos con lo justo para sobrevivir, y en más de un caso dependiendo de la solidaridad de la gente con la que estaríamos a lo largo del camino. La delegación estuvo alojada, por cortesía del CC del PC do Brasil, en la CUT en un buen hotel mientras duró su III Encuentro, pero en una ciudad inundada de gente, la lucha por tener una habitación afuera en un hotel, una casa, una posada, cobraba ribetes de titánica. Hasta los hoteles que se alquilan por hora y pensiones donde no necesariamente se duerme, abadías, escuelas, estaban copadas por los participantes al III Foro Social. Gracias al equipo de Luciana, nos ubicaron una casa para pernoctación de nuestra delegación. Ahí nos instalamos muy agradecidos la primera noche, pero conseguida esta de emergencia ciertamente, su habitabilidad era bastante dudosa; no había agua caliente para bañarse y alguna que otra cañería rota. En fin, lo importante era que teníamos un techo para no dormir a la intemperie y guardar nuestras cosas. Con el añadido que generosamente Luciana Genro cubría su costo, lo que permitía ahorrarnos nuestros menguantes dólares. Los compañeros de Bolívar, desairando a la amiga y disponiendo de muchísimo dinero, abandonaron la casa y como lo único que quedaba disponible eran los puros hoteles cinco estrellas, nos dejaron a mí y a Chirino botados en esta casa para

alojarse en el Hilton de Porto Alegre. Salvo José Gil, Ronald Ramos, nuestro popular “Pelo’ e cochino”, y Calderita, que en solidaridad con nosotros compartieron nuestra suerte, los otros hacían gala de derroche de los recursos que les habían dado en Venezuela.

Quiero aclarar, y no es capricho o malcriadez, el llamado de atención que les realizamos a estos compas, toda vez que les señalamos que dejar el alojamiento que tan bondadosamente brindaron los compañeros, para irse a un hotel de lujo, no era precisamente una conducta revolucionaria y clasista. No respondieron nada, se fueron a cumplir sus compromisos, pero cuando llegamos en la noche se habían retirado sin decir un coño. Dejaron la llave con Pelo, quien medio dormido nos relató que llegaron sigilosamente, recogieron sus bártulos y se fueron, no sin antes decirle airadamente que quién me había nombrado jefe de delegación para darles órdenes a ellos e imponerles dormir en esa pocilga, ¡a ellos que eran dirigentes sindicales! Se imaginará cualquiera el nivel de indignación que me produjo ese hecho; al día siguiente a primera hora fui a la oficina de Luciana para notificarle la desertión de estos oportunistas, y para avisarles a José Ramón Rivero y a Rubén Molina lo ocurrido con esta gente y mi decisión de separarlos de nuestra delegación de trabajadores. Que si querían hacer turismo y demagogia lo hicieran al margen de la FBT; formalmente les comuniqué que no habría más delegaciones de Guayana, a menos que fueran los tres compas que mencioné, mientras yo las coordinara.

Para comprender el Foro hay que pasarse por los largos años de lucha del movimiento político y revolucionario. Con el derrumbe del Bloque Socialista, la derrota de la Revolución sandinista y de los principales movimientos armados de la época, más la derrota estratégica de la izquierda militante, la burguesía internacional tuvo bríos suficientes para tratar de hegemonizar el mundo y aplicar a profundidad el modelo que les garantizara a futuro el dominio absoluto de países y pueblos. El clímax del antiquísimo libre comercio fue el modelo neoliberal, que sin el contrapeso soviético avanzaba raudo en su implementación. La década boba agarró en pleno repliegue a muchos revolucionarios. Cuba se convirtió en el eterno

faro de la resistencia, que confieso que llegué a pensar que esa aguerrida actitud con Fidel como timonel era una inmolación frente a la agresividad neoliberal; y —repetiendo una frase de Clemente Escoto— la crisis de realismo fue tal, que en la izquierda comenzó una desbandada. Muchos abrazaron como un clavo ardiente la causa del neoliberalismo, otros se dedicaron al ostracismo, otros se quebraron y engrosaron las filas de la reacción y con mucho fanatismo abjuraron de sus antiguas creencias. Pero también muchos resistieron, se aprestaron para la desolación política negando la especie del fin de la historia; otros, frente al quiebre de partidos y personalidades, se refugiaron en el movimiento popular; en todo el mundo crecieron como hongos organizaciones no gubernamentales que desde el sindicalismo, los derechos humanos, el cooperativismo o la violencia de género, se convirtieron en el receptor de esa masa difusa, que sin abandonar sus convicciones revolucionarias centraron el esfuerzo en resistir a toda costa el tsunami neoliberal que estaba en marcha.

En esa década la administración estadounidense promueve su programa de los tratados de libre comercio como la panacea de cara al nuevo milenio, y lanza su plan bajo el nombre de Área de Libre Comercio de las Américas-ALCA, que le daría al imperialismo un instrumento de dominación sutil y atractivo para, a través de las transnacionales, convertir a los seres humanos en unidades de producción y consumo. La resistencia no se hizo esperar y desde las luchas concretas de cada movimiento popular y social enfrentaron las aspiraciones imperialistas. Remalc en México, Recalca en Colombia, la CUT en Brasil y muchos más en cada país se movilizaron contra la globalización.

En el 2001 se congrega la primera experiencia de agrupación de los movimientos sociales en Porto Alegre, como un foro que reuniera organizaciones y grupos de todas partes del mundo, y en sus consecuentes ediciones creció hasta convertirse en un espacio de articulación de los movimientos sociales en el planeta. De Asia, África, América y Europa se congrega cada año para evaluar campañas y actividades que denuncien el atropello neoliberal y compacte las

luchas de los pueblos. En ese escenario participaron por primera vez Eduardo Piñate, José Ramón Rivero y Rubén Molina en 2002, y realizaron la primera gira sureña de la FBT. En el año siguiente —como dije—, Chirino, Gil, Pelo'e cochino y yo nos acercamos más a este escenario y cumplimos el programa sureño que se convertiría en una de las rutinas internacionales de la FBT en la época.

El foro indudablemente ha contribuido a estimular la organización social a lo largo y ancho de nuestro castigado planeta. Con el tiempo se dan cita miles de organizaciones que agrupan millones de personas que no abandonaron nunca un puesto de lucha contra la derecha reaccionaria mundial. Una de las más activas es el movimiento de mujeres que con la Huelga Mundial de Mujeres o Remte, de Ecuador, se han afianzado en los espacios altermundistas. Otro que ha crecido es el movimiento de lesbianas, de homosexuales, transexuales y bisexuales; el LGTB lucha contra la discriminación sexual y son el fenómeno organizado del siglo XXI. Confieso que para mí fue un choque cultural muy grande, pues, como buen latinoamericano, el machismo es un rasgo distintivo de nuestra cultura y yo no soy la excepción. En Europa o Estados Unidos el movimiento LGTB es muy fuerte, mientras que en América Latina ha tenido que enfrentar la discriminación, el desprecio y la segregación de la sociedad; si en Estados Unidos las movilizaciones de la marcha gay en San Francisco han sido noticia desde la década de los años ochenta del siglo XX, en Cuba les restringían los puestos de trabajo en la milicia o la educación. Mientras en Europa realizaban concentraciones multitudinarias, en Venezuela ha sido objeto de mofa, escarnio y descalificación quien se sospeche de tener este tipo de inclinaciones.

Hago esta amplísima reláfica sobre el Foro Social Mundial-FSM y quienes lo alimentan e impulsan, porque en Porto Alegre —estando en la oficina de Luciana Genro con Chirino y Gil— llegó una propaganda de la juventud de la Izquierda Socialista-IS para la marcha del foro; cosa natural, ¿no? Gil agarra uno de los volantes y al verlo voltea con asombro y asco arrugando el papel y gritando: “¡No puede ser, estamos rodeados de traidores!”. El muchacho, que era quien nos

había atendido desde nuestra llegada, si bien no hablaba absolutamente nada de español entendió perfectamente el rechazo de Gil. Chirino y yo lo increpamos por su virulenta reacción, pues, nos guste o no, la homosexualidad en cualquiera de sus versiones desde hace tiempo dejó de ser un fenómeno para convertirse en una realidad social; hasta tarde en la noche Gil porfió y porfió que es antinatural y perversa la homosexualidad, en fin, su homofobia era tal que no hubo manera de suavizar su posición. ¿Qué tenía el volante? Una invitación a la gran marcha del FSM; por una cara, con un breve texto de consignas, una foto de dos mujeres dándose un beso en la boca y por el reverso dos hombres en lo mismo. Eso fue lo que provocó la actitud del compañero José Gil.

Y eso tuvo su costo, el compañero que llevó este volante, militante de la juventud del PT era trabajador de la oficina parlamentaria de Luciana. Al llegar nosotros en la mañana nos daba café, prendía las computadoras y liberaba las claves de Internet y teléfonos para que trabajáramos; de hecho, a estos compañeros de la FBT les establecimos turnos para usar estos medios. La rutina siguió así con Chirino y conmigo, pero cuando Gil llegaba se bloqueaban los teléfonos, se iba la conexión de Internet, no había café. Gil, muy molesto, se retiraba y como por arte de magia reaparecía Internet y había café para nosotros.

Entiendo a Gil en la dimensión que entiendo que la realidad social está en permanente transformación. Repito que no fue fácil para mí: primero, entender esta realidad que dejó de ser fenoménica para ser una muy contundente realidad social y política, pues hoy por hoy el homosexualismo organizado es un gran factor de movilización altermundista. Y luego tener la tolerancia suficiente para entenderlo y ser capaz de convivir con él en la sociedad. De este grupo, muy vinculado también al feminismo, mujeres como Phumi Matewa (no estoy seguro de que se escriba así), una surafricana residente con su pareja en esos tiempos en Quito, con su amistad me facilitó la comprensión y el entendimiento a este fenómeno social. Son seres humanos que padecen, sufren y viven como cualquiera, y aunque no son precisamente esas mis inclinaciones

sexuales, ya que soy heterosexual convicto, confeso y contumaz, aprendí a convivir con ellos y ellas. Dentro de lo que superé en mis prejuicios culturales fue la homofobia y el machismo, que son parte intrínseca de la sociedad en la que nacimos, nos criamos y crecimos.

Al salir para Uruguay, quedó claro que la delegación de Guayana marchaba por su cuenta, así que en el mismo Porto Alegre nos separamos y quedó absolutamente claro que no representaban a la FBT; de esta manera, quedamos Chirino y yo solos al frente de la tarea. Arribamos a Montevideo una madrugada y nos esperaba el viejo Batalla, presidente de la COFE, la organización de los empleados públicos de Uruguay. Nos alojaron en un hotelito en la 18 de Julio, la avenida más grande de Montevideo, muy cerca de la sede de la COFE. En la mañana, luego del desayuno, nos reunimos con toda la mesa directiva y expusimos el tema del golpe y el paro, resumimos en un rato las enormes vicisitudes del aciago año 2002 y los importantes avances de nuestra revolución contenida en la Constitución de la Republica Bolivariana de Venezuela. Escuchaban muy atentos y cuando llegó la ronda de preguntas muchos de ellos estaban visiblemente afectados por nuestra narración; con un hilito de voz, una compañera preguntó qué hubiera ocurrido si se consolida el golpe de Estado o matan a Chávez. Lo medité por un momento y respondí sin vacilación alguna: “Entonces, compañera, nos morimos todos; estábamos dispuestos a lo que fuera por enfrentar al enemigo y que íbamos directamente a una guerra civil, con la seguridad de que la contrarrevolución no podría ni antes ni después gobernar nuestro país. Si muere el Presidente, le juro que no hubiera quedado piedra sobre piedra en Venezuela; tal iba a ser el desencadenar de la ira popular”.

Les conté el pasaje del retorno a mi casa el 12 de abril y una que no mencioné antes y que ilustra fehacientemente mi vehemencia en esta reunión. Resulta que en medio de la recuperación del Palacio el 13, Nicolás se acerca donde estábamos arengando a la gente y me pide el micrófono; dirigiéndose por primera vez a la gente desde la retoma, informa que todavía no se sabía el paradero del Presidente, que la revolución tenía el control absoluto

del gobierno y que los principales dirigentes del golpe de Estado estaban presos o huyendo. La algarabía del pueblo congregado allí era ensordecedora pero emocionante; increíble oír millones de voces celebrando la noticia. Nicolás aprovechó para lanzar una advertencia por los micrófonos a los que retenían al Presidente: “¡Si no entregan al Presidente en la próxima hora, aténganse a las consecuencias!”. Y se retiró nuevamente a los interiores del Palacio. Nosotros nos quedamos en la tarea de informar el desarrollo de la retoma; de ñapa, repetí en el transcurso de esa hora la misma amenaza.

Al rato estábamos anunciando otro pronunciamiento militar y, como la marea, un murmullo de la gente fue creciendo hasta ser un angustiado grito: “¡Dónde está Chávez! ¡Faltan cinco minutos! ¡Que aparezca ya!”. Nosotros intentábamos aplacar a la multitud con las informaciones y simplemente no nos escuchaban, comenzaron a batir las pesadas rejas del regimiento al son de esos solos tres gritos. La verdad no quiero ni imaginar lo qué hubiera ocurrido si la gente logra atravesar las rejas buscando a Chávez. Ya nerviosos y tratando de que alguien desde adentro nos dijera algo, llegó un general corriendo a nuestra posición y me anuncia: “El Comandante en Jefe apareció; lo tenían custodiado en la isla La Orchila. Sus captores se rindieron. Ya salen a buscar a Chávez”. Cuando intento dar la noticia la gente subió el tono de la gritería; el oficial me arrebató el micrófono y comenzó a hablar: “Luego de mucho ruleteo por el país, el comandante en Jefe, Hugo Rafael Chávez Frías, apareció y en pocos momentos una comisión de fuerzas leales parte desde Maracay a rescatarlo”. Parecía un fin de año; la gente se abrazaba, reía, lloraba en un incontenible derroche de sentimientos. Yo me senté en la acera y también lloré de la emoción, el cansancio; al ver a esa compacta masa feliz y esperanzada y saliendo del susto; pensando si se hubiera desbordado la histeria colectiva que significaba la ausencia de noticias del Presidente.

Terminada la narración, lo único que se escuchaba en la sala era un profundo silencio y los sorbidos de llanto de varios de los compañeros de la COFE. Muy sentido para ellos lo ocurrido en Venezuela;

las heridas de la dictadura de Pacheco Areco y las consecuencias del Plan Cóndor siguen frescas en la memoria de estos compañeros que son, a fin de cuentas, sobrevivientes de los oscuros años de represión y muerte.

Batalla, que fue nuestro dilecto anfitrión, nos llevó a un periplo por distintos sindicatos. El PIT/CNT tiene la impronta de ser una sola central nacional que agrupa en su seno a todas las organizaciones sindicales del Uruguay y, aunque existen varias tendencias en su interior, funcionan alrededor de una sola dirección, por lo cual fue un gesto de mucha amplitud del compañero al referirnos a las más importantes, independientemente de la corriente que las presidiera: MLN-Tupamaro y PCU, independientes, conviven en su central dando muestras y lecciones de independencia y autonomía, pero más significativo: unidad de propósitos, pues, como bien repetía Batalla, cuando se trata de la lucha de clases no hay diferencia que valga.

Una visita obligada era a la Mesa Directiva del PIT/CNT. Cuando llegamos, ¡sorpresa!, estaban los guayanese en franca tertulia con los compañeros. Al vernos y anunciar Batalla quienes éramos nosotros, cortésmente cortaron la tertulia y se formalizó la reunión; nos hablaron de sus luchas más recientes y contaron que varios compañeros no pudieron llegar porque en ese momento estaban en conflicto en el hotel Holliday Inn. Uno de los muchachos de Bolívar ingenuamente dijo: "Ay, ese es el hotel donde nos alojamos nosotros". Como un resorte, tanto Chirino como yo brincamos poniendo distancia de ellos y gritando: "No confundan, nosotros no; a nosotros nos aloja el camarada Batalla cerca de la COFE". Varios de los uruguayos presentes miraron con cierta incomodidad a estos dirigentes obreros, capaces de alojarse en un hotel tan caro. Cuando terminó la reunión y se retiraron los venezolanos, les pedí disculpas por el exabrupto de los compañeros y lo grotesco de su participación en esta visita, toda vez que estas organizaciones se autosustentan y desprenderse de cada peso era un significativo acto de sacrificio para que otros les enrostrara los ingentes recursos de los que disponían. Fueron muy comprensivos, alegando que

en el mundo sindical hay de todo y que nuestra propia conducta reivindicaba con creces cualquier indiscreción.

Atravesando el Río de La Plata en el famoso buque-bus, dejamos Uruguay rumbo a Buenos Aires. En el puerto nos esperaba el compañero Modesto Emilio Guerrero, uno de esos personajes de la política que quemó sus naves detrás de un sueño; vendió cuanto poseía y con el apoyo de sus copartidarios del PST — ¿adivinaron quiénes son? — los trotskistas, se marchó a Argentina para hacer la revolución. Como toda gesta que es producto del deseo y no de la realidad, no existió ni por asomo tal revolución y se quedó varado en esa ciudad en la cual —estoy firmemente convencido— terminó absorbido por ella. Entre Buenos Aires y Modesto hay una simbiosis exquisita; ambos son bohemios, intelectuales y noctámbulos. A Modesto lo había contactado Rafael Chacón tiempo antes, después de muchos años.

Esta era mi primera visita a Argentina. Llevaba en mi pensamiento todo el prejuicio de que es capaz quien ha conocido argentinos en otras latitudes y, por supuesto, con esa muy célebre fama de echones, arrogantes y sobrados que ha hecho las delicias de la picaresca y la chismografía latinoamericana. Reconozco que Buenos Aires atrapa: su gente, su cultura; muy particularmente su bohemia forma de ser. Así que una vez más puedo decir con satisfacción, ¡qué bueno es equivocarse! ¡Claro! Los propios argentinos se encargaron de recalcar que Argentina es Argentina y los porteños son los porteños. A los argentinos los ofende que los confundan con porteños. A veces, por tomarles el pelo intentaba remedar su forma de hablar con sus “che, pibe”, y fingiendo enojo me reclamaban que estaba hablando como porteño, no como argentino. Chirino, quien independientemente de lo que sea también posee un excelente humor, a cada rato repetía una expresión muy del sur, pues la comparten argentinos, uruguayos y brasileños: “La puta que lo parió”, para mostrar contrariedad, y largaba la carcajada.

Modesto sirvió de guía para poder abrir puertas y escenarios en los que por primera vez incursionábamos. Lo primero, una vez instalados, fue conocer a un diputado obrero de Buenos Aires, el

caro amigo José Roselli, el popular “Cuerito”; hombre sencillo, tenaz, militante como pocos y de una humildad impresionante, pues no es la pose del político tradicional sino su natural conducta ante la vida; ah, y se me olvidaba, hasta las lágrimas. Nos llevó a la sede de la Asamblea Popular El Cid Campeador. Las asambleas fueron organizaciones que nacieron al calor de la basta movilización popular en Argentina, que en diciembre de 2001, con la consigna “¡que se vayan todos!”, y las multitudinarias movilizaciones, derrocó al gobierno del presidente de la Rúa, en el marco de la bestial crisis de Argentina llamada el Corralito. Me impresionó que la sede de esta Asamblea hasta el 2001 funcionara como una agencia bancaria, y sus integrantes la habían transformado en espacio de encuentro y solidaridad del movimiento popular. Por supuesto, cuando llegamos ahí este instrumento de lucha estaba en pleno repliegue en toda la Argentina: pudieron tumbar un gobierno pero no pudieron hacerse con el poder. Obviamente, no soy yo el más indicado para cuestionar a este pueblo, ni es posible establecer comparaciones odiosas entre lo que pasó en Venezuela y lo que pasó en Argentina.

Nos recibieron muy bien, con mucho interés sobre Venezuela, Chávez y la revolución. Comenzamos la conferencia y en media hora, con matices y diferencias entre Chirino y yo, les dimos una panorámica más o menos aproximada de la coyuntura venezolana, el golpe de Estado, el reciente paro y otras informaciones. Tanto entusiasmo había en el auditorio, que la sesión se prolongó alrededor de tres horas a pesar de haber un calor superior a los 40° que casi me deshidrata; nos acribillaron a preguntas y hacían comentarios sobre lo que habíamos expuesto. Como existía otro compromiso con el Movimiento Socialista de los Trabajadores, hermano de sangre del extinto PST venezolano, le dije a Chirino: “Como esa es tu gente, adelántate tú y yo termino con este compromiso”. Así fue, él partió y yo me quedé recibiendo las inquietudes de los asambleístas. Una intervención subió el tono de la reunión, hasta ese momento bastante tranquila. Un compañero pidió la palabra y habló con su más enérgico rictus de asco y decepción, y de una inspiración de tango de arrabal: que era más de lo mismo, que los pueblos estaban condenados a perder,

y en ese tenor varios vituperios para cerrar diciendo su grito de guerra: “¡Que se vayan todos!”. El salón quedó en silencio, expectante a mi reacción ante la grosera y descalificadora intervención. Aproveché para tomar agua y simplemente le respondí muy calmado y esbozando una sonrisa de seguridad: “Compa, ¿que se vayan todos? Con todo respeto, hermano, aquí puede ser. No soy yo el que lo debe juzgar, pero... en Venezuela, ¿nosotros? ¿Irnos? ¿Por qué si acabamos de llegar? La sala estalló en un ensordecedor aplauso y carcajadas: “¡Qué respuesta, querido!”, “¡genial, che!”. Y lo miraban con cara de pocos amigos. Cuando se calmaron les dije: “El hermano no tiene la culpa, así son los procesos y en ellos el menú siempre es muy amplio: valientes, dudosos, optimistas, pusilánimes, cobardes, arrojados, temerarios, derrotistas, son los ingredientes que hacen a los pueblos y sus luchas”. Al finalizar ahí, como a las 11 de la noche llegamos donde estaba Chirino con sus camaradas. Modesto en el camino me hizo un apretado análisis de esa gente con la que había roto desde hacía mucho tiempo, y por cierto es lapidario el amigo cuando se refiere a situaciones o personas que adversa.

La sede del MST es una muy antigua casa señorial que, como ellos decían, perteneció a un ilustre conde de la Argentina colonial. Fuera del sitio había un afiche de convocatoria de nuestra actividad que demuestra el grado de “amplitud” de estos compañeros. En enormes caracteres anuncian la llegada del gran dirigente obrero venezolano Orlando Chirino, y por allá chiquitico, como acomplexado, unas letritas que decían “acompañado de Jacobo Torres de León, de la FBT”. Bastante chocante este recibimiento, pues ensalzaban a uno de los suyos y menospreciaban a cualquiera de otra corriente ideológica. Al entrar, Chirino estaba en la fase de preguntas; me invitaron al panel y Chirino me presentó a su auditorio. Miguel Solanch, Vilma Ripoll y Patilla estaban flanqueando a Chirino en la tribuna; me abrieron espacio en el centro y me proponen que dé un saludo y responda las últimas preguntas. Venía muy entusiasmado de la asamblea de El Cid y con esa energía adentro me paré a saludar una reunión de más o menos 300 personas. Todo el mundo hizo silencio esperando mis primeras palabras y como mi vena estaba en plena

irrigación, comencé diciendo: “Para mí es un enorme placer estar en Argentina, en Buenos Aires y entre ustedes; antes de hablar quiero aclararles que yo soy estalinista ortodoxo, convicto y confeso, prosoviético, procubano y jamás, compañeros, había visto tantos trotskistas juntos en mi vida”. El estupor en el auditorio era evidente; en su desconcierto no sabían si me burlaba de ellos, los estaba insultando o qué; hasta Chirino me miró entre asombrado y escandalizado. No me aguanté y estallé en carcajadas. Cuando me calmé todavía me veían serios y silenciosos, y acto seguido les dije: “Esto que acabo de decirles, compañeros, indica que en nuestra revolución, en estos tiempos, en pleno siglo XXI, un trotskista y uno señalado de estalinista se dan la mano para construir la revolución. La gente comenzó a reírse y aplaudir, Chirino se desplomó aliviado en la silla y yo... Yo estaba gozando una bola con mis bromas y mi manera jocosa de exponer mis ideas. Respondí las últimas preguntas, no sin antes decirle a mis oyentes: “No sé qué les habrá dicho Chirino, pero en la Fuerza creemos tal y cual cosa”. Terminamos casi a la una de la mañana, salimos de la casa del conde y agotados pero contentos llegamos al hotel.

Uno de los gestos que siempre le agradeceré a Modesto es el haberme presentado a Ricardo Napurí y a Nora Ciapponi. Ricardo es un peruano que fue capitán de la Aviación del Perú en los años 50; se hizo célebre por su valiente decisión de desobedecer una orden superior de ametrallar al pueblo desde el avión que pilotaba y rebelarse contra el poder establecido. Sufrió prisiones, exilio, y eso fue templando su espíritu revolucionario. Conoció al Che en su primera visita a la Cuba revolucionaria. Como él mismo relata, fue por dos meses con Celia de la Serna —mamá del comandante Guevara—, con quien compartía el activismo de la solidaridad con Cuba en Argentina, y no regresó hasta 10 años después. Ayudó al Che a montar parte de ese hermoso ensayo revolucionario que culminaría en La Higuera, Bolivia, en 1967; para Napurí todavía no ha terminado. Nora, militante trotskista toda una vida, internacionalista en la tristemente célebre Brigada Simón Bolívar en la guerra sandinista, de un temple y una profundidad analítica

como pocos. A ambos los tengo en la selecta galería de personas que admiro y respeto y los he incorporado a mis más profundos afectos. Me marcaron por el desenlace de sus propias historias, cuando tuve el privilegio de conocerlos. Ellos, en las frecuentes divisiones y despellejes que son rutinas del trotskismo, se habían separado del MST y en un acto de retaliación los abandonaron a su suerte. Ricardo, al momento de escribir estas líneas, a sus ochenta años sobrevive como celador en un estacionamiento, enfermo pero aferrado a la vida y sus convicciones. Nora, a quien con seis meses de embarazo la obligaron a abortar porque la revolución estaba primero y porque un vástago era un estorbo inadmisibles en vísperas de la revolución, por su avanzada gravidez quedó estéril; también, en su vejez sin hijos, sin pareja ni nadie, sigue obstinadamente aferrada a la vida en los barrios pobres de las afueras de la ciudad, eso que llaman el Gran Buenos Aires. Pero los dos, con una convicción de hierro viven sus últimos años apostando, hasta perder el aliento, a la transformación.

Con sus historias a cuestas, me entró una depresión mezclada con angustia que me costó una discusión muy agria y virulenta con mi compañero de viaje. De todo dije sobre los trotskistas; asesinos, sádicos despiadados y otras florituras muchísimo más subidas de tono. Chirino me respondió también muy acalorado:

— ¿Y ustedes, que fusilaron gente y jodieron a más de uno?

Mi respuesta lo sorprendió. Le dije:

— Eso puede ser verdad, pero le metías un balazo y ya. No los ponías a sufrir a cuenta gotas como están Ricardo Napurí y Nora Ciapponi. Qué sadismo el de ustedes... prolongarles la agonía; luego de utilizarlos a su antojo los botan como un bagazo inservible, por diferencias supuestamente insalvables.

Ciertamente, ambos argumentos son cuestionables; la verdad es que en cualquier bando, siempre, sobre todo cuando hay fanatismo, los excesos colocaron nubarrones en el ascenso de la revolución. Nos pedimos disculpas mutuas, pues, ¿quién puede cambiar la historia? Con defectos y virtudes, excesos y carencias, lo importante

era entenderla y evitar volver a repetirla, así Felipe Pirela con engolada voz nos cante “la historia vuelve a repetirse...”.

Cerramos nuestra visita al sur en una agradable reunión con el compañero Julio Piumato, dirigente de los trabajadores judiciares de la Central General de Trabajadores de Argentina, quien nos agasajó con un succulento y muy criollo asado. A Julio lo conocí en el 2001 cuando en una aventura, que cuenta de manera muy amena, comenzó a hacerle seguimiento a la Revolución Bolivariana y arribó, por su cuenta y riesgo, a la conclusión —dentro de su peronismo fanático— que Chávez es Perón reencarnado. Llegó a Venezuela con varios de sus compañeros a explorar. La primera impresión bastante jocosa que se deja colar es su porteñitud consagrada. Decía: “Chávez es un fenómeno; no me pierdo un programa *Aló Presidente* cada sábado”. Nos vimos las caras como queriendo decir, ¿nos toma el pelo, habla en serio o qué?, pues el programa del Presidente desde su inicio es el día domingo. “Lo segundo, que interesante experiencia la Revolución Bolivariana; igualito a Perón y Evita, y nosotros tenemos mucha experiencia que se las venimos a aportar a ustedes”. Al principio me molestó muchísimo su forma de ser, su arrogancia casi rayana en la pedantería y una de sobrado que producía rechazo. Con los días descubrí que nada de eso era cierto. Julio es un muchacho grande, bonachón, con mucho humor. Cuando se despedía de nosotros, con broche de oro clausuró su intervención diciendo: “Sé que tenemos fama de arrogantes”, y el auditorio decía riéndose: “Nooo, ¿quién dijo?” “...Pero así somos, hemos aprendido mucho de ustedes y gracias hermanos por habernos atendido tan espléndidamente”.

No podía dejar de mencionarlo, porque Piumato fue uno de los primeros que se atrevió a ver a Venezuela como una posibilidad; por su origen peronista, vio en Chávez lo que la izquierda más conspicua y comprometida de América no pudo ver en los inicios, es decir, no vio con recelo la condición castrense de nuestro Comandante, y sí le creó expectativas el inicio nacionalista popular de nuestra revolución. Él, junto con Alberto Buela —también peronista— han desarrollado la teoría del triángulo Caracas-Sao

Paulo-Buenos Aires como un nuevo reordenamiento geopolítico, y si bien al principio mamábamos gallo con esa teoría, hoy creo que no estaban tan lejos del enunciado... En el 2001 el desierto era grande: Cuba y Venezuela resistiendo; años después se agregaron Bolivia, Ecuador, Nicaragua, Argentina y Brasil, y más: con mayor o menor intensidad su forma de implementar los cambios, pero sin negar que ese cambio geopolítico anunciado por ellos apuntaba en el camino correcto.

A nuestro retorno la mesa estaba servida para un nuevo combate interno. Antes de salir para el sur habíamos dejado en la mesa el debate sobre la central. Para algunos persistía el esquema de pelear por la CTV y mantenerse en esa estructura y los que — como en septiembre — insistíamos en crear una organización que desplazara a la antigua. Por lo tanto, al retorno pude palpar los ánimos de las bases laborales; si no dábamos nosotros el paso, los trabajadores nos pasarían por encima. Le reclamaban a la dirigencia sindical su inconsecuencia al postergar la creación de una central revolucionaria y exigían acciones contundentes. Muchas veces escuché de voces populares: “¿Hasta cuándo esperan?”, y preguntaban con vehemencia: “¿Hará falta otro paro para que decidan? Por esa razón apuramos la cuestión postergada desde septiembre.

Fue un debate muy arduo, toda vez que acá estaban en juego muchos intereses y visiones políticas. Por un lado, nuevamente la señora Harnecker, quien le vendió al Comandante la idea de que el proceso unitario pasaba por la incorporación como líder de una nueva central al dirigente de Sidor Ramón Machuca, y dentro de sus pretensiones que la FBT se subordinara a ese liderazgo.

Conocí a Marta Harnecker en los tiempos de la gestión de Aristóbulo en la Alcaldía de Caracas. Ella había realizado una serie de folletos y libros sobre poder popular, que luego editaría Fundarte: la experiencia de las gestiones municipales del PT en Brasil. Al principio lo entendí como un aporte serio al desarrollo de nuevos referentes de construcción política, en los momentos de mayor auge del neoliberalismo y sin el contrapeso necesario del bloque socialista derrumbado años antes, y la acefalía del movimiento popular

y revolucionario que con dificultades se abría paso en el desierto ideológico de los años 90. Marta llegó a Venezuela de la mano de Aristóbulo e inmediatamente adoptada por Julio Montes y María Cristina Iglesias. Se suponía que su papel sería el de sistematizar, como ya lo había hecho en Brasil, la experiencia de participación popular en la gestión del negro Aristóbulo.

Reconozco que me emocionó mucho su llegada. Poder conocer a una de las personas —más allá de cualquier valoración— que alimentó mis tempranos pasos políticos y de formación ideológica con sus *Conceptos Elementales del Materialismo Histórico*.

Apenas me la presentaron, la comprometí a una reunión con los Factores de La Yaguara en la sede sindical de Telares Los Andes. La recogí en su hotel y en el camino le iba contando quiénes eran los compañeros a los que conocería, su procedencia social y la interesante experiencia que significaba reunir en un mismo espacio a obreros, estudiantes y vecinos, como un ensayo de la gran alianza social que se tejía como respuesta a la avasallante política neoliberal que campeaba por ese entonces. Le dije, además, que había sido uno de esos privilegiados que se formó estudiando su afamado libro. Me miró con fastidio y me preguntó flemática: “¿Tú todavía lees eso? ¿Se puede imaginar cualquiera la estupefacción e incomodidad que sentí al escuchar esa destemplada respuesta para un libro que era objeto de estudio, en variadas cátedras, en otras tantas universidades latinoamericanas? Pensándolo ahora, vista de desde lejos, esa fue la señal de la Marta Harnecker contemporánea.

De aquella Marta a la actual hay un abismo insoldable, arrogante hasta la pedantería, oportunista hasta la manipulación; empeñó todo su prestigio en promocionar a Ramón Machuca. Y Ramón, la verdad sea dicha, tuvo su fugaz paso por la revolución; no porque se crea cualquiera que el hombre en cuestión había avanzado en su conciencia política y por eso abrazaba la causa liderada por Chávez. Su historia, simplemente, es mucho más que eso. Él, que fue vocero y líder del Nuevo Sindicalismo, por mucho tiempo, desde una empresa emblemática como Sidor, sufrió en carne propia la peor traición de sus compinches de Caracas. En las espurias

elecciones de la CTV, Machuca ganó claramente Fetrabolívar; su liderazgo ahí, bueno o malo, era indiscutible. Sin embargo, Alfredo Ramos y Daniel Santolo, ya parte ilustre de la nueva aristocracia obrera de la vieja república, pactaron a su espalda dos puestos en el Comité Ejecutivo de la CTV a cambio de la presidencia de Fetrabolívar, que fue regalada a otro excausaerrista y ahora adeco Víctor Moreno, quien perdió de calle frente a Machuca. Este pataleó, chilló, hasta tiros se echaron entre unos y otros, pero nada pudo hacer; estaba consumado el fraude, por lo cual, números más números menos, poco importaban los resultados frente a las ambiciones de sus actores. Ramos resolvió lo que le convenía, así que a Ramón lo sacrificaron en el altar de su felonía. Ya tenía tiempo Martica en esos menesteres, metiendo a su pupilo hasta en la sopa y promocionándolo y vendiéndoselo al Comandante como el “masca la cachimba” del sindicalismo venezolano.

En esos días la FBT era una organización compacta, lo que se expresaría en corrientes en el futuro; las agrupaba todas en su seno, por lo tanto, administrábamos nuestras diferencias, pero destacando los objetivos políticos comunes con los que comulgábamos. Marcela Máspero y sus militantes —de origen copeyano— Orlando Chirino y sus compañeros trotskistas, Orlando Castillo y lo que quedaba del sindicalismo pepetista, gravitaban dentro de nuestra Fuerza.

Hubo una primera reunión con el Presidente, que comenzó a eso de las 11 de la noche con un Chávez enérgico y un debate profundo. Ahí el Comandante esbozó el plan a desarrollar, manifestó su decepción por los resultados de la Asamblea de Trabajadores de septiembre de 2002, y la necesidad de convertir nuestra montonera en un cuerpo organizado para la revolución y las futuras confrontaciones; hizo un balance del golpe de Estado y del paro, y medio en serio y medio en broma, luego de una larga pausa, dijo sonriendo: “Chico, ¿y si crean el Partido de los Trabajadores (PT) como en Brasil, el PT venezolano?”. Nos miramos los unos a los otros las caras con asombro, pero no paró ahí; miró a Machuca y le

dice: “Ah, Ramón, ¿te lo imaginas? El PT venezolano, quién quita que de ahí salga el Lula del futuro”.

Cuando salimos de la reunión, Francisco Torrealba, Franklin Rondón y Machuca salieron como alma que lleva el diablo, y nosotros nos quedamos en el estacionamiento con Nicolás comentando la reunión y especulando la aseveración del Presidente. La verdad sea dicha, era una oferta tentadora crear nuestro propio partido, lo cual implicaría un puesto representativo en la coalición de gobierno y posibilidades de colocar algún parlamentario, aparte de poder desarrollar una vocería propia. Como dos horas estuvimos deshilvanando nuestras especulaciones. Mi posición fue que más allá de lo tentador era solamente eso: una tentación. Primero, porque el Presidente no iba a disolver al MVR. Segundo, la FBT desde su nacimiento, si bien funcionaba casi como un partido, era un gran frente de carácter político-social que no podíamos darnos el lujo de sacrificar. Tercero, no me imaginaba un partido donde hiciéramos causa común con gente como Machuca y su combo. Si no, hay que preguntarle a nuestro equipo guayanés la solidez de estos recién incorporados a las filas bolivarianas. Francisco y Franklin confirmarían años después que ellos también se fueron a reunir para evaluar lo que entendían como una firme propuesta de Chávez. Machuca intentó crear tiempo después —ya no sé para cuál elección— un partido regional llamado Partido de los Trabajadores; no quiero creer que doña Marta haya tenido sus manos o su intelecto detrás de este personaje, pero —como yo presumía— un PT sin Chávez era debut y despedida, que fue lo que hizo Ramón al final.

Las primeras conversaciones fueron terribles. Cada factor “halaba la brasa pa’ su sardina”, buscando preeminencia en el organismo que se creara. Maratónicas reuniones trataban de perfilar la organización sindical, mientras Marta, que convenció a Machuca que podía ser el gran líder de los trabajadores, irresponsablemente lo ilusionó con la posibilidad de convertirlo en el Gobernador Obrero y —digo yo, jodiendo— hasta acariciarían en sus alucinantes elucubraciones la idea que pudiera a futuro convertirse en Presidente, emulando a su viejo maestro Andrés Velásquez.

El juego se trancó al punto que no existían posibilidades de acuerdo. Esto provocó una reunión con el Presidente, quien quedó obstinado del penoso espectáculo que brindaba una dirigencia sindical que tiraba sobre la mesa sus miserias y ambiciones. El detonante estuvo en cómo se conformaba la dirección de la futura central. Para la FBT se trataba de una dirección colectiva donde todos sus miembros serían coordinadores nacionales. Para Machuca —imagino que aleccionado por la Harnecker— tenía que haber un presidente o secretario general; y al dibujar el perfil del posible vocero, bosquejaba un personaje que no podía ser otro que él mismo. Por otro lado, la CUTV, representada en Pedro Eusse, trataba por todos los medios de obtener algunos cargos de relevancia en la novel estructura, pero cuando se le hizo la pregunta de las 64 mil lochas: ¿Cuántos sindicatos y Federaciones se agrupan en la CUTV? Su silencio fue digno de los clásicos. Ni él lo sabe. Siempre he dicho que la afiliación sindical de la CUTV es el secreto mejor guardado de la historia de la Revolución venezolana. Y no se sabe es porque no existe. Una cúpula que el PCV ha sostenido con nombre de central para medrar de la política en la IV y ahora en la V República.

Trancado el debate, el Comandante pidió —y en términos no muy amistosos— una reunión con la FBT. Como María Cristina no estaba en Venezuela, le tocó a Edmée Betancourt organizarla. El Comandante exigió que estuvieran no más de seis personas y sin la presencia de nadie del MVR o del gobierno. Los designados en este importante cónclave fuimos Oswaldo Vera, Joaquín Osorio, Marcela Máspero, Orlando Chirino; Oscar García, quien se coleó en el listado bajo la premisa de que “el que parte y reparte le toca la mejor parte”, como él lo hizo y era con Chávez, no peló el boche de estar reunido con el Comandante, y yo, en mi condición de dirigente nacional de la FBT y coordinador en la Presidencia en Miraflores.

Cuando llegamos, tuvimos que atravesar escoltados por un soldado un laberinto de oficinas hasta llegar a la puerta del mismísimo; allí nos esperaba el general Martínez Mendoza, a los efectos director del Despacho, quien me llevó aparte y me dijo: “Tienen

media hora no más; en lo que yo me asome, terminas la reunión". En eso se abre la puerta y se asoma Chávez a darnos la bienvenida y muy sonriente nos saluda diciendo: "¡Ajá, llegaron los veteranos!", estrechando la mano de cada uno. Como buen llanero, se lanzó a echar un cuento de sus tiempos de subteniente... Resulta que estaba en un entrenamiento de béisbol y se incorporó un coronel a las prácticas. Es conocido que al Comandante le encanta servir de *pitcher*. El coronel se ubica en la primera base y comienza con Chávez a intercambiar pelotas, y este, cada vez que se la devolvía, le gritaba: "Ajá, veterano, ahí va!", y al rato de estar en eso, el coronel, al ver que este le decía veterano muy sonreído, creyó que este lo insultaba, pues en Venezuela a los homosexuales les dicen veteranos, por lo que descalificaba a quien se lo endosaran; es decir, veterano, en criollo, es simplemente homosexual viejo. El coronel, muy ofuscado, lo increpó y le dijo, o más bien, le gritó: "¡Subteniente, usted me está llamando homosexual! Se le acabó a Chávez el entrenamiento y le metió un castigo que consiste en ejercicios físicos hasta el agotamiento, que en el argot militar bautizaron como "reventadera" por la forma de agotar a quien le toca en suerte esa sanción disciplinaria. Narró todo esto entre carcajadas y gestos explicativos. El jefe estaba de buen humor. Yo pensaba que, por lo contrariado que estaba con nosotros, iba a echar sapos, pestes y culebras. Yo, que nunca me puedo quedar callado, le palmoteo el hombro y para seguir la broma le digo: "Bueno, Comandante, tenga cuidado si alguien lo llama campeón". Con cara sonriente y mirada interrogante me preguntó: "¿Y eso?". Respondí también riéndome: "Los campeones, Comandante, son los veteranos con trofeo". Este largó una estentórea carcajada e invitándonos a sentarnos alrededor de su escritorio, todavía con las secuelas de la broma, pidió café y comenzó la reunión. En la primera media hora fue el escarceo. El Comandante de verdad estaba imbuido del discurso de Marta Harnecker, por lo cual no concebía la creación de la central sin la presencia de Machuca. Una y otra vez le esgrimíamos nuestros argumentos de que no podíamos esperar más, a riesgo de que los trabajadores nos pasaran por encima; que a esos personajes en su

ambición no les importaba la política sino su propia posición, y así por largo rato.

Exactamente a la media hora asomó la cabeza el general Martínez, y cuando trato de resumir la reunión —sin resultado—, Chávez encerrado en su posición y nosotros en la nuestra, este me hace un gesto para que me calle y le pregunta al general: “¿Dime, Martínez?”. El general dice: “Recuerde, mi Comandante en Jefe, que tiene a esta hora otro compromiso”. Él responde que lo sabe, pero que envíe café y que le dijera a quien lo esperaba que se aguantara un rato, que esta reunión era muy importante. Este se retira mirándome con cara de pocos amigos y cerró. Al reanudar la conversación, el Presidente vuelve a señalar que era importante la amplitud de lo que fuéramos a crear, y que si había que suspender su acto fundacional había que evaluar eso. Confieso que se me volaron los tapones y exasperado le dije: “Comandante, con todo el respeto, ¿sabe cómo es la vaina? ¡Con usted o sin usted la central va! No podemos esperar más. ¿Usted no viene hablando de ofensiva política en todos los órdenes y estratos? ¡Bueeeeno, la creación de la central es la parte que nos corresponde a los trabajadores en su ofensiva! Al terminar mi micro arenga, intuí la dimensión del macro peo en el que me acababa de meter. Me dije, nada... de esta me botan de aquí y me execran; menos mal que no tenemos aquí una Siberia para que me deporten. El Presidente, todavía asombrado por mi estallido, sonrió muy calmado y dijo: “Gordo, tienes razón”, y sin más regateos agregó: “¿En qué los puedo ayudar?”. Con un resoplido de alivio, exclamé: “¡Por fin entendió!”. Oswaldo, que estaba a mi lado, me da un codazo en las costillas y me regaña: “Respeto, Jacobo, que estás hablando con el Presidente”. Respondí: “Sí, hermano, aunque fuera ‘papá Dios’, por fin entendió”. Reconozco que su reacción fue magnánima. Pidió tiempo para tratar de hablar con Ramón Machuca por última vez, pero que convenía con nosotros en no postergar la creación de la central. A todas estas, el general Martínez Mendoza entró dos veces en medio de la refriega, tratando de poner fin a la reunión. Hasta que el Comandante le dijo: “Mendoza, no ves que estamos ocupados”. Y Martínez: “Mi Comandante, desde hace una hora tiene a Evo Morales esperando y después

tiene que ir a un acto". El Presidente dijo: "Pues que se espere. Y no abras más; si te necesito te llamo". Cerrada la puerta fueron dos y media largas horas de esa toma y daca entre él y nosotros.

Aprovecho para hacer un reconocimiento expreso al propio Comandante. Primero, por dar la importancia necesaria e inmediata al dilema que se presentaba en esta compleja coyuntura; luego, privilegiar nuestra reunión aun cuando hizo esperar a un hombre de la talla de Evo Morales —quien todavía no era presidente de Bolivia, pero tenía el peso de su liderazgo junto con Chávez, Fidel o Daniel Ortega— y lo obligó a correr su apretadísima agenda posterior; y lo más importante para mí: descubrir la paciencia y disposición para escuchar a pesar de no compartir las opiniones emitidas, y su capacidad para reconocer sus equivocaciones aceptando las opiniones de otros. Eso me hace reafirmar que siempre lo importante será decir lo que se debe decir, y no decir lo que quieren escuchar. Al Comandante en Jefe en muchas ocasiones le dan informaciones falsas o intuyendo lo que piensa; acomodan sus discursos para reafirmar lo que cavila, para quedar bien o no calarse un regaño que les pueda costar el cargo, sabiéndose los épicos regaños del Jefe. Conclusión: Chávez escucha, y si los argumentos son sólidos y contundentes, no se aferra a una tesis sino que al reconocer su error asume con decisión la nueva posición. Chávez hizo posible el nacimiento de la Unión Nacional de Trabajadores-UNT.

Otro elemento a destacar, y por eso desechó la presencia de cualquier funcionario por más alto nivel que tuviera: acudimos a la reunión con Chávez en su condición de Comandante en Jefe y líder de la Revolución Bolivariana, no por su condición de Jefe de Gobierno. Y es oportuno aclararlo, toda vez que los manidos argumentos de la derecha aluden a "su injerencia en la autonomía sindical", que más adelante provocaría la ruptura, por la izquierda, de varios de los factores que nos acompañaron en este trecho de la revolución.

Luego de reunirnos con Chávez, se convocó la última reunión de todos los factores sindicales resumidos en la FBT, CUTV y el Movimiento Alfredo Maneiro. En los días previos, entre la última

tortuosa reunión con Machuca y la que se acababa de convocar sucedió un significativo cambio: el Movimiento de Trabajadores Revolucionarios Alfredo Maneiro-Motram no tenía un frente homogéneo. Machuca, en un supremo esfuerzo, reitera la necesidad de que se nombre un secretario general y propone a Chirino como tal; él creía que con eso le haría mella a nuestra unidad al enfrentarnos a la posibilidad de estimular los apetitos de algunos. Por esta vez, trabajamos con la coherencia del caso y volvimos a rechazar su propuesta ratificando a nuestros voceros, que era una coordinación de 21 miembros, horizontal y representativa. Para sorpresa de varios, Torrealba y Rondón aceptaron la proposición y acusaron a Machuca de querer acaparar la central para sí mismo. Su cara dibujaba la decepción, el estupor y su endeble situación, entonces espetó: "Hagan lo que quieran; yo no sigo", y acto seguido se retiró, despidiéndose de su pasantía chavista.

Lo propio hizo Pedro Eusse, pues comprendió que aquí se le acababa la beca gubernamental e internacional que desde la CUTV han usufructuado por largos años, así que optó por hacer mutis por la derecha, desentendiéndose de la propuesta unitaria que representaba la UNT. Retirados los que se iban, se conformó la primera dirección de la Unión Nacional de Trabajadores-UNT, que vio la luz el 5 de abril de 2003.

Como toda jornada que se digne de tal, no está exenta de presiones y sus respectivas marchas y contramarchas. En dos platos, el nacimiento de la UNT fue un parto morocho. Poner de acuerdo a las corrientes en cuanto a quiénes estarían en su Coordinación Nacional fue el primer escollo a solventar. Sin embargo, se logró con gran esfuerzo que las principales organizaciones estuvieran presentes, incluidas varias de las emblemáticas de la CTV. Fedepetrol, Fetraharina, Fetraelec, Fetrameco y Sinutrapetrol serían padres y padrinos de la naciente organización. Otro obstáculo: ponerse de acuerdo sobre cuándo se realizaría su Congreso Fundacional; una vez asumida la fecha, trabajar a todo vapor para garantizar su éxito. Unos días antes del acto, cuando ya no había vuelta atrás, a María Cristina le entraron dudas de lo que íbamos a hacer y presionó

hasta el último minuto para suspenderlo. Creo que nunca estuvo de acuerdo; cuando se reintegró a su Ministerio se encontró con una situación de hecho, por lo cual quiso frenar su incontenible marcha. La delegación internacional que participó en esta instalación, por la premura de su realización, consistió en una compañera del Sindicato de la Bayer de Alemania, los compañeros Leonel González y José Miguel Hernández de la CTC de Cuba, y Joao Batista de la Corriente Clasista de la CUT de Brasil. Muy emotivo acto; combativo, esperanzador fueron sus mejores cualidades. Desde el Teatro Nacional lanzamos al mundo nuestro reto: enfrentar a la CTV y agrupar a los trabajadores clasistas y revolucionarios en la nueva Unión Nacional de Trabajadores.

Regresé a Buenos Aires en mayo, en mi condición de Coordinador de Movimientos Sociales de la Dirección de Relaciones Presidenciales del Despacho del Presidente, a colaborar con la delegación venezolana en el marco de la asunción de Néstor Kirchner en la Presidencia de la República, en las reuniones del Presidente Chávez con los dirigentes sindicales de la CTA y la CGT, y lo que para nosotros ha sido una rutina: contactos y conferencias con las distintas organizaciones sociales de Argentina.

Desde el golpe de Estado del año anterior Venezuela, la Revolución Bolivariana y el Comandante Chávez adquirieron nuevas dimensiones en el ideario colectivo de estos pueblos hermanos, que voltearon hacia nosotros en busca de la esperanza perdida en manos del neoliberalismo.

Al país que encontré en esta segunda visita lo pude observar con una luz distinta a mi primera visita en enero. En aquella oportunidad conocí un pueblo desesperanzado, con ese derrotismo propio del tango de arrabal; todavía resonando en sus oídos el eco de "que se vayan todos". Ahora, bajo una óptica diferente, la llegada de Kirchner al poder despertó tímidamente las expectativas de un pueblo castigado por la globalización y la crisis de los tiempos de Menem y De la Rúa. Antes era la negación derrotista de que ya no había futuro, ahora vamos a ver qué pasa.

Algo que no he reseñado es que luego del golpe de Estado en el 2002 salió públicamente un documental realizado por unos cineastas irlandeses, que narra el antes y el después de Abril: las movilizaciones de la oposición en los días previos; la opinión de esa pequeña burguesía que a fuerza de absorber la tóxica propaganda, casi los dejó en un estado de histeria y paranoia, que en su menosprecio por el pueblo hablaba de defender sus privilegios frente a la chusma; los preparativos del golpe propiamente; las posiciones de Chávez y los voceros del gobierno y la revolución; y la parte más importante: la recuperación del poder con la majestuosa y aguerrida movilización popular del 13 de abril. En la narración de esa parte tuve mis diez segundos de gloria, al aparecer justo en el momento en que empujaba al Chino Khan para entrar al regimiento.

Y hago la reseña porque en la UBA dieron un video foro con el documental de los irlandeses *La revolución no será transmitida*, y Delcy Rodríguez —de nuestra comitiva y moderadora— le dijo a los presentes: “Aprovechen que se encuentra entre nosotros uno de los héroes del 13 de Abril y le pueden hacer las preguntas que quieran”. La gente me miraba como un bicho extraño, entre admirados y, “¡mirá, che, ese es uno de los bolivarianos del golpe!”. Sorprendidos de mi intento por pasar como uno más y, por culpa de Delcy, en una figura destacada de esa conferencia. Siempre me ha resultado incómodo que me mencionen en esas condiciones. La ensalzada del compa me abrumó y la gente confundió eso con una actitud que no me es propia: la timidez.

En julio nos preparamos para la realización del II Encuentro Internacional de Dirigentes Sindicales, una continuación de nuestra batalla por posicionar a Venezuela en la conciencia de los movimientos progresistas del mundo. Esta vez estuvieron Piumato y su infalible buen humor, José “Cuero” Roselli; Carlos “El perro” Santillán y Juan Carlos Alderete, ambos de la Corriente Clasista y Combativa-CCC del Partido Comunista Revolucionario —un partido extraño, por cierto, porque el maóismo en un país esencialmente urbano es un híbrido bastante raro, aunque en Argentina

todo es posible—; Marcela Escribano, compañera chilena-canadiense, y nuestro infaltable cubano José Miguel Hernández. Con este evento abrimos un poco más el espectro internacional de la FBT, y sirvió para perfilar un pensamiento más certero sobre los temas recurrentes en el debate de los movimientos sociales en el mundo. “El perro” Santillán, un afamado hombre de la CCC, visitaba por primera vez Venezuela y, con una carga mal disimulada de emoción, repitió durante toda su estadía que la Revolución Bolivariana lo había metido en tremendo problema, que su regreso a Argentina iba a ser todo un quilombo. Alarmado, le pregunté por qué decía eso; la relación entre Argentina y Venezuela era excelente. Y me dice con voz angustiada, pero a punto de soltar la risotada: “No se trata de eso. Es que Venezuela es contagiosa y, para un hombre como yo que ha hecho del sectarismo un apostolado, verlos a ustedes unidos en un solo objetivo, trabajando juntos a pesar de las diferencias, me obliga a defender la unidad en mi país; por culpa de ustedes ya no seré el mismo”.

Por iniciativa de Lula da Silva, en el marco de la confrontación posparo y golpe de Estado, se conformó una Comisión Internacional de Países Amigos de Venezuela. La Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres-CIOSL y su representación regional encabezada por el panameño y agente de la CIA, Luis Anderson, viendo en esta proposición una oportunidad para meterse en Venezuela y proteger a sus compinches de la CTV, acusados por el Ministerio Público por los sucesos de abril y diciembre, anunciaron la creación de los “amigos sindicales de Venezuela”. A imagen y semejanza de la propuesta de Lula, conformaron una delegación de la CUT de Brasil, CTM de México, AFL-CIO de Estados Unidos, Comisiones Obreras de España, CUT de Chile y CGTP de Portugal, encabezada por el secretario general de la CIOSL, el británico Guy Raider.

Por primera vez las sacrosantas organizaciones del sindicalismo internacional exigieron una reunión con lo que llamaban “sectores oficialistas”. Francisco Torrealba se reunió como Motram junto con Franklin Rondón, y a mi me tocó encabezar la delegación

de la FBT para este intercambio con los ilustres visitantes. Esta se realizó en un salón del hotel Ávila. Conmigo estuvieron, entre otros, Roberto Justiniano, Servando Carbone y Leonardo Caraballo.

Cuando arrancó Raider, dando las gracias por aceptar la reunión, presentó a su delegación y explicó su misión en Caracas y la disposición (por primera vez en la historia) de escuchar a todas las corrientes y organizaciones sindicales venezolanas —que ya se habían reunido con la CTV, acompañados de Codesa, CGT y Motram—, y que luego de reunirse con nosotros conversarían con la CUTV y expuso los tres puntos que los llevaron a Venezuela. Uno, la necesidad de que se respetara la Constitución y que ellos no propiciaban un diálogo que la violentara; dos, su preocupación por los 16 mil despedidos de la industria petrolera; y tres, su preocupación por la persecución a los dirigentes sindicales como Carlos Ortega, quien estaba escondido con orden de captura para someterlo a juicio.

Respondí en ese mismo orden, haciendo todo un teatro de diplomacia y decoro:

Uno, agradecía su interés por escuchar por primera vez a alguien distinto a los voceros de la CTV, y sacando aparatosamente mi Constitución del bolsillo de la chaqueta, les dije que felicitaba su decisión de respetar la Carta Magna venezolana, pues ella establecía perfectamente los mecanismos legales para dirimir las controversias democráticas que se generan en toda sociedad en transformación, y que por nuestro lado no aceptaríamos ninguna salida política fuera de la Constitución. Depositándola en la mesa, rematé:

—Dentro de esto todo, fuera de esto nada. Que los golpistas digan si la aceptan ahora cuando intentaron derogarla en abril de 2002, y que digan de viva voz que reconocen a Hugo Chávez como el legítimo presidente de la República Bolivariana de Venezuela.

Dos, que lamentaba mucho que el señor Raider estuviera tan desinformado sobre el criminal paro petrolero, pero resultaba que no eran 16 mil despedidos. Cuando dije eso, sin disimulo voltearon a mirar a Anderson y este a mí. Dejé una pausa y solté sin previo aviso:

—Son, señor Raider, 22 mil despedidos de Pdvsa —se escuchó un murmullo de asombro. Esperé que digirieran la información y continué—. No sé si lo creerán o no, eso a estas alturas es irrelevante, pero el 98% de los despedidos pertenecían a la nómina mayor de la empresa. No alcanzó el 2% de obreros petroleros involucrados, pues en su afán privatizador en los noventa enmendaron los reglamentos y subieron de escala a los supervisores y otros cargos menores, hasta tener un gerente por cada dos trabajadores. Por esa razón se expulsaron 22 mil, sin afectar la capacidad operativa de la empresa.

Sin darles respiro, les recordé los convenios 87 y 98 de la OIT y las leyes venezolanas sobre las que descansaba la decisión jurídica de prescindir de sus servicios. Servando me interrumpió y leyó brevemente los artículos constitucionales y refrescó los convenios internacionales que yo había citado. En eso, Leonardo se presentó como presidente de la Asociación de Empleados de la USB; Atausibo le dijo como con lástima:

—Mire, señor, en mi condición de dirigente me ha tocado defender trabajadores que abandonan su puesto de trabajo un día, dos días hasta tres días, ¡vaya!, hasta una semana, y uno negocia como pueda. Pero cómo se puede justificar la ausencia del puesto de trabajo 62 días; no hay ley capaz de amparar a un sujeto que abandone su trabajo dos meses.

Viendo sus caras incómodas, desagradadas por lo que escuchaban, y un Anderson con piquiña en el rabo —pues se removía disgustado en su asiento con ganas de interrumpir nuestra perorata—, rematé yo:

—Me conmueve su preocupación por los 22 mil despedidos de Pdvsa, y nada me quita decirles que podíamos revisar casos de mujeres en estado, los que estuvieran de vacaciones o reposo, pero no era negociable el resto. Pero no les he escuchado hablar nada de los 32 mil despedidos de las empresas privadas venezolanas.

Y mirando a cada uno pregunté si esos no tenían dolientes; porque entre los que quebraron fraudulentamente y los que hicieron quebrar en su irresponsable paro, 32 mil padres y madres de familia quedaron en la calle; por esos, salvo nuestro gobierno, ni

la CTV ni los amigos se pronunciaron. Volvieron a mirar a Anderson que tartamudeaba sin hallar respuesta a mi andanada.

Tres, revisando mis notas, el caso de Carlos Ortega. Comencé diciéndoles que el ciudadano en cuestión había violado no sé qué cantidad de leyes y la Constitución en su aventura golpista de Abril, junto con los patronos en diciembre. Y pregunté cuál derecho le asistía a convocar un vulgar paro patronal, y someter al pueblo al hambre y el desespero por falta de alimentos y transporte; quién le daba el derecho de montar lo más parecido a un asedio durante dos meses, para huir cobardemente de su responsabilidad. Me interrumpió Anderson para acotar que él en Panamá también había sido dirigente sindical, y que se podían cometer excesos en la defensa de un derecho laboral. Alcé la voz por su interrupción y le dije que lo felicitaba, pero que recordara que estaban en Venezuela, no en su país, y que los trabajadores y el pueblo haríamos acatar las leyes y la Constitución. Pues suponía que tampoco sabía el señor Raider que meses antes del paro se había firmado y honrado la convención colectiva petrolera y se cumplía con puntualidad de relojero, como para justificar una huelga general que solo se usa para tumbar gobiernos. Puse de ejemplo al propio Presidente que se alzó en el año 1992. En eso se paró el español de Comisiones Obreras y me dijo que todos ellos habían condenado el golpe de Estado del 92, y saltó el brasileño y agregó que el de 2002 también. Sonreí y les aclaré:

—Eso que para ustedes fue un golpe de Estado en 1992, para nosotros fue una rebelión cívico-militar, a diferencia de 2002 que fue el gorilismo clásico expresado por Carmona y los gorilas castrenses.

Felicitando su amplísima vocación democrática, les quería recordar que Chávez asumió la responsabilidad de su acción del 4 de febrero de 1992. Y les pregunté a cada uno:

—Usted, señor Raider. ¿Se complotaría la Trades Union Congress-TUC con los patronos para derrocar la monarquía? O usted (al español)... Para tumbar al rey de España, o el mexicano, el brasileño o cualquiera, ¿se pondrían de acuerdo con las cámaras patronales para reventar a sus respectivos gobiernos?

Todos, casi al unísono, rechazaron con asco semejante analogía. Entonces, saboreando este exquisito espectáculo, les pregunté con extrema dureza:

—Entonces, ¿quién le da el derecho a Carlos Ortega a dar un golpe de Estado, provocar la pérdida de 20 mil millones de dólares en su aventura huelguística y someter a nuestro pueblo a ese trauma, y pretender salir impune? Y he ahí la gran diferencia. El comandante Chávez en 1992 se alzó en armas y pagó responsablemente las consecuencias de la acción armada, mientras que Ortega en su cobardía se esconde de la ley y no es capaz de asumir su responsabilidad. Nosotros, señor Raider, damos la cara cualesquiera sean las circunstancias. ¿Qué haría especial a Carlos Ortega para pretender convertir su crimen en un simple acto sindical?

Y mirando a Anderson, le pregunté:

—¿O sí, Anderson? —sentencié, sabiendo que este se comunicaba con su compinche—. Dígale a su compadre que ligue que lo atrapen los organismos de seguridad, pues si cae en nuestras manos la historia va a ser otra.

Y viendo a Raider que pestañeaba con nerviosismo, y sin un ápice de diplomacia:

—Miren, caballeros, no estoy aquí con mis compañeros para convencerlos de nada; ustedes ya tienen su opinión formada y lo que aquí se diga no cambiará el curso de los acontecimientos. Ustedes tampoco nos convencerán de nada a nosotros, es nuestra verdad, la expusimos y gracias por su atención.

Todavía Anderson intentó meter baza, preguntando “inocentemente” si no era posible el diálogo con la CTV y tratar de armonizar las cosas. Respondí con la calma que pude:

—No, señor Anderson, pudo ser posible en 1999, en 2000, todavía en 2001, pero desde su arrogante y muy mal calculada aventura del 2002 todo diálogo está cerrado.

El gobierno en su papel, a lo mejor —contra mi opinión— podía explorar un camino de diálogo y comunicación, pero los trabajadores teníamos el derecho, la razón y la fuerza para enfrentar a los adversarios en el terreno que tuvieran a bien escoger para la

confrontación. Se hizo un silencio tenso que rompió Raider, quien resumiendo la reunión, reiteró su voluntad de hacer seguimiento al tema constitucional, abogando por una política que devolviera a Venezuela la paz; que agradecía nuestra franqueza sobre los despedidos de Pdvsa, y que tomaría debida nota de los despedidos del sector privado y cerró la reunión. Anderson me miraba con odio mal disimulado, pues el tercer tema lo obvió la delegación sindical internacional. Según mi criterio, dejaron a Carlos Ortega a su suerte. Al día siguiente, el tenebroso personaje se asiló en la Embajada de Costa Rica, victimándose como perseguido político. Anderson había intentado sondearnos para un posible escenario de entendimiento entre el gobierno y su compadre, y al ver nuestra inamovible posición comprendió que no existiría ningún pacto para salvar a su pupilo. Y ahora recuerdo aquello que dice “con los enemigos se pacta, con los amigos se negocia”. En este caso ni pacto, mucho menos acuerdo para la impunidad.

Volví a ver al “Perro” Santillán en mi tercera visita a Buenos Aires, cuando fui a representar a Wilmar Castro y a Víctor Álvarez en un seminario sobre pensamiento económico latinoamericano, organizado por Alberto Buela y Julio Piumato. Allí, por primerísima vez hablé para el peronismo militante, que desplegó en este evento toda su reverencia por Evita Perón, reiterando cada vez con más argumentos su todavía extraña “teoría del triángulo”; como en otras oportunidades, para brindar un escenario de disertación sobre la Revolución Bolivariana.

Durante ese mismo viaje, Modesto, que no dejaba de sorprenderme por la variedad de personas y grupos que nos presentaba, me llevó a una entrevista con los compañeros del colectivo de la revista *La Maza*. Yo, que creía que había visto de todo en el pensamiento revolucionario: gallegos maoístas, argentinos maoístas, trotskistas prosoviéticos y procubanos, oportunistas llamándose socialistas, o reformistas llamándose radicales, no cabía en mi asombro cuando los compas se denominaban “marxistas freudianos”. Pensé, Marx y Freud; qué molleja de mezcla, ¡materialismo y psicoanálisis! A ellos les dije, en la entrevista, de las cosas que habíamos hecho en

cuatro años desde que arribamos al poder y las contradicciones que persisten en nuestro proceso, ricamente dialéctico y todo un reto en la construcción de nuevos paradigmas ideológicos en este siglo XXI.

Les narré una vieja anécdota que ilustra bien esta contradicción. Allá por el inicio del 2001, a Cepillín y a mí nos tocó enfrentar los primeros ensayos de Carlos Ortega, quien desde Fedepetrol montó el primer paro petrolero por supuestas violaciones a la convención colectiva. Diez días duros pasados entre Cabimas, Maracaibo y Lagunillas, neutralizando con nuestras propias fuerzas los planes de Ortega. Diciendo que con satisfacción los vencimos, que les quebramos sus maniobras, y que meses después nos vimos en la penosa disyuntiva de iniciar nosotros mismos las acciones de presión, cuando los funcionarios del Ministerio de Energía y Petróleo y Pdvsa, con deportivo desprecio, venían declarando que no habría discusión de la convención colectiva en el 2001, que se olvidaran de eso. Empezamos la movilización y el cabildeo, hasta que en una de esas Alí Rodríguez nos envía el mensaje, muy molesto, diciendo que el Presidente nos mandaba a decir que si nosotros pretendíamos tumbarlo. Le respondimos que no se trataba de eso. Pero que si nosotros con los trabajadores petroleros habíamos enfrentado a Carlos Ortega y sus secuaces, con qué cara veríamos a la masa trabajadora si nos negaban el derecho a la contratación colectiva, haciendo la salvedad que la petrolera es la que rige las demás convenciones en Venezuela. Así que Alí, amarra a tus locos que yo amarro a los míos; si en 24 horas no hay respuesta, vamos pa' conflicto.

El periodista me preguntó si no era una contradicción la vehementemente defensa que hacía, lo que estaba narrando, con la Revolución Bolivariana. Respondí que no había contradicción: El Gobierno Bolivariano, y en especial el Presidente Chávez y Alí Rodríguez, se han caracterizado desde el principio por escuchar las demandas naturales de los desposeídos, y ellos no podían ser culpados por la conducta de la burocracia institucional que todavía persiste en el Estado, por lo tanto, la defensa de nuestros derechos en nada era un ataque a la revolución y mucho menos a Chávez. Que en más de una oportunidad le hemos manifestado al Comandante en estas

cosas, y en el supuesto negado que el gobierno se pusiera en contra de la clase, si nos ponían en el dilema Chávez o los trabajadores, no teníamos ninguna duda: nos quedábamos con los trabajadores. Con cara de ansiedad el reportero preguntó: “¿Y en qué paró todo eso?”. En menos de las 24 horas siguientes se iniciaba la primera reunión de la convención colectiva del sector petrolero.

Entendí esa mezcla extraña de materialismo con psicoanálisis cuando el compañero Carlos —me acordé— lanzó una explicación psicoanalítica y dialéctica de lo que acaba de relatar. Hoy, de verdad, verdad, en política y corrientes del pensamiento nada me sorprende, hay de todo lo que pueda existir en el amplísimo pensamiento humano y la eterna búsqueda de la verdad.

Esta última visita —tercera en un solo año— me sorprendió con otro sutil cambio en el pueblo argentino. Me explico. En la primera oportunidad el ánimo popular era de una profunda desazón y desesperanza; la segunda, una tibia expectación con respecto al estrenado gobierno de Néstor Kirchner; y ahora, si bien no desbordaba entusiasmo, muchos desde la izquierda se agruparon alrededor de Kirchner y el pueblo llano despertaba a una nueva oportunidad de esperanza.

El 2004 lo inicié en estrecha relación con Víctor Álvarez, quien nos apoyó mucho en la tarea internacional. En esta oportunidad me invitó a ir, junto al equipo de Judith Valencia, al III Encuentro de Lucha contra el ALCA, que en menor escala que el Foro Social Mundial se convirtió en la cita obligada de los movimientos sociales y de izquierda latinoamericanos. Judith y su equipo estaban destacados en la representación venezolana en las comisiones del ALCA que heredamos de la IV República; tarea titánica de ellos, pues en la representación de nuestro gobierno todavía existían agazapados neoliberales de viejo cuño, que como los girasoles se inclinaban por donde apuntara el Sol, pero que subrepticamente metían de contrabando, aliados a mexicanos y gringos, cláusulas que eventualmente podían comprometer nuestra soberanía.

Cuando llegué a la rampa 4 en el aeropuerto de Maiquetía, lo primero que me pregunta Wilmar es que si yo tenía visa para

entrar a Cuba. Le dije que no, pero que apenas llegara yo resolvía eso. Conforme conmigo, reunió al resto de la delegación y les advirtió que el que no tuviera visa ni se molestara por montarse. Todo el mundo, tanto los que estaban visados como los que no, se hicieron los locos mirando para cualquier lado menos para donde estaba Wilmar. Arribamos a La Habana a eso de las 3:00 pm, hora local, y bajándome del avión a quien veo en la pata de la escalera es al inefable Gerardo, el fantasma del aeropuerto. Bajito le dije: “Gerardo, llegué sin visa”, se le voltearon los ojos y exclamó escandalizado: “¡Solo eso me faltaba!, cómo me haces eso compadre”. Le expliqué que me habían avisado apenas la tarde anterior y por no ser vuelo comercial ni me dio tiempo para ir al consulado; no pude obtener la visa. Suspiró y a lo hecho pecho; tramitó mi ingreso a Cuba. La cosa se complicó cuando diez compañeros de la juventud que había enviado Amílcar Figueroa, de Caracas, tampoco tenían visa. Gerardo me miro con cara de pocos amigos y frunciendo el ceño negoció con las autoridades del aeropuerto su entrada.

Una vez que me instalé en el hotel comencé las tareas. Conseguirle reuniones a Cruz Hernández, viceministro de Comercio; del equipo de Judith Valencia, con los compañeros del movimiento mexicano que le llevaba el seguimiento al ALCA y otros; con Pedro Ross, para el tema del Centro de Investigaciones de la Economía Mundial, y yo para desarrollar nuestra rutina de profundizar los nexos de la FBT.

En el aeropuerto estaba Nancy del Río, hermana de Paul y casi tía mía, pues hace muchos años, en la IV, por la victoria del pueblo salvadoreño nos adoptamos mutuamente. Ella tenía dentro de sus encomiendas recibir a Iris Varela, la entrañable “Fosforito”, y me recibió con un mensaje: “Me mandaron a buscarte y llevarte a una reunión”. Aunque no tenía en el programa esta actividad, no puse problema y al día siguiente cumplí su encargo.

Me llevó a su casa y ahí me esperaba un personaje a quien llamaremos Eduardo, panameño vinculado desde tiempos inmemoriales al general Omar Torrijos, que jugó un papel preponderante después de la invasión, pues como seguridad en tiempos de Noriega le tocó

la horrible misión de negociar la rendición del general. La historia de la invasión a Panamá y la imposición de Guillermo Endara como presidente, juramentado en una base militar, de las muchas que habían en este país, es quizás una de las más ignominiosas y rastreras humillaciones para un pueblo. Eduardo me contó con lujo de detalles cómo fueron las últimas horas de Noriega y su decisión de entregarse. Nostálgico, me dijo que le manifestó al derrocado general que hasta ese momento le había guardado fidelidad absoluta, pero ante la decisión de rendirse se sentía liberado de su juramento, por lo cual a partir de ese momento se separaban sus vidas; salió de la Nunciatura donde estaba asilado junto con el general y negoció con el mando militar gringo las condiciones de su degradante capitulación. Una vez acordados los términos, salió un Noriega derrotado rumbo a su vergonzosa prisión de máxima seguridad en Miami, y como delincuente procesado por narcotráfico. Eduardo, por su parte, regresó a la protección de la Nunciatura y tres días después escapó de ahí en la maleta del carro del nuncio; cuando lo requirieron ya tenía más de una semana en La Habana, de la cual no ha salido desde 1990, aunque mantiene relaciones con la inmensa mayoría de los partidos, gremios y personalidades de Panamá. Hasta Rubén Blades de vez en cuando lo llama para saber de su salud y escuchar los acertados consejos de este experimentado político, militar y hombre de inteligencia. Hablamos de muchas cosas y coincidimos en la necesidad de abrir espacios de relación entre Panamá y Venezuela, recalcando las potencialidades del hijo del general Torrijos, Martín, como una esperanza para su pueblo y una reivindicación histórica a su padre —en lo fundamental— y al pueblo panameño en lo más profundo.

Apenas llegué, busqué a Nicolás Maduro y al Chino Daza para informarles de esta reunión; razonando sobre la pertinencia de intentar hacer esos contactos, me puse inmediatamente a organizar lo que sería nuestra primera visita a Panamá.

Nicolás, Cilia Flores, el Chino José Khan y yo arribamos a Panamá teniendo contacto —a través de Eduardo— con Iván Ruz, un viejo militante del PRD de Torrijos que nos sirvió de guía y edecán en esta

visita. Realizamos varias reuniones con la gente de la Casa Azul, que se destacaba por su solidaridad con los pueblos; amigos indiscutibles de Venezuela y la revolución y, como los peronistas hacían con Perón, estos hermanos panameños veían en Chávez la reencarnación del insigne general Torrijos. También conocimos a varios sindicalistas; contactos que proporcionó Marcela Máspero al Chino. Tuve que atajar la macha calentera que agarró Nicolás cuando se enteró que el dirigente sindical de marras había estado en el comando de campaña del gordo Endara, el mismo que en 1989 se juramentó como presidente de Panamá, protegido por las bayonetas del ejército invasor contra su propio pueblo, que resistió cuanto pudo la bárbara agresión imperialista. Y conocimos otro compañero que desde entonces es, junto a Iván, uno de los más familiares y entrañables amigos que esta andariega vida me ha deparado; me refiero a Alexis Rodríguez Mojica, quien, junto a su esposa Thaís, hizo de nuestra relación con el pueblo panameño una realidad palpable que ha resistido los embates del tiempo y los intentos de romperlas. Como corolario, conocimos a Norma Cano, una insigne luchadora que compensó con creces la tibiera que agarró Nicolás con el sindicalista, pues nos abrió un amplio espacio de contactos con el sindicalismo panameño.

Tres cosas me impactaron profundamente. Primero, Iván nos llevó al sitio donde funcionó el cuartel de los corregimientos en El Chorrillo, pleno centro popular de Panamá. Cuando fuimos, a 15 años de la invasión, todavía se veían los estragos y las cicatrices que dejó el devastador bombardeo a una población indefensa y desarmada, y — como bien apuntara Alexis — pagó cara la osadía de enfrentar la dominación y levantarse en defensa de su soberanía. La segunda fue la visita obligada al Canal de Panamá, imponente obra del talento humano que ha costado muchas vidas; primero en su recuperación después de 100 años, y su panameñidad — si cabe el concepto — en su defensa.

Y tercero, el museo de la Fundación Omar Torrijos en homenaje al general y a la nacionalización del Canal en 1999. Me impactó porque las paredes que adornan el recinto recrean momentos de la firma de los acuerdos Torrijos-Carter, y la profusa presencia en esta

galería de fotos de Carlos Andrés Pérez con el general. Eso me hizo entender por qué ese airecillo de hostilidad y mala cara dentro de los límites que nos prodigaban los encargados de la Fundación. Nos atendieron con toda corrección, pero nos veían como bichos raros. Cuando les pregunté a Iván y a Alexis el porqué de ese frío recibimiento, me explicaron que en mucha gente del PRD se mantenía la simpatía con CAP, quien para ellos no solo acompañó a Torrijos en la recuperación del Canal, sino que cobijó a muchos exiliados luego del asalto estadounidense a Panamá. En parte es verdad, pues en esos aciagos días —exactamente el día anterior a la invasión— arribaba a Venezuela Elizandro Ballesteros, y en menos de veinticuatro horas pasó de diplomático a exiliado. Este embajador, en vez de resistir como un hombre en representación de su pueblo en Venezuela, no aguantó un soplido en la oreja; aunque Noriega no se había rendido, ya este seudodiplomático había renunciado dejando en la estacada a sus compatriotas en Venezuela. Ese mismo señor —por no darle otro calificativo— aparecería a continuación como asesor de la Presidencia de la República, dirigido por Beatrice Rangel, hija ilustre del hasta ese momento respetable intelectual Domingo Alberto Rangel. Posteriormente a Elizandro Ballesteros lo encaminamos para infiltrarlo en Panamá; todavía en algún rincón olvidado de mi casa quedan recuerdos de su estadía entre nosotros.

Nada pudimos resolver en esa oportunidad, pues el cerco al que sometían a Martín Torrijos y a la impronta de su padre, el general, obligaba al PRD y a sus aliados a una prudencia extrema en su camino al poder. Y era comprensible, 135 bancos internacionales, zona franca, puerto y paso interoceánico donde hubo 130 bases militares gringas, en un país más pequeño que el estado Yaracuy, tenía a los principales aparatos de inteligencia siguiendo esa campaña con lupa y todo su tinglado de espionaje. Además, a nosotros nos habían detectado y sospecho que nos montaron nuestro respectivo seguimiento, por lo cual regresamos a Venezuela sin haber cumplido el objetivo más importante que era contactar a Martín Torrijos; pero nos llevamos las colaterales: un cúmulo de contactos y estas amistades que vencen al tiempo.

En febrero se realizó en Venezuela la Cumbre de la OPEP en el teatro Teresa Carreño, y debutó la oposición con una nueva modalidad de protesta: la guarimba, barricadas incendiarias y focos de provocación en distintos puntos de la ciudad de Caracas, y con intentos más tímidos en el interior del país para retar al gobierno a desatar la represión y sabotear la cumbre. Estábamos reunidos en la oficina de Nicolás, cuando entró una llamada de este dándonos instrucciones sobre lo que iba a pasar con la oposición. Primera instrucción: “No se metan, es tarea de los organismos de seguridad”; el cálculo era que no se meterían para los barrios. Segundo: “Retirarse del centro y no aparecer en la calle esa noche”; y tercero —especialmente yo—: “No participar en nada que comprometiera ese plan”.

Siempre respondón, dije que ellos se confinaran en sus focos del este de la ciudad, pero que en Caracas no podíamos aceptar que nos desafiaran. En nuestro terreno no puede ni debe ocurrir absolutamente nada. Efectivamente en varios puntos del este de la ciudad se prendió el bochinche: Prados del Este, Santa Fe, Macaracuay y Chacao. Los hijos de la burguesía se cebaban con sus vecinos en una ebriedad de sangre y odio; en nuestras zonas hubo amagos —en Caricuao y otras zonas— sofocados rápidamente por nuestra gente organizada. Néstor Ovalles se ofreció para llevarme a Macarao, y a Oswaldo Vera a Ruiz Pineda y Macarao. A la altura de la estación del metro habían puesto una barricada y todavía estaban por los alrededores gritando y echando más basura a la candela, pero fueron tan cobardes que cuando frenamos para quitar los obstáculos y dispuestos a lo que fuera, bajándonos del carro en actitud de entrompe, Oswaldo sacó su pistola y apenas lo vieron corrieron como conejos hacia los bloques. Cuando estábamos tratando de apagarlo, llegó una gente nuestra que acababa de derrotarlos en UD-3, UD-4 y La Hacienda. Seguimos camino a mi casa y al llegar veo el contenedor de basura del barrio La Charanga incendiado; cuando alguien trataba de acercarse a apagarlo, desde las sombras le disparaban para amedrentarlo.

Juro por mis hijos que intenté no involucrarme acatando las órdenes de Nicolás, pero, ¿quién puede mirar impávido en

momentos que agreden a nuestra gente? Bajé justo en el instante en que se acercaba a nuestro grupo reunido allí un expolicía de la PM, de los que se alzaron contra Alfredo Peña. Venía armado con una magnum 357 — pistola de gran potencia capaz de parar el motor de un camión —, y apuntando a la oscuridad de La Charanga disparó dos veces. Le advertí: “Dispara para amedrentar, así que al aire”. Inmediatamente los agresores se replegaron en la segunda detonación, lo cual nos permitió organizarnos para repeler cualquier otra maniobra. Les pedí a algunos que buscaran a los bomberos para apagar el contenedor, y al policía que protegiera a los médicos cubanos de Barrio Adentro. Siempre tuve la preocupación de que los disociados, en su histérica operación, utilizaran a los médicos cubanos como objetivo de su agresión por desespero; sin embargo, caigo en cuenta de que al no tener fuerza popular, su margen de maniobra en los barrios era reducida, por lo cual estos podían estar con relativa seguridad. Como en Abril, el barrio protege a los suyos.

Seguíamos en nuestro trajín político. Comienzan las divergencias en la UNT y se deterioran rápidamente las relaciones entre los factores que todavía hacíamos vida como un solo cuerpo en la FBT y la UNT.

En medio de nuestra rutinaria refriega interna, le anunciamos a la CTC que ese 1° de Mayo excusaran a la FBT por no estar presentes en su actividad, pues las tareas que teníamos por delante ocupaban a los principales cuadros de Dirección, entre la celebración del 2° aniversario de la recuperación del poder y la demostración de fuerza que en nuestra propia actividad tendríamos en esta ocasión.

A la medianoche del 27 de abril recibo una llamada urgente de Eduardo Piñate, quien me informaba, todavía asombrado, que los compañeros de la Embajada cubana me buscaban como “palito de romero”, pues me habían designado como orador de orden en el 1° de Mayo en Cuba. Me eché a reír incrédulo y le dije a Eduardo: “Coño, hermano, ¿no crees que es un poco tarde para joder así?”. Y él repetía: “No, vale, es verdad”. Al día siguiente, con muchas dudas, me comunico con los compas y pensando en el gran peo que iba a armar si era mentira y me estaban tomando el pelo. Mi sorpresa

fue mayúscula cuando el compañero Rafael Hidalgo me pide que lleve mi pasaporte a su oficina para visarlo, pues me esperaban al día siguiente en La Habana; confirmando así que yo sería orador de orden por Venezuela en la concentración, y de paso me dio los parabienes por el honor que me dispensaba la Revolución cubana.

Regresé al Incret en El Paraíso y lancé la bomba en medio de la reunión de la UNT. Oswaldo Vera —que lo sabía— atajó cualquier protesta, pues Marcela y Chirino comenzaban a preguntar quién había autorizado eso. Oswaldo interrumpió diciendo que ese no era tema de debate, que era una decisión de los cubanos y cerró la posible discusión. Eduardo me acompañó en esta nueva aventura habanera. Pasaporte en mano y un pequeño bolso con tres mudas salimos rumbo al aeropuerto. En la urgencia no había tiempo para tramitar un boleto, por lo tanto, aprovecharon un espacio en un avión del puente aéreo Cuba-Venezuela, que lleva estudiantes y pacientes de aquí para allá y de allá para acá con regularidad. En ese vuelo iba un contingente de muchachos del frente Francisco de Miranda, personal diplomático cubano y el cadáver de una médica internacionalista que había fallecido en Guárico días antes.

Mientras esperábamos el avión, Eduardo y yo caímos en cuenta de que no habíamos avisado a la CTC confirmando nuestra llegada; que no sabíamos a cuál de los terminales del José Martí llegábamos; pasamos como una hora llamando a Rubén Molina y a Saida Liendo para que ubicaran el teléfono de alguien en Cuba, y yo tratando de recordar el teléfono de la casa de José Miguel y Mayomi. Al fin, agotado, se me fijó un número que me resultó familiar luego de hacer cualquier cantidad de combinaciones mentales. Al filo de la medianoche aterrizó el avión y nos pusimos rumbo a Cuba. La primera parada de este accidentado vuelo fue en el aeropuerto de Holguín, donde bajaría el contingente del Francisco de Miranda. Nosotros aprovechamos para ir al baño del aeropuerto y de paso fumarnos un cigarrillo, y estando en eso se prende un debate en medio de la pista, debajo del ala del avión. Escuchando la algarabía, pudimos despejar que por lo inusual de este vuelo se generó una confusión, toda vez que en condiciones normales el avión

pernoctaba ahí. Pero en esta situación se les presentaban varias interrogantes: ¿Dónde hacíamos la entrada los dos extranjeros, en Holguín o en La Habana?; luego, ¿que cómo era eso que le iban a encasquetar a ese avión una delegación deportiva de la provincia?, que nadie les había comunicado esto.

En ese momento nos enteramos que tanto el personal de la embajada como nosotros teníamos la categoría de “paquete diplomático”, y montar a esos muchachos violaba la seguridad del paquete. Eduardo, que es de una chispa humorística muy creativa, viendo como yo desde lejos, pero enterados por los gestos y voces altas cómo estaba ese debate, empieza a joder y me dice: “Verga, Jacobo, yo he visto debates de todo tipo en mi vida y en las condiciones más inverosímiles, pero en mi vida había visto este espectáculo en una pista de aterrizaje. Mira, mira, el capitán debe ser el vocero del Partido, la aeromoza debe ser de la Federación de Mujeres Cubanas; ese que manotea allí, por la pinta, debe ser el de la CTC; y el de más allá, el miliciano; y el de por acá, el Poder Popular”. Como hora y media estuvimos varados en el aeropuerto de Holguín, hasta que los órganos del Poder Popular, el partido y los de masas se lograron poner de acuerdo. Hicimos inmigración ahí mismo, regresamos al avión; acto seguido, se montó la muchachada que iba para La Habana a sus juegos deportivos.

Amaneciendo llegamos a la última terminal aeroportuaria que me faltaba conocer en el Internacional José Martí: la número 5, que es bastante lejos en la carretera a Wajay. Mientras Eduardo esperaba las maletas, salí a ver dónde conseguía un teléfono para llamar al “Migue” y reportar nuestra llegada para que nos fueran a buscar. En la taquilla de información le expliqué al compañero nuestra situación y le pedí un teléfono; él me señaló un teléfono público y rebuscando en su bolsillo me regaló una peseta de 20 centavos para hacer mi llamada. Cuando me dirigía a buscar la maleta, ya venía Eduardo arreando nuestras pequeñas petacas. Marqué con duda el número y comenzó a timbrar; en segundos escucho con alivio un soñoliento “oigo”; era Mayomi y por su voz sentí que la había despertado. Le pregunté por Migue y me dijo que acababa de salir

a comprar cigarrillos, pero regresaba en unos minutos. Por joder, muy serio le digo: "Mira, llamo para notificarles que no llegamos". Eduardo empieza a reírse, tapándose la boca para que no escuchara la amiga, pero con lo que dije terminó de despabilarse; ella me dice que no puede ser, que qué le dirían al Comandante si ya habían confirmado que íbamos. Así, iba hablando cada vez más angustiada y cada vez más despierta, hasta que me apiadé de ella y le dije, ya sin reprimir mi propia carcajada: "Bueno, Mayomi, si no nos vienen a buscar al aeropuerto es obvio que no llegamos". Mayomi lanzó un grito y me dedicó una batería de insultos dignos de un marinero, y riéndose a más no poder me dijo que esperaríamos que en cualquier momento nos recogerían. Le advertí en cuál terminal estábamos y nos dedicamos a esperar, no teníamos otro remedio. Como a las dos horas escucho por los parlantes: "Compañero Jacobo, compañero Jacobo, por favor". Estábamos desayunando y cuando me levantaba llegó un compañero y preguntó a grito pelado si ahí estaba un tal Jacobo; alcé la mano creyendo esperanzado que habían llegado a buscarnos y solo era una llamada para mí. Por lo menos se sabía que habíamos llegado. Era José Miguel para decirme que no desesperara, que ya venía a buscarnos la compañera Gilda Chacón, la única disponible con carro en ese momento.

Después del mediodía llegó Gilda y nos llevó al hotel de la CTC en el Reparto San Agustín. Nos bañamos y cuando íbamos a almorzar subió Leonel González a darnos la bienvenida y a explicarnos cómo sería el desarrollo del evento, cuál sería el centro de atención este 1° de Mayo y a corroborar algunas cosas. Lo más apreciable radicó en cómo fui designado para hablar en el acto de la Plaza de la Revolución. Resulta que en sus preparativos, el Comandante Fidel solicitó a Pedro Ross y a la Dirección de la CTC que ese año tenía que haber un venezolano en el acto, y propuso a Nicolás Maduro. Ellos explicaron que intentaron varias veces comunicarse con él y no podían afirmar que llegaría. Luego salió el nombre del Chino Khan, con el mismo resultado. Fidel reiteró la necesidad de que un venezolano hablara ese 1° de Mayo. Leonel, luego de un rato, le dijo al Comandante que había un compañero

venezolano, amigo de Cuba, revolucionario, Coordinador Nacional de la FBT. Sospecho que el Comandante pidió mi expediente, porque inmediatamente dio su visto bueno para iniciar mi odisea para llegar. Acto seguido, recalcó la orientación de Fidel y Pedro Ross de privilegiar y estrechar los lazos de la CTC con la FBT, fue la primera vez que la Dirección Cubana alertó —con la sutileza que los caracteriza— de las andanzas de Marcela Máspero y Orlando Chirino, y la desconfianza que ambos personajes les inspiraban. Nosotros respondimos y responderemos siempre a esa confianza que tanto la Dirección cubana como la venezolana han depositado en nuestras fuerzas bolivarianas. Me llamó la atención —y así se lo hice saber a Leonel— que teníamos claras las diferencias que se marcaban entre esos compañeros y nosotros en método, discurso y práctica política, pero todavía no las veíamos como insalvables.

Sin saberlo, Leonel dio una alerta que no percibimos: Chirino, Marcela y otros personajes, en la Conferencia de la OIT en Ginebra, firmaron un pacto para quebrar a la Fuerza Bolivariana de Trabajadores y alzarse con la dirección del movimiento, con el respaldo de alguna instancia oficial para tratar de aislarnos del gobierno, y con sus “padrinos” mal ponernos con el comandante Chávez. Este pacto explicaría su conducta en un futuro no muy lejano.

En cuanto al acto y mi intervención, Leonel me instruyó en que escribiera un discurso no más largo de 10 minutos y lo preparara para el día siguiente. El hotel “Puesta del Sol” estaba de bote en bote, *full* de delegados, invitados, turistas, curiosos y militantes. Los actos del 1° de Mayo en Cuba atraen anualmente a muchos extranjeros, por lo tanto, los hoteles estaban a reventar ese 29 de abril. Nos instalamos a comer y al concluir, armados de papel, lápiz y una botella de ron, sentados en el barcito del hotel nos pusimos a la labor —con tres manos y media, pues por mi atrofia no da para cuatro— de redactar el discurso utilizando la técnica de Salomón Susi, mi profesor de oratoria en 1985; escribí entonces las palabras que pronunciaría posteriormente. Eduardo siempre me dice que mis escritos se dan un aire “garciamarquiano” y creo que es verdad: soy un admirador casi

fanático de este escritor que dicen que es colombiano, pero para mí es universalmente compatriota; se parece a nuestra tierra.

Ya teníamos redactado el discurso y frasco y medio de ron entre pecho y espalda, cuando llegó José Miguel todavía riéndose de mi pesada broma matutina, y avisándome que Mayomi me esperaba para regañarme por el susto que les había pegado. Sin embargo, se vengaron de mí los compañeros: Migue no venía solo a saludar, venía a buscarme para llevarme a mi alojamiento oficial esos días, para El Laguito; esa prisión de lujo con la que los cubanos agasajan a sus invitados especiales. Digo prisión de lujo porque ahí alojan a las personalidades de Estado que tienen el honor de ser huéspedes ilustres de la revolución. Pataleé, discutí, manoteé para que me dejaran quedarme entre los amigos en el hotelito, pero no existía ninguna posibilidad de escaparme de mi condena protocolar. Resignado ante lo estricto del protocolo cubano, recogí mis bártulos y como un reo seguí a José Miguel al carro que me llevaría a mi prisión. Mi último acto desesperado fue solicitar que Piñate me acompañara; nada, iba solo a mi condena de lujo. No quiero que se entienda que soy desagradecido por las abrumadoras atenciones de que era objeto; se trata de ese complejo que a veces me embarga de no sentirme y mucho menos crearme una personalidad importante, y me resulta incómodo saber que hay alrededor de 10 personas solo para atender mis caprichos y necesidades. Es para mí muy exagerado tanto protocolo; siendo simplemente un revolucionario no veo para qué tanta atención; soy del pueblo, por lo tanto, me es más cómodo y me sentía a mis anchas en la CTC. Instalado en mi habitación en El Laguito, comenzaron a llegar los otros invitados al acto de ese año: Juan José Guerrero, activista de la Colonia Latina de Los Ángeles; José Braulio García, del poderoso y combativo Sindicato de Electricistas Mexicanos; y nuestra antigua amiga Gloria la Riva, de la izquierda estadounidense y militante de la solidaridad con Cuba; Rafael Alegría, hondureño dirigente de la Vía Campesina y la CLOC. Su compañía atenuó mi soledad y entre rones y charla aprovechamos para revisar colectivamente nuestros respectivos discursos. Estando entretenidos en esto, nos interrumpe Leonel

para informarnos que debíamos reducir el discurso a no más de 5 minutos. Manifiesto que me dieron ganas de matarlo; estaba tan bueno e hilvanado el discurso, que mocharlo era casi un crimen de guerra, pero ni modo: a recortar el escrito. Gloria se ofreció a ayudarme a rebajarlo y en lo que dura una botella de ron amputamos mi libérrimo discurso. Bebí no tanto por embriaguez, sino para mitigar la mutilación.

El 30 de abril nos la pasamos de un lado para otro en actividades y eventos vísperas del 1° de Mayo, y recalamos en el tradicional acto de condecoraciones, reconocimientos y gran comilona. Esta vez, apenas terminó el acto protocolar, me introdujeron en el famoso reservado. Nos retiramos temprano; no como en años anteriores que al terminar la actividad protocolar nos llevaban a la fiesta de los internacionales en el Club Náutico, porque a las cinco de la mañana nos conducirían a la Plaza de la Revolución.

A medida que nos acercábamos a la Plaza me iba aumentando el nerviosismo. Es verdad que he hablado para enormes multitudes, como en mayo del 2002 cuando moderé un evento que sobrepasó el millón de personas, pero era en mi patio —por decirlo así—; en cambio, en esta oportunidad estaría frente a Fidel y al pueblo cubano; menuda cosa si pifiaba en mi intervención. ¡Cómo hubiera dado cualquier cosa para disponer de un tranquilizador roncito en este trance, para mí, histórico! A lo lejos vi a Eduardo, quien con la gente de la Escuela me saludaba en medio del griterío de los panas cubanos e internacionales, que me felicitaban de antemano por el privilegio que me habían conferido. A más de uno escuché gritándome: “¡Jacobito, estás en alza!”. Y Eduardo: “¡Dale duro, Jacobito!”.

En esta oportunidad no estaría en la área de los invitados internacionales, sino en una área destinada a nosotros los oradores, al lado del podio. Como siempre acostumbran en Cuba, a la hora programada —ni un minuto más ni uno menos— comenzó el gran acto de celebración del 1° de Mayo en ciudad de La Habana. Parece una señal del destino, pero otra vez me tocó en suerte cerrar el bloque de intervenciones internacionales antes de que hablara Fidel. El acto lo abrió Pedro Ross en su condición de secretario general de la

Central de Trabajadores de Cuba; le siguió Juan José Gutiérrez, de Labor Exchange de Estados Unidos; luego el compañero José Braulio García, de México; a continuación nuestro cordial amigo Rafael Alegría, de Honduras; y me anuncian: “Con ustedes, de la Fuerza Bolivariana de Trabajadores de Venezuela, el compañero... Jacobo Torres de León”. El presentador era nada más ni nada menos que el compañero que prestó su imagen para los casetes de la Misión Robinson, quien trabaja en la televisión cubana. Medio temblando me planté en el podio, y mientras acomodaba los papeles en el atril enfoqué mi mirada en esa inmensísima multitud. Al mirar al frente veo a Fidel, a Raúl, a Juan Almeida y al resto del Buró Político; al comandante Ramiro Valdez, a quien he admirado desde siempre. Mi nerviosismo creció; no es cualquier cosa tener al frente de la tribuna a la plana mayor de la Revolución cubana y a todos los comandantes de la Sierra Maestra, con vida, atentamente esperando que yo leyera mi discurso. Con el riesgo de la distorsión de la memoria, no haré explicaciones largas para lo que se explica a la luz de la reseña de la prensa cubana de la época. Así lo publicó el diario *Granma*:

Jacobo Torres, coordinador de la Fuerza Bolivariana de Trabajadores de Venezuela, en acto central por el Primero de Mayo, celebrado en la Plaza de la Revolución José Martí.

Jacobo Torres, coordinador de la Fuerza Bolivariana de Venezuela, llevó un mensaje de solidaridad a la Revolución cubana en nombre de sus compatriotas venezolanos, y afirmó que el imperialismo está escandalizado por las muy estrechas relaciones entre la Revolución cubana y la Bolivariana. Venezuela comienza a transitar ese camino largamente recorrido por Cuba en estos 45 años. Hoy somos socios incómodos para el imperio y es bueno que se sepa que el principal intercambio comercial de Venezuela es con Estados Unidos; que Venezuela surte alrededor del 30 por ciento del combustible que consume el pueblo norteamericano. Pero somos incómodos porque decidimos devolvernos la identidad soberana que ellos, a través del neoliberalismo, y su expresión, el ALCA, intentaron arrebatarlos en nuestra patria.

Y añadió:

Y siguiendo el camino de revoluciones como esta, decidimos que en Venezuela se acabará el analfabetismo; y que la salud, la educación y la calidad de vida, sean derechos del pueblo y no privilegios de la oligarquía.

El dirigente expresó que están llevando adelante la Misión Barrio Adentro, donde alrededor de 12 mil médicos cubanos están brindando salud a aproximadamente once millones de venezolanos, que por primera vez gozan del derecho a tener salud gratuita en su patria, gracias a la ayuda desinteresada de la Revolución cubana.

Jacobo Torres dijo que, precisamente por eso, en el día de hoy la administración Bush lanza la "ley para la transición democrática en Cuba", porque mientras existan revoluciones como la cubana o la bolivariana, serán un peligro para los objetivos coloniales norteamericanos.

Finalmente, el dirigente bolivariano dijo que los trabajadores y el pueblo de Venezuela, que desalojaron en 48 horas el fascismo en el poder en el 2002, sabrán hacer honor al legado de Bolívar, al de Martí y a los miles de héroes anónimos que han ofrendado su vida por la liberación nacional y la independencia: "Para ustedes, compatriotas de Cuba, siempre ha sido 'Patria o Muerte'. Para nosotros, los revolucionarios venezolanos, es 'Con la razón y la fuerza, venceremos'.

Estaba eufórico con mi intervención. La multitud enardecida aplaudió y agitó sus banderas en señal de reconocimiento a mis palabras de aliento y apoyo a Cuba, y mi reconocimiento a los esfuerzos realizados por la hermana revolución para ayudar a la mía.

Fidel tuvo —para variar— una brillantísima intervención que versó fundamentalmente en el resumen histórico de los últimos años, y el demoledor ataque y contundente denuncia a la "Ley de Transición Cubana" de la administración Bush. Hago mención especial a que el Comandante, volteando para donde estaba yo sentado, señaló que le agradecía "al hermano venezolano por su generosa

intervención al hablar de los esfuerzos de Barrio Adentro". Leonel, desde lejos, me hizo la señal de la victoria. Continúa Fidel y vuelve a mencionar mi intervención, diciendo: "Como dijo el hermano venezolano: mientras Cuba y Venezuela existan, serán el ejemplo de dignidad y superación que el capitalismo ha negado a los pueblos"; y los compañeros me palmoteaban admirados y felicitándome, y así varias más. Hasta que Leonel no se aguanta y se acerca y me dice: "Me debes por los menos dos botellas de *whisky*. ¡Estás en alza, caballo!".

Una vez que termina el Comandante, se acercó a nosotros y me dio un abrazo bastante fuerte, y riéndose comienza a darme palmaditas en la barriga, expresándome: "¡Oyeee, pero qué recio te lleva la revolución! Te ves saludable. Mira, yo, los hijos de puta del imperio me están matando hace tiempo, pero qué va, estoy entero". Después de los saludos y de retirarse el comandante en Jefe Fidel Castro, luego de pasar los nervios y el primer impacto, caí en cuenta de que este humilde y mal hablado gordo había sido, esa mañana del 1° de mayo de 2004, el primer venezolano en toda la historia que ha hablado en la Plaza de la Revolución, y que igualmente trascendental tuve la enormísima distinción de tener en mi apoteosis a toda la Dirección histórica de la Revolución cubana. En años anteriores el comandante Raúl Castro presidía los actos en Santiago de Cuba, el comandante Juan Almeida Bosque lo hacía en Villa Clara, el comandante Ramiro Valdez en el centro del país, y Fidel hacía lo propio en La Habana. Y creo, sin ánimos de echonería, que esa fue la última vez que ocurrió esa convergencia de los históricos. Años después moriría el comandante Almeida y Fidel se retiró del ejercicio efectivo del poder.

Eduardo Piñate, desde ese instante, no se cansó de mamar gallo y joder. Que no iba a dormir en un año y pobrecito él que tendría que calarse la ladilla de recordar a cada rato mi intervención en Cuba.

Como siempre la noticia discordante que no falta. Fui a la embajada antes de pasar a la siguiente actividad, para llamar a mi familia y a mis compañeros, y para saber cómo había estado en Venezuela el 1° de Mayo. Antes de hacer mis llamadas, la asistente del embajador

—Adán Chávez en esos días— no me felicitó por la intervención, ni siquiera le picó curiosidad por saber cómo habíamos llegado a tener ese privilegio. Más bien me reclamó que no era política del gobierno de Venezuela dar cifras públicas de los alcances del convenio Cuba-Venezuela, que quién me había autorizado para hablar de los médicos cubanos en Venezuela, y así; tratando la pobre de demostrar una superioridad jerárquica que no sé dé donde le salió. Me encogí de hombros y con mi mejor diplomacia, ya que no me iba a empañar molestándome, me limité a responderle —con el asentimiento de Piñate— que quién le había dicho a ella que yo estaba en la Plaza de la Revolución a nombre del Gobierno; que no se olvidara, niña, que era coordinador de la Fuerza Bolivariana de Trabajadores y, por lo tanto, decía lo que tuviera a bien decir. Si molestaba lo que había dicho, que me desmintiera. Al parecer se dio cuenta de que había metido la pata hasta el cuello, porque sin decir más nos facilitó un teléfono, muy solícita, y nos llevó café con su mejor sonrisa; eso sí, pero ni por el carajo se disculpó por su exabrupto.

Aproveché para contactar al hermano panameño y darle cuenta de nuestra fracasada misión en su país. Él justificó lo ocurrido aduciendo lo que ya dije: que las condiciones de la candidatura de Torrijos y la injerencia directa de los gringos hacían más difícil establecer esos mecanismos de relación directa. Cualquier vínculo Chávez-Torrijos podría implicar el bloqueo a Martín en su ruta a la presidencia. En mi presencia realizó dos llamadas a Panamá y montamos una nueva planificación.

También me reuní con José Miguel para hacer el repaso de nuestro trabajo de relaciones internacionales, y por su sugerencia me invitaron a la Cumbre de los Pueblos de Europa y América Latina que se llevaría a cabo en Guadalajara, México, en el mes de julio. José Miguel me insistió mucho en la importancia de este evento y la necesidad de establecer relaciones con las organizaciones presentes y con la Alianza Social Continental, de la cual Cuba formaba parte.

Dos días después del glorioso 1° de Mayo le pedí a Leonel que me devolviera al hotelito, casi rogándole que me levantara el

castigo; aproveché el carro que me habían asignado para ir a visitar a gente amiga, entre ellos a Rita y a Sierra, y dar unas vueltas por La Habana. El día 3 en la madrugada, José Miguel nos llevó al aeropuerto para tomar un vuelo que devolvía a Venezuela un nuevo contingente del Frente Francisco de Miranda. Nos despedimos con los últimos chistes sobre mi intervención: que podría dormir, que había crecido un par de centímetros, y otras de esa especie. Se retiran nuestros anfitriones y a los pocos minutos escuchamos que nos llaman por los altavoces: “¡Compañero Jacobo Torres, compañero Eduardo Piñate, acercarse a la puerta de embarque!”. Le comenté a Eduardo: “Coño, nos van a hacer entrar de primeros”, y para nuestra sorpresa, con una angelical sonrisa, la responsable del vuelo nos quita el pase de abordar y, sin más, nos dice que no vamos en este vuelo. Lo que pasó es que para montarnos a nosotros habían sacado a dos muchachos. Es de imaginarse nuestro desconcierto al tener que entregar nuestros pases a las cuatro de la mañana; ya José Miguel en su casa roncando y nosotros varados en el aeropuerto. Los encargados de la UJC nos retornaron al hotelito, y con toda la pena del mundo llamar al vecino de José Miguel, pues el milagro teléfono de nuestra llegada estaba descompuesto. De una voz, estropajosa del sueño, escucho un susurrante “oigo”. Y se despertó abruptamente cuando le explicaba que nos habían dejado en tierra.

Echando sapos, pestes y culebras, apareció el amigo en la mañana y estuvimos sin movernos del hotel por la incertidumbre de nuestra partida. Sin embargo, esa misma tarde y con celo casi policial nos llevó a otra terminal; hasta que no abordamos el avión no se retiró, y pidiendo todas las disculpas del mundo nos vio partir aliviado.

Cumplida la tarea una vez más, al avión. Pasé mis informes correspondientes al canciller Jesús Pérez, de quien era asesor; a Nicolás lo de Panamá, y a Oswaldo le informamos lo conversado con los compañeros de la CTC, reiterando no darle mucha cuerda a esto, pues correspondía a una visión de los amigos.

Mientras tanto, la situación dentro de la FBT y la UNT estaban en plena ebullición. La primera crisis estalla cuando cae en nuestras

manos una carta dirigida a la OIT, firmada por Manuel Cova, de la CTV y sus corifeos de Codesa y CGT; Orlando Chirino, de la UNT; y el negro Paiva, de la CUTV.

Desde las elecciones sindicales del 2001 teníamos un acuerdo, tanto en la FBT como en la UNT, de no suscribir ningún tipo de acuerdo con la reacción y enfrentarla en todos los terrenos. En el caso de Paiva no me importaba, pues ha sido la errática política de los camaradas desde que me acuerdo. En el caso de Chirino representaba doble traición, ya que en su condición de dirigente nacional de la Fuerza había violentado un acuerdo unánime de la Dirección: como Coordinador de la UNT, había suscrito un documento en su nombre sin siquiera una mínima consulta con su Coordinación Nacional. Chirino, eludiendo el debate, solo arguyó la autonomía sindical como base para firmar el documento que acusaba directamente al Gobierno Bolivariano de intervenir en los asuntos sindicales. Sería el primero de muchos episodios que en un tiempo no muy lejano nos llevaría a la ruptura definitiva.

La oposición se lanzó a la tarea de utilizar un mecanismo constitucional para tratar de sacar al Comandante. Se dedicó, derrotadas sus guarimbas, a tratar de conseguir las firmas necesarias para invocar el referendo revocatorio. No imagina nadie lo macabro de esta gente, que habla de democracia pero no cree en ella, habla de derechos humanos y son sanguinarios, hablan de caridad cristiana y son crueles con sus prójimos. Para recolectar estas firmas recurrieron a mecanismos dignos de las películas de terror. No solamente apelaron a la vieja práctica de poner a firmar a los muertos, sino que hubo denuncias de que acudían a hospitales y morgues a registrar huellas dactilares de enfermos y muertos.

Nosotros enfrentamos esta irregularidad de los escuálidos, denunciando y movilizándolo a nuestros compañeros. El día que presentaron sus firmas en el CNE, un grupo acompañado por gente del MVR y la alianza en Caracas tomamos la Plaza Caracas, para fijar posición sobre la gigantesca estafa que perpetraba la oposición para lograr su objetivo refrendario. Como nunca falta alguien así, un grupito no identificado intentó incendiar los depósitos del

diario *El Nacional* y provocar disturbios en el centro de la ciudad. Como coincidieron ambos sucesos, nuestros detractores —como José Albornoz— nos acusaron a la FBT ya mí de ser los desestabilizadores. Esa noche el Presidente nos reivindicó; cuando convocó la cadena para fijar posición, agradeció a quienes habían alertado sobre el inmenso fraude opositor. Con esa socarrona sonrisita que pone cuando tiene todos los ases en la mano, felicitó burlonamente a los escuálidos por el esfuerzo democrático de tratar de recolectar las firmas necesarias, y por entrar en ese carrila ver si dejaban las agendas golpistas y fascistoides que tenían desde el 2001. Ya muy serio, le aceptó el reto a los “frijolitos” y que la cita sería en agosto. Rememoró a Zamora —cosa que le choca a la oligarquía— y dijo, para culminar la cadena y canturreando “Florentino y el diablo”: “Nos vemos en Santa Inés”.

Para la Cumbre Iberoamericana de Guadalajara se movilizó una cantidad grande de personas. En el aeropuerto me tropecé con compañeros de la comitiva oficial venezolana y periodistas amigos que iban a cubrir el macro evento. Al llegar al Benito Juárez hay un engorroso trámite; llegas a inmigración y luego es que sales al vuelo que te corresponda. Llegué a mi taquilla y me despedí de Ricardo Durán, quien antes de llegar a Guadalajara haría un trabajo especial para VTV en la capital; al entregar mi pasaporte, la funcionaria lo vio, lo volteó, pasó página por página y comparaba la foto del documento conmigo, hasta que me dijo muy respetuosa en perfecto mexicano: “Espérese tantito”; me sentí en la locación de una película de los años 50 con ese cantadito. Regresó con otro funcionario que repitió la misma operación y también dijo su “espérese tantito”. A todas estas, los demás viajeros me veían con curiosidad, de reojo, y con mucho disimulo los observaba cuchichear y señalarme; pensé: nada, capaz que creen que acaban de atrapar un narcotraficante. Más que preocuparme comencé a enojarme por tan absurda situación. Unos minutos más tarde llega otro tipo acompañado del funcionario y otra vez la misma operación de revisar el pasaporte, chequear la foto, analizar los sellos de entrada y salida, hasta que

por fin me preguntó: “¿Por qué usted ha estado tanto en Cuba?”. No podía creer lo que escuchaba y con cara de confuso le repregunté:

—¿Perdón? —repitió la pregunta, y casi fuera de mis casillas, tratando de tragarme este absurdo, le dije:

—Yo como me equivoqué de país. ¿Esto es Ciudad de México o ciudad de La Habana?

—Pos sí, es México.

—Entonces, ¿por qué me pregunta por Cuba, si esto es México? Mire, esta es mi primera visita a este país, voy a Guadalajara y si no se apura perderé mi conexión. Si tiene algún problema mi pasaporte o yo, dígalos. He estado en Cuba muchas veces y estaré seguramente muchas más.

El personaje me sonrió algo apenado, ordenó que me sellaran la entrada y seguí al otro extremo del aeropuerto para continuar viaje a mi destino. Pero no salí liso; caminando por el pasillo detecté a dos personajes que, con mal disimulo, me siguieron hasta que me monté en el avión. Por puro joder los paseé por todas las tiendas del terminal nacional, y cuando abordaba me giré haciendo un gesto de despedida, les grité: “¡Muchachos, gracias por su compañía, hasta luego!”.

Pisando tierra, llegué al hotel y me estaba esperando Héctor de la Cueva, compañero de esos de la vida militante, vinculado a los zapatistas, que viene de una pasantía trotskista en sus años mozos y, como tantos otros, se refugió en la construcción de los movimientos sociales en los años 90. La Red Mexicana contra el Libre Comercio-Remalc en el marco de la Cumbre de la Unión Europea con América Latina había organizado la Cumbre de los Pueblos, y se fundó el movimiento Enlazando Alternativas, que impulsó la articulación entre ambos continentes.

En mi debut, por cortesía de Gonzalo Berrón hablé en el foro de la Alianza Social Continental en la universidad. Ahí aproveché, en una apretada síntesis, para hablar de la realidad venezolana y hacer la denuncia de los recién descubiertos paramilitares en la finca Daktari en El Hatillo, en Caracas. Se generó una polémica en este foro porque un compañero franco-mexicano, en representación de

los europeos alabó a Venezuela y criticó a Cuba. José Miguel, que no tiene tamaño para su carácter, en su intervención hizo una magistral defensa de su revolución y estableció algo que nos ha identificado desde siempre: Cuba es Cuba y Venezuela es Venezuela.

Como siempre, en un acto de demostración de fuerzas, las organizaciones presentes en este tipo de cumbres realiza una marcha que culmina en los alrededores de donde se reúnen los mandatarios. La noche anterior nos reunimos con los anfitriones mexicanos para enterarnos de la ruta, consignas y ubicación de la delegación internacional. Yo, pensando en nuestras marchas en tiempos de la IV, sugerí que diéramos un paseo por la ruta para saber los puntos peligrosos, vías de escape, etc. Evo Morales, que todavía no era presidente, como si me conociera de toda la vida me saludó con mucho afecto e intercambiamos impresiones de la marcha y demás. No me hicieron caso, así que marchamos en blanco sin conocer la ruta.

Arrancó muy bien, bastante nutrida, bien combativa y mucha gente. Pude advertir que en cada país existen los grupitos ultrosos —allá los llaman GAD (Grupos de Acción Directa)—, que desde el inicio amenazaban con entrompar con la policía que custodiaba la manifestación. Al principio, junto con Evo caminamos en primera fila, pero a medida que avanzábamos se fue disgregando el grupo. A mitad de camino iba con Isaac Rudnik, el amigo Yuyo, de Barrios de Pie en Argentina, y José Miguel. A media marcha, poco a poco se tensaban las cosas, había electricidad en el ambiente. Gritos, consignas, carreritas y todos los ingredientes de una marcha bien organizada, hasta que sonó una detonación. Por experiencia (y obesidad) no soy de los que corre en las primeras de cambio, sino que busco arrimarme a una pared y desde ahí evaluar los acontecimientos; así que intuyendo eso, cuando sonó el estruendo volteé a decirles a Yuyo y a Migue que no corrieran. Le hablé al aire: ambos corrieron como alma que lleva el diablo, sin esperar ni medir nada. Yuyo —aunque lo niega— siendo cojo le sacó como dos cuadas de ventaja a José Miguel, y a mí me dejaron botado. Resulta que un carro pistoneó y eso provocó una estampida con ribetes de pánico entre la muchedumbre que marchaba. Cuando los alcancé, ahogado

en mis propias carcajadas les expliqué lo ocurrido y les advertí que correr, a pesar de las marcas olímpicas de Yuyo, era más peligroso que pegarse a una pared y esperar que pasara la confusión. El Migue, con aspavientos, protestó mis extrañas teorías de seguridad y que él no iba a esperar por una bala o una bomba.

Se recompuso la ida y llegamos sin novedad al final del recorrido. Fugazmente pudimos ver a de la Cueva en medio del forcejeo, casi en la barrera de seguridad que separaba nuestra concentración de los espacios de la cumbre oficial. Los GAD en ese momento arremetieron contra la barrera con todo: palos, piedras, patadas; aunque Héctor trataba de calmar los ánimos, resultaban infructuosos sus intentos. En ese momento Yuyo se me perdió de vista y agarre a José Miguel por un brazo y le dije: “Creo, hermanito, que llegó el momento de retirarnos; si nos agarran en este berenjenal, bien bellos que van a quedar los titulares de mañana: gentes de Cuba y Venezuela capturados en intento de sabotear la cumbre”. Salimos por el lado menos congestionado y nos dirigimos hasta su hotel para descansar y ver, a resguardo, el desenlace, luego de tomar café nos instalamos en su habitación a ver televisión. Caí en cuenta de que José Miguel no tiene este tipo de experiencias de enfrentamientos con fuerzas del orden; ni de las acciones de la ultrazquierda, que es capaz de echar a perder cualquier acción, aduciendo que lo revolucionario es saquear y joder independientemente de quien esté en la actividad. Verlo era comiquísimo; en perfecto habanero, con un asombro sin disimulo me decía: “¡Mira, pa’ eso! ¡Esos tipos están locos! ¡Oye como le dan a los policías!”.

La cosa finalizó en desastre; cuando el contingente llegó a la concentración, la policía lo encerró en un feroz cerco y esa fue la señal: comenzó a escupir fuego y represión, golpeando y deteniendo a diestra y siniestra. Vi cosas increíbles: un zanquero, ya fuera de su papel, llevaba arrastrados a varios detenidos; los uniformados repartieron palo y peinilla a su gusto y lanzaron una razia de terror. Resultados de la gloriosa Marcha de la Cumbre de los Pueblos: alrededor de 400 presos —todavía hasta 2009 estaban soltando los últimos—, 83 extranjeros detenidos y deportados la

misma noche, incluido un joven estadounidense residiendo en Cuba, que solicitó su salida hacia Cuba o cualquier otro país, y en su ensañamiento lo deportaron a Estados Unidos donde también estuvo preso un tiempo.

En la noche llegamos donde funcionaba la organización y pudimos conocer el tamaño del impacto. Evo Morales recién aparecía con una tranquilidad contagiosa. Caras largas y preocupación en el aire, hasta que llegaron Gonzalo Berrón y Héctor de la Cueva y narraron con pelos y detalles las peripecias, desde que comenzó la plomazón en el centro de Guadalajara. Estoy convencido de que existe un guión común en este tipo de conductas: quebrachos en Argentina, GAD en México y Bandera Roja en Venezuela, son factores cuya misión ha sido siempre infiltrar los movimientos y acciones para hacer todo el daño posible a la iniciativa popular, facilitando para los organismos dominantes los actos de provocación que justifican la represión contra el pueblo.

De este viaje quedé incorporado a la Alianza Social Continental y a Enlazando Alternativas, ambas redes de redes en América y Europa que convergen para articular la lucha contra el ALCA y los TLC.

Dejé la Coordinación General de la FBT que estaba ejerciendo desde el 2002, para dedicarme a la Coordinación Política Internacional de mi organización. Dedicado al tema internacional y habiendo asumido la representación de la FBT en estas organizaciones, planteé entregar la Coordinación a Oswaldo Vera para poder concentrarme en esta tarea, que es muy exigente en tiempo y atención.

Mi último acto en la Coordinación General fue la traída de observadores internacionales al “referendo revocatorio” que se realizó en agosto de 2005: Gonzalo Berrón, por Brasil; Alexis Rodríguez y Carlos Lee, por Panamá; José “Cuero” Roselli, Mara Curuchet y Fabiana Arencibia, de Brasil; Modesto Guerrero, que vino como corresponsal de Argenpress, y no recuerdo quiénes más estuvieron conmigo el día de la votación, dando vueltas por Caracas, viendo el proceso y reportando a sus países. Los repartí para distintas zonas

de Caracas, para que vieran cómo se desarrolla una jornada electoral en nuestro país.

Bastante impresionados quedaron mis invitados por la capacidad de movilización de nuestro pueblo, y las peripecias que se presentan en jornadas tan memorables como esta. A un grupo de ellos los llevé a mi zona en Las Adjuntas de Macarao. Nohelia, como ha sido costumbre siempre, era la encargada de logística de nuestro aparato electoral local, por lo tanto, los llevé a recorrer los principales centros del sector y a comer a mi casa. Muy optimistas por lo que veían, Gonzalo el brasileño y Alexis el panameño comentaban entusiastas lo que habían visto hasta esa hora. Después del almuerzo nos disponíamos a seguir visitando centros, cuando presenciamos frente a la casa la salida de un entierro malandro. Para ellos era inimaginable esta particular forma de duelo, con la cual los lumpen de nuestro país manifiestan el duelo por sus muertos. Decenas de motorizados, portando coronas y flores, daban vueltas alrededor del carro fúnebre, haciendo disparos al aire y con la música que le gustaba al fallecido —que generalmente es salsa de la Fania All Stars—. Alexis, que estaba a un lado de este tumulto, observaba con respeto, asombro y algo de temor esta manifestación funeraria única en el mundo.

Siguiendo nuestro recorrido, todavía impactados por las imágenes del cortejo malandro, envié a Alexis en un carro hacia el este y le pedí a Gonzalo que me acompañara a votar, pues el proceso de votación generalmente cerraba a las cuatro y eran las tres cuando salimos de Macarao. Llegamos a El Paraíso y entregándole mi bolso le dije que me esperara. Gonzalo se sorprendió por el peso; no le había comunicado su contenido y antes de irme le enseñé la pistola que cargaba para protegerlos, en caso de una desagradable eventualidad con los escuálidos. No sin nervios aceptó custodiar mi paquete, por lo tanto, llamé a Meroe que vive cerca del centro de votación y lo dejé ahí mientras hacía lo mío. Luego nos dirigimos a Vive TV para comentar las elecciones y que Gonzalo contara sus impresiones del referendo.

Gonzalo era importante, pues fue junto con Rafael Freire y muchos otros compañeros quienes lanzaron la campaña internacional “Si yo fuera venezolano votaría por Chávez”, que estremeció a buena parte de América Latina y en especial al movimiento de trabajadores, porque Freire y Gonzalo promovieron una carta de la mesa directiva de la CUT apoyando a Chávez y a la Revolución Bolivariana; con la consecuente molestia de la CTV y sus aliados en el mundo, que airados protestaron esta misiva avalada, además, por Víctor Báez, sustituto de Luis Anderson al frente de la Orit-Ciosl. Manuel Cova, airado, no se cansó de acusar de traición a la CUT y al secretario general de la Orit-Ciosl, por apoyar la ratificación de nuestro comandante Chávez en el poder.

Gonzalo echó su cuento en VIVE y cuando salimos del canal entró una llamada de Haiman el Troudi desde Miraflores, donde me anunciaba que los resultados eran contundentes; que Chávez era ratificado por paliza, pero que se esperaban reacciones negativas de los observadores y de la coordinadora de la oposición. El expresidente de Estados Unidos, Jimmy Carter, estaba en camino hacia Miraflores y esperábamos por eso. Le dije que había que sacar a la gente a la calle, pues la única manera —más allá de votos— era la movilización popular. Llamé a Eduardo Piñate —que estaba en el Incret en una sala de observación que teníamos allí— y le comuniqué lo que ocurría, con la orientación de llamar a todo el país a salir a la calle a celebrar nuestra victoria, a pesar de no existir cómputos oficiales del CNE a esa hora. Una nota desagradable fue que en ese sitio estaban unos observadores de Argentina, Miguel Solanch y creo que Vilma Ripoll, argumentando que si Carter y el expresidente colombiano Gaviria estaban reconociendo el triunfo de Chávez, significaba que este había negociado con ellos. Modesto Guerrero, quien los escuchó, les espetó su desagrado y falta de visión política; sobretodo, su estupidez por anteponer sus prejuicios a la realidad concreta de Venezuela.

Por cierto, Modesto pudo conjurar un complot que desde el exterior se tejía contra el referéndum. La oposición, consciente ya de su derrota, había preparado un guión con CNN y los canales opositores

criollos para cantar fraude. Modesto me llamó y me preguntó por los resultados; le dije que más del 60%, en una votación sin precedentes, ratificaba a Chávez en la Presidencia de la República. Él, como corresponsal de Argenpress, lanzó una nota periodística por Internet al mundo entero, dando la primicia con los resultados que yo le había suministrado. El presidente de Argenpress, antes de poner a circular la noticia, quiso confirmar si era fidedigna; contundentemente, Modesto lo atajó replicando que era totalmente cierto y que la gente ya se estaba movilizandohacia el palacio presidencial a celebrar. Corroborada la noticia, Argenpress lanzó a los cuatro vientos el indiscutible triunfo del comandante Hugo Chávez, y gracias a esta audacia de Modesto Emilio Guerrero se pudo conjurar una maniobra que podía poner en entredicho el resultado del referéndum presidencial.

Avanzamos hacia el Palacio para esperar al resto de compañeros visitantes, y cuando cruzamos la esquina de Carmelitas, Gonzalo, maravillado, veía los preparativos del pueblo en los alrededores. Por las calles aledañas se observaban afanados los infaltables vendedores de cerveza, agua, refrescos, souvenirs, enormes planchas con carbón para asar carne, música, mucha música para esperar el anuncio oficial rodeando a nuestro comandante. Vale decir que mi llamada a Piñate fue para reafirmar un hecho: ya el pueblo, como en el 2002, estaba en la calle para saborear su incontrovertible victoria. A las seis de la mañana dejé a nuestros invitados exhaustos en su hotel, para que descansaran un poco de tan extraordinario día.

En el 2005 nuevamente fui a Porto Alegre a cumplir el mismo periplo de Brasil, Uruguay y Argentina, con la variante que en esta oportunidad, de común acuerdo con cubanos y brasileños de la CUT y el PT, coordinamos la Carpa de Solidaridad Cuba-Venezuela, donde abrimos una ventana al mundo a través de talleres, charlas y conferencias sobre la realidad venezolana.

Desde noviembre Gustavo Codas, paraguayo de la CUT de Brasil; José Miguel Hernández, por la CTC, y yo por la FBT, montamos la carpa en el V Foro Social Mundial. En ella levantamos una programación alterna entre Cuba y Venezuela.

Su montaje fue de lo más complicado, pues diversos factores intentaron cabalgar nuestro esfuerzo para sus oscuros intereses personales; otros, porque definitivamente nunca entendieron la dinámica, el lenguaje de los movimientos sociales, por lo cual atropellaban desde sus respectivas actividades a los organizadores. En mi humilde opinión, esta Carpa de Solidaridad Cuba-Venezuela marcó un hito en los anales de los FSM. De día charlas, foros, seminarios, conferencias, reuniones, contactos desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde, con un sol que raja piedras en el verano sureño. Un sinfín de personas y grupos desfilaban por nuestro sitio; a partir de esa hora grupos musicales de Cuba y Venezuela amenizaban las noches del Foro hasta la madrugada. Siempre he dicho que el éxito de una actividad se puede medir por la presencia de vendedores ambulantes, y en esta particularmente los buhoneros comenzaban a instalarse a media tarde a vender sus chucherías; así uno —sin tener que caminar mucho— podía “agenciarse” un “cachorro quente” (perro caliente, en cristiano) y un vasito de cachaza o cerveza helada.

En el mismo Foro, Gustavo Codas, Magdalena y Oswaldo León; Emilio Tadei, de la Clacso, y otros compañeros, proponen en nombre del Consejo Hemisférico del FSM y la Secretaría de América —que detenta Magdalena— la realización del VI Foro Social Mundial en Caracas el año siguiente. Consulté con nuestros forólogos: el profesor Edgardo Lander, Judith Valencia; Nicia Maldonado, del Movimiento Indígena venezolano; Braulio Álvarez, del Movimiento Campesino; y mi adlátere, Eduardo Piñate, de la FBT. Todos se entusiasmaron con la propuesta y en la siguiente reunión del CH, en una tienda frente a la nuestra, asumimos la aceptación de tamaña tarea. Apenas comunicamos nuestra decisión se armó la grande. Un venezolano, cuyo nombre me reservo, tenía tiempo negociando con los padrotes del FSM un foro temático, anodino y pobretón para embolsillarse unos dólares, y cuando yo anuncio el VI Foro en Caracas le tumbé su gran negociación; y los gurús del FSM, enquistados en su Consejo Internacional, se resistieron a que Caracas se convirtiera en su sede y opusieron toda su influencia para evitarlo.

Después de la reunión de aceptación propusimos convocar una rueda de prensa para anunciarlo, pero como la mayoría de las organizaciones brasileñas se oponían fieramente por el viraje tan a la izquierda que significaba llevarlo a Venezuela, hablé con Gonzalo Berrón y estuvo de acuerdo en convocarla. Segundos más tarde Gustavo Codas me llamó para paralizar la rueda, aduciendo que era toda una negociación y que no abortáramos su posibilidad. Dejé la cosa así y continué con mi rutina Cuba-Venezuela. Emilio, Edgardo, Magdalena León y un personaje que aparece por primera vez en esta historia, Joel Suárez, comenzaron a meter presión para visualizar nuestra decisión de realizar el Foro en Caracas. Entonces monté un programa con los amigos de Vive TV y realizamos un especial “Intercambio con los Trabajadores”, para hablar del FSM y anunciarle a Venezuela que seríamos la sede en el 2006. Marcela Escribano, la amiga canadiense, Gonzalo Berrón, Carlitos González —el tico del Foro Mesoamericano— y yo, preparamos el primer programa que hablaría de esta novedad. Todavía resuena como un eco el final del programa cuando, cerrando, Berrón dice: “Adiós vacaciones este año; todos al Foro de Caracas”, con el sonsonetico argentino de fondo.

El último día del Foro echamos el resto en nuestra carpa. No más debates, foros o conferencias; desde las tres de la tarde buhoneros de todo tipo y gente de todo el territorio, FSM se dio cita en nuestro sitio para una fastuosa despedida. Yo me preparaba con José Ramón Rivero y una delegación de petroleros y empresas básicas para continuar viaje a Uruguay y Argentina, como ya era costumbre, para cubrir los países del sur dentro de la gira de la FBT. Estando en esos preparativos recibo una llamada de Edgardo, para que me fuera a su hotel a buscar el pase para el acto con Chávez en el Gigantiño, un estadio con capacidad para 50 mil personas que se vistió de gala para recibir a nuestro Comandante en Jefe.

En esta oportunidad, los amigos Luciana Genro, Roberto Robaina, Pedro Fuentes y su grupo se habían separado del PT, fundando el PSOL para enfrentar a Lula por la izquierda. Por esta razón quedaron fuera del acto, por más intentos de Eduardo Piñate

y míos por incluirlos, ya que el Movimiento sin Tierra y el PT tenían el control absoluto del acto. Hasta nosotros quedábamos fuera por las malas influencias del frustrado personaje a quien le tumbé su negocio; metió a quien le dio la gana. Gracias a Edgardo pude ingresar al acto; cuando pasé los controles de seguridad me dirigí al grupo del Consejo Hemisférico y me dijeron que tenía un derecho de palabra para que, en presencia del Comandante Chávez y con todo el CH, le anunciara al mundo la realización del VI Foro Social Mundial en Venezuela en enero de 2006.

Esperé mi turno y la compañera Maisa Mendoza me hizo señas para que me acercara. En ese instante, llamando la atención del público presente en un espacio lleno a reventar, anuncia: “El Consejo Hemisférico del FSM tiene algo importante que decir y el compañero Jacobo, de Venezuela, se los comunicará”, y me entregó el micrófono. Haciendo un paneo con la vista por todo el estadio y volteando hacia donde estaba Chávez, levanté la voz y dejando un compás de silencio anuncié: “Por decisión del Consejo Hemisférico del Foro Social Mundial, Venezuela ha sido propuesta como sede del VI Foro Social Mundial”. El rugido de la multitud estalló en aplausos; Chávez perdió la compostura y brincó de su silla como un resorte, aplaudiendo emocionado. Dejé que se aplacara la gritería y a continuación dije: “En nombre de la Fuerza Bolivariana de Trabajadores, la Coordinadora Campesina Ezequiel Zamora, el Consejo Indígena de Venezuela, la Unión Nacional de Trabajadores, y en nombre de nuestro pueblo, con orgullo y satisfacción aceptamos realizar el VI FSM en Caracas”. Me volteé hacia la tarima, donde el Comandante todavía aplaudía con ganas, y viendo a los organizadores les expresé mi eterno agradecimiento por la confianza depositada en los movimientos venezolanos, y por el recibimiento y la atención al Comandante en Jefe de la Revolución Bolivariana. Otra nutrida y ensordecedora ovación acompañó mi despedida del acto, pues en poco tiempo salía para Montevideo y no podía quedarme hasta el final.

Llegué a la carpa, que estaba en pleno jolgorio, y narré mi intervención en el Gigantiño y sobre las caras de nuestros actuales

adversarios y futuros detractores. Confieso que no cabía en mi cuero de la emoción que me embargaba y por la satisfacción de poner mi contribución a mi revolución, pues la realización de un evento de esas magnitudes reforzaría a Venezuela en el mapa político y ayudaría a la campaña electoral de reelección presidencial en el 2006.

En Montevideo llevé a mi delegación a visitar a la sede del histórico MLN-Tupamaro, donde Rubén González y Tato López me presentaron a Julio Marenales, líder tupamaro que compartió roles con el Pepe Mujica y Raúl Sendic. Toda una experiencia esta entrevista; pudimos hablar con soltura de la política uruguaya, del Frente Amplio, y de su propia historia. Los “tupas” dictaron cátedra en los años 70 y contribuyeron al ideario de la revolución, con su irreverente forma de hacerla. La inmensa mayoría de las experiencias armadas de los años setenta y ochenta tenía un perfil rural. Las pautas marcadas por la Revolución cubana marcaron este período de la historia revolucionaria en Centroamérica, Bolivia, Venezuela, Colombia, Perú, Ecuador; hasta en Argentina se intentaron establecer campamentos guerrilleros con el ERP y FAL-Che, ambos de origen peronista. Los tupamaros irrumpieron con un estilo urbano de la clandestinidad, que terminó rompiendo los esquemas manejados hasta esos momentos. Ellos, y creo que el MIR chileno, en una correcta interpretación de su realidad objetiva, con genialidad aplicaron métodos de lucha inéditos. Por ahí conservo el manual del guerrillero urbano editado en mimeógrafo por los chilenos.

Todavía veo con admiración a Marenales y a Rubén cuando explicaron la famosa fuga de la cárcel de La Carreta, con una maqueta que preside el salón donde nos reunimos, y los fusiles y escopetas que desenterraron luego de muchos años y que hoy orgullosamente adornan las paredes de su sede.

La primera tarea al llegar a Venezuela fue anunciarle muy solemnemente a la Dirección de la FBT la realización del VI FSM en Caracas. Oswaldo me miró de hito en hito y me dijo que si yo no sabía del trabajo que significaba eso; que si no había medido el peo en el que estaría absorbido los siguientes meses, y que en definitiva

había sido un craso error aceptar traer esa actividad para acá. Y yo, pensando que me la estaba comiendo, me entraron dudas de lo que decidimos en Porto Alegre unos días antes. Eduardo y Rafael Chacón me acompañaron en la decisión, mientras Oswaldo, Néstor y otros compañeros la cuestionaron. José Ramón y los de Guayana también apoyaron la decisión. Claro, no era momento de echar para atrás cuando, delante de miles de personas en Porto Alegre y cientos de miles que siguieron el acto con Chávez por TV, hice mi entusiasta anuncio. Hasta México y Guatemala llegó esa transmisión.

El segundo paso fue reunirme con Alí Rodríguez para formalizar el anuncio. Esta reunión en Cancillería fue muy importante; de la apreciación de Alí dependería el respaldo del gobierno y fundamentalmente del Comandante en Jefe, no tanto como presidente sino como líder de un proceso que en los meses siguientes sería objeto de atención del mundo entero. Con Alí hice todo el análisis de posibilidades tanto de infraestructura para las actividades, como su impacto internacional y las connotaciones políticas que tendría para Venezuela y los movimientos sociales venezolanos. Terminada la reunión salgo a llevar una encomienda de Alí para el Presidente en Miraflores, y cuando me despide en la puerta venía entrando un personaje de esos que marcaron una época: Ahmed Ben Bela, líder de la independencia argelina, que le dispensaba una visita al Canciller. Ben Bela me estrechó la mano y me saludo muy cordial. Mientras caminaba al Palacio, fui pensando en este hombre que condujo a un pueblo a su liberación del colonialismo francés. El hombre de la Batalla de Argel, inmortalizada por el cine francés. Sentí sin rubor el privilegio de estar viviendo estos tiempos que están “estrechando al mundo”.

Si bien el Foro Social Mundial desde su fundación en el 2001 se ha constituido en referencia para la lucha social, hay sectores que vienen cuestionando su vigencia, pues lo ven como espectáculo anual para verse las caras; lo comparan desde el movimiento social y político como las cumbres presidenciales, que de tanto en tanto reúne a los mandatarios pero que no definen absolutamente nada. Con esa apreciación, Alí me preguntó si valía la pena lanzarse

este enorme esfuerzo financiero y humano. Sin titubeos le respondí que por supuesto. Primero, porque eso nos serviría para catapultar la imagen de Venezuela y la revolución en el mundo. Segundo, nos daba la posibilidad de estimular un debate superior en ese mundo altermundista, más allá de la resistencia; en mi opinión, el pase a la ofensiva popular que arrancó en nuestro país y que se estaba posicionando en el mundo. Tercero, estimularía la organización social en Venezuela, pues como en este país todo es atípico, si bien es cierto que aquí existían organizaciones sociales antes de la llegada de la revolución, no es menos cierto que estas eran muy débiles, locales y con pocos vínculos internacionales; a diferencia de otros países —como ya comenté— que convirtieron los movimientos sociales en mecanismos de refugio y resistencia frente a la debacle de la izquierda a finales del siglo XX. Lo más importante: la inmensa labor pedagógica de preparar a nuestra gente para recibir a esas delegaciones internacionales, tratando de ejercer la tolerancia y la capacidad para asimilar las diversas culturas y sus manifestaciones en nuestro país. Al decir del profesor Edgardo Lander, tuvimos el privilegio de conocer el mundo entero sin salir de Caracas. Aprobada por el gobierno la tarea, comenzó nuestro vía crucis por el mundo venciendo resistencias y ganando adeptos a nuestra cruzada política.

Un argumento a vencer era que íbamos a “chavetizar” el foro, que no podía depender de un gobierno. Los oráculos del FSM convocaron al Comité Internacional del Foro en Holanda, razón por la cual, en mi condición de Coordinador en Venezuela, entré a formar parte de su estructura internacional. Como había manifestado nuestra ignorancia de prácticas, lenguajes y métodos, le pedí a Gustavo Codas que me instruyera. A tal efecto, antes de partir a Holanda arribé a Sao Paulo, en plena Semana Santa. No había nadie; todo el mundo de veraneo. En Venezuela pasaba igual; no había nadie que me acompañara a la reunión internacional. A última hora hablé con el camarada Pedro Penso, vinculado a la Canez (Coordinadora Agraria Nacional Ezequiel Zamora) en esos días, y lo saqué de Barquisimeto para que me acompañara en este

viaje, poniendo proa al maravilloso mundo del Foro Social Mundial. Gustavo, con paciencia china, se dedicó tres días a enseñarnos lo que nos esperaba en la reunión del CI y las resistencias a Caracas, los posibles aliados y los que harían lo imposible por tumbarnos. De Sao Paulo salimos rumbo a Ámsterdam.

El vuelo desde Brasil es muy largo; si desde Caracas son nueve horas, desde Sao Paulo son alrededor de catorce. Hace escala en París y aquí tuve mi debut europeo. Otra vez decir mi primer viaje a Europa, con un inglés de “rompa el vidrio en caso de emergencia” y arranque a hablar, y un francés de cuarto año de bachillerato que no me daba ni para pedir un café. Como no teníamos que bajar del avión, cuando este aterrizó en París me acomodé en el asiento que quedaba para mí solo y descabezar un sueñito antes de continuar viaje. De pronto entró un tipo de inmigración, fue directamente a mi asiento y me pidió en perfecto español:

—Su pasaporte, por favor — medio dormido se lo entregué como rutina de viaje, pero me entraron sospechas cuando me pregunta qué iba a hacer yo en Madrid.

Le dije:

—¿Perdón? Yo voy para Ámsterdam.

—Pero, ¿qué va a hacer en España? —volvió a preguntar.

—Eso creo que no es su problema —riposté a mi vez—. Y revisando el pasaporte me pregunta:

—¿Usted es el ministro? —porque viajaba con un pasaporte de servicio que dice “asesor del Ministro”.

Ahí me enfurecí, y arrebatándole el documento le dije:

—Si lo habla, lo lee. ¿Usted me ve cara de ministro? No respondo nada más hasta que no venga un funcionario de mi embajada, ¡falta de respeto!

Este tipo me dio una palmadita en la espalda y me dijo: *Bon voyage* y se retiró. Penso, que estaba unas butacas más allá, saliendo de su propio susto me comunicó que se dio cuenta que no tocaron a nadie más, y ya recompuesto, echándome vaina, me dijo que la cara que tenía yo en medio del infame interrogatorio era intimidante y a la vez grotesca. Le respondí: “Gordo, con 14 horas encima, cansado y

trasnochado, ¿calarme que me traten como delincuente? ¡No joda!”. El resto del viaje no pude volver a conciliar el sueño. Por fin aterrizamos en Ámsterdam, y aquí también el abuso del coloniaje. Nos dejaron alrededor de dos horas retenidos en el aeropuerto Schiphol, mientras decidían si nos daban ingreso o no. Sentí eso que se lee o se ve en TV y no se cree: somos “sudacas”, escoria latinoamericana que se puede tratar como ganado y maltratarla. Cuando se rebosaba mi paciencia y me dirigía a reclamar en la taquilla de inmigración, hecho un energúmeno, el funcionario selló los pasaportes e ingresamos a Holanda. Volteé buscando algún cartelito con mi nombre y nada. Me angustié, pues estábamos muy escasos de recursos y se suponía que la embajada estaría esperándonos para darnos los viáticos, y llevarnos al hotel donde estaríamos alojados con los compañeros del CI.

Cancillería había establecido un mecanismo para evitar un tipo de corrupción muy de moda en la diplomacia rosa de la IV, que consistía en inventar viajes, tramitar los viáticos y el boleto y embolsillarse los dólares. Para contrarrestarla, uno recibía el dinero en el país de destino. Juntamos nuestros “churupitos” y entre Pedro y yo teníamos 500 dólares que debíamos convertir en euros; al hacer el cambio nos quedamos con 250 euros, lo cual significó: 60 del taxi hasta el hotel y 180 por dos días de habitación; 10 euros para el resto de la jornada si no aparecía el embajador. Menos mal que los organizadores de la reunión cubrían nuestra alimentación; en consecuencia, una vez instalados en el hotel nos dieron la dirección donde estaba comiendo nuestra gente. A primera hora fuimos al sitio de la reunión, nos recibió Britt Brenan, una entrañable compañera irlandesa que dirige el TNI (Transnational Institute) y que para mi fortuna habla español; gracias a su diligencia pudimos contactar al embajador, que no estaba en Ámsterdam sino en La Haya. Cuando logré hablar con él, me dijo que estuvo casi dos horas esperándonos y al creer que no habíamos llegado se retiró a sus cosas. Pérez Celis se llama este buen amigo, que inmediatamente mandó a un chofer de la embajada a llevarnos nuestra mesada viajera. Calmado por haber resuelto lo del dinero de nuestra estadía, pude concentrarme en la tarea.

Frente al local del TNI está el Museo de Vincent Van Gogh; de iluso pensé que me escaparía unos minutos para ver los cuadros que conocí en bachillerato y su biografía que leí como a los 12 años. Esa gente no dio tregua en su afán por abortar el Foro de Caracas. La conferencia comenzaba a las nueve de la mañana —el museo abría a las diez— y culminaba a las siete de la noche —el museo cerraba a las seis—. Total cuatro días; y para no permitir que me jodieran, suspiraba por entrar al bendito museo; solo era cruzar la calle, pero primero la tarea. Es una de las frustraciones de mi vida. He admirado a Van Gogh toda mi vida y teniendo su obra en mis narices, contentarme con un folletito del museo que tenía Britt en su oficina.

Pasamos el primer *round* más o menos ilesos; dejé a Magdalena León, a Emilio Tadei y a Joel Suárez al frente de la artillería, y con Penso me convertí en el pelotón de reserva de esta refriega. Gustavo intentaba equilibrar posiciones para no fracturar el Consejo del FSM. Al quinto día salimos rumbo a Utrecht, la cuna del calvinismo protestante; nos alojaron en una abadía luterana muy sobria en su arquitectura, contrastante con el boato católico al que estamos acostumbrados. Ahí, formalmente se decidiría el destino del VI Foro Social Mundial.

En Utrecht se dio inicio a la reunión del Consejo Internacional del FSM. Una pléyade de personalidades apareció en los días que estuvimos ahí: el francés Bernard Cassen, adlátere de Ignacio Ramonet, del movimiento *Attac* y *Le Monde Diplomatic*; Chico Whitaker y Cándido Gribowsky, brasileños de la Asociación Brasileña de ONG-Abong; Éric Toussaint, el dirigente belga del movimiento contra la deuda externa, y un sinnúmero de dioses menores de este olimpo altermundista, en contraste con la representante de la Fundación Ford y otras agencias internacionales que, a punta de dinero, mediatizan las organizaciones sociales. Luego de la apertura se repartieron las mesas de trabajo y envié a Pedro Penso a la financiera; yo me concentré en la política. Al rato salgo del recinto a fumar con otros compañeros y veo que viene Pedro hecho una furia; le pregunté qué le pasaba y me dijo: “Sácame de esa puta mesa; no hablo inglés, no tengo quien me traduzca y hablan, me señalan y se cuchichean”. Le respondí: “Cálatela, hermano. Exige que te pongan

traductor o que hablen español". Al final del día, yendo a la cena, se me acerca Penso y me consulta qué hacer al día siguiente y con una noticia extraña: parte de la mofa de esta gente era que, cuando por fin se dignaron hablar en español, fue para decirle despectivamente que si el VI Foro se iba a realizar en Venezuela, suponían que Chávez lo financiaría. La respuesta había que darla contundentemente: no queríamos ni un centavo de dólar de agencias de financiamiento, cuyos recursos eran de dudosa procedencia, y que nos bastábamos para realizar nuestro VI FSM sin tener que recurrir a ellos; que muchas gracias y que guardaran sus reales, como para no tener que decirles que agarraran su financiamiento y se lo... Estando en esas, con un habano en la comisura de los labios, seguido por un séquito, se acercó a nosotros Bernard Cassen y muy efusivo, para envidia de sus corifeos, me dio un fuerte abrazo y me preguntó si yo era Jacobo; al responderle afirmativamente, me dijo que tanto Chávez como Alí me habían recomendado ampliamente. Apenas Cassen dijo eso, corrió como pólvora por los asistentes la buena pro de Cassen y Ramonet, así que nos vieron de manera distinta, con más respeto y menos prejuicios. Sin embargo, la refriega continuaba.

Llegó el día crucial de este cónclave; se decidiría el FSM. Whitaker y sus aliados europeos pusieron todas sus esperanzas en otras latitudes más maleables, más controlables por ellos para contraponerlos a los irreverentes latinos e impedir que nos alzáramos con el FSM en Caracas. Abrió la reunión Gustavo Codas, quien moderaba este punto de la agenda, y Chico informa que acababa de llegar la compañera de Marruecos con la respuesta sobre la posible realización del FSM en el Magreb. Apenas se sentó le dieron la palabra; ella, con muchísima pena, informó que el rey Mohamed VI simplemente había prohibido realizar el foro en su país. Para ella era muy delicado hablar de eso, pues las leyes de Marruecos son tan draconianas que si algún marroquí osa decir algo que incomode al monarca, puede ser detenido al aterrizar en su país. Se dieron muchas deliberaciones y al final del día a Whitaker se le ocurre la brillantísima idea: nombrar una comisión

del CI para que fuera a Marruecos a hablar con el rey. Ahí estallé; me había calado todo el bendito día los ataques a nuestro foro cara-queño, para tener que escuchar semejante exabrupto de quienes se suponía eran las mentes más lúcidas del mundo. Gustavo, que moderaba, atajó mi intento de hablar diciendo que ya era muy tarde y que dejáramos para el día siguiente mi intervención. Aunque traté de hablar, estaba claro que en ese momento no sería; la gente como un resorte se ponía de pie para ir a cenar y la única concesión que hizo Codas fue decir que la primera intervención del día siguiente sería la mía. Con todo y eso, exigí una reunión de la delegación latinoamericana y del Consejo Hemisférico, para aclarar bien si apoyaban o no la realización del evento en Caracas.

Con los cubanos aprendí hace mucho tiempo la lección de llevar algo para compartir con la gente en los eventos en los que se participa; ellos siempre se presentan con unos tabacos y ron cubano y lo comparten con sus interlocutores. Pedro y yo habíamos llevado alrededor de 12 botellas de ron Gran Reserva y esa noche, reunidos los latinoamericanos, repartimos ron a granel para todos. Mientras yo atendía la reunión, Penso se puso a distribuir vasitos y ron a los congregados allí; mientras Gustavo Codas se enfrentaba a los gurús del bloque brasileño, Joel, Magdalena, Emilio Tadei y yo nos aprestábamos a dar la batalla entre los otros latinoamericanos. Primero volqué toda mi arrechera en un emotivo discursito que expresaba mi indignación por la falta de respeto hacia Venezuela y hacia el Comandante Chávez. Me interrumpió Antonio Martín, brasileño del grupo de Chico, afirmando que hasta ahora yo no había manifestado las intenciones de Venezuela y que persistían las dudas en cuanto al marcado chavismo que envolvía al evento en Caracas; Gina Vargas, una peruana de las agencias, manifestó que pretendíamos partidizar el foro. Respondí, tratando de controlar la indignación que me embargaba, que solo pensarlo era una ofensa y les recordé que Venezuela no había solicitado hacer ese Foro, que ante una petición del CH habíamos aceptado realizarlo. Mis epítetos más duros los reservé para la mañana. La gran conclusión de esa noche era la unanimidad con Venezuela; eso sí, se acostaron medio

ebrios luego de la catarata de ron que prolijamente les suministraba Pedro Penso, camarero de lujo en semejante forcejeo. Antonio Martín, cuando probó el ron, exclamó extasiado: “¡Jacobo, qué bon ron!”. A lo que, pescándola en el aire, le dije: “Imagínate, Antonio, los que te vas a beber en Caracas el próximo enero. Paralelamente, Gustavo daba su pelea encerrado con Whitaker, Gribowsky y otros de Abong, y sabiendo lo del ron me pidió que le diera para serenar los ánimos en su reunión.

Inmediatamente desayunamos, se recompuso la plenaria y hablaría yo para iniciarla. Con antelación, Gustavo me abordó para decirme lo pactado; se realizaría el foro en Caracas, pero simultáneamente se realizarían otros dos: uno en Bamako, Malí, y el otro en Karachi, Pakistán. Cuando él mismo me cedió la palabra, Joel se retiró de la asamblea. Comencé sin atropellos, sosegado y con suficiente ánimo para no poner la torta con una indiscreción, pues la maraña de intriguitas e hipocresía rondaba por el recinto y una metida de pata traería graves consecuencias. Inicié reconociendo las bondades del Foro como espacio de articulación de los movimientos sociales, que obstinadamente han resistido los embates del neoliberalismo y el capitalismo salvaje, y su importante contribución a mantener la esperanza y la movilización social en el mundo. Pero también se debía reconocer que los tiempos han cambiado; hoy los pueblos han despertado y se están dotando de gobiernos progresistas o revolucionarios, dependiendo de quién y dónde lo digan; consecuentemente, el foro en Caracas ayudaría a este esfuerzo que complementa la emblemática consigna “Otro mundo es posible”. Segundo, mirando directamente a Chico Whitaker, agregué que no alcanzaba a comprender cómo negaban a Venezuela la posibilidad de realizar el VI Foro Social Mundial, pero eran capaces de proponer una comisión para hablar con el sátrapa marroquí. Mirando a la compañera Leila, le dije que no era nada en contra de ella, que para mí era una imperdonable y grosera ofensa comparar situaciones y realidades, pero que me gustaría saber a cuántos pueblos ha sojuzgado mi gobierno como hace el de Marruecos con los saharauis, cuántos perseguidos políticos había en Venezuela y cuál represión

como sistemáticamente hace Mohamed VI. Que si sería posible, a menos que en Venezuela proclamáramos la monarquía, coronáramos al Presidente como Hugo I, y que este negara el foro para que el Consejo Internacional nombrara una comisión para convencer a mi soberano de las bondades del FSM; y por último, les espeté que desde mi llegada a Holanda, hacía ocho días, escuchaba cómo descalificaban a Chávez, a la revolución, y sobre las exigencias de garantías que el Gobierno Bolivariano no secuestraría ese espacio de los movimientos sociales.

Mi indignación creció, pero con los restos de calma que me quedaban, sin estridencia, senté posición: que era un insulto al intelecto pensar que la Revolución Bolivariana necesitaba la excusa del foro para ganar simpatías y solidaridad para nuestro proceso; que nuestra fortaleza estriba en que tenemos —después de Cuba— una revolución en marcha, y que, en mi caso, jamás había ocultado mis simpatías y mi compromiso militante con Chávez y la revolución; que no acostumbramos los revolucionarios venezolanos a tener dobles discursos, por lo tanto, nadie podía sentirse engañado por quienes asumimos el compromiso de sacar adelante esta actividad. Y reiteraré, por enésima vez, que les recordaba que el posible foro en Venezuela había salido de una propuesta del Consejo Hemisférico de América, y no era petición nuestra; repitiendo también, por enésima vez, que en representación de las organizaciones sociales venezolanas había aceptado el desafío.

Whitaker y sus aliados, después de mi intervención y presionado por Toussaint y Cassen, dio su brazo a torcer. Sin embargo, no salimos ilesos de esta confrontación. La variante que nos aplicaron fue partir el FSM en tres partes, y con el espejismo de mantener la iniciativa unitaria lo bautizaron como policéntrico; es decir, Caracas sería uno —pues no les quedaba más remedio—, el de Karachi, en Pakistán, y el de Bamako, Malí. Pero se dieron un culatazo. Aminata Tagore, representante de Malí en este Consejo Internacional, al enterarse de las condiciones para realizar el foro africano, comenzó muy enojada a reclamar que ella era amiga de Chávez y Venezuela y que quería estar en el Foro de Caracas, por lo cual el fulano policéntrico de

Bamako sería realizado antes del nuestro porque querían estar. Así que la cosa les salió mal: Bamako del 19 al 23 de enero, Caracas del 24 al 29 de enero, y el de Karachi del 24 al 29 de marzo de 2006. La expresión de estos compañeros del CI fueron poéticas; no pudieron impedir el foro en Venezuela y enredaron a otros compañeros del mundo en sus argucias. Salimos de Holanda con la decisión en la mano y el entusiasmo desbordado. Caracas se aprestaba a llevar adelante, por primera vez, una empresa de lo más difícil: congregar en nuestro territorio lo más activo del movimiento social de todo el mundo, estando claro —y así lo hice saber en Utrecht— que un foro en Venezuela nunca podría —ni era nuestra intención— competir con el FSM de Porto Alegre, que llegó ese año a 180.000. En Venezuela no teníamos cálculo para medir la convocatoria y las posibles llegadas.

Cabe una opinión de estos escenarios internacionales y de movimientos. Ya he dicho que el FSM es una enorme congregación de organizaciones y movimientos, que van desde los partidos políticos —generalmente de izquierda—, hasta adoradores de la luna a quienes tuve la oportunidad de ver en Porto Alegre. En nuestro país, al ser poca la tradición de movilización, se transformaba en todo un reto reunir a factores tan disímiles en nuestro territorio.

En Utrecht, sin querer, pudimos develar uno de los planes de Marcela Máspero y Chirino, cuando Julio Roberto, de la CMT, y Estévez, de la Ciosl, muy risueños se me acercan para conversar; me puse en guardia, pues es conocido que estas organizaciones y personas han sido los eternos aliados de la CTV. Entonces, Estévez me dice que han estado en contacto con Marcela y me consulta la posibilidad de que ellos pudieran tener una reunión con el presidente Chávez, y de ñapa me pregunta cómo va el tema de las elecciones en la UNT. No salía de mi asombro, pues que yo supiera no se había planteado el tema electoral toda vez que era nuestro consenso que sobre la elección del presidente en el 2006 no habría nada que distrajera los esfuerzos. En Utrecht eran las seis de la tarde, así que me di el gustazo de despertar a media dirección de la FBT para preguntar si sabían sobre este temita. A las 2 am (hora

de Caracas) llamé a Eduardo Piñate, a Oswaldo Vera y a Rafael Chacón para cerciorarme que nadie había consultado en la UNT este tema electoral, por lo tanto, me tocó desmentirle a Estévez y a Julio Roberto ningún acuerdo en ese sentido. Esa fue una de las primeras alertas sobre el pacto trotskista-copeyano, adelantado por Orlando Chirino y Marcela Máspero en detrimento de la unidad sindical en Venezuela. El hecho de develarlos nos permitió enfren-
tarlos contundentemente en un futuro no muy lejano.

Regresé por Madrid y gracias a un afectuoso amigo, Moncho Gordils, oficial de nuestro consulado en esta ciudad, realicé mis primeras reuniones con el Foro Español y las organizaciones locales.

Una situación jocosa que me ocurrió fue que, producto de la experiencia en el aeropuerto de París y en el de Holanda, a medida que el avión se acercaba a España me iba indisponiendo, pensando que en Madrid pasaría por las mismas peripecias de la ida. Mientras esperaba mi maleta, elucubraba en lo que me esperaba cuando saliera hacia migración. Rescaté mi equipaje y me dispuse para la confrontación, recordando siempre lo que significa ser “sudaca” en Europa. Avanzaba lento, siguiendo la gente y las indicaciones, hasta que vi una puerta eléctrica donde imaginé que sería mi enfrentamiento. Respiré profundo y a paso apurado, como embistiendo, fui hacia esa puerta corrediza. Cuál sería mi sorpresa cuando se abrió la dichosa puerta y esperando topar con los funcionarios, me encontré en medio de la calle y un cartelito con mi nombre y el compañero que me esperaba para llevarme a la ciudad. Volteé atónito, a un lado y al otro, y reconozco que me quede con las ganas de entrompar con las autoridades del aeropuerto.

Madrid para mí era un sueño hecho realidad; allí vivió mi madre en los años 50 y siempre me habló con nostalgia y cariño de esta ciudad que la cobijó varios años. Ella se vio forzada a emigrar en esa década por un cáncer que se comía a mi abuela Carmela Novo y que por ser más avanzado y barato se consumió cuatro años allí. El Palacio de La Zarzuela, el Museo Nacional del Prado, la Plaza de Cibeles, el Cementerio de Carabanchel donde está enterrada mi

abuela, y esa picaresca tan española que retrataba lo que fueron los años de conquista y dominación imperial en nuestro continente. De hablar fácil, la broma a flor de labios dibuja en la metrópoli parte de nuestro gentilicio; salvo por el ceceo que los distingue, cualquiera diría que me encontraba en Caracas.

Conocí a Javier y a Patricia Rivas. El primero, amigo de Moncho desde su radicación en España, con familia en Venezuela; y la segunda, militante del PCE en Madrid, que colaboraba con el foro social madrileño y en solidaridad con la Revolución Bolivariana.

La izquierda europea desde siempre ha tenido resabios con nuestro proceso político. Si bien Izquierda Unida y el Partido Comunista Español son base de la solidaridad con Venezuela, no es menos cierto que es una sociedad bastante aprehensiva con la Revolución Bolivariana.

Venezuela siempre se ha caracterizado por su poquísima migración. Si se compara con Bolivia, Perú, Ecuador o Colombia, que se cuentan por millones, los venezolanos — aun los más recalci-trantes — no tienen en sus prioridades radicarse fuera de nuestras fronteras. España y Estados Unidos son los principales sitios de llegada de la migración venezolana; en ambos casos son de carácter económico y no político. En el primer caso, por vínculos familiares; y en el segundo, por ser la Meca de su ideal de vida; por tal razón, fuera de nuestro país se hallarán alrededor de unos 200 mil compatriotas. Con ese panorama, en tres días me dediqué a reunirme con los organismos de solidaridad, de Izquierda Unida y del Foro madrileño; aparte de hacer incursiones en las afamadas librerías del centro, que me apertrecharon de buenos títulos de literatura y política, y una de las debilidades heredadas de mi cosmopolita madre: los pistachos y el aceite de oliva español. Ambos infaltables en la mesa de mi casa, cuando se puede.

Cuando salí para Caracas, iba con la maleta *full* de libros y el bolso de mano con distintas categorías de frutos secos, muy baratos en España y muy caros en Venezuela. Cuando paso por emigración un guardia civil me pide muy educadamente que abra mi bolso. Pensé inmediatamente que no me habían jodido a la entrada, pero

que se vengarían a la salida; me hice a un lado con mis maletas y este procedió a abrir. Cuando se asomó a mi maleta, para mi desconcierto, soltó una sonora carcajada y conjeturando en medio de sus risas y mi cara de enojo, con esa forma de decir las cosas: “Este tío se va a morir de un empacho, no de una sobredosis”; pidiéndome disculpas, todavía sonriendo, me explicó que al pasar mi bolso por los rayos X se veían varios paquetes que les resultaron sospechosos, entonces se avocaron a investigarlos. Qué encontró el guardia civil: tres paquetes de un kilo de pistachos de Túnez, Egipto e Irán, y dos paquetes de almendras de Andalucía. Pasé el susto y no me quedó más remedio que reírme también de mi exagerada compra de frutos secos.

En abril instalamos el Grupo Facilitador del FSM encabezado por mí, acompañado de Pedro Vargas y Yuraima Martínez, del movimiento “Grito de los Excluidos”; Trina Manrique, del Foro de Educación; Edgardo Lander, de la Secretaría del Foro Social América; Julio Fermín, del EFIP y Foro Social de Caracas; Marino Alvarado, de Provea y PCDH, y otros que no recuerdo. La tarea más difícil fue tratar de armonizar un grupo tan disímil y que no se convirtiera en una gallera la organización del grupo facilitador. Ardua tarea, pues campeó mucho el oportunismo y el velado sabotaje de quienes en Venezuela, siendo de la oposición, pertenecían a organizaciones internacionales vinculadas al FSM y el FSA (Foro Social América).

Aparte del VI Foro Social Mundial se llevaría a cabo el II Foro Social América, el IV Foro Mundial de Educación, el V Foro Panamazónico, el VI Foro de Autoridades Locales, el VI Foro Parlamentario, y miles de actividades denominadas en la nomenclatura de los “forólogos” como autogestionadas. También en abril se celebró en la ciudad de La Habana un encuentro más de lucha contra el ALCA, y allí se verificarían dos hechos que marcarían la ruta hacia el FSM y la creación del ALBA:

El primero, la presentación pública de los comandantes Hugo Chávez y Fidel Castro, en un multitudinario acto, para anunciarle al mundo la creación del la ALBA como propuesta de integración y de respuesta al ALCA. Ese acto fue acompañado por Evo Morales, todavía en el ascenso de su estrella en Bolivia, y Schafik Handall, el líder del

Farabundo Martí para la Liberación Nacional. El acto causó un revuelo importante en parte de los asistentes internacionales, sobre todo mexicanos y brasileños, quienes veían en la propuesta binacional de los comandantes un artero peligro para lo que desde finales del siglo XX venían construyendo la Alianza Social Continental y otras organizaciones como Remalc, y las organizaciones brasileñas que pegaron el grito en el cielo cuando Chávez y Fidel anuncian en el acto “una batalla por la esperanza del nacimiento del ALBA”.

Judith Valencia, Edgardo Lander y yo tuvimos que hacer frente en esta reunión, donde nos increparon agriamente sobre la “imposición” de los dos gobiernos. Nuestra respuesta muy cautelosa apuntaba a calmar los ánimos y asegurarles a los compañeros que la propuesta presidencial era otra para el debate sobre la integración; que en ningún caso demeritaba los esfuerzos que en una década realizaban los compañeros de la ASC. Una compañera de Brasil, muy agriamente, nos acusó de echar por tierra lo construido por el consenso de los movimientos sociales; no me aguanté y, con toda la diplomacia que pude, les dije a los reunidos que podía entender sus razonamientos y consensos, pero que ellos deberían entender también que una revolución no puede esperar en los eternos debates, mientras los pueblos requieren soluciones frente a la enorme deuda social que habíamos heredado de los gobiernos anteriores. Que en ningún caso pretendíamos que la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-ALBA se convirtiera en verdad absoluta y que, por el contrario, los invitábamos a llenar de contenido este revolucionario esfuerzo promulgado por Fidel y Chávez. Aunque se aplacaron los ánimos, esto generó animosidad contra el Foro de Caracas, y se reactivó para algunos el debate que yo creía zanjado sobre la bolivarianización del VI Foro Social Mundial. Esta interrogante quedó respondida en el segundo hecho que menciono.

Al día siguiente, un grupo designado del Foro se reunió con el presidente Chávez para aclarar todo lo que hubiere lugar, y explicarle al Comandante el significado de este, su dinámica y qué se esperaba de él y de nuestro Gobierno Bolivariano. Hice las veces de presentador cuando anuncié a todos y cada uno de los participantes

en la reunión, y les fui dando la palabra a Edgardo Lander, a Gustavo Codas y a Maisa Mendouza. El Presidente expresó, palabras más palabras menos, sus dudas sobre la vigencia del Foro Social Mundial, y que si no estaríamos alimentando un espectáculo anual sin resultados concretos en la lucha. Todos ahí reivindicamos el FSM y su espíritu de agrupar a los movimientos sociales del mundo. Fue todo un éxito esta reunión, pues salió el firme compromiso de apoyar la celebración de la sexta edición.

En julio arribamos a Barcelona, Cataluña, a la segunda reunión del Consejo Internacional y al Foro Social Español, que realizaba una actividad en esta ciudad mediterránea. Esta vez no fue una abadía luterana, como en Utrecht, sino una abadía católica cuyo atractivo fundamental estaba en que San Juan Bosco vivió ahí. Un tocón de árbol en su entrada tenía una orgullosa placa anunciándole a los paseantes que en ese sitio posó sus sacras nalgas el venerable santo. Esta abadía la administraba un cura que nos recibió con malas pulgas; altanero, oloroso a ajos y mal sudor, que me hizo recordar al párroco de Chacao de mis tiempos infantiles; hosco, malhumorado e intransigente; de esos curitas que pregonan el temor de Dios y aterrorizan a sus feligreses. Aquí repito con alivio: “¡Gracias a Dios que soy ateo!”. La nota cómica de este cónclave —que nunca falta— es que el cura en cuestión se detuvo y por un fugaz momento bajó de su olimpo y condescendió a hablar con Gustavo Codas y conmigo; para mi desagradable sorpresa, arrancó a decirnos que él había sido uno de los sacerdotes expulsados de Cuba en 1961. Apenas nos desembarazamos de él, Gustavo y yo fuimos corriendo a hablar con José Miguel Hernández para que no abriera el pico cuando el personaje estuviera cerca, no fuera que en venganza por su expulsión de Cuba nos botara a todos de su flamante abadía. Nos reímos a más no poder por lo chiquito que es el mundo; de tantas instituciones religiosas en el reino español, caímos en esa precisamente.

Esta vez pasó sin novedad Aminata y presentó su informe sobre el policéntrico de Bamako; el pakistaní anunció lo suyo y la nutrida delegación venezolana presentó, a su vez, lo adelantado para

Venezuela. Tan popular estaba nuestro país, que los compañeros del Foro Europeo pidieron que Chávez estuviera en su actividad que harían en Grecia, posterior al Foro de Caracas, y el entusiasmo que despertaba ir a Venezuela.

Una de las características de construir estas iniciativas es la imperiosa necesidad de viajar a los más diversos y distantes puntos del planeta. Por dicha razón, el resto del año viajé varias veces a promocionar el VI FSM y amarrar respaldos para la mayor cantidad de participantes posibles.

En septiembre de 2006 realicé dos viajes en uno. Salí para Montreal, en Quebec, en el inicio de una gira por Canadá que me llevó hasta Isla Victoria; de vainita no llegamos a Alaska, pues en alrededor de 20 días visitamos Montreal, Vancouver, Toronto y British Columbia. Varias cosas me impresionaron de este gigante y poco poblado país del norte. Su pertenencia en pleno siglo XXI al Reino Unido, muy a pesar de ser una de las potencias del mundo; la dramática división entre francófonos y anglófonos, y la fuerte emigración asiática que pude ver en todas partes de esta nación. Los de Quebec son irreverentes, contestones a lo que entraña para ellos el atropello de las autoridades centrales en Ottawa, que imponen su dominación al punto de que los quebecuas se niegan a hablar en inglés en territorio, para ellos, francés. Han intentado en varias oportunidades —vía referendo— separarse como nación independiente, no calzando los votos necesarios por poquito; mientras los de Toronto viven su rutina anglosajona como un gringo más. Otra cosa: el frío otoñal que no era posible cubrirlo con nada. Menos mal que me gusta el frío y me hizo soportable la estadía; eso sí, tapado hasta las orejas.

Me marcó especialmente la visita a Isla Victoria. Agarramos un ferri que nos depositó en un muelle, muy de postalita turística, donde nos recibieron con respeto y emoción. Antes de ir a la universidad me llevaron al muelle interno de la isla, una especie de *yatch club* y costanera, donde me enseñaron con mucha solemnidad el monumento a los caídos en la Brigada Internacional Abraham Lincoln en la República Española. Se me aguaron los ojos

conmovido por el gesto de estos compañeros, que tan lejos de mi patria no solo ofrecían solidaridad, sino el compromiso de su sangre en defensa de la esperanza que despierta la Revolución Bolivariana. En un auditorio de la universidad, lleno a reventar, expliqué los avances de nuestro proceso, las misiones sociales que respondían al pueblo por ingentes necesidades como salud, alimentación y educación, y sobre la realización del Foro Social Mundial. Cerré reseñando la emoción que me produjo la visita al monumento a los caídos, y la advertencia de que aspirábamos no volver a escenarios tan terribles de tener que armar brigadas internacionales en defensa de nuestra revolución, pero sin dejar dudas de que frente a una agresión imperialista los pueblos y sus mejores hijos se alzarían en nuestra defensa.

Se produjo un hecho que me alteró un poco, pero que refleja muy bien cómo se ha manejado la solidaridad. Nuestros anfitriones en la conferencia habían recolectado una cantidad nada despreciable de dólares y, con mucho orgullo, durante la cena me ponen en las manos un fajo de billetes, diciendo que eran para nosotros. Ese acto me causó de todo en uno: alarma, estupor, asco, y arrugando la cara dije que no; que no habíamos ido tan lejos por un puñado de dinero, que nuestra revolución nos daba lo suficiente y que no lo necesitábamos, que usaran ese dinero en propaganda u otra cosa. Con cara de desolación la compañera me empujaba el dinero, repitiendo —sin entender— que era para ayudar a la causa de Venezuela; más indignado por su insistencia, hablé con otro compañero y traté de explicarle mi negativa a aceptar, pues me parecía deshonesto que invirtiendo ellos en pasajes, alojamientos y alimentación, ¡encima de eso darnos plata! Ni hablar de eso, que se usara en resarcir los gastos que habíamos ocasionado.

En Toronto ocurrieron algunas cosas destacables que servirían para entender que nuestra revolución tiene enemigos insospechados, que supuestamente desde las propias entrañas de la izquierda convierten su actitud crítica en confusión sobre lo que acontece en Venezuela.

La primera impresión que me produjo Toronto —y con orgullo lo digo— es cuando nos registrábamos en el hotel, el recepcionista al ver mi pasaporte sonrió y me preguntó: “¿Chávez?”. Cuando respondí “¡yes!”, aplaudió y sonreía complacido; me repetía lo que en mi pobre inglés entendí “buen hombre, buen presidente”.

En la ciudad me esperaban, por un lado, Carlos Torres, chileno-canadiense, militante del MIR en sus tiempos y vinculado al Consejo Hemisférico del Foro; y por el otro, una compañera del PC, también chilena, que desde que pisamos tierra estaba dedicada a una sorda competencia con Carlos, Nachatma Miller, a quien bauticé “Mama-jama”. Con ella conocí a Figueroa, actual secretario general del PC canadiense y a la gente de solidaridad con Venezuela.

Me llamó mucho la atención que al salir de la reunión con Figueroa comenzó a dar vueltas por la ciudad, hasta llegar al Lago Ontario que, con el frío tan intenso que había, era un paraje gris y desolado. Ahí había un carro donde nos esperaba una compañera colombiana que, según versiones de ellos mismos, estaba sujeta a deportación y que era buscada en Colombia por vínculos con uno de los jefes de las Farc-Ep. Efectivamente, “Ana” era la compañera de vida de uno de los comandantes farianos y que por la represión había solicitado asilo en Canadá. Lo primero que hice fue reclamar por tanto sigilo; me negué de plano a reunirme en condiciones de clandestinidad, toda vez que habíamos ingresado legalmente al país y, por lo tanto, les pedí que me sacaran de ahí para conversar en un sitio público. Tanto Mamajama como Ana se contrariaron por mi postura. Les expliqué que había llegado al Canadá legalmente y con pasaporte oficial de la Cancillería venezolana; por esa razón, si a ella o a mí nos estuvieran siguiendo, podía meter a mi gobierno en un innecesario problema diplomático. Además, que expresamente el Comandante había determinado la limitación de los contactos con grupos insurgentes, en el entendido que eso era potestad del Gobierno Bolivariano, no de uno de sus funcionarios. Con ese alegato salimos de ahí para el centro comercial de Toronto. Mamajama se vengó de mí cuando llegamos a un sector que se conoce como el barrio gay de Toronto; a pesar de que ya he dicho que

aprendí a ser tolerante con la homosexualidad, entendiendo que es una realidad social innegable en la sociedad contemporánea, no dejaba de ser un *shock* ver —en vivo y directo— hombres caminando abrazados como tórtolos por la calle, o mujeres sentadas en los cafés, muy acarameladas, contándose sus cuitas. El problema cultural persistía, a pesar de lo que he repetido, pero bueno, estábamos ahí y había que trabajar. Una vez instalados, con un trago en la mano, Ana me explicó su situación de posible deportación, y quería sondear la posibilidad de radicarse en Venezuela ante una eventual deportación a Colombia. Por su membresía al Partido Comunista, le dije que lo conversaría al regresar a Venezuela con Oscar Figuera, secretario general del PCV, para hacerlo por canales regulares.

Esta reunión sirvió también para aclarar puntos sobre el manejo de la solidaridad con Venezuela, pues los Círculos Bolivarianos del Canadá tenían su sede presidida por una bandera de Venezuela y otra de las, ¡Farc-Ep! Les planteé que era incorrecto mezclar las cosas, ya que le hacíamos un flaco favor a la solidaridad con mi país al poner en un mismo formato la situación venezolana y la colombiana. Hemos partido siempre de que, si bien somos siameses gracias a nuestro Libertador Simón Bolívar, la realidad nuestra difería ampliamente con la del hermano país. Ana, desolada, me decía que los estábamos dejando solos en su lucha contra la oligarquía. Le repliqué que no era así, pero que en aras de hacer las cosas bien teníamos que separar los problemas para resolverlos en su justa dimensión. Me explico, Venezuela tiene una revolución en marcha que tiene muchos enemigos y mi primer deber es defenderla de sus detractores y protegerla de las deformaciones que la puedan poner en peligro, sin olvidar que un argumento recurrente del imperio y sus aliados ha sido el supuesto vínculo de Chávez con la insurgencia colombiana como demostración de su “conducta forajida”, así que invitaba a desvincular una cosa de la otra. Colombia, por su parte, lleva décadas de guerra civil sin solución inmediata. En Venezuela, junto al Comandante en Jefe, hemos arribado a la conclusión que en Colombia la situación está estancada desde hace

por lo menos 20 años, cuatro estados se superponen en esta sufrida nación: la oligarquía que desde 1830 ha dominado el escenario político neogranadino; la insurgencia encabezada por las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia y el Ejército de Liberación Nacional, que irrumpieron en la escena a principios de la década del 60; el paramilitarismo, fenómeno político-militar usado por el poder constituido para impedir los avances de la guerrilla; y por último el narcotráfico, anomalía social que ha ganado terreno en las dos últimas décadas. Esos cuatro poderes están empantanados en su confrontación; ni las FARC y el ELN podrán derrocar a la oligarquía, ni esta podrá aplastar a la insurgencia, por lo cual abogamos por una solución negociada donde, como ocurrió en Centroamérica en los 90, se reconozca la beligerancia de las partes y tratar de lograr una paz duradera. Por eso le pedía a Mamajama y a los compañeros del Círculo Bolivariano que protegieramos el esfuerzo solidario que se hacía alrededor de nuestro proceso.

También nos topamos con los compañeros de Hands Off Venezuela, un ensayo de solidaridad que en los momentos del golpe de Estado y el paro petrolero levantó su voz en el mundo para alertar sobre el sabotaje y el intervencionismo contra nuestro país. Esta política, adelantada por uno de los chorrocientos grupos trotskistas, tuvo una magistral pegada en sus inicios, al punto de convertirse dentro y fuera del país en referencia obligada para la solidaridad; y es, a mi juicio, la otra cara de la moneda solidaria. En la Universidad de Toronto tuve la oportunidad de catar a estos compañeros en una conferencia organizada por Carlos Torres; luego de nuestras exposiciones sobre Venezuela y sobre los preparativos del VI Foro Social Mundial, en la ronda de preguntas uno de estos compañeros se lanzó una diatriba sobre el reformismo de nuestra revolución y haciendo críticas desde su óptica política. Era uno de esos especímenes que hacen de los procesos un negocio redondo: en vez de comprender las dinámicas políticas, realizan los análisis a partir de sus creencias y posiciones, por lo cual, si en Venezuela no hacíamos el indispensable paso uno del manual del

perfecto revolucionario que tienen en la cabeza, somos unos improvisados reformistas. Respondí con contundencia, señalándole al auditorio algo que para los revolucionarios venezolanos es parte de nuestro legado: que con la caída del régimen soviético se derrumbó el precario equilibrio del mundo, producto de la Guerra Fría, y que si algo demostró su colapso es que nos quedamos sin referentes político-ideológicos para adelantar nuestros propios procesos. Para rematar, que el reto en este siglo XXI para los revolucionarios era construir los procesos parecidos a los sujetos de la transformación, pues para mí, Fidel, Ho Chi Ming, Tito, Mao, Lenin se hicieron grandes en la historia por haber tenido la capacidad de construir mundos y revoluciones hechas a la medida de sus pueblos. Si bien tenemos grandes referencias históricas para hacer la revolución, estamos obligados a producir, a crear nuevos paradigmas y recrear y reconstruir lo que llamo “el necesario rearme ideológico”. El auditorio estalló en aplauso. Otro grupo, de la misma corriente, formalmente me pidió disculpas por el exabrupto del compañero, que ante mi andanada optó por retirarse y no debatir conmigo, que era lo que yo quería.

Para cerrar esta visita, estalló un sordo conflicto que si bien lo tenía detectado no tenía clara su gravedad. Entre Mamajama y Carlos Torres existe una confrontación desde hace muchos años. Ambos de origen chileno, ambos exiliados en Toronto hasta convertirse en ciudadanos canadienses, por sus diferentes procedencias —ella del PC y él del MIR— reproducían las mismas acusaciones y peleas de los tiempos de Allende, no habiendo superado sus diferencias a pesar del peso de la historia en sus dramáticas vidas. Mamajama, cada vez que podía, descalificaba a Carlos y trataba de monopolizar mi visita, hasta que tuve que darle un parado lo más diplomático posible; tanto fue, que la cónsul de Venezuela me preguntó preocupada por Carlos y las veladas acusaciones de la compañera. Debo decir que a Carlos lo conocí gracias a los compañeros cubanos, que no solo lo tienen en alta estima, sino que como conmigo y gente como Gloria La Riva e Ignacio Meneses, goza de su absoluta confianza. Por

ello le manifesté a la cónsul que si los cubanos no tenían problemas con él y lo habían recomendado ampliamente, no tenía por qué poner en duda su honorabilidad y probidad. Carlos, por supuesto, también respondió a los ataques de Mamajama escribiéndole cartas públicas al PC para acusarla de agresión. El conflicto se zanjó cuando, obstinado de escuchar ese *ping-pong* verbal, les armé un peo a los dos diciéndoles que no teníamos tiempo para las sandeces que hacen miserable la militancia. Todavía tengo por ahí la carta que me remitió Mamajama dándome las gracias por la lección de humanidad que le daba y su compromiso de no seguir la pelea con Carlos, y este pasó la página mucho antes de salir yo de Canadá.

De Canadá salí para Sao Paulo a cumplir compromisos sindicales y políticos con los compañeros de la CUT y el PC de Brasil; me encontré con Eduardo Piñate, quien tenía como misión marcar a Marcela Máspero y desmontar cualquier maniobra de su parte y yo a seguir promocionando el VI FSM.

En octubre realizamos la reunión del Consejo Hemisférico en Caracas y aprobamos el presupuesto que serviría de marco referencial para la actividad de enero de 2006. Nueve millones de dólares se aprobaron, tomando como guía el costo del V Foro en Porto Alegre. No habíamos concluido la reunión, cuando las voces agoreras se levantaron con sus desafinados graznidos a pedir cuentas y ver de qué manera se le echaba mano a los recursos del FSM. En el propio grupo facilitador hubo quien sacó sus cuentas para embolsillarse unos reales. Gracias a Drany Pamphill, quien fue el ángel guardián de nuestra administración, no fuimos víctimas de la rapacidad de quienes veían en el foro un jugoso negocio. Se colocaron sendas dietas para realizar una tarea que debía mantener la condición de voluntariedad de sus facilitadores. Salvo Edgardo Lander y yo, recuerdo con grima las encendidas filípicas defendiendo la justeza de cobrar mensualmente, durante su realización, dos millones de bolívares (de los viejos); ambos, en franca minoría y sin poder contener esa avidez de nuestros facilitadores, nos vimos obligados a dejar sentada nuestra posición sobre el carácter voluntario del

FSM y nuestra negativa a cobrar un solo céntimo por nuestra responsabilidad, más política que organizativa.

Por otro lado, los supuestos “guardianes anticorrupción”, junto con Juvenal González y Fresia Ipinza, intentaron amedrentar a los compañeros que colaboraban con nosotros en la organización, al punto de presentarse en las oficinas que generosamente nos cedió Wilmar Castro —entonces ministro de Turismo—, exigiendo currículos y cuentas a nuestro personal. Drany se les encaró y luego de consultar conmigo, algo nerviosa por cierto, por orientaciones mías llamó a la seguridad del edificio del Ministerio, no sin antes decirles que si querían saber algo del VI FSM me llamaran a mí. Este grupito se dedicó a desprestigiarnos por todos los medios posibles; todo ocurrió gracias a nuestra transparencia tanto en el programa como en el presupuesto aprobado por el CH (Consejo Hemisférico), al hacerla pública en una rueda de prensa con los voceros internacionales.

En noviembre otra vez nos tocó levantar vuelo. Esta vez hacia la IV Cumbre de los Pueblos, en el marco de la Cumbre Continental en Mar del Plata, Argentina. Desde que llegué fue toda una complicación, porque más allá del desarrollo natural de la cumbre se interponían otras agendas que entraban en contradicción con el esfuerzo sistemático de la Alianza Social Continental, y lo que factores vinculados a los Kirchner tenían planteado. La culpa se la echo a la genialidad de Fidel, quien complotado con Chávez propuso una movilización general contra Bush en la Cumbre.

Federico Ruiz, para ese entonces ministro consejero de nuestra embajada en Argentina, me comunica que es necesario movilizar alrededor de 200 venezolanos a la cumbre en Mar del Plata. Yo había tenido días antes una agria discusión con Roger Capella, nuestro embajador, porque en mi opinión la actividad tenía que ser coordinada por la ASC, que desde siempre ha organizado estos escenarios internacionales; Roger, dentro de su pragmatismo, alegaba que tenía que ser masiva y contundente y que los altermundistas no garantizaban eso. Fue una negociación ardua para nosotros, pues Joel Suárez y José Miguel Hernández de Cuba, y yo por Venezuela, estábamos en el medio de este choque. Adolfo Pérez Esquivel enfrentó

lo que a su juicio era una flagrante agresión a los esfuerzos de los organizadores de la cumbre; yo trataba de calmarlo, pues les pedía que se pusieran en mi lugar; obstinados como estábamos de este estira y encoge, trataba de evitar que se fracturara la marcha de la cumbre con el acto de Chávez en el estadio de fútbol. Cobraba fuerza en la ASC la tesis de marchar aparte y dejar que estos factores se regodearan en su acto con Chávez. Al final les planteé que sería un acto de debilidad realizar marchas distintas; hasta los edecanes del Comandante se reunieron con nosotros para aplacar la tormenta. Lo fundamental estaba en que los factores que contactaban Cuba y Venezuela querían cobrar para sí un evento que era fruto de muchos compañeros, que agrupados en la ASC han enfrentado al libre comercio y en particular al ALCA desde su anuncio en 1994.

Se llegó a un compromiso de que en la marcha se agruparían en la pancarta central ocho de los organizadores, y ocho de la ASC. Resuelto este primer obstáculo, nos enfrentamos a un segundo problema: la amenaza de los grupos de acción directa, los "Quebrachos" y los compañeros de la Corriente Clasista y Combativa del PCR, que ya habían anunciado su disposición de enfrentar a la fuerza pública en rechazo a la presencia de George W. Bush en Mar del Plata. Fue otra negociación tenaz convencer a los camaradas de que no provocaran disturbios mientras la marcha en respaldo a la Revolución Bolivariana no llegara a su fin. Juan Carlos Alderete, líder de la CCC, solo, se avino a conciliar conmigo su posición con la nuestra, comprometiéndose a no actuar hasta culminar el discurso de Chávez en el estadio. Los Quebrachos, más obcecados hasta última hora, no dieron su brazo a torcer; sin embargo, nuestra presencia y la de los cubanos los persuadió de no atacar antes de llegar a nuestro destino.

Por fin a las 6 de la mañana, con un frío que hacía temblar hasta las piedras, nos congregamos para la marcha de la Cumbre de los Pueblos. Mientras caminábamos hacia la concentración pude ver los negocios sellados con madera; vitrinas, puertas, tapados como esperando lo peor. Justo en la esquina donde arrancaría la manifestación, la sede de un banco, no tenía ninguna protección, lo cual contrastaba

con los demás locales del área. Ahí se produjo el primer forcejeo de la marcha con la gente que llegaba de Buenos Aires bajo el mando del escritor y periodista Miguel Bonasso, pues rompiendo los acuerdos de la víspera trataron de desalojarnos de la cabeza de la marcha. Este trató de encabezar con su gente y lo atajó Gonzalo Berrón, anunciándole que se respetara el acuerdo previo o pasaríamos por encima de ellos. Uno de los que acompañaban a Bonasso empujó a Yuraima, una compañera de la delegación venezolana, lo cual provocó un conato de golpiza generalizada, pues al ver a este personaje empujando a la compañera me le fui encima para defenderla, mientras otro se me acercaba para rechazarme. En eso, Bonasso le gritó a Gonzalo: “¡Gorilas! ¡No son más que unos gorilas! —señalándome— y Gonzalo ni corto ni perezoso le espetó que más gorila era él, que atropellaba un grupo que no tenía nada que ver con su oportunismo. Se calmaron las cosas y ellos desistieron de disputarnos la punta; todo arrancó tal y como estaba previsto. Recorrimos muchas calles hasta llegar al estadio donde —para despecho de algunos— no ocupamos el lugar que nos había reservado la escolta del Comandante, sino que nos mezclamos con esta abigarrada masa que se congregaba, a pesar de la lluvia, para escuchar a nuestro Comandante en Jefe antes de que fuera a la Cumbre Presidencial de las Américas.

Nos salimos con la nuestra después de todo. Blanca Chancoso, la compañera indígena ecuatoriana y símbolo de la resistencia popular de nuestra América, leyó el Manifiesto de la Cumbre de los Pueblos y el Comandante Chávez se comprometió a presentársela a los demás mandatarios.

Por el frío y la lluvia el estadio se vaciaba poco a poco. Los que quedamos de la Alianza nos refugiamos en el único techo que había detrás de la tribuna presidencial y desde ahí vimos el final del acto. Jorge Coronado, “El Tico”, no tenía ningún tipo de abrigo, salvo una chaquetilla de tela que no le tapaba nada y se enojó conmigo por no haber llevado el ron para la marcha. No lo hice por pena, pues quién va a andar con un frasco de ron a las 6:00 am, sin siquiera haber desayunado. Y luego me dijo temblando: “¡Jacobito, qué más chavismo querés!”. Al terminar la actividad —que Chávez tuvo que

abreviar por la lluvia y el frío— salimos buscando dónde comer, beber y celebrar, pues todo, a pesar de los problemas, discusiones y demás había salido muy bien. Atrás quedaron los ataques de Pérez Esquivel que cuestionaba a Maradona como interlocutor; me río al pensarlo, pero todo un premio nobel de la paz descalificaba inmisericordemente a nada menos que “Dios”. Yo bromeaba con él diciéndole eso: “Adolfo, no te metas con ‘Dios’ que es pecado”.

Cuando abordaba el autobús que nos llevaría hacia el área del hotel, se me acercó Juan Carlos Alderete y muy solemne me dijo que ellos habían cumplido, nos habían acompañado con Chávez y ahora se iban a lo suyo en los muros de seguridad de la cumbre a armar su zafarrancho de rechazo a Bush; con un sentido abrazo le agradecí su ayuda y colaboración y le pedí que se cuidara, no fuera a ser que una bala perdida lo encontrara en su camino. Qué casualidad que al inicio de hostilidades pudimos ver por televisión cómo quemaron y “saquearon” el banco que en la mañana no estaba protegido; es decir, los mismos aparatos represivos habían montado la provocación. Lo que no calcularon era que gracias a nuestros esfuerzos nadie empañó el encuentro con nuestro Presidente, ya que esperaban que en la marcha o en el estadio se produjera el enfrentamiento para endosárselo a Chávez, aun siendo Kirchner un gobierno amigo.

El Comandante cumplió con su promesa: mandó reproducir el documento leído por Blanca Chancoso y lo repartió en la reunión presidencial, para incomodidad de los presidentes defensores del ALCA y beneplácito de los movimientos sociales. No relataré aquí el desarrollo de la Cumbre Presidencial, pero sin temor a errar digo con satisfacción que la acción combinada de los Movimientos Sociales y Chávez le propinó un golpe demoledor a las pretensiones imperiales de imponer en ese 2005 el ALCA; es más, a decir de muchos, si bien es cierto que no se ha acabado el libre comercio ni la globalización, no es menos cierto que pueblo y gobiernos progresistas enterramos esta amenaza.

Nos quedaba poco más de un mes y medio para realizar el VI Foro Social Mundial y las tareas estaban crudas o a medio hacer;

Edgardo se concentró en el programa de actividades, Yuraima al tema logístico, y yo a tratar de agenciarnos los recursos prometidos que hasta ese momento no llegaban.

Con la opinión de varios compañeros en contra, realicé una visita a Milán invitado por los compañeros de Punto Rosso para promocionar el VI FSM y reunirme con varios compañeros que ayudaban en esta convocatoria en Europa. Aunque lo conocía desde Barcelona, tuve el placer de departir con Samir Amín, del Foro Mundial de Alternativas, intelectual egipcio de gran prestigio en estos corredores altermundistas; con el papá de Joel Suárez, Luis Suárez, pastor evangélico cubano que con su entereza y sencillez me dio lecciones de humanidad y respeto por las creencias ajenas. Luis Suárez soportó la ortodoxia de los primeros años de la Revolución cubana para ser hoy, junto a sus hijos, la mejor expresión de la madurez de Cuba en sus azarosos años de lucha y consolidación. Y compartir con José Luis Tagliaferro, José Luis del Roio y Giorgio Riolo.

Cumplida esta fugaz tarea, realizamos en Caracas la última reunión del CH previa a la realización del VI FSM. Se revisó todo lo organizativo y político, inscripciones, actividades inscritas, actividades promovidas por nosotros y perspectivas de cara a enero.

La preocupación de mis compañeros del Consejo Hemisférico que ponía en duda la realización de la actividad era que el enlace con el Presidente no había aflojado ni un céntimo todavía, a pesar de habernos reunido con él varias veces. A instancias de Edgardo y mía convocamos una asamblea de movimientos sociales nacionales, que sirvió para medir la convocatoria local y las intenciones de cada quien: los grupitos inadaptados, ampliados ahora con Rolan Denis Boulton y el exministro Felipe Pérez Rojas, quienes en nombre de su anarquismo cuestionaban todo lo que oliera a organización y coherencia; una vez más, ver a los disfrazados de “éticos” cuestionando y acusándonos nuevamente de habernos apropiado de los dineros asignados al VI FSM. Al terminar la asamblea, como coordinador general me tocaba cerrar; cansado, indignado de escuchar las sandeces de quienes querían sabotear el foro, aproveché para cerrar de una vez por todas el conflicto generado por los benditos recursos.

Lo primero que les dije era lo que nos esperaba desde el 24 hasta el 29 de enero; también resumí lo acordado con el CH y las responsabilidades de los movimientos venezolanos como anfitriones, y cerré con el tema de los recursos acordados para la realización del foro. A esas alturas todavía no habían bajado los recursos, por lo tanto, no entendía esa obsesión por el dinero; si querían averiguar mis cuentas, estaban a la orden, pero si seguían con la invención de que Lander y yo estábamos represando los reales en nuestro beneficio, los demandaría por difamación e injuria; y una vez concluido el juicio, me reservaba el derecho de pegarle un tiro a quien osara intentar manchar nuestro buen nombre: “Estoy harto, Juvenal, de sus acusaciones como si no nos conociéramos”. La asamblea se alborotó y aproveché para clavar el puntillazo final a los inadaptados, pues además del temita de los recursos, trataron de convertir la asamblea en una votación que destituyera al grupo facilitador por sus activistas; todo eso con Felipe Pérez Rojas detrás de bastidores, en su necedad, sin comprender que el foro es antes que nada consenso y acuerdo. No había nada que votar, por lo cual se retiraron molestos, frustrados y —aunque suene feo— humillados; rescato una vez más que al que actúa de buena fe le debe ir esencialmente bien en la vida... y más en política, nuestro pueblo, nuestra gente y en general hemos podido madurar para tratar de desechar las prácticas manio-breras y oportunistas que han hecho fracasar a la izquierda en todos los puntos cardinales de nuestro convulsionado planeta.

A 15 días del magno evento llegaron a Venezuela los compañeros que colaborarían con nosotros desde el Consejo Hemisférico para rematar la faena, y así sería que no habían llegado los recursos aún y estaba poniéndose nervioso el grupo. Yo les respondía que se tranquilizaran, que entendieran que era a la venezolana; José Miguel me decía que no veía perspectivas si no aparecían los pesos. En mi ausencia, por iniciativa de Edgardo, se le envió una carta al Presidente explicando los retrasos en el evento y la necesidad de disponer de recursos para llevar adelante con éxito nuestro foro.

Diosdado Cabello, designado por el Comandante para canalizar esto, se reunió con nosotros en esos días y protestó la carta. Como no

estaba cuando la enviaron, por solidaridad con Edgardo asumí junto a él su autoría y le expliqué que la carta era un poco por la urgencia de definir la entrega de los recursos y otros menesteres: locales, toldos, tiendas, áreas para la alimentación y el enorme trabajón que nos esperaba en tan pocos días. Nunca falta alguien que equivoque su conducta: salieron Pedro Vargas y Yuraima Martínez a desmarcarse de Edgardo, de Magdalena Valdivieso y de mí, aduciendo que ellos no estaban de acuerdo con la carta. Los miré con ganas de matarlos; Edgardo se puso rojo no sé si de vergüenza o ira; interrumpí y viendo a Diosdado le dije que éramos gente seria y que cuando hablaba lo hacía en nombre del grupo facilitador. Diosdado sonrió y me dijo que no me preocupara que esa misma tarde tendríamos los recursos, que dejara a mi administradora para que se pusiera de acuerdo con su asistente. Pidió que le explicáramos en qué consistía el foro; le respondí como respondería Joel Suárez: le explicamos el espíritu y método del Foro con referencia en la conducta de guardián de la fe de Chico Whitaker y compañía. Puedo decir que no me equivoqué en mi apreciación de que era a la venezolana, y que no disponiendo de meses para realizarlo, en esos 15 días saldría y saldría bien, además.

Apenas regresamos a nuestras oficinas tuve una agria discusión con Pedro y Yuraima por deslealtad y oportunismo, y no ahorré epítetos por la indignación que me producía su bajeza al tratar de descalificar una carta de la cual ellos, mucho antes que yo, sabían de su existencia; les recordé que si dividíamos nuestro frente, podríamos ser presa fácil de los intrigantes que querían hacernos fracasar. La verdad, no resultó; estaban evidenciados, eso me obligó a marcar distancia de ellos o el VI FSM se iba al diablo. Menos vaina echaron los opositores a Hugo Chávez, que los que se suponía eran aliados.

Apenas aparecieron los recursos fluyó todo con rapidez: en seis días resolvimos los alojamientos del voluntariado internacional, los traductores del colectivo Babel, se resolvieron los espacios y echamos a andar nuestra aventura.

Uno de los escollos a resolver consistía en frenar a los funcionarios del gobierno que querían empapelar los espacios del VI FSM con propaganda gubernamental. Una noche me reuní con Darío Vivas

quien, después de Diosdado, apoyaría desde el MVR y el gobierno la movilización general. Me manifestó su ignorancia de cómo funcionaba y preguntando qué les tocaba. Me costó, no tanto con Darío como con su equipo, que entendieran que esta gigantesca actividad era para los movimientos sociales del mundo y de Venezuela; no era ni del partido ni del gobierno, pero que se podían colocar en su ambiente espacios para difundir la obra de la revolución. Reconozco que tanto Darío como Diosdado facilitaron enormemente la ejecución del plan. Cosa que calmó a José Miguel al ver cómo se levantó en cuestión de días toda la estructura requerida para cumplir la magna tarea.

La verdad que fueron febriles esas últimas dos semanas. Tres teléfonos con un promedio de 58 llamadas por hora: miles de personas pidiendo respuesta a millones de problemas técnicos o logísticos; vigilar que todo saliera y tratar de evitar que se nos saliera de control el desarrollo de los acontecimientos: 2.800 actividades; alrededor de 100 mil personas: 68 mil extranjeros y unos 30 mil de Venezuela; Caracas tomada por el mundo y los venezolanos con el mundo al alcance de nuestras manos.

Varios hechos casi dan al traste con el Foro

Uno, la información cierta de infiltración de paramilitares colombianos que aprovecharon para entrar por las fronteras, usando movimientos sociales de Colombia como fachada, lo que me costó un larguísimo chequeo y contra chequeo con Pavel Rondón, quien fungía como canciller encargado para cruzar la data de los inscritos en el Foro con la información de inteligencia y prevenir cualquier complot o situación que implicara la seguridad del Estado.

Dos, uno de los riesgos calculados del Foro cuando, avisados por Estévez, Olivio y Víctor Báez, nos enteramos de que Manuel Cova iba a utilizar la tribuna del Foro Sindical para denunciar a Chávez y nuestro gobierno por "injerencia sindical" y mil cosas más. A las 2 am, dos días antes de ese evento que se realizaría en el Caracas Hilton, hoy ALBA Caracas, me reuní con Báez, Julio Roberto,

Estévez e Iván González, y tranquilamente les comuniqué nuestra decisión de enfrentar cualquier intento de la contrarrevolución de usar la tribuna del Foro para sus ataques; no seríamos responsables si el Foro Sindical terminaba a silletazos y golpes. Trataron de que razonara sobre lo delicado de la situación y Julio Roberto cometió el error de justificar la actitud de Cova, diciéndome lo mal que quedaríamos si provocábamos una situación de violencia. Los miré fijamente y después de una pausa larga respondí calmadamente, “masticandito” las palabras: “¿Tú crees, Julio, que nos importa un pito eso? Apenas abra el pico el señor Cova se acabó el foro sindical; hemos sido muy amplios, pacientes, flexibles, pero todo tiene un límite”. Los hemos aceptado en la organización del Foro, no le hemos negado el espacio a nadie, pero de eso a cohonestar las mentiras de la CTV contra mi Presidente y gobierno, en nombre de las apariencias, estaban más allá de mi comprensión y, más aún, no tenía ninguna gana de aceptar ese tipo de provocaciones. Se retiraron muy preocupados y a eso del amanecer me llama un fatigado Víctor Báez para informar oficialmente que, en nombre de la ORIT y la CLAT, nos garantizaban tranquilidad y cero provocaciones; que el evento lo abriría él como máxima autoridad sindical y un saludo de tres minutos de Cova como su afiliado nacional, que se comprometía a que si Manuel Cova intentaba hacerlo a pesar de las advertencias, inmediatamente le cortarían el micrófono. Le di las gracias en nuestro nombre, pero reconozco que no fie, así que llamé a Wilmer Nolasco, dirigente de la construcción que derrotó a Manuel Cova en su propio sindicato de Caracas, y al equipo de seguridad del Foro bajo mi tutela. Coloqué 50 compañeros que metían miedo, la orden era que dejaran que se desarrollara en paz la instalación del Foro Sindical y que estuvieran atentos a la intervención de Cova, apenas mencionara al Presidente no dejaran que terminara: silenciarlo a cualquier costo.

Báez cumplió su palabra, transcurrió con toda tranquilidad el foro de los trabajadores; la ORIT se había convertido en otra desde la muerte de Anderson. Báez, Rafael Freire e Iván desde ese tiempo para acá se han convertido en facilitadores de procesos y

son, hoy por hoy, amigos de Venezuela y Cuba, a pesar de la recalitrante derecha que los adversa en la Confederación Sindical de las Américas-CSA, que más que fusión de dos organizaciones es un híbrido extraño del sindicalismo en el mundo.

Para cerrar este momento, debo decir que salimos adelante en la tarea con nuestra inexperiencia, con los obstáculos que hubo que superar, con los velados enemigos de la propuesta; contra todo pronóstico, la inmensa mayoría de los que vinieron a Caracas se fueron satisfechos de lo que vieron, de lo que hicieron y de lo que conocieron de Chávez y la Revolución Bolivariana. Y lamentar aquí que en pleno inicio del VI Foro Social Mundial muriera en el aeropuerto de Ilopango, en San Salvador, el camarada Schafik Handal, líder del FMLN y amigo de quien esto escribe; me tocó el panegírico a distancia en el mismo instante en que se iniciaba oficialmente el Foro, acompañando a Nidia Díaz, a Lídice Navas y a los internacionales del MVR que partirían a El Salvador a las exequias del amigo. Con Schafick se cerró una época y se abrió otra, para un FMLN que sobrevivió a la guerra y que se alza como un gigante en la búsqueda de su redención.

No profundizo más sobre el Foro, pero se evidenciaron aquí dos maneras de ver al mundo: los que se quedaron en la consigna de siempre: "Otro mundo es posible", y los que avanzamos diciendo "Otro mundo es necesario".

Cuando terminó el VI Foro Social Mundial, satisfecho por la tarea cumplida con éxito, agotado por el enorme esfuerzo físico y mental que hice en sus febriles días; con 14 kilogramos menos de peso, pues en esa terrible semanita perdí apetito, dos millones de bolívares menos en mis ahorros y sin trabajo, inicié formalmente mi año 2006.

Resulta que yo era desde 1997 funcionario de la Cámara Municipal de Caracas y gracias a Nicolás Maduro había sobrevivido a los intentos de apropiarse de mi humilde carguito. Cuando el Foro, yo estaba en comisión de servicio en el despacho presidencial, pero — aun habiendo perdurado desde 2004— los mismos que me intentaron sabotear en el 2005 y en el Foro aprovecharon que

estaba concentrado en esta actividad para no renovar la comisión, sin decirme nada. Confiado del procedimiento, dejé pasar los días y si no es por el compañero José Félix Escalona no me entero que por cartel público, editado en *Últimas Noticias*, había sido destituido “por abandono de cargo”. Intenté apelar con el Director en Miraflores y este se desentendió; apelé a la compañera presidenta del Consejo Municipal, Deyanira González, quien por sus intereses me dio largas y largas hasta que entendí que no tenía absolutamente ninguna voluntad política de resolver esto. Salvo la Asesoría que tenía en Cancillería, estaba en la calle. Mucho prestigio pero nada de real y, de un plumazo, ni Miraflores ni Cámara. Mi familia se preocupó mucho, al punto de decirme que tocara a algunas personas de alto nivel que yo conozco para lograr resolver esto, y se preguntaban qué pasaría con mi estabilidad laboral y mi futura pensión. Largué una amarga carcajada y respondí que en esta familia no sabemos “humillarnos”, y no iba a perseguir a nadie por un cargo o dinero; y riéndome más fuerte los felicité por su optimismo si pensaban que viviría lo suficiente para optar a una pensión de vejez.

Gracias a José Ramón Rivero pude tener respiro; habiendo sido electo diputado me ofreció un cargo a su lado en la Asamblea Nacional, con la condición (qué broma, ¿no?) de tener dedicación permanente a la política y construcción de la FBT.

En febrero el compañero Gordon Hutchinson, director del Venezuela Information Center, me convida a Gran Bretaña como invitado a la Conferencia Europea de Solidaridad con Cuba; experiencia, para mí, extraordinaria. El tema venezolano todavía estaba en pañales en Europa, por lo que Gordon correctamente vislumbró que con la plataforma de Cuba podría romper el cerco hacia Venezuela.

Esta vez no me pasó como en mi anterior viaje a Europa. Cuando hicimos escala en París los funcionarios inspeccionaron mi pasaporte y amablemente me indicaron donde debía ir a agarrar mi siguiente vuelo. Después de 13 horas volando entre Caracas, París y Londres, arribe a esta última ciudad la mañana del 23 de febrero. Me

esperaba Gordon con Félix Palencia, ministro consejero de nuestra embajada en el Reino Unido, y fuimos al hotel Tavistock en la calle del mismo nombre, muy cerquita del afamado Museo Británico. En el hotel encontré a Pedro Ross, Leonel González, Eddy Brown, su traductor y otros compañeros de Cuba, invitados de honor de esta conferencia. La apertura estuvo a cargo del anfitrión Ken Livingston, alcalde de Londres; le siguió el eurodiputado Miguel Ángel Martínez de la UGT de España, el presidente de la Campaña de Solidaridad con Cuba en Reino Unido; intervino Brendan Barber, de la TUC, y John Monks, secretario general de la Conferencia Europea de Sindicatos. Antes de que hablara el estelar Pedro Ross, me invitan a dirigirme a la Conferencia; como estaba al lado de Pedro, en el presidium del evento, en un susurro le pregunté de qué tiempo disponía; también calladito y en buen cubano me dijo: “No tienes límite, el acto es para Cuba que es lo mismo que decir para Venezuela”. Me instalé en el podio y vi a mi auditorio: más de 400 personas, de las cuales 270 representaban 65 organizaciones sindicales de 20 países y, por supuesto, los representantes de la TUC-UK y sus sindicatos.

Como siempre repite mi profesor de oratoria Salomón Susi, si uno es capaz de arrancar una sonrisa y un aplauso en los primeros cinco minutos de tu intervención, el auditorio es tuyo. Teniendo como traductor a Eddy Brown, inicié mi alocución dando las gracias a los anfitriones y a los compañeros de Cuba, principalmente a Pedro Ross por compartir generosamente el espacio de su solidaridad con Venezuela, y hablando para los presentes evidenciaba que el ser solidario no era dar lo que sobra sino compartir lo que nos hace falta. Hasta ese momento el silencio del público era ominoso: o yo no les llegaba o era verdad esa fama de flema y autocontrol de los británicos. Por un rato me paseé por la realidad venezolana: por qué Chávez, por qué la revolución, quiénes somos (la FBT) y nada, ni los mosquitos se oían; claro, en ese clima (6° grados) no hay mosquitos. Hasta que hablando de la democracia les pedía, aprovechando mi primera visita a Londres (otra vez, primera vez), si se organizaba en ese país el *record Guinness* para Chávez y la Revolución Bolivariana —hice una pausa y por primera vez escuché un murmullo en la concurrencia—: ¿se

preguntarán por qué?: Venezuela es el único país acusado de tener una dictadura que ha realizado diez elecciones en ocho años de existencia. Dejé otra pausa y la gente me regaló una sonora carcajada, y una lluvia de aplausos se escuchó en el City Hall londinense. Cerré pidiendo que le pusieran atención a Venezuela y sus cambios, a los esfuerzos de integración que Cuba, Venezuela y Bolivia y la iniciativa ALBA llevaban adelante en nuestra América. Pedro Ross en su intervención resaltó la amistad de Cuba y Venezuela y se centró en los cinco héroes y el bloqueo.

Esa noche en la recepción ofrecida por los sindicatos británicos después de los discursos, Pedro nos ofreció una serenata cubana acompañada por un internacional grupito de salsa que ameniza las noches londinenses. El 26 nos separamos; los cubanos siguieron con su programación y a mí entre Gordon y Francisco Domínguez —chileno radicado en Londres hace tres décadas como activista del VIC—, en solidaridad con Venezuela, me prepararon mi propia gira promocional. Esos andares me llevaron a Manchester donde conocí al alcalde de esta ciudad, de origen indio, quien me recibió en el City Hall con los aperos propios del cargo: cadena, bastón de mando y demás. Todo un contraste: él en levita y yo con chaqueta de tela y pantalón mezclilla. Y otro: posar conmigo para la foto protocolar con su atuendo de gala y el cuadro de la reina presidiendo nuestra reunión.

Ya en Londres, se realizó en la sede del T&G una conferencia muy modesta sobre Venezuela y para mi agradable sorpresa apareció Leonel González a acompañarme, esta vez yo era el anfitrión y ellos mis invitados. Habló Félix Palencia en nombre del embajador venezolano Alfredo Toro Hardy, habló Gordon en nombre del VIC; luego Leonel, que me apabulló con su inglés cubano, y cerré yo. En mi intervención destacué el tema de la integración y realicé una broma que hago cada vez que puedo; ante mi auditorio ejemplifiqué cómo Cuba y Venezuela hemos avanzado en esa materia, así que agarrando por sorpresa a todos les dije: “Imagínense, cómo será que hoy entre Cuba y Venezuela existe una clara y sana competencia, y fíjense que hoy nos debatimos en saber si, ¡Cuba se convierte en la novena estrella de Venezuela o... —hice

una pausa y a los cubanos casi se les salían los ojos, preguntándose qué barbaridad estaba diciendo— Venezuela se convierte en la provincia más oriental de Cuba!”. Todo el mundo largó a reírse, incluso los cubanos, pero se les notaba el alivio ante mi jocosa salida. Desde entonces, cada vez que puedo hago esta broma para solaz de mis oyentes y angustia de los cubanos.

Realicé un toque técnico en Caracas y nuevamente levanté vuelo, esta vez hacia Roma por invitación de Rodrigo Chávez, embajador de Venezuela en Italia, como antesala a la Cumbre de Viena que se realizaría días más tarde. Con Rodrigo estuve alrededor de tres días, pues coincidí con la avanzada presidencial enviada a organizar la visita del Presidente a Roma.

El embajador quería tener claro cómo era el tema de la Cumbre de los Pueblos que “Enlazando Alternativas” programaba para esta IV Cumbre de la UE y ALC. Le expliqué nuestra agenda en Viena y él me preguntó qué se haría con respecto al Comandante; lo que yo tenía entendido era que nuestro grupo estaba convocando un acto con el Presidente o los presidentes, porque Evo Morales y Carlos Lage —de Cuba— estaban en la agenda. Me dijo algo curioso que presenciaba por segunda vez desde que estoy en estos menesteres: como ocurrió en Mar del Plata, grupos vinculados a la solidaridad le exigían dinero a nuestro gobierno para movilizar personas a los eventos. En Argentina las cifras oscilaban entre 60 mil y 100 mil pesos, ahora en Europa pedían 80 mil euros para llenar un acto para Chávez. Le respondí a Rodrigo que siempre condenaremos la nueva modalidad de estafa que es la solidaridad tarifada; aflojar una sola moneda para que acudan a aplaudir a nuestra revolución y al Comandante no era en forma alguna simpatía por nuestro país y nuestro proceso, sino un negocio redondo para quienes promueven este tipo de conductas. Rodrigo tomó debida nota de esto y remitió a la avanzada presidencial un informe que denunciaba esta situación. Una sustancial diferencia entre los traficantes políticos y los verdaderos grupos y movimientos de la solidaridad como Enlazando Alternativas y la Alianza Social Continental es que, con mucha modestia y, como quien dice, a puro pulmón, invitan a nuestros líderes a los

eventos de las Cumbres de los Pueblos sin condiciones ni tarifas; lo único que solicitan es que se pague el local de la actividad, pero movilización, concentración y documentos corren por nuestra cuenta, no de los bolsillos de los presidentes o de nuestros invitados.

Salí a Viena y ahí estuvimos en varias mesas de trabajo sobre Venezuela. Antes del acto con Chávez pasé por un local donde Stalin Pérez arengaba a un grupo de gente, acompañado de los activistas de Hands Off Venezuela (Manos Fuera de Venezuela); Stalin no me vio (menos mal) y me dirigí a un evento sobre Venezuela. De su conferencia se acercó un grupo bastante grande de compas de Ucrania y Bielorrusia a escuchar mi disertación sobre Venezuela. Me acompañaba Vidal Cisneros, a quien nadie conoce por ese nombre sino por el de Gandhi, y Gustavo Codas. Al concluir, el ucraniano me preguntó algo de la UNT porque había estado en una reunión previa y no había entendido absolutamente nada y, como él, las delegaciones que se habían acercado de ucranianos y bielorrusos. Stalin perdió dos preciosas horas de su vida lanzando diatribas contra la FBT, criticando las contradicciones de nuestro gobierno y tratando de explicar su supuesta mayoría sindical y revolucionaria a un auditorio que no conocía nada de nuestro país. Le respondí al ucraniano, medio en serio medio en broma, que había tenido suerte porque yo tampoco los entendía, pero podía explicarle lo que pasa en Venezuela.

La nota cálida de esta Cumbre, aparte de ver a Nicolás Maduro en el acto central y saludarlo con efusividad por lo poco que nos tropezamos, fue la protesta de la modelo argentina Evangelina Carrozo que se desnudó frente a los mandatarios presentes en la cumbre portando un cartel ecologista. En las fotos que pudimos ver del hecho, las caras presidenciales eran una muy variopinta galería de expresiones penosas, libidinosas, sorprendidas, risueñas. La del comandante Chávez era divertida y sonriente. Se hizo famosa la respuesta del Comandante cuando lo abordó la prensa y le preguntó sobre lo que decía el cartel que cargaba la modelo. Chávez, con cara de confusión, le repreguntó muy serio al periodista: "¿Cuál cartel? ¿De qué hablas?". Y desvió la intención de la pregunta alabando la valentía de esta muchacha que protestaba.

En Viena me di el gustazo de visitar la casa y consultorio de Sigmund Freud y recordé con afecto a mis amigos marxistas freudianos de Argentina; caminé media ciudad para esto. Fue interesante conocer el contraste entre la añeja Europa del 2006 en esta IV Cumbre y la agitada Guadalajara de la III Cumbre, y entre estas el crecimiento de Enlazando Alternativas muy en pañales en México y con mucho músculo en Austria.

Mientras estaba en los menesteres del foro y las cumbres, Oswaldo Vera me había advertido sobre mi desvinculación de las tareas cotidianas de la Fuerza; por lo tanto, al retomar mi rutina nacional me encontré con el problema de la UNT en plena ebullición. De una fuerza unificada en el 2003, el 2006 exhibía fuera de su seno cinco corrientes. Por un lado la FBT, mayoritaria, de donde se desprendieron tres de las nuevas corrientes: Marcela Máspero, que reagrupó al social cristianismo que se supone está de este lado de la barricada en una cosa llamada Colectivo de Trabajadores en Revolución (CTR); Orlando Chirino, que junto a los trotskistas y otras corrientes ultra izquierdistas fundaron Corriente Clasista Unitaria Revolucionaria y Autónoma-Ccura, y Orlando Castillo, que aislado en la política del PPT creó Autonomía Sindical (AS) para no quedarse fuera del aparato. Más los herederos de Ramón Machuca, Francisco Torrealba y Franklin Rondón, agrupados en el Movimiento de Trabajadores Revolucionarios “Alfredo Maneiro”-Motram.

Con este cuadro bullía el enfrentamiento en la UNT; unos por hegemonizar la estructura y otros por sacar provecho para la política que planificaban. Marcela y Chirino actuaban como bloque contra la FBT, sin embargo, luchaban entre ellos por controlar la organización. En este sentido, la falta de democracia —por lo menos aparente—, la no organización de la central, llevó a la unión a una parálisis total. Es trágico recordar los titulares de prensa en un mismo periódico, el mismo día o la misma semana, donde Marcela Máspero, coordinadora nacional de la UNT, está declarando sobre cualquier tópico; y al mismo tiempo Orlando Chirino, coordinador nacional, declarando exactamente todo lo contrario. Correctamente la FBT se puso al margen de sus diatribas, y tanto Motram como AS

estaban literalmente silenciados por la prensa. Tanto Chirino como Marcela en ese 2006 trataron de saltar la Coordinación Nacional, acusándonos de no querer medirnos en las elecciones sindicales porque nosotros alegábamos que en el año de la reelección presidencial nada debía interferir con la victoria cierta de Chávez, y ellos insistían en hacerlas ese año. Por instancias de María Cristina, primero, y Ricardo Dorado, después, se inició el proceso de convocatoria del II Congreso de la Unión Nacional de Trabajadores.

Se nombró una comisión del Congreso, de carácter paritario, donde las cinco corrientes podían consignar sus listados con vistas al padrón electoral y la selección de los delegados acreditados: Luis Primo, de Autonomía Sindical; Servando Carbone, por CTR; Stalin Pérez, por Ccura; Francisco Torrealba, por Motram; y Rodolfo Ascanio, por la FBT. En honor a la verdad, estos compañeros hicieron durante cinco meses el extraordinario trabajo de desmadejar el enredo de nombres, organizaciones y afiliados.

Hubo un acuerdo inicial de los cinco factores para resolver la gobernabilidad de la Central, firmando un pacto de cinco puntos:

- 1.- Redacción y aprobación de los estatutos definitivos de la UNT.
- 2.- Aprobación del plan de lucha y plataforma programática.
- 3.- Aprobación de la estructura definitiva de la central.
- 4.- Redacción y aprobación del reglamento electoral y nombramiento de la comisión respectiva.
- 5.- Acordar para el 2007 las elecciones sindicales.

Los prolegómenos de este cónclave sindical provocaron más de un enfrentamiento entre las organizaciones por las cuotas de delegados. Existía la tendencia de los factores minoritarios a tratar de igualar sus magros activos frente a los más grandes; por ejemplo, a Fetraelec con más de 20.000 trabajadores, con esa aritmética, le correspondían los mismos delegados que al sindicato del Instituto de Ingeniería, que apenas contaba para la fecha con 67 afiliados. Se resolvió, gracias a Rodolfo Ascanio, que presentó la fórmula de un delegado por cada tantos afiliados. Eso garantizaba la proporción lógica a cada organización participante.

Llegamos al Congreso con 3.000 delegados de 9 federaciones y un sinnúmero de organizaciones de base y regionales. El sitio para el duelo: el Salón Venezuela del Círculo Militar, y la fecha: mayo de 2006. En la sede de la UNT, en el Incret de Caracas, se dieron cita miles de compañeros y compañeras de todo el país y de todas las organizaciones. Ascanio, que siempre se ha caracterizado por ser puntilloso en materia estadística y es detallista hasta la exageración, nos reunió en el local de la FBT y papeles en mano y una cara de triunfo nos enseñó los cálculos de delegados por corriente. Sin querer queriendo —como dice El Chavo— y sin ponernos de acuerdo, la FBT tenía 49% de los delegados acreditables en el Congreso, CTR 20%, Ccura 15%, Motram 10%, AS 3% y 3% independientes. Orientamos a nuestros voceros que conversaran con las delegaciones para establecer alianzas tácticas con algunas de ellas, logrando como resultado al final del día tener el 52% del Congreso en nuestras manos. Como los demás no son mochos y también echan sus números, se dieron cuenta de que la FBT haría junto a Motram y Autonomía mayoría sobrada para aprobar en este Congreso lo que nos diera la gana, pues con esas alianzas alcanzábamos el 65% de los delegados, frente al 20% de Marcela y el 15% de Chirino, y ellos no podían actuar como bloque porque sus propios desencuentros lo impedían. Con esos cálculos nos aprestamos a desarrollar la línea pactada de los cinco puntos.

Las maniobras no se hicieron esperar. Marcela Máspero, al mejor estilito copeyano, viendo su aplastada minoría, comenzó a falsificar credenciales como si fueran barajitas; hasta tal punto llegó su maniobra, que en la entrada del Incret estaba estacionado un heladero haciendo su agosto y para mi sorpresa él enseñaba su credencial mientras en su español chapurreado anunciaba sus helados. Pues todo un detalle: el heladero es de esos haitianos emigrados a nuestro país, que gastan suelas por las calles vendiendo su producto. Eso generó un violento choque entre Chirino y ella, toda vez que el primero, al no tener cómo parar la maniobra de la Máspero, intentó sabotearla denunciándola ante los fatigados delegados que esperaban su bendita acreditación. Por unos minutos y por última vez buscó aliarse a nosotros para atajar la maniobra.

En aras de salvar el evento, pasamos por alto este hecho intentando negociar con todos los factores los manoseados cinco puntos y salir adelante en los días siguientes. Chirino, cuya intención era (sin fuerza real para hacerlo) imponer las elecciones sindicales, se abrió con otra propuesta que era dar puerta franca a todos los que quisieran participar; su cálculo era traer gente afecta a su corriente y meterla a como diera lugar en el Congreso. Tratamos de razonar con él esto, pero no estaba en sus propósitos salvar el Congreso sino imponer su plan electoral y hacerse con la mayoría de la coordinación.

Esa noche, a instancias de Orlando Castillo, que quiso ser el fiel de balanza en esta controvertida actividad, se reunió con Ricardo Dorado una representación de los cinco. Por la FBT, Oswaldo Vera; Franklin Rondón por Motram, Orlando Chirino por Ccura, Marcela Máspero por CTR, y Castillo por AS; hasta la madrugada discutieron una salida “honorable” al malogrado II Congreso de la Unión Nacional de Trabajadores. Llegué con José Ramón y Rafael Chacón al Círculo Militar a eso de las ocho de la mañana, y viendo que Oswaldo no había llegado lo llamamos para saber qué acontecía; este nos informó de los acuerdos, que llegaría pronto pero que no confiáramos en Chirino, porque si bien en la mesa a las cinco de la mañana había supuestamente llegado al consenso, al retirarse dejó entrever que de todos modos lo consultaría con su gente. Chacón y yo lo abordamos y repasamos lo pactado punto por punto. Yo le dije que se suponía que con ese arreglo podíamos instalar el Congreso; él simplemente se encogió de hombros y dijo: “Que la asamblea vote y esa votación decida”, es decir, echó por tierra el último esfuerzo de unidad. Lo acusé de romper el pacto y le pregunté que si no había consenso, qué delegado y con qué acreditación validaría una votación en esa distorsión.

Estando en esas, su gente comenzó a rodearnos en afán de amedrentamiento; Richard Gallardo, que después de haber sido un respetado dirigente textil en Sutoea, estaba convertido en todo un gángster y dirigía al grupito que nos miraba con hostilidad, mientras los nuestros —alertados por lo que veían, y otros avisados por José Arias “Cepillín”— rodeaban a su vez al grupo de

Gallardo. Duele pensar en cómo se deforma la gente; compañeros que en sus mejores glorias brillaron como dirigentes, principistas en su actitud, se habían convertido en la mafia de estos tiempos, peleando por botines de guerra y acabando en el mejor estilo de la gavilla adeca, con violencia, lo que no se rindiera a sus designios. Miré a Richard sin salir de mi asombro y le pregunté firmemente si estaba dispuesto a agredirme; le dije que me mirara bien, pues si me agredía tendría que matarme, porque lo perseguiría hasta el último rincón para vengarme; todo esto tratando de ganar tiempo y sacando cuentas de nuestras posibilidades. Al principio Chacón no se había dado cuenta por estar encarando a Chirino y acusando su falta de consistencia y compromiso. Le di un codazo y salí de su concentración, para corroborar junto conmigo que estábamos a punto de ser golpeados por quienes hasta hacía muy poco eran nuestros amigos. Algo ocurrió, que Gallardo nos abrió paso y lentamente nos retiramos, dejándolos para que Chirino les informara de nuestra conversación. Advertidos de lo que ocurría, alertamos a nuestra gente que ante el primer síntoma de violencia retiraríamos a nuestros delegados; consultamos a los aliados y estos estuvieron conformes con nuestra decisión.

Por fin a media mañana se instaló formalmente el II Congreso. Abrirían los invitados internacionales y paritariamente hablaría cada cabeza de corriente; resumiendo los cinco puntos se iniciarían las mesas de trabajo y se recompondría la plenaria al día siguiente.

Oswaldo estaba molesto conmigo, pues me correspondía invitar compañeros de nuestras relaciones internacionales; desde el principio me negué, pues al intuir lo que ocurriría me parecía que era una falta de respeto con nuestros hermanos de clase traerlos a este infame espectáculo. Cuando pasó lo que pasó, a Oswaldo no le quedó más remedio que darme la razón.

En la clausura del Congreso, cada uno de los pocos internacionales que asistieron, dependiendo quien lo había invitado, se deshacía en loas a su anfitrión; así, Julio Turra, llamado "3%" por Freire, en nombre de su minúscula corriente dentro de la CUT y el PT de Brasil alabó hasta lo asqueroso a Chirino y a Stalin Pérez, pues,

como ellos, es un trotskista contumaz. Luego Víctor De Gennaro, de la CTA Argentina, hablaba de las maravillas de Marcela Máspero. Oswaldo me vio, con los ojos medio torcidos me preguntó: “¿Y a mí quién me tira mis flores?”. Otros compañeros: Ernesto Freire, de la CTC; Joao Batista, de la Corriente Clasista de la CUT de Brasil; Diego, de la CUT Colombia, saludaron sobriamente al Congreso y jugaron un perfil muy bajo a la espera de los resultados de esta accidentada reunión.

Cuando le tocó a los nacionales, el bullicio se hizo presente en el Salón Venezuela. Habló Oswaldo y logramos desde nuestras huestes acallar la pita de los de Orlando y Marcela; habló Marcela y la rechifla retumbó en el recinto, le llegó el turno a Chirino y lo mismo; Franklin Rondón, pita por partida triple, y Castillo ni siquiera pudo ejercer su derecho por el escándalo que estaba armado. De cualquier manera se superó este primer escarceo y al pasar a las conclusiones de las mesas de trabajo comenzó la verdadera locura. Obviamente entre la gritería y los intentos de apabullamiento, empujones y golpes, acabó Chirino por liquidar el II Congreso en medio de sillas volando e insultos de todos los tipos. A Néstor Ovalles, que moderaba en la tarima del acto, le orientamos que se bajara, pues hicimos efectiva nuestra decisión de retirar a nuestros camaradas; que se mataran entre ellos. Vaciamos el Salón Venezuela y con los delegados de la FBT se retiraron Motram, AS y, para nuestra sorpresa, Marcela no se atrevió a quedarse a merced de Ccura, que a punta de golpes asaltó la tribuna y se proclamó mayoría, aprobando a mano alzada cualquier locura que se le ocurrió. Conclusión: dos heridos graves; uno con fractura de cráneo al recibir un contundente silletazo en la cabeza, y otro con fractura de costillas cuando lo lanzaron desde la tribuna y cayó estrepitosamente entre las sillas del local. Desde afuera escuchábamos la algarabía de los que quedaron dentro, ovacionando a Chirino y Stalin como los supuestos vencedores frente al reformismo.

Ese fue el último acto de UNT. Marcela Máspero en nombre de su UNT montó tienda aparte y Chirino en nombre de la otra UNT también; nosotros nos dedicamos a reordenar la FBT, que estuvo

medio paralizada por haber dedicado su principal esfuerzo a tratar de que la central cuajara con buena salud. A Turra no lo vimos más; se quedó aplaudiendo a Chirino y los demás, reunidos con nosotros en el hotel El Conde, evaluaron ese lamentable resultado, llegando todos a la conclusión de la necesidad de tratar de salvar en el futuro inmediato el consenso de los cinco puntos.

Chirino siempre pensó que había ganado. Aplicando su lógica tumultuaria anunció que los sectores verdaderamente revolucionarios habían rescatado de manos de la burocracia oficialista y el reformismo a la UNT, y que procederían, como mandato del II Congreso, a convocar para septiembre las elecciones sindicales. Creyó en su más íntimo pensamiento que había hecho una proeza. Lo único que logró fue aislarse del contexto laboral del chavismo y, poco a poco, parte de sus eufóricos aplaudidores desertaron de sus filas para retornar a las nuestras. Su último y desesperado intento fue la convocatoria a una FBT revolucionaria, para confundir a nuestra militancia y tratar de apropiarse de un patrimonio de la Revolución Bolivariana como es la FBT, pero como dice Nicolás Maduro: "El que se mete con nosotros sencillamente se marchita". Orlando José Chirino Zavala bajó el telón de su trayectoria política e inició el accidentado camino de la traición. De esto hablaremos más adelante.

El 3 de diciembre de 2006 se llevaron a cabo las elecciones presidenciales que llevarían a nuestro Comandante en Jefe a someter nuevamente su liderazgo a prueba; esta vez Chávez compitió bajo las banderas del socialismo y llamó a sus partidarios a dar la batalla de las ideas: 7.3 millones de compatriotas decidieron darle un nuevo espaldarazo a la Revolución Bolivariana; convocando a la construcción del socialismo. Esa noche, como he hecho tantas otras, me fui al canal Vive TV a esperar los resultados para luego comentarlos con otros compañeros, y junto a Iván Padilla me tocó hacer el análisis de semejante paliza; como dije, 7.3 millones para Chávez y la revolución y 4.2 millones de votos para el filósofo del Zulia, Manuel Rosales, y los 23 proyectos fracasados encabezados por AD y cerrando con La Causa R y Bandera Roja. Desde temprano la fiesta popular propagaba la alegría por todos los rincones de

nuestra capital, para desembocar en el Balcón del Pueblo del Palacio de Miraflores en una multicolor algarabía celebrando la victoria.

Chávez no nos dio tregua. Saliendo de estas elecciones, en el primer acto público realizó el llamamiento a la constitución del Partido Socialista Unido de Venezuela. Desde la fortaleza de la victoria electoral conminó a la alianza patriótica a converger en un esfuerzo de unificación de los patriotas y revolucionarios en un solo esfuerzo orgánico. Este llamado del Comandante vino a cristalizar el viejo sueño de unificar a los revolucionarios en un solo instrumento orgánico. Para mí, que salí del PPT con ese criterio como guía, sabiendo que Alí es uno de sus inspiradores desde hace mucho tiempo, no dudé ni un segundo en aportar mi esfuerzo a esta tarea de importancia estratégica para consolidar la revolución.

La nota discordante fue el PCV, que ha resistido hasta el día de hoy asumir el rol histórico que le tocaría en suerte. Debatí con Figuera, con Ramón Padrón, con Carlos Ojeda, a quienes más allá de su militancia distinta a la mía los he considerado mis amigos, en lo personal y en lo político. Siempre creí —cosa que ya no creo— que el Partido Comunista, aun con su ortodoxia y a veces estrechez de miras, era una reserva estratégica importante por su disciplina, mediana cultura política e ideológica, y que sería en un escenario de unidad un aporte importante para fortalecer a los cuadros y militantes; pero como dijo Mariátegui hace más o menos 90 años: “Un partido de espaldas a su época, a las masas, no es en realidad un partido revolucionario; es un partido al viejo estilo, un partido que terminará extinguiéndose o sirviendo a la burguesía”, pues salvo algunos cuadros importantes de su estructura el PCV se reconcentró en sí mismo, sosteniendo la peregrina idea que para ellos —palabras de mi entrañable amigo Ramón Padrón— ese tema se resolvió el mismo 2007 cuando rechazaron el llamado del Comandante en Jefe, porque ellos son “el Partido de la Clase Obrera”. Perdieron su autobús y en los años de fundado el PSUV están cada vez más en la cuerda floja. Trataron de contraproponerle a Chávez un frente antiimperialista para mantener su gallito rojo —que se

lo traga la Bandera Roja de la revolución— y mantener la prosopopeya de sus ochenta años de existencia por encima de las necesidades político-ideológicas de la revolución; lo que no entendieron los ortodoxos es que el carácter antiimperialista lo resolvimos en el 2002. Más valor tuvo Schafik, que disolvió el PCS cuando la guerra y las negociaciones transformaron al FMLN en “un solo partido, un solo ejército”, y se convirtió en uno de los líderes fundamentales de sus coterráneos hasta su fallecimiento en el 2006.

Este anuncio nos obligó a convocar antes de las festividades una reunión ampliada de la Dirección Nacional de la FBT, para debatir la proposición del Comandante, evaluar la situación de la UNT y nuestros próximos pasos en el 2007. El debate se destacó por lo fuerte y porque frente al tema de la UNT no existía ningún acuerdo. La DN se dividió entre los “prolongadores”, que teníamos como tesis aprovechar la mayoría formal que poseíamos — 15 de 21 miembros de la Coordinación Nacional de la Central, liderados por Rodolfo Ascanio y por mí—; y los “liquidadores”, que argumentaban que estaba agotada la estructura, que no había acuerdo posible y era el momento de crear una organización verdaderamente clasista y revolucionaria, encabezada por Eduardo Piñate y Néstor Ovalles. Sin acuerdo en este punto, reflexionamos que nada nos obligaba a asumir una decisión apresurada, por lo tanto, convocamos un pleno nacional para ampliar este debate que a ratos se ponía sabroso; logramos estremecer las bases de la Fuerza, puesto que en todos los niveles de nuestra organización se rompieron los diques del sano debate que ha sido el sino de nuestra entrañable Fuerza Bolivariana de Trabajadores.

El pleno fue una réplica más grande del tempranero debate que habíamos dado en la Dirección, con igual resultado; la mitad del pleno apoyaba la liquidación y la otra mitad apoyaba el rescate de la UNT, en consecuencia, repetimos la dosis diciéndole a nuestros camaradas que el tema sindical no podía ser motivo para dividir la Fuerza, que no estábamos discutiendo los principios, que era una diferencia sobre la táctica y no sobre la política, toda vez que en el tema partido y plan existía unanimidad absoluta. Lo novedoso en

esta oportunidad estuvo en la proposición de Oswaldo Vera de que convocáramos a lo que llamamos el I Congreso Extraordinario de la FBT para enero del 2007, y suspendimos el debate.

Entre el 27 de diciembre de 2006 y el 27 de enero de 2007, en medio de los vapores decembrinos hicimos la proeza de organizar un Congreso por toda la línea, pensado para 800 delegados; por las expectativas que generó nos llevó a 1250, con invitados internacionales. Elaboramos los cuatro documentos para el Congreso y lanzamos al ruedo el debate de balance de la FBT.

Entretanto, el 5 de enero de 2007 al llegar a la oficina de José Ramón recibí una llamada de Oswaldo, citándome urgente a su oficina; cuando llegué estaban José Ramón, Néstor Ovalles y Rafael Chacón, y me comunican que en la madrugada de ese día el Presidente había llamado a José Ramón para ofrecerle el cargo de ministro del Trabajo. Al principio creí que era una joda de ellos, y cuando me di cuenta que era cierto le pregunté a José Ramón cuál había sido su respuesta; este me dijo: “¿Qué crees? ¿Le iba a decir que no?”. Solo le advertió que si él sabía su origen trotskista y lo que podía significar en su gobierno. El Comandante le agradeció su gesto y lo citó al día siguiente a su despacho a recibir sus primeras instrucciones.

Otra vez sentí que me quedaba sin piso: José Ramón se iba al Ministerio, Rafael Chacón se iba como su viceministro, Oswaldo no se decidía a apoyarme y Marcano, el suplente, tenía su propio equipo. Confieso que cometí el craso error de querer aferrarme a la estabilidad que daba el cargo y le insistí hasta la necedad a Marcano que me confirmara en el cargo de asistente de diputado; le dije a Oswaldo, a José Ramón, hasta que este me dijo: “Vale, quiero que te vayas como mi asesor al Ministerio”. Le pedí disculpas por mi estupidez y pude medir con claridad meridiana a qué atenerme en esos menesteres del “modus papendi”.

La verdad sea dicha y autocríticamente debo reconocer que hice mi papel de necio. Me había acostumbrado a no tener sobresaltos económicos y pensaba que eso duraría por lo menos los cinco años de diputación del amigo; y verme otra vez en la incertidumbre e

inestabilidad me llevó a esa surrealista postura de aferrarme al cargo en cuestión. Comprendí mi falsa posición y dejé correr, sabiendo, además, que tampoco existía voluntad política en los compañeros para reconocermé, y si ellos que me han acompañado desde hace mucho tiempo no ven mi valía, qué sentido tiene seguir neceando en busca de un cargo. Al final lo disfrutó una cuñada de Marcano; a ella no la critico, pero dice mucho del valor que este le daba a su relación con Caracas, conmigo y la política nacional. Todavía tengo dudas de si el gesto de José Ramón fue solidaridad o lástima ante la estúpida ansiedad que yo demostraba. Como quiera que sea, le agradezco al amigo y camarada su amistad y apoyo brindados.

Bastante compleja la tarea de armar una estructura ministerial. Se ha hecho costumbre que cada vez que el Presidente cambia un ministro se produce una estampida y lo que se genera es prácticamente un cambio de gobierno. Marcamos un hito en la erradicación de esa rutina que huele a la IV República. Cuando llegamos al Ministerio encontramos un hervidero: Dorado, a quien le recibió José Ramón, había dejado una estructura completa que nerviosa esperaba saber su destino. No llegamos haciendo tierra arrasada; el flamante nuevo ministro reunió a todo el tren ministerial y —salvo el Viceministerio del Trabajo, donde designó a Rafael Chacón; y el de Seguridad Social, donde ascendió al presidente del Inpsasel, Johnny Picone— ratificó al resto de directores. Paulatinamente comenzaron a abandonar el barco, pues esta no era su gestión y el estilo que imprimía nuestra administración chocaba con lo que hacían hasta entonces.

Mi primera tarea dentro del Ministerio consistió en organizar la delegación internacional para el I Congreso de la FBT; por lo atropellado, alcanzamos a convocar lo que pudimos: Joao Batista, de la CC de la CUT; Gustavo Codas, del sector mayoritario de la CUT; José Luis Tagliaferro, de Punto Rosso, mandado de emergencia por la CGIL de Milán; Ernesto Freire, de la CTC; y Francisco Domínguez, del VIC.

Nos dimos cita en la Universidad Bolivariana de Venezuela; prácticamente asaltamos sus instalaciones con nuestros 1.250 delegados. En 20 mesas de trabajo se debatieron los cinco puntos; dos de ellos pasaron sin mayor novedad para la coyuntura política del

momento, con un balance poselectoral y la atención al llamado a la conformación del Partido Socialista Unido de Venezuela, hecho por el Comandante en Jefe inmediatamente después de las elecciones y parte de la reflexión de todos los que abrazamos este proceso político. El punto que abordaba el balance de la FBT si bien no fue polémico en su desarrollo, dejó entrever el afán de algunos compañeros por cuestionar a la Dirección Nacional que funcionó hasta la instalación. Digo esto porque en cada acto de esa envergadura tenemos por costumbre poner a la orden de los delegados los cargos de todos y cada uno de los integrantes de la Dirección Nacional, y que estos en la clausura, luego del debate en las mesas de trabajo, designen la nueva dirección que nos rija hasta el siguiente Congreso; en las conclusiones se dejó colar ese ambiente de que era momento de sustituir a la DN. El otro punto —y este sí muy polémico— era el relativo a la UNT: si permanecíamos en ella o fundábamos otra central.

Como ocurrió en todas las instancias de nuestra organización, las opiniones estaban muy divididas; alrededor de la mitad de los delegados pujaron por permanecer dentro y la otra mitad por salir. Los polemistas —o sea Eduardo, Oswaldo y yo— desde la mesa directiva veíamos a nuestros camaradas enconadamente defendiendo una u otra posición; el auditorio se caldeaba cada vez más, por lo cual asumir cualquier decisión en este Congreso, en uno u otro sentido, hubiera podido significar un cisma de proporciones incalculables para la FBT y su futuro. Las cada vez más exacerbadas posturas obligaron a hacer una fortísima intervención, pues los que debatían no podían entender que Eduardo y yo, que teníamos posiciones contrarias, estábamos más bien bromeando y riéndonos en notoria fraternidad. Oswaldo arrancó diciendo que no entendía el porqué de tan obcecadas posiciones, que solo debatíamos un elemento de la táctica y no una posición que exigiera ruptura de principios; si no que nos observaran a Eduardo Piñate y a mí que teniendo —como ya dije— posiciones distintas, no habíamos convertido nuestro Congreso en un torneo para ver cuál postura ganaba en el debate. Esa oportuna intervención aplacó los ánimos de los delegados, lo que aprovechó Oswaldo para votar las conclusiones de nuestro I

Congreso Extraordinario de la FBT. Punto número uno: estamos en una coyuntura de ascenso revolucionario y la Revolución Bolivariana había salido fortalecida de las elecciones presidenciales de 2006, con la señal de costumbre: ¡Aprobado por unanimidad! Punto número dos: en atención al llamado realizado por el Comandante en Jefe y Líder de la Revolución Bolivariana de formar parte de los promotores de la construcción del Partido para la unidad de los revolucionarios: ¡Aprobado por unanimidad! Dentro del mismo punto la —hasta ese momento— denominada Fuerza Bolivariana de Trabajadores, asumiendo el espíritu del llamamiento del Presidente, pasa a llamarse desde este Congreso “Fuerza Socialista Bolivariana de Trabajadores”: ¡Aprobado por aclamación!

En ese momento Oswaldo Vera plantea que quedan tres puntos por acordar: el balance de la FBT, ahora FSBT; el plan de trabajo para el año 2007, y el punto relacionado con el tema de la central. Pero como hubo compañeros que manifestaron su inconformidad con la Dirección Nacional, para poder llevar adelante el plan que aprobara el Congreso había que elegir una nueva dirección antes de votar el resto de las conclusiones, así que los que estuvieran de acuerdo con remover a la DN, con la señal de costumbre: ¡Negado por unanimidad! Ni los proponentes de ese punto votaron por cambiar a la Dirección. Sin embargo, Oswaldo, como para que no quedaran dudas, se dirige nuevamente a los delegados: “Los que ratifiquen la Dirección Nacional, hacerlo con la señal de costumbre: ¡Aprobado por aclamación!”. Varios de los que vi en esos tres días cocinando entre las mesas, y en tertulia con los delegados para promover el cambio de Dirección, eran los que más aplaudían nuestra ratificación. Quedaba el tema de la UNT y el plan; dependiendo de esa decisión tendríamos o no plan. Oswaldo ratificó que el tema de la Central estaba crudito; no existía comprensión en cuanto a la necesidad de producir una estructura más acorde con los tiempos que vivíamos, por tal razón nada nos obligaba a salir de ese Congreso con una decisión en ningún sentido, en consecuencia, proponía que en vez de asumir ese día si nos íbamos o no de la UNT, el Congreso se pronunciara por abrir ese debate en todos los niveles

y aliados, y dejar para más adelante — en un pleno nacional u otro congreso— la decisión definitiva sobre el tema. Con la señal de rigor: “Los que estén a favor: ¡Aprobado!”. El auditorio se vino abajo en gritos y aplausos; los que minutos antes estaban a puntico de irse a las manos se abrazaban emocionados por semejante final. Volvió la fraternidad, se restauró la confianza en el futuro y cerramos este Congreso cantando “La Internacional”.

En la apertura había hablado por los internacionales Gustavo Codas, quien causó buena impresión a nuestros camaradas, y en la clausura nada más simbólico: nuestro compañero Ernesto Freire en nombre de la Central de Trabajadores de Cuba, quien elogió la calidad del debate y la madurez de los delegados, enriqueciendo las conclusiones y arribando en momentos de confrontación a la más sabia decisión, y nos auguró el mayor de los éxitos en nuestra política.

Al salir de la UBV, los compañeros internacionales pudieron ponderar de buena mano el empeño que le pusimos a la convocatoria, organización y desempeño del Congreso, y para nuestra satisfacción compararon este evento con el fallido intento de nueve meses atrás.

Creo que la sagacidad política de Oswaldo Vera, quien pudo contener la vehemencia de los camaradas y la unidad monolítica de los cuadros dirigentes — que no significa en ningún momento ausencia de debate o diferencias— permitió conjurar una situación que a ratos se pudo poner delicada sin la sabiduría que entre todos pusimos para fortalecernos. Por varias vías nos pudimos enterar de que de la UNT habían infiltrado el Congreso para saber en qué estábamos y, en algún caso, intentar sembrar cizaña en nuestras filas. Simplemente no pudieron. A estas alturas podemos decir que contra la FSBT “es el que puede, no el que quiere”. Pudimos salir airoso de esta magnífica prueba de madurez política y la estatura de cuadros y dirigentes que sorteamos sin traumas esta situación, preparándonos para las nuevas batallas.

En ese febrero, y producto de nuestro Congreso, me tocó en calidad de asesor representar al ministro en una reunión petrolera que se realizó en Ciudad Ojeda, Costa Oriental del Lago en el Zulia, donde hablamos por primera vez de la unificación del sector y me

tocaba vencer las resistencias de las cabezas visibles de las tres estructuras sindicales petroleras: Sinutrapetrol, fundado por nosotros en el 2001 con delegados designados por las bases como una política para romper el monopolio de las federaciones dominantes, presidida por Wills Rangel; Fedepetrol, que en alianza con Rafael Rosales y Oswaldo Caibet, nos permitió derrotar el propio 2001 al golpista Carlos Ortega; y Fetrahidrocarburos, que con Freddy Alvarado logramos desalojar al viejito Machado, quien la había presidido desde su fundación en principios de los 60. Fue un parto difícil, pues poner de acuerdo a tres presidentes, tres estructuras y un archipiélago de sindicatos se convirtió en la tarea de primer orden. Debo reconocer que una vez acordados logramos unificarlos y crear la Futpv, que hoy por hoy es el ejemplo a seguir por otros sectores que están divididos en mil pedazos.

Conversando con José Ramón, estuvimos revisando el tema internacional y llegamos a la conclusión que una de nuestras tareas iniciales a consultar con el Comandante era establecer relaciones formales con los cubanos. No quiero emitir juicio de valor, pero nunca he entendido que mientras todos los ministerios poseen excelentes relaciones con sus homólogos cubanos, el Ministerio del Trabajo haya dejado este tema de lado, además, sabiéndose que para el Presidente es un tema muy sensible. Acordamos establecer un primer contacto y a través de mis relaciones concertar una entrevista con el embajador Germán Sánchez Otero. Inmediatamente llamé a Felipe, de la oficina de la Embajada; el mismo con quien coordinamos aquella primera monstruosa delegación en el 2001 y montamos juntos el primer encuentro entre ambos. Los objetivos: poner a la orden nuestra gestión al desarrollo de convenios en el área laboral y seguridad social, establecer una relación mucho más estrecha entre ambas instituciones ministeriales del trabajo, y programar —previa autorización del jefe— la primera visita oficial a La Habana de un ministro del trabajo venezolano.

José Ramón estaba bastante emocionado, desde el 2001 no iba a Cuba y me pidió que arreglara con los compañeros poder quedarnos en el Hotel Nacional en el Vedado. Si algo caracteriza al amigo es su

sencillez para las cosas, por ello pidió que su boleto saliera como el nuestro en clase económica y no en primera clase como se estila en estos casos. Llegamos a La Habana y cuando descendíamos del avión se produjo un atasco. José Ramón me pregunta por qué no avanzábamos; echó un ojo y me dice: "Parece que están esperando un personaje porque veo algo protocolar en la escalerilla. En eso aparece el inefable Gerardo, preguntando si en ese vuelo no estaba el ministro del Trabajo de Venezuela; al verlo le hice señas y le dije: "Encárgate de él, que yo me encargo de los demás"; a los efectos, Néstor Ovalles, por la Escuela de Cuadros; y Rubén Molina, Director de Relaciones Internacionales del Ministerio. El señor era él mismo, que salió riéndose. Nos presentaron a la comitiva que nos esperaba, encabezada por el ministro del Trabajo de Cuba, Alfredo Morales, y con él Ernesto Freire de la CTC y personal de su ministerio. Lo primero que le pedimos al ministro fue que no nos llevaran al Laguito, que preferíamos el Hotel Nacional. Alfredo nos dio toda su comprensión, pero nos pidió el sacrificio de aceptar el hospedaje propuesto por ser esa la primera vez que los ministros del Trabajo de Cuba y Venezuela se reunían; por dicha razón nos pedía encarecidamente que no lo desairáramos, pues como le decía él a Raúl que no nos dieran la atención debida. Por lo bajito, JR me dijo que pensaba que estaba arreglado y le respondí que yo también, pero con el protocolo cubano no hay quien pueda, así que resignación y pa'l Laguito.

Al día siguiente se dio en el salón de reuniones del Ministerio la primera cita entre ambos organismos. Como todo acto protocolar, en un extremo Alfredo Morales y su comitiva, con las banderas de Cuba y Venezuela; y en el otro, José Ramón Rivero y su equipo. Abrió fuego el ministro cubano, presentando a su Viceministro y Directores. Le tocó el turno al venezolano y comenzó: "Néstor Ovalles, representante del Instituto para la Formación Socialista de los Trabajadores "Daniel de León"; Rubén Molina, director de Relaciones Internacionales del Mintrass; y cuando va a presentarme lo atajó Alfredo Morales diciéndole que yo no necesitaba presentación, puesto que Jacobo Torres es de la casa y nuestro gran amigo. José Ramón me vio asombrado y yo, con pena, me encogí de

hombros tratando de decirle que así eran mis cosas con los cubanos. En el ínterin José recibe una llamada y me dice que después de la reunión debemos hablar. La curiosidad me carcomió el resto de la reunión; al salir para nuestro almuerzo no me aguanté y le pregunté qué ocurría, me hizo un gesto contrariado y me dejó entendiendo. Cuando estuvimos solos me recriminó por mi atoro, que esas cosas no se ventilan frente a terceros, me calé mi regaño pero le insistí en que me sacara de la curiosidad. El caso era que Nicolás Maduro lo había llamado para solicitarle que le cediera a Rubén Molina para la Cancillería, por esto me tocaba a mí conseguir un nuevo director para internacionales, bajo la amenaza que si no tenía al designado para el cargo tendría que asumirlo yo.

Con esa advertencia a costas le pedí su teléfono y llamé a Drany Pamphill, que era la persona idónea para esta responsabilidad; como coordinadora del VI FSM lo había hecho impecablemente, goza de mi infinita confianza y conoce mejor que muchos el tema internacional. Fue un baño de agua helada cuando me dijo que estaba trabajando no sé dónde diablos, y que dándome las gracias por mi interés tenía que declinar la oferta. JR me preguntó por la gestión y le pedí un tiempo para resolverlo. Se rió aviesamente y me recordó que si al llegar a Caracas no tenía director, iba a ser yo el encargado de ese despacho. Al quedarme un rato solo volví a llamar a Drany para casi rogarle que no me hiciera eso, pues si ella no aceptaba me tocaría en suerte sustituir a Rubén. Me dijo, con lo odiosamente encantadora que se pone cuando te quiere joder, que le parecía perfecto mi nombramiento y que ella podía ser mi asesora. Le dije, casi gritando, que era al revés: ella directora y yo asesor, puesto que ya lo era del Despacho del Ministro. Sin conclusión salimos de La Habana; tuve la suerte que como en esos días se celebraba la Cumbre Cuba-Venezuela en La Habana, José Ramón — a sugerencia de Nicolás — se tenía que quedar en la ciudad. Drany por fin aceptó el cargo. Normalmente me hace eso; me mantiene por días esperando su decisión cada vez que tenemos que hacer algo juntos, para terminar aceptando lo que le proponga y desarrollarlo con esa capacidad que despliega en cada cosa que hace.

En sus manos puse lo que se acordó en La Habana entre ambos ministerios del trabajo: varios convenios de colaboración y el ingreso por la puerta grande del Ministerio del Trabajo al convenio Cuba-Venezuela. Como dijo Alfredo Morales: entramos de último en esta estrecha relación diseñada y edificada por nuestros Comandantes en Jefe Fidel y Chávez.

Una cosa que todavía me emociona al recordarla fue el gesto de mis compañeros de la FSBT al proponer mi nombre para recibir la Orden Mérito al Trabajo en Primera Clase para ese 1° de Mayo, en reconocimiento a mi actividad destacada en la recuperación del poder en el 2002 y mi actividad en el enfrentamiento a la contrarrevolución durante el paro petrolero.

Es tradición que a los trabajadores en vísperas de esta fecha se condecoren fundamentalmente por antigüedad en sus tres clases. En esta oportunidad José Ramón redefinió el concepto y lo abordó desde la propia revolución: la primera clase para aquellos que se destacaron en la recuperación del poder en abril de 2002, a cinco años del suceso; la segunda clase para los que se destacaban en las misiones sociales venezolanas, y la tercera clase para las personas con discapacidad que luchan contra la exclusión y por sus derechos.

Mis amigos, que son bastante cómicos, me bromeaban porque según sus malhablados comentarios en mi caso debería recibir esa condecoración por partida triple, pues estuve en los hechos del 2002; en esos días era estudiante de la Misión Cultura —a la que debo poder escribir estas páginas—, donde me gradué de Licenciado en Educación, mención Desarrollo Cultural; de paso es harto conocida la atrofia que tengo en el brazo derecho desde que nací, producto del difícil parto que casi le cuesta la vida a mi madre y a mí mismo. Por tales motivos cumplía los tres requisitos fundamentales para hacerme acreedor de la Orden.

El día de la imposición los condenados compañeros míos hacían apuestas sobre cómo aparecería en el acto. Pues también es sabido que he sido enemigo toda mi vida de la etiqueta y el boato; normalmente ando por la vía en pantalón mezclilla, camisa y zapatos deportivos, cuando no en sandalias, por eso en todo el piso 5 del

Ministerio esperaban verme para llegar al acto. Puedo decir con absoluta satisfacción y placer que todos, toditos, todos, perdieron sus apuestas. Me aparecí bien afeitado, barbita recortada y acomodada, empaquetado en un liqui lique negro que había mandado a hacer para el matrimonio de Natalia, una de mis hijas, y que no estuvo listo para esa ocasión, y lo estrené en este memorable acto.

Cuando el Presidente me va a imponer la medalla de la Orden, me abraza y dice: “Carajito, has sido bien valiente en tu vida”. Le respondí, medio tartamudo de la emoción, que siempre había podido contar conmigo desde los tiempos de la rebelión en 1992, y que contaría conmigo siempre. Mientras me abrazaba por segunda vez, le recordé nuestra conversación en La Habana tres años atrás, diciéndole que de seguro no se acordaría de esa plática; me sorprendió cuando me dijo: “Claro que me acuerdo, ¿dónde están tus hijos?”. Los señalé y el Comandante, llevándose el puño al corazón, los señaló a su vez y realizó un gesto de abrazo como para abarcar a los dos, y me volvió a abrazar dándome las gracias por mi valor y mi lealtad.

A José Ramón Rivero, quien propuso esta condecoración; a Rafael Chacón y a Oswaldo Vera, quienes lo secundaron, y al Presidente por imponérmela, les tendré siempre gratitud, pues, la verdad verdadera, uno no calcula las acciones o conductas esperando réditos de ellas, se hacen porque se tienen que hacer. Pero al agradecer este reconocimiento de mis camaradas, digo también que de cada circunstancia histórica han salido de sus albañales los oportunistas que medran de la política y actúan cuando esta los pueda beneficiar y no por la necesidad del momento político, para salir después regodeándose de lo que muchos hicieron y que ellos se ganan, como dice el refrán: “Ganan indulgencias con escapulario ajeno”. En consecuencia, ese 30 de abril al recibir mi medalla y condecoración, en silencio pensé en aquellos que como otros “subterráneos de la libertad” han luchado en silencio; héroes anónimos de nuestra rica historia revolucionaria que merecen tanto o más que yo el reconocimiento de los compatriotas, y no esta pléyade de oportunismo que quiere enseñorearse de lo que hacen otros.

Esta sería la última versión de la condecoración. A partir del concepto de premiar y reconocer el mérito al valor, a los aportes al proceso y al esfuerzo, José Ramón, bajo la orientación del Comandante y nuestros aportes, la transformó en algo de mucho más valor moral. Orden Alfredo Maneiro sustituyó a la 1ª clase, Orden Antonio Díaz “Pope” la 2ª clase, Orden Pedro Pascual Abarca sustituyó a la 3ª clase, y dos más en reconocimiento a la mujer trabajadora, a la mujer luchadora, a la que hace que la revolución valga la pena: la Orden Carmen Clemente Travieso, 2ª clase; y Orden Argelia Laya, 3ª clase. Lástima que no tuvimos la oportunidad de ser los ejecutores de este reconocimiento simbólico a nuestros hermanos y hermanas, que en el trabajo político, social o de formación se destacan en nuestra lucha cotidiana.

En mayo de ese año, y en vista de no haber representación genuina de los trabajadores, se conforma una delegación para la Conferencia de la OIT encabezada por Joaquín Osorio, dirigente nacional de Fetraelec y, en mi opinión, uno de los cuadros político-sindicales más experimentados de nuestros tiempos. Llevaba la misión de ser el delegado de los trabajadores y marcar la política de Venezuela en este evento anual que congrega en Ginebra la “flor y nata” del sindicalismo, de los gremios empresariales y gobiernos del mundo. Éramos un ente extraño en ese espacio donde se da cita la más variada burocracia internacional. Apoyados por los hermanos de Cuba, Brasil y Argentina, fuimos a dar una batalla más en nombre de nuestra revolución, y a tratar de revertir lo que desde 1999 es nuestro rosario ginebrino: la acusación a nuestro país por violación a la libertad sindical y qué sé yo cuántas cosas más. Es bueno destacar que la representación de los trabajadores en la OIT es muy marcada por la relación del sindicalismo internacional con la CTV y sus voceros. La Ciols y la CMT primero, y luego la unificada CSI, se han convertido en defensoras seculares del bandidaje de la CTV, que lo que no puede lograr en nuestro país trata de revertirlo desde estas tribunas. Venezuela tenía otro ingrediente: frente al asesinato sistemático de dirigentes sindicales en la hermana Colombia, pasó a ser moneda de canje para estos capitostes. Mientras hay un promedio de 168 dirigentes sindicales asesinados

por el paramilitarismo y, por ende, el sanguinario gobierno de Álvaro Uribe, presionaban para que no se condenara en este Foro a Colombia, por lo cual sacaban a Venezuela si se avenían a no presentar a Colombia. Así fue desde 1999. En el 2007 Joaquín llevó como misión denunciar este tejemaneje detrás del telón y exigir, en nombre de nuestra delegación, la paz negociada para nuestros hermanos neogranadinos. Fue el escandalazo, pues nadie esperaba esta reacción.

En esta misma conferencia tuvimos la oportunidad de conversar con diferentes organizaciones, y una de las misiones que yo llevaba era desenmascarar a un personaje que le pusieron como acreditado de contrabando a los compañeros de la Federación Sindical Mundial; se trataba de un dirigente del sector construcción del estado Bolívar, quien llegó a Ginebra de la mano de Marcela Máspero y esta lo acreditó a través del Cepustal, un organismo de la Federación Sindical Mundial (FSM) que servía para eso: ganar delegados en la Conferencia. Antes de mi llegada con el expediente policial del personaje, Rafael Chacón, en reunión con la delegación venezolana en pleno, en su cara lo acusó de que sabiéndose solicitado por la justicia venezolana se había refugiado en Ginebra, y que no toleraríamos esa conducta delictiva en nuestro seno. Cuando llegué, sintiéndose descubierto desapareció del mapa. En la recepción que José Ramón le ofreció a las delegaciones amigas de Cuba y Bolivia aproveché la oportunidad y le hice entrega formal a Ramón Cardona, coordinador de la Secretaría de la FSM para América Latina; y a Joaquín Bernal, coordinador de Cepustal y acreditador del delincuente, de su expediente completo y los alerté de que si eso se conocía le podría hacer daño a la imagen de la FSM y en particular de sus dirigentes cubanos. Marcela, luego de nuestra llegada, se borró del mapa; no la volvieron a ver por los predios de la Conferencia.

Las conclusiones de la Conferencia de la OIT no pudieron ser más halagüeñas para nosotros; los distintos grupos de trabajadores soportaron la presión y por primera vez, desde que Chávez asumió el gobierno, Venezuela no aparecía en pantalla ni en la comisión de

normas ni en la de libertad sindical. Fueron oportunas las acciones de Drany como vocera de nuestro gobierno y la coordinación con las distintas delegaciones sindicales, sobre todo las latinoamericanas, que hicieron bloque para proteger a Venezuela en este escenario tripartito internacional.

En mi caso, al culminar la Conferencia en Ginebra salí para Milán a una reunión con los camaradas de Punto Rosso. Me esperaba en el aeropuerto mi viejo amigo José Luis Tagliaferro, con muchas noticias y con actividades en las que me vería involucrado en respaldo a la revolución y a la actitud con la que tanto Tagliaferro, como Giorgio Riolo y José Luis del Roio, les tocó en una controversia con los compañeros editores de *Liberazione*, el periódico de los comunistas italianos, y con dirigentes del propio partido de la Rifondazione Comunista.

Desde nuestros inicios, por los poco ortodoxos métodos y formas de lucha con los que la Revolución Bolivariana ha construido su referencia política, por el liderazgo también poco ortodoxo del Comandante en Jefe Hugo Chávez, que no viene de la izquierda comunista tradicional ni de la izquierda insurgente de las décadas de los 60 y 70 del siglo XX, sino que procede del sector castrense de la sociedad, ha despertado como ya hemos dicho la suspicacia de la vieja guardia. Desde el golpe de Estado de 2002 en América Latina se superaron estos prejuicios por el origen del Comandante o por la forma tan heterodoxa con la que arribamos al gobierno en 1998. Sin embargo, en Europa este proceso de reconocimiento ha sido mucho más lento; lo atribuyo a la posición “eurocentrista” que priva en la cultura europea y de la cual no se escapa su izquierda, y por los prejuicios político-ideológicos que despierta una gestión que rompió con las tradiciones “revolucionarias” aceptadas como verdades impolutas y monolíticas hasta entonces.

Cuando llegué a Milán me esperaban con ese par de piedras. En el periódico del partido habían sacado una serie de artículos, acusando a Venezuela de poco democrática y a Chávez de dictador populista. Del Roio, apoyado por sus compañeros de Punto Rosso, atacó duramente lo que acusó de ser una postura vil y reformista

y exigió una reparación pública tanto del periódico como de la Dirección del partido. Llegué a Italia en lo más enconado de esta diatriba que amenazaba la realización del acto de conformación de la Izquierda Europea en Italia; un proceso bastante interesante, que me hace recordar mucho la propuesta de nuestro líder, de que la fundación de un partido nuevo trascendía las agrupaciones políticas tradicionales e iba al encuentro de los movimientos sociales que, como ya hemos dicho, se refugiaron en organizaciones de la sociedad para resistir los embates del derrumbe del bloque socialista y el avance arrollador del neoliberalismo.

Viendo una oportunidad de poner las cosas en su lugar y exigiendo una disculpa pública de los dirigentes comunistas involucrados, Del Roio les impuso —sabiendo que yo llegaba a Milán— que un dirigente de la Revolución Bolivariana participara en la clausura con un saludo de Venezuela. Según me contaban Tagliarferro y Giorgio, fue muy tenaz esta discusión interna de los italianos, por lo cual llegaron a una transacción de compromiso. Del Roio dejaría las cosas hasta ahí y se me permitiría saludar la conformación del capítulo italiano de esta organización europea.

Mi traslado a Roma lo financiaron los compañeros, pues yo estaba con mi compañera Nohelia y estaba con las justas de dinero; me mandaron a Venecia a pasar un día de descanso, mientras preparaban mi entrada triunfal en la Roma milenaria. En tren llegué a la ciudad y esa misma noche me reuní con Del Roio y parte de los compañeros del movimiento Socialismo siglo XXI, que agrupaba a los camaradas de Punto Rosso y otras agrupaciones de la izquierda italiana, presentes en este cónclave político. Mi mayor sorpresa fue que aparte de mí no había invitados internacionales en el evento. Salvo un saludo en video del partido alemán Die Linke, el saludo internacional correría por cuenta mía.

Aproveché los 10 minutos de que disponía para hacer un esbozo de la realidad venezolana, el empeño de los trabajadores en desarrollar el socialismo, afincándome en el derecho a tener la irreverencia de lo nuevo y a hacer una revolución que se pareciera a los venezolanos, hecha por venezolanos, para los venezolanos

y que sirviera al resto de nuestros compañeros de otras latitudes, con nuestra resistencia y nuestra decisión de vencer. Cerré mi intervención recordándoles a mis camaradas que el gran reto de los revolucionarios es hacer revoluciones de estos tiempos y con las características de cada país, con su cultura, su idiosincrasia y esperanzas. Recordé también que en Italia existía una gran colonia de venezolanos, hijos de aquellos inmigrantes que en las primeras décadas del siglo XX fueron detrás de un sueño a mi patria, por lo tanto, invitaba a mis hermanos italianos a acompañar la buena nueva y, recordando el debate del compañero Del Roio, invitaba a quien tuviera dudas de mis palabras a que se echara una pasadita por Venezuela y conociera, de primera mano, lo que acontecía en esa patria en permanente rebelión. La ovación fue cerrada; de pie, el auditorio me despidió con gritos y aplausos que me llegaron al alma. La tarea había sido cumplida y salí mejor parado de lo esperado, no solo en defensa de lo nuestro, sino en dejar bien a los amigos que levantaron su voz en nuestra defensa.

Terminado el evento fuimos a comer con José Luis y nos dimos un lujo al que pocos tienen acceso. Del Roio, antes de ser senador romano, en su dilatada vida de lucha fue seminarista y guerrillero, con una cultura infinita y un conocimiento y mordacidad que ilustra años de lucha con Carlos Marighella enfrentando la dictadura en Brasil; con Luis Carlos Prestes, rescatando el archivo del movimiento obrero brasileño y la memoria histórica de sus luchas; pasó por Argelia hasta parar con sus huesos en Milán, donde se radicó definitivamente vinculado a Rifondazione Comunista y a las luchas de los movimientos sociales alrededor del mundo. Con ese privilegio de tenerlo como guía, nos llevó a conocer los recovecos que sospecho que ningún turista conocerá en sus visitas a Roma. Nos explicó con lujo de detalles lo que significa el Túmulo de Adriano, famoso panteón del emperador, y las callejas que ilustran los libros sobre la Roma Imperial. De hecho, él vive en uno de esos mágicos callejones del centro romano.

Después de este espléndido recorrido, con aire misterioso me dice que lo acompañe a un evento que se realizaría en la Plaza de

la Basílica de San Juan de Letrán, primera sede papal antes de la consagración del Vaticano. Cuál no sería mi sorpresa y el respectivo escándalo de Nohelia cuando nos encontramos en una de las mayores manifestaciones de homosexuales, transexuales, lesbianas, travestis, prostitutas y bisexuales de Europa; alrededor de 200 personas congregadas en el enorme círculo de la plaza, mientras en la tarima arengaban senadores y diputados de la izquierda pertenecientes a esta corriente. Confieso que muchos de mis prejuicios salieron a flote, pues Del Roio me invitó a dirigirme a la concentración y yo no hice más nada que pensar que eso podía salir en CNN, y si estaba tan salado, capaz que saltando el charco alguien me viera: quién se calaba la consecuente jodedera que me montarían mis compañeros en Caracas o de cualquier parte de Latinoamérica, así que me abstuve de participar en tan colorida manifestación del orgullo gay europeo. Él se encogió de hombros sospechando mis reservas y se dirigió a la tarima, mientras Nohelia y yo paseábamos por los alrededores observando los acontecimientos y las festivas manifestaciones de la multitud de lo que se llama ahora “diversidad sexual” y se defiende como un derecho humano.

De regreso a Milán para preparar nuestra partida de Italia, en una memorable noche Tagliaferro nos agasajó con un pulpo cocinado y degustado en la terraza de su acogedora casa milanesa, y con él resumimos nuestra estadía y futuras acciones conjuntas. José Luis se merece una mención especialísima; es uno de esos sobrevivientes de la gran aventura del Che en los 60. Escapó a la muerte siendo el único que quedó vivo de una columna de ochenta hombres de FAL-Che en Argentina; toda su vida se ha atormentado por haber salido con vida, recordando a sus camaradas muertos en estos intentos emancipadores que han costado miles de hombres y mujeres en toda nuestra aguerriada historia revolucionaria. Me marcó por su sencillez y los conmovedores sentimientos de depresión y dolor que lo han acompañado desde siempre. Esa noche me contó una historia sobre los padres de uno de los compañeros desaparecidos durante la dictadura, que luego de 30 años

su madre todavía mantiene su habitación tal cual la dejó cuando lo detuvieron, y su padre mantiene, a su vez, la bicicleta de su hijo donde solía dejarla en vida; esa imagen se me quedó grabada en la memoria como el ejemplo vivo de la esperanza. Cada vez que lo cuenta, a Tagliaferro se le quiebra la voz y le brotan lágrimas de dolor revueltas con la impotencia de seguir vivo y sus camaradas muertos o desaparecidos. Me confesó que ha cargado todos estos años con ese pesado fardo, y solo ha sentido alivio al surgir la Revolución Bolivariana y la esperanza que ha despertado este nuevo comienzo, esta nueva oportunidad para que surja la vida, para que renazcan los sueños. Me dijo que si Venezuela fracasaba, no tendría sentido seguir viviendo, pues despertando de su larga depresión no tendría valor de volver a la oscuridad de sus últimos años. Bellas y amargas palabras que todavía me estremecen, porque menuda tarea para nosotros sostener nuestra revolución y la prohibición de fallar, como dijo Ribas en 1814 (sin ser panfletario, por favor): "No tenemos opción entre vencer o morir, necesario es vencer". Entre uno y otro traguito de grapa, a pesar de lo que acabo de decir desterramos la tristeza e hicimos de la despedida de Italia un pequeño y alegre homenaje a la vida, pues José Luis tiene un endiablado humor muy argentino, con aderezos italianos que alegran el corazón y ayudan al acervo de chistes de quien tiene la dicha de compartir esos gratos momentos con él y su familia.

En julio un José Ramón Rivero muy solemne me convoca a una reunión en su despacho para asignarme una tarea que terminó convirtiéndose en la mayor diversión de ese tiempo. Para los que han militado en la izquierda venezolana, me creé, sin querer, fama de estalinista. Desde siempre mis debates con el trotskismo han sido de antología, lo cual me obligó siempre a profundizar mis lecturas de Trotsky para poder combatirlos mejor. Aprendí de estas lecturas lo que significó este personaje en la historia de la Revolución Rusa, pero leyéndolo también me convencí de algo que ya está escrito; me fascina Trotsky pero no soporto a los trotskistas, aunque debo reconocer que varios de mis mejores amigos como Chacón, Rivero, Cepillín, Pelo e' Cochino, vienen de esa corriente ideológica.

Por consiguiente, era toda una ironía que a quien ha combatido a los trotskistas toda la vida le encomendaran la misión de montar el aniversario del asesinato de León Trotsky el 20 de agosto de 1940. Tarea nada fácil, toda vez que la inmensa mayoría de los trotskistas contemporáneos son adversarios de la Revolución Bolivariana, y por mis poquísimos vínculos con ese sector internacional. Salvo Luciana Genro y su grupito, mi mala experiencia con los argentinos del MST hacía más complicada mi misión. Por intuición contacté a una columnista frecuente de *Aporrea*, autodeclarada “trotskera” más que trotskista, pero era uno de esos raros especímenes que nacen cada tanto en este mundo; se trata de Celia Hart Santamaría, cubana, hija de dos leyendas de la Revolución cubana: Armando Hart y Haydeé Santamaría. Ya solo su condición de cubana le agregaba un atractivo, pues si algo condenó Cuba en su proceso fue precisamente al trotskismo militante de la época. Y gracias a Celia, el nieto sobreviviente de Lev, Esteban Volkov; aproveché la oportunidad para incluir al compañero y entrañable amigo Ricardo Napurí y a Modesto Emilio Guerrero, otro espécimen extraño en la fauna del trotskismo contemporáneo.

El concepto del evento también fue todo un tema, pues sin la tradición de ellos se me escapaban detalles que me señalaban Chacón y José Ramón. Para mí, parafraseando al caricaturista y político mexicano Rius, quien editó en una de las joyas de su colección de libros de caricatura política una biografía de León Trotsky, titulada “El Diablo se Llama Trotsky”, en abierta alusión a los años de tergiversación de su pensamiento político y sus aportes a la revolución mundial; para José Ramón eso era ofensivo y proponía algo más reivindicador de su héroe.

El tercer escollo se componía de los enfrentamientos de la ultraizquierda a la gestión ministerial, razón por la cual nos echaron basura con ventilador porque cómo es posible que un hereje y un estalinista le rindieran homenaje a su mentor ideológico.

Salvados estos problemitas, el 20 de agosto de 2007 en la Sala José Félix Ribas del TTC nos dimos cita los mencionados para hablar del revolucionario, de su suerte en manos del estalinismo, y

de la realidad teórica actual y la realidad política. Para más insulto a los trotskistas fui el presentador y moderador de la actividad. Presenté a Volkov, que nos emocionó al contar su odisea y narrar los últimos días del líder; luego Modesto hizo una reláfrica política sobre los aportes de Trotsky a la lucha contemporánea, y el plato fuerte: Napurí y Celia, que desde sus posiciones abrían un abismo entre la conducta ultraizquierdista de los trotskistas del presente y un magnífico análisis de la Revolución Bolivariana a la luz de la revolución permanente. En mis cinco segundos diarios de sano sectarismo hice gala de mis conocimientos sobre Trotsky, cómo llegó a México, la hospitalidad del general Lázaro Cárdenas, y sus relaciones con gente como Frida Khalo y su marido, el pintor y muralista mexicano Diego Rivera.

A veces por buscarle la lengua a José Ramón, quien terminó por no pararme bolas, me acercaba a su oficina y dada mi condición de afamado estalinista era toda una contradicción conmemorar el asesinato de León Trotsky; por eso le propuse que mientras él conmemoraba el aniversario, me permitiera a mí celebrarlo como correspondía a mi fama y así quedábamos todos en paz. El chiste funcionó una sola vez, después entendió que era pura broma.

Lo que mucha gente no ha entendido de lo que hicimos aquel 20 de agosto es que el gobierno revolucionario de Hugo Chávez Frías ha sido el único gobierno de este mundo que ha homenajeado a León Trotsky desde su expulsión de la URSS en 1929, pasando por su rehabilitación en 1989 hasta nuestros días. Y sospecho que nadie más se atreverá a hacerlo, pues a estas alturas, aparte de mal utilizar su nombre, cuando muera Volkov, Trotsky será un muerto con pocos dolientes.

Ese septiembre me tocó mi segundo viaje a Londres, esta vez para la Conferencia anual de la TUC. Lo menciono porque me encontré otra vez con los amigos de Hands Off Venezuela, me tropecé con una política y un discurso que en nada se parecía a lo que pasa en Venezuela. Discursos como cogestión, control obrero y otras hierbas aromáticas adornaban un evento que, a fuerza de desinformación para el público británico, se daba como palabra cierta. A través del

Venezuela Information Center, encabezado por Gordon Hutchinson y Francisco Domínguez, dimos una batalla contra la desinformación de la BBC y los principales medios de la derecha europea e internacional, y contra la deformación que desde la izquierda trotskista pretendía una revolución proletaria en un país que recién comienza a echar las bases de su proceso. En esta visita tuve el privilegio de pernoctar nada más y nada menos que en el Bolívar Hall, la casa de Francisco de Miranda donde una vez recaló nuestro Libertador en busca del Héroe de Pensacola, el Generalísimo de la Revolución francesa. En esta oportunidad me acompañó Miguel González, el muy apreciado Chachán. Estuvimos en Brighton en la Conferencia y junto con la compañera del Sindicato de Salud de Cuba hablamos del titánico esfuerzo que ha realizado la Misión Barrio Adentro, con el concurso de más de 20.000 médicos cubanos que en nuestro país atienden más de 20 millones de compatriotas, y aun así mantener las legendarias condiciones de salud pública y seguridad que disfruta la mayor de las Antillas desde hace 50 años. Hablé, por supuesto, de las agresiones a las que sistemáticamente nos somete Estados Unidos y sus aliados. Mientras decía esto, Francisco me advirtió que tuviera cuidado porque en el evento estaba presente el agregado laboral de la Embajada estadounidense, que acudió solo para escuchar mi intervención y tomar debida nota de mis planteamientos. Sin cuidado alguno narré estos tópicos y como para reafirmarlo mencioné su presencia, enviando desde la tribuna un saludo al pueblo estadounidense, que en nada es culpable de los monstruosos gobiernos que padece desde su independencia.

Una noche en esa vorágine de reuniones, charlas y recepciones, Francisco y Gordon me llevan aparte para conversar un tema muy delicado. Exploraban la posibilidad de sostener una reunión con Martin McGuinness, segundo de Gerry Adams en el Ejército Republicano Irlandés —el conocido IRA, por sus siglas en inglés— y uno de los artífices del cese al fuego que facilitó los acuerdos de paz entre el Sinn Fein en 1998. Como acepté esa atípica conversación, Francisco se retiró. Más tarde acudí con Gordon al mismo centro de convenciones donde horas antes habíamos estado; todo estaba oscuro y me llevaron

por un laberinto de pasillos y espacios hasta llegar a uno de los comedores del centro. Estaba McGuinness con la compañera de Sinn Fein en Londres y sus guardaespaldas; hablamos largo rato sobre América Latina y lo que para ellos significaron los acuerdos de paz de casi una década. De cualquier forma todas las medidas de seguridad eran pocas, pues si bien actuaban en un marco de estricta legalidad, tanto el MI-5 como Scotland Yard les seguían los pasos. Y era un riesgo para mí ya que si la seguridad británica llegaba a esa reunión, me podían detener, deportar y posiblemente, como ciudadano venezolano, comprometer a mi gobierno tomando como excusa la conversación con quien hasta hacía muy poco tiempo fuera el jefe militar del IRA y responsable de los atentados a la “dama de hierro”, Margaret Thatcher; por cierto, en la misma ciudad en la que estábamos. Martin McGuinness con esa prosapia y dilatada trayectoria me impresionó sobremanera, pero más su sencillez y la memoria que tiene. Muy poca gente recuerda o ni siquiera sabe que tengo mis cinco segundos de gloria en el video *La revolución no será transmitida*, sobre el golpe de Estado de 2002 en Venezuela. Martin me sorprendió al reconocermelo como uno de los que vio en el video, y su orgullo porque tan excelente material lo realizaran sus compatriotas irlandeses. Le hablé del golpe, del paro y de las mil y una peripecias que pasamos muchos compañeros en esos aciagos días 11, 12 y 13 de abril.

La retirada fue más aparatosa que la llegada. McGuinness se levantó, yo hice lo propio y Gordon y los guardaespaldas me hicieron gestos para que me sentara otra vez; apenas me ubiqué en la silla, con un saludo militar se retiró el ilustre personaje, teniendo yo que permanecer con Gordon media hora para que nadie vinculara su salida del edificio con la mía. De ese laberinto oscuro estoy seguro que me sacaron por un lado distinto al que se fue mi nuevo amigo; Martin McGuinness se convertiría en el 2007 en viceprimer ministro de Irlanda del Norte. Le envié, en nombre de la FSBT, una sentida carta de felicitación y recordé parte de nuestra conversación en aquella noche fría de Brighton: el ejemplo palpable del IRA para otros conflictos como el vasco, el colombiano o el palestino.

Como el Comandante tiene la virtud de no dar tregua, apenas se conquista una posición y estamos asimilándola lanza al ruedo otra política más audaz que la anterior. Iniciando el 2007 nos atrapó en la creación del Partido Socialista Unido de Venezuela, y a mitad de año propuso una reforma constitucional que garantizara la construcción del socialismo. Entre el partido y la reforma se dieron muchas movilizaciones y debates en todos los sectores sociales afines a la revolución. El texto propuesto por el Presidente incluía 33 artículos y sus elementos más destacados fueron la reducción de la jornada laboral, la reelección presidencial, las formas de propiedad, la soberanía alimentaria, la nueva doctrina de la Fuerza Armada Nacional, y la soberanía de los principales recursos básicos y estratégicos.

Qué casualidad que el día que el Comandante presentaba ante la Asamblea Nacional su propuesta de reforma, Orlando Chirino, acompañado de factores de la UNT, sorprendentemente realiza una toma de las instalaciones del Ministerio del Trabajo por supuestos atropellos del ministro; nuevamente esgrimiendo su autonomía acusaba al gobierno de injerencia en los asuntos sindicales, haciéndole coro de fondo a la CTV que desde 1999 manipula ese argumento contra el Presidente y el Gobierno Bolivariano. Ese acto distrajo la contundencia del anuncio presidencial. JR, previendo un posible enfrentamiento provocado por Chirino —estoy convencido de que esa era su intención—, mudó el Ministerio para el Incret de El Paraíso, dejándole a la seguridad de las torres la instrucción de que ni entrara ni saliera nadie. Correctamente José Ramón planteó que si se trataba de un secuestro, entonces nadie podía salir o entrar. El que salía no entraba. Chirino y Marcela, que estaban detrás de esta acción, se quedaron fuera tratando de acusarnos de agresores desde los medios de comunicación; es decir, los victimarios querían transformarse en víctimas en medio de sus torpezas. Llegaron al punto de su descaro: una madrugada hicieron que se presentara un fiscal del Ministerio Público para que constatará que eran rehenes del ministro. No quiero contar aquí la variedad de insultos que les prodigó el fiscal por sacarlo a las dos de la madrugada sobre un supuesto. En ese plan estuvieron varios días hasta

que un grupo de trabajadores del Ministerio, apoyado por Nelson Pinto y otros compañeros de Fentrased, desalojaron con la menor violencia posible; objetivo que lograron en poquísimas horas, pues al ver la decisión de sacarlos se rindieron sin echar un tiro — como quien dice — para luego salir vociferando sobre la cruel acción del ministro del Trabajo y sus secuaces de la FSBT.

Una vez en la calle, Chirino se declaró enemigo de la reforma, usando los mismos manidos argumentos de los enemigos de la revolución. Él, junto con Miguel Ángel Hernández, Ismael Hernández “Pelo” y Armando Guerra, se dedicaron a atacar la reforma utilizando la plataforma que tienen junto al MST de Argentina y otros trotskistas de la fauna internacional.

La revolución tuvo otro desprendimiento; esta vez se trataba de Ismael García, Ramón Martínez, Didalco Bolívar y Ricardo Gutiérrez, de Podemos, y un ínfimo grupo de sus seguidores. Me pega quizás el compañero Hermes García, viejo militante de la Tendencia que se pasó sin remordimientos a esa grosería política, llevándose a otro viejo amigo: su hermano “Chicote”; ambos bajan las caras, quisiera creer que de vergüenza por su chapucera deserción del campo revolucionario.

Creo que se cometió un garrafal error durante la promoción de la reforma, toda vez que el Comandante puntualmente presentó cosas medianamente viables y la Asamblea Nacional le agregó encima 36 artículos más, convirtiendo la reforma en un pasticho ininteligible, inmanejable y con poco atractivo para los sectores populares. Se hizo el esfuerzo, pero el tres de diciembre aquellos siete millones de votos se esfumaron. Apenas un año antes, más del 60% de la población había ratificado a Chávez para un segundo mandato frente a un casi 40%; en esta oportunidad, por un margen de casi 2% el electorado votó NO. Las cifras oficiales dieron este resultado: bloque A por el SÍ, 49,34%; por el NO, 50,65%: menos del uno por ciento. El bloque B por el SÍ, 48,99%; por el NO, 51,01%: más o menos igual la diferencia. Yo estaba de guardia en la sede de Fentrased monitoreando las encuestas a boca de urna; alrededor del mediodía daba por sentado que ganaríamos con un margen de 10%, en horas de la tarde mermó la afluencia de

electores —sobre todo en los sectores populares—, mientras en las urbanizaciones de la clase media y la burguesía la oleada de votantes era enorme. Según fuentes no oficiales, cuando la presidenta del CNE dio los resultados, el SÍ tenía un margen de victoria del 2% sobre el NO opositor. El Presidente, a pesar de que en su entorno le insistían que esperara otros datos, nos dio una lección de grandeza: inmediatamente escuchó el anuncio de los primeros resultados, convocó una cadena nacional para aceptar la derrota. Coincidió con él en el sentido de que ese resultado no afectaba a la oposición, que saborearía su pírrico triunfo y el país pasaría la página de esta reforma. En cambio, imponer una victoria con un margen tan estrecho se podía convertir en una invitación a la sedición de la derecha, que siempre apostó a su derrota; y eso, convertido en discurso, significaba tener argumentos de que se aproximaba la tan anunciada dictadura chavista en Venezuela y justificar escenarios de violencia ante la duda sobre el desenlace de la consulta. Sin argumentos para hacer nada, todavía desconcertados por el reconocimiento de Chávez a su éxito, habían desarrollado todas las demostraciones sobre la base de su fracaso, por lo cual celebraban sin entusiasmo, sin tener qué decir y a la carrera armar un discurso que no convencía a nadie.

En paralelo, las cosas se estaban caldeando en el país. El 26 de mayo de 2007 se venció la concesión del espectro radioeléctrico a RCTV, canal 2 de señal abierta; esa noche en el Teatro Teresa Carreño se realizó un fastuoso acto con el maestro Gustavo Dudamel y la Sinfónica de Venezuela, interpretando el himno nacional en el inicio de las transmisiones de TVES y una enorme fiesta popular para recibirlo. Me extrañó al llegar a mi casa que los escuálidos estaban tranquilos; todo en Chacao tocaba a difuntos. Al día siguiente, estando en mis clases en la Universidad Simón Rodríguez, me llama Nohelia para decirme que Chacao estaba incendiado y que los accesos a la cuadra de nuestra casa estaba bloqueada por varias guarimbas (barricadas incendiarias). Los choferes de Rafael Chacón salieron del Viceministerio a buscarme en El Valle y con ellos me trasladé a Chacao. En el camino volví a llamar a Nohelia y le dije que detrás de la caja fuerte estaba el revólver, que lo cargara y si alguien que

no fuera yo se atrevía a tocar la puerta, le diera con todo. Cuando llegamos a la cuadra efectivamente no había paso por ninguna de las calles; jóvenes evidentemente borrachos y drogados quemaban cauchos y retaban a Chávez. Intenté por varios lados y nada; en eso entra una llamada de Nohelia y le digo que no hay manera de penetrar esas barricadas. Me respondió con mucha calma que me quedara tranquilo, que ella creía que se iban a cansar pronto y que dudaba que alguno de esos locos intentara entrar en la casa.

Dimos varias vueltas, nos paramos a tomar café, pero la ansiedad me carcomía el alma; le dije a los chamos que enfiláramos otra vez para Chacao. Aunque ya había transcurrido más de una hora, la situación estaba exactamente igual; el festín de fuego continuaba. Tomé una decisión y en una esquina más allá de la cuadra le dije a los compas que me dejaran ahí y se regresaran al Ministerio. No muy convencidos, el chofer, Jorge Parra, y Frank, el acompañante, dejaron que me bajara del carro. Monté la pistola, me la acomodé en la cintura y emprendí rumbo a mi casa. No sé qué pasó, pero a medida que avanzaba los facinerosos me abrían paso como Moisés cruzando el Jordán. Al atravesar la primera barricada volteo hacia atrás y veo a Frank detrás de mí, con cara de pocos amigos. Lo conminé a regresar, pues yo chavista reconocido en la zona y él con esa pinta y cara de malandro era más fácil que trataran de agredirnos. El amigo, terco, me acompañó hasta cruzar la segunda barricada y llegar a la puerta del edificio. Ahí me encontré varios vecinos que plácidamente veían a sus retoños quemar cauchos y jodiendo. Apenas me vieron llegar se pusieron nerviosos y me preguntaron qué hacía yo ahí; les respondí: "Aquí vivo, por si lo han olvidado", y empecé a apostrofarlos: "Si no les gusta Chávez, porque no se van pa'l cipote, y no dejen la dirección para no tener la tentación de escribirles". Les volví a recordar dónde vivía y repetí que si alguien osaba tocar la puerta de mi casa, o provocaba a mi esposa o a mi hijo, que se diera por muerto simplemente, y "como este es mi gobierno, no pago muertos y menos escuálidos". Subí a mi apartamento y pude ver desde la ventana cómo se iba apagando la francachela con nombre de protesta de ese 27 de mayo.

Tres días después, con nuestra derrota a cuestas, Oswaldo Vera y yo salimos para Tijuana, México, a la Conferencia Anual de Labor Exchange que dirige Ignacio Meneses y Juan José Gutiérrez, quienes todos los años invitan a cubanos y venezolanos a reunirse con organizaciones sociales y sindicales norteamericanas en el estado fronterizo de Baja California. Por supuesto, la gran interrogante de nuestros anfitriones e invitados era la derrota de la reforma.

La reflexión que hicimos en México fue la siguiente: se conjugaron varios factores en contra de la reforma. Uno, la confusión que generó un articulado tan complicado, que hacía difícil la explicación sobre sus bondades; el enemigo jugó inteligentemente con imágenes para terminar de confundir al electorado, argumentando que el gobierno le iba a quitar la casa, el negocito, los hijos y demás cosas absurdas, pero que sembraron dudas en la credulidad de nuestro pueblo. Efectivamente nos habían derrotado, pero ellos no habían ganado; es decir, no ganó el NO sino que perdió el SÍ, pues los tres millones de votos que perdimos en esta consulta no se trasladaron a la oposición, sino que se abstuvieron de votar. Los escuálidos desde 1999 han tenido un techo histórico del 40%, por lo cual la votación del tres de diciembre de 2007 fue, votos más votos menos, exactamente igual a las del seis de diciembre de 2006.

Las notas cómicas que nunca faltan en estas historias también las contamos, para quitar ese aire de derrota que flotaba en nuestra explicación a los compañeros gringos y mexicanos presentes en Tijuana. Una de esas fue el debate sobre la igualdad de género y la diversidad sexual. El día que se leían en el Teatro Teresa Carreño los artículos que se modificaban y los que se añadían, uno de los más aplaudidos por los parlamentarios fue este, y se supo de casos de hombres y mujeres que salieron del closet ante la casi inminente aprobación de la reforma; al no darse, no tenían manera de devolverse a sus apariencias. En consecuencia, en un país que lentamente sale de su machismo tradicional los señalaban con sorna.

El Comandante pasó su trago amargo con esta derrota al punto que en una rueda de prensa, sin medirlo dos veces, para horror de

la oligarquía, ante una provocadora pregunta de una periodista de Globovisión simplemente respondió: “No se confundan, señores de la oposición. Disfruten su victoria de mierda”, en alusión al pírrico triunfo obtenido por los escuálidos el 3 de diciembre. En otro pasaje, durante un acto con los promotores del partido, la multitud reunida comenzó a cantar “¡Uh, ah, Chávez no se va!”. Cuando él entraba al auditorio interrumpió la gritería y dijo: “¿Que no me voy? Perdimos la reforma, no hay reelección. Claro que me voy”. El silencio en un escenario de alrededor de 1.500 personas impresionaba; la magnitud de lo dicho —muy molesto— por el Presidente y el choque con la realidad silenció a esa masa humana que minutos antes vitoreaba a su líder.

En enero comenzó la cuenta regresiva para el II Congreso; habíamos avanzado a mil por hora desde el congreso anterior en el debate sobre la central sindical y la política hacia los trabajadores, cuando estalló un nuevo conflicto. La empresa Siderúrgica del Orinoco-Sidor entró en barrena, entre los trabajadores y los dueños. Esta situación se venía arrastrando desde hacía mucho tiempo hasta que se hizo incontenible y explotó la crisis. Esto lo aprovecharon nuestros adversarios internos y los enemigos de la revolución para intensificar su ataque en contra nuestra. Se evidencia aquí que se juntaron todos los enemigos: los del general Rangel Gómez, gobernador del estado; los de José Ramón Rivero, ministro del Trabajo; los de la FSBT, los del Comandante Chávez y los de la revolución; en fin, había enemigos para todos los gustos y de todos los colores.

Se deterioraba aceleradamente la situación y José Ramón me invita un domingo a acompañarlo a una inspección sorpresa en el balneario de Los Caracas. Me sorprendió que un domingo a las siete de la mañana pasó buscándome por mi casa y no traía ni un solo escolta. Le pregunté si llevaba mi pistola, pues en definitiva era el Ministro. Me dijo que no y enfilamos para Los Caracas. En el camino me contó con pelos y detalles lo que pasaba en Sidor y me preguntó mi opinión sobre un acercamiento a Acarigua, el lugarteniente de Ramón Machuca, para atender este tema. Lo miré fijamente, le di

mi apreciación agregándole que le daba gracias por consultarme una decisión que ya había asumido. Se desternilló de la risa y me dijo: “¿Cómo lo supiste?”. Respondí: “Porque estás en este peo desde hace un buen rato y no creo, ni por un segundo, que no hayas dado pasos en ese sentido”. Asintió a mi aseveración y concluyó que la única salida era la nacionalización, pero que era potestad del Presidente tomar y anunciar una decisión de tanta envergadura. Realizamos la inspección, almorzamos y retornamos a Caracas; regresamos al infierno cotidiano, agravado por la situación de la siderúrgica.

Los ataques arreciaron; no hubo acuerdo posible con Acarigua. Los tercerizados, más de 9.000, se convirtieron en la punta de lanza desestabilizadora en manos de Marea Socialista y de Marcela Máspero, que aun sabiendo que la empresa no podía absorber semejante cantidad de gente los utilizaban para embestir la gestión. Nunca vi tan preocupado a José Ramón como en esos días, viendo que se nos movía el piso y con cierta impotencia esperar las decisiones del Presidente. Habiendo estado abocado todo el tren ministerial a amortiguar este pavoroso trance, los adversarios avanzaban a todo vapor al punto de casi incendiar el estado Bolívar. Fui hasta su oficina y sin dramatismos de ningún tipo le razoné que en esta controversia teníamos que desenmascarar a los Acarigua, los Chirino, los Stalin Pérez y las Marcela Máspero, pues estábamos quedando —con él como primer violín— como defensores del sector privado y, en especial, defensores del consorcio argentino dueño de Sidor; y ellos, como los adalides de la nacionalización y la “expropiación revolucionaria”. Como alguien debía hacer eso, le reflexioné que en su gestión yo era perfectamente prescindible, por lo tanto, me autorizara a convocar una rueda de prensa y señalar en ella todas las barrabasadas de la oposición y sus aliados tácticos Marcela Máspero y Stalin Pérez, y así proteger la gestión. Me agradeció el gesto, pero añadió que no era necesario hacer eso; los que tendrían que hacerlo estaban en la Asamblea Nacional. Le insistí que no declararía como su asesor, sino como Dirigente Nacional de la FSBT; entonces me palmeó el hombro y me dijo: “Tranquilo,

amanecerá y veremos". No quise ponerme terco, pero podía ver cómo se nos angostaba el camino y el implacable ataque de nuestros detractores. Y vaya que vimos. Tres meses después estábamos saliendo, y por la puerta de atrás, del Ministerio del Trabajo.

Esta crisis coincidió con la organización de nuestro II Congreso, pautado para abril de ese año. Igual que la vez anterior, proyectamos alrededor de 850 delegados y las expectativas de nuestras bases nos rebasaron ampliamente, entonces la cifra ascendió a 1.250 delegados de todos los sectores económicos y de todo el país. Esta vez lo realizamos en Los Caracas. Dos días antes de su inauguración, una llamada del entonces vicepresidente Ramón Carrizales le avisó a José Ramón que esa misma noche el Presidente anunciaba al nuevo ministro del Trabajo, para que no lo agarrara por sorpresa y se preparara para la entrega. Efectivamente, el 15 de abril el Comandante en Jefe anunció la designación de Roberto Hernández en sustitución de José Ramón Rivero, sin siquiera decirle, ¡chao! Con más suerte corrió Héctor Soto cuando salió del Ministerio de la Cultura, que recibió una emotiva carta de Chávez dándole las gracias por su colaboración. Para nuestra gente fue un durísimo golpe, pues estamos convencidos de que íbamos por el camino correcto; JR se distinguió por no dar pasos sin el conocimiento del Presidente y de Nicolás Maduro, que, independientemente de lo que sea, sigue siendo líder fundamental de la FSBT y por ende de JR.

A riesgo de ser irreverente, la designación del viejo Roberto echó por tierra todo lo que avanzamos en la unidad sindical, en el escenario internacional y en el ganar la tan necesaria paz laboral para el país y la revolución. El viejo, como en los mejores tiempos de la IV República, nombró comisiones de enlace para recibir el Ministerio. Qué diferencia con nosotros, que respetamos a quienes heredamos en la gestión y no tuvimos necesidad de comisiones, como si se tratara de gobiernos hostiles. Como alguna vez el Comandante ha criticado: en vez de cambio de ministro pareciera cambio de gobierno.

La salida de Rivero casi pone en peligro nuestro II Congreso, pues las hienas comenzaron una labor de desinformación, haciendo

correr la bola de que la sustitución del ministro suspendía nuestro evento. Chorros de llamadas recibíamos casi hasta que comenzó el evento. Yo, ocupado con los internacionales, hice poco en lo organizativo; estábamos a casa llena: de la SEIU de Estados Unidos, Herlinda Hernández y Fredy Tejada; de Labor Exchange, Ignacio Meneses con más de diez norteamericanos; de Unite del Reino Unido, Doug Nichols y Steve Davison; Francisco Domínguez por el Venezuela Information Center; por la CTC de Cuba, Raymundo Navarro y José Miguel Hernández; por la CGT de Francia, los dirigentes portuarios de Marsella que no recuerdo sus nombres; por la CUT de Brasil, Gustavo Cudas; por la CTB de Brasil, Joao Batista Lemos; Isidoro Aramburu de la CGT de Argentina, Iván González de la CSA y Ramón Cardona "Ramonín" por la Secretaría de América de la FSM. Envié a los invitados al teatro y como moderador me fui a cambiar y a garantizar el carro para bajarlos a Los Caracas. Hechas las diligencias, me acerqué al teatro a punto de comenzar la actividad y desde lejos se veía solo el espacio, pero nunca falla: al estar más cerca, vi no sé cuántos tarantines de buhoneros ofertando sus mercancías y a su alrededor la gente comprando sus chucherías. Al entrar me estremecí; el Teatro Municipal estaba de bote en bote y como 1.300 personas, entre delegados e invitados aguerridos, que a pesar del revés, con un entusiasmo contagioso gritaban consignas y vitoreaban a la Dirección Nacional, con muestras emocionadas de solidaridad con José Ramón Rivero, quien no asistió para no convertir su presencia en un acto de provocación, o que se pudiera entender que con nuestro acto se estaba aferrando a su cargo ministerial. Siempre hemos dicho que somos soldados de la revolución y si el Comandante en Jefe nos pone, el Comandante en Jefe nos quita; por lo tanto, en el mismo congreso ovacionamos a nuestro hermano y le hicimos un sentido reconocimiento, pero nos abstuimos de cuestionar la decisión presidencial. Aunque sabíamos que al Mintrass con el nombramiento del viejo Hernández le habían caído las siete plagas de Egipto, le advertimos a nuestros militantes que se abstuvieran de criticar su designación.

Estuve siempre convencido de que a José Ramón lo había destituido Chávez por todo lo ocurrido con Sidor en Guayana, sin

embargo, tanto él como Chacón y Drany Pamphil sostienen que su salida se debió, en lo fundamental, a la pifia que cometió JR unos días antes del Congreso, al dar una rueda de prensa con Oswaldo Vera anunciando la creación de la Central Socialista de Trabajadores, que se debatiría como tema en el II Congreso. Esa declaración agarró titulares y primeras planas tres días seguidos y opacó importantísimos anuncios del Comandante en el marco del VI aniversario del 13 de abril; este cogió tamaña rabieta, que sacó al camarada en su arrebató. Con todo y eso, tengo la convicción que la remoción de José Ramón tuvo todos esos aderezos: Sidor, la furia desatada por la ultraizquierda de la mano de la contrarrevolución y, por supuesto, la infeliz declaración del 13 de abril. Por eso contuvimos a nuestros camaradas de la FSBT, que en su indignación por la salida de JR y la llegada provocadora del viejo Hernández — y viejo, para que se entienda, de edad, de mañas y de ideas — querían hacer un zafarrancho por la salida del camarada. Chávez nos puso, Chávez nos quita. Por algo es nuestro líder y, por lo tanto, acatamos disciplinadamente este tipo de decisiones gubernamentales; enca-pricharse hubiera sido un exabrupto de nuestra parte.

Aun así, entusiasmados, esperanzados, con ganas de debatir mucho y esa incontrolable alegría que nos identifica hasta en los peores momentos, salimos en horas de la noche hacia Los Caracas a cumplir con nuestra tarea.

Como es tradición, la Dirección Nacional en pleno puso a la orden de los delegados al II Congreso de la Fuerza Socialista Bolivariana de Trabajadores los cargos ejercidos desde el congreso anterior. Temprano, ese viernes se dio inicio a un memorable debate que se prolongaría dos días alrededor de 25 mesas de trabajo; regadas por todo el complejo vacacional, desataron todas sus pasiones en un acalorado debate sobre los temas básicos, la coyuntura política nacional e internacional, el balance de la FSBT y el tema de la Central.

En las mesas, los dos primeros puntos fueron despachados en una mañana y todo el resto de la jornada lo dedicaron los delegados a la discusión de la Central. 15 meses habían transcurrido desde el primer encuentro y, a diferencia de esa oportunidad, esta vez

—salvo cuatro compañeros de la Dirección Nacional y unos pocos delegados— la inmensa mayoría creía que era el momento de crear la nueva organización. Fuerte estuvo en cada mesa este tema; a los internacionales los distribuí en cada mesa y que dijeran y oyeran lo que quisieran. A los compañeros que no compartían la opinión de la mayoría los pusimos a coordinar mesas, para que absolutamente nadie se quedara sin debatir ni nadie pudiera esgrimir como argumento que lo silenciaron en su posición.

Al planificar el evento en Los Caracas, teníamos las dudas de que siendo un balneario los delegados desatendieran el congreso por ir a la playa o al río y, por supuesto, la cervecita y el jolgorio. Los compañeros dieron lecciones de disciplina y compromiso: nadie se movió de sus puestos de discusión en las horas que correspondía; eso sí, al finalizar la faena se dedicaban a comentar, cerveza en mano, los debates de ese día. El sábado en la tarde procedimos a cerrar nuestro cónclave; Ovalles, Eduardo Piñate, Oswaldo Vera y yo estábamos en el presidium final para escuchar las conclusiones de las mesas y abordar el cuerpo de resoluciones. Concluidas las relatorías, Oswaldo invirtió el orden: él se encargaría del bloque político y sindical, y yo del bloque organizativo e internacional de la FSBT.

Se comenzaron a votar las resoluciones y al llegar a la decisión de constituir la central se hizo un silencio pesado. Oswaldo miró al auditorio como midiendo las palabras y acto seguido dijo: “Los que estén a favor de constituir una central de trabajadores que exprese los intereses de la clase trabajadora y los intereses de la Revolución Bolivariana de Venezuela, que levante la mano en señal de aprobación”. Estalló en aplausos el pleno; parecía una fiesta de fin de año: la gente se abrazaba, gritaba, corría de un lado a otro; a más de uno se le aguaron los ojos, por consiguiente, colegimos que a los efectos de la historia podemos decir, sin temor a equivocarnos, que fue por unanimidad y aclamación. Con este resultado prácticamente se vació el local; me tocó resumir para una cuarta parte de los delegados y se dio por aprobado entonces el informe de la FSBT, ratificándose a su Dirección Nacional sin chistar. Cerrada la rueda, nos asomamos

al exterior para ver uno de los mejores espectáculos que he visto en mi vida: la gente no había salido de su euforia, salió caña hasta de debajo de las piedras; nos veían y nos aplaudían, nos rodeaban, nos felicitaban y comentaban que ahora sí avanzaríamos. Es grandiosa la decisión de luchar de un grupo humano, con la inquebrantable solidaridad y afecto que nos han prodigado en tantos años de andar juntos en este accidentado camino. Esa noche hicimos una fiesta de despedida del II Congreso; había comprado algún bastimento para los internacionales, pero se quedó frío, pues de cada grupo se acercaban a brindar con nosotros y bien entrada la fiesta en cada grupo se instaló un internacional a departir con los delegados. El domingo, para la salida de las delegaciones, con todo lo que sobró Eduardo Piñate y yo les hicimos una parrillita de despedida y aprovechamos para amarrar el reconocimiento internacional de la nueva organización que nacería en los siguientes 90 días.

El cuento, por supuesto, no culmina aquí. Con José Ramón habíamos acordado impulsar un escenario de convergencia de los movimientos de trabajadores y organizaciones sindicales de América Latina, con los compañeros de la CTE de Ecuador, PIT-CNT del Uruguay, la CTA de Argentina, CTB de Brasil, CTC de Cuba, CUT de Chile, CUT de Colombia y la FSBT; de hecho, en marzo se realizó en Caracas la reunión preparatoria de lo que bautizamos como Encuentro Sindical de Nuestra América-ESNA, y en mayo se realizaría en Quito el I Encuentro con nuestro respaldo. Resulta que al salir del Ministerio no teníamos la capacidad de honrar el compromiso adquirido.

Ramonín, al ver esta situación, me insistió en la posibilidad de conversar con las nuevas autoridades para ver si podía salvar el acuerdo y garantizar la asistencia a Ecuador; le dije que escapaba de mis manos resolver esto. Se fue muy contrariado; intenté resolverlo por la vía del MRE, pero contactar a Nicolás se puso cuesta arriba. La otra variante que le propuse fue que buscara a Pedro Eusse o Marcela Máspero para llegarle al viejo; creo que ni siquiera le pararon bolas. Sé que para el compañero fue un trago muy amargo, pues se le iba de las manos parte del éxito del evento

de Quito. Al final ni siquiera participamos; por ahí aparecieron Rolando Semprun y el negro Coraspe, del Metro, y no sé quién otro. Visto a la distancia yo hubiera podido ir, pero no tenía cara para ver a los compañeros. Sin embargo, los compañeros comprensivos me esperaron, hasta ofrecieron colocarme el boleto para que no faltara a esta cita continental.

Entre mayo y julio nos dedicamos fuertemente a garantizar la central. Convocamos a todas las organizaciones sindicales para darle forma a la nueva organización. Recomendé encargarle a Rodolfo Ascanio la supervisión de la recolección de los recaudos exigidos por la ley para su legalización; sabiendo que no eran precisamente amigos nuestros los que estaban en el Ministerio del Trabajo, iban a poner cualquier obstáculo para frenar nuestro cometido, y Ascanio es lo suficientemente puntilloso como para que no se le escapara un detallito que diera al traste con la tarea. Convocamos en todo el país asambleas de trabajadores y organizaciones para acelerar la fundación de la central. Me tocaron dos bien cerquita: Nueva Esparta, con nuestro dilecto amigo Víctor Tovar “El Diablito”; y en el Zulia, con el inefable Osmedo Valecillos, ambos coordinadores de la FSBT en su respectiva región y de la Dirección Nacional. Salió fácil en Margarita: ya Víctor había convocado a la UNT regional y, como en abril, por aclamación, la transformaron en federación regional adscrita a la nueva central; en el Zulia, como la mayoría que nosotros tenemos no hacían vida en la UNT, se mantuvo una coordinación política y los afiliamos a la central. En otro caso, las grandes federaciones Futpv, con Wills Rangel; Sutic, con Wilmer Nolasco; Fenasirtrasalud, con Octavio Solórzano; Fetrauve, con Carlos López; Fenastrauv, con Orlando Zambrano; y Fentrased, con Franklin Rondón, dimos los comienzos y en el camino a su fundación. Creamos Fenatrefeve con Francisco Torrealba; Fetraharina, con Juan Crespo; Fenasinpres, con Telémaco Figueroa; Feutragrafp, con Egleé Sánchez; Fenatrabea, con Frank Quijada, y otras que se fueron sumando. Convocamos para el 1° de agosto a la fundación de la Central Socialista de Trabajadores de Venezuela.

Alguien se preguntará: ¿Y la UNT? ¡Simplemente la vaciamos! Solo les quedó de cierta importancia Sinafum, Funcac y Fetraelec. En el caso de Fetraelec, si bien Ángel Navas nos acompañó en la decisión asumida en el II Congreso de la FSBT y, como los demás, convocó a su Comité Directivo Nacional para desafiliarse de la UNT y entrar en la CST, las presiones de todos los que adversaban nuestra decisión lo hicieron echar para atrás y ponerse en una posición centrista: ni en una ni en otra. Nominalmente sigue en la UNT, pero no hace vida política ni sindical en su seno.

A nuestro acto fundacional nos acompañaron Ernesto Freire de la CTC, Joao Batista de Brasil, Julio Signorele y Gabriel Melgarejo del PIT-CNT del Uruguay, y una delegación inglesa con gente de los sindicatos y sectores académicos que por casualidad estaban de gira por Venezuela, y los incorporamos con Gordon al acto de bautizo de nuestra organización sindical.

En septiembre junto con Rafael Chacón estuvimos en Inglaterra para participar en la Conferencia Anual de la TUC que se realizó en Bournemouth, y realizar la tradicional gira de solidaridad con Venezuela. Tanta era la demanda, que Rafael y yo tuvimos que dividirnos para poder cubrir todas las expectativas que se generan cada vez que se presenta un venezolano en sus comederos.

La nota más fuerte la tuvo la conferencia de solidaridad que se realizó en un hotel de la ciudad, donde se dieron cita alrededor de 60 organizaciones sindicales y de solidaridad. En la mañana tuvimos un primer evento con parlamentarios encabezados por Colin Burgon, diputado laborista que fundó el grupo de parlamentarios laboristas amigos de Venezuela; Ken Livingstone, alcalde de Londres, y varios académicos de renombre del Reino Unido y, por supuesto, yo como primer chicharrón. Como atendí la principal actividad política de la jornada, Rafael atendió la importantísima actividad con los sindicatos.

Hubo cuatro intervenciones centrales: la primera, del compañero Cónsul de Cuba en Londres, luego una representante de la CUT de Colombia, después la compañera de la Embajada de Bolivia en el Reino Unido, y Rafael por la FSBT y Venezuela. Chacón

estuvo impecable; hizo un recorrido por nuestra coyuntura política y los esfuerzos por organizar a los trabajadores venezolanos. Todo transcurrió en calma hasta llegar a la ronda de preguntas y respuestas. Se incorporó Yordi Martín, un catalán vinculado a la Corriente Marxista Revolucionaria; y Allan Wood, pensador trotskista contemporáneo que apunta a renovar el pensamiento de León Trotsky, sin embargo, en la gran fauna de la IV Internacional es uno más del archipiélago político en el que sus dirigentes han convertido el esfuerzo organizativo heredero de la III Internacional, la leninista. Medio en serio, medio en broma, siempre decimos que donde hay dos trotskistas hay tres corrientes, cuatro fracciones y como cinco divisiones de la Internacional.

Pues bien, Yordi en el marco de esta conferencia sindical apostrofó a Rafael Chacón porque este no habló de la cogestión, del control obrero, y de un sinfín de frases comunes sobre la inminente movilización obrera en Venezuela, comparando, además, el “verdadero” carácter socialista de la Revolución cubana en comparación con la nuestra que seguía manteniendo un corte capitalista: una retahíla verbal que distorsionaba nuestra realidad política. Rafael, correctamente, como ponente no cayó en la provocación del personaje y se limitó a señalar en sus respuestas los avances de la Revolución Bolivariana. Como me encontraba entre el público y no estaba atado al protocolo del evento, podía desde la plenaria intervenir para reforzar la intervención de Chacón. Consulté con Gordon si yo podía hablar ahí y él me contestó afirmativamente, entonces me dirigí al moderador, que en esta oportunidad recayó en Colin Burgon, y le pedí la palabra. Este se sonrió y pasadas cinco intervenciones me cedió la palabra. Francisco traducía para nosotros y comencé diciendo que no entendía esa manía de comparar la Revolución Bolivariana con la cubana; que en Cuba el socialismo se construye con mojito, tabaco y ron, y que en Venezuela se construye con arepa, queso y quinchoncho. Y que lo que las hermanaba como revoluciones estaba en que ambos procesos tienen como sujeto histórico al ser humano, pero que cada una llevaba su propio ritmo. En segundo lugar planteé que los revolucionarios venezolanos,

como los del resto del mundo, estamos en nuestra propia búsqueda; que en la construcción de la ideología, con el derrumbe del bloque soviético, se habían caído los paradigmas, pues el socialismo real de los rusos estrepitosamente acabó con las referencias que la inmensa mayoría de la izquierda alimentó y le sirvieron de inspiración; y que entendieran que la Revolución Bolivariana tenía y tiene la irreverencia de lo nuevo, la frescura de construir su proceso pacífica y democráticamente, por lo tanto, es muy fácil a nueve mil kilómetros, saboreando un flemático té inglés, decirnos cómo se debe hacer la revolución en mi país. Nuestro pueblo esta dando sus primeros pasitos en su organización, dentro de una sociedad paternalista cuya cultura de participación se construye día a día, por tanto, hablar como si estuviéramos en los albores del socialismo estaba muy lejos de la realidad concreta de nuestra revolución; y cerré diciendo que el que siguiera repitiendo esa especie simplemente mentía.

Francisco Domínguez, que en mi opinión es el mejor traductor que haya podido conocer, sabiendo los laberintos de la mentalidad británica suavizó un poco mi polémica intervención; donde dije que mentía el que siguiera vendiendo una revolución que solo existe en la mente de quien la describe, Francisco tradujo que el que dijera que en Venezuela estamos en la antesala del socialismo, no decía la verdad. Al principio no entendí la muy sutil diferencia entre decir “miente”, a decir “no dice la verdad” y me indigné con el amigo, pero reconozco que tenía razón, pues el objetivo es que el oyente británico nos comprenda lo mejor posible, por lo cual el cambio expresaba lo que es la mentalidad británica: sinuosa, esquiva y flemática; frente a la nuestra: directa, vehemente y, sobre todo, caribeña.

Yordi no contrarreplicó, que era lo que yo esperaba para desenmascarar su oportunismo político, pues desde hace tiempo comprendimos que una iniciativa política tan brillante con “Manos Fuera de Venezuela”, muy acertada en el 2002, con los años se estaba convirtiendo —en manos de los trotskistas— en instrumento para su proselitismo político y fuente de reclutamiento de militancia; por ello terminaron de anunciar una Revolución Bolivariana que solo

funciona en sus febriles mentes, que creen que están reeditando la Revolución bolchevique desde un país tropical llamado Venezuela.

Al día siguiente en la web de HOV salió un extensísimo artículo del personaje de marras donde, entre otras cosas, dijo que Chacón y yo teníamos posiciones distintas, como evidenciando una falaz división en la FSBT; que se evidenciaba que Rafael tenía una posición conservadora y que yo era agente del gobierno chavista y defensor de los medios de producción capitalista, con la consabida retórica de la autonomía de la clase, el papel de los trabajadores y bla, bla, bla.

Esa misma tarde nos buscó, ya en Londres, un periodista del periódico del Partido Comunista Británico *Morning Star*, para hacerme una entrevista a la luz del pasquín de Yordi. Al principio se concretó a preguntar generalidades sobre Venezuela, la Fuerza, las misiones sociales. Al rato de estar en eso, sacó de su portafolio unas hojas que le pidió a Francisco que me tradujera. Era el artículo en cuestión y lanza su pregunta: “¿Se considera usted agente del gobierno chavista?”. A lo cual respondí que los revolucionarios venezolanos no nos caracterizamos por tener doble discurso ni dos caras; no mentimos ni negamos nuestros vínculos con el gobierno de la revolución. Me acusan de ser agente del chavismo y es un enorme orgullo que me identifiquen con nuestro Comandante en Jefe y la revolución que lidera. El periodista insistió en el segundo tema: que además de ser agente chavista, era defensor de los medios privados de producción. Lo miré aviesamente y le dije a Francisco que tradujera literalmente lo que iba a responder... “¡Cojo culo!”. Esa frase muy caraqueña desconcertó tanto a Francisco, que me preguntó: “¿What?”. Y el periodista indagaba qué era lo que había dicho. Después de largar la carcajada, le dije al traductor que respondiera que semejante estupidez no se podía responder. No gasto una neurona en dar explicaciones a cosa tan estúpida y descabellada como identificarme con la propiedad privada sobre los medios de producción, cuando he dedicado una vida a luchar contra ella. El amigo hizo su mejor esfuerzo por traducir fielmente lo que yo quería expresar al periodista.

Así como no merecía explayarse en explicaciones sobre eso, el personaje no merecía tampoco dedicarle más tiempo. Yordi es uno de esos oscuros seres que no hacen política, sino que viven y medran de ella. Su vileza es tal, que hablando un inglés perfecto daba sus conferencias en español para tratar de parecerse a Venezuela, pues es sabido que para un anglófono o francófono todo el que hable en español es lo mismo, sea nica, caraqueño, maracucho o español, y de esto se aprovechaba este señor para ganar adeptos para su partido, teniendo como base las organizaciones de solidaridad y su muy estrecha visión de la Revolución Bolivariana; atal punto llegó, que castellanizó su nombre para confundir más a sus posibles víctimas: de Yordi Martin se transformó en Jorge Martín. Y no digo nada que él ya no sepa sobre mi opinión, porque tengo la satisfacción de que el sentimiento es mutuo. Nuestra amiga Celia Hart me confesó en alguna oportunidad que cuando me comuniqué con ella para el evento, y como no me conocía, consultó con varios de sus contactos, entre ellos este ciudadano; según la versión de Celia, habló tan mal de mí que a ella le pareció interesante conocerme y aceptó entonces nuestra invitación al evento de agosto.

En octubre por invitación de Gonzalo Berrón y Enrique Daza, de la Alianza, participé en Guatemala en el III Foro Social de las Américas. En este caso para participar en el Foro Sindical auspiciado por la Confederación Sindical de las Américas (aquella vieja fusión CLAT-ORIT) y en la Asamblea de los Movimientos Sociales sobre la ALBA.

Tres debates, muy interesantes cada uno, y su conjunto revelaba la simpatía y el conocimiento del que goza la Revolución Bolivariana y Chávez, en especial, en el seno de los movimientos de nuestro continente.

Ricardo Lobo, viejo amigo, conocido en otros años y circunstancias, me invitó fuera del programa oficial a conversar con factores de la izquierda guatemalteca; muchos de ellos habían pertenecido a las columnas guerrilleras de la URNG que junto al FMLN, el PRTCH y el FSLN, colmaron el escenario internacional de la década de los años ochenta. En la conversa me atreví a señalar

que a partir de la resistencia de Cuba en la década boba y el triunfo del Comandante Chávez, destrancó la posibilidad de que América Latina se abriera al sueño de la emancipación, y reflexionaba que nosotros —la izquierda insurgente de los últimos lustros del siglo XX— habíamos sido derrotados estratégicamente; eso me valió un fortísimo debate con los compas, que negaban vehementemente que fuimos derrotados. Ellos, que después de los acuerdos que pusieron fin a la guerra de liberación nacional en Centroamérica, como tantos otros, se refugiaron en las organizaciones de derechos humanos, cooperativas, movimientos contra la guerra, por la cultura; muy pocos se quedaron en la resistencia política, sobre todo en los 90 y bien entrado el siglo XXI, pero para ellos el no haber conseguido el poder y haber resistido veinte años era la hazaña que desmentía mi tesis. No tercié con ellos, pero si bien desde su punto de vista pudieran tener razón, desde mi óptica teníamos muchos años en la resistencia y no en la ofensiva. Claro, a la luz de estos años de revolución no me quedan dudas de que estamos en el renacer de las esperanzas para América, a pesar de que el imperialismo hará lo suyo por frenarnos.

El foro sindical fue otra cosa. Si bien la dirección de la CSA —con Víctor Báez y Rafael Freire a la cabeza— respaldan a Venezuela, a nuestra Central en la CST, y a Chávez, muchos de sus afiliados son amigos de la CTV; por consiguiente, para ellos era absolutamente incomoda mi presencia en su evento. En el propio hotel que costeara la CSA se notaba la hostilidad velada de varios de los participantes, que entre bromas lanzaban punticas sobre la “dictadura”, los “petrodólares” de Chávez y otras minucias de ese tenor. En el panel se generó un sabroso debate sobre el tema de la autonomía sindical, que escenificamos el compañero de la coordinadora del Mercosur —el Vasco— y yo; pues él como buen uruguayo y con toda esa cultura unitaria que rodea a la izquierda en el Frente Amplio, como integrante del PIT-CNT esgrimió como argumento que su consigna frente al gobierno de Tabaré Vázquez es que ellos son independientes, pero no indiferentes. A esto respondí que en una revolución como la nuestra la independencia es una falacia y la autonomía es

relativa. En Venezuela defendemos un proceso con el cual la clase trabajadora está tan resteeda hasta los tuétanos, que no podíamos ser independientes de las tareas y retos que imponía su desarrollo. Y la autonomía es relativa, pues entre la defensa de nuestros derechos y respaldar la revolución no existe carácter antagónico, toda vez que nuestras movilizaciones, huelgas y protestas se circunscriben a la mala praxis de los funcionarios de alto nivel del gobierno, a la confrontación con los patronos privados y, por supuesto, la oposición que los defiende y apoya. Solo una compañera del FNT de Nicaragua respaldó mi posición. Los demás se debatían entre la simpatía a Chávez y su celosa autonomía.

También el panel sobre la ALBA fue toda una sorpresa. La Alianza Social Continental desde el nacimiento de la ALBA ha sostenido que es un complemento importante al esfuerzo intelectual y práctico que han desarrollado los movimientos sociales desde 1994, por lo que han sido muy cuidadosos en su inserción en este esfuerzo adelantado por los gobiernos de Cuba, Venezuela, Nicaragua, Ecuador, Bolivia y países del Caribe. Al llegar nos encontramos como panelistas al chileno Carlos Torres, al cubano Joel Suárez y a Kima Reis, un brasileño del MST; ni un venezolano, boliviano, o nica en su composición. Escuché con atención sus intervenciones y me preocupó oír cómo desenfadadamente ofrecían el oro y el moro desde la ALBA. No intervine en la reunión —de eso se encargó Gonzalo Berrón—, pero al culminar llamé aparte a los tres y les reclamé cómo era eso que se monta una actividad de la ALBA y dejan por fuera a Venezuela; además, para ofrecer ilusiones a un importante número de campesinos centroamericanos que, como cualquier compañero, aspira a tecnología y créditos para sembrar. A Joel, la irresponsabilidad de avalar como cubano eso, y a Carlos le pregunté qué hacía un chileno en terrenos de la alianza. Los tres trataron de calmar mi indignación toda vez que no existen posibilidades, aún hoy, de articular el tema cuando no se ha establecido; a pesar de los esfuerzos de Nicolás Maduro, el Consejo de Movimientos Sociales de la ALBA y ellos repartían espejismos sin rubor alguno. Nunca respondieron, pero eso se ha minimizado luego de esa agria discusión.

El colofón de Guatemala se tradujo en una campaña adelantada por los compas de Nicaragua contra Daniel Ortega, usando el manido argumento del escándalo de la violación de su hija, para poner a los movimientos presentes en contra del FSLN y el presidente de Nicaragua. Por iniciativa de los sandinistas, los participantes del foro sindical y otras organizaciones firmamos un comunicado, repudiando la campaña de las feministas y respaldando el gobierno popular sandinista.

Reconozco que desde la derrota de los sandinos en 1989, y el saber de primera mano de los enormes errores y escándalos del gobierno sandinista de 1979-1989, he visto con recelo a Daniel; después de 16 años, su retorno al poder me ha dejado el sabor amargo que significó aquella pérdida. Pero no es menos cierto que, independientemente del Presidente, es preferible un Daniel Ortega sandinista que cualquier bicho con uñas de la derecha que desbarató en 15 años lo que avanzó este aguerrido pueblo. Una compañera, Dolores Jarquín, antigua militante del sandinismo que hoy es enemiga acérrima de Ortega y la actual dirección del FSLN, me reclamó que yo firmara el rechazo a su manifiesto condenando a Daniel. Me tocó ponerme duro con ella y reclamarle sobre la base de su irresponsabilidad al usar un argumento tan infeliz para atacar a Daniel, puesto que si eso hubiera sido cierto, no tuviera la absolución judicial; segundo, no creía, como no creo, que Rosario Murillo respaldara a un personaje capaz de abusar de su hija; y tercero — que la molestó muchísimo — que yo no soy nadie para discutir y polemizar sobre la política exterior del Gobierno Bolivariano, pero si Chávez respalda a Daniel Ortega, yo respaldo a Daniel Ortega. Mi pana Dolores me restituyó el habla hace poco tiempo, pero de cualquier manera es verdad: a veces perdemos por odio la perspectiva histórica de nuestra lucha.

El 2009 lo dedicamos a construir la Central Socialista de Trabajadores y a consolidar el espacio de la clase en el proceso. Tarea nada fácil, pues estamos frente a nuevas formas organizativas que la propia dinámica ha impuesto, y eso dice mucho de aquella máxima de Simón Rodríguez: “Inventamos o erramos”. Chávez

incansablemente ha ensayado fórmulas para darle organización al pueblo y su vanguardia: los Frentes Constituyentes, las Fuerzas Bolivarianas, los Círculos Bolivarianos, el Comando Ayacucho, el PSUV, los batallones, las patrullas, el Comando Santa Inés, las patrullas de trabajadores y campesinos, las comunas; en fin, en cada etapa de la revolución las organizaciones sociales han dado respuesta a la coyuntura y, como todo proceso dinámico, dialéctico, una vez cumplido su papel han sido trascendidas por la realidad política y las necesidades organizativas.

Nosotros hemos hecho nuestra contribución a la organización. Con el Frente Nacional Constituyente de los Trabajadores aportamos el esfuerzo por garantizar los derechos sociales y el enfrentamiento a los que buscaron caricaturizar nuestra Constitución; con la Fuerza Bolivariana de Trabajadores nos dimos la oportunidad de frustrar los planes enemigos en las elecciones de la CTV, y fuimos factor decisivo en la recuperación del poder el 13 de abril de 2002 y en la derrota del paro petrolero. Como Fuerza Socialista Bolivariana de Trabajadores no fue un simple cambio de nombre, se trató de darle un impulso a la convocatoria del Comandante en Jefe para dotar de ideología a la revolución, cosa que hemos asumido con el entusiasmo de la esperanza.

Sin embargo, tanto la FSBT como la CST sufrieron un estancamiento producto de la negativa del Ministerio del Trabajo en reconocer su estatus como nueva central en Venezuela. Esa posición de María Cristina respondió a su criterio de que era importante fortalecer la unidad de los trabajadores, pero que una nueva central venía a dividir más al movimiento de trabajadores. Desde su postura impulsó la creación del "Frente de Trabajadores Socialistas", un híbrido o remedo de organización que aceptaba en su seno todas las corrientes y cuanto bicho con uña apareciera en el espectro sindical venezolano. A pesar de la molestia de mis compañeros lo bauticé como el circo de Popy, donde crecen los enanos y se le cae la barba a la mujer peluda; el FTS fue una mala reedición de la UNT y sus contradicciones. Estar o no en ese organismo artificial fue un debate intenso en nuestra Dirección Nacional; la inmensa mayoría de nuestras

bases rechazaba esta instancia por inútil, pero en el seno de la Dirección privaba, correctamente, la tesis de que ponernos al margen del Frente nos podía aislar (para delicias de nuestros enemigos y adversarios) del partido y del liderazgo de la revolución. En la Central la cosa imponía también otro ritmo: la negativa de María Cristina de darnos nuestra boleta mantenía incómoda a la mayoría de las federaciones que hacían vida en su seno, y que veían en la boleta la necesaria legalización y reconocimiento para ejercer la labor sindical a la que están acostumbrados.

El Frente sirvió para que algunas de sus corrientes sobrevivieran en su insignificancia, y que otros medraran para mantener su relación con el gobierno y convertir la acción política en acción mediática, sin tener fuerza real en el seno de los trabajadores.

Uno de los elementos que siempre he esgrimido es que a estas alturas del juego ponernos a discutir quién tiene la mayoría es inícuo; se trata de disputarnos la hegemonía. La FSBT, como una de las organizaciones más antiguas de la revolución y sobreviviente de las organizaciones que juntaron las experiencias populares y revolucionarias desde 1997, se trazó como objetivos —insisto, desde su nacimiento— estimular la unidad revolucionaria, organizar y consolidar el piso social de la revolución y crear una central revolucionaria; en consecuencia, la construcción de la hegemonía era paso clave para impulsar estos objetivos. ¿Los detractores? Aquellos que, sin tener peso específico en el seno de la clase, lucharon por su sobrevivencia en el espectro político sin importarles el futuro de la clase y el de la revolución, así que defendieron su parcelita con uñas y dientes: el liderazgo fantasma que los rodea.

Tales cosas también, junto con los pasos dados por el gobierno, generaron contradicciones. Hemos respaldado decididamente medidas como expropiación de tierras, nacionalización de empresas y la permanente denuncia a los desestabilizadores de costumbre que, como otrora, pretenden sabotear a través de la especulación y la escasez artificial de alimentos. El presidente de Fetraharina, Juan Crespo, y el presidente del sindicato de Empresas Polar, Frank Quijada, quizás por un error nuestro y temerosos de perder

sus privilegios se alejaron cada vez más de nuestras filas, saliendo a apoyar a sus patronos contra las “amenazas” de expropiación del Gobierno Revolucionario. Con ellos dimos un larguísimo debate sobre el tema de los intereses supremos de la república y del pueblo, y lo que ellos entendían como derechos de los trabajadores. Para Quijada, los anuncios presidenciales creaban zozobra y “presión psicológica a los trabajadores de Polar y sus familiares”, porque según él “podían perder sus empleos y privilegios”. Para Crespo, la sustitución del patrón privado por el Estado era un retroceso en las conquistas laborales.

En septiembre, por invitación de Joao Batista, llegué a Sao Paulo, Brasil, a participar en el II Encuentro Sindical de Nuestra América. Aquí intervine en el evento central sobre la coyuntura política y la situación de Venezuela. Además de mí, representando la CST-FSBT — como dije, invitado especial por la CTB— estaban presentes Pedro Eusse por la CUTV, Tony León por el Foro Energético, Rolando Semprun y Roberto Coraspe por la Funbtcac, y Servando Carbone por la UNT.

El primer escollo que se presentó fue el flamante cargo que la FSM le dio a Carbone, nada más y nada menos que Vicepresidente internacional de la UIS del sector público. El mismo día de mi llegada me reuní con Ramonín, secretario de la FSM para América, y con ironía le reclamé su inconsecuencia, o peor, su ignorancia sobre las organizaciones venezolanas; porque la única masa que posee Servando es su masa corporal, toda vez que es la más ínfimamente pequeña del espectro sindical venezolano. Le dije a Cardona que podía entender que no nombrara a nadie de la FSBT o Motram en su UIS, pero hubiera podido consultar, pues nombran a Servando para bloquear a Franklin Rondón, presidente de Fentrased, y quedaron en perfecta evidencia al nombrar a Carbone que apenas tiene 42 afiliados, frente a cualquiera de las nuestras que tienen no menos de 800 afiliados. Asimismo que su sindicato pertenece a Fentrased, por lo tanto, le gustara o no era afiliado a mi central.

A Ramonín no le gustó para nada lo que le decía, pues al señalar su error lo hice con sorna; lamentablemente la FSM quedó atrapada

en la telaraña de Marcela y su combo. Por cierto, tuve que disculparme con Joao a quien le reclamé en malos términos esa designación, y estoicamente escuchó mi perorata para decirme al final que él no hubiera tomado esa decisión, que en definitiva asumió la FSM y no la CTB; me tragué mis palabras y con pena pedí sentidas disculpas.

Otro temita malo fue la creación de una instancia de coordinación del ESNA, toda vez que entre el I y II Encuentro tanto las expectativas como las adherencias habían crecido sustancialmente, por tal razón, para el III requeriría de una mejor y mayor coordinación. Servando y Eusse objetaron mi presencia en el organismo, alegando que la CST no estaba legalizada y que ellos representaban la mayoría. Joao Batista, de Brasil; Juan Castillo y Leo Batalla, de Uruguay; José Miguel Hernández, de Cuba; Francisco Sarango, de Ecuador; Víctor Mendibil, de Argentina; y Maldonado de Chile, rechazaron fuertemente la pretensión de los señores. De eso me enteré por dos vías: una, Semprun y Coraspe, que siendo de la UNT y la FSM no compartían ese criterio; y la otra por José Miguel, que bajó muy molesto donde estaba yo reunido con Salvador Valdez, secretario general de la CTC de Cuba y su secretario internacional Raymundo Navarro.

Raymundo es todo un personaje: médico, guajiro; como él mismo dice “prestado a la ciudad” y todo un caballero. Por otras vías que no menciono —pues él sería incapaz de convertir en chismes las circunstancias por las que pasa— me enteré de un *impasse* entre Pedro Eusse y él la noche anterior a esta reunión. Después de la jornada de trabajo estábamos en una tertulia en una cervecería aledaña al hotel, y cada quien libando cachaza y cerveza —una combinación que solo se ve en la dialéctica ética de los trabajadores brasileños— y conversando sobre las cosas de su país. Como los fumadores teníamos que hacerlo fuera del recinto, nos instalamos a un lado de la puerta, en una ventana que daba a la mesa donde estaba el resto de los compañeros. Se me acabó la cerveza y entré a llenar mi vaso, cuando veo a un Raymundo censurando duramente a Pedro Eusse, ante la atónita mirada de Ignacio Meneses, el gringo-mexicano; llegué justo en el momento en que muy enojado se levantaba, diciéndole que se retiraba, pues ni para

echar un trago era digna su presencia. Conociendo el personaje, me serví y raudó huí de la mesa pensando “ese no es mi peo, mejor es marcar distancia”. En el resquicio de dignidad que le quedaba, Eusse se levantó y en susurro le dijo que no se molestara, que se retiraba él que no era bienvenido ahí. Apenas se alejó rumbo al hotel, la mayoría de los compañeros uruguayos, argentinos, brasileños —Ignacio—, suspiraron aliviados.

Yo no quise preguntar nada, pero a la larga me enteraría. Resulta que cuando comenzamos a brindar, Pedro se sentó con Navarro y se dedicó a reclamar, de muy malas maneras, que en el año 2004 la CTC me hubiera honrado con la designación como orador de orden el 1° de Mayo; que yo no soy trabajador, que no represento a nadie, y que “era un error de los cubanos” confiar en mí y en la FSBT. Raymundo intentó en vano razonarle que eso era una decisión soberana de Cuba, que nadie podía cuestionar mi trabajo en el seno de la clase obrera cuando he sido testigo de excepción en, por lo menos, dos congresos de la FSBT, y otras actividades que dan fe de nuestra fuerza y liderazgo. Este, tozudo e incommovible, machacó una y otra vez —el pelón de bolas—, hasta que Navarro se hartó de eso y explotó, dejándolo con la palabra en la boca, no sin antes decirle que era puro celo de su parte que me calificaran a mí y no a él, y que por costumbre los dirigentes cubanos no hablan mal de sus adversarios en países extraños y frente a otra gente. Más adelante, en esa misma tertulia me enteré de por qué el alivio de los demás; Eusse, no contento con ser tan imprudente con los compañeros de la CTC, agarró a Juan Castillo del PIT-CNT para decirle que los uruguayos eran marionetas de la política cubana, sin personalidad propia; con la consecuente molestia de los compañeros que acusaba tan injustamente. Me dio pena ajena; por lo que a mí correspondía, todo el mundo sabe de las profundas diferencias que tengo en lo político y lo personal con esta gente, sin embargo, por mi mente jamás pasó denigrar de otros venezolanos para ganar espacios. Desde siempre la FSBT y su Dirección, al carecer de padrinos y protectores, se han ganado los espacios a pulso, haciendo política

y con una conducta que, sin presumir de ejemplar, marca distancia del oportunismo, la maniobra y el arribismo como práctica.

En el panel que correspondió con Mendibil hablé largamente del tema de los trabajadores y el avance de la revolución, y sobre la amenaza del anuncio uribista de la instalación de siete nuevas bases militares en Colombia, denunciando que era una componenda clara del imperialismo usando a la hermana república como carnada para una posible agresión contra Venezuela. La intervención cayó muy bien al auditorio, pues aplaudieron bastante y se anotaron para preguntar y opinar sobre Venezuela. Desde el público intervino Pedro Eusse para poner nubarrones a la tarde, al intentar denunciar al gobierno por la situación de la empresa automotriz Mitsubishi y acusarlo de persecución y acoso a los trabajadores y a la dirigencia. Lamentablemente me tocó desmentirlo, pues de este tema han intentado hacer una bandera para poner en entredicho al Gobierno Bolivariano y, por retruque, al Comandante.

Mitsubishi es una de esas experiencias de lo que no debe ocurrir en el movimiento de trabajadores ni en los sindicatos. Allí ha ocurrido desde prevaricación, pasando por chantaje a los empresarios y gansterismo sindical contra los trabajadores. Antes de asumir nuestra posición indagamos por varias vías su situación y, aunque por razones obvias no defiendo empresas privadas y mucho menos transnacionales, nunca podré estar de acuerdo con practicar el chantaje en nombre de la defensa de los trabajadores. Varios de sus seudodirigentes iban a las gerencias a exigir cuotas de vehículos (el gran negocio) y dinero para garantizarles paz laboral, mientras, por otro lado, presionaban a los trabajadores para que se plegaran a sus designios bajo el terror de amenazar a hijos, esposas y familiares de agresión, usando contactos en ministerios y otras instancias gubernamentales para operar sus planes.

En cada ESNA se debate la sede del próximo encuentro, y los compañeros se debatían entre México y Venezuela como sedes del III ESNA, quedando nosotros con el compromiso — a pesar de las diferencias — de tantear la posibilidad de realizarlo en Venezuela.

Culminamos el año con una noticia interesante que marcaba, como dice Oswaldo, nuestra salida del aislamiento y retorno a posiciones de primera línea. Néstor Ovalles nos sorprende con el anuncio de que María Cristina Iglesias le ofrecía el cargo de viceministro para la Seguridad Social de su despacho. El Negro, acertadamente, evaluó con nosotros la pertinencia de aceptar o no la designación. Mi opinión, bastante mordaz, era que no es nuestra gestión; que en definitiva nuestra relación con María Cristina no era antagónica, pero sí bastante tirante con ella, toda vez que desde su regreso al Minpptrass había bloqueado la legalización de la CST, arguyendo su inconformidad con esta; sostenía el parapeto del frente de trabajadores y aupaba y protegía a nuestra principal antagonista, Marcela Máspero. Sin embargo, al consultar con Nicolás y Oswaldo, ellos eran de la tesis de que había que apoyar la gestión. Aunque recalqué los argumentos que di, coincidí en que negarse a aceptar era decirle que no al Comandante en Jefe, por lo que al compañero le tocó la papa caliente de Inpsasel, Incret y el propio viceministerio en cuestión.

Ovalles al aceptar tenía el reto de sanear Inpsasel y otras instancias de su administración; ardua tarea — como pude constatar — por tratarse de un archipiélago de grupitos. Antes de que lo nombraran, cobraba cuerpo un grupo que bajo la fachada de los delegados de prevención se estaba configurando como partido paralelo y — como pudimos comprobar también — con experiencias como la de Mitsubishi: extender su mafia a otros derroteros, utilizando incluso el chantaje de la solvencia laboral para extorsionar empresarios y trabajadores.

La tarea del Negro ha sido la tarea del indio: enfrentar las mafias enquistadas en los fulanos comités de higiene, un ejército de delegados de prevención que, como Frankenstein, se le escaparon de las manos a sus creadores para convertirse en un cuerpo que no tiene paz con la miseria y ataca al gobierno — comenzando por Néstor Ovalles —; y a los sindicatos como, según él, burócratas que no representan a los trabajadores y sirven a intereses ajenos a la clase y a la revolución. Otra cosa que tuve que decir en una conferencia

para los trabajadores del Inpsasel es que la institución heredó la malformación de la IV República, ya que siendo creada en el año 2002 reprodujo la práctica de antaño y una muy marcada diferencia entre cada dirección. Desde su creación ingresaron sus pioneros; al salir estos, una parte fue sustituida por la entrante; al irse esta, removieron a otros y así sucesivamente. Cuando Néstor asume —y realizando pocos cambios— se encontró de todo, como en botica: gente de todas las gestiones, hostiles los unos con los otros y, por supuesto, contra la misión de Ovalles. Intenté decirles que, independientemente del tiempo, los que estamos ahí debemos remar para el mismo lado, pues somos bolivarianos, revolucionarios y funcionarios del gobierno de Chávez, no de cualquier gobierno; y como tanto le gusta decir al negro Ovalles: “Somos pasajeros en estas responsabilidades de alto nivel, de allí que nuestro ineludible deber es hacerlo lo mejor que podamos”. Y a esto le agregué yo que “Chávez nos puso, Chávez nos quita”, y que al que actúa de buena fe normalmente le debe ir bien. Desde su nombramiento, con muy pocos cambios en la estructura, ha librado el titánico combate por enderezar el carro como su contribución y la nuestra, para apuntalar la acción de gobierno de nuestro Comandante en Jefe

Pasaron varios meses, cerramos 2009 y a mediados de 2010 me enteré de una reunión en Buenos Aires del grupo de comunicación del ESNA; a través de Laurita, amiga argentina, militante del PC do Brasil, indagué sobre la reunión y si alguien de Venezuela se había comunicado con ellos para el tema de la sede del III Encuentro. Esto coincidió con una petición de María Cristina para presentar un plan internacional apoyado por el Ministerio, y tanto Néstor Ovalles como Elio Colmenares coincidieron en que el más indicado era yo por los vínculos que tengo desde hace muchos años como encargado internacional de la FSBT. Laurita me comunicó pocos días después que nadie se comunicó con ellos, pero que habían evaluado su interés en realizar el evento acá y que querían realizar una reunión en Caracas para explorar las posibilidades. Con eso como plataforma básica, le envié a Néstor una esquelita bien esquematizada del ESNA sobre la reunión planteada aquí y convertir eso en el plan que pedía María.

Por otro lado, intenté comunicarme con Nicolás Maduro para que la Cancillería nos apoyara con la actividad.

María Cristina recibió de manos de Néstor Ovalles la propuesta y con la misma mandó a decir que eso era política exterior, entonces le correspondía a Nicolás atenderla. Me angustié porque la propuesta de reunión era para fin de enero y estaba crudito todo, y no tenía certidumbre de que Nicolás me pusiera atención.

Un día recibí un correo electrónico desde Cuba donde mis entrañables amigos Rita Olga Martínez, José “Pepito” Pérez y Salomón Susi me enviaban saludos y solidaridad con Venezuela. Aproveché eso como excusa para enviarle un mensaje a Nicolás, enviándole saludos de nuestro trío los panchos. En menos de tres minutos, récord de velocidad para una comunicación con el compa, les retornaba sus saludos y me pidió que los trajéramos a Venezuela para dar algunos cursos de sus especialidades: Rita, especialista en historia y relaciones con los movimientos sociales; Pepito, un monstruo en economía política; y Salomón, el único personaje en el mundo que se especializó en análisis del discurso y oratoria. Ahí le metí la cuñita del ESNA y pedí su apoyo para que vinieran los compañeros.

Hoy creo que en nombre de la formalidad cometí errores que pusieron en riesgo la posibilidad de hacer este evento en Caracas, y pudieron haberme costado la confianza que tanto Nicolás como la dirección de la FSBT depositaron en mí.

Contra mi propia opinión, pero respetando el carácter amplio y de inclusión, convoqué a Pedro Eusse y a Servando Carbone para, de común acuerdo, organizar el cónclave sindical de nuestra América.

Nicolás, paralelamente a la traída de nuestros amigos haba-neros, accedió a apoyar el III Encuentro Sindical de Nuestra América y contribuyó a traer a los compas del ESNA a Caracas, para una serie de reuniones de contacto y trabajo y una posible conversación con el Canciller, con miras a afinar criterios políticos en aras de la realización de la actividad continental.

Desde el inicio la relación con la UNT fue conflictiva, toda vez que Servando y Pedro hacían lo indecible para copar el escenario de organización y protagonismo, aduciendo desde el principio la ausencia de legalidad de la CST que sería la coprotagonista del evento. Cobiados en el circo de Popy, del fulano frente de trabajadores del PSUV y el tácito respaldo de María Cristina, quisieron ganar indulgencias con escapulario ajeno. No debemos olvidar que ella tajantemente remitió la relación a la política exterior, lo cual me exoneraba de incluir a ningún factor si lográbamos el tan ansiado contacto con la Cancillería, pues el pana apoyaba pero no se comprometía a fondo. Desde las primeras reuniones Eusse se pintó de colores y Servando asumió su representación. Bajo una supuesta colaboración entre ambas organizaciones, se dedicó a colocar en cada discusión todos los peros posibles intentando descalificar la presencia de la CST; aceptaban a la FSBT pero no la central. Esa fue la tónica desde la primera reunión. Mi argumento desde el principio fue que a pesar de la negativa del Ministerio de darnos la boleta, con nuestra legitimidad de origen era más que suficiente para acometer esa tarea; que nos bastaba con el reconocimiento de nuestros hermanos de clase dentro y fuera de Venezuela; además, si persistían con eso, entonces organizaciones como la CTA de Argentina tampoco podrían participar, ya que tienen alrededor de 15 años esperando su legalización.

A principios de marzo arribaron a Caracas Joao Batista Lemos, de la CTB; Víctor Mendibil, de la CTA; Castillo, del PIT-CNT; Santiago Yagual, de la CTE de Ecuador; Melgar Aures, de la CGTP de Perú; y Ramón Cardona y Manuel Rodríguez, de la FSM, para iniciar los preparativos del encuentro.

Los representantes de la UNT nunca tuvieron la voluntad política para sacar adelante esta tarea de importancia internacional, y en una competencia, si se quiere desleal, trataron por todos los medios a su alcance de tomar el control de la actividad. El primer escollo estuvo en la interlocución con el gobierno, toda vez que fundamentalmente era yo quien tenía estas relaciones. Como María Cristina Iglesias negó de plano cualquier colaboración con el evento, el único canal para coronar con éxito era el Canciller.

Fiel al principio de no actuar de mala fe, fui lo más flexible que pude en aras de garantizar la actividad. Nos reunimos en el hotel para planificar las cosas, ver temario, posibles invitados, incorporaciones de organizaciones, y lo más importante: un viejo debate con los compañeros desde la primera reunión en el 2005 en Porto Alegre; que el concepto del Encuentro Sindical de Nuestra América es de carácter amplio, no excluyente y, sobre todo, haciendo enormes esfuerzos para lograr la participación de organizaciones pertenecientes a la CSA y no solo convocatoria exclusiva de la FSM; que si bien había que reconocerle el empeño puesto en esta iniciativa, teníamos el reto de trascenderla en su convocatoria.

El III ESNA, con respecto al segundo, se diferenciaba sustancialmente en que este se hizo en el marco del congreso de la CTB, y en nuestro caso era exclusivamente la convocatoria a las organizaciones sindicales y movimientos de toda América; por lo tanto, esta invitación a Venezuela se circunscribía a respaldar la Revolución, apoyar desde nuestros hermanos de clase las elecciones de septiembre y agrupar en nuestro país un sinnúmero de organizaciones que se harían presentes.

Antes de la llegada de los compañeros del ESNA intenté por todos los medios reunir a quienes desde la UNT participarían en la organización del encuentro. Salvo Servando Carbone, los demás brillaron por su ausencia. Sin embargo, como ocurrió a lo largo de la preparación del ESNA, su papel era marcarme y tratar de monopolizarlo.

Por petición de María Cristina realizamos una reunión informativa en el Frente de Trabajadores y, como era de esperarse, se convirtió en un circo donde se daban codazos por figurar. Allí informé sobre el origen del ESNA y las expectativas que se generaban en su realización en Venezuela. Cuando expuse los pasos que faltaban para echar a andar la actividad y anuncié junto a los compañeros internacionales la reunión con el Canciller en los próximos días, me increparon sobre el carácter de esa reunión con Nicolás. Respondí que no confundieran la gimnasia con la magnesias; que era una reunión del Canciller con los internacionales y conmigo

como solicitante, quedando en volver a reunirnos en dos días para informar resultados.

La reunión se dio al día siguiente, al mejor estilo de Nicolás: cuando ya estaba desesperanzado llamó Magally para que nos fuéramos a su despacho en el plazo más breve posible, pues Nicolás estaba “con una pata en un avión”. Cuando llegamos nos recibió en la salita contigua a su despacho y, como si se hubiera reunido conmigo el día anterior, escuchó a los compas y expuso con pelos y señales lo que a su juicio debería ser el evento en cuestión. Asombrados, los compas escuchaban embelesados a nuestro Canciller, quien entre una cosa y otra les manifestó que habían corrido con suerte al toparse para esta actividad con el “menos sectario” de los dirigentes de los trabajadores de Venezuela. Propuso dos temas para desarrollar con el ESNA: uno, el de formación, pues estamos empeñados desde la propuesta de organización de la Fundación “Daniel de León”, en el 2006-2007, en la creación de una escuela latinoamericana de los trabajadores; y dos, la posibilidad de crear una instancia o central latinoamericana de trabajadores que, más allá de la coordinadora del Mercosur, acompañe instancias como Unasur y más adelante la de la Celac. Además, insistió en realizar el 1º de Mayo una actividad tipo seminario para ver estos temas y darle impulso al encuentro en Caracas.

Concretado el acuerdo de apoyo de la Revolución Bolivariana, volvimos a reunirnos en el circo. Estando en eso, llamó María Cristina para concretar una reunión con ella para informarse de la actividad y lo acordado con Nicolás el día anterior. Estuvieron presentes los mismos internacionales e inevitablemente Servando Carbone y Pedro Eusse.

En el país de los ciegos manda el tuerto o, como yo soy manco, en el país de los paralíticos el mocho es rey. Dejé que Servando iniciara la reunión con su “jefa”... Para nada, pues no conocía ni los antecedentes ni para qué estábamos convocando este evento en Caracas; en consecuencia, ante la cara de ignorancia de María, lo interrumpí para explicar mejor el tema y presentar a los compañeros cuyos voceros serían Víctor Mendibil y Joao Batista. Comencé diciéndole

frente a los compañeros que de vez en cuando le cogía línea y por eso, siguiendo sus "precisas instrucciones", había acudido al Canciller y que el día anterior se había concretado la reunión para la planificación en Venezuela del III Encuentro Sindical de Nuestra América, y que se había constituido el equipo de organización en Venezuela, encabezado por Servando Carbone, Pedro Eusse y yo. Los compañeros Joao y Víctor manifestaron en esta reunión su beneplácito por la oportunidad de hacer el Encuentro en Caracas, y su decisión de que tal realización se hiciera como un aporte de los trabajadores clasistas en respaldo a los candidatos revolucionarios en el proceso que se verificaría el 26 de septiembre. Eusse, que se caracteriza por sus oportunistísimas intervenciones, una vez que estos concluyeron declaró que para el PCV era impropio mezclar el ESNA con las elecciones, por consiguiente, se oponía a que los camaradas de América se pronunciaran en el tema electoral venezolano.

Después que salimos de la reunión, María Cristina me llamó para decirme que discutiera con los compañeros lo importante de su convencimiento en respaldo a los candidatos bolivarianos. Me refirió y le planteé que el III Encuentro se realizaba en Caracas, y en julio precisamente, por el apoyo a nuestros candidatos y que no se preocupara por ese tipo de opiniones disonantes.

Muchos compañeros me han criticado la decisión de haber cedido espacio a Servando y a Eusse, pues si algo ha quedado claro es que en Venezuela el factor mayoritario y casi hegemónico en el mundo de los trabajadores lo tiene la FSBT y la Central que creamos en el 2008. Pero si nosotros hemos abogado por la unidad clasista de nuestro continente, nada arriesgábamos con abrir el compás de participación —como veremos más adelante—, más allá de los eternos personajes que se especializan en sabotear y torpedear cualquier actividad donde ellos o ellas no sean los primeros chicarrones; esos personajes que son el Rey Midas al revés: lo que tocan lo destruyen, por decirlo de manera diplomática.

La gestación del ESNA fue tortuosa y bastante accidentada por la falta de voluntad política de mis interlocutores; cada reunión era un maratón de maniobritas para descalificar la presencia de la CST.

Invocando a María Cristina Iglesias, una y otra vez, decían que reconocían a la FSBT como interlocutor pero no a nuestra Central, con el infeliz argumento de su ilegalidad; siempre se agarraron de eso para decir que ni Minpptrass ni el resto del gobierno reconocían su validez. Y como hemos repetido aquí varias veces, mientras los trabajadores y las organizaciones hermanas en el resto del mundo reconocieran nuestra existencia, gozábamos de legitimidad de origen, entonces sus opiniones o la de María Cristina nos tenían sin cuidado.

Durante los días siguientes nos reunimos para la planificación y comenzó la espera de respuesta de Nicolás para continuarla.

Para el mes de abril se convocó la actividad propuesta por Nicolás y no estuvo exenta de dificultades. Localizar al Canciller se convirtió en toda una proeza olímpica, toda vez que, como he dicho en otras partes, el Comandante en Jefe es una máquina de moler gente. Nicolás ha estado tan atareado en las múltiples tareas de gobierno, que simplemente contactarlo es todo un desafío. Alrededor de 30 compañeros de toda América fueron convocados a esta reunión y faltando apenas una semana, con lo difícil que había sido cuadrar las diversas agendas para que convergiera tanta gente en Caracas, no teníamos respuesta de logística para su realización. Mientras tanto, el circo del Frente presionaba a María Cristina porque supuestamente tanto Nicolás como yo manteníamos desinformados a esa gente, y esta, a su vez, de tanto en tanto me llamaba para indagar por qué no convocaba a esta reunión del ESNA. Lo que me tocaba responder era que para qué convocar si no teníamos respuesta.

En esas peripecias, los amigos internacionales —acostumbrados a la planificación— se iban poniendo nerviosos porque pasaban los días y no se sabía nada. Me reventaban el celular preguntando casi hora a hora si tenía alguna noticia de Nicolás y sus respectivas llegadas. El negro Castillo, avezado y curtido político, cuando yo como coordinador internacional del ESNA abandonaba toda esperanza de cumplir con las fechas de llegada, asumió la decisión de dar plazo hasta el siguiente martes, dando por pospuesta la reunión convocada por Maduro. Voto de confianza para mí, que en

desazón me desesperaba a ratos por los contratiempos que estaban sobre el tapete.

¡Por fin! El domingo en medio de un evento con el Presidente donde participé en mi condición de candidato a las elecciones internas del PSUV, que mencionaré luego, Nicolás me localiza y desde la tribuna al lado de Chávez, riéndose, me envió un mensaje de texto preguntándome qué era de la vida de la reunión del ESNA, justo cuando el Comandante mencionaba el tema de los trabajadores y el internacional. No sabía si reírme o insultarlo; le escribí que toda la gente estaba casi infartada por su largo silencio y que solo faltaba su aprobación para echarlo adelante. En otro mensaje me autorizó para que al día siguiente con Magally resolviera ese punto. Domingo, 10 de la noche en Caracas, 11:30 en Montevideo y medianoche en Sao Paulo, me lancé a enviar mensajes a los compas para que a partir del lunes confirmaran a todo el mundo que los esperaba en Caracas en las próximas 48 horas. Hay que reconocer la eficiencia de Magally Viña, quien por su trabajo al lado de Nicolás Maduro adquiere proyecciones de heroína en la titánica tarea de dar las respuestas que autoriza el jefe con escaso margen de maniobra. No sé qué magia tiene que a pesar de lo adverso, calladita, sin alharacas, cumple el cometido asignado dejando muy bien al jefe, que — como ya dije — por su volumen de trabajo y responsabilidades que te preste atención es casi una apoteosis.

La reunión se dio y, ¡oh, justicia divina! Aparecieron los personajes. Como es rutina, una vez aprobadas las llegadas mi tarea es garantizar su recepción en el aeropuerto y la instalación en el hotel. Así que como el primero llegaba a las dos de la tarde, desde esa hora estaba instalado en el hotel para recibirlos. Desde el momento en que Nicolás autorizó toda esta movilización, le comuniqué a Servando y los cité como coorganizadores, a media tarde, en la recepción del Hotel Meliá, calculando que salvo Ramonín — el de la FSM — todos los demás habrían llegado a Venezuela y estaban debidamente instalados. Con los compañeros esperamos hasta las seis y no aparecían; me retiré a atender otro asunto — que explicaré más adelante — y corroboré con los camaradas que a la mañana

siguiente estaría a primera hora para realizar las tareas, los documentos, el llamamiento internacional al III ESNA y chequear toda la materia organizativa. Por los compañeros invitados supe que Eusse y Servando llegaron a las diez y media de la noche, armando peo porque yo no estaba; algo así como el borracho que llegó amanecido a su casa, reclamándole a la mujer por estar durmiendo mientras él “arriesgaba su vida por las calles”. No se imaginaban que se encontrarían a un grupo político tan compacto y, por ende, no calcularon el regaño colectivo encabezado por el compañero Juan Castillo. Cuando llegaron —me refiero a Eusse y a Servando—, los compañeros repasaban lo discutido conmigo en la tarde.

En los días siguientes, encerrados en la habitación de Gilda Chacón y con la ausencia de los personajes, dimos forma al documento político, parámetros de convocatoria, listado de participantes, énfasis en organizaciones y personalidades; todo eso mientras esperábamos la reunión con Nicolás.

Acercándonos ya al día de reunión, arribaron compañeros de varias partes de América, convocados para la que hacía las veces de acto de solidaridad y actividad organizativa del III Encuentro. En ese ínterin reventé los teléfonos y mensajes, esperando una respuesta de Nicolás que no llegó en el tiempo previsto; situación que no fue óbice para adelantar el máximo posible con los compañeros de la Coordinación del ESNA.

El 1° de mayo, con los que quedaban de esta atropellada pero productiva jornada acompañamos al pueblo trabajador en su gran fiesta clasista. Julio Gambina, Juan Castillo, Leo Batalla, Joao Batista, Fernando Amezcua, Adrián Ruiz y Gilda Chacón, marchamos un rato desde la Cantv hasta la Urdaneta; nos dirigimos a la tarima central para presentar a los compañeros y ejercer el derecho de palabra, anunciándole a Venezuela la realización del III Encuentro Sindical de Nuestra América en julio de ese año.

Por nosotros habló nuestro coordinador Juan Castillo, quien saludó el evento y manifestó la solidaridad de los trabajadores y trabajadoras de Latinoamérica con la Revolución Bolivariana y nuestro Comandante en Jefe; igualmente el respaldo del ESNA a los

candidatos a diputados de la revolución y su acompañamiento el 24 de julio en la realización del encuentro internacional, en el marco del Bicentenario.

Para molestia de muchos, comenzando por Marcela Máspero, me toco la grata tarea de presentar a Juan Castillo en mi condición de Coordinador Nacional del ESNA y presentar al camarada Amezcua, del Sindicato de Trabajadores Electricistas de México, quien en un arriesgado acto se vino a Venezuela, en medio de una huelga de hambre que él junto con sus compañeros libraban, en dura lucha contra la privatización de la muy famosa Compañía Mexicana de Electricidad.

La siguiente cita fue un mes después cuando Leo Batalla, Laurita Porcel, Gilda Chacón, Manuel Rodríguez, Mario Morán y Rafael Guirado regresaron a Venezuela para poner en marcha el evento; esperamos varios días la reunión con Nicolás Maduro y ver la viabilidad del apoyo prometido meses atrás.

En la no tan dulce espera afloraron las contradicciones en el seno de los organizadores locales. Servando y Eusse, ante su evidente debilidad orgánica, intentaban por todos los medios hacerse con el control organizativo, poniendo todas las trabas habidas y por haber. Cometieron muchos errores, toda vez que por supuestas causas de ocupación desatendieron deliberadamente a nuestros amigos; nos embarcaron una y cien veces en un intento deliberado de descalificar nuestro trabajo; jugaban al fracaso con la infeliz esperanza de que la realización del ESNA en Caracas naufragara.

Por fin, una tarde cuando ya la desazón nos invadía me despedí de los compañeros en el hotel, dándoles la tarde libre para sus cosas; desde su llegada habíamos trabajado sin interrupción alrededor de 11 horas diarias. Me monté en el metro y cuando llegué a la estación Chacao tenía en mi celular como cinco mensajes de Magally Viña; iba a llamarla cuando entró su llamada. Nicolás, después de un bojote largo de tiempo, me estaba llamando para saber de la actividad. En su característica forma de bromear me dijo que casualmente nunca me llamaba y el día que lo hacía yo no contestaba; nos

esperaba en su oficina. En la misma estación agarre un taxi y volé al hotel a buscar a los compañeros. Llamé a sus habitaciones y luego de varios intentos fallidos localicé a Gilda, quien apresuradamente se dedicó a rastrear a los compas por todo el hotel. Cuando llegué estaban en la puerta esperándome; tomamos otros taxis y fuimos a la oficina de Nicolás, en la que no entraba desde el 2007. Nos recibió muy jovial; estaba de muy buen humor, lo que facilitaba la conversación. Como a él le molesta que fume cigarrillos, entrando me ofreció un buen habano cubano que degustamos mientras estuvimos reunidos. Me recordaba las reuniones que hacía en la terraza anexa a la oficina de la presidencia de la Asamblea Nacional, a la cual nos invitaba de vez en cuando y repartía habanos para los que estábamos con él. Muy sutilmente se notaba cuando no estaba a gusto con alguien, pues lo escuchaba con respeto pero no le invitaba a sentarse, mucho menos un café y ya ni hablar de un habano que él reserva para sus amigos. En la reunión le esbozamos el plan del ESNA y las necesidades logísticas para las que le habíamos pedido apoyo meses atrás. También le presentamos el proyecto de formación que había elaborado Julio Gambina para su consideración, como parte de la propuesta de la Escuela Internacional de Formación para los Trabajadores.

Al día siguiente estalló la bomba. Convocamos a las organizaciones a participar en una reunión con los compañeros del encuentro y, una vez más, Servando y Eusse brillaron por su ausencia en su jugarreta por hacernos el vacío. Pero bastó y sobró que se enteraran que los amigos internacionales y yo nos habíamos reunido con Nicolás Maduro, para que pegaran el grito en el cielo y los llamaran de una forma altanera a una reunión con la UNT, es decir, con ellos en su sede de El Paraíso. A Laura y a Leonardo les manifesté mi indignación por la falta de respeto de estos señores que, no habiendo hecho acto de presencia nunca, pretendían que los internacionales no se reunieran con Nicolás por no estar ellos representados. Laura me terció poniendo por delante, como era su tarea, el deber de garantizar la participación más amplia posible en el evento.

No es el fin de estas notas relatar o analizar la conducta de estas personas, pero por las narraciones de Gilda, Leo y Laurita, esa reunión fue de lo último: rastreros, insultantes; con la arrogancia propia del que no tiene voluntad política para resolver las cosas, sino complicarlas más. Y vaya si la complicaron; cuando me reuní con ellos esa noche la indignación flotaba en el ambiente, ciertamente estaban afectados por tanta miseria reunida en esa gente. Sin embargo, se sobrepusieron a su asco en aras del objetivo principal: que el III Encuentro Sindical de Nuestra América fuera un rotundo éxito político y organizativo.

Fue un mes bastante duro, pues ante la inminente realización del encuentro no les quedó más remedio que hacer como que colaboraban con la tarea, pero al ritmo de un morrocoy con artritis y poniendo trabas a cada paso. Las más importantes eran el generar una sensación de fortaleza al querer copar la lista de delegados nacionales al evento; maniobra que no podía pasar porque (siempre con sus notables ausencias) la Comisión Política había decidido el cupo de delegados nacionales e internacionales, quedando este con 200 de Venezuela: 100 para la Central Socialista de Trabajadores y 100 para la Unión Nacional de Trabajadores; para los internacionales 300. Esta distribución se suponía que permitiría una supremacía internacional en la actividad y una “equitativa” distribución para las organizaciones venezolanas. La gran tragedia de la UNT era que no tenía organizaciones nacionales representativas, pues Marcela Máspero en su demagogia debe alimentar a sus acólitos; aunque formalmente Fetraelec y Sinafum eran miembros activos de su central, no eran parte de sus incondicionales, por lo tanto, los dejó fuera de los 100 que le tocaban. Para la CST, al contrario, se convertía en punto de honor la presencia de dirigentes verdaderamente representativos de las federaciones, toda vez que los que participarían de otras partes de América así lo eran.

El día de las acreditaciones fue comiquísimo, pues nosotros presentamos la totalidad de los 100 de la CST con muy pocas variaciones; en ellas estaban expresadas 17 federaciones nacionales y varios colaboradores. Mientras tanto Marcela y Servando

cambiaban una y otra vez su listado, hasta convertirlo en un pasticho ininteligible para quienes debían informarle a Nicolás y al Presidente. Ahorraré detalles de los furiosos ataques de histeria que recorrían a la gorda y sus acólitos, cada vez que se veía forzada a modificar su listado.

El día de la instalación del III ESNA coincidió con el acto de grado de la primera promoción Bicentenario de la Misión Cultura. Ese día me gradué como Licenciado en Educación y tenía un conflicto entre emocional y político; no todos los días recibe uno de manos del Comandante el título que te acredita como profesional; aunque siempre dije que era un simple papel, no dejaba de emocionarme el hecho de que los apuros de mi madre, Meroe, por verme graduado, y el esfuerzo de Nohelia por mí se tradujeran en ese importante acto con el Presidente. Por otro lado, se instalaba el evento por el que casi me arrancan canas durante los meses que lo llevábamos organizando. Como siempre, opté por la política. Aunque el acto de grado era en el Teatro Teresa Carreño, frente al Hotel ALBA donde realizábamos la actividad, no podía aflojar ni un minuto el control, pues, desde sus frustrados intentos de sabotaje, la gorda y aliados asomaron su última maniobra, chantajeando con abandonar el evento y produciendo disturbios que harían arruinar una actividad que a esa hora era todo un éxito organizativo y político.

El III ESNA marcó un hito importante para nosotros. Logró demostrar que en la disputa política la FSBT y la CST éramos mayoría absoluta y con calidad político-organizativa, frente a quienes tal evento fue una oportunidad de cobrar políticamente, sin fuerza organizativa real, entonces no les importaba poner en riesgo su éxito si eso los visibilizaba.

Mientras estaba en los agites del ESNA, paralelamente concurrí como militante del PSUV a las elecciones internas como precandidato electoral; esta fue la razón por la que, redoblando el esfuerzo, atendía a mis compañeros internacionales y a la vez atendía las reuniones y actos de la candidatura. Hago esta mención porque si bien fue un ejercicio democrático interesante, no se ahorró en nada la misma forma añeja de hacer política. Salvo honrosas elecciones,

se impuso la maquinaria y no el debate político que en definitiva fue lo que nos animó a participar, con la consigna de llevar a las bases del partido el real debate de la coyuntura política y lo que —a juicio nuestro— era una necesidad política urgente; no solo teñir de rojo la Asamblea Nacional, sino literalmente asaltarla con cuadros revolucionarios, firmes y comprobados.

A pesar del esfuerzo que dedicamos, la ausencia de recursos y no tener padrinos ni cuadraturas con ninguna corriente interna puso cuesta arriba tanto la campaña como los resultados. Sin embargo, la solidaridad de muchos me permitió pulsar nuestra capacidad política y el reconocimiento de esa abigarrada masa que es nuestro partido. Y como dijo Cilia Flores cuando me preguntó sobre mis resultados en estas internas: por lo menos me di a conocer dentro de las bases del partido y fue una magnífica oportunidad para, por lo menos, hacer política partidaria. Admito que pensé que haría mejor papel por la receptividad que me dispensó la gente, pero —repito— contra las maquinarias es difícil combatir. Mi discurso fue muy sencillo; en cinco puntos resumí mis aspiraciones electorales:

1. La necesidad de acompañar al Comandante en Jefe en la construcción de la revolución.
2. Desalojar a oportunistas y débiles políticos de esas instancias claves para fortalecer una acción revolucionaria donde, además, la oposición —ausente desde 2005— tendría sus diputados y de ahí esta necesidad.
3. A partir de la consigna del Comandante de ir al encuentro del pueblo legislador, construir oficinas parroquiales en cada circuito del país para generar respuestas a las necesidades del pueblo, pero que sirvieran como motor para la formación política y la participación popular.
4. Fortalecer la presencia de los trabajadores en las instancias de decisión y representación política en la revolución.
5. Alertar contra los quintacolumna que todavía pululan en nuestras filas.

Huelga decir que de ser un ilustre desconocido para la militancia del PSUV, ahora los círculos políticos me conocen y los conozco perfectamente, pero las bases poco saben de quién soy y cuál ha sido mi trayectoria. Por momentos creí poder vencer. El entusiasmo y la esperanza de camaradas como Grecia Monje, Hilda Monjes, Alida Pulido, mi esposa Nohelia; “Cuarto e’pollo”, líder de los motorizados de Antímano y todo su grupo; Santa, que desechó otras opciones para apoyarme; y Carlos Joa, el gran Chino, apostaron por mí, pero — como dije — arrolló una maquinaria que pactó en cada lado su posible victoria. Llegué, por si alguien tiene la curiosidad, entre los primeros 10 de un universo de 78 aspirantes.

Cierro estas cavilaciones con la realización del III Congreso de la Fuerza Socialista Bolivariana de Trabajadores en noviembre de 2010. Entre agosto y noviembre entramos en una profunda reflexión sobre nuestro futuro. La FSBT cumplió diez años, la CST dos, y entre una y otra logramos objetivos importantes. Sin embargo, algo faltaba para rematar la faena. Primero, la negativa del Ministerio del Trabajo de entregar la boleta de registro de nuestra central atrasaba su consolidación, toda vez que los dirigentes sindicales, ante la inseguridad jurídica, se reconcentraban en sus respectivos espacios federativos. Segundo, la confrontación con la derecha nos produjo bajas sensibles como la de Frank Quijada, del Sindicato de Industrias Polar; y Juan Crespo, de la Federación de Trabajadores de la Harina. Su desertión — por qué negarlo — fue un duro golpe para nosotros. ¿Sus motivos? El peligro de perder sus privilegios, una falta de conciencia de clase que es nuestra culpa no haberla atendido a tiempo, y un chantaje de los patronos privados que inmisericordemente los manipularon hasta hacer de sus debilidades y temores un arma contra la revolución.

A diferencia de los anteriores congresos, este fue trabajado sobre la base de 600 delegados y restringido solo a eso por escasez de recursos, por un lado, y por el otro, la necesidad de hacer un debate lo más exhaustivo posible. Un evento masivo daría al traste con esa concepción. Otra característica distintiva fue el haber invitado a este debate a nuestros aliados, en el entendido que en una década de existencia nuevos derroteros marcarían la pauta en los años venideros.

Entre nuestra gente hubo muchísimo entusiasmo en la organización del congreso. Gente de todas las ramas de actividad económica y todos los estados acometieron con ganas este trascendental debate que definiría —como ya dije— los años por venir. Del 26 al 28 de noviembre en Los Caracas, bajo un aguacero infinito, se reunieron los delegados del III Congreso de la Fuerza Socialista Bolivariana de Trabajadores con el acompañamiento de Rafael Freire, de la CTC de Cuba; Rhadames Rivera, de la SEIU de Estados Unidos; Ozzi Warwick Owtu, de Trinidad y Tobago; una pequeña pero sustantiva delegación internacional.

Fue bastante traumático este evento, pues llegamos bajo un inclemente aguacero a Los Caracas; la noche del jueves y el viernes hubo que acelerar todo el debate, pues en varias oportunidades llegó Protección Civil a alertar que corríamos el riesgo de quedar aislados en el sitio, ante los inminentes derrumbes que producían las fuertes lluvias que a torrentes caían en el estado Vargas. Diez mesas de trabajo regadas por todo el complejo recreacional debatieron todo el 28. Incluso un grupo, que quedó aislado por un derrumbe en la zona más alejada, con los que estaban allí, en vez de achicoparse, se constituyeron en mesa de trabajo al no poder pasar al centro cívico. Solo pidieron que les hiciéramos llegar la comida. Ese grupo envió una delegación a las 11 de la noche a entregar las conclusiones de su discusión.

No me queda más que admiración por esta aguerrida masa que, haciendo honor a la consigna, ni la lluvia ni los vientos detuvieron su acción. Muy pocos se retiraron del sitio; la inmensa mayoría estoicamente aguantó su lata de agua hasta cumplir la tarea. Hasta los internacionales se involucraron con entusiasmo al ver la actitud combativa y aguerrida de nuestros camaradas.

A media noche, bajo ese aguacero, los delegados aprobaron el plan político con decisiones que de alguna forma rompían con las tradicionales conclusiones, porque marcamos una señal en nuestra madurez; congelamos el tema de la Central con la argumentación que si bien es una política correcta, estábamos reconcentrados en nosotros mismos, por lo tanto, teníamos que romper

los diques de participación para ir al encuentro de otros factores. Esto implicó separar a Oswaldo Vera de la Presidencia de la CST y de la Coordinación General de la FSBT. En este sentido privilegiamos a los dirigentes sindicales como Wills Rangel de la Futep; Franklin Rondón, de Fentrased; Carlos López, de Fetrauve; Wilmer Nolasco, de la Construcción; y Egleé, de Feutragraf, como voceros de la CST y la FSBT, por encima de aquellos como yo que en definitiva somos políticos involucrados en el mundo de los trabajadores. Quedaron Carlos López, como coordinador general de la Fuerza, y ese equipo como factores generadores de unidad. Es decir, si dentro de la fama de sectarios que teníamos, la salida de Oswaldo ayudaba a destrancar el juego con mucha lucidez, dábamos ese paso en aras de no hipotecar la política por ceguera. Otro paso que dimos fue la incorporación del sector campesino con la presencia de Braulio Álvarez y las organizaciones campesinas y de pescadores, como paso a la unificación de los trabajadores de todos los sectores. Aceleramos el plan internacional con nuestra incorporación al IV ESNA en Managua, Nicaragua, en el 2011.

Este Congreso nos dio la dimensión de lo que somos: el brazo político sindical de la revolución. Nuevos derroteros implicarán nuestra acción militante, nuevos retos abarcarán nuestra lucha, pero con la certeza que venceremos.

REFLEXIÓN FINAL

Entre 1974 y 2010 muchas cosas he realizado en mi vida; he acumulado experiencias que son, posiblemente, el privilegio de varias generaciones que se volcaron decididamente a la transformación social y a hacer la revolución. Doy gracias a la vida por haberme dado la oportunidad de formar parte de esta historia. Sé que habrá gente que desmentirá lo volcado en estas páginas; a otros, seguramente, les servirá como referencia para sus propios testimonios, y habrá quien quiera puntualizar o profundizar detalles de esta narración. A todos, mis respetos.

Habrá tiempo en el futuro de modificar, aclarar, corregir o puntualizar pasajes de esta historia; creo, modestamente, que si sobrevive a la paciencia de los posibles lectores, más o menos en un par de décadas podría eventualmente revisarse. Por lo pronto, este es mi testimonio.

Así como he acumulado tantas experiencias, estas han sido fuentes permanentes de aprendizajes; porque además de estas andanzas a lo largo de mi vida, también de mi entorno, aprendí muchas cosas. De mis hijos, que no se limitan a los engendrados por mí: Nohelí, Natalia, Grecia, Gabriela y, por supuesto, Meroe y Héctor, me han dado la posibilidad de adecentar mi vida y enfrentar aquellas cosas cotidianas, que no por sencillas dejan de ser importantes. Su formación y estabilidad se puede decir que me reeducaron, desde una vida nómada, a ser no solo el proveedor de cosas,

sino aprender a ser padre y —por qué no— esposo y compañero. A enseñarles las cosas elementales de la vida, pero como herramientas y no como modelos a seguir, pues estoy convencido de que cada uno de ellos forjará su propia existencia. Este aprendizaje no concluye hasta la muerte.

JACOBO TORRES DE LEÓN
Marzo de 2007- julio de 2011

ÍNDICE

A QUIÉN DEBO ESTAS PÁGINAS	7
POR QUÉ PRONTUARIO	9
TESTIGOS DEL ESCRIBIDOR O PRÓLOGO COLECTIVO	11
Los criollos	11
Con aires guanacos	13
AL SON DE LA HABANA	15
MÁS ALLÁ DEL GRAN CHARCO	19
DE LA LASAÑA AL ASADO	23
TESTIMONIO DE UN PRONTUARIO	27
Antecedentes	28
Primeros años	29
Primeros pasos por la acción	30
Avanzando en la responsabilidad revolucionaria: de la Tendencia Revolucionaria a La Causa R	42
De La Causa R al triunfo de la revolución	76
Doce años de revolución y trece de gobierno	139
Varios hechos casi dan al traste con el Foro	307
REFLEXIÓN FINAL	391

Edición digital
Junio de 2019
Caracas, Venezuela



Jacobo Torres de León (Cabimas, edo. Zulia, 1963)

Licenciado en Educación por la Misión Cultura, mención Desarrollo Cultural (primera promoción Bicentenario). Ha participado en diversos talleres, destacando Formas Alternativas de Organización Popular (1987), Cultura y Acción Comunal (1994) y Prensa Parroquial (1994). Entre otras labores, fue responsable de atención a los refugiados de guerra del Ejército Revolucionario del Pueblo-ERP de El Salvador en La Habana, coordinador del VI Foro Social Mundial, miembro de la Alianza Social Continental, coordinador del Encuentro Sindical de Nuestra América ESNA. Ha sido militante de los partidos Tendencia Revolucionaria-TR, La Causa Radical-LCR y Patria Para Todos-PPT, y miembro de la Coordinadora Popular de Caracas y Fuerza Socialista Bolivariana de Trabajadores-FSBT, de la cual es su coordinador político internacional. Actualmente es asesor del Ministerio de Relaciones Exteriores, Despacho del canciller.

Este testimonio político en género biográfico relata hechos relacionados con la historia y movimientos sociales de Venezuela desde los años 70, aludiendo a acontecimientos históricos latinoamericanos. Dada la militancia del autor en los partidos TR, LCR y PPT, da una visión del surgimiento de estos y sus disgregaciones, al igual que testimonios de otros partidos, como el PRV. Sobre la década de los 80 aborda temas relacionados con su estadía en Cuba como miembro de la Comisión Diplomática del FMLN por el ERP, y colaborador con la Revolución nicaragüense y centroamericana donde fue instructor político de los combatientes y refugiados salvadoreños en La Habana. A su retorno de Cuba fue Coordinador del Comité de Solidaridad con El Salvador, hasta los acuerdos de paz en los años 90. Este prontuario político también hace un recorrido por el movimiento civil del 27 de febrero de 1989 y los levantamientos militares del 4 de febrero y 27 de noviembre de 1992, pasando por anécdotas e historias que, sin evadir la autocrítica, narran también las luchas sindicales y electorales. Llega al proceso revolucionario liderado por Hugo Chávez desde 1998, abordando sucesos como la propuesta de lucha contra el ALCA, la reforma constitucional, movimientos sindicales de izquierda y sus alianzas con el movimiento internacional sindicalista.



9 789801 432111



Gobierno **Bolivariano**
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la **Cultura**

Juntos por
VENEZUELA